

# LA CRUZ de CeNIZA

Fran Zabaleta  
Luis Astorga



Lectulandia

Primeras décadas del siglo XVI. Las guerras, el hambre y la injusticia asolan Europa y por doquier surgen movimientos que sueñan con un mundo mejor. Los anabaptistas son los más radicales: viven en comunidades aisladas, se niegan a participar en la guerra y a pagar impuestos, rechazan la propiedad privada y el dinero, imponen la posesión comunal de los bienes. Sus doctrinas pronto se evidencian muy peligrosas para los poderes establecidos.

En la primavera de 1536, tras una noche de tormenta, a la playa que baña los pies de la perdida abadía de Santa María de Oia, en Galicia, arriban dos naufragos: un antiguo fraile y un chiquillo. El fraile es Baltasar Sachs, hereje anabaptista, un hombre acuciado por el deseo de Dios que, como muchos de sus contemporáneos, se siente traicionado por una Iglesia que predica la justicia y vive enfangada en el oropel. El chiquillo, Jean, es hijo de la condesa Françoise de Foix y, se rumorea, del que fue su amante, el rey Francisco I de Francia. Jean es perseguido con ahínco por agentes de las principales cortes europeas.

**Lectulandia**

Fran Zabaleta & Luis Astorga

# **La cruz de ceniza**

ePub r1.0

Titivillus 24.11.17

Título original: *La cruz de ceniza*  
Fran Zabaleta & Luis Astorga, 2005

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para mi hermana Mar, que siempre creyó en mí más que yo, y para Bea,  
que sufrió cada página de este libro con auténtica ilusión.

FRAN ZABALETA

A mi mujer, Teresa.

LUIS ASTORGA

# Prólogo

## Oia, Galicia Primavera de 1536

El primero que descubrió los cuerpos sobre la arena fue el padre Gregorio, el herbolario. El monje gustaba de la soledad de la madrugada. Solía aprovechar las primeras horas del día, entre laudes y prima, para recorrer los alrededores del monasterio con la excusa de recoger hierbas con las que abastecer su botica. Eran horas serenas, en las que la mente fresca podía divagar sobre lo humano y lo divino sin temor, pues el alba ahuyenta las tinieblas y aleja los espantos de la noche.

Aquel día se había levantado más temprano de lo habitual. Estaba ya bien entrada la primavera, que sería por san Marcos, pero aún los días amanecían frescos, por lo que se arrebujaba en su hábito y vestía, por encima, la cogulla con la capucha puesta. Franqueó los muros que cerraban el monasterio por un portillo lateral que se abría tras la huerta. Más allá, un sendero descendía hacia la cercana caleta. Las tinieblas dominaban gran parte del cielo y solo por el este, tras la barrera montañosa de la Groba, comenzaba a insinuarse algo de claridad.

Se detuvo a respirar el aire salobre. Había llovido por la noche y la atmósfera tenía sabor a mar revuelta y savia nueva. Un estruendo de gaviotas rompía la quietud de la amanecida y hablaba de tormentas en el seno de las aguas. Contempló las evoluciones nerviosas de las aves mientras bajaba hacia la ensenada, una reducida lengua de arena flanqueada por las abruptas rocas del rompiente.

Nada más pisar la playa se dio cuenta de que algo había sucedido. Aquí y allá, desperdigados por la marea, yacían los restos desmadejados de un naufragio: maderas, sogas, barriles..., sombras inertes, como cachalotes varados a la luz escasa del alba. Avanzó en la penumbra, deteniéndose de cuando en cuando por ver si reconocía entre los despojos alguna pista sobre lo acaecido. Quizá el desastre hubiera sido causado por la tormenta. La costa de Oia era escarpada, de bajíos traicioneros y afiladas rocas ocultas apenas bajo una lámina de agua. Aunque también podía ser, pensó, que la tragedia hubiera sido provocada por la mano del hombre.

No eran tiempos de paz. Desde que aquel infausto monje alemán, Lutero, vomitara su bilis contra la faz de la Iglesia, la marea de la herejía se abatía sobre la antes católica Europa y por doquier surgían falsos profetas como verrugas infectas

sobre la piel de la cristiandad. Muchos nobles y ciudades, viendo la oportunidad de sacudirse el yugo de la autoridad imperial de don Carlos el Quinto, alzaban la bandera de la religión reformada en una absurda guerra que parecía no tener fin. Por si no fuera suficiente, dos meses atrás el francés había atacado Saboya e iniciado la tercera de sus guerras contra el Emperador. Los mares estaban infestados de navíos franceses armados en corso que acechaban cualquier oportunidad para llenar sus bodegas con las codiciadas mercancías que llegaban de Flandes.

Se había agachado para examinar unas cabillas del cordaje cuando un bulto llamó su atención. Estaba parcialmente oculto por unas rocas, cerca de la orilla, lo que explicaba que no lo hubiera visto antes. Semejaba el cuerpo de un hombre.

No era uno, sino dos los cuerpos que yacían desmadejados contra un peñasco. El primero era un hombre de unos cuarenta años, quizá más, pues su pelo largo y enmarañado estaba totalmente blanco. No lo había visto nunca. Tenía un rostro afilado y su figura más parecía de espantapájaros quebrantado que de humana criatura, a juzgar por lo delgado y retorcido que estaba.

Apoyado contra él, como si el hombre hubiera querido protegerlo de la furia de la mar, un niño de nueve o diez años tiritaba de frío. Llevaba unos calzones largos y una camisa de lienzo muy maltratada y su rostro, aun en aquellas condiciones, era de facciones hermosas y bien proporcionadas.

Al descubrir al monje, el chico se abrazó al cuerpo inerte que yacía a su lado. Fue en ese instante cuando su mirada pareció desvariar, como si la mente agotada renunciase a seguir sosteniendo las riendas de la cordura. En apenas un segundo atravesaron la máscara del rostro mil emociones distintas que pugnaban entre sí por escapar. Lo que vio el padre Gregorio en aquel semblante solo mucho después sería capaz de ponerlo en palabras, ayudado por el sosiego que da el tiempo a los recuerdos. Pues por aquellos ojos infantiles pasó una tormenta en un santiamén, un torbellino de temor y rabia y angustia, un enflaquecimiento y una sabiduría tan impropia del frágil cuerpo del infante que el fraile supo, sin asomo de dudas, que aquella criatura había visto y padecido mucho más en sus pocos años que otros en luengas vidas.

El monje se quedó paralizado al sentir aquella mirada, que le golpeó como si de un puño se tratara. El chico, aun sucio y empapado, con el salitre y la arena comiéndole las heridas, aun con el gesto alucinado del que ve mundos invisibles, semejaba más fiera acorralada que náufrago consumido. Sonrió el fraile con dulzura y avanzó lentamente las palmas de las manos hacia el chico, para que se las viera desnudas y así tranquilizarle. Comenzó a hablar en voz baja, casi susurrando, que su voz se perdía entre el murmullo de las olas y se confundía con ellas. El chico le observó con recelo. Así estuvieron un buen rato, como cazador y presa que se estudian mutuamente, que ya el sol de primavera iluminaba la playa. Al cabo, el fraile se acordó de un mendrugo de pan que llevaba en un saquillo del hábito e iba a sacarlo y ofrecérselo al niño, cuando de la garganta del otro náufrago escaparon unos

gemidos.

El niño se volvió hacia su compañero y comenzó a acariciarle la frente y los cabellos mientras murmuraba un nombre, Baltasar, aunque pronunciado con una entonación extraña, como si aquellos dos fueran extranjeros.

—Esa es la cosecha del *Can do mar*.

Se volvió el fraile. A unos pocos pasos le observaban un pescador del coto y su hijo.

—El hombre está malherido —dijo Gregorio al cabo. Y luego, dirigiéndose al chiquillo—: Acércate al pueblo y avisa a los hombres para que vengan a ayudarnos.

Salió el mozo hacia el pueblo y quedaron solos el fraile y el pescador.

—Ayer por la noche se escuchó aullar al *Can do mar* —insistió el pescador.

Gregorio se volvió hacia los náufragos con semblante preocupado. El niño había dejado de moverse y parecía haberse quedado dormido sobre el pecho del compañero. El fraile sabía lo que significaban las palabras del pescador. El *Can do mar* era un perro mítico, un ser infernal, negro como el alma de los condenados, que salía del mar en las noches oscuras. Su aullido era aviso de muertes y desgracias. Si la noticia se extendía, los náufragos no iban a ser bien recibidos en el coto.

—Sería un lobo —decidió, tras un momento, sin apartar la vista del pescador—. Hay muchos por estos montes.

El pescador se quedó callado un buen rato.

—Sería —dijo al fin.

Cargaron el cuerpo del adulto entre tres o cuatro pescadores y comenzaron a subirlo hacia el monasterio. No fue tarea fácil, pues aunque la distancia era corta y pesaba poco, parecía malherido y la menor brusquedad en los movimientos provocaba en él gemidos de dolor. Había abierto los ojos y se dejaba hacer, como si su mente estuviera muy lejos de aquellos brazos que le transportaban. En verdad, su aspecto, aun descoyuntado y envuelto en harapos, semejaba el de un asceta tocado por la mano de Dios. Tenía unos ojos grandes y de mirada dulce y un talle tan largo y delgado que parecía milagro le cupiesen dentro los órganos de los mortales. Su rostro parecía cincelado en la piedra por un aprendiz de escultor, todo aristas y huesos prominentes.

La noticia del naufragio ya se había extendido y muchas mujeres y niños se acercaban a curiosear. Al paso de la comitiva iban cesando los murmullos y las mujeres se persignaban. Al llegar a la puerta del monasterio, ya toda la comunidad conocía la nueva. Un revuelo de hábitos blancos, de palomas asustadas, los recibió en la entrada. Se arracimaron los monjes en torno a los heridos y un coro de exclamaciones apagadas salió del grupo.

El herbolario iba a pedir a los frailes que abriesen paso cuando se hizo el silencio en el patio. En la puerta de la iglesia acababa de aparecer el padre prior. El grupo de campesinos y pescadores retrocedió al darse cuenta de su presencia y los hombres se



descubrieron en actitud sumisa.

El prior frunció el ceño. Muchos de los monjes habían acudido al vuelo, atraídos por las novedades, sin tiempo ni voluntad para componer sus figuras: barbas sin afeitar, hábitos sucios, cabezas desnudas. Algunos hermanos ni siquiera llevaban hábito y vestían calzones y camisas de lienzo más propias de campesinos que de hombres de religión.

—No deberíais retrasar más vuestras atenciones a esos desventurados, padre Gregorio —habló al fin, y era su voz diáfana como el hielo—. Sin duda, no están por el momento en condiciones de satisfacer la curiosidad de nuestros hermanos.

Comenzó a girarse para regresar a la iglesia, pero detuvo el movimiento a medio camino y abarcó con la mirada el grupo de monjes y villanos. Su rostro se crispó con una mueca de desagrado:

—Deberíamos ofrecer todos juntos nuestras plegarias por el pronto restablecimiento de los dolientes. Como decía Orígenes, uno de los grandes doctores de nuestra santa Iglesia, hacen falta lágrimas y oraciones para que el Señor abra los ojos.

Se volvió y, sin esperar a que nadie le siguiese, penetró en la iglesia.

# Primera parte

# Capítulo I

## Leipzig, Sajonia Albertina Verano de 1519

### 1

—¡Por Dios, eso es herejía!

Aunque estaba casi al fondo de la sala, Baltasar Sachs escuchó claramente la acusación del duque Jorge de Sajonia, que asistía al debate rodeado de su corte. Sobre el estrado, en medio de la amplia cámara del palacio de Pleissenburg, el teólogo bávaro Johann Eck no pudo reprimir una sonrisa. También él levantó el brazo y señaló al pequeño agustino que se sentaba a su lado mientras clamaba:

—¡Todos vosotros sois testigos! ¡La prepotencia de este fraile es tal que se atreve a poner en duda no solo la autoridad de los concilios generales de la Iglesia, sino la del mismísimo Santo Padre! ¿No fue por difundir esas mismas infamias por las que se condenó a la hoguera en esta justa ciudad de Leipzig al hereje Huss?

El clamor del público inundó la estancia. El teólogo siguió hablando, ampuloso y seguro de sí mismo, pero ya era imposible escucharle. Había allí gentes de muy diversa condición y procedencia. En su mayoría eran burgueses y religiosos de distintas órdenes atraídos por el debate y por la fama de orador del profesor de la universidad de Ingolstadt, Johann Eck. Pero también asistían a la controversia un elevado número de estudiantes y profesores de las universidades de Erfurt, Wittenberg y la propia Leipzig, que destacaban en la sala por sus togas y birretes. Muchos de ellos habían llegado a la ciudad con el fraile agustino Martín Lutero y sus dos acompañantes, Andrés Carlstadt y Felipe Melancthon. Estos últimos, tensos, seguían la disputa desde sus asientos, muy cerca del estrado.

En el exterior del palacio, el Markt, la plaza del mercado, rebosaba de excitación. Toda Leipzig hervía aquellos días del inicio del verano. La multitud abarrotaba las plazas y las tabernas y en calles y casas no se hablaba de otra cosa que no fuera del debate. Había mineros de Zwickau, fácilmente distinguibles por sus barbas cerradas y sus musculosos pechos; comerciantes de Magdeburgo, Dresde y Mühlberg vestidos con ropajes de brillantes colores; campesinos y artesanos, hombres de armas,

prostitutas y mendigos llegados de toda Sajonia. Una multitud reunida para asistir al enfrentamiento entre Martín Lutero, el monje agustino que había osado enfrentarse a la autoridad de Roma, y Johann Eck, el paladín de la ortodoxia católica.

Los tres teólogos de Wittenberg, Lutero, Carlstadt y Melanchthon, llevaban en la ciudad varios días ya. Habían llegado en dos carros escoltados por unos doscientos estudiantes con cascots y alabardas. Un espectáculo espléndido, solo desmerecido por un desafortunado percance: cuando el carro de Carlstadt entraba en la ciudad, se le rompió una rueda y el teólogo fue arrojado al barro en medio de una lluvia de libros. Los transeúntes, sin excepción, consideraron el accidente como un mal presagio.

El 27 de junio se produjo la solemne inauguración y comenzaron los debates. Abrió el fuego Andrés Carlstadt, que a lo largo de una semana trató de oponer su vehemencia y sinceridad a la sutileza dialéctica del teólogo de Ingolstadt. Pero pronto se rebelaron inútiles sus armas. Carlstadt, desnudo sin sus libros y manuscritos, fue apabullado por la precisión dogmática de Johann Eck, cuya prodigiosa memoria y ágil lengua no dejaron resquicio para la conmiseración.

Por fin, tras el triste espectáculo precedente, Martín Lutero subió al estrado el 4 de julio. La multitud había estado aguardando el momento y contuvo la respiración.

Baltasar Sachs intentó acercarse un poco más a la tribuna, pero la presión del gentío era demasiado grande. El teólogo aquel, Johann Eck, era un polemista marrullero. Desde el principio, había buscado provocar a Lutero con la pulla de que sus opiniones sobre la autoridad de los papas eran las mismas que las del famoso hereje Huss, que tras ser condenado en esa misma ciudad de Leipzig había sido quemado en la hoguera en el *anno Domini* de 1415. La estrategia de Eck era clara: el tal Huss había sido el causante de una sangrienta sublevación popular en toda Bohemia, duramente reprimida por las autoridades. Desde entonces, todo buen patriota debía rechazar las doctrinas hussitas.

Lutero comenzó defendiendo su causa con la autoridad de la Escritura, la ortodoxia de los padres griegos y el peso del concilio de Nicea, pero Eck, resbaladizo como una serpiente, volvía una y otra vez a las doctrinas hussitas. Al final, la insistencia de Eck había obligado a su contrincante a afirmar que aquellas protestas contra Roma tuvieron razón de ser. Johann Eck, poco a poco, empujaba a Lutero a sacar las conclusiones últimas de sus afirmaciones.

En aquel instante, el fraile agustino levantó los brazos para acallar a la muchedumbre.

—¡Muchas de las opiniones de Huss eran evangélicas y cristianas —clamó airado— y no pueden ser condenadas abiertamente!

El vocerío atronó la sala. Nadie en los últimos cien años se había atrevido a afirmar aquello en voz alta. El duque Jorge de Sajonia murmuraba escandalizado en su tribuna. Johann Eck ya no podía contener la sonrisa triunfal en su rostro. Ampulosamente, se volvió hacia el fraile y, con voz meliflua, prosiguió:

—Entonces, ¿duda Lutero de la autoridad de un concilio católico? ¿Rechaza la

infallibilidad del Santo Padre? —sugirió, sibilino, con un brillo acerado en sus pequeños ojos—. Un concilio católico condenó a Huss, ¿no es verdad?

Todas las miradas se clavaron en el agustino, expectantes.

—También los concilios pueden equivocarse.

El estruendo se hizo ensordecedor. Partidarios y detractores de Lutero pateaban el suelo, elevaban sus voces sobre las de los vecinos y se lanzaban acusaciones en medio de un griterío generalizado. Aquel hombre no tenía pelos en la lengua.

—¡La supremacía del Papa es una invención humana, no divina! —las voces se fueron acallando y todos se volvieron hacia Lutero. Este, encendido por la pasión, ya no enfrentaba a su oponente, que se había sentado muy seguro de su éxito. Eck sabía que después de aquella jornada sería un milagro que el frailecillo no acabara sus días en una hoguera. Pero Lutero ya no se acordaba del teólogo. Su mirada parecía traspasar a la multitud que atestaba el salón—. La supremacía del Papa no tiene más de cuatrocientos años de antigüedad. De hecho, se la debemos en gran medida a santo Tomás... Ni siquiera en nuestros días existe en la mitad oriental de la Iglesia, nunca ha sido admitida por los ortodoxos. La iglesia griega rechaza la idea de la infalibilidad papal.

—Entonces —interrumpió Johann Eck desde su asiento con semblante socarrón —, si ni el Papa ni los concilios son infalibles, ¿en quién, según vos, ha de residir la autoridad? ¿Quizá en los monaguillos? ¿En los campesinos, tal vez?

Indiferente a la sorna del teólogo, el rostro de Lutero impresionaba por la serenidad que transmitía. Su voz se escuchó con claridad en la atestada sala:

—La autoridad reside en las Escrituras, a las que los concilios, los Padres y la Iglesia deben someterse.

El debate prosiguió entre algaradas y acusaciones de herejía, pero Baltasar Sachs ya no era capaz de concentrarse en lo que decían. Las palabras del agustino resonaban en su cráneo como el badajo en una campana. *Sola Scriptura*... Aquella frase aparentemente inofensiva clavaba una daga en el corazón de la cristiandad. Si la única autoridad residía en las Escrituras, ¿dónde quedaba la mediación sacerdotal, que negaba el derecho de cada creyente a acercarse por sí mismo a Dios? ¿Qué función realizaban entonces frailes, sacerdotes, diáconos, obispos y prelados?

Casi sin darse cuenta, Baltasar había retrocedido, presionado por el gentío, hasta la entrada del palacio de Pleissenburg. Fuera, la plaza del mercado rebosaba actividad. Caminó distraído entre los puestos de verduras, animales y cacerolas, mientras su mente trataba de extraer todas las consecuencias de las palabras de Lutero. Si, en efecto, de nada servía la mediación sacerdotal, ¿qué validez tenían los sacramentos administrados por los sacerdotes? Sobre todo, la confesión. ¿Perdonaría Dios los pecados que se confesaban a un ministro de la Iglesia?

Baltasar, ensimismado, notaba cómo una vieja herida nunca del todo cicatrizada volvía a supurar en algún lugar de su corazón. Bien sabía él las lágrimas de hiel que había derramado por sus pecados, incapaz de perdonarse a sí mismo por más que el

confesor le diera la absolución. Pero había pecados que iban más allá de lo que Dios podía perdonar, pecados que él había cometido y que, a pesar del arrepentimiento y la dura penitencia, no conseguía arrancar de su corazón.

Sobre todo uno. Por él, por esa acción infame, profesó en un monasterio en busca del perdón y la paz espiritual. Y por otra acción infame, recordó con amargura, había abandonado el monasterio. Desde entonces, su vida era un deambular por los caminos de media Europa persiguiendo espejismos.

Y ahora..., ahora las palabras del agustino reabrían su herida. Era sorprendente el fraile. Día tras día lo escuchaba y casi podía percibir cómo sus ideas se iban afianzando ante el acoso de su contrincante, igual que una tierna vara recién nacida se convierte al regarla en el grueso tronco de un roble. Las gentes decían que Johann Eck estaba vapuleando a los tres teólogos de Wittenberg, Carlstadt, Lutero y Melanchthon. Pero Baltasar se daba cuenta de que no era así. Johann Eck solo escurría el bulto en medio de una atronadora salva de fuegos artificiales. Se encerraba en su juego de equiparar a Lutero con el hereje Huss porque sabía que no tenía argumentos para desmontar las meditadas opiniones del agustino. Eck no aportaba razones ni entraba a fondo en los temas de aquellos tres reformadores. Se limitaba a lanzar una tras otra grandilocuentes y espectaculares andanadas de ingenio, aunque sus palabras eran carcasas vacías. La gente le aplaudía, pero el pueblo era tan apto para juzgar este asunto como una bandada de cuervos para entonar un *Te Deum*.

Se acercaba el mediodía. Baltasar paseaba entre los puestos de las vendedoras de verduras sin fijarse hacia dónde le llevaban sus pies. Hacía calor, un calor dulzón y resbaladizo, que le pegaba el hábito a la piel y convertía su cuerpo en una fuente de sudor. Tras abandonar el monasterio, no había sido capaz de deshacerse de aquel hábito de basto paño, como si la tela fuera el último vínculo con su pasado.

Sonrió al recordar las muchas certezas que antaño albergara su mente, lo inmutables que siempre le parecieron esas convicciones que ahora naufragaban como hormigas en un tonel de vino. Las blancas ropas del Císter provocaban el desprecio más o menos disimulado de cuantos caminantes encontraba. Pocos eran los que se avenían voluntariamente a compartir un pedazo de pan con un fraile, aunque este tuviera el aspecto de un carretero desastrado y sus ropas llevarsen escritas las huellas de muchas noches al sereno. Acostumbrado al aislamiento del claustro y al respeto que su condición despertaba entre los vasallos del monasterio valón de Orval, a Baltasar le costaba entender los silencios hoscos de aquellos campesinos alemanes que escupían al verlo pasar por el camino. Pero, a medida que su oído se había ido acostumbrando a los sonidos guturales de las gentes germanas, comprendió que el rencor no iba dirigido contra él en particular.

Extensas zonas del Sacro Imperio estaban regidas por codiciosos príncipes-obispos, cortesanos que no residían en sus diócesis ni las visitaban jamás, pues la obsesión por el siglo les llevaba a preocuparse solo por acumular sedes y beneficios. Accedían al cargo por ser hermanos, hijos o sobrinos de electores, duques, margraves

y condes y su único interés como prelados era exprimir a sus vasallos como sanguijuelas sedientas. Bajo su gobierno, toda Alemania sufría la invasión de una plaga de clerigalla rasurada: frailes, canónigos y párrocos bigardos, de escasas luces y amplia cicatería, incapaces los más de recitar de corrido el *Ego te absolvo* o de sumar otra cosa que no fueran las monedas arrancadas al sudor de los campesinos. Por si fuera poco, la paz del claustro había dejado de atraer a las almas y muchos religiosos sin vocación desertaban y se echaban a los caminos.

Tras el rechazo a la frivolidad de la Iglesia, lo que Baltasar percibía en las gentes, a la manera de una corriente subterránea alimentada por miles de manantiales, era la misma angustia, la misma desazón íntima que había provocado su huida del monasterio. Se dio cuenta de ello una tarde de invierno, mientras compartía el escaso caldo de berzas de un labriego al que había ayudado a reparar el cercado de su choza. Era un hombre ya mayor, viudo y sin hijos que le cuidaran en la vejez, con el cuerpo agostado por las inclemencias de una vida de duro trabajo. Tenía un hablar reposado, fruto de años de soledad y las palabras salían con dificultad de su boca. Mas la sabiduría de aquel campesino sorprendió al fraile renegado, que se descubrió hablando con él con la misma confianza con que antaño lo hiciera con su padre confesor.

El viejo hablaba sobre la brutalidad del párroco de la aldea, un hombre más amigo de tabernas que de latines que vivía en concubinato con una mujer a la que maltrataba. Con la mirada perdida en las llamas, concluyó:

—Si aquellos que han de guiarnos hacia la salvación eterna se comportan como aliados del Diablo..., ¿qué hacer? ¿Cómo podremos encontrar nosotros solos el camino hacia Dios?

De repente, Baltasar comprendió que las preguntas que día tras día se formulaba eran las mismas que se planteaban los campesinos que escupían en el suelo al verlo pasar. Las gentes no condenaban a la Iglesia por su riqueza, por su mundanería o por su escandalosa inmoralidad. Lo hacían porque la deserción de sacerdotes y prelados les dejaba sin guía ni consuelo en un mundo angustiado, en el que todas las certidumbres se derrumbaban. Cuando la peste, las guerras y la escasez se abatían sobre los creyentes, cuando los lazos familiares se deshacían y muchos abandonaban los campos para malvivir en los barrios miserables de las nuevas ciudades textiles, el triunfo del mal parecía tan evidente que el cristiano se sentía a la vez culpable y terriblemente solo, sin saber a quién dirigirse, a quién invocar para escapar de las penas del Purgatorio y asegurarse la salvación.

El olor agrio de la carne asaltó a Baltasar al pasar por delante de una carnicería. Por la puerta se escapaba el zumbido monótono de las moscas, nubes negras que ocultaban los perniles expuestos en el interior. Un carnicero de panza prominente bostezaba apoyado en el exterior del establecimiento.

—Bendito sea Dios —saludó Baltasar.

El hombre gruñó una respuesta. Estuvo tentado de solicitar de aquel individuo un

poco de caridad, pero lo pensó mejor y decidió seguir avanzando a pesar de que su estómago comenzaba a rugir por el hambre. No se sentía con el ánimo necesario para pedir limosna. Y aún le quedaban unas cuantas monedas de lo que le habían dado por el último libro que se había visto obligado a vender. Resultaba irónico que hubiese recorrido media Europa para terminar vendiendo libros usados en una ciudad famosa, precisamente, por sus imprentas.

—¡Padre, padre Baltasar!

Se dio la vuelta. Por la calleja se acercaba corriendo Hans. El corpachón del muchacho, que medía más de siete pies de altura, conseguía que la gente le abriera paso instintivamente.

—¿Es que nunca me voy a librar de ti? —se fingió molesto.

—Le estaba esperando en el Markt, padre, pero, vaya, como no le vi salir...

—Estarías distraído babeando por cualquier moza. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames padre?

—Pero padre...

Aunque trataba de parecer enfadado, no pudo evitar echarse a reír al observar la cara compungida del mozo. Pocas cosas no llamaban la atención en Hans Gotha, como si algún espíritu burlón hubiese jugado con él al juego de las contradicciones. Apenas había cumplido dieciséis años, pero poseía la corpulencia de un coloso y sus brazos parecían forjados por el martillo de un herrero. Su pelambre rojiza le daba un aspecto salvaje que chocaba con la suavidad de sus mejillas barbilampiñas. Las manos, grandes y nudosas como tocones de árbol, ocultaban, sin embargo, una habilidad fuera de lo común que le permitía enfrentarse al más complejo mecanismo con la suavidad de un maestro relojero. Encerrado en un cuerpo desmedido e indómito, Hans tenía una expresión de azul frescura en el rostro, una mirada cargada de sueños, una risa clara y despreocupada lo cual no cesaba de asombrar al fraile, toda vez que conocía muy por lo menudo cuánto había purgado el muchacho en propia sangre por los pecados del mundo.

Juntos, Baltasar Sachs y Hans Gotha formaban una pareja que llamaba forzosamente la atención. Ambos eran desusadamente altos, pero lo que en el joven se mostraba como corpulencia y desmesura se convertía en flexible ligereza en el fraile, de suerte que más parecía este el vástago que revena de un grueso tronco que al revés.

—Bueno, bueno —se habían quedado plantados en medio de la calle interrumpiendo el tráfico de personas y animales—. ¿Qué es eso tan urgente que tienes que decirme, que te hace venir corriendo tras de mí?

—No, yo... —dudó el gigante—. Os buscaba, esto, como no os vi en toda la mañana... .

Sonrió Baltasar a su compañero. En los meses que llevaban juntos había llegado a cogerle verdadero cariño. Algo en Hans despertaba en él la ternura y le hacía olvidarse de sus problemas.



—¿Sabes, Hans?, creo que nos merecemos un respiro. ¿Qué te parece si nos ahorramos el queso y el pan duro por un día y nos tomamos unas buenas chuletas ahumadas?

El gesto del muchacho no pudo ser más expresivo.

## 2

Baltasar Sachs siempre estuvo convencido de que, por muchos años que viviera, jamás verían sus ojos una ciudad tan fascinante como aquella en la que le había tocado nacer. Desde muy pequeño, su mirada curiosa parecía contemplar el mundo con una atención escrutadora y maravillada, de forma tal que se diría que aquella criatura de cuerpo espigado y ojos inmensos vivía en un estado perpetuo de asombro y admiración. A la menor oportunidad, al salir de la escuela o los días en que conseguía escaparse del caserón de la zona portuaria de Amberes en que vivía, Baltasar se lanzaba a recorrer la ciudad con la sensación de que las callejuelas se hacían infinitas y en cada esquina acechaba un mundo repleto de enigmas y posibilidades. Las bulliciosas avenidas de la zona vieja, con sus muchedumbres de campesinos, burgueses y comerciantes, mendigos y saltimbanquis; los puestos de los cambistas y las lonjas de los gremios, en la plaza del mercado; las fascinantes callejas que rodeaban el puerto, en el que mástiles, obenques y drizas de cocas, galeones, carabelas, chalanas y barcazas formaban un excitante y tembloroso bosque sobre las aguas.

Bastaba acercarse a los muelles para descubrir el color vivo de un cargamento de pimienta, la sarta de esclavos negros que desembarcaban de una enorme carraca portuguesa o la textura milagrosa de las sedas orientales. Y cada descubrimiento era un ansia nueva, un afán por conocer aquellos parajes cuyos nombres traían aromas de selvas interminables, de infinitos ríos, de cielos índigos y desiertos abrasadores. Nombres como Calcuta, Goa, Ceilán, Guanahani, Futa, Ashanti, Congo, Xhosa o Monomotapa, nombres que a su imaginación infantil le parecían sacados de las fantasías más alucinadas de juglares y fabuladores. En ese ambiente, Baltasar Sachs vivía devorado por el anhelo de aprender, fascinado por el esplendoroso mundo que se desplegaba a su alrededor y que le hacía soñar con viajes maravillosos y exóticas aventuras, como si el único fin del universo fuera dar satisfacción a su inquieta e interminable curiosidad.

Y es que nacer en Amberes en el año del Señor de 1492 era, ciertamente, ver la

luz en el ombligo del universo, en la ciudad más pujante y emprendedora de toda la vieja Europa. Verdadera metrópoli financiera del mundo, solo su comercio generaba cuatro veces las rentas de la poderosa corona de Castilla. Sus empresas estaban presentes en Alemania e Italia, en Suiza, en Francia, en España y Portugal, en Inglaterra e incluso en la lejana Novgorod. A sus muelles arribaban navíos cargados con mercancías de todos los océanos conocidos y, pronto, también de aquellas aguas de las Indias Occidentales que eran el asombro de los contemporáneos.

No en vano aquella urbe que crecía a orillas del Escalda era un hormiguero humano en el que más de cien mil almas se cobijaban. Cualquier acontecimiento que tuviera lugar en el mundo encontraba su eco en las calles de Amberes. En sus corrillos se discutían las consecuencias de la conquista de Otranto por el turco, se celebraba la conversión al cristianismo del rey Nzinga Nkuvu del Congo o se especulaba sobre la localización del mítico reino del Preste Juan. No había suceso ni novedad que no desatase un torrente de análisis y especulaciones, desde el descubrimiento por Núñez de Balboa de un nuevo océano al que llamaban Pacífico hasta la inesperada boda de Fernando de Aragón con Germaine de Foix, de la que se murmuraba que usaba todo tipo de bebedizos y afrodisíacos para fortalecer la semilla del anciano rey. En verdad sabían los burgueses de Amberes que no había episodio aislado que no repercutiera, tarde o temprano, en la marcha de sus negocios. Así, se celebraban los avances en la navegación que permitían usar el gobernalle de codaste, la brújula o el astrolabio, se apoyaba a los cartógrafos que, como Juan de la Cosa, trazaban modernos mapas y portulanos o se leían con avidez los libros de los jóvenes humanistas, desde el tan reputado *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam hasta el fascinante *De orbe novo* de Pedro Mártir de Anglería, que relataba las hazañas de los castellanos, cuyos descubrimientos allende los mares tenían maravillado al mundo.

Desde muy pronto, el afán de conocimientos y la curiosidad desmedida de Baltasar encontraron una cómplice comprensiva y animosa en su madre, Teresa Velasco. Era esta una castellana esbelta, culta y silenciosa, de mirada triste y andar reposado, una mujer cariñosa que arrostraba con gran discreción su desdicha, pues había sido víctima de un matrimonio por amor.

Muchos de los detalles de aquella desafortunada boda no los conocería Baltasar hasta que, bien entrada su juventud, la confidencia de una vieja criada terminó de aclarar lo que llevaba tiempo barruntando. En su madre, sin embargo, jamás descubrió una palabra malquista, un gesto de desprecio, una queja contra el hombre que, abusando de su juventud y de su inocencia, había convertido su vida en una farsa. La orgullosa española pensaba que la única culpable de su situación era ella misma, ya que nadie sino ella había tomado la decisión de casarse, aun en contra del parecer de su familia. Así las cosas, razonaba la mujer para sí, ¿qué motivo tenía para predisponer a la criatura vivaracha y curiosa que era su hijo en contra de su progenitor? Ya decidiría el propio Baltasar, tarde o temprano, en quién depositaba sus

lealtades y firmezas, que gran verdad es que la vida trae consigo sus propias penurias y no es menester cargar los hombros de los infantes con rencores que no les corresponden.

La vida, ciertamente, se había reído a gusto de la ingenuidad de Teresa Velasco. El padre de Baltasar, Pieter Sachs, era un atractivo joven de palabra fácil y mirada calculadora, tan falto de principios como un cardenal romano. Con la idea de introducirse en el negocio de los textiles, había llegado a Amberes procedente de Lieja, donde su familia se dejaba piel y pulmones en una mina de carbón. Por aquel entonces, las viejas industrias de Brujas, Gante, Ypres y Courtrai, sometidas a las estrictas normas de los gremios, comenzaban a entrar en crisis. Los pesados paños de lujo que fabricaban a partir de la lana inglesa se estaban mostrando incapaces de rivalizar con las telas ligeras y baratas que se obtenían de la lana española. En Amberes, lejos del control de las asociaciones gremiales que amordazaban a los telares tradicionales, florecía una industria libre que introducía métodos revolucionarios y fomentaba la competencia.

Pieter Sachs se dio cuenta enseguida de que había llegado al lugar idóneo en el momento adecuado. Toda Flandes era un hervidero de gentes, una acumulación humana tal que nunca antes se había visto. De las más alejadas provincias llegaban a Amberes riadas de campesinos seducidos por la posibilidad de prosperar en la industriosa ciudad sin las cargas de sus señores feudales. Cualquier siervo que viviese al menos un año en una ciudad se convertía automáticamente en un hombre libre. Y toda aquella masa humana, razonó el joven Pieter, necesitaba ropas baratas con que vestirse.

Bien, pues él se las proporcionaría. Al fin y al cabo, ¿desde cuándo los campesinos eran exigentes? Podría venderles telas que los burgueses no usarían siquiera para limpiarse los zapatos. No merecía la pena complicarse con la fabricación de lienzos de calidad para clientes remilgados cuando ante él se habría un inmenso mercado sin explotar.

No lo pensó más. Invirtió todo el dinero que había obtenido de la venta de sus participaciones en la mina de carbón en un pequeño taller y comenzó a producir sargas y telas de ínfima calidad y colores brillantes. Este detalle fue decisivo. Hasta al más miserable de los mendigos, razonaba Pieter, le gusta aparentar. ¿Qué importaba si la prenda era más o menos gruesa, más o menos firme, cuando su atractivo color hacía que el propietario se sintiera especial?

Sus telas arrasaron en los mercadillos de la periferia. En pocos meses no había lavandera o peón que no llevara alguna prenda de su taller. Pieter Sachs estaba entusiasmado. Carretas cargadas con mercancía salían con regularidad de su almacén, adonde acudían a comprarlas los vendedores ambulantes de toda la comarca. El negocio florecía y, con él, el orgullo del muchacho se inflaba igual que un sapo en época de celo.

Pronto descubrió que aún podía ir más allá. Al estudiar los precios de los otros

productores, se percató de que era posible abaratar los costes mediante un expeditivo sistema: reducir el salario de sus operarios. Como abundaba la mano de obra y, además, no había gremios que impusieran sus normas, pudo permitirse pagar salarios irrisorios a los operarios. Siempre había alguien dispuesto a aceptar el trabajo por un salario menor.

En menos de tres años, su taller se convirtió en una importante empresa que comenzaba a tantear los mercados extranjeros. Para entonces, Pieter Sachs soñaba con convertirse en el amo de las ferias y mercadillos de toda la cristiandad. Ansiaba codearse con los magnates de la industria, ser invitado a las mansiones de la aristocracia y, por qué no, alcanzar algún día un título nobiliario. De súbito, todo era posible. Abandonó la casucha de las afueras en que vivía y compró un caserón en el centro de la ciudad, muy cerca de las residencias de los industriales más respetados.

Fue entonces cuando conoció a Teresa Velasco. Por aquellos días, Teresa era una adolescente soñadora e ingenua, hija de unos acaudalados burgaleses que se habían afincado en Amberes para dedicarse al negocio de la lana. No destacaba por su belleza, demasiado delgada para los gustos flamencos, pero poseía aún esa frescura de la primera juventud y un brillo en la mirada que la hacían atractiva. La doncella, acostumbrada a la austeridad de su Burgos natal, descubría en Amberes un mundo deslumbrante en el que las gentes respiraban libertad. Toda su vida había sabido que llegaría un momento en que sus padres le buscarían marido, probablemente un comerciante maduro y adinerado cuya alianza fuera buena para los negocios familiares. Pero ella, en secreto, ansiaba casarse por amor.

A Pieter Sachs, la verdad, poco le importaba la belleza de la muchacha, pues no en vano dicen las gentes que donde llega el oro la virtud solo es viento. Para él, aquella chiquilla de ojos oscuros y perfil aquilino poseía un atractivo mucho más poderoso: su familia era una de las principales importadoras de lana española. Con los Velasco como aliados, Pieter estaba seguro de que su negocio florecería más rápido que las setas en otoño. El destino, pensaba excitado, abría amorosamente sus brazos para recibirle.

Conquistarla fue sencillo. Tiempo después afirmaría que él se había limitado a apoyarse en el árbol y que la fruta en sazón había caído por su propio peso. Con tanta puntería, añadía entre risotadas, que ella solita se había introducido entre sus fauces. Y no le faltaba razón. Teresa se enamoró de aquel joven emprendedor con toda la fuerza de sus dieciséis años. Supo desde el principio que su familia no consentiría jamás aquel matrimonio desigual, pues Pieter, a fin de cuentas, no era más que un recién llegado que había tenido algo de fortuna mientras los Velasco descendían por una rama colateral de una de las más notables familias castellanas. Aun así, la muchacha porfió en su empeño y terminó proponiendo a su enamorado que se casasen en secreto.

La negativa de los Velasco le sentó como un jarro de agua fría en pleno invierno, mas ya no cabía dar marcha atrás. Se agarró a la idea de que tarde o temprano

cederían y decidió que lo mejor era enfrentar a los orgullosos castellanos con hechos consumados.

Se casaron en una iglesucha de madera de las afueras de la ciudad, cuyo párroco recibió un generoso donativo a cambio de no hacer más preguntas de las debidas, y se instaló con su mujer en el caserón de la calle Hoogstraat. Estaba dispuesto a vencer como fuera la resistencia de los Velasco.

Pero si con algo no había contado Pieter Sachs era con el estricto concepto castellano del honor. Lejos de aceptar aquella boda secreta, la familia de Teresa se embarcó en una campaña de desprestigio del advenedizo que había secuestrado a su hija. Los negocios de Sachs se resintieron. Tuvo que vender parte de los telares y cerrar alguno de los talleres, pues muchos españoles le negaron la lana que necesitaba. Ni siquiera cuando, siete meses después de la boda, nació Baltasar mejoró la situación. Solo comprando la lana a precios abusivos y reduciendo todavía más el salario de sus obreros consiguió Pieter mantener dos pequeños talleres que producían lienzos para la feria local. Sus sueños de convertirse en un poderoso exportador se esfumaron como la bruma sobre los canales en verano.

Por aquel entonces, Teresa Velasco ya se había dado cuenta de su ingenuidad. El hombre que antes le susurraba palabras dulces y le hablaba de amor eterno ahora la trataba como si no existiese. Nada más llegar a la conclusión de que nunca conseguiría ser aceptado por aquellos castellanos de mirada altiva, Pieter Sachs perdió el interés por su mujer. Ya no podía dar marcha atrás, pero nadie le obligaba a soportar a aquella muchacha huesuda y feúcha a la que jamás había querido. Para él, la mozuela solo había sido una mercancía cuyo valor dependía de la cotización en el mercado. Y, sin el apoyo de su familia, el valor de Teresa era nulo.

Desde ese instante, Pieter Sachs vivió como si en verdad nunca hubiese contraído matrimonio. Se retiró a otra ala de la casa y se olvidó completamente de Teresa. Entraba y salía sin dirigirle la palabra ni darle explicaciones, de suerte que podían pasar meses enteros sin que se hablasen. En poco tiempo, se convirtieron en dos extraños.

Teresa se sumió en la desesperanza. Pensó en regresar a su casa, pero tanto su orgullo como la certeza de que no la recibirían le hicieron desistir de su propósito. Durante meses sufrió en silencio su desamor. Por momentos odiaba a aquel hombre ruin que había dado al traste con sus sueños con la misma frialdad con que un alfarero desecha una vasija defectuosa. Un instante después, sin embargo, le venían a las mientes las caricias furtivas y las palabras de amor y se sentía embargada por una amarga nostalgia. Aunque le doliese reconocerlo, los meses de su romance con Pieter habían sido los más hermosos de su vida. En esas ocasiones en que le vencía la añoranza acudían a su memoria unos versos del arcipreste de Hita que había leído tiempo atrás, cuando aún su corazón desconocía las cuitas del amor.

Dícenos Salomón y dice verdad, que las cosas del mundo son todas

vanidad, todas perecederas que se van con la edad; salvo el amor de Dios, todas son liviandad. Amor hace sutil a quien es hombre rudo; convierte en elocuente al que antes era mudo, quien antes fue cobarde, después todo lo pudo; al perezoso obliga a ser presto y agudo. Una falta le hallo al Amor poderosola cual a vos, señoras, descubrirla no oso; pero no me toméis por decidor medroso, aquí está: que el Amor es un gran mentiroso. Pues según os he dicho en anterior conseja, lo torpe, con amor, a todo bien semeja, parece cosa noble lo que vale una arveja, lo que parece no es: aplica bien la oreja.

¡Quién le hubiera dicho a ella, que cuando leyó los versos por vez primera se había sentido ultrajada por lo que creía burla del autor y desprecio de tan noble sentimiento, que poco después aquellas mismas estrofas habrían de consolarla de sus desdichas!

Mas, ciertamente, no hay dolor que la muerte no consuma, ni pasión que la memoria no olvide. Un buen día, Teresa Velasco despertó en su lecho con dosel. Una luz suave, primaveral, se filtraba a través de los cortinajes de la ventana, se enredaba en los delicados zarcillos esculpidos en el cabezal de la cama. A su lado, en la cuna, Baltasar contemplaba con sus inmensos ojos abiertos las motas de polvo que bailaban en la atmósfera sosegada de la habitación. Sus bracitos de bebé se alzaban hacia la luz, como si tratara de atrapar aquellos rayos de sol, mientras su boca balbuceaba sonidos ininteligibles.

—Ma... ma... —al verla, el niño dirigió sus bracitos hacia ella—. Mamá —pronunció al fin, claramente, por primera vez en su vida.

Fue como si alguien le quitara una venda de sus ojos. En verdad, razonó, su situación podía ser mucho peor. Tenía una casa confortable y un bebé precioso. No le faltaban ropas ni alimentos, ni criados para cuidarla. Y, aunque se sintiera sola y desamparada, al menos no había de soportar las caricias de ningún maduro esposo de gruesa panza y ásperas manazas. Pieter hacía su vida, volcado en la tarea de mantener a flote sus negocios, ajeno e indiferente a la mujer y al niño que se alojaban en su propia casa. Podría haberla arrojado a la calle y a esas horas estaría mendigando en aquella tierra extraña o, peor aún, imaginó Teresa con un estremecimiento, vendiéndose a carreteros y albañiles por un pedazo de pan. Muchas mujeres que se quedaban viudas tenían que recurrir a tan humillante actividad para ganarse la vida.

Teresa sabía que si Pieter no la había expulsado se debía a que el hacerlo le cerraría definitivamente las puertas de los mercaderes castellanos. Incluso los que, aprovechándose de su caída en desgracia, le vendían la lana a un precio muy superior al del mercado, dejarían de hacerlo en cuanto se corriese la voz. Pero, ¿qué más daba? Fuera por la razón que fuese, Pieter la dejaba en paz y se limitaba a guardar las apariencias y a acompañarle a la iglesia en las fiestas señaladas, aunque ni siquiera en esos casos le prestase mayor atención.

Al escuchar a su hijito llamándole mamá, pareció Teresa Velasco despertar de la desgana que la consumía. Desde aquel día se volcó en el niño como un náufrago que

se agarra a un débil madero, decidida a darle a aquella criatura todo el cariño que a ella le habían negado. Normalmente eran las doncellas las que realizaban aquellas tareas, pero Teresa se encargó personalmente de cuanto atañía a Baltasar. Así, madre e hijo fueron construyendo un mundo en el que nadie más tenía cabida. Teresa le hablaba siempre en voz baja, sin estridencias, con aquella voz triste y serena que le caracterizaba. Le contaba historias de su país, de cielos despejados y crudos inviernos, de peregrinos y bandoleros, de gentes de rostros cetrinos y espíritus piadosos, historias que el pequeño Baltasar escuchaba absorto en aquella lengua castellana que tan dulce sonaba por boca de su madre.

Muy pronto, la mujer comprendió que la criatura poseía una inteligencia viva y una curiosidad insaciable. Preguntaba de dónde venía la lluvia y por qué volaban los pájaros, cuál era la razón por la que una vela ardía lentamente mientras la leña del hogar despedía grandes llamas. Se quedaba horas contemplando cómo una araña fabricaba su tela y después quería saber de dónde sacaba la seda y por qué la tejía siempre con la misma forma.

Una tarde de otoño, Teresa estaba bordando mientras el niño jugaba en el suelo de la estancia. Un manto de nubes grises cubría la ciudad. Se había levantado un viento frío, que arrastraba las hojas muertas y creaba remolinos frente a la ventana. En un momento determinado, Baltasar preguntó:

—Mamá, ¿de dónde viene el viento?

La madre se le quedó mirando, sin saber qué contestar. Luego respondió: «De Dios, el viento nos lo manda Dios». Baltasar pareció satisfecho con la respuesta y siguió contemplando la tolvanera del exterior. Al cabo de un rato, volvió a preguntar:

—¿Todas las cosas vienen de Dios?

Teresa le respondió que sí, que Dios había creado el universo y todo lo que había en él.

—¿Y Dios? ¿De dónde viene Dios?

En otra ocasión en que se dirigían a la iglesia, pasaron alrededor de un grupo de mendigos y mutilados que suplicaban un mendrugo de pan. A pesar de que era pleno invierno, iban vestidos con delgadas prendas de colores intensos, tan raídas que apenas cubrían sus pieles desnudas. Baltasar se quedó observando con atención al grupo, mas nada dijo. Permaneció pensativo y silencioso durante toda la celebración, algo inusitado en él, siempre inquieto. Cuando al terminar la misa volvieron a pasar por delante del grupo de desarrapados, se soltó del brazo de su madre y, antes de que pudieran detenerlo, se quitó su pequeña capa y se la entregó a uno de los mendicantes.

—¿Sabías que las hormigas viven todas en la misma casa y se ayudan entre sí? —le espetó al sorprendido pordiosero antes de volver corriendo junto a su madre.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Teresa, más sorprendida que enfadada.

—Porque tenía frío y a nosotros no nos hace falta, ¿verdad, mamá? —respondió la criatura, con un gesto grave en su infantil rostro.

Tenía una sensibilidad excepcional y una memoria prodigiosa, de forma que lloraba o reía con los protagonistas de los cuentos y difícilmente olvidaba una historia que le hubieran contado. Antes de cumplir los cinco años, Baltasar se sabía de memoria el *Poema de Roncesvalles*, el de *Los Infantes de Lara* o la historia de don Gaiferos de Mormaltán, el peregrino de quien se decía que tanta era su fe y su deseo de llegar a Santiago que el mismísimo Apóstol le devolvió a la vida para que pudiera cumplir su sueño. También el romance de Gerineldo, el galán pulido, al que el buen rey castigó obligándole a casar con la infanta, o las consejas de Patronio al conde Lucanor.

A los seis años, Baltasar comenzó a acudir diariamente a la escuela. Aquello fue para él un acontecimiento colosal. Descubrió que las palabras ininteligibles que pronunciaba el sacerdote en la iglesia eran latín, y que se podía hablar y leer igual que el castellano de su madre o el valón que utilizaban las criadas. Hasta ese momento, las únicas historias que había escuchado eran las que le contaba su madre en las tardes de invierno y al irse a acostar. Pero, maravillado, se dio cuenta de que había muchas más historias, tantas que era imposible que una sola persona se las supiera todas. De repente, un inmenso e inexplorado mar de conocimientos se abrió ante su imaginación. Se zambulló en él con la sed renovada del que, habiendo pasado años bebiendo solo agua salobre, descubre al fin el vino oloroso.

Pero la educación en la escuela no era más que un mecánico atracón de conocimientos, un ejercicio de la memoria acelerado por la palmeta y su memoria no necesitaba de estímulos externos para ejercitarse. Bebía las monótonas palabras del maestro con un ansia nerviosa, animal. Al principio, el dómine pensó que en su casa alguien se había ocupado de enseñarle los rudimentos del latín, pero pronto se dio cuenta de que no era esa la razón: aquella criatura poseía una inteligencia y una memoria excepcionales.

Nunca hacía falta que le repitieran algo. Mientras sus compañeros trataban de aprenderse las declinaciones, él ya traducía párrafos enteros y hacía sus primeros intentos de escribir en latín. Jamás se pavoneaba de sus progresos, que se le antojaban algo natural. Ayudaba a los demás niños con dedicación, por lo que el dómine permitió que le echara una mano con los alumnos más lentos y difíciles. De forma instintiva, los otros confiaban en él, y esa confianza hacía que progresaran más rápidamente que bajo la adusta mirada del maestro. La palmeta, por primera vez en muchos años, quedó relegada a un rincón.

Los años que pasó primero en la escuela y después en la universidad fueron los más felices de la vida de Baltasar. Todo le fascinaba. Cada materia nueva era para él una fuente de placer, una pieza más del gigantesco rompecabezas de la vida. Comenzó aprendiendo a leer y a escribir; siguió con música y canto, pues el maestro afirmaba que un estudiante podía ganarse la vida cantando en los servicios de la iglesia; después siguió con el latín, ya que se exigía un conocimiento amplio de esta lengua para entrar en las profesiones. Claro que Baltasar no tenía ni la más remota



idea de a qué se quería dedicar. ¿Cómo iba a tenerlo, si cada vez que se acercaba a una materia nueva se sentía irresistiblemente atraído por ella?

Del latín pasó al *trivium*, las tres artes liberales de la elocuencia, gramática, retórica y lógica, que desarrollaron en él la facultad para utilizar las palabras exactas y la capacidad de discutir y pensar racional y lógicamente, así como a escribir con eficacia. Con quince años, uno antes de la edad en que los estudiantes normales ingresan en la universidad, él ya era bachiller en Artes. A los diecisiete, tras estudiar las cuatro ciencias del *quadrivium*, música, aritmética, geometría y astronomía, y dominar la filosofía aristotélica, consiguió el título de maestro.

Se decidió entonces a estudiar Teología, pues era materia que abría muchas puertas y, además, le permitía profundizar en cuestiones que por aquel entonces comenzaban a inquietarle. Desde niño había acudido a misa domingos y festivos. Creía en la presencia real del Cristo en el pan y en el vino, se confesaba, rezaba a la Virgen y a los santos, recitaba el rosario, veneraba las reliquias, ganaba indulgencias y decía sus oraciones en casa. Como la mayor parte de sus contemporáneos, temía la condenación eterna por malas obras o una larga expiación en el Purgatorio. Pero desconfiaba de muchas de las creencias que tanto su madre como las doncellas de su casa mantenían con firme convicción, como que el mundo estaba dominado por una serie de espíritus, muchos de ellos malignos. Para las gentes sencillas era fácil solicitar la protección de los buenos espíritus frente a los malos, por eso el culto al agua bendita, los exorcismos y la invocación a los poderes sobrenaturales eran muy frecuentes. El diablo, las brujas, los duendes y los espíritus maléficos eran tan reales en la vida de su madre como los santos. Los espíritus que agriaban la leche o causaban los abortos eran tan reales como la misericordia de Cristo y el ministerio espiritual del sacerdote.

Comenzar a desconfiar de las supersticiones populares y plantearse qué había detrás de las doctrinas de la Santa Madre Iglesia fue todo uno. A su mente racional, moldeada por la lógica y el debate, le costaba el mismo esfuerzo aceptar la existencia de espectros del mal que la intercesión salvadora de los santos. A fin de cuentas, la única diferencia entre unos y otros, aparte de que los segundos solo buscaban el bien de los hombres, era que los santos estaban sancionados por la Iglesia. La Iglesia, razonaba Baltasar, la constituían sacerdotes que poseían los mismos defectos y virtudes que el resto de los hombres.

Tres años después, cuando ocurrió el desafortunado percance que habría de cambiar definitivamente el rumbo de su vida, era un profundo conocedor de las Escrituras, dominaba el griego, leía con fluidez el hebreo y devoraba cuanto libro sobre filosofía y teología patrística y escolástica podía encontrar. Las ideas de Alberto Magno, Tomás de Aquino o Duns Scoto le resultaban familiares y le divertía escandalizar a sus maestros echando por tierra con elaborados argumentos las proposiciones del nominalismo de Occam, que defendía la imposibilidad de conocer a Dios y la inutilidad de los esfuerzos por comprender sus designios. Creía

firmeramente en Cristo pero, en el fondo de su corazón, sospechaba que el Dios de los cristianos permanecía oculto bajo una montaña de palabras.

Acababa de cumplir veinte años y Baltasar Sachs era un joven delgado y de carácter abierto. Su preocupación por los demás, su inteligencia y su sensibilidad le habían granjeado el afecto de compañeros y maestros, de suerte que muchos le consideraban destinado a alcanzar grandes metas, quizá desde una cátedra universitaria, quizá en la corte de algún príncipe. Pero el muchacho soñaba con horizontes más amplios. Cada vez que podía se acercaba a los muelles sobre el Escalda. Allí, en medio de galeones y carabelas procedentes de los más exóticos lugares del planeta, imaginaba cómo sería la vida en las tierras de Indias. Decían que era un mundo pródigo como jamás se había visto, un mundo de selvas interminables e islas acariciadas por el sol de los trópicos. En aquellos parajes, lejos de las anquilosadas sociedades del viejo continente, alumbraba una sociedad virgen, una cultura que no estaría lastrada por el peso de la tradición y la ignorancia. Ansiaba con todo su corazón participar en la construcción de ese nuevo mundo.

Mas, con frecuencia, el destino juega con los hombres como si fueran simples hojas azotadas por el viento de la historia. Baltasar nunca había tenido demasiada relación con su padre. Para el joven, aquel hombre huraño y de toscos modales era un perfecto desconocido, alguien que jamás se había interesado por él y con quien no se sentía en absoluto identificado. Desde que se enteró de las circunstancias del matrimonio con su madre, la curiosidad que en algunas ocasiones había sentido dio paso a una indiferencia fría y a un cierto malestar cuando se cruzaban. Su madre había fallecido unos años atrás, como consecuencia de unas fiebres tercianas que se agravaron inesperadamente en el último momento y Baltasar, a partir de entonces, apenas paraba en casa. Sentía que ya nada le retenía allí y que, tarde o temprano, debería independizarse. Le remordía la conciencia saberse alimentado, aunque fuera a distancia, por un hombre al que difícilmente podía llamar padre. Mas sus estudios le absorbían de tal forma que, día tras día, iba postergando su decisión.

Una tarde de finales de noviembre de 1512, Baltasar leía en su estudio. Fuera hacía frío, pero el calor del hogar caldeaba el ambiente de la sala. Llevaba un buen rato absorto en la lectura, cuando, de repente, se abrió la puerta. Pieter Sachs, tambaleándose, penetró en la estancia. El muchacho se quedó petrificado, sin saber qué hacer. Nunca hasta ese momento había recibido la visita de su padre en su habitación. Le observó con atención, más curioso que preocupado.

Era evidente que había bebido. Baltasar sabía que en los últimos tiempos su padre se emborrachaba con frecuencia, pues hasta él llegaban los comentarios de los criados y, en más de una ocasión, le habían despertado risas destempladas y voces femeninas a altas horas de la noche. Pero una cosa era saber que bebía y otra contemplarlo allí, vacilante y con los ojos inyectados en sangre, recorriendo con la mirada las estanterías, los gruesos volúmenes y los textos que Baltasar atesoraba. Sin poder

evitarlo, notó que le invadía una oleada de desprecio por aquella caricatura de hombre, gordo, abotagado y sanguíneo, que había sido capaz de jugar con los sentimientos de su madre por algo tan mezquino como la ambición.

Pieter Sachs descubrió a su hijo sentado ante la escribanía. Su ojos tardaron un segundo en enfocarlo, pero al fin su congestionado rostro mostró señales de que lo había reconocido. Avanzó con pasos irregulares hasta el centro de la estancia y se detuvo frente a Baltasar. Vestía calzas y un rico jubón salpicado por manchas de vino y grasa. También su barba, canosa y descuidada, aparecía jaspeada de churretes de licor. Sorprendentemente, Baltasar se fijó en que una delgada venilla palpitaba en su sien.

—¡Mirad al señorito! —balbució con un gesto de desprecio, bamboleándose en medio de la sala— ¡Siempre con sus libracos y sus latines, como un cuervo de cementerio!

Baltasar no respondió. La mirada de repulsa de su padre le mantenía paralizado. Jamás se había imaginado que aquel hombre albergara el más mínimo sentimiento hacia él, ya fuera bueno o malo. Y, de golpe, descubría en sus ojos un resentimiento tan intenso que no supo cómo reaccionar.

Su padre avanzó inseguro hasta una estantería. Sus manos vacilantes trataron de sujetar algún volumen, pero fracasó en su intento y solo consiguió volcar uno o dos tomos.

—¡Libros y más libros! —se volvió otra vez hacia él— ¡El caballere se cree con derecho para juzgar y condenar a su padre, pero no le importa gastarse su buen dinero en libros! ¡Nunca se preocupó por saber de dónde salía! ¡Nunca le importó que los demás se deslomaran para sacar adelante un negocio!

Baltasar sintió que aquellas acusaciones se clavaban como un estilete en su carne. Sabía que estaba borracho y que no medía sus palabras, pero, de alguna forma, aquellas imprecaciones se incrustaron en el meollo de su conciencia. Lo que decía era cierto. Nunca se había preocupado por saber cómo era de verdad aquel hombre que le había dado la vida. Se había dejado alimentar y vestir por él como si en vez de un ser humano fuera una ceca de monedas. Sintió lástima por su padre. Siempre lo había visto lejano y autosuficiente, igual que si perteneciese a un mundo remoto. Mas en ese instante descubría en él a un hombre como los demás, un ser humano que sufría y anhelaba consuelo. Sobre todo, un ser humano que debía sentirse muy, muy solo. Se levantó y se dirigió hacia él:

—Tranquilizaos, padre —era la primera vez en años que le llamaba así—. Venid, sentaos, necesitáis descansar.

—¡Déjame! ¡No te atrevas a tocarme! Te crees muy listo, muy sabihondo, ¿verdad? ¡Tú y tu madre, siempre juntos, siempre tan altivos y arrogantes! ¡Pero bien que gastabais mi dinero sin preguntar de dónde venía! —se iba acalorando cada vez más. Baltasar trató nuevamente de acompañarlo hasta una silla para que se calmara, pero el hombre se revolvió contra él. Su barbudo rostro estaba congestionado por la

ira. El muchacho no conseguía apartar la vista de la venilla que parecía tener vida propia en la sien de su padre—. ¡Pues se acabó! ¡A partir de este mismo instante, se acabó! ¡Si quieres comer, tendrás que trabajar conmigo en el taller, deslomándote como un hombre de verdad! ¡Y basta ya de libracos!

Se acercó hasta el escritorio y agarró el volumen que Baltasar estaba leyendo, una *Historia naturalis* de Plinio, impresa en Venecia por Johannes de Spira en 1469. Con un movimiento inesperado, arrojó el ejemplar a la lumbre que ardía en la chimenea.

Baltasar soltó una exclamación. Instintivamente, se lanzó hacia el fuego para tratar de recuperar el valioso ejemplar, pero al hacerlo empujó a su padre, que se había quedado frente al hogar, hacia un lado. El hombre trastabilló, pareció vacilar un instante, intentando agarrarse a su hijo, y cayó como un fardo hacia atrás.

Se oyó un crujido seco, que al muchacho le recordó el golpe de estacas de las danzas que se bailaban por la fiesta del *Corpus Christi*. Se volvió, sorprendido: al caer, la nuca de su padre había chocado contra el borde de una silla. Un chorro de sangre bañaba la alfombra. La venilla de la sien ya no palpitaba.

Fueron unos meses terribles. En ningún momento se dudó de la versión de Baltasar, pues Pieter Sachs tenía fama de bebedor y pendenciero y, en justicia, nadie se entristeció por su muerte. La servidumbre de la casa hacía mucho tiempo que estaba harta de la acritud y mezquindad de su señor y los escasos empleados que trabajaban en los dos talleres lo consideraban poco menos que un tirano. Baltasar era conocido por su carácter sensible y jovial, y nadie le había escuchado jamás una palabra más alta que otra. De repente, daba la impresión de que todo el mundo le apreciaba y se condolía por las trágicas circunstancias de la muerte de su padre. Mas el joven no podía dejar de experimentar una doble desazón que le impedía concentrarse.

Por una parte, le molestaban en lo más íntimo las escasas muestras de afecto que su padre recibía. Jamás pensó en ello, pero aquel hombre se había pasado toda su vida trabajando. Gracias a su esfuerzo, nunca le había faltado de nada. Y él, ¿había intentado alguna vez conocerlo? Siempre se limitó a dar por supuesto que, tras comportarse con su madre como lo hiciera, nada bueno se podía esperar de él.

Por otra parte, no podía dejar de pensar que, si no hubiera sido por su deseo de salvar el libro, seguiría vivo. La idea de que por su culpa su padre podía estar ardiendo en el Infierno le atormentaba día y noche. Le hubiera gustado dar marcha atrás al tiempo, retroceder hasta su infancia, hasta aquellas ocasiones en que sentía deseos de conocer mejor a aquel hombre. Si pudiera, no volvería a dejar escapar la oportunidad.

A medida que iban pasando los meses, una idea fue forjándose en su mente. Había dejado de lado los estudios y dedicaba su tiempo a esclarecer la situación financiera de los negocios familiares. Su padre estaba al borde de la quiebra. Quizá por ello, porque estaba angustiado y necesitaba ayuda, había acudido a su lado aquella tarde. Quizá por ello bebía. Quizá...

No merecía la pena darle más vueltas. Vendería los talleres y, con lo que obtuviera, saldaría las deudas. Y aún le quedaría la casa. Con ella..., con ella también sabía qué hacer.

Lo había meditado largamente y comprendía que no le quedaban demasiadas opciones. Entregaría la vivienda como donación al monasterio cisterciense de Orval para que le admitieran como novicio. Pronunciaría sus votos, se ordenaría sacerdote y pasaría el resto de su vida orando por la expiación de su pecado.

### 3

Una tufarada les asaltó nada más penetrar en la sala del mesón, un efluvio denso de guisos y sudor, de fritanga y orines que se pegaba a la piel como una untuosa coraza invisible. Hans y Baltasar, cegados por el sol del mediodía, tardaron unos instantes en acostumbrar sus ojos a la penumbra viscosa, de ventanas entornadas y humos remolones, del figón. La estancia hervía repleta de comensales de cabelleras rubias y ojos zarcos que lucían velados por la cerveza. Un bullicio de conversaciones flotaba en el local, se entreveraba con la humareda de los fogones y el estrépito de jarras y escudillas de peltre que las mozas arrojaban sobre las mesas cual si en vez de clientes, fueran piaras de puercos aquellos a los que servían. Mas la caterva de carreteros y feriantes, lejos de sentirse ofendidos, veían espoleadas sus hombrías ante tan arrogantes maritornes y encontraban en el desaire excusa cabal para restregar sus manazas por los traseros de las criadas. En verdad era espectáculo tan abigarrado y sorprendente el de aquella multitud vocinglera que Baltasar, intimidado, se volvió hacia el muchacho y le preguntó:

—¿Estás seguro de que es aquí?

Hans se encogió de hombros sin volverse hacia el fraile. Su mirada saltaba de mesa en mesa, excitada por la animación del local y la presencia de tanta mozuela.

—Si este es el mesón de San Nicolás, aquí es —respondió, sin perder de vista a una criada de generosas ubres que le acababa de sonreír—. Me aseguraron que la pitanza era abundante y barata. Y está repleto de arrieros y mercaderes...

—La calle por la que hemos venido era Nikolaistrasse, así que la figura que aparece representada sobre la puerta debe de ser la de san Nicolás —reflexionó Baltasar—. Aunque al buen santo no le reconocerían ni los niños a los que resucitó.

Encontraron un hueco en una mesa del centro de la estancia, justo debajo de la gruesa jácena que sostenía el entramado de vigas del techo. Se acomodaron al lado de

un grupo de mozos de mulas que estaban dando sobrada cuenta de unas chuletas de cerdo saladas y ahumadas conocidas en la región como *kasseler rippchen*.

—Buen provecho tengan vuestras mercedes —saludó Baltasar, haciéndose sitio para sentarse.

El mancebo que estaba a su derecha, un boquituerto malencarado que escondía su lacra bajo un mostacho, contempló de arriba abajo el hábito del fraile. Por un momento, pareció que iba a soltar un denuesto, mas, al divisar la mole de Hans, cambió de idea y se limitó a emitir un gruñido y hacer sitio. Baltasar se restregó los ojos, que le ardían por el humo de los fogones. La moza de abundantes pechos que había sonreído a Hans se acercó.

—A fe que esta zorrera reclama un buen oreo —comentó el muchacho, también con los ojos enrojecidos y una sonrisa cordial—. De seguro que no entra aquí el sol desde que Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso.

—¡Por mis muertos que una no dejará nunca de asombrarse! ¿Pues no nos ha salido exigente el angelote, que un poco de humo le incomoda? —la criada, puesta en jarras, se enfrentó a Hans ante el regocijo general—. ¡Pues con tal compañía, anda y que no estará acostumbrado al tufo del incienso el muy tunante!

Hans sonrió, algo avergonzado.

—Disculpa mi tosquedad, mujer —dijo, incapaz de apartar su vista de los senos de la camarera, que sobresalían del corpiño como si estuvieran a punto de reventar los cordeles—. Solo somos un necio campesino y un humilde fraile que llevan mucho tiempo viajando y a los que falla la costumbre...

—Vale, vale... —exclamó la muchacha, más tranquila. Una pícara sonrisa bailó en sus ojos al darse cuenta de la dirección de la mirada de Hans. Al punto, se ablandó y se acercó un poco más al mozo—. Está bien, aguardad un momento. Veré qué puedo hacer.

Regresó al poco, meneando sus caderas entre las mesas del figón y repartiendo sonrisas igual que una princesa.

—Anda, parece que habéis tenido suerte —les informó—. Tenemos un emparrado fuera y hay espacio para dos. Seguidme, vamos.

Cruzaron la estancia, precedidos por el bamboleo provocativo de la criada, hasta un patio posterior en el que se habían montado varias tablas. Era un espacio sucio y reducido, con restos de comida desperdigados por el suelo en los que hurgaban piojosos perros. La moza los condujo hasta una mesa en la que charlaba un grupo de carreteros, fácilmente reconocibles por sus ropas remendadas y sus coloridos gorros. Los hombres comían con fruición en medio de una agitada charla y no dieron señales de percatarse de los recién llegados cuando estos se sentaron al final del banco.

—Bueno, ¿qué va a ser? —solicitó la criada.

Pidieron *ochschwanzsuppe*, una suerte de sopa de cola de buey, y chuletas ahumadas. La camarera se alejó hacia la cocina vigilada de cerca por la mirada de Hans. Baltasar sonrió para sí al percibir el interés del muchacho. No dejaba de

maravillarle su recuperación tras los dramáticos acontecimientos de tres meses atrás. El carácter expansivo del chico imponía sus fueros, impidiendo que le reconcomiese el rencor. «Es misteriosa la naturaleza humana», meditaba el fraile. ¿Cuántos, en el caso del muchacho, se dejarían arrastrar por el odio? ¿A cuántos les vencería la melancolía? El propio Baltasar, que aventajaba en más de nueve años a Hans, había martirizado su cuerpo con ayunos, vigiliyas y oraciones que solo buscaban obligar a Dios a arrancar de su alma la conciencia de culpa.

Se habían conocido a finales de marzo de ese año del Señor de 1519, cuando la primavera comenzaba a despuntar y el sol del mediodía arrancaba de los cuerpos ateridos el recuerdo de los rigores invernales. Por entonces, Baltasar Sachs llevaba varios meses deambulando por el corazón de Alemania, aturdido y desmadejado, incapaz de tomar las riendas de su destino.

Apenas seis años atrás había ingresado en el monasterio valón de Orval con el corazón atribulado y la certeza de que jamás volvería a traspasar sus muros. Mas, en verdad, las vidas de los hombres son como torrentes que, al topar con una represa, simulan convertirse en plácido lago. Donde se ve calma, esconden nervio; donde serenidad, inquietud. Pero basta una tormenta de verano para que rebosen los diques y se desborden los cauces, de suerte que lo que semejava tranquila charca se descubre rabiión incontenible. Baltasar, tras muchos esfuerzos, había conseguido alcanzar una apariencia de vida dócil y sosegada en el monasterio, entregado a la plegaria y a la adoración del Señor. Su corazón, sin embargo, albergaba anhelos que no se atrevía siquiera a imaginar. Y sucedió que un mero chaparrón fue suficiente para confundir su espíritu y hacer saltar el muro que contenía sus ansias.

Una y otra vez regresaba a su mente la imagen de la bella Suzanne, la joven campesina que se entregó a él en el incómodo lecho de la huerta monacal. Había sucedido una madrugada de verano, al alba. Baltasar había asistido al oficio de vigiliyas. Al terminar, como solía, se dirigió al claustro para entregarse a la meditación, hasta que las campanas de la abadía convocaran a laudes. Pero aquella madrugada decidió dirigirse a la huerta, en la que cultivaba unos tomates que estaban a punto de madurar. Necesitaba airearse.

Nada más traspasar el cercado se percató de que no estaba solo. En la penumbra, inmóvil, trató de agudizar la vista. Al poco, tras unas matas divisó un movimiento animal. Pensó que sería algún cerdo escapado de las pocilgas y corrió hacia él, con tan mala fortuna que tropezó y rodó por la tierra de un bancal.

Al tratar de levantarse escuchó muy cerca una risa sofocada. Se volvió sorprendido: frente a él, sentada en el suelo, una joven trataba de contener la carcajada que pugnaba por escapar de su boca. La reconoció inmediatamente. Era Suzanne, la hija de un mísero campesino vasallo del monasterio, que vivía en la cercana aldea. Muchas veces, durante la misa dominical, había percibido su mirada clavada en él, observando sus movimientos con tanta atención que Baltasar, en su

nerviosismo, terminaba por dejar caer el libro de salmos mientras su rostro se volvía rojo como la grana.

También en aquella ocasión notó que su cara enrojecía. La mujer permanecía inmóvil. Durante un instante, que al joven fraile le pareció eterno, se mantuvieron en silencio, observándose como dos animales que, desconociéndose, calibraran la posible amenaza que el otro pudiera representar. Luego, el rostro de Suzanne se dulcificó y la muchacha llevó su índice a la boca, rogándole silencio.

Aunque hubiera querido, Baltasar habría sido incapaz de hablar. Se quedó allí, tordo y boquiseco, mientras un torbellino obnubilaba su entendimiento. Todos los deseos de la carne, que día tras día conseguía dominar, se rebelaron contra su voluntad. Sin darse cuenta de lo que hacía, adelantó su mano hasta rozar el rostro de la muchacha.

Suzanne no hizo ademán de apartarse. Sujetó la mano del monje y la deslizó bajo su ropa hasta sus pechos. Con un movimiento fluido, se sacó la camisa y se mostró desnuda. Al contemplarla, Baltasar notó que una atracción profunda le atravesaba.

La rodeó con sus brazos. Se estremeció al percibir el contacto del cuerpo que cedía y se apoyaba en él. Sujetando el rostro de Suzanne entre las manos, dejó que se acercaran los labios, maravillado ante el descubrimiento, por primera vez, del sabor de una boca entregada. En un instante desapareció el mundo, se zambulleron los sonidos de la madrugada en las respiraciones entrecortadas, se concentraron los deseos en las yemas de los dedos al explorar el cuerpo ajeno.

Cuando regresó al claustro, sacudiéndose con energía la tierra que manchaba su hábito, el maestro cantor le detuvo:

—¿De dónde venís con esa facha, padre? Os hemos echado de menos en el oficio...

Baltasar Sachs, rojo de vergüenza, mantuvo la mirada baja.

—Lo lamento, padre, no volverá a suceder. Salí al huerto para ver cómo iban los tomates y..., bueno, tropecé y caí al suelo.

—Más que caer, se diría que os habéis revolcado en la tierra.

Durante los primeros días Baltasar anduvo exultante por el monasterio, obsesionado con el recuerdo de la muchacha. Incapaz de concentrarse en las más cotidianas tareas, atrajo sobre él la atención del resto de los monjes, que asistían con extrañeza a sus distracciones y torpezas. A pesar de su juventud, sus conocimientos, su inteligencia y su humildad le habían hecho merecedor del respeto de los cofrades, hasta el punto de que eran muchos los que acudían a él en busca de consejo. Así, sin que pareciera ser consciente de ello, Baltasar había ido adquiriendo una suerte de preeminencia sobre el resto de los hermanos, que lo trataban con consideración y respeto. El joven fraile aceptaba todo aquello con naturalidad y, poco a poco, había ido asumiendo responsabilidades cada vez más pesadas. Ya se hablaba de él para el cargo de maestro de novicios, pese a que hacía poco tiempo que profesara. Pero, de repente, no hacía nada a derechas, se quedaba embelesado en medio de los oficios,



descuidaba sus tareas y tardaba en darse cuenta de que alguien se dirigía a él, como si su espíritu, atrapado por algún inaudible canto de sirena, permaneciera muy lejos de allí.

Comenzó a buscar las más triviales excusas para salir a la huerta, con la esperanza de divisar, aunque fuera de lejos, a la hermosa Suzanne. Mas la muchacha no aparecía por ninguna parte. Pronto, la excitación de los primeros días dio paso a una extraña melancolía que se apoderó de su ánimo. Se convenció de que la moza se le había entregado solo para evitar que la delatara. Probablemente estaría hurtando judías o cebollas y, al verse descubierta, actuó de la única forma que sabía. La idea le desagradó profundamente, pues quería decir que igual se habría entregado al primero que hubiera aparecido por allí. Después comenzó a pensar que todo había sido un sueño, una jugarreta de su imaginación. Al mismo tiempo, a medida que se apagaba el júbilo de la carne, volvió por sus fueros la conciencia de culpa. Se daba cuenta de que había pecado contra Dios y contra sí mismo, incumpliendo el voto de castidad que le ataba a la orden y los mandamientos de la Santa Madre Iglesia.

Se encerró en sí mismo. De repente, los fantasmas de su pasado regresaron para instalarse en su espíritu afligido. Primero había sido la muerte de su padre y ahora la ruptura de los votos. ¿Acaso era él un títere en manos del Diablo, incapaz de resignarse a una vida casta y pura? Por el camino que llevaba terminaría dando con sus huesos en el Infierno o condenado a sufrir una eternidad de expiación en el Purgatorio. Le obsesionaba la idea del fuego. Por momentos, sentía una rabia animal contra el Dios implacable, el Dios que observaba desde el Cielo atento a la menor de las faltas de los hombres. ¿Es que no quería que sus hijos rieran y fueran felices? ¿O eran los hombres los que habían oscurecido la alegría del mensaje divino?

Baltasar se daba cuenta de que la senda de perfección que la Iglesia le marcaba era demasiado angosta para él, simple mortal incapaz de resistir las tentaciones del Diablo. ¿De qué le valía la confesión y la absolución de sus pecados si su conciencia seguía sintiéndose pecadora?

Desesperado, huyó de la abadía. Escapó una noche, sin decir nada a nadie, convencido de que jamás sería capaz de encontrar a Dios tras los muros del monasterio. Había sido una equivocación profesar, ahora lo sabía. El Dios de justicia y de igualdad con el que soñaba no se escondería jamás de los ojos de los hombres. Pero, ¿dónde estaba ese Dios?

Durante largos meses, el fraile rumió su impotencia por los caminos ciegos de media Europa, sumido en un estado de abandono que le hacía errar mientras su cerebro se calentaba como el eje de una rueda. ¿Dónde se ocultaba Dios? Por veces, se sentía desdichado, creyendo que la ruptura de los votos le arrastraría al Infierno. Otras se convencía de que había actuado correctamente. Pero, ¿conseguiría encontrar a ese Dios comprensivo que anhelaba?

Su figura alta y espiritualizada, su manchado hábito y la mirada perdida que escapaba de sus ojos le salvaguardaron de peligros que jamás llegó siquiera a intuir.

Había algo en su estampa, un hálito quizá, un aire de ensimismamiento y hechizo que rondaba el cuerpo esquelético, que envolvía su silueta con el aire vivo de los locos y los profetas. Fuera lo que fuese, las gentes crédulas que escupían al suelo al verle acercarse por el camino, terminaban descubriendo sus cabezas e hincando las rodillas en señal de oración cuando Baltasar, absorto en sus pensamientos, pasaba a su lado. Los humildes aguardaban a que desapareciera a lo lejos antes de levantarse, incapaces de discernir si acababan de postrarse ante un santo o ante un demente.

Soplaban tiempos de cambio, tiempos duros de familias desechas y hambres profundas. Aquí y allá, labradores míseros cargaban familias y enseres en carretas y abandonaban sus tierras para dirigirse a las ciudades, atraídos por promesas de un futuro mejor. Los caminos, poblados de predicadores corruptos, bribones, proscritos, titiriteros, tahúres y embaucadores, eran tierra de nadie. Solo los labriegos desesperados y los mercaderes protegidos por hombres de armas se atrevían a internarse en ellos.

Una tarde de invierno, una partida de bandidos al acecho de viajeros desprevenidos se emboscó al ver acercarse al fraile solitario. Iban ya a lanzarse sobre él cuando el jefe de la partida se quedó paralizado en medio de la orden de asalto. Aquella caterva de individuos sin alma ni madre, violadores y asesinos incapaces de entender el significado de la palabra piedad, se arrodillaron en el silencio de la floresta al paso del fraile y se persignaron para invocar el perdón divino. Baltasar Sachs, ajeno a todo, rezaba.

A medida que se internaba en las tierras del centro de Alemania, mientras avanzaba a través de comarcas demasiado pobladas y pueblos azotados por disputas entre poderosos, crecía la fama del monje que arrastraba sus pies desnudos por los fríos caminos, igual que Jesús camino del Gólgota. Y allá donde se divisaba su magra figura se reunían las gentes en oración, temblorosas como polluelos, sin que nadie osara molestar a aquel asceta de ojos tristes tocado por la mano de Dios.

Baltasar rezaba. Rezaba día y noche. Se refugiaba en la oración para adormecer su mente inquieta. Rezaba porque se sentía confundido y miserable. Por dos veces había pecado contra el Creador. Por dos veces había alejado de su alma la esperanza del Paraíso. Rezaba para acallar el rencor que abrasaba su espíritu ante el Dios justiciero que exigía de sus criaturas mucho más de lo que estas eran capaces de ofrecer.

A menudo, cuando el invierno se tornaba cruel y la nieve borraba el rastro de la carretera, buscaba algún alpendre abandonado y se refugiaba en él hasta que las condiciones mejoraban. Fue en una de esas ocasiones, ya al principio de la primavera, cuando conoció a Hans Gotha.

Había pasado el día escarbando en busca de raíces por los bosques de la región, una fría zona del corazón de Alemania. Al atardecer, con un magro botín, regresó al chamizo en que se cobijaba y se sentó en la entrada dispuesto a dar cuenta del poco

apetitoso almuerzo. Estaba distraído con la tarea cuando un gemido procedente del interior del alpendre le sobresaltó. Extrañado, volvió la cabeza. Desde la penumbra, un gigante de melena rojiza, tumbado cuan largo era en el suelo de la cabaña, le observaba en silencio. Un paño empapado en sangre le ocultaba la frente.

Iba a levantarse para socorrer al herido cuando escuchó el relinchar de varios caballos que se acercaban. Por un lateral del claro surgió un grupo de hombres de armas. No eran demasiados, no más de media docena, pero lo mismo daría que fueran cien. Aquellos soldados llevaban escrito en sus ojos la rabia animal de los que están acostumbrados a bailar con la muerte.

Baltasar los observó mientras se acercaban. El contraste entre su cuerpo esquelético y desastrado, apenas unos huesos sobre los que colgaban los restos del albo hábito del Cister, y los recios músculos, los rostros oscurecidos por sucias barbas y las miradas bestiales de los hombres de la partida no podía ser más acusado. Muchos llevaban arcos y espadas en bandolera, cubrían las ropas de colores con petos y espaldares y usaban pañoletas al cuello o sobre la testa. Al frente, sobre una yegua de gran alzada, guiaba el grupo un individuo tocado con una capa de piel que dejaba entrever un lujoso jubón. Portaba al cuello gruesas cadenas de oro y en las manos profusión de anillos. También él exhibía al cinto un espadón.

El monje se dio cuenta enseguida de quiénes eran. El jefe de la banda debía de ser, con seguridad, un *reichsritter*, un caballero imperial. Toda Alemania estaba infestada de aquellos nobles arruinados, pulgas voraces sobre el escuálido pellejo de los campesinos. Señores todopoderosos de diminutos territorios, vivían encastillados en sus antiguas e incómodas fortalezas, alimentándose de rancia dignidad mientras sus administradores despellejaban a cuantos súbditos se resistían a seguir manteniendo la costosa vida de festines, cacerías y torneos de sus amos.

Verdadera casta de sanguijuelas ociosas, los caballeros imperiales, empobrecidos por las crisis agrarias y las particiones del patrimonio familiar, asolaban las tierras del Imperio como plaga de langostas sobre un campo maduro. Muchos se ponían con sus tropas al servicio de un príncipe, un obispo o incluso una ciudad, para participar en cualquiera de las reyertas con que los poderosos afirmaban su razón de ser. Otros, demasiado independientes para admitir autoridad inferior a la divina, se encomendaban a Nuestro Señor y se abatían sobre viajeros, pueblos y convoyes.

El grupo de jinetes se detuvo al descubrir al fraile sentado ante el alpendre. El caballero que precedía al grupo le observó un instante en silencio. Baltasar había inclinado la cabeza y parecía sumido en profundas meditaciones. Durante unos momentos, no se escuchó voz alguna. Solo un rumor de metal y las respiraciones agitadas de los caballos rompían la serenidad del atardecer.

—¡Eh, fraile!

La voz sonó imperiosa, como la de alguien acostumbrado a ser obedecido. El monje permaneció impertérrito. Los jinetes, tras el de la capa, se miraron entre sí.

—¡Fraile! —repitió el caballero. Al no obtener respuesta, agarró una pica y la

lanzó con fuerza hacia la descarnada figura. La alabarda fue a clavarse entre los pies del monje, pero Baltasar no hizo el más mínimo movimiento.

Los hombres de armas comenzaron a murmurar, agitándose inquietos sobre los caballos. Entonces, lentamente, el asceta alzó la cabeza. Sus ojos traspasaron al grupo, perdida la mirada en el infinito, como si pudiera ver a través de cabalgaduras y jinetes.

—¿Habéis visto pasar a un campesino herido por aquí, ermitaño? —al ver que no obtenía respuesta de aquel fantasma, el jefe de la partida hizo ademán de descabalar a la vez que clamaba, colérico—: ¡Por Cristo que este tarado me va a prestar atención!

Mas uno de sus secuaces le detuvo antes de que pudiera desmontar:

—Deteneos, Mangold... —susurró—. Este hombre es un santo o un loco. ¿Vais a golpear a un demente y atraer así la desventura sobre nosotros?

El otro se revolvió sobre su caballo, incómodo, sin cesar de observar al fraile. También el resto de la partida parecía incapaz de apartar su atención del eremita. Al cabo de un rato, el que atendía por el nombre de Mangold hizo avanzar a su yegua hacia la cabaña. El monje continuaba impertérrito, como si no pudiera verle. El guerrero le contempló con aprensión. Luego, con un movimiento decidido, recuperó su lanza, resopló y gritó:

—¡Está bien, prosigamos la búsqueda! ¡No se nos ha perdido nada junto a este alelado!

Espoleando a su montura, desapareció entre los árboles y los demás no tardaron en seguirle.

Baltasar se mantuvo inmóvil unos minutos más. Al fin, cuando los sonidos de la tropa se perdieron, dejó escapar un suspiro.

El gigante pelirrojo había seguido desde la penumbra toda la escena. La sangre de la herida en la frente rebasaba los límites del paño y le manchaba el rostro juvenil. Parecía estar al límite de sus fuerzas, pero su mirada observaba con curiosidad a Baltasar:

—En verdad sois loco o valiente —susurró el muchachote con un vozarrón cansado—. Esa fiera podía haber acabado con vos en el tiempo de un amén.

—Callad ahora. Necesitáis reponer fuerzas. No parece que los últimos días os hallan tratado demasiado bien.

La herida era en verdad profunda y mostraba signos de infección. Aunque Baltasar no poseía grandes conocimientos de medicina, sabía que si no conseguía frenar la infección, la fiebre seguiría subiendo y el hombre aquel terminaría por entregar su alma. Necesitaba encontrar una pequeña planta, que él conocía con el nombre de *Ombligo de Eva*, que poseía cualidades milagrosas para infecciones y heridas. Tardó casi un día en localizarla. Cuando regresó junto al herido, este era presa de convulsiones y no cesaba de gemir. Al menos, la herida había dejado de manar sangre. La limpió con agua mientras lamentaba no tener a mano cauterio ni

aguja para coserla, y aplicó después las hojas sobre la frente.

El muchacho durmió durante varios días seguidos, sumido por momentos en accesos febriles que le hacían delirar. Día y noche, Baltasar lo veló y cuidó de él. Por primera vez en muchos meses, la actividad le obligó a salir de sí mismo y a relegar sus pensamientos.

También la herida de su espíritu comenzaba a cicatrizar. Baltasar era consciente de que tras tantos meses de peregrinaje errático no había conseguido establecer un acuerdo ni consigo mismo ni con Dios, pues la desazón que experimentaba al pensar en la salvación del alma seguía tan viva como siempre. Pero, al menos, la necesidad de atender al herido y de cazar pequeños animales para alimentarlo actuaron como un bálsamo sobre su conciencia. Si no había terminado la guerra, por lo pronto se había firmado una tregua entre el Creador y él.

Siete días tardó Hans Gotha en recuperarse. Una tarde, cuando Baltasar regresaba con el botín de un conejo que había conseguido capturar, se lo encontró en el exterior del alpendre, calentándose al sol tibio de la primavera. Al verlo allí sentado, se le iluminaron los ojos al fraile:

—Bienvenido al mundo de los vivos, dormilón. Ya empezaba a dudar de que te despertaras algún día.

El muchacho sonrió, pero al hacerlo la piel tierna que cerraba su herida se estiró y le provocó una mueca de dolor.

—Gracias, padre —dijo—. Os debo la vida.

—Di mejor que se la debes a Dios y a la constitución que Él te ha dado. Si no fuera por tu fortaleza, haría tiempo que estarías alimentando malvas.

—No lo digo solo por cuidarme... ¿Por qué no me delatasteis a los hombres de armas?

—¿Debería haberlo hecho? —preguntó, sonriendo, el monje.

Al anochecer encendieron una fogata para calentarse y cocinar el conejo. Aunque Hans se mostró reacio, pues temía que el resplandor atrajera a sus perseguidores, pudo más el hambre que la prudencia y se dejó convencer por el fraile, que le aseguró que desde el día de su llegada no había descubierto ni el menor rastro de seres humanos en el bosque. Baltasar le cedió su parte a Hans para que repusiera las menguadas fuerzas.

No hizo falta insistir mucho. Aquel cuerpo de titán llevaba muchos días sin alimentarse decentemente y el apetito volvía por sus fueros. Por unos minutos, olvidó sus temores y se dedicó a engullir hasta el último resto del conejo. Baltasar, a su lado, le observaba con satisfacción.

—¿De veras no queréis más, padre?

Pronto no quedaron más que los pellejos del animal. Ambos permanecían en silencio, sumidos en sus pensamientos, apenas dos sombras en el corazón del bosque. Al cabo de un buen rato, Hans habló:

—No me preguntasteis por qué me perseguían, padre.

El rostro del joven, envuelto en la pelambreira rojiza, parecía arder a la luz de las llamas.

—No es necesario que me lo cuentes si no lo deseas.

Volvieron a quedarse callados, las miradas perdidas en el fuego. A lo lejos aulló un lobo.

—Creo que he matado a un hombre. Y lo haría otra vez.

Baltasar nada dijo. Su rostro en penumbra observaba con preocupación al joven.

—Yo vivía no lejos de aquí, en una granja a orillas del Fulda, con mis padres y todos los demás; bueno, mis dos hermanos y mi hermana. Solo éramos campesinos, pero íbamos tirando. Vaya, que teníamos un pasar, ya sabe. Las tierras eran propiedad de la familia y, claro, a orillas del río daban buenos frutos.

Hans no miraba a Baltasar. Sus ojos contemplaban el fuego, pero él estaba muy lejos de allí, con su familia, en la granja. Por un momento, el fraile estuvo a punto de pedirle que lo dejara, pues el dolor asomaba al rostro del chaval, pero, pensó que quizá lo que necesitaba era precisamente eso, hablar, echar fuera toda la rabia que le consumía.

—Mi padre siempre fue un buen vasallo. Pagaba puntualmente los tributos al administrador del señor, aunque este cada vez exigía una parte mayor de la cosecha, pero mi padre era un buen vasallo. Decía que estaba escrito en la Biblia, ya sabe, lo de que hay que dar al César lo que es del César, y aunque le dolía ver cómo se llevaban los frutos de su trabajo, nunca protestaba. Pero un día...

Calló. La cicatriz de su frente brillaba a la luz de las brasas. Al poco volvió a hablar, con el dolor rezumando a través de cada palabra, de cada silencio.

Escuchándolo, el fraile sintió una desazón acre, corrosiva, ante el desafuero y la sinrazón de los poderosos. ¿Cómo aceptar, cuando tales infamias eran el pan nuestro de cada día, que un Dios justo y bondadoso velaba por este mundo de guerras y miserias, de pecados y egoísmo, por este mundo en el que los representantes del Cristo se comportaban como cofrades de Satanás y los que debían velar por la seguridad de los corderos mostraban sus fauces de lobo teñidas por la sangre de los inocentes?

Pues en verdad quedó vertida la sangre de los inocentes aquel día, apenas unas semanas atrás, en que el caballero imperial Mangold von Fritzlar, señor de magros territorios y rancia estirpe, el abad Rudolph Höss, segundón de familia principal, y varios mercenarios sin patria pusieron sus pies en la casa de Hans.

Llegaron precedidos por el estruendo de metales y el piafar de bestias. Eran seis nada más, media docena de rostros barbados y miradas turbias, de espadas al cinto y cotas de malla. Aparecieron poco después de la hora de sexta por el camino que atravesaba el bosque, cansados, hambrientos, jadeantes los caballos. Hans estaba cortando leña y fue el primero en divisar al grupo. Inmediatamente los reconoció, pues el *reichsritter* era señor del feudo y el abad regía un monasterio cercano. Pensó

que regresaban de caza y que iban a continuar su camino, así que prosiguió con su tarea. Pero la partida se dirigió directamente hacia él.

—¿Está tu padre en casa, muchacho?

Hans se sobresaltó. No se le ocurría motivo alguno por el que aquellos nobles quisieran entrevistarse con su padre, un simple campesino. Pero la mirada del caballero le hizo olvidar la pregunta que le venía a los labios. Asintiendo con la cabeza, entró en la casa y avisó a su padre.

Cuando el padre de Hans salió, su rostro apacible se veló por una sombra de inquietud. Conocía bien la fama del señor y del abad, ambos jóvenes y orgullosos, animales de sangre caliente y espada presta que tomaban de su mano aquello que no les ofrecían voluntariamente. Los dos tenían merecida fama de despiadados, de suerte que pocos eran los que se atrevían a levantar los ojos en su presencia. Cuando Mangold von Fritzlar exigió el condumio, tributo que obligaba a los vasallos a alimentar a sus señores si estos así lo requerían, Hans Gotha padre asintió e invitó a los recién llegados a pasar.

La época del año era mala. Las cosechas nuevas aún eran promesa y de las viejas solo quedaba el recuerdo. A pesar de ello, el padre de Hans sacrificó el cordero que reservaban para pagar los diezmos de la Iglesia y le ordenó a su mujer que lo preparase. Los hombres entraron en la casa y se sentaron en torno a la mesa con alboroto de hombrías y risotadas. Con grandes voces, ordenaron que les trajeran cerveza.

Al principio, todo fue bien. Hans, su hermana Henrietta y los dos pequeños, Otto y Hermann, permanecían fuera de la casa mientras los hombres comían, pues el padre les había ordenado que no se dejasen ver en tanto no se marchasen los soldados.

Pero Otto y Hermann eran apenas dos chiquillos de ocho y diez años. Al ver la hueste del señor feudal, habían quedado fascinados por los petos y espaldares, por el aspecto recio de aquellos hombres, tan distintos de los campesinos que ellos conocían. Salieron del cobertizo en un descuido de los mayores y se apostaron detrás de una ventana para espiar a los soldados. Hans y Henrietta, enfadados, fueron tras ellos.

En ese instante, el abad Rudolph Höss descubrió a Henrietta. A sus quince años ya era una mujer muy bonita, de pelo rubio y cuerpo bien formado. Hans vio el rastro de la lujuria en la mirada del monje. Se quedó paralizado ante la visión del deseo que distorsionaba los rasgos jóvenes y nobles del abad, sin saber qué hacer. Hasta ese instante ni se le había ocurrido pensar que su hermana ya no era una niña y que bien podía despertar el apetito de un hombre. Turbado, comprendió que aquello era precisamente lo que su padre había tratado de evitar.

—Henrietta —ordenó—, vete al bosque y no te dejes ver hasta que te avise.

La muchacha había agarrado a los dos chiquillos por las manos y se los llevaba de vuelta al cobertizo. Cuando escuchó la orden de Hans, se volvió hacia él para preguntar por qué, pero algo en la expresión de su hermano la hizo callar. Soltó a los

pequeñuelos y comenzó a avanzar hacia la cercana linde del bosque.

—¡Apura! —le instó Hans.

Pero ya era tarde. Tanto Mangold como el abad eran jóvenes caprichosos, acostumbrados a obtener todo aquello que deseaban y en aquel momento los vapores del alcohol exacerbaban sus frustraciones. Al ver a Henrietta, el abad se inclinó hacia Mangold y le susurró algo al oído. El noble soltó una carcajada. Con un brillo nuevo en los ojos, se dirigió al padre de Hans:

—Tengo entendido, campesino, que tienes una hija hermosa, más digna de morar en residencia principal que en choza de labrador.

El hombre palideció al escuchar aquellas palabras. Los soldados callaron y prestaron atención. Olfateaban la diversión.

—Bueno —insistió Mangold—, ¿qué dices?, ¿es cierto o no lo es?

—Tengo una hija, en efecto, señor —respondió al fin el campesino, de pie ante la mesa, con la mirada gacha—. Pero os han debido informar mal, pues es una criatura sucia y deforme que solo vale para ordeñar y fregar suelos.

—Entonces seguro que me sirve, pues precisamente estaba pensando en que me ordeñara... —al escuchar a su señor, estallaron en carcajadas ebrias los hombres de la sala y comenzaron a golpear con sus puños la mesa. Mangold levantó la mano y exigió silencio. Se volvió hacia el padre de Hans y su voz, hasta entonces suave, adquirió un matiz metálico—. Seré yo el que juzgue las cualidades de vuestra hija. Traedla a mi presencia.

El campesino, de pie en medio de la sala, no se movió. Su mirada se perdía por la tierra apisonada del suelo, abochornada ante el noble. Nadie osaba hablar.

—Por lo que más queráis, noble señor, por lo más sagrado... Siempre he cumplido con mis obligaciones de vasallo, he pagado los tributos y he trabajado en vuestras tierras cuando así lo requeristeis... Dejad a mi hija. Haced lo que queráis conmigo, pero dejad a mi hija, no es más que una niña. Decídselo vos, noble abad.

Mangold von Fritzlar observó al hombre como si no acabara de creerse que se atreviera a llevarle la contraria. Su mirada se tornó dura como el pedernal. Hizo un gesto apenas perceptible y tres mercenarios salieron de la casa. Antes de que nadie pudiera reaccionar, atraparon a Hans y a los dos pequeños y los llevaron al interior de la estancia. Un cuarto soldado se acercó a la cocina, agarró a la madre de Hans por el pelo y la arrastró hasta la sala.

—Así que no os parezco suficiente para vuestra hija. ¿Habéis oído, Rudolph? ¡Y se atreve a pedirnos a vos que intercedáis ante mí! ¡Mi propio vasallo! ¿Acaso esperabais que una campesina que huele a pocilga fuera desposada por todo un príncipe? —la voz de Mangold sonaba tranquila, cargada de amenaza. Sus hombres sonreían, expectantes. Preveían una buena juerga.

El padre cayó de rodillas:

—Por el Cristo en la Cruz, no hagáis mal a mi familia.

Mangold se levantó y propinó al campesino una violenta patada en el rostro. El



hombre salió despedido hacia atrás en medio de un chorro de sangre mientras la madre y los niños pequeños rompían en gritos. Solo Hans, inmovilizado por dos hombres, permaneció en silencio. El odio más feroz que jamás creyó que podría sentir devoró su interior. No entendía lo que pasaba. El sacerdote siempre les había dicho que el señor feudal tenía el deber de proteger a sus vasallos. Por eso le pagaban tributos. Si se comportaba de este modo, ¿qué sentido tenía todo? Forcejeó, tratando de soltarse, pero los mercenarios le tenían bien amarrado.

—Bueno, pues si la hija no se deja acariciar, qué se le va a hacer... —el noble avanzó amenazador hacia el centro de la estancia ante la mirada atenta de sus hombres. El padre de Hans yacía en un charco de sangre, probablemente desnucado. Los ojos de Mangold brillaban de excitación. Soltó una carcajada intempestiva y se dirigió a los hombres de armas—. Muchachos, me temo que por el momento tendremos que conformarnos con la vieja —se acercó a la madre, que un soldado sujetaba con los brazos a la espalda, y le arrancó de golpe la camisa. Los pechos caídos de la campesina quedaron al aire. Los sobó un rato con mirada salaz. La tiró al suelo, le levantó la saya y la penetró con violencia. Durante un rato solo se escucharon los jadeos cada vez más frenéticos del caballero y los gemidos de dolor de la mujer. Cuando terminó, se levantó y preguntó, sonriendo—: ¿Gustáis, señor abad?

Uno tras otro se abalanzaron sobre la madre y la violaron entre risotadas. La mujer mantenía cerrados los ojos, como si así pudiese evitar que la vieran sus hijos. Hermann y Otto lloraban en silencio. No comprendían qué estaba sucediendo, por qué los soldados se turnaban sobre su madre, pero presentían que aquello no estaba bien. Hans procuraba mirar hacia otro lado, aunque los gemidos y los gritos de dolor le perturbaban. Tenía que pensar algo rápido. Aquellos hombres no iban a dejarles con vida después de matar a su padre y violar a su madre. Incluso un *reichsritter* tenía que responder ante la justicia. Hans no creía que la palabra de un campesino valiera más que la de un noble, pero lo más probable era que el caballero decidiera evitar riesgos. Tenía que pensar.

Cuando quedaron satisfechos, la madre permaneció inconsciente sobre el suelo. Mangold y uno de los soldados agarraron a Otto y a Hermann y salieron al exterior. A voz en grito, el caballero exigió a Henrietta que apareciese inmediatamente si no quería que sus hermanos muriesen.

Hans estaba desesperado. Se revolvía, trataba de liberarse de aquellos que lo retenían, gritaba como un poseso a su hermana que huyera, que se escondiese en la espesura, que los iban a matar a todos de cualquier forma, pero la muchacha había seguido la escena desde la linde del bosque cercano. Al ver a los pequeños en peligro, comenzó a acercarse. Su rostro mostraba una palidez espectral.

—Bueno, bueno —sonrió Mangold, cuando estuvo a su lado—. Al parecer, hay alguien razonable en esta familia. Lástima que sea un poco tarde.

Con un rápido gesto, Mangold y el soldado degollaron a los niños, que cayeron

como fardos a sus pies, y sujetaron a la muchacha. Al verlo, toda la rabia y el dolor acumulado estallaron en Hans como una presa que rebosa. Con un esfuerzo sobrehumano, consiguió zafarse y, agarrando un cuchillo que había quedado sobre la mesa, se lanzó ciego de ira y dolor contra Mangold von Fritzlar. Pero el mercenario que había degollado a Otto se interpuso entre los dos. Antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, el soldado recibió una puñalada en el pecho.

—¡Cogedlo! —chillaba Mangold—. ¡Lo quiero vivo! ¡Ese bastardo va a enterarse de quién soy yo!

Toda la hueste se echó sobre Hans, que comenzó a correr hacia el bosque como si mil potencias infernales le persiguieran. Sus largas zancadas y el embotamiento de la borrachera pronto hicieron que los soldados se rezagasen. En unos instantes, había desaparecido en la fronda. Entonces, se dio cuenta de que no había dejado de gritar en todo el rato y se calló de golpe.

Dos noches después, Hans regresó a la casa. No había cesado de pensar en Henrietta y en lo que aquellos salvajes habrían hecho con ella, torturado por la idea de haberla dejado sola. Necesitaba saber, al menos, si la habían matado después de violarla o si se la habían llevado con ellos para que les sirviera de ramera en el castillo.

Pero cuando se asomó a la linde del bosque descubrió que de lo que había sido la granja familiar solo quedaban cenizas. Los asesinos habían prendido fuego a la casa, el granero y el establo, como si temieran dejar alguna huella de lo ocurrido. En la oscuridad, se acercó a los restos todavía humeantes y trató de descubrir los cuerpos de su familia. No estaban allí. Probablemente, pensó, los lugareños ya los habrían descubierto y enterrado.

Durante varios días, Hans vagó por los bosques de la región, sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse. Se sentía aturdido, como si permaneciera sumido en una pesadilla de la que no conseguía despertar. Sin apenas comer, bebiendo el agua de arroyos y manantiales, el muchacho pasaba horas inmóvil, confundido e indeciso, mientras su cerebro volvía una y otra vez a lo sucedido. La brecha en la frente se la hizo en una ocasión en que vagaba sin rumbo por una ladera, al dar un traspié y rodar cuesta abajo, con tan mala suerte que se golpeó contra una piedra. Como pudo, se vendó la herida y siguió avanzando, pero la sangre que no cesaba de manar y el escaso alimento iban debilitándolo cada vez más.

Fue así, errático y exhausto, como lo encontraron los hombres de Mangold. Al verlos, Hans intentó alejarse de ellos, pero su agotamiento era tal que a cada paso le parecía que iba a caer a plomo. Al divisar el alpendre decidió refugiarse allí y esperar a que los jinetes le dieran alcance. En ese instante había hecho su aparición Baltasar.

Cuando terminó su relato, el silencio cayó sobre él claro, denso y amargo, como si los animales del bosque quisieran compartir el dolor del muchacho. La hoguera se había apagado y solo las brasas emitían un tenue resplandor. Baltasar sintió un escalofrío y se arrebujó en su hábito. La mirada de Hans se perdía en la oscuridad de

la noche.

Permanecieron largo rato inmóviles, sobrecogidos por el horror conjurado. Al fin, débil aún por la herida y el agotamiento, Hans se encogió al lado de las brasas y se durmió. El fraile contempló la recia silueta con ternura. Después, se tumbó de bruces en el suelo con los brazos en cruz. Deshecho por el dolor, comenzó a orar.

La compañía de Hans actuó como un bálsamo sobre la piel atormentada de Baltasar. El muchacho, con una sabiduría innata que no dejaba de asombrar a su compañero, volvió pronto a sonreír y a charlar con desparpajo, de suerte que las amargas jornadas que le había tocado vivir más parecían recuerdo brumoso que herida abierta en su corazón. Hans era dueño de una sangre fresca y viva y su talante alegre se negaba a enlodarse en cenagales. Lo que había sucedido jamás lo podría olvidar, parecía decir, pero de nada valía recordarlo a cada instante. Solo algunas noches, en la quietud de la hoguera, sorprendía Baltasar una mirada absorta en el muchacho, un redolor que nublaba la vivacidad de su rostro. El joven había tomado una determinación: si estaba en su mano, Mangold von Fritzlar y Rudolph Höss pagarían antes o después por sus atrocidades. Hasta que ese instante llegara, parecía decir con su actitud, aquellas sabandijas no merecían que se les dedicase ni el más mínimo pensamiento.

Con la llegada de la primavera y el deshielo, los caminos comenzaron a llenarse de gentes variopintas: buhoneros y mercaderes que iban de pueblo en pueblo vendiendo sus productos, mercenarios en busca de patrón, artesanos que ofrecían sus servicios a burgueses y monasterios, comediantes, predicadores, prostitutas y mendigos..., una riada humana se echaba a los caminos con la llegada del buen tiempo.

Hans y Baltasar procuraban mantenerse alejados de las vías más concurridas. A medida que se alejaban de la granja de sus padres, el joven descubría horizontes que nunca sospechara. Aquellas cosas que siempre había considerado seguras e inmutables, la casa familiar, el trabajo en los campos, la certeza de que se casaría en la aldea y se pasaría la vida criando hijos al lado de alguna buena mujer de los alrededores, todo aquello ya no tenía sentido. Su mundo había desaparecido. No tenía a dónde ir ni nadie a quien recurrir. Así las cosas, encontró natural acompañar a Baltasar en su vagabundeo. Se había encariñado con el fraile. Recordaba el valor con que se había enfrentado al *reichsritter* y el cariño con que le cuidó y se sentía profundamente agradecido. Pero no era solo eso: algo en la figura enjuta y en el aire frágil del monje le atraía, le incitaba a protegerlo y, al tiempo, le hacía sentirse necesario.

De vez en cuando compartían el fuego con otros viajeros. Fue en una de esas ocasiones cuando se enteraron de la controversia que se preparaba en la ciudad sajona de Leipzig.

—Dicen que allí van a enfrentarse ese monje de Wittenberg, Lutero, y un teólogo famoso. Por toda la comarca hay gente que se va a la ciudad para asistir al debate —

les dijo un carretero con el que coincidieron una tarde.

Baltasar había oído hablar de Lutero cuando estaba en el convento. Un agustino que tenía revolucionado a media Alemania con sus ideas sobre la religión y que ya había llamado la atención del mismísimo Santo Padre.

—¿Campesinos que se van a la ciudad para asistir a un debate? No os ofendáis, pero lo que me decís es algo inusual. ¿Qué interés tienen los campesinos en una oscura polémica entre frailes?

—Entiendo vuestra extrañeza —replicó el carretero con una sonrisa—. Por lo que cuentan, tanto Lutero como Eck, su contrincante, son unos oradores formidables, y ya sabéis lo que gustan esas cosas. Pero, además, dicen que Lutero defiende a los pobres frente a los abusos de los poderosos y que afirma que cada uno tiene derecho a leer la Biblia y a interpretarla por sí mismo. Ha condenado las indulgencias, ya sabéis, lo que no le habrá sentado nada bien al arzobispo de Mainz... .

Baltasar conocía la cuestión de las indulgencias. Había estallado unos años atrás, cuando el príncipe Alberto de Hohenzollern, a la sazón un joven de veintitrés años que ya era obispo de Halberstadt y de Magdeburgo, quiso convertirse, además, en arzobispo de Mainz y obtener así la primacía sobre la Iglesia alemana. Para conseguir el cargo, pagó al Papa la exorbitante suma de diez mil ducados y veintiún mil más como tarifa de palio. Como se tuvo que endeudar para poder hacer frente a tales cifras, el Santo Padre le concedió la posibilidad de vender indulgencias durante ocho años.

El problema surgió cuando el príncipe Alberto encargó la predicación de las indulgencias al dominico Johann Teztel, hombre astuto y sin escrúpulos, vehemente orador capaz de arrancar el último florín a un hambriento. Teztel comenzó a recorrer los pueblos clamando: «Los muertos gritan: ¡Compadecednos! ¡Compadecednos! Estamos en un horrible tormento del que vosotros podéis redimirnos por el valor de una pitanza... ¿Nos dejaréis aquí entre las llamas? ¿Retrasaréis la gloria que nos ha sido prometida? ¡Tan pronto como la moneda suena en el cofre, el alma vuela del Purgatorio! Entonces, ¿no aceptaréis por un simple cuarto de florín estas bulas de indulgencia por medio de las cuales podéis conducir un alma divina e inmortal a la patria del Paraíso?».

Cuando estas noticias llegaron a oídos de Martín Lutero, por entonces profesor en la universidad de Wittenberg, el agustino estalló indignado: «¡Haré un agujero en su tambor!», cuentan que exclamó. Fue entonces cuando redactó sus famosas noventa y cinco tesis contra las indulgencias y las clavó en la puerta de la iglesia de su ciudad.

De todo ello era consciente Baltasar, pues la repercusión de las ideas de Lutero había sido muy superior a lo que el monje pudo jamás soñar. Las imprentas de toda Alemania publicaron las tesis, de suerte que estas se difundieron con gran celeridad. Por todas partes se levantó un clamor contra la avaricia de la Iglesia. Baltasar, por entonces en el monasterio de Orval, había alcanzado a escuchar el eco de aquel clamor. Pero una cosa era que la cuestión interesase a doctores, teólogos y estudiantes

y otra muy distinta que campesinos y artesanos se sintieran atraídos por el tema. Aquel monje, Lutero, debía de ser una persona muy especial.

—A mí también me gustaría acudir, creedme —concluyó el carretero—. Si no fuera porque he de ir en dirección contraria...

Por la mañana, cuando despertaron, el carretero ya había partido.

—Bueno, padre, va siendo hora de dirigirse hacia alguna parte, ¿no creéis?

El fraile le examinó sin comprender:

—Podríamos ir a Leipzig, si os parece —propuso Hans con una sonrisa—. Tengo ganas de conocer a ese agustino que está armando tanto jaleo.

## 4

Salieron del mesón con el estómago satisfecho y la bolsa menguada, disfrutando del sopor que invade los párpados y embota la mente tras un copioso yantar. Mediaba la tarde sobre la ciudad. Leipzig, la *urbs Lipizi* de los antiguos, la villa de los tres ríos y los dos caminos, bullía de actividad. Comerciantes y mendigos, artesanos, burgueses, cómicos y juglares, estudiantes y campesinos invadían las calles con la frenética actividad de una colmena.

Leipzig era una población dinámica y emprendedora crecida al amparo de los privilegios imperiales que protegían su comercio. Treinta y cuatro años antes, en el *anno Domini* de 1485, Leipzig había sido entregada a la línea albertina de los Wettin con ocasión de la división de Sajonia entre las dos ramas de la familia. Desde entonces, la villa medraba sin cesar y por doquier mostraba los signos de la prosperidad: ricos mercaderes que levantaban sus mansiones a lo largo de Nikolaistrasse, estudiantes que llenaban con su bullicio el entorno de la iglesia de Santo Tomás, en la zona medieval que se abría al oeste del Markt, artesanos que se organizaban en barrios que abrazaban el castillo de Pleissenburg, cuya redonda torre dominaba los tejados de la villa. Los ojos juveniles de Hans jamás se habían posado sobre edificios tan singulares, de suerte que el muchacho pasaba del asombro a la admiración y de esta al desconcierto cuando se enfrentaba con la abigarrada multitud que invadía las calles desde la madrugada hasta mucho después del anochecer.

También Baltasar se sentía vivo y animado, si bien sus motivos diferían mucho de los del joven. La ciudad era un hervidero de polémicas sobre lo que cada día se escuchaba en la sala del castillo. Calles y plazas servían de teatros improvisados para contrincantes espontáneos, escaleras y pedestales se transformaban en tribunas donde

se defendía ora a Lutero, ora a Eck, cual si no hubiese cuestión más importante sobre la faz de la tierra. El fraile asistía a toda aquella excitación con cierto distanciamiento, pues sabía bien que muchas necedades suenan a verdad incuestionable cuando el asno rebuzna sobre un estrado. Pero cada día acudía puntual a las sesiones del castillo de Pleissenburg para escuchar al monje. Las palabras de Lutero agitaban su espíritu y revolvió su mente con una fuerza inusitada. No decía nada nuevo, mas los viejos términos de la Iglesia sonaban en su boca con la frescura y la vitalidad del recién nacido. No le cabía duda de que el agustino era un hombre docto y de que su discurso, lejos de la demagogia y las artimañas de Eck, brotaba de un profundo conocimiento de las Escrituras y de una reflexión sincera. Escuchándolo entendía por qué media cristiandad andaba revuelta con el fraile. Desde que dos años antes publicara sus ya famosas noventa y cinco tesis contra el escándalo de las indulgencias, aquel agustino y profesor universitario se había convertido en el caudillo involuntario de un movimiento de reforma que amenazaba con socavar los cimientos de la mismísima Iglesia de Roma. Por doquier, señores, burgueses y campesinos, doctores y estudiantes comenzaban a ver en Lutero al gigante que acabaría con el poder de los corruptos cardenales de la Iglesia. El monje, sin pretenderlo, había despertado la ilusión de las gentes, les había hecho soñar con una temible esperanza: la de que las cosas, realmente, podían cambiar.

Y Baltasar entendía por qué. Al escuchar al monje se sentía desnudo, cual si las mismas preguntas que durante tanto tiempo habían sacudido su corazón hubieran atribulado también el de Lutero. Su mente hervía como la del alquimista que, sabiéndose al fin poseedor de todos los secretos, duda del orden en que los elementos han de fundirse en el crisol.

Sin darse cuenta, sumido el fraile en sus cavilaciones y Hans en la contemplación de cuanto sucedía a su alrededor, se habían internado en las callejuelas que rodeaban el castillo. Allí las casas se apiñaban unas contra otras, huérfanas de sol, de forma que se tenía la impresión de avanzar por toperas. Un olor de podredumbre flotaba en el aire, una pestilencia cotidiana y olvidada que procedía de la descomposición de los montones de desperdicios que salpicaban el suelo de tierra apisonada.

Hans contempló las estrechas casas. Se decía que eran incapaces de mantenerse erguidas por sí solas, que necesitaban del concurso de sus vecinas para sostenerse sobre sus endebles esqueletos. En una esquina, olvidados por el fluir incesante de las gentes, dos niños sucios y medio desnudos estaban sentados en el suelo, despiojándose mutuamente al lado de un grupo de perros callejeros. Una ola de melancolía invadió al muchacho. También su hermana Henrietta y él se despiojaban así en el campo cuando, con el calor, los picores arreciaban...

De repente, en la distancia se escuchó el retumbar de timbales y tambores y el clamor de una muchedumbre. Hans se volvió hacia el fraile, que se encogió de hombros, ignorante de lo que sucedía.

—Suena como si viniera de la plaza del mercado...

Se unieron a la marea de curiosos que afluía hacia la plaza. A cada paso el estruendo se hacía más fuerte. Rugían los atabales, silbaban las flautas, se arrebatában los vivos en multitud de gargantas. Trataron de enterarse de qué sucedía, pero los que avanzaban cerca de él tampoco conocían los motivos de la repentina algazara.

—Apure, padre...

El fraile se dirigía hacia la plaza, sí, pero con paso cansino, como quien no quiere la cosa, rítmico el ondular del hábito en la estrecha ruela. Le apremiaba Hans con la vehemencia de la juventud, con la premura del que tiene miedo de perderse la fiesta. La riada humana desembocó al fin en la explanada del mercado. Por doquier, la multitud reía y danzaba presa de un júbilo estridente. Aquí un juglar de colorido gorro y atrevida capa entonaba una coplilla, allá unos saltimbanquis asombraban al respetable con piruetas y cabriolas, acullá los timbaleros atronaban con el rítmico percutir de sus instrumentos. Hans se quedó paralizado, la expresión perpleja, sin saber qué hacer. La ciudad parecía haberse vuelto loca de repente. Detuvo a un estudiante que pasó por su lado.

—¡*Habemus imperator!* Por fin los príncipes electores se han decidido y el veintiocho de junio, en Franckfurt, han nombrado César a Carlos de Gante. Un pregón acaba de anunciarlo...

—¿Y por eso tanto escándalo?

El estudiante, un joven de atildado aspecto y recortada barba castaña, le examinó con curiosidad.

—¿De dónde salís, mala bestia? —espetó, difuminando el insulto tras una sonrisa franca. La melena de cabello pardo y lacio acentuaba el aspecto juvenil del mozo—. ¡Toda Sajonia apoyaba al Habsburgo en la elección y vos ni os habíais enterado! ¿No sois acaso sajón?

—Eh, yo... —balbuceó, incómodo, Hans.

—Pero tenéis razón. El jolgorio se debe sobre todo a que el duque acaba de proclamar tres días de fiesta con torneos, concursos públicos y reparto de comida y bebida. Ya veis, pues, que el pueblo es siempre fiel... a su estómago.

—Y a vos, ¿os agrada la elección? —se acercó Baltasar con curiosidad.

El joven observó al recién llegado. Su mirada inteligente recorrió la magra figura, la barba descuidada, el raído hábito blanco, el morral al hombro y las sandalias toscas de piel de conejo que protegían sus pies.

—Es evidente que no sois uno de esos papistas que pululan por la ciudad... —respondió con una ancha sonrisa—. ¿Qué sois, otro exclaustro más? ¿Habéis venido para uniros a nosotros?

Baltasar y Hans contemplaron al estudiante con cara de desconcierto.

—¿Vosotros? ¿Quiénes sois vosotros? —preguntó el monje.

—Los reformistas, por supuesto, los seguidores de Lutero, ¿quiénes, si no? —les contempló con una expresión divertida en sus ojos azules, como si su respuesta fuera lo más evidente del mundo—. Bien, permitidme que me presente. Me llamo Conrad

Eisner, de Brunswick, para servirlos a vos y a Lutero. Estudio en Wittenberg, aunque me halláis aquí acompañando a nuestros teólogos en el debate.

Baltasar y Hans le dieron sus nombres al joven.

—Bueno, bueno —terció Conrad—, esto requiere ser discutido delante de una pinta de cerveza. ¿Me haríais el honor de ser mis invitados?

Antes de que pudieran reaccionar, el estudiante les arrastró hasta un rincón de la plaza en el que un individuo moreno acababa de instalar apresuradamente unos barriles a modo de mesas. Conrad Eisner pidió tres pintas y les invitó a sentarse en los tocones que rodeaban los barriles.

—No habéis respondido a mi pregunta —insistió Baltasar tras darle un trago a su cerveza. Estaba caliente, pero a los alemanes les gustaba así, caldosa—. ¿Os agrada la elección de Carlos de Habsburgo como emperador?

—Si queréis que os diga la verdad —respondió Conrad, con un gesto de resignación—, más me gustaría que no hubiera emperador. Pero me temo que eso es harto improbable.

Baltasar le examinó con extrañeza.

—Está muy claro —hizo una mueca pícaro y bebió un trago largo de su cerveza. Se le notaba satisfecho de haber captado la atención de sus interlocutores—. No hay mejor terreno para la siembra que aquel que está revuelto y aireado. La ausencia de autoridad, o incluso una autoridad débil y lejana, harían mucho más fácil que triunfase el movimiento reformista. Carlos de Gante es, ¿cómo decirlo?, el menos malo de los candidatos. ¡No me atrevo a imaginar qué sería de la pobre y dividida Alemania bajo la bota del galo, el otro candidato! Francisco I ya ha dado sobradas muestras de su carácter autoritario y de su desprecio por las leyes. ¿Pues no arrebató el ducado de Milán a los españoles nada más llegar al trono, en la batalla de Marignano? ¡Sería capaz de pactar con el mismísimo turco si ello beneficiara a sus intereses!

Conrad Eisner era un torrente desbordado, una plétora de palabras que inundaba a sus interlocutores. Aquel joven, pensó Baltasar con un gesto de sorpresa, le recordaba a sí mismo, años atrás. Tampoco él paraba de hablar cuando algo le fascinaba...

Sin embargo, todas aquellas cuestiones le resultaban sumamente interesantes. Durante su estancia en el monasterio el aislamiento del mundo había sido casi completo, por lo que muchos asuntos le resultaban desconocidos. Por otra parte, el nuevo emperador, el joven Carlos, era originario de Gante, muy cerca de su ciudad natal, Amberes. Todavía recordaba los festejos que se habían celebrado con motivo de su nacimiento, allá por 1500, cuando él contaba ocho años.

—Carlos es un príncipe humanista —Conrad seguía hablando, cada vez más entusiasmado. Parecía dispuesto a no dejarles marchar hasta convencerles de las bondades del nuevo emperador—, ha sido educado en la tolerancia. ¿No le dedicó el propio Erasmo de Rotterdam su *Institutione Princeps Christiani*? Si alguien es proclive a la reforma de la Iglesia, por fuerza tiene que ser Carlos.



Hans bebía su cerveza y contemplaba la plaza. Aquellas disquisiciones se le antojaban lejanas... Además, nunca en su vida había tenido ocasión de disfrutar de un espectáculo como el que se desarrollaba ante sus ojos. A su pueblo llegaba de cuando en cuando alguna bojiganga, compañías de titiriteros en pintarrajeados carromatos. Siempre le habían parecido asombrosos. Pero ahora comprobaba que, en comparación con los saltimbanquis que danzaban y hacían cabriolas a muy poca distancia de donde se encontraban, eran como gallos escuálidos al lado de pavos reales. Uno estaba haciendo volar cinco pelotas y, de alguna forma, conseguía mantenerlas a todas en el aire al mismo tiempo. Otro, gitano por su aspecto, hacía bailar a un gigantesco oso sobre un cubo de madera. Un tercero vestía una capa hecha de mil retales de colores brillantes y narraba una historia a su auditorio. De vez en cuando interrumpía el relato y se acompañaba con una flauta. Los espectadores bebían sus palabras como si fueran música celestial.

—Pero —comentaba el monje en ese instante—, ¿no os parece Carlos de Gante demasiado joven?

Conrad Eisner apuró de un trago su cerveza y alejó con un ademán displicente a un mendigo que se había acercado a solicitar caridad. Con una mano se retiró la melena castaña de la cara.

—A veces, la juventud es un valor —replicó, y Baltasar no pudo evitar pensar que Conrad se refería más a sí mismo que al emperador. Al joven le brillaban los ojos, aunque Baltasar no estaba seguro de si se debía al calor de la conversación o al de la cerveza—. Además, en este caso el mismo Dios está de su lado. ¡Jamás en la historia se había visto caso igual! ¡Conde de Flandes a los quince años, rey de Castilla, Aragón y Nápoles a los dieciséis, archiduque de Austria, señor de Borgoña y emperador del Sacro Imperio a los diecinueve! ¿Qué no deparará el destino a un hombre que antes de cumplir los veinte años es amo y señor de gran parte del mundo conocido y de las nuevas tierras de Indias?

Había admiración en la voz del estudiante. Y también una sombra de envidia, creyó percibir el fraile, cual si se imaginara a sí mismo en tan encumbrada posición. Pero era natural: ¿quién, con veinte años, no desearía estar en la posición del Habsburgo?

—Solo espero que tanto poder no se convierta en soberbia. Si queréis que os diga mi opinión, he tenido demasiadas ocasiones de comprobar que son raras las veces en que un poderoso utiliza con equidad sus prerrogativas.

—Lo más sorprendente —Conrad, evidentemente, no tenía demasiado interés en escuchar opiniones ajenas—, lo que demuestra la alianza divina, es el cúmulo de circunstancias que se han aunado en su favor. Uno a uno, todos los hermanos mayores de su madre Juana, que le precedían en el derecho de sucesión al trono, fueron falleciendo. Primero fue la muerte prematura de su tío don Juan y la de su hijo no nato; un año después, su tía Isabel fallece de parto y aunque deja un hijo, Miguel, al que las Cortes de Castilla proclaman heredero, este decide pasar a mejor vida en

1500 en Granada. Por si fuera poco, el fallecimiento en 1506 de su padre, Felipe el Hermoso, y la enajenación mental de su madre se aunaron para dejarle expedito el camino al trono. E incluso entonces, cuando ya parecía segura su entronización, a punto estuvo de perderla. La boda de su abuelo materno el rey católico Fernando de Aragón con Germaine de Foix habría cambiado el curso de la historia si de esa tardía unión hubiera nacido un heredero. Se dice que, aún sin hijos tardíos, el Católico tenía intención de nombrar sucesor al hermano menor de Carlos, Fernando, pues había sido criado en España, mientras Carlos ni siquiera habla castellano. En fin, cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas, le convierten sin duda en el elegido del Señor.

—No cabe duda de que estáis bien informado...

Hans comenzaba a estar harto. Aquel estudiante tan bien vestido no le acababa de convencer. Parecía ser conocedor de todo y de todo tener una opinión. Y, lo peor, no se contentaba con tenerla, sino que se empeñaba en que el mundo entero la conociera. Él no entendía de esas historias de poderosos, pero sí se daba cuenta de que Conrad no sabía escuchar. .

—¡Vaya, Conrad, por fin te encontramos!

Hans se volvió hacia un grupo de jóvenes que se acercaban. Estudiantes, por el aspecto de sus ropas, sin duda compañeros de Conrad Eisner. Les acompañaban varias mozas vestidas con apretados corpiños y faldas de colores abigarrados, a las que llevaban agarradas por las cinturas. Avanzaban entre risotadas, felices y despreocupados en medio de la algazara general que reinaba en la plaza.

—No sabíamos dónde te habías metido —dijo el que había saludado cuando el grupo llegó hasta ellos. El joven examinó con curiosidad a los acompañantes de su amigo. Pareció decidir que un fraile de estragados hábitos y un mocetón campesino no constituían motivo suficiente para malgastar un saludo, así que mantuvo su atención en Conrad—. ¿No recuerdas que habíamos quedado con Melanchthon en la posada de Los Nueve Anillos?

—¡Es cierto! Lo olvidé completamente.

—Nosotros vamos hacia allá ahora. ¿Nos acompañas?

Conrad se volvió hacia Hans y Baltasar y les pidió disculpas por tan brusca despedida. Se marchaba ya cuando se le ocurrió una idea:

—¿Por qué no nos acompañáis? —Hans, que contemplaba al grupo de estudiantes y busconas, captó un gesto de extrañeza en más de una mirada. Se sintió incómodo. Aquellos chicos de buena familia le intimidaban. Y las mujeres le hacían sonrojar. Pero Conrad no se percató de nada—. Estoy seguro de que vos, Baltasar, encontraréis muchos puntos en común con Melanchthon.

A decir verdad, el fraile llevaba varios días pensando en cómo ponerse en contacto con los teólogos de Wittenberg. Deseaba conversar con Lutero y conocer más a fondo sus ideas. Aquella era una oportunidad de oro. Pero luego desvió la vista hacia Hans, que le observaba con aprensión, como si temiese que aceptase.

—Quizá más tarde —decidió—. Podríais decirnos dónde está esa posada y nos pasaríamos por allí al atardecer.

Conrad les dio las señas y se despidió de ambos, encareciéndoles que no faltasen. Hans lo vio marchar en compañía de sus jaraneros amigos. Quizá se había equivocado, quizá no fuera, después de todo, mala persona. Incluso le caía bien, al lado de los otros estudiantes...

Se levantaban ya para irse cuando un grito los detuvo. Se volvieron, sorprendidos. El hombre moreno que les sirviera las cervezas les llamaba:

—¿Es que no piensan vuestras mercedes pagar lo que tan ricamente han consumido?

Se quedaron de piedra.

—Pero... —tartamudeó Hans—, si estábamos invitados...

—¿Invitados? —replicó el tabernero, mordaz— ¡Como no fuera por el Espíritu Santo! ¡A mí nadie me ha pagado y como hay Dios que por mucho fraile que sea este de aquí no se mueve nadie hasta que cobre lo que me corresponde! Salvo que preferáis que avise a la guardia, claro...

—No, no será necesario... ¿Cuánto os debemos?

Las monedas que les restaban fueron suficientes para abonar las consumiciones, pero después de la broma se quedaron sin un solo florín. Aquel condenado estudiante les había tomado el pelo a conciencia.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —bramaba Hans, mientras se perdían entre la multitud—. Algo en él me daba mala espina. ¡Como lo encuentre, le voy a dejar su cara bonita peor que si se la cepillara con una bruza! —su cabeza no cesaba de moverse en todas direcciones, tratando de localizar al estudiante.

—Ha tenido que ser un descuido... ¿Si no, a cuento de qué nos iba a decir que le acompañáramos a la posada de Los Nueve Anillos?

—A veces sois demasiado inocente, padre. ¿No os dais cuenta? ¡Todo estaba preparado! Seguro que nos vieron llegar a la plaza y decidieron pasar un buen rato a nuestra costa. ¡Pero por todos los diablos que ese charlatán nos la va a pagar!

—Quizá... Bien, no perdemos nada con averiguar si existe alguna posada con ese curioso nombre. Me atraía la idea de entrevistarme con Melanchthon...

La iglesia de Santo Tomás se recortaba esbelta y graciosa contra el cielo vespertino, un hermoso canto a la grandeza del Señor en medio de las tentaciones de la urbe. Comenzaba a anochecer y en torno al templo los comerciantes echaban el cierre a sus locales. Se veía poca gente por las calles. La mayor parte de la población seguía en el Markt, demostrando con sonoras borracheras su alegría por el nombramiento imperial.

Hans y Baltasar habían preguntado por la posada de Los Nueve Anillos y les indicaron que se abría en un callejón no lejos de la iglesia de Santo Tomás. Al menos, se consoló el fraile, existía. Quizá, después de todo, no hubiera sido más que un

descuido por parte de Conrad el no pagar la cuenta.

A medida que dejaban atrás la plaza del templo, las callejuelas se volvían más tortuosas y oscuras. La luz que restaba del día se perdía por aquellos vericuetos, simples túneles bajo los saledizos y balconillos de las casas. Un olor fétido de orines y putrefacción envolvía el ambiente. Pronto detectaron la causa de la pestilencia: entre cada edificio quedaba un estrecho pasadizo, no más ancho que un hombre, que cumplía las funciones de letrina de las viviendas adyacentes. Apenas se advertía un alma por las deprimentes callejas. Baltasar comenzó a sentir cierta aprensión. Aquel era el entorno ideal para un robo. No era que poseyeran nada de valor, salvo los dos libros que todavía conservaba en su morral, pero se temía que cualquier agresor clavara su daga primero y solo después se le ocurriera preguntar.

Ojalá Conrad no les hubiera mentido. No le importaban las monedas, que escasa diferencia mediaba entre poco y nada. Pero sí deseaba hablar con Melanchthon e incluso con el propio Lutero, había sido una buena idea acudir a Leipzig. Salir de Orval y comprobar las míseras condiciones de vida de la mayor parte de la población y la opresión despiadada de los poderosos había sido un revulsivo para su apatía. Por eso le atraía Wittenberg. Allí, en el corazón de Alemania, nacía un mundo nuevo. Quizá fuera el suyo...

—¡A mí! ¡A mí la guardia!

Dieron un respingo. Una voz masculina pedía auxilio muy cerca de donde se encontraban. El grito, en la quietud de la calleja, había sonado como un aldabonazo.

—¡A pure, padre! —Hans corría ya hacia el lugar de donde procedía la llamada: un callejón sombrío que se abría poco más adelante.

En la penumbra, el muchacho divisó tres o cuatro cuerpos que forcejeaban. No tuvo tiempo para distinguir demasiados detalles, pero antes de lanzarse sobre los asaltantes creyó percibir el brillo de una hoja desenvainada.

Apenas un minuto después, todo había concluido. Al descubrir la mole que se les venía encima, los malhechores decidieron que un poco de ejercicio no les vendría nada mal y salieron de estampida en dirección a la oscuridad. Hans los persiguió un poco, más por espantarlos que por otra cosa: eran tres diablos con más pellejo que carne, mendigos y desesperados por llevarse un mendrugo a la boca.

Frenó su acometida y retrocedió hacia el callejón. Un estudiante de elegantes ropajes y aspecto desencajado se erguía del suelo y sacudía con fuerza su capa. Al darse la vuelta, Hans lo reconoció.

Era Conrad Eisner.

—¡Voto a...!

El estudiante hizo ademán de echar a correr al percatarse de quién le había salvado, pero en eso descubrió al padre Baltasar.

—Vaya, supongo que os debo la vida.

—La vida quizá no —terció el fraile—, pero la bolsa, desde luego que sí. Lo cual no deja de ser una curiosa coincidencia...

Hans examinaba con atención las ropas de Conrad. Se diría que estaba haciendo un serio esfuerzo por contener su furia.

—Y aún pretendíais volver a escapar.

—Bueno, bueno, todo tiene su explicación —iba recuperando su aplomo el estudiante, a medida que se sacaba el susto del cuerpo—. Yo no pretendía estafaros, en serio, solo fue una pequeña broma —hizo un mohín de disculpa—. ¡Ya, ya sé que no debería, pero qué queréis! ¡Soy un completo estúpido, siempre divirtiéndome a costa de los demás!

—¿Sabéis qué nos habría sucedido si no hubiéramos podido pagar las cervezas? ¡A estas horas estaríamos tras las rejas de la prisión municipal!

Conrad parecía en verdad compungido:

—Os pido mil disculpas. Soy un zoquete. Y vosotros me habéis salvado. No tengo perdón.

Los tres se quedaron callados, sin saber qué más decir. Al cabo, Baltasar, con una mueca divertida en su rostro, interpeló a Hans:

—¿Tú no ibas a cepillarle la cara con una bruza?

El muchacho gruñó por lo bajo, mas permaneció en silencio. De pronto se le iluminó el rostro al estudiante, como si acabara de recordar algo importante:

—La prueba de que solo era una broma es que os dije el nombre de la posada en la que nos alojamos. Era cierto que habíamos quedado allí con Melanchthon, debéis creerme. ¿Os habría invitado si tuviera intención de estafaros? ¡Pensaba devolveros el dinero si acudíais, en serio!

—Entonces, ¿qué hacéis aquí? ¿No os dirigíais a esa posada en compañía de vuestros amigos?

—Sí, bueno, es que tuve que atender antes a otros asuntos... cuestión de faldas, ya me entendéis —les dedicó una sonrisa pícaro—. Pero está muy cerca de aquí. Si me acompañáis, comprobaréis que no os he mentado. ¿Tenéis donde pasar la noche? ¡Pues no se hable más, yo os invito!

Hans y Baltasar le contemplaron perplejos.

—¡Ya, ya! Pero esta vez es de verdad. Al fin y al cabo, sois vosotros los que habéis hecho posible que siga teniendo dinero... y vida, quién sabe. Así que no se hable más: desde este instante sois mis huéspedes.

Los Nueve Anillos se abría al resguardo de miradas indiscretas en lo más profundo de un callejón sin salida, no demasiado lejos de donde habían encontrado a Conrad. A primera vista, nadie diría que el pasaje albergaba una posada y, de adivinarlo, el viajero poco avezado no osaría detenerse en tan oscura y sospechosa morada. Aunque limpio de desperdicios y con un olor algo menos apestoso que en las calles que lo circundaban, el callejón de Los Nueve Anillos debía permanecer diez meses al año sumido en la más negra de las oscuridades. Ni una candela osaba romper el juego de sombras, ni un rayo de sol iluminaba sus esquinas. Tampoco colgaba un cartel sobre

la puerta de la posada, cual si el propietario considerara que todo aquel que pretendiera alojarse en su casa debía hacer méritos perdiendo antes sus buenas horas en localizar el establecimiento.

Pese a todo, la estancia principal sorprendía por su limpieza y comodidad. Varias mesas de roble se distribuían por el espacio disponible y, en una esquina, unos cuantos sillones formaban un semicírculo en torno a una gran chimenea de piedra que en aquel instante permanecía apagada.

Unos cuantos clientes se desperdigaban por mesas y sillones. Se respiraba sosiego y bienestar.

El posadero saludó con una inclinación de cabeza al estudiante.

—¿Tendréis un cuarto para mis dos amigos, maese Hermann?

Mientras Conrad se las apañaba con el dueño, Baltasar examinó a los escasos huéspedes. Tres o cuatro individuos de aspecto acomodado, probablemente comerciantes, charlaban en una de las mesas. En otra cenaban en silencio dos buhoneros de aspecto cansado. Pero la atención del fraile se detuvo en el grupo situado en los sillones de la chimenea. Allí, al parecer absortos en la conversación, seis o siete estudiantes rodeaban a un individuo no mucho mayor, quizá de veintidós o veintitrés años, al que parecían tratar con gran respeto. Baltasar lo reconoció enseguida. Aquel rostro marcado, de mentón prominente y barba rala, aquella mirada a la vez tímida y serena, pertenecía a Felipe Melanchthon, el discípulo predilecto de Lutero. Todas las mañanas lo veía en el salón del palacio Pleissenburg, silencioso y atento, tomando notas sin percibir otra cosa que no fueran las palabras que se pronunciaban en el estrado.

En ese instante, sus miradas se cruzaron y Melanchthon inclinó la cabeza como saludo. Baltasar respondió al gesto, algo cortado, como si le hubieran descubierto atisbando por una ventana.

—Venid conmigo, os presentaré —propuso Conrad en ese momento.

Hubo más de un gesto receloso entre los estudiantes, como si se preguntaran qué pintaban un andrajoso monje y un simple campesino en compañía del elegante Conrad. Pero la sonrisa de Melanchthon alejaba cualquier suspicacia.

—Estábamos comentando el debate de esta mañana —invitó—. Al parecer, muchos creen que Johann Eck, con sus acusaciones de herejía y su empeño en comparar a Lutero con los hussitas, ha salido triunfante del enfrentamiento. ¿Habéis asistido? ¿Qué opináis al respecto?

Todas las miradas se volvieron hacia Baltasar. Por un momento, tuvo la sensación de ser un reo a punto de defender su postura ante un severo tribunal. Desechó esa idea inmediatamente. Era lógico que los muchachos, jóvenes de sangre caliente y que, además, defendían una idea que creían justa, se sintieran amenazados por los desconocidos.

—Sí, he asistido al debate. Y creo que la estrategia de Eck ha conseguido el efecto que se proponía, desviar la atención del tema principal. Nadie se tomará en

serio a quien ha sido acusado públicamente de herejía. Hay que reconocer que Eck actuó con gran inteligencia... —mientras hablaba, podía percibir las muecas de rechazo en el corro de estudiantes. Solo Melanchthon aparentaba serenidad—. Pero creo que eso es lo de menos. Habrá conseguido convencer a muchos oyentes..., a los mismos que acudían solo porque esperaban entretenerse con un buen espectáculo dialéctico. Por mi parte, he oído verdades en esa sala que nunca antes había escuchado. Quizá sean las mismas palabras de siempre, pero sonaban limpias, como recién alumbradas. Y esas palabras las pronunció Lutero.

Una ola de distensión recorrió el círculo. Muchos asentían con la cabeza y sonreían para sí.

—¡Pues teníais que ver a Eck —saltó un muchacho de mejillas encendidas—, pavoneándose por la ciudad y resplandeciendo en su gloria como si ya se considerara el vencedor! ¡Incluso dicen que ese hipócrita está escribiendo pomposamente a todo el mundo para contarles lo que cree haber hecho!

—Se aloja en el palacio del duque y disfruta de regalos de comida, ropas y vino mientras nosotros tenemos que costearnos nuestra estancia en la ciudad —intervino otro estudiante—. ¡Su gusto no será lo suficientemente plebeyo para disfrutar de la cerveza de Leipzig, pero al parecer sí es lo suficientemente sofisticado para gozar con las prostitutas de esta ciudad!

—¡Cada noche duerme con una distinta, sin importarle edad ni condición!

—Pero sus palabras pueden hacer mucho daño a nuestra causa —intervino un joven de gesto grave, sentado al lado de Melanchthon—. En cuanto se corra la noticia de lo que aquí ha sucedido, ¿alguien más se atreverá a unirse a nosotros?

Al escuchar las palabras de su compañero, se cortó de cuajo la algarabía y el grupo cayó en un incómodo silencio.

—No adelantemos acontecimientos —terció Felipe Melanchthon, pensativo—. Quizá nos llevemos una sorpresa. Al parecer, los espíritus atentos —añadió, dirigiendo su mirada hacia Baltasar— sí han captado la clave del mensaje de Lutero—. Decidme, padre Baltasar, ¿habéis estudiado Teología?

El fraile asintió.

—¿A qué os referís cuando afirmáis que habéis oído verdades en esa sala que nunca antes habíais escuchado?

—Me ha hecho pensar en san Pablo. En la *Epístola a los romanos* afirma: «Porque en él se rebela la justicia de Dios, pasando de una fe a otra fe: según está escrito, “El justo vivirá por la fe”». Siempre había considerado la justicia divina desde una perspectiva escolástica, punitiva. Pero Lutero le da la vuelta a la tortilla y defiende que la justicia divina es de amor y misericordia, y eso implica que no son los méritos del hombre los que salvan, sino la bondad divina la que comprende que el hombre es pecador y le tiende la mano... Es el Señor el que se reconcilia con el hombre.

—*Sola fide*... Solo la fe salva —asintió Melanchthon, sonriente—. Habéis

comprendido a la perfección el mensaje. Sin duda, poseéis un intelecto y una preparación excepcionales.

—Gracias, sois muy amable... —respondió Baltasar, algo turbado—. Pero todos mis estudios no sirvieron para arrancar de mí la conciencia de culpa. Y, sin embargo, Lutero... Bien, digamos que ahora veo con mucha mayor claridad cuestiones que hasta que llegué a Leipzig me desasosegaban profundamente.

—La teología ofrecida por la Iglesia —intervino el estudiante de gesto grave que se sentaba al lado de Melanchthon— no se ajusta a la Biblia, ni a la experiencia, ni al sentido común. Por eso vos, y muchos como vos, han vivido obsesionados por el temor al Infierno y al Purgatorio. Pero eso se ha acabado. Nosotros despojaremos la palabra de Dios de las telarañas con que la Iglesia la ha velado.

—¿Qué confianza puede inspirar una Iglesia que se dice Madre y en vez de amamantar a sus hijos los desangra con diezmos y tributos sin fin? —terció un joven de mirada ardiente—. ¿Qué guía de una Iglesia cuyos prelados y obispos viven en el esplendor y la molicie, más señores terrenales que tutores espirituales, mercaderes de indulgencias y perdones a cambio del dinero del pueblo?

Felipe Melanchthon sonreía ante el apasionamiento del estudiante. A pesar de que no aventajaba en muchos años a sus compañeros, su presencia relucía como un faro en medio de la niebla. Sin duda, aquel tímido profesor de teología poseía una personalidad excepcional:

—Como podéis comprobar, no nos falta entusiasmo. Pero la Iglesia de Roma lleva demasiados siglos a la deriva. En Wittenberg soñamos con un mundo diferente, construido sobre los cimientos del auténtico cristianismo. Para hacerlo realidad algún día, necesitamos espíritus firmes e intelectos agudos, capaces de desenmarañar la madeja de la fe. Hombres como vos, padre Baltasar. Nos honraría sobremanera vuestra colaboración. ¿Os gustaría acompañarnos a Wittenberg?

Baltasar Sachs, cogido de sorpresa, buscó con la mirada a Hans, que se había sentado en una mesa algo distante. El muchacho no se rompía la cabeza con disquisiciones teológicas, pero él mismo era una prueba viviente de la necesidad de construir un mundo nuevo en el que los poderosos como Mangold von Fritzlar o el abad Rudolph Höss no tuvieran cabida.

Se volvió hacia el grupo de estudiantes, que le contemplaban con expectación. Bien, quizá mereciera la pena intentarlo.

—Iremos con vosotros —decidió.



# Capítulo II

## Bretaña

### Verano de 1526

#### 1

Paulette se afanaba siguiendo las instrucciones de la señora Dupont. La vieja partera no cesaba de impartir órdenes a diestro y siniestro, como un general en medio de la batalla: Paulette, más agua, aprisa, no te quedes dormida, Paulette, aviva el fuego, Paulette, trae más paños, anda, chiquilla, mueve ese lindo trasero... Y llevaban así tantas horas ya que la joven notaba todos sus miembros agarrotados. Era exactamente el mismo cansancio que había experimentado el año anterior, durante las fiestas de la villa, cuando se pasó una semana entera bailando. Con la diferencia de que, en este caso, no se sentía en absoluto feliz y despreocupada.

Pero la comadrona sabía bien lo que se hacía. Así, al menos, conseguía distraer a la joven y tenerla menos pendiente del alumbramiento de su ama, a la que Paulette, en la inocencia de sus quince años, adoraba como a una diosa.

Muchos partos había atendido la señora Dupont en Châteaubriant, tanto en el castillo como en la villa. Sin embargo, hacía ya demasiados años que no tenía la oportunidad de traer al mundo a todo un Laval. Aún era joven —y le gustaba pensar que hermosa— cuando nació Jean, el actual conde, tras dos noches interminables.

Este parto también estaba resultando largo. Por lo menos, la actual condesa, Françoise de Foix, lo soportaba en silencio, con apenas leves gestos de sufrimiento. La comadrona la contempló un instante, echada en la exquisita cama con dosel, con un asomo de compasión en la mirada: parecía haberse quedado dormida por el momento. El rostro demacrado no hacía justicia a la belleza de la mujer, durante años considerada como la más hermosa criatura de Francia.

Pero no solo el parto afeaba a la condesa. Desde que había vuelto a Châteaubriant, unos meses atrás, Françoise se consumía igual que un gavián enjaulado. Un carácter tan impetuoso como el suyo, acostumbrado a moverse en la corte y a alternar con lo más granado de la nobleza francesa, no podía soportar verse encerrado en aquel perdido rincón de la Bretaña.

—Paulette, vigila el fuego. ¡Se te está apagando otra vez!

Paulette observó la chimenea en la que ardía una llama viva y alegre.

—Aquí hace mucho calor —respondió la muchacha con un mohín de enfado en su acalorado rostro.

—La habitación tiene que estar muy caldeada, niña. Haz lo que te digo —la señora Dupont creía que aquella hermosa chiquilla era muy poco sumisa.

La condesa colaboraba poco. Ajena a todo, incluso a su propio sufrimiento, apenas hacía fuerza y, con frecuencia, abandonaba todo intento para sumirse en una suerte de aletargamiento, como si el parto no fuera consigo. El cariz que tomaban los acontecimientos comenzaba a preocupar a la señora Dupont. Probablemente, los rumores que había escuchado en la villa eran ciertos. «Algo de verdad siempre hay en esas cosas —pensaba la partera—, y eso explicaría su extraña actitud». Françoise no era una mujer débil y sin carácter, de las que tanto abundan en la corte y en el lecho de los poderosos. Ella era una Foix, descendiente de una de las más nobles familias de Francia y siempre, hasta donde sabía la señora Dupont, había hecho honor a su abolengo.

Desde luego, nada semejante a la parturienta gastada y abatida que ahora yacía en el lecho del castillo de Châteaubriant. «Claro que en estos trabajos —meditaba la matrona— nunca se sabe cómo ha de reaccionar cada mujer. Las más recias lloran y se descomponen igual que gatitos asustados y las que parecen frágiles se comportan como lobas que protegen a su camada». En los muchos años que llevaba ejerciendo de comadrona había tenido sobradas ocasiones para comprobar que, al final, cuanto más alta es la alcurnia, más débil se muestra el corazón. ¿Cuántas campesinas de los alrededores parían hijos con la misma facilidad con que araban el campo o despellejaban un conejo? Y, por el contrario, ¿cuántas mujeres de buena familia se descomponían con la sola visión de la sangre? Pero el niño no tenía culpa alguna de las veleidades de su madre. La señora Dupont había tomado la determinación de traerlo al mundo, contase o no con la colaboración de la condesa.

En otras circunstancias habría sido un día de fiesta en Châteaubriant. El nacimiento del primer vástago de un Laval y de una Foix, dos de las más grandes familias de Francia, sería motivo de grandes celebraciones, máxime si el retoño era varón. Sin embargo, el actual conde no se paseaba inquieto por los pasillos, como lo había hecho su padre treinta años atrás, ni pedía a cada minuto noticias del alumbramiento.

Ni siquiera se hallaba en el castillo. Varios días antes, sin previo aviso, el conde había partido en compañía de sus cortesanos hacia un coto de caza de su propiedad. Al comenzar los dolores del parto, un emisario salió a uña de caballo de Châteaubriant para comunicarle la nueva al señor. Jean de Laval recibió la noticia en plena cacería: escuchó impertérrito al mensajero y, cuando este acabó, se volvió a sus lacayos y les ordenó con voz seca que continuaran la persecución del jabalí. Su rostro, habitualmente hosco, se mostraba sombrío.

El sol de mediodía brillaba en el cielo estival. Llevaban desde el amanecer tras la fiera y, a juzgar por los ladridos frenéticos de los perros, esta debía de encontrarse cerca al fin. La floresta se espesaba por momentos, dificultando la marcha de la partida, pues la bestia buscaba refugiarse en lo más recóndito del bosque. A los jinetes les costaba mantener el ritmo de los canes. Solo Pierre, uno de los escuderos del conde y jinete excepcional, había conseguido adelantarse al resto.

Pierre era un chico joven e inquieto, hijo de un caballero de la zona de Rennes, que llevaba pocos meses en el castillo de Châteaubriant. Los muchachos de buena familia solían ser enviados como escuderos a una casa principal, de la que normalmente eran deudos, para que completasen su formación bajo el patronazgo del señor. Habitualmente, los jóvenes abandonaban el domicilio familiar al alcanzar los doce años, pero los padres de Pierre no habían querido desprenderse de su único hijo tan pronto y retrasaron varios años su partida. El muchacho recordaba con añoranza las veladas en la pequeña torre de su familia, rodeado del cariño y la protección de padres y criados. Su padre era un hombre sosegado y sencillo, aficionado a la lectura de libros de caballerías. Pierre permanecía extasiado durante horas mientras lo escuchaba leer en voz alta alguno de sus volúmenes. Así, había llegado a Châteaubriant con dieciséis años y la cabeza rebosante de fantasías sobre el honor y la aventura.

Como era de esperar, Pierre chocó frontalmente desde el primer día con el grupo de escuderos del castillo. Era una cuadrilla de zafios muchachos de origen diverso, que despreciaban los libros y parecían considerar que lo único importante en el mundo era demostrar su hombría con exhibiciones de crueldad que a Pierre le resultaban gratuitas y sin sentido. Todos ellos llevaban ya varios años al servicio del conde de Châteaubriant, por lo que la aparición del nuevo escudero fue recibida con recelo en el cerrado grupo. Cuando al poco de su llegada Pierre se negó a escaldar a un pobre gato al que pretendían introducir en el lecho de una de las criadas, los demás le hicieron el vacío.

Solo si se encontraba sobre un caballo le respetaban. Y es que el muchacho era un jinete en verdad hábil, capaz de caminar de pie sobre los lomos de cualquier bestia, por nerviosa o indócil que esta fuera. Había sido esa habilidad, y el ansia de demostrar su valía, lo que le había espoleado a dejar atrás al resto de la batida. Ahora avanzaba a buen ritmo por la cada vez más espesa fronda, concentrada toda su atención en no perder el rastro del ya cercano jabalí. Ni siquiera era consciente de los golpes de las ramas contra su cuerpo, del murmullo acerado de las hojas al batir en su acalorado rostro. Se preguntaba, ansioso, si tendría tiempo de alcanzar a la bestia y acorralarla antes de que llegasen los otros escuderos.

En el fondo, lo que más le importaba era darle en las narices a Alain, el favorito del conde. Alain, el orgulloso y prepotente Alain, su pesadilla desde el mismo instante en que traspasó los muros de Châteaubriant. Se trataba de un joven de diecisiete años, tremendamente popular por su carácter extrovertido y ocurrente,

siempre dispuesto a gastar bromas. Lo malo era que sus chanzas solían tener por blanco a los más indefensos. El día de su llegada, nada más entrar en el patio de armas del castillo, Pierre se había topado con una escena que, como más tarde pudo comprobar, se repetía con cierta frecuencia: en el patio, Alain, a caballo y lanza en ristre, perseguía a un caballero viejo y gordo entre las carcajadas del resto de los escuderos y de tres o cuatro cortesanos que contemplaban el cuadro. Sin pensarlo un minuto, Pierre espoleó a su caballo y se interpuso en el camino del joven, haciendo que su montura trastabillase. Alain dio con sus huesos en el suelo en medio del regocijo de los presentes. Desde ese instante, el muchacho le juró odio eterno. Y a fe que se esforzaba por demostrárselo.

Por eso Pierre había salido lanzado tras los perros. Porque en ese terreno él era mucho mejor que Alain y, además... Además, estaba Paulette. La doncella de la condesa había sido su único apoyo durante los primeros meses en el castillo. Dulce y amable, siempre tenía tiempo para oír sus historias, sus sueños, sus deseos de llegar a ser un gran caballero. A Pierre le encantaba la risa franca de la muchacha, sus vivos ojos verdes y su cuerpo esbelto. Pero ni siquiera su relación con Paulette parecía a salvo de Alain. Este llevaba varias semanas cortejándola, en especial si Pierre se encontraba delante, lo que al muchacho le causaba una gran frustración.

Estaban en la partida, ligeramente retrasados y en animada charla, el obispo de Rennes, al que su peso y edad no aconsejaban porfiar demasiado con su montura, y el marqués de Saint-Maló. Era este un hombre de aspecto atlético que acompañaba al obispo en una actitud en apariencia cortés, como si comprendiese que la edad del prelado no le permitía mantenerse en los primeros puestos de tan agotadora jornada y se hubiera ofrecido para distraer al voluminoso obispo. En realidad, al marqués le traían al fresco las cuitas del eclesiástico y, si había refrenado su cabalgadura para acompañarlo, se debía exclusivamente al hastío que le producían los malos humores del señor de Châteaubriant. Los comentarios sobre el verdadero responsable del embarazo de la condesa hacía tiempo que circulaban por la corte y no constituían ninguna novedad. Por otra parte, la frialdad del conde con su esposa y su reacción ante la noticia de la inminencia del parto no eran sino la respuesta más lógica de quien se sabe diana de mil burlas.

—¡Ah, pobre hombre, el conde! A fe mía que es trago amargo el que ha de trasegar en esta jornada... ¡Verse cornudo en su propia casa y tener que callarse cual si nada sucediera! —comentaba el obispo al marqués de Saint-Maló con una sonrisa maliciosa.

—Lo de cornudo es de público conocimiento —respondió el marqués con aire aburrido—. Nada nuevo descubre en ello vuestra señoría.

—Es curioso que después de tantos años se haya quedado ahora encinta... En fin, el padre debió de coger fuerzas en su prisión de España.

—¿Pensáis que fue allí?

—¿Dónde, si no? Basta con echar las cuentas, marqués. La condesa acompañó al

séquito de la hermana del rey a Madrid y regresó a Francia hace... unos siete meses.

—Bien informado estáis, *monsieur* —respondió el marqués, distraído. Acababa de percibir una furibunda mirada del conde de Châteaubriant.

—Seguramente debió de emplearse a fondo para consolarle tras el desastre de Pavía y la humillación de la prisión. Dicen que estuvo a punto de morir allí.

—Bueno, Françoise le aliviaría el cautiverio.

—Más que el cautiverio, me parece que lo que le alivió fue otra cosa. Y si el hijo es en verdad de él... Bien, eso puede causar graves problemas, como ya os figuráis. Pero..., ¿vos no venís de la corte? Debéis de conocer mejor que yo este asunto, marqués, y bien callado lo tenéis...

El señor de Saint-Maló hizo caso omiso de las insinuaciones del prelado:

—Adelantémonos un poco, señoría, que el conde nos observa con cara de pocos amigos.

Y, sin darle tiempo a responder, espoleó su montura.

Mientras tanto, Pierre continuaba su frenética carrera tras el jabalí. Ya alcanzaba a ver fugazmente a la bestia, que aparecía y desaparecía entre la maleza acosada muy de cerca por los perros. Calculó la ventaja que le sacaba a Alain y pensó con satisfacción que seguramente tendría tiempo de acorralar a la pieza. Paulette estaría orgullosa de él. La había buscado para despedirse antes de marchar del castillo y ella le había pedido con aire ausente que tuviese cuidado, pero la joven no cesaba de volver la cabeza, como si buscara a alguien. Pierre había tratado de disimular su decepción al darse cuenta de a quién buscaba Paulette. Pero él iba a demostrarle que valía bastante más que aquel engreído.

El jabalí cedía terreno a los perros, que corrían lanzando mordiscos a sus costados, consiguiendo que la carrera del animal se volviera cada vez más errática. Finalmente, la fiera, al límite de su resistencia, decidió enfrentarlos. Se revolvió sobre sí misma y, antes de que los canes pudieran reaccionar, despanzurró a dos. El resto de la jauría retrocedió un tanto y se mantuvo a una prudente distancia, acosándolo sin atreverse a un ataque directo.

Un instante después, Pierre llegó al claro. Ni siquiera se detuvo a pensar en que, como escudero, no tenía derecho a dar muerte al animal. Ciego a todo salvo al brío que lo empujaba, a la sensación de riesgo y a la imagen de Paulette, lanzó su venablo contra el jabalí. Lo alcanzó en un costado. Los perros, al oler la sangre, se arrojaron sobre su presa. Pierre cogió otro venablo, pero el caballo se movía demasiado, inquieto por la cercanía de la fiera, y pensó que no tendría tiempo para un tercer intento antes de que llegasen los demás. Ebrio con el sabor de la victoria y pensando en la cara que pondría Paulette cuando se enterase, desmontó de un salto y se dispuso a lanzar el segundo venablo.

Pero nunca llegó a hacerlo. El jabalí, con una ira casi humana, se abalanzó sobre él y lo volteó dos, tres, cuatro veces, indiferente a los perros que desgarraban sus costados con los colmillos.

Tras un eternidad, llegó el resto de la partida al claro. El jabalí, al verlos, soltó a Pierre y reemprendió la huida, dejando un reguero de sangre tras él. El conde de Châteaubriant refrenó su montura y contempló el cuerpo de Pierre un instante. El escudero sangraba abundantemente. Su cuello estaba doblado en un ángulo imposible.

—¡Pequeño bastardo! —escupió. Luego se volvió hacia el jabalí, que desaparecía entre los arbustos—: ¡Sigamos, rápido, que se escapa!

## 2

Hacía ya muchas horas que había amanecido cuando, por fin, la señora Dupont pudo respirar tranquila. La criatura que descansaba en sus brazos era un varón de pelo rubio y cuerpo bien formado, con unos deditos largos y delicados que se agarraban con fuerza al vestido de la partera. El diablillo lloraba a pleno pulmón y su rostro, congestionado por el parto, relucía igual que una berenjena. «Bueno —pensaba la Dupont—, yo también lloraría si me arrancaran de golpe de un sitio tan calentito como ese en el que tú estabas.» .

A pesar del agotamiento, la mujer se sentía embargada por una sensación de bienestar. Así, con la criatura acunándose en sus brazos, cualquiera diría que la madre era ella y no la exhausta dama que dormitaba en la estancia contigua. La placidez que la inundaba era su compensación por tantas horas en alerta, con la atención puesta en la más mínima señal de la criatura. Había algo mágico en traer un niño al mundo, algo que hacía que una olvidara todas las tensiones, todos los fracasos, todas las ocasiones en que el parto se malograba y acababa en desgracia. En aquellos instantes, era fácil olvidar incluso las largas horas de vigilia.

—Señora Dupont...

Se despertó bruscamente, con el bebé aún lloriqueando en su regazo. Paulette se inclinaba sobre ella y le sacudía levemente el brazo. Tras la doncella aguardaba una moza de amplias ubres y aspecto campesino. La conocía bien, pues ella misma la había atendido en el parto de su hijita hacía no más de dos meses.

—Acaba de llegar la nodriza, señora.

—¿Brigitte, verdad? —confirmó la señora Dupont, desembarazándose de su modorra—. ¿Qué tal está tu niña?

La moza permanecía de pie, con aspecto cohibido. Al escuchar la pregunta, su rostro colorado se entristeció y, sin apenas transición, comenzó a llorar.

Tartamudeando, contó que unos días atrás su bebé se había ido al Cielo, tras sufrir unas fiebres.

—Bueno, bueno, no te aflijas, chiquilla —trató de consolarla la señora Dupont—. Ahora tu criatura está con la Virgen María. Y tú aún eres joven, ya verás como el Señor te da muchos más hijos para que puedas criar. Anda, coge a este angelito y dale el pecho, a ver si así conseguimos que se calle.

Brigitte se secó las lágrimas y se puso a acunar al niño. Se abrió el vestido y dirigió un rosado pezón hacia aquella boquita chillona. No tuvo que esforzarse mucho. El pequeño, al percibir el olor dulzón de la leche, comenzó a mamar con avidez.

—Vaya, parece que le gustas, Brigitte —sonrió la partera—. Mejor así, mejor... Os vais a llevar muy bien los dos.

En la habitación de la condesa, las doncellas se afanaban retirando las huellas del parto: barreños de agua, paños y lienzos ensangrentados iban desapareciendo con presteza. Entre dos mujeres cambiaron las sábanas de la cama de la parturienta, que se dejó hacer mientras contemplaba el techo sumida en sus cavilaciones.

Paulette regresó a la estancia para comprobar si su ama necesitaba algo, pero al verla tan ensimismada no se atrevió a acercarse a ella. Aquella mujer vencida no parecía la misma que solo unos meses antes había llegado a Châteaubriant con su aura de gran dama y su belleza sin par. Desde el mismo instante en que la vio, la mozuela la había adorado. Imitaba sus gestos, su manera de reír, su forma de levantar el mentón ante la mirada demasiado audaz de algún admirador. Françoise de Foix se había convertido, sin pretenderlo, en el modelo de Paulette, el espejo en el que la joven se veía y la meta que sus sueños lozanos anhelaban alcanzar. Sin embargo, en ese instante, hundida en la inmensa cama, la señora ya no le parecía tan hermosa e inalcanzable. De alguna manera, Paulette la descubría más humana y real, tan necesitada de caricias como la más humilde de las fregonas de la cocina.

—Paulette, acércate...

Abstraída en sus reflexiones, no se dio cuenta de que la llamaba la condesa hasta que una de las doncellas le dio un codazo.

—Dile a la señora Dupont que venga inmediatamente —le ordenó la condesa en un susurro—. Y dejadnos solas. Encárgate de que nadie nos interrumpa.

Durante más de una hora, Paulette hizo guardia delante de la puerta de la alcoba, dispuesta a impedir la entrada al mismísimo conde si se le ocurría aparecer por allí. Claro que sabía que tal posibilidad era muy remota, pues el señor de Châteaubriant, a esas horas, ni siquiera estaba informado de que su primogénito atronaba ya los oídos de los mortales con sus berridos. También era extraño, pensaba la moza, que se hubiera ido de caza justo cuando su hijo estaba a punto de nacer. Nunca entendería la forma de actuar de los nobles. Como tampoco podía entender que su señora la echase de la habitación y que prefiriera a la Dupont de confidente. ¿Acaso pensaba que ella era incapaz de guardar un secreto? La condesa tenía que saber, a esas alturas, que

jamás traicionaría su confianza.

Cuando al fin se abrió la puerta de la alcoba, Paulette se había jurado a sí misma que actuaría como si no le importara lo más mínimo el desplante de su señora. Fingiría indiferencia y contemplaría a la Dupont con toda la frialdad de que fuera capaz. Pero, nada más ver el lívido rostro de la comadrona, todos sus propósitos se esfumaron. Tal parecía que la buena de la señora hubiese vislumbrado un espectro. Paulette, nerviosa e intrigada, no pudo evitar la pregunta:

—¿Os encontráis bien?

—Brigitte, Paulette... —la nodriza llevaba todavía al crío en brazos—, recoged vuestras cosas y lo que el niño necesite para... —la comadrona dudó un instante— varios días. Partimos de viaje y quiero que todo esté listo antes de dos horas.

Dejando a las jóvenes con las bocas abiertas, la señora Dupont salió apresuradamente de la estancia para ir a preparar la marcha. La doncella y la nodriza se quedaron mirándose, sin saber qué decir, mientras una lluvia de preguntas rociaba sus mentes.

A Paulette, la idea de que iba a abandonar el castillo ese mismo día no le hizo ninguna gracia. De golpe, los celos y el despecho por sentirse apartada dejaron paso a cuestiones más importantes: ¿A dónde se dirigían? ¿Por qué? ¿Qué iban a hacer, dondequiera que fuesen? Y, lo más importante, ¿cuánto tiempo iban a estar ausentes? Si al menos se quedaran en la villa de Châteaubriant, bueno, no le resultaría difícil acercarse en ratos perdidos y tener así una oportunidad de ver a Alain. Cuando él le sonreía, se sentía la mujer más feliz del mundo... .

Pero lo peor es que ni siquiera se iban a la villa. ¿Qué habría sucedido en la alcoba para que la comadrona saliera tan pálida? Paulette daría todo el oro del mundo por conocer las palabras que se habían pronunciado allí dentro. ¡Y ella que creía que contaba con la confianza de la condesa, que se había hecho ilusiones pensando que Françoise de Foix la apreciaba de un modo especial! Ni siquiera le dejaban despedirse de Alain.

Claro que, pensó de repente, a lo mejor lo que sucedía era que iban a llevar al recién nacido a que lo viera su padre. ¡Por supuesto, eso tenía que ser! Seguro que la condesa quería que su esposo conociera lo antes posible a la criatura y como él no estaba en el castillo... En ese caso, ¡en ese caso se encontraría con Alain!

Nada más llegar a esta conclusión, la muchacha volvió a sentirse feliz y, canturreando, se dedicó a envolver en un hatillo sus escasas pertenencias. Al acabar, un gruñido de su estómago le recordó que no había comido nada desde la cena del día anterior, y ya había pasado sobradamente el mediodía. Hambrienta, se dirigió a las cocinas, donde podría conseguir cualquier cosa para llevarse a la boca.

Pese a las prisas de la comadrona, no consiguieron partir hasta bien entrada la tarde. Gautier, el viejo cochero, conducía el carro con un ojo puesto en el camino y otro en las piernas de Paulette, que ya se estaba arrepintiéndose de haberse subido en el



pescante en vez de ir detrás con la partera y Brigitte. Completaban el grupo dos hombres de armas del castillo que, a caballo, les acompañaban para velar por la seguridad del recién nacido.

Nada más perder de vista la mole de la fortaleza de Châteaubriant, la partera cedió a las reiteradas preguntas de las muchachas y les informó de que se dirigían a Rennes. Las caras de las mozas no podrían haber mostrado mayor sorpresa.

—¡Ay, Virgen santísima! —Brigitte comenzó a gemir en voz baja.

Por más que Paulette insistió, la señora Dupont se negó a añadir nada más. Solo tras aguantar los lloriqueos de la nodriza durante un buen rato añadió:

—Deja de quejarte, niña. Si lo que te preocupa es tu marido, no llores más, pues ya ha sido avisado. Antes de partir envié a un criado a decirle que tenías que salir de viaje.

Aquellas palabras no parecieron consolar demasiado a la nodriza, que continuó gimoteando como un gatito asustado. Cansada, la partera se encerró en su mutismo y no volvió a abrir la boca en mucho tiempo. Paulette la observaba de cuando en cuando por el rabillo del ojo. La mujer parecía muy intranquila.

El saber que no se dirigían al coto de caza sino a Rennes provocó en Paulette un gran abatimiento y un enfado monumental. ¡Largarse así, de repente, sin decir nada a nadie, como si fueran vulgares ladronzuelas! ¿Qué pensaría Alain cuando se enterara de que ya no estaba en el castillo? Sin duda, se olvidaría de ella y comenzaría a flirtear con cualquier otra muchacha. Sabía de sobra que no faltaban mozas en Châteaubriant dispuestas a echarle el guante al escudero. Lo peor era no saber cuánto tiempo iban a permanecer en Rennes. A lo mejor solo un par de días y regresaban antes de que Alain volviese.

Pero todo aquello era muy raro. ¿Por qué salían a toda velocidad y se llevaban con ellas al niño? Casi se diría que lo estaban raptando, si no fuera porque no se imaginaba a la Dupont haciendo algo así. ¿Y qué diablos iban a hacer en Rennes? La cabecita de Paulette no paraba de dar vueltas, incapaz de comprender qué estaba sucediendo.

A medida que avanzaba la tarde, el calor del verano fue cediendo el paso a una fresca brisa que avivaba los sentidos. Hacía tiempo ya que habían dejado atrás el cinturón de campos que abrazaba la villa de Châteaubriant y ahora avanzaban por un paisaje alomado y boscoso. Paulette, enfurruñada, mantenía la vista fija en la cinta del camino que se desenrollaba delante de la carreta, zigzagueando igual que una serpiente entre bosquecillos de encinas y robles. Nunca antes se había alejado tanto de su pueblo. Era como si aquella vereda de tierra reseca, invadida en muchos tramos por la vegetación de las márgenes, constituyera el único lazo que unía todo lo que hasta entonces habían sido sus certezas, su vida entera, con el nebuloso futuro que en apenas unas horas se había abierto ante ella.

A pesar de la excitación de la partida, las largas horas de vigilia debidas al parto de la condesa terminaron por vencer la resistencia de la joven. Poco a poco, acunada

por el traqueteo monótono del carro, fue dejándose arrastrar por un sueño incómodo, interrumpido con frecuencia por los baches de la carretera. Hasta Brigitte olvidó sus lamentaciones y se adormeció con el niño enganchado a uno de sus pezones. Solo el cochero y la Dupont se mantenían despiertos. La comadrona, con la mirada perdida en el paisaje, permanecía sumida en hondas reflexiones.

Razones no le faltaban para estar preocupada. Tampoco ella sabía muy bien qué sucedía, cómo diablos se las había arreglado para terminar montada en un carro con dos chiquillas, un recién nacido y un viejo verde que no cesaba de observar de reojo a las mozas. Y ello sin contar a los dos soldados que abrían camino... Pero la señora Dupont tenía, ante todo, un carácter práctico. Estaba acostumbrada a mantener la calma en medio de los gritos de las parturientas y a aquellas alturas de su vida ya había pocas cosas que la sorprendieran.

Desde luego, la historia de la condesa tenía narices. «Por eso las gentes murmuraban, por eso el escaso interés del señor de Laval por su primogénito». Había supuesto que, tras el regreso de Françoise a Châteaubriant, las relaciones con el conde habrían mejorado. Pero, si lo que le había contado la condesa era cierto...

Observó al bebé con curiosidad. La criatura dormitaba, satisfecha su hambre, en el regazo de Brigitte, ajena a lo que sucedía a su alrededor. ¡Virgen santísima, pensar que ese chiquillo tenía tal padre! Por un instante, deseó estar muy lejos de allí, no tener nada que ver con aquel enredo. A esas horas estaría sentada en la puerta de su casa, al fresco, disfrutando del atardecer de julio...

Un cuervo crascitó en un árbol cercano y la comadrona se estremeció involuntariamente. Lo importante en ese momento era despistar a quien pudiera seguirles, pues no dudaba de que, tarde o temprano, el conde enviaría a sus hombres tras el niño. Pero Rennes estaba a dos jornadas de viaje. ¿Dónde pasar la noche? Al principio había pensado en detenerse en la única posada que había entre Châteaubriant y Rennes, pero, aunque le había indicado a Gautier que se dirigiese allí, en ese instante descartó esa idea. Sería el primer lugar al que se dirigirían sus perseguidores. Aunque no los alcanzaran esa misma madrugada, al posadero no le pasaría desapercibido un grupo como el que formaban. Por otra parte, si seguían avanzando toda la noche, iban a agotar a los caballos.

Un trueno lejano la sacó de sus cavilaciones. El cielo, poco antes limpio de nubes, se había encapotado y amenazaba tormenta.

—Tranquila, niña, duerme, que no pasa nada —sobresaltada por el trueno, Brigitte se había despertado y la observaba con aprensión—. Enseguida llegamos, ya verás.

No sabía qué hacer. A cada momento, la situación se complicaba más. Contempló un instante a los dos jinetes que abrían la marcha. ¿Cuál sería su reacción cuando se diesen cuenta de que estaban participando en un secuestro? La condesa había tenido que enfrentarse al capitán del castillo, reacio a prescindir de dos soldados para una tarea que, sospechaba, su señor no iba a aprobar. La señora Dupont suponía que nada

más partir ellos el capitán habría despachado un mensajero para informar al conde. Y con instrucciones de reventar el caballo si era preciso.

La mujer miró a su alrededor, descorazonada. En ese momento avanzaban por una fronda cada vez más espesa. El bosque se iba cerrando en torno a ellos, tragándose la luz de la tarde y envolviendo el ambiente con un halo de fantasía e irrealidad. Casi podía sentir el aliento de los añosos troncos, la vigilancia de los robles milenarios, el acecho a los intrusos que osaban turbar la paz de la floresta.

Tuvieron que reducir la marcha, pues en muchos tramos el sendero casi desaparecía, se convertía en una trocha invadida por la vegetación. Daba la impresión de que el bosque empujaba desde ambos márgenes del camino, empeñado en una batalla por reconquistar aquella llaga que atravesaba sus entrañas como una vieja herida que no acababa de cicatrizar.

La mujer se dio cuenta, de repente, de dónde estaban. Aquello era la Brocéliande, la tierra sagrada de los bretones, cenáculo de bardos y druidas durante cientos de años. No pudo evitar un estremecimiento, aunque lo achacó a la fría brisa que se había levantado. Arrebujándose en el chal que le cubría los hombros, observó con ojos nuevos el bosque. Con razón se sentía vigilada. A su alrededor, centenarias encinas, tejos y robles con las ramas vencidas bajo el peso del muérdago se susurraban confidencias en conciliábulo interminable. Eran los guerreros que Gwyddyon había convertido en árboles para multiplicar los brazos que harían frente a sus enemigos, los mismos que habían salvado aquellas tierras de la devastación, hacía tanto tiempo ya que hasta su propio pueblo los había olvidado. Solo en aquel bosque, como si las eras se hubieran detenido, seguían respirando los viejos dioses. Se decía que allí, si uno afinaba el oído en las noches de invierno, podía escuchar el martillo de Goibniu, el dios herrero, golpeando incansable en su fragua. O descubrir al lujurioso Dagda retozando en un recóndito manantial con una ninfa. En aquel bosque moraba Epona, la diosa de los artistas, y Cernunnos, con su cuerno de la abundancia que derramaba bienes sobre la tierra...

Brigitte vigilaba la floresta con aprensión. Había reconocido el lugar. Probablemente, llevaba toda su vida escuchando historias sobre la Brocéliande, sobre los árboles guerreros y las hoces de oro de los druidas. Era normal que al verse de repente en medio de aquella fronda se echase a temblar de puro miedo.

Un trueno las sobresaltó, consiguiendo que el recién nacido despertase y comenzase a llorar. El cielo se había cubierto de nubarrones. Si no encontraban pronto un refugio, iba a sorprenderles la tormenta en pleno bosque.

—Señora Dupont... —el cochero se volvió un instante hacia ella, para llamar su atención—. Tal y como está el camino no llegaremos a la posada hasta el alba. Y va a llover como el demonio de un momento a otro.

—Ya lo sé, Gautier, ¿qué quiere que haga? —contestó, malhumorada.

El hombre permaneció callado, concentrado en el camino. Paulette examinaba con aprensión la espesura.

—Podemos refugiarnos en la aldea de Retiers —sugirió Gautier tras un rato—. Aunque nos desviemos un poco, al menos nos pondremos a cubierto de la lluvia.

Acordaron dirigirse hacia allí. A la comadrona no le importaba tanto el retraso como la discreción y, en aquellas circunstancias, necesitaban encontrar refugio cuanto antes. No podían pasearse bajo la tormenta por toda Bretaña con un recién nacido. Brigitte, al escuchar el nombre del lugar al que se dirigían, recrudenció sus gemidos y comenzó a rezar en voz baja.

—¿Tienes miedo, chiquilla? —se volvió el cochero hacia la carreta. Sus ojos acuosos recorrieron la figura de la nodriza de arriba abajo, deteniéndose con descaro en los pechos de la muchacha—. No te preocupes, que aquí está papaíto Gautier para protegerte con su brazo.

—Son piedras nada más, niña —terció la señora Dupont, pasando por alto las palabras del carretero—. Una buena cristiana como tú no debería creer esas tonterías de paganos.

—¡Eh, Mark! —gritó Gautier al más joven de los soldados, que avanzaba al paso, charlando, delante de la carreta. El hombre refrenó su montura hasta que quedó a la altura—. Vamos a refugiarnos en Retiers mientras pasa la tormenta.

El otro se le quedó mirando un instante, como sin fuera a decir algo. Luego, encogiéndose de hombros, espoleó su caballo hasta volver a colocarse a la altura de su compañero.

El viento había amainado y caían ya las primeras gotas. La carreta estaba parcialmente cubierta por una lona, pero la tela tenía un aspecto tan frágil y era tan vieja que la señora Dupont supo que no aguantaría más que unos pocos minutos en cuanto la lluvia comenzase a caer con fuerza. Avanzaron pesadamente, con los caballos cansados tras el esfuerzo exigido, por una trocha apenas iluminada por las últimas luces del día.

Con el crepúsculo llegó una lluvia espesa que dificultaba la visión. Gautier comenzó a maldecir y renegar a voz en grito. Estaba jurando por lo más sagrado que nunca volvería a dejarse arrastrar a una aventura tan incierta como aquella cuando se calló de repente.

Una impresionante construcción había surgido ante ellos. Envueltos en la escasa luz del anochecer, cual espectrales titanes reunidos en parlamento, un conjunto de gigantescos dólmenes dibujaba un largo corredor cubierto. Estaban en Roche-aux-Fees. Todo el grupo contuvo la respiración. Aquellas piedras parecían brotar de la misma tierra, más antiguas que los propios dioses de Brocéliande, vigías de eras ya olvidadas.

En verdad, el espectáculo era tal que obligaba al recogimiento. Brigitte no cesaba de persignarse, al borde del colapso. Pero hasta ella invocaba a los santos en voz baja, cual si temiese despertar las iras de los guardianes del tiempo.

El interior del corredor estaba seco y ofrecía un buen resguardo. Encendieron una hoguera bajo las piedras y se dispusieron en torno, ansiosos por secarse las ropas

empapadas. Durante un buen rato permanecieron mudos, sobrecogidos por el ambiente que les rodeaba. Solo el golpeteo de la lluvia y el crepitar de los leños rompían el silencio del túmulo.

La señora Dupont repartió algo de fruta y queso y comieron con apetito, cada uno en su rincón. Los dos soldados se habían sentado aparte, en la entrada del corredor, y no paraban de cuchichear entre ellos. De cuando en cuando, el que se llamaba Mark lanzaba miradas furtivas hacia la hoguera. Paulette siguió la dirección de aquellas miradas: al lado del fuego, Brigitte, con un abultado seno al aire, daba de mamar al pequeño.

También Gautier vigilaba con recelo aquellas miradas. El viejo había conseguido sentarse al lado de la asustada nodriza con el pretexto de calmar sus temores. Durante un buen rato solo se escuchó la voz cascada del cochero musitando al oído de Brigitte.

Paulette los observó con una mueca de desagrado en la cara. Pero la nodriza, al menos, parecía haberse calmado y ahora reía divertida ante los manoseos cada vez más audaces de Gautier. Se volvió hacia la Dupont. La buena de la mujer no aparentaba percatarse de nada. Había vuelto a encerrarse en su mutismo, con la mirada perdida en las sombras que creaba la fogata.

—Señora... —musitó Paulette.

La mujer volvió la cabeza hacia ella con aire ausente.

—¿Qué es lo que sucede? ¿Qué vamos a hacer a Rennes?

—Nada, chiquilla... No te preocupes y descansa. Hoy has tenido un día muy duro —respondió la señora Dupont.

—Pero... —insistió la doncella—, ¿por qué nos llevamos al niño? ¿Cuándo vamos a regresar?

—Calla, pequeña —susurró la Dupont, señalando a los soldados con un furtivo movimiento de los ojos—. Ya hablaremos mañana.

Los dos hombres de armas habían dejado de cuchichear y las observaban con los ceños fruncidos.

En ese momento, resonó un grito y una sonora bofetada en el corredor.

—¡Dejadme en paz, viejo verde! ¡No os atreváis a tocarme!

Brigitte, encendida de rabia, se enfrentaba a Gautier, que retrocedía frustrado por el rechazo de la hembra. Los soldados prorrumpieron en carcajadas:

—¡Vaya, viejo, parece que la muchacha ya ha perdido el miedo!

El bebé se despertó y se echó a llorar. Al ver que nadie le hacía caso, Paulette se acercó a él, lo cogió en brazos y lo acunó. Sus ojuelos azules brillaban a la luz de las llamas.

—¡Que me deje en paz, le digo!

Gautier había vuelto a acercarse a Brigitte. Su boca desdentada trataba de arrancar un beso de la muchacha. Al ver la escena, los soldados dejaron de reír.

—¿No ha oído a la moza, viejo?

El cochero se revolvió al escuchar la advertencia. Sus ojos, desencajados por la ira y el deseo frustrado, parecían a punto de salirse de las órbitas:

—¡Métete en tus asuntos, muchacho! ¡Tú tienes a todas las que quieras!

Mark se levantó y se acercó a la pareja:

—No quiere estar contigo. Así que déjala —su voz tranquila contrastaba con la estridencia de la del viejo.

—¡Lárgate de aquí, chico, si no quieres problemas!

El soldado agarró a Gautier por la camisa de lienzo y lo alzó sin apenas esfuerzo:

—Te he dicho que la dejes, mamarracho —manteniendo al viejo en vilo, lo arrastró hasta la pared opuesta y lo dejó caer contra el suelo—. Ella es demasiado bonita para ti.

La señora Dupont y Paulette siguieron la escena en silencio. Al ver que Brigitte comenzaba a llorar, Paulette hizo ademán de erguirse para consolarla, pero la comadrona la retuvo con un gesto:

—No te metas.

El cochero, desmadejado, se hizo un ovillo y se quedó quieto. Paulette sentía arder su cólera como un cuchillo en una fragua. Mark se había sentado al lado de la nodriza y trataba de calmarla. El largo pelo rubio del joven ocultaba la cabeza de la mujer mientras ambos hablaban en voz baja. Desde donde estaba, Paulette pudo ver cómo la mano derecha del soldado acariciaba la espalda de Brigitte.

Poco a poco, el cansancio la fue venciendo. Una cortina de agua cerraba el túmulo, envolviéndoles en la oscuridad extrema de la noche. El bebé había vuelto a dormirse y reposaba a su lado, ajeno al desapacible mundo exterior. Agotada, se recostó contra la pared y pensó en todo lo que le había sucedido desde la noche anterior. Le parecía todo tan irreal...

Se moría de sueño. Apoyando la cabeza contra la piedra, cerró los ojos, incapaz de mantenerlos abiertos ni un solo segundo más. La última imagen que vio fue la de los cuerpos de Brigitte y Mark acariciándose con frenesí, apenas ocultos bajo una manta. Ciertamente, la nodriza no perdía el tiempo, no como ella, que... Al fondo del corredor, en la penumbra, relucía la mirada letal de Gautier.

Despertó bruscamente al escuchar un alarido de terror. Al resplandor de las brasas, Paulette distinguió a la nodriza moviendo espasmódicamente los brazos y las piernas y gritando, presa de un ataque de histeria. Sobre su pecho yacía un bulto inerte. Unos jadeos llamaron entonces su atención: cerca de la entrada, Gautier, con un cuchillo en la mano, estaba arrodillado sobre el cuerpo sin vida del compañero de Mark. El filo del puñal aún descansaba sobre la yugular seccionada mientras un líquido viscoso empapaba el jubón del soldado.

Durante unos instantes eternos, el viejo cochero clavó su mirada en Paulette. Tenía los ojos inyectados en sangre y una expresión bestial, desencajada. La muchacha sintió que una ola de rencor le golpeaba bajo el escrutinio del viejo, pero no hizo ningún ademán de moverse. No habría podido, aunque quisiese, pues estaba

paralizada por el terror. Ni siquiera los berridos del recién nacido consiguieron hacerla reaccionar. Tras una eternidad, Gautier gruñó, se dio la vuelta con sorprendente agilidad y desapareció en la noche.

Paulette tardó en comprender cabalmente lo que había sucedido. Todo había sido tan rápido que su mente se negaba a aceptar los hechos, como si creyera que aún seguía soñando. Fue la mano de la Dupont sobre su brazo la que, finalmente, la obligó a enfrentarse a la realidad.

La comadrona se deslizó hasta el lugar en el que yacía Brigitte. Los dos soldados estaban muertos. La nodriza había dejado de gritar, pero permanecía inmóvil, gimoteando, bajo el cadáver de Mark. La sangre manaba de una profunda incisión en la espalda del soldado y empapaba su piel. Mientras Paulette, sin apenas darse cuenta de lo que hacía, cogía en brazos al recién nacido y comenzaba a mecerlo, la señora Dupont arrastró el cuerpo sin vida del hombre y se sentó junto a la nodriza. Luego, con una expresión de ternura en su rostro, comenzó a acunarla igual que a un bebé.

### 3

El río Vilaine bajaba suave, doméstico, cual si la certeza de su cercana muerte le dotara de una resignada mansedumbre. En efecto, un poco más adelante sus aguas se perdían en el caudal goloso del Ille, justo a tiempo de dibujar el contorno de la ciudad de Rennes. Una hilera de arces, abedules y álamos protegía el curso del río, desmesurada guardia de honor para tan magro caballero. Salvo esa franja de árboles, el bosque había sido vencido por un paisaje de campos cultivados, granjas y huertas que abastecían a la rica urbe.

Un perro ladraba en la orilla del río, las orejas alzadas, el hocico vuelto hacia un grupo de niños desarrapados y mugrientos. Al lado de los arrapiezos, otro chuchito se desesperaba por alcanzar el cadáver de una rata que los críos le escamoteaban una y otra vez. El camino atravesaba los campos y salvaba el río por un puente de piedra.

La hora de sexta ya había pasado. Un sol hinchado, que parecía abarcar la mitad del cielo, caía sobre los sillares, sobre las aguas pardas, sobre los pescadores que semejaban estatuas olvidadas a ambos flancos del puente. Una suerte de desidia, un embabiamiento cansino flotaba en el aire inmóvil de la campiña.

Paulette, sentada en el pescante del carromato, también participaba de la laxitud del entorno. Sus ojos verdes veían sin ver, se deslizaban con indiferencia por la tierra del camino que todavía mostraba las huellas de la tormenta de la tarde anterior. Ni

siquiera parecía consciente de la presencia callada a su lado de la señora Dupont, o de los gemidos de Brigitte, que acunaba al recién nacido en la parte posterior de la carreta.

La nodriza había pasado la noche sacudida por espasmos de llanto, refugiada en el regazo de la partera. Paulette no se lo reprochaba. A decir verdad, ninguna de las tres mujeres había podido pegar ojo. La presencia de los cadáveres de los soldados, el hálito maligno del túmulo y el miedo a que el cochero regresara no les permitieron conciliar el sueño. En ese instante ni siquiera la cercanía de Rennes conseguía animar a las tres mujeres. Viajaban en silencio, absorbidas por sus temores, sin apenas fijarse en los viandantes que se encaminaban hacia las puertas de la urbe.

Muy de madrugada, al abandonar el túmulo de Roche-aux-Fees, Paulette se había plantado ante la Dupont y se había negado a continuar hasta que les explicara el motivo del viaje. ¿A qué iban a Rennes? ¿Por qué no regresaban a Châteaubriant para informar al conde de la muerte de los soldados? La propia Paulette se había quedado pasmada ante su atrevimiento. ¿Quién era ella para exigir explicaciones?

Para su sorpresa, la Dupont no le tiró de las orejas ni le dio un pescozón por su descaro. La mujer la contempló en silencio unos instantes. Luego, con un suspiro, comenzó a referir con voz neutra la razón de tan repentino viaje. A medida que hablaba, un torbellino de sentimientos contradictorios golpearon a Paulette.

El recién nacido no era realmente hijo del conde de Châteaubriant y este, que lo sabía, planeaba vengarse. La madre temía por la vida del niño. Por eso había decidido aprovechar la ausencia de su marido para alejar a la criatura del castillo, aun a sabiendas de que Jean de Laval, cuando se enterara, le haría pagar cara su acción.

Paulette se estremeció al escuchar las palabras de la partera. El conde tenía merecida fama de cruel. El exterior del castillo solía estar erizado de horcas con los infelices que habían sido descubiertos cazando o poniendo trampas en sus bosques.

El obispo de Rennes, le había dicho la condesa a la señora Dupont, era el único amigo leal con que contaba en la Bretaña. Él sabría cómo proteger al recién nacido.

—Pero si la condesa quería ocultar al niño, ¿por qué hizo que nos acompañaran los soldados del conde? —exclamó Paulette, confusa—. ¡Cuando regresaran al castillo, los dos irían corriendo a decirle al conde dónde estaba el bebé!

La señora Dupont asintió con gesto cansino. El pelo le colgaba en mechones desordenados que acentuaban aún más su aspecto abatido.

—Sí, pero lo importante es que el niño llegue sano y salvo al palacio episcopal. Una vez allí, bajo la jurisdicción y la autoridad del obispo, el conde poco podrá hacer. Se verá obligado a demostrar su paternidad y a explicar por qué su mujer le hurtó el niño nada más nacer... Un escándalo público, algo que procurará evitar.

Las tres mujeres quedaron en silencio, sentadas en el carro, bajo la sombra ominosa del túmulo de Roche-aux-Fees. Brigitte gimió, a punto de reiniciar sus sollozos. Paulette le dirigió una mirada de desprecio. ¿Es que aquella mujer solo servía para lloriquear y dar el pecho? Al punto se sintió avergonzada. Lo cierto era



que lo que les estaba sucediendo desquiciaría a cualquiera. Deseó tener a su lado a Alain. Él sabría qué hacer. ¡Parecía siempre tan seguro de sí mismo! Incluso Pierre disfrutaría, él que se pasaba la vida soñando con correr grandes aventuras...

—¿Por qué nos envió a nosotras? ¿Por qué no enviar directamente a los soldados o, mejor aún, a alguna de sus damas de compañía? ¡Si solo somos dos muchachas campesinas y una partera!

Nada más decirlo, sintió que se le subían los colores a la cara y trató de disculparse con la señora Dupont. Pero la mujer la tranquilizó con un gesto:

—Tienes razón, chiquilla, tienes razón... Pero el conde la tiene rodeada de espías que le informan de sus menores movimientos... En ti, sin embargo, podía confiar. Estuvo observándote durante meses y tenía confianza en tu lealtad. Respecto a mí... Quizá se le ocurrió a última hora que nadie sospecharía de una vieja comadrona y decidió utilizarme también.

Paulette no pudo reprimir un sentimiento de íntimo orgullo. ¡La condesa, la bellísima, la encantadora condesa confiaba en ella! ¡Y pensar que había llegado a preguntarse si se daría cuenta de su existencia!

Mientras se ponían en marcha, alejándose de las gigantescas piedras de Rocheaux-Fees, Paulette decidió que haría lo imposible por no defraudar tamaña confianza. ¡Salvaría a aquel niño de las garras del conde aunque le fuera en ello la vida! Françoise de Foix confiaba en ella. No podía fallarle.

Embargada por la sensación de su propia importancia, Paulette se sumió en un estado de gran agitación mental mientras avanzaban por la campiña bretona. ¿Cómo podía un hombre ser tan cruel que quisiese matar a un recién nacido? ¡Con lo tierno y dulce que estaba el angelote, ajeno a las intrigas que le rodeaban, succionando glotón del pecho de la nodriza! ¿Y quién sería el padre? Seguramente, algún personaje de la corte, pues la condesa hacía pocos meses que había vuelto de París. ¿Sabría el verdadero padre que su hijo acababa de nacer?

Cruzaron por el puente de piedra que desembocaba en una de las puertas de la ciudad. Un olor a podredumbre impregnaba el ambiente, se introducía en las fosas nasales y se pegaba a la piel. El hedor y el traqueteo del carro contra las losas del puente consiguieron que Paulette saliera de su ensimismamiento. Alzó la cabeza, desorientada, y un gemido brotó de su garganta: en la tierra de nadie que se abría ante las murallas una hilera de patíbulos ofrecía a los forasteros los frutos del árbol del ahorcado.

También la Dupont y Brigitte se habían percatado del macabro espectáculo. Una docena de cuerpos en diferentes fases de descomposición, burlones espantapájaros de ropas raídas y cuencas vacías, flanqueaban el último tramo del camino. Las tres mujeres contuvieron la respiración y desviaron la mirada hasta que traspasaron la puerta y dejaron atrás tan fúnebre cortejo.

Nada más franquear la entrada, el ambiente cambiaba de forma radical. Cualquier rastro de la laxitud de la campiña desaparecía de golpe, sustituido por una actividad

frenética que se extendía por las callejuelas y se apoderaba de los viandantes, cual si en vez de caminar sobre tierra batida bailaran alguna extraña danza sobre las ascuas de un brasero.

En verdad, el gentío colmaba callejas y plazas. Vendedores ambulantes que voceaban sus mercancías, amas de casa y criadas que se saludaban al paso, mendigos, caballeros sobre briosos corceles, monjes de amplias capuchas que regateaban con los artesanos, curas, chicuelos andrajosos y burgueses con cadenas de oro y pedrería se afanaban de un lado para otro. Una multitud de animales convivía en aparente armonía con los habitantes de la urbe: mulas, caballos, perros, gatos, ratas e, incluso, gallinas, ocas y cerdos deambulaban por las callejuelas y atronaban el ambiente con sus chillidos. Paulette volvía la vista de un lado para otro a medida que descubría nuevos detalles, sorprendida por tanto bullicio y colorido. Aquí un orondo monje que montaba un pollino se protegía del sol con una sombrilla de colores; allá un ciego relataba romances con voz cascada; un poco más lejos, la capa de un juglar ondeaba con sus mil colores al viento...

La joven cerró la boca de golpe cuando su mirada se topó con la de un aprendiz que la observaba con sorna. Notó que los colores se le subían a la cara y desvió la vista, avergonzada. ¡Debía de tener un aspecto tan rústico y desastrado! Entonces se acordó de sus dos compañeras y las observó con disimulo, temerosa de que también ellas hubieran advertido el pasmo en su rostro.

La señora Dupont y Brigitte, olvidadas todas sus penalidades, contemplaban la ciudad con las miradas encendidas.

—¿Queréis moveros, aldeanas? ¡Si pretendéis que os entren moscas en la boca, al menos dejad libre el camino! —un carretero les increpó desde el pescante de su carromato. No era para menos: con la sorpresa, las mujeres se habían detenido en medio de la calle y obstruían el paso. Paulette enrojeció al descubrir que eran el centro de muchas miradas de guasa.

—¿Sabéis llegar al palacio episcopal? —le preguntó a la comadrona mientras esta ponía en marcha el carro. Examinó a la mujer con aprensión. También ella parecía fascinada por la ciudad.

—La condesa me dijo que nos dirigiéramos a la Place du Calvario —respondió la Dupont sin dejar de contemplar el espectáculo de las calles. En su ceño se dibujaba una sombra de preocupación.

—¿Es la primera vez que venís a Rennes?

La comadrona, concentrada en la conducción del caballo, asintió distraída. Paulette sintió un ramalazo de inquietud. Hasta ese instante había pensado que la señora Dupont sabía perfectamente lo que se hacía.

—Debemos preguntar cuál es el camino —decidió la comadrona.

Un zapatero que claveteaba una suela en el exterior de su taller les indicó por dónde ir. Brigitte le dio las gracias con tal sonrisa que consiguió que el hombre no les quitara la vista de encima hasta que torcieron por una calle lateral.

Tras preguntar varias veces por el camino, se hallaron al fin ante un edificio de aspecto sombrío, mitad fortaleza, mitad palacete. Allí, en el corazón de la urbe, las calles ofrecían un aspecto más sosegado bajo el sol áspero de la tarde. Las tres mujeres se sentían hambrientas y agotadas. ¡Ojalá el obispo las recibiera pronto y les ofreciera algo de comida, quizá incluso una cama donde descansar antes del regreso a Châteaubriant! Paulette había olvidado ya los infortunios de la noche y las incomodidades del camino y ansiaba regresar a la villa para pasarle por las narices a Pierre su aventura. ¡Y para ver a Alain, claro, que seguro que se moría de envidia! Estaba segura de que el guapo escudero la vería con otros ojos a partir de entonces.

Dejaron a Brigitte con el niño al cuidado del carro y cruzaron la plaza hasta la entrada principal de la residencia. Un portón cerrado se alzaba ante ellas, con una gran aldaba en medio del lienzo. Las mujeres se sintieron intimidadas.

—Quizá —dudó la partera—, quizá lo mejor será que busquemos una puerta de servicio y hablemos con algún criado.

La mirada interrogante de Paulette le obligó a continuar:

—Chiquilla, los poderosos no suelen recibir a gentes como nosotras así como así. Además, nuestras ropas están sucias por el viaje y nuestro aspecto no debe de ser mejor. Hazme caso. Lo mejor es localizar a algún criado con el que podamos entendernos con discreción.

Paulette no las tenía todas consigo. ¿Acaso no iban de parte de la condesa? Pero siguió a la comadrona sin rechistar. Rodearon el palacio por una calleja lateral y llegaron a un patio que, a juzgar por los desperdicios y la basura acumulada, debía de hallarse anejo a la cocina. Un hombre con un hacha astillaba unos tocones de roble a la sombra de un limonero. Nada más verlas, alzó el torso desnudo:

—¿Qué hacéis aquí? ¡Largo, fuera!

—Traemos una carta para su señoría.

El hombre no dio muestras de oírlas:

—Si lo que buscáis es comida, haced como los demás y esperad a que saquen los restos a la calle. ¡Venga, marchaos!

—Le digo que traemos una carta para el señor obispo —insistió la señora Dupont, muy nerviosa.

—Aquí, las cartas de recomendación no sirven más que para alimentar el fuego —graznó el criado—. ¿Queréis largaros de una vez y dejarme en paz?

—¡No buscamos trabajo ni pedimos limosna! —exclamó Paulette, enfurecida, adelantándose a la señora Dupont—. ¡Lo que queremos es ver a su señoría!

El hombre dejó que una risita burlona asomara a su boca. Echó a Paulette una ojeada lasciva mientras se rascaba la barrigota. La moza retrocedió instintivamente al percibir la expresión del criado.

—Vaya, vaya, parece que la gatita sabe maullar... —murmuró, mientras una mueca salaz se apoderaba de su rostro. Luego alzó el tono de voz, que se tornó perentorio—. ¡Y yo quiero ver al rey, pero el rey no quiere ver a Bertrand! ¡Vamos,

fuera de aquí antes de que me calentéis demasiado los cascos!

Bertrand no era un hombre agraciado. En su cara, la barba crecía rala y descuidada; los labios delgados enmarcaban una boca poblada por unos dientes podridos; la nariz, bulbosa y de un rojo intenso en el extremo, semejava un fresón maduro. La barriga de bebedor y una mirada de hurón terminaban de componer una figura abyecta.

La señora Dupont comprendió que no tenían demasiado que hacer con aquel hombre, así que regresaron a la puerta principal.

—No te preocupes, muchacha —quiso tranquilizar a Paulette, aunque no fue capaz de disimular la preocupación en su voz—. En todas las casas principales hay algún personaje como ese gordinflón. También es mala suerte que hayamos topado precisamente con él.

Al llamar, el aldabonazo resonó en la plaza, en ese momento vacía. Esperaron largo rato, de pie, inmóviles, cada vez más desasosegadas. Paulette examinaba de reojo a la comadrona. Desde que habían entrado en la ciudad percibía en ella una irresolución, un titubeo que antes no observara, como si la urbe pesara en su ánimo aldeano y coartase su natural decisión. Aquella constatación confundía a la muchacha, que hasta el momento no imaginaba nada capaz de perturbar a la matrona.

Estaban tratando de decidir si llamaban otra vez cuando la pesada hoja de roble se entreabrió. En la penumbra asomó el rostro de un criado. Su aspecto era más agradable que el de Bertrand, pero también mostraba un semblante adusto. Al verlas, frunció el ceño, cual si no se creyera del todo que dos campesinas de ropas arrugadas se atrevieran a presentarse en la entrada principal del palacio. Pero se limitó a mirarlas en silencio, con aire interrogante.

—Traemos una carta para su señoría —anunció la señora Dupont, nerviosa.

El sirviente las examinó un instante sin pronunciar palabra. Luego, encogiéndose de hombros, alargó una mano blanca y lánguida.

La Dupont dio un paso atrás.

—Debemos entregarla en persona.

Con una mueca despectiva, como si tal posibilidad ni siquiera cruzase por la imaginación del individuo, el portero habló al fin:

—Me temo que eso no es posible. Su señoría es un hombre muy ocupado, no acostumbra a atender al primero que se presenta —iba a cerrar la puerta, mas pareció compadecerse del gesto abatido de las dos mujeres—. De todas formas —añadió, con cierta amabilidad—, no se halla en Rennes.

—¿Que no...? —la angustia asaltó a la señora Dupont, que cruzó una mirada con Paulette—. Pero no puede ser, hemos hecho un largo viaje para verle, es un asunto muy importante. ¿Cuándo volverá?

El hombre comenzaba a impacientarse. Las examinó nuevamente, evaluándolas. Seguramente se trataba de una madre y su hija, pensó, que buscaban el amparo del obispo en alguna cuita de diezmos. Muchas como ellas llegaban al palacio para

exponer sus quejas. ¡Como si su señoría no tuviera cuestiones más graves que atender!

—Está de caza —respondió al fin, con cierta renuencia— en Châteaubriant, creo, pero no sé cuándo volverá. Su señoría no me informa de sus intenciones.

Paulette y la Dupont se contemplaron boquiabiertas. ¡El obispo en Châteaubriant! ¿Cómo era posible, si ellas venían de allí?

—Debe de hallarse en el coto de caza, con el conde —murmuró Paulette, anonadada.

Después de todo lo que habían soportado, después de la interminable noche en Roche-aux-Fees, del asesinato de los hombres de armas y del viaje bajo la lluvia, la llegada a Rennes les había parecido la liberación, el fin de sus tribulaciones. La señora Dupont había pensado que entregando el bebé al obispo cumplía sobradamente con la promesa hecha a la condesa. Una promesa, se obligó a recordarse a sí misma, generosamente pagada.

En mala hora. Lo único que deseaba era volver a su vida de partera y dejar de lado aquellos litigios entre nobles. Nunca se salía bien parado de tales enredos. ¿Por qué, por qué se habría dejado tentar por el oro, con lo bien que estaría a aquellas horas en su casa? ¿Qué iban a hacer? No podía abandonar a Paulette y a Brigitte con el bebé, no al menos antes de hablar con el obispo. Tenían que buscar algún lugar para alojarse, alguna posada en la que no hicieran demasiadas preguntas. Y confiar en que el obispo regresara pronto. Era posible que el conde de Châteaubriant ya las estuviera buscando. Si las encontraba antes de que pudieran entregar el niño...

Se estremeció. Si el conde no dudaría en matar a un recién nacido, ¿qué no haría con ellas?

—¿Con quién podríamos hablar, en vez del obispo? —inquirió. La voz tensa de la matrona no conseguía ocultar su angustia—. Seguramente habrá alguien de su confianza que no haya ido con él.

—Ya os he dicho que me deis a mí la carta —respondió el sirviente con aspereza—. El arcediano Pascal es la persona de confianza del obispo, pero no le haré perder el tiempo con dos pordioseras como vosotras. Si no queréis darme esa carta, ahuecad el ala.

—¡Por favor! —suplicó la partera—. Es muy importante que hablemos con el obispo o con el arcediano. ¡Por favor!

No pudo terminar la frase. La puerta se cerró en sus narices. La señora Dupont, con el semblante demudado, se recostó contra la hoja.

Paulette había permanecido expectante a un lado, confiando en la edad y la experiencia de la señora Dupont. Al ver que la puerta se cerraba y que, después de todo, entregar al bebé al obispo y regresar a Châteaubriant no iba a ser tan fácil como había imaginado, al ver el gesto abatido de la partera, sintió que su confianza se diluía como la miel en vino caliente. Y le pareció que descubría a la mujer cual si nunca antes la hubiera visto. Se fijó por primera vez en los zurcidos de sus ropas, en los

parches descoloridos del vestido de la partera, en el cuerpo tosco y gastado, en sus rasgos de campesina. Descubrió sus manos bastas, ásperas y moteadas de manchas azules, unas manos consumidas en la brega diaria de una mujer humilde. Y en su faz vio también que la desesperación y el cansancio asomaban, transformando el aire antes decidido en el rostro vacío de un pelele. Sin poder evitarlo, Paulette sintió que las lágrimas afluían a sus mejillas.

## Capítulo III

### Wittenberg, Sajonia Primavera de 1521

#### 1

Una maraña de zarzas, un vergel agreste se agarraba a las paredes de la casa, invadía el solar y se extendía hasta la cercana iglesia cual pálido remedo de las selvas que, según contaban, cubrían las tierras de las Indias españolas. Por doquier los desperdicios salpicaban la maleza y pintaban el verde de colores desvaídos, como si los espinos, hartos de la monotonía de sus brotes, hubieran decidido proveer al mundo de una profusión de huesos, pedazos de vasijas, alimentos putrefactos e hilachas de camisas. El tufo de tal combinación distaba de resultar agradable, pero Baltasar Sachs permanecía ajeno a los efluvios. Su rostro sudoroso presentaba una expresión abstraída y sonriente mientras su delgado cuerpo avanzaba, hoz en mano, abriéndose paso a través de la vegetación.

El ejercicio le reconfortaba. Por primera vez en muchos meses, la marea de palabras que le había inundado tras llegar a Wittenberg retrocedía ante el rítmico vaivén de la hoz y el silbido del filo al segar la maleza. Tanto el espacio que mediaba entre la casa y el templo adyacente como el mismo edificio de la iglesia, una estructura de adobe y madera, se hallaban en un estado lamentable. El anterior ocupante, un sacerdote más amigo del vino que del cultivo de las vides o de la simple limpieza, se había despreocupado de su mantenimiento y la broza había acabado por enseñorearse del espacio. Mas nada de ello afectaba el ánimo de Baltasar, para quien aquellas cuatro paredes constituían una catedral. Por primera vez en su vida disponía de una parroquia por cuyos fieles velar. Aún no conocía a los feligreses, pero, desde el instante mismo en que el doctor Lutero le había comunicado que podía hacerse cargo de la parroquia, su mente no cesaba de trazar proyectos. Por fin iba a salir del círculo en el que llevaba encerrado casi dos años. Dos años de conversaciones con los reformadores, de discusiones teológicas y doctrinales, dos años de palabras.

Aquellas pláticas le habían permitido aclarar sus ideas. Incluso había conseguido deshacerse de la sensación de culpa que tantos años le rondara por la cabeza. Pero ya

bastaba. Los últimos meses viviendo en la casa de Felipe Melanchthon se había sentido como un barril de pólvora china a punto de estallar. Necesitaba dejar a un lado las palabras y hacer algo, lo que fuera, para sentirse útil.

Y al fin lo había conseguido. Se sentía impregnado por el aliento divino, impulsado por la urgencia de transmitir la grandeza de Dios a los demás. La parroquia era mísera, pero ello le estimulaba aun más. Había tanto por hacer... Lo más urgente era desarraigar la maleza y adecentar el templo, que parecía a punto de derrumbarse sobre sí mismo. Después ya vería. El Señor no le iba a abandonar en la tarea.

Se pasó el brazo por la frente para enjugarse el sudor. Tanto el rostro como los brazos aparecían salpicados de restos de vegetación adheridos a la piel. La fresca brisa de principios de mayo se le coló por la camisa y le provocó un escalofrío.

Sí, las cosas habían ido bien. En verdad, el Señor era generoso con él. Allí estaba, en el corazón de la Reforma, en la antigua ciudad de Wittenberg, convertido en pastor evangélico y en uno de los más estrechos colaboradores de Martín Lutero y de Felipe Melanchthon.

—Disculpad, padre...

Baltasar dio un respingo al escuchar la voz que le requería. Se volvió hacia el camino: un estudiante, vestido con una túnica en la que destacaba la franja de color que identificaba su facultad, le observaba con respeto desde el atrio de la iglesia.

—Disculpad, padre, me envía el doctor Melanchthon.

Jamás se acostumaría al respeto reverencial que le mostraban los estudiantes. Había impartido algunas clases en la universidad. Tal hecho y, sobre todo, la compañía de Lutero y de los demás reformadores, habían creado una coraza de veneración a su alrededor. Esa había sido una de las razones por las que había solicitado hacerse cargo de la feligresía, a pesar de hallarse situada en la zona más pobre de la ciudad. O precisamente por eso, pensó, sin poder reprimir una sonrisa. Ni siquiera se podía afirmar que formara parte de la villa. Era una aldea situada extramuros, anexionada a la capital como consecuencia del crecimiento que la urbe había experimentado en los últimos años. Pero no llevaba ni un día allí y ya le enviaban a un joven para recordarle que no resultaba tan fácil despojarse de la coraza de la devoción.

—¿Sí?

El muchacho permanecía a la espera, apoyándose alternativamente en uno y otro pie, como si luchara por contener su impaciencia.

—Me envía el doctor Melanchthon, padre, para que os acompañe hasta su casa. Dice que es urgente.

Baltasar contempló intrigado al joven. ¿Urgente? Aquello era impropio del tranquilo Felipe Melanchthon. Algo debía haber sucedido.

—¿Sabéis de qué se trata?

—No, padre... Pero ya están todos allí. Y un jinete llegó esta mañana procedente



de Worms. Daba la impresión de haber cabalgado toda la noche.

Un nuevo escalofrío, provocado por una racha de viento, le estremeció. Alzó la vista hacia el cielo y descubrió una capa de nubes grises donde un rato antes no había sino unos deshilachados copos de algodón. No tardaría en romper a llover.

Worms. En aquella ciudad se reunía la Dieta Imperial. Y en aquella ciudad se hallaba Lutero, convocado por el mismísimo César para que diera cuenta de sus doctrinas.

Se decía que el joven emperador, allá donde iba, gustaba de repetir:

—Sed buenos y leales súbditos y yo seré para vosotros un buen príncipe. Procuraré ser antes amado que temido, pues con miedo nunca se sostuvo mucho tiempo el señorío.

Buenos y leales súbditos... Todavía no hacía dos años que Carlos de Austria había sido elegido en Aquisgrán y el soberano ya se enfrentaba a una guerra abierta en varios frentes. Una guerra en la que hasta sus propios súbditos se levantaban en armas contra él, con las bocas llenas de quejas por los oprobios sufridos.

La espada de la guerra se cernía sobre el cuello imperial cual si el dios del equilibrio se hubiera propuesto demoler por la fuerza de las armas la increíble herencia que el destino había cargado sobre los hombros de Carlos de Gante. Por una parte, los turcos avanzaban Danubio arriba, asediaban Belgrado y cercaban a la cristiandad dividida, amenazando la mismísima capital del poderío Habsburgo, la austríaca Viena. Y es que en Constantinopla iniciaba su reinado otro emperador al que no guiaba la cruz, sino la media luna de la morería. Un año antes, el sultán Selim I había fallecido y su lugar lo ocupaba ahora un joven que parecía dispuesto a arrasar Europa: Solimán, a quienes los suyos llamaban ya el Magnífico.

Por otra parte, el emperador Carlos se hallaba al borde de la guerra contra Francisco I. El rey francés no había conseguido digerir su derrota como aspirante al cetro imperial. Llevado por su resentimiento y su arrogancia, parecía dispuesto a tomar por su mano aquello que los electores no le habían concedido y se aprestaba a arrasar Italia para mayor gloria de su nombre, confiando quizá en que la inexperiencia del Habsburgo convertiría su campaña en un paseo triunfal. Mas Carlos de Austria, al percatarse de las maniobras del francés y de lo mucho que en tales batallas se jugaba, que no otra cosa era sino la supremacía sobre la Europa cristiana, había exclamado ante los suyos:

—Muy pronto seré yo un pobre emperador o él un pobre rey.

Con lo cual dio muestras de claro juicio y discernimiento. Pero aún no terminaban ahí las desgracias del emperador. Como si los dioses se revolvieran contra su mocedad, Castilla, la herencia de sus abuelos maternos, se había alzado en armas por considerarlo rey extranjero. Y es que Carlos era nacido y criado en Gante y ni siquiera conocía la lengua de las gentes castellanas cuando acudió a la Península para reclamar las coronas de los Reyes Católicos. Fue en el año del Señor de 1517 y partió tres años después, tras recorrer las Españas de punta a punta y pasear su imposible

quijada y su séquito de flamencos por las ciudades castellanas y aragonesas. Su paso solo sirvió para levantar un clamor de protestas, pues los consejeros flamencos se lanzaron sobre el pastel castellano como lobos sobre un cordero indefenso. Se decía que el ansia de oro hacía brillar aquellos ojos norteños más que todo el sol del mediodía.

Y debía de ser cierto. Contaban que en una ocasión había salido de Barcelona una caravana compuesta de trescientas cabalgaduras y ochenta acémilas cargadas con las riquezas que enviaba a Flandes la esposa de *monsieur* de Chièvres, el privado del emperador. Los españoles, siempre ingeniosos en la desgracia, cuando se topaban con un doblón de oro se apresuraban a saludarlo con una coplilla que iba de boca en boca:

Sálveos Dios, ducado de a dos, que monsieur de Chièvres no topó con vos.

Por encima de rapiñas y despojos, lo que terminó por alterar el ánimo de los castellanos fue la designación de un jovenzuelo de diecisiete años, Guillaume de Croy, como arzobispo de Toledo. ¡La perla de la iglesia hispana en manos de un flamenco! ¡El sucesor del gran cardenal Cisneros, un imberbe muchacho extranjero! El malestar creció hasta tal punto que en Valladolid se le hacía la vida imposible a los flamencos del cortejo real. Y, cuando alguien se quejaba, escuchaba la amenazadora respuesta:

—Que mala cosa es encolerizar a los curas en Castilla.

Y mala cosa fue, pues se le levantaron en armas las gentes al rey extranjero y por toda la meseta castellana vivían los pueblos alborotados y belicosos, que formaban las llamadas Comunidades y a sí mismos se designaban comuneros. Y contaban que no solo la tierra castellana, sino también el Reino de Valencia se alzara en movimiento que llamaban de Germanía contra los muchos abusos de sus señores y estaba el país ensangrentado y confuso, de forma tal que no quedaba rincón ni familia que viviera en paz.

Por uno u otro motivo, arrostraba el emperador tal cúmulo de guerras y peligros que maravillaba que tuviera fuerzas para convocar la Dieta del Sacro Imperio y enfrentarse en Worms a tanto príncipe díscolo como habitaba las tierras alemanas. Allí, a la licenciosa y colorida Worms, había acudido Martín Lutero para atender al llamamiento imperial. Un mes hacía que el agustino abandonara Wittenberg. Y, ahora, un jinete llegaba procedente de aquella ciudad, un jinete que debía de traer, a juzgar por las prisas de Melanchthon, inquietantes noticias.

—Padre...

El estudiante aguardaba con respeto, pero su postura delataba la inquietud que le invadía. Baltasar salió de sus reflexiones y reparó nuevamente en él.

—Disculpad, pero el doctor Melanchthon me pidió que os acompañara sin demora hasta su casa.

—Sí, sí, tenéis razón. Dadme un minuto para adecentarme y estoy con vos.

Todavía vestía como un monje, a pesar de los dos años transcurridos desde su llegada a Wittenberg. No era ya, claro, el mismo manto deshilachado con el que recorriera Alemania, sino uno nuevo fabricado con una tela que Conrad Eisner, el estudiante, le había regalado al poco de instalarse en la ciudad. Se sentía cómodo con esas ropas. Ya no significaban lo mismo, pero de alguna forma testimoniaban que su abandono del Císter no implicaba un alejamiento de Dios. También Lutero seguía vistiendo su hábito de agustino. Y es que no resultaba fácil, pese a todo, desprenderse de las viejas costumbres.

—¿Vamos, pues?

Wittenberg, la humilde, la austera y antaño tranquila ciudad sajona de Wittenberg, refulgía como el mismo faro de Alejandría sobre las turbulentas aguas de la cristiandad. Desde los más remotos rincones del orbe, desde las montañas heladas del septentrión hasta los más alejados monasterios y caseríos de Germania, Suiza, Austria e incluso la católica España, una riada de hombres y mujeres acudía presurosa e ilusionada a la Nueva Roma, a la pequeña capital donde, por fin, tras mil y quinientos años de oscuridad, brillaba de nuevo la luz de la fe. Y es que ciertamente Wittenberg resplandecía y era su luz guía y refugio, consuelo y esperanza de cuantos, dando la espalda a la Roma corrupta y pecadora, buscaban el sosiego y la paz de Dios.

Allí, en el corazón de Alemania, en aquella villa de no más de dos mil vecinos, lejos de la podredumbre que infectaba al otrora glorioso edificio de la Santa Madre Iglesia, un monje agustino había osado alzar su voz. Y la alzó porque se sabía débil y porque le angustiaba su debilidad. La alzó porque su espíritu atribulado se negaba a creer en el Dios justiciero y vengativo que la iglesia romana le vendía, en el Cristo enredado en la maraña de palabras vacías de los escolásticos. Él necesitaba un Dios que se reconciliara con sus criaturas y que buscara al hombre pecador para tenderle la mano y llevarlo hacia sí.

Un buen día, Lutero se dio cuenta con asombro de que ese Cristo de misericordia que tanto anhelaba era el verdadero Cristo de los evangelios, el que holló la tierra con sus pies para dar su vida por los hombres. Y descubrió también que el mensaje de amor y fraternidad del libro sagrado yacía escondido bajo la montaña de palabras de los que se decían servidores de Dios. Los sacerdotes romanos se habían arrogado el poder de interpretar las palabras divinas y negaban ese derecho a los humildes, a los que prohibían alimentar sus espíritus con la lectura de la Biblia. Solo ellos podían interpretar, solo ellos podían decidir, solo ellos, intermediarios entre los hombres y su Creador, podían otorgar la salvación.

Cuando Martín Lutero percibió el abismo que separaba el mensaje divino de aquel que proclamaba la Iglesia, su conciencia se crispó. Y alzó la voz. La alzó contra una religión desnaturalizada y mundana, contra una curia que se ahogaba en su venalidad, contra una teología que vendía la salvación eterna a los fieles por un

puñado de monedas. La alzó contra los que recomendaban orar a santa Apolonia para el alivio del dolor de muelas, a san Antonio para la curación de la erisipela y a san Luis para que fermentara la cerveza. La alzó contra los frailes que se consideraban superiores a los laicos y contra la frivolidad de los sacerdotes romanos que se reían, entre las sábanas de sus mesalinas, de los que acudían a ellos en busca de Dios.

Y su grito fue escuchado. Pues al igual que una simple candela puede provocar un incendio devastador, así hay hombres cuyas acciones cambian el curso de la Historia. En ellos toda una época se condensa y de sus angustias, cual dolores de parto, brotan los caminos nuevos de la humanidad. Así alzó la voz Martín Lutero y su aliento movió el guijarro que provocó el alud. Por doquier surgieron espíritus afines que descubrieron en las palabras del agustino su propia verdad, su misma angustia y tribulación, surgieron voces que se unieron a la suya y juntas se convirtieron en clamor de Dios. Y sucedió de esta guisa porque la cristiana república, perdido el norte y la fe, estaba hambrienta de Dios.

Fue de ese modo como Wittenberg surgió del anonimato y escribió su nombre en el corazón de los mortales. Apenas treinta y cinco años antes, el príncipe Federico III el Sabio, el elector de Sajonia, había instalado su residencia en la villa bañada por las aguas del Elba. Por aquel entonces Wittenberg bostezaba a la sombra de una iglesia cuyas torres sobresalían por encima de los tejados, un castillo destartado y uno o dos conventos. Pero Federico soñaba una nueva capital: mandó reconstruir el castillo, fundó la universidad, atrajo a profesores y eruditos, llamó a Lucas Cranach el Viejo para que decorara su palacio y levantó la iglesia en la que, pocos años después, Martín Lutero publicaría sus famosas noventa y cinco tesis.

Federico edificó la iglesia para que se convirtiera en cabeza y centro de peregrinación de sus estados, y para ello acumuló una fantástica colección de reliquias que, en número de cinco mil cinco, atraerían a los fieles devotos para mayor gloria de Dios y engrandecimiento de las arcas del elector. Y así albergaba el templo varios pedazos de la zarza ardiente de Moisés, nueve espinas de la corona que ciñó la frente del Mesías, treinta y cinco fragmentos de la Vera Cruz e, incluso, algo de heno y paja del pesebre de Cristo. Tras sus puertas se guardaban entre cofres y sahumeros restos de la cuna y de los pañales de Jesús, pelo de la Virgen, un frasco con la leche de la Madre de Dios, trozos de su túnica e, incluso, doscientos cuatro pedazos de los cuerpos de los Santos Inocentes, incluyendo un infante que se conservaba casi intacto. Un cúmulo de reliquias de tal potencia espiritual que con él se podían conseguir hasta ciento veintisiete mil setecientos nueve años y ciento dieciséis días de redención de tiempo de Purgatorio, para lo cual solo era necesario adorar las reliquias, recitar la fórmula de oraciones y, por supuesto, pagar lo estipulado.

Mas a fe que el destino es criatura traviesa y caprichosa, que se ríe de las disposiciones de los hombres. El mismo templo que había de atraer devotos y monedas por sus santos despojos iba a convertirse en centro de peregrinación de cuantos rechazaban la superchería que tales reliquias suponían. Pues fue en las

puertas de esa iglesia en las que Lutero clavó su rechazo contra las indulgencias: las noventa y cinco tesis. Unas tesis, un rechazo y un grito de dolor, que parirían la mayor fractura que vieran los siglos en el seno de la cristiandad.

Cuatro años habían pasado. Cuatro años de dificultades y peligros, pues ciertamente todos los alumbramientos arrastran su cuota de dolor. Cuatro años en los que el mundo había asistido con el corazón dividido a un enfrentamiento cada vez más duro y reconcentrado. La bestia romana, herida de gravedad, se revolvía en su madriguera. Las gentes sencillas, los campesinos, los artesanos y los menestrales volvían su mirada hacia el monje alemán que osaba retar al mismísimo Santo Padre y veían en él la fuerza de la fe y la esperanza de la sencillez. También muchos grandes y poderosos se fijaban en el monje y meditaban sus palabras, pues en ellas alentaba un sueño largo tiempo acariciado: cortar con el largo brazo de Roma, renegar de la avidez de la Iglesia y hacerse de paso con las inmensas propiedades de obispados y abadías que comenzaban a ser abolidos. Y todo ello, además, sin dejar de lado a Dios.

Pero otros veían en Lutero y en los teólogos de Wittenberg al propio Lucifer reencarnado, el monstruo surgido de las tinieblas para confundir a los creyentes. Incluso muchos que compartían las críticas del agustino a la corrupción de la Iglesia reculaban asustados cuando este rechazaba la autoridad del Santo Padre. El emperador, que tantas esperanzas despertara en los evangelistas al ser elegido, vigilaba a Lutero con aprensión y en varias ocasiones se había proclamado a sí mismo Defensor de Roma y de la Fe.

Y así, una marea de palabras, un alud de escritos inundaba Europa. Como si del mismo Vesubio se tratara, Wittenberg vomitaba día y noche el aluvión de libros y opúsculos que la pluma de Lutero paría con asombrosa feracidad. Las imprentas no daban abasto y las gentes que no sabían leer pedían que alguien lo hiciera por ellos. Burgueses y nobles, campesinos y artesanos, mendigos y banqueros, prostitutas y frailes discutían en las plazas y en las iglesias y bebían las palabras de Lutero como agua fresca que aviva los sentidos en una tarde de canícula.

Entonces, la bestia romana contraatacó. Fue Johann Eck, el teólogo que se había enfrentado a Lutero en Leipzig, el que se apresuró a redactar la bula de condenación para presentársela al Santo Padre. Y lo hizo con el estilo bombástico y pretencioso que le caracterizaba, por lo que eligió para introducir el documento el ampuloso salmo que comienza: *Un jabalí ha entrado en tu viña, ¡oh Señor!...*

El papa León X se encontraba en su pabellón de caza dedicado precisamente a batir jabalíes cuando Eck le llevó la bula. Apenas leer el encabezamiento, dirigió su astuta mirada al teólogo alemán y esbozó una sonrisa. No prosiguió la lectura. Selló el documento y, arrojándoselo a Eck, dio por concluido el asunto.

Baltasar Sachs se hallaba en Wittenberg cuando se conoció la noticia. Llevaba un año en la ciudad, disfrutando de la hospitalidad de Felipe Melanchthon, de quien se había hecho buen amigo. El ambiente de la pequeña capital le había transformado. Atrás quedaban sus dudas y sus peregrinaciones. Allí, entre teólogos y estudiantes de

las más variadas procedencias, Baltasar se sentía arrebatado por una fuerza hasta entonces desconocida, por una energía y una seguridad que no cesaban de asombrarle.

Y es que Wittenberg medraba en aquellos años como una semilla que ha permanecido largo tiempo en un arcón y de pronto es sembrada en tierra fértil. Una efervescencia, una ansiedad alegre recorría las calles y los salones. Las gentes rebosaban ilusión y cada día era saludado con la alegría del que está seguro de que va a llenarlo. Siempre había algo por hacer, alguna cuestión por discutir, alguna decisión que tomar. Desde el más encumbrado teólogo hasta el más humilde estudiante, todos se sentían partícipes de una tarea de colosos, como si cada cual fuera consciente de estar contribuyendo al alumbramiento de una nueva era. Sabían que los ojos de media humanidad estaban pendientes de ellos. Y, sintiendo el hálito divino sobre sus hombros, se descubrían dispuestos a triunfar.

El 10 de diciembre del año del Señor de 1520, Lutero, varios profesores y una multitud de alumnos marcharon al pudridero, tras las murallas de la ciudad, donde uno de los teólogos, Juan Agrícola, había prendido ya una hoguera. Cuando llegaron allí, un silencio respetuoso invadió al grupo, cual insólito homenaje al montón de desperdicios que se extendía ante ellos.

Durante unos instantes, nadie se movió. Un humo negro, viscoso, remoloneaba en el ambiente helado de la mañana invernal, negándose a ascender. De vez en cuando, una ráfaga de aire llevaba las emanaciones del basurero hasta los rostros graves del corro y provocaba aspavientos ahogados. Al fin, Juan Agrícola y uno de los estudiantes se adelantaron y el teólogo comenzó a arrojar a la hoguera los volúmenes de la *Summa Angelica*, del Derecho Canónico y varias obras de Eck y Emser que le iba pasando su ayudante. Los estudiantes, en bloque, lo vitorearon.

Baltasar contemplaba la escena. Era consciente de lo que aquella acción simbolizaba. Ya no había vuelta atrás. Pese a ello, se sentía seguro de sí mismo como nunca antes estuviera. Allí, entre teólogos y estudiantes, entre aquellas almas gemelas, se hallaba su lugar. Entre todos construían un mundo nuevo. Estaba seguro de que el Señor, desde las alturas, sonreía satisfecho al contemplarlos.

Sería poco después de prima cuando Lutero dio un paso adelante. Tranquilamente, sin ostentación, alargó la mano y echó al fuego la bula *Exsurge Domine* que le excomulgaba. El pergamino se ennegreció, pareció gemir, resistirse a las llamas. Luego, de golpe, ardió con un fuego vivo y quedó convertido en cenizas.

Cuando se supo que un insignificante monje alemán había osado quemar una bula pontificia, la cristiandad entera se estremeció.

El estudio de Felipe Melanchthon era una habitación de pequeño tamaño que llamaba la atención por su sobriedad. Baltasar lo conocía bien, pues allí había pasado muchas veladas conversando con el joven doctor sobre lo divino y lo humano. Apenas una mesa de trabajo repleta de papeles y libros, unas cuantas sillas, un arcón decorado

con herrajes y un tapiz descolorido adornaban la estancia. Sin embargo, esta transmitía una sensación de sosiego que conseguía que el visitante se sintiera inmediatamente a gusto, como si al entrar uno dejara fuera las cargas que embalsaman la existencia y se contagiara del espíritu de templanza de la cámara. Muchas veces lo había comprobado Baltasar, pues durante dos años había compartido vivienda con Melanchthon y adquirido la costumbre de refugiarse en ese estudio cuando se sentía abrumado o inquieto. Allí, en el silencio apenas turbado por los sonidos de la ciudad, al calor del fuego del hogar, dejaba su mente en blanco y se sentía reconfortado por la serenidad del ambiente. Allí también se había ido forjando la complicidad y el respeto que le unían a Felipe Melanchthon. Y es que en el mesurado doctor de griego había encontrado Baltasar Sachs un espíritu afín, una mente inquisitiva que amaba la verdad y un conversador de profundos conocimientos.

Sin embargo, el ambiente del estudio no invitaba a la calma ese día, antes bien traslucía un aire de desánimo y desconcierto. Cuando Baltasar penetró en la habitación, nueve miradas se volvieron hacia él. Tardó unos instantes en acostumbrar sus pupilas a la penumbra, pero pronto pudo distinguir los rostros que le rodeaban. Los conocía bien a todos. Eran los principales colaboradores de Lutero en Wittenberg, los apóstoles de la Reforma y, ciertamente, constituían un grupo de pensadores y teólogos de tal talla que difícilmente se podría encontrar un grupo igual en la misma Roma. Tal pensamiento le hacía sentirse incómodo con frecuencia, como si un cura de aldea se hubiera colado en un cónclave de cardenales. En ese instante le sucedió lo mismo. ¿Quién era él para estar allí? Sin embargo, y a pesar del desasosiego, no pudo reprimir un ramalazo de orgullo. Esos hombres estaban descubriendo un mundo nuevo, como hacían los españoles en América, solo que este mundo era espiritual. Y él formaba parte de ellos. Era uno de los elegidos por el Señor para recuperar a Cristo.

Avergonzado, trató de acallar su mente. Se dijo a sí mismo que la satisfacción nacía de que, encontrándose en tal lugar, sus posibilidades de hacer el bien se multiplicaban. Realmente lo pensaba. Le dolía el corazón al ver el estado de necesidad de las gentes. Y le dolía aún más saber que buena parte de esa miseria la causaba la propia Iglesia católica.

Sentado a la derecha de la puerta, con aspecto abatido, se hallaba Juan Bugenhagen, el célebre humanista que se había unido al profesorado de la universidad de Wittenberg recientemente. El teólogo Juan Agrícola y el sabio Justus Jonas le rodeaban en silencio. A la izquierda distinguió a varios de los frailes que habían asumido la tarea de popularizar la nueva teología, los franciscanos Eberlin y Von Kettenbach y los agustinos Stifel y Gabriel Zwilling, este último con reputación de excelente predicador. Frente al hogar, Andrés Carlstadt y Felipe Melanchthon discutían en voz baja. Al verle, Melanchthon esbozó un gesto de reconocimiento e interrumpió a Carlstadt, el cual compuso una mueca de contrariedad antes de volverse hacia el recién llegado.

—Me alegro de que hayáis podido venir, padre Baltasar —saludó Felipe con una sonrisa amable. La mirada del doctor se mostraba teñida por un velo de inquietud—, aunque me temo que no son buenas noticias las que tenemos que daros.

Era el más joven de los que se hallaban en la estancia, pues no sobrepasaba los veinticuatro años, pero Felipe Melanchthon poseía una vasta cultura y un carácter conciliador que le habían ganado la consideración general, empezando por la del propio Lutero, del que había sido alumno. Quizá por eso, o quizá por su claridad de ideas y su capacidad como organizador, todos parecían considerarlo como el sucesor natural del reformador. Todos menos, quizá, el vehemente Andrés Carlstadt, antiguo profesor de Lutero, y recordado por su lamentable actuación durante la disputa de Leipzig, dos años atrás.

Baltasar saludó a los presentes con una inclinación de cabeza. Incómodo por el escrutinio al que le estaban sometiendo, se llevó la mano a la barba y comenzó a acariciársela mientras se sentaba en un taburete al lado de la puerta.

—Lutero ha desaparecido —expuso el agustino Gabriel Zwilling con voz contenida, en la que no se podía dejar de advertir cierto tono admonitorio—. Como advertimos en su día, el emperador le ha tendido una celada en Worms.

Baltasar se estremeció. Eso explicaba la urgencia de la reunión y el ambiente de la sala. Fijó su mirada en Zwilling. El fraile le observaba con interés. Cuando el doctor Martín fue llamado a comparecer ante Carlos V en la Dieta de Worms, Zwilling, Carlstadt y la mayor parte de los allí presentes se opusieron a que acudiera a la entrevista. Solo Melanchthon y el propio Baltasar habían apoyado a Lutero en su determinación de presentarse en Worms, basándose en que el propio César garantizaba su inmunidad con un salvoconducto. Y, sin embargo...

—Suponemos que lo han secuestrado, pues nos cuesta creer que se atrevieran a asesinarlo de buenas a primeras. No, no lo harían sin antes simular un juicio, sin acusarlo formalmente de herejía. Probablemente, a estas horas esté prisionero.

—Las noticias son confusas —interrumpió Juan Bugenhagen, el humanista, en tono apaciguador—. Por lo que sabemos, todo fue bien al principio. Durante el camino de ida el pueblo acudía a verle. En todas partes era recibido con honores y le pedían que predicase. Pero, al llegar a Worms..., ciertamente, el ambiente de Worms no es el más adecuado para la propagación de la palabra de Dios.

—¡Dicen que hay más diablos pululando por Worms que por la misma Roma! —saltó el franciscano Eberlin, un hombre de larga barba e inocente mirada—. Sus tabernas son famosas por su licenciosidad y cuentan que cada noche se producen tres o cuatro asesinatos, a pesar de que más de cien criminales fueron ya ejecutados como medida de disuasión. Y los prelados romanos no constituyen el mejor ejemplo, pues al parecer se pasan todo el tiempo banquetando, bebiendo, apostando y refocilándose con prostitutas. ¡Y eso a pesar de hallarse en plena Cuaresma!

La indignación del franciscano produjo una ráfaga de sonrisas en el corro. El fraile era conocido por sus arrebatos contra el clero romano.



—El caso —retomó el hilo Bugenhagen— es que Lutero creía que le llamaban a Worms para exponer y debatir su doctrina. Pero lo único que buscaba el emperador era que se retractase de sus afirmaciones. El doctor Lutero se negó. Afirmó que si se le refutaba con la Biblia él sería el primero en arrojar sus libros al fuego, pero que era la palabra de Dios, y no él, la que había suscitado la controversia. Y que estaba ligado por su conciencia a la palabra de Dios, a menos que se le demostrase su error basándose en las Santas Escrituras y en la razón, porque los papas y los concilios habían errado y podían errar de nuevo.

—El emperador se enfureció —intervino Zwilling con cierta acritud— y ordenó que se llevasen a Lutero. Las gentes pensaron que lo enviaban al calabozo y se organizó un tumulto, pues incluso en Worms tenemos partidarios. Pero el Habsburgo es mucho más sutil. Lo dejó en libertad, porque sabía que no podía arriesgarse a prenderlo allí, a la vista de todos los príncipes alemanes, muchos de los cuales nos ven con buenos ojos. El muy ladino decidió esperar a que Lutero abandonase Worms para prenderlo.

—Sabemos que de regreso pasó por Oppenheim, Frankfurt, Eisenach y Mohre. Pero ahí le perdemos la pista. Todo parece indicar que sufrió una emboscada y que fue secuestrado. Pero no sabemos más —concluyó Bugenhagen.

Felipe Melanchthon había escuchado en silencio, con la mirada perdida en las cenizas del hogar. En ese momento se volvió hacia el grupo:

—No podemos afirmar que haya sido el emperador el que ordenó su secuestro, si es que ha sido secuestrado. Los enemigos de la Reforma son muchos. Cualquier obispo que se sienta agraviado o que pretenda ganarse el favor de la Santa Sede puede estar detrás.

Algunos rostros asintieron, pero Baltasar se percató de que Carlstadt y Zwilling no consideraban tal opción.

—¡Por las llagas de Cristo! ¡Si creen que con este secuestro van a conseguir detenernos, se equivocan de medio a medio! —explotó Carlstadt, que no había cesado de revolverse en su silla. El orondo teólogo le recordaba a Baltasar uno de esos locos visionarios que los pintores representan con barbas blancas y ojos de fuego, embriagados por el poder de la palabra en sus bocas. Era un buen hombre, aunque el temperamento extremado y la pasión que ponía en cuanto emprendía lo hacían incómodo para muchos. Sobre todo si se tenía en cuenta lo tornadizo de su carácter.

—Tal vez lo acaecido no sea más que una señal de Nuestro Señor —Gabriel Zwilling rompió el silencio. Baltasar lo observó con atención. El fraile agustino poseía el don de la palabra. Sabía siempre cuándo y cómo convencer a sus oyentes. Tras sus modales corteses, Baltasar intuía una seguridad en sí mismo y una determinación más temibles que el carácter atropellado de Carlstadt—. Quizá lo que nos está diciendo el Buen Dios es que ya va siendo hora de acelerar la limpieza de su casa. Quizá la desaparición de nuestro hermano Lutero nos indica que su tiempo ya

ha pasado y que es llegado el momento de acabar con cuantos se oponen al advenimiento del Reino de Dios.

Todos los rostros se giraron hacia el agustino, como si no dieran crédito a sus oídos. Durante unos instantes, nadie abrió la boca. Zwilling observaba con detenimiento el suelo de la habitación, como si siguiese el hilo de sus pensamientos. A Carlstadt le brillaban los ojos. Las expresiones de los demás oscilaban entre la de los que parecían haber escuchado a Caín, diciéndole a su hermano que había que matar a Adán, y la de los que no reprimían su curiosidad. De súbito, cual mecha que alcanza la pólvora, todos rompieron a hablar en una barahúnda que hacía imposible cualquier entendimiento.

Baltasar se apoyó en la pared y contempló a Zwilling, que también callaba. No le cogían de sorpresa las palabras del fraile. Hacía ya varios meses que le llegaban comentarios en apariencia inofensivos. Muchos en Wittenberg estaban descontentos con el progreso de la Reforma. Comenzaba a cuchichearse sobre la necesidad de acelerar los cambios, de romper definitivamente con la parafernalia católica. Se susurraba que Lutero era demasiado blando, que había que suprimir el monacato, reestructurar la misa sobre la línea de la Última Cena primitiva y legalizar el matrimonio de los clérigos. Incluso se llegaba a murmurar que era necesario suprimir la propiedad privada y el Estado...

Ahora comprendía que, tras esas palabras pronunciadas en voz baja en tabernas y mercados, se hallaba Zwilling. Y Carlstadt, probablemente. Ambos se habían enfrentado antes con Lutero por cuestiones de detalle. Ambos rezumaban idéntica impaciencia.

No le sorprendía. También él creía que estaban actuando como los primeros cristianos, que seguían cumpliendo con los preceptos de la ley judía, iban al templo y observaban el sábado a pesar de la nueva ley de Cristo. De igual modo, los reformados seguían asistiendo a misa y confesando, hacían la genuflexión ante las formas consagradas y rezaban el Ave María, incluso continuaban peregrinando a los santuarios. Aquella habitación estaba repleta de hábitos, aunque sus portadores, él entre ellos, ya no se considerasen ligados a sus votos monacales.

En multitud de ocasiones había reflexionado sobre esas cuestiones e incluso las había debatido en aquella misma habitación con Felipe Melancthon. Resultaba absurdo repudiar a los santos y seguir adorándolos. La Reforma debía avanzar, pero... ¿cómo? El problema era peliagudo. Lutero parecía exclusivamente interesado en predicar el Evangelio, como si pensase que todo lo demás vendría dado. Las gentes demandaban una nueva liturgia, nuevos catecismos, nuevas oraciones. Una labor compleja que exigía decisiones muy meditadas.

Muchos se impacientaban, pues no se podían derribar los pilares y pretender que el edificio siguiera sosteniéndose en el aire. Además, había otra cuestión: demasiados buscaban su propio interés. La nobleza ansiaba las riquezas y posesiones de la Iglesia, el campesinado quería que la Reforma sirviera para mejorar su suerte, muchos frailes

la veían como un medio para progresar fuera de los anquilosados escalafones romanos... .

—¡Un momento! —la voz inusitadamente enérgica de Felipe Melanchthon se impuso a la algarabía de la sala. Todos se volvieron sorprendidos hacia el teólogo—. Un momento, hermanos. Creo que nos estamos desviando de nuestro camino. Lo importante es saber qué le ha sucedido al padre Martín. Tiempo habrá de discutir otras cuestiones.

La mayor parte de los presentes bajaron la cabeza, avergonzados por haberse dejado arrastrar hacia aquel debate. Zwilling y Carlstadt bajaron también la cabeza, pero Baltasar observó que sus ojos se trababan antes en una mirada de complicidad.

—Lo más importante es saber qué le ha sucedido a nuestro padre —repitió Melanchthon, recuperando el tono sosegado de su voz—. Pero... ¿cómo?

—Deberíamos enviar a alguien —intervino Baltasar. No solía hablar en las reuniones, pero cuando lo hacía los demás lo escuchaban con respeto—. Alguien que recorra el mismo camino que hizo Lutero hasta el lugar donde desapareció. Si va con los oídos abiertos y hace las preguntas oportunas, quizá pueda averiguar algo. Un secuestro por fuerza ha de dejar huellas: algún campesino o algún pastor habrá visto algo extraño.

Varias cabezas asintieron.

—Es posible, padre —reflexionó Bugenhagen—. Las decisiones que hemos de tomar dependen de lo que le haya sucedido a Martín. Pero, ¿a quién enviar?

Baltasar llevaba un rato dándole vueltas al asunto. Había pensado en ofrecerse él mismo, pero descartó la idea: un fraile no sería útil en ese caso. La cuestión de la Reforma dividía a la gente y muchos preferían callar ante un religioso. Debía ser un laico, alguien que inspirara confianza.

Levantó la vista y descubrió los claros ojos de Melanchthon clavados en él. Supo que habían pensado en la misma persona.

—Hay alguien que puede servirnos —asintió Felipe. En la penumbra de la habitación, sus ojos claros destacaban como antorchas en contraste con sus ropas oscuras—. Dejadlo de nuestra mano. Mientras tanto, actuemos como si todo fuera normal. Lutero lleva más de un mes fuera, así que nada raro hay en que sigamos comportándonos como si creyéramos que aún se encuentra en Worms.

El rumor de la mañana se colaba por las puertas abiertas del taller, se mezclaban los reclamos de los aguadores y los lamentos de los mendigos con el golpeteo del martillo y el susurro de cepillos y serruchos. Fuera, la luz primaveral tropezaba con las altas torres góticas de la iglesia de Saint Marien, resbalaba por los sillares de la cabecera y caía sobre el suelo enlodado de la calle en un intento por absorber la lluvia nocturna. Aunque en ese momento el cielo estaba despejado y el aire traía un olor de atmósfera recién lavada, no había cesado de llover en toda la noche y el barro campaba por sus respetos en la ciudad.

De cuando en cuando, un cliente penetraba en el obrador y se dirigía hacia el banco del maestro carpintero para encargarse de un apero o un mueble o para comprobar el estado de un encargo. Maese Otto les atendía con amabilidad y, después, proseguía con el trabajo que estaba realizando o se daba una vuelta de inspección por los bancos en los que se afanaban los oficiales y los aprendices.

Hans Gotha, sin embargo, permanecía ajeno a cuanto le rodeaba. Ni se percataba de la cháchara de sus compañeros ni del sonido de las campanas de la iglesia. Ni siquiera escuchaba los saludos y las risas de las criadas que pasaban por la calle para realizar las compras matinales. Los demás muchachos del taller lo dejaban en paz. Sabían que, en cuanto se ponía delante de un trozo de madera, el gigante pelirrojo se abstraía de tal modo que no había forma de conversar con él. Solo el maestro se le acercaba cada tanto para examinar su trabajo o sugerirle alguna mejora. Y es que Hans, a pesar de ser un mero aprendiz y de no llevar ni dos años en el obrador, se había ganado a pulso el respeto de todos y aun la admiración de los demás aprendices. Cuando no trabajaba, su carácter campechano le convertía en un compañero agradable. Y cuando trabajaba... Bueno, cualquiera diría que había nacido con un escoplo y una maza en la mano.

Al principio se había sentido abrumado por su ignorancia, pero solo al principio. El maestro le dio la clave poco después de que comenzase su aprendizaje:

—Déjate llevar. Has de sentir la fibra bajo tus manos, percibir la savia que la hizo crecer. Solo los verdaderos carpinteros lo consiguen. Si tú estás entre ellos, lo demás vendrá solo, muchacho.

Le hizo caso. Era absurdo preocuparse por lo que venía después. Cada labor tenía su momento y jamás serraría bien una tabla si estaba pensando en que debía cepillarla. Comenzó a concentrarse en cada instante, en cada movimiento de su cuerpo... y se quedó boquiabierto. De alguna forma, cuando se abstraía en la labor, todo su cuerpo se hacía uno con la madera, se diluía en el árbol que había sido y percibía la forma escondida, la belleza de la línea, el palpar de la savia.

Descubrir esa capacidad fue una revelación sin precedentes para Hans, como si un animal agazapado se hubiera plantado en medio de su camino. Tuvo la certeza de que quería dedicarse a trabajar la madera. A labrar y cepillar y fabricar muebles. Y a esculpir. Veía las formas ocultas y sus dedos se convertían en instrumentos que extraían lo que permanecía disimulado. Animalillos, hombres y mujeres, rostros,

figuras secretas que dormían en los tocones salían a la luz, brotaban de la madera como si hubieran estado aguardando por sus manos. Él las veía, sabía que estaban allí y le asaltaba el impulso de sacarlas de sus escondites.

Pero lo más curioso fue que el descubrimiento de su habilidad dotó a Hans de una serenidad y una confianza en sí mismo que hasta el momento no poseía. Volvió a recordar, a dejarse invadir por la memoria de sus padres y de sus hermanos, pero ya no eran los momentos de su muerte los que le venían a la mente, sino un rabión de instantes felices. Descubrió que, de alguna forma, todos seguían viviendo con él, y ese pensamiento le dio fuerzas.

Mas ese día las cosas no iban bien. Trataba de concentrarse en el cepillado pero sus pensamientos se tornaban rebeldes, se enredaban en la cabeza y le hacían cometer errores. Maese Otto llevaba un rato lanzándole miradas preocupadas, aunque hasta el momento no le había dicho nada.

Era un buen hombre, el maestro. Y eso era parte del problema, claro. Maese Otto le quería como a un hijo y le dedicaba una atención especial en el taller. Menos mal que Hans caía bien a los otros aprendices, pues tenían motivos de sobra para sentirse discriminados. Lo malo, lo que realmente le desasosegaba, era el cariño que sentía el maestro por él. Bueno, y el que él sentía por el maestro.

La noche anterior, Friedericke había vuelto a bajar al taller. Ya llevaba dos semanas haciéndolo. Dos semanas viéndose a escondidas con la hija del maestro, a pesar de que este le había acogido como a un padre, le había cedido un camastro en un rincón del obrador para dormir, le alimentaba y le enseñaba el oficio.

Maese Otto no sabía nada, de eso estaba seguro. Pero, ¿cómo reaccionaría cuando se enterase? Friedericke era su hijita, la niña de sus ojos, la razón de su vida desde que la madre muriera al dar a luz. El carpintero no se había vuelto a casar, aunque no le habían faltado oportunidades. Un maestro carpintero viudo, con taller propio y clientela reconocida, no se encontraba todos los días. Pero el señor Otto no quiso ni pensárselo. Le llegaba con su niñita y con su trabajo.

Cierto que el maestro le apreciaba, de hecho lo trataba como si fuera su propio hijo. Hans sospechaba incluso que no vería con malos ojos una boda futura... Pero eso no era lo que él quería. ¡Diablos, si ni siquiera se había fijado en la muchacha hasta que ella...! Necesitaba pensar, estaba hecho un lío. Entendía perfectamente cómo debía de sentirse un conejo en el lazo de un trampero. Aquel demonio de hembra no le había dejado la menor escapatoria.

Se obligó una vez más a fijarse en lo que estaba haciendo. La madera de olmo era dura y el movimiento rítmico le estaba haciendo sudar. Se detuvo, se pasó la manga del guardapolvo por la frente y volvió a sujetar con firmeza la garlopa.

El problema radicaba en que Friedericke era la chiquilla más consentida y caprichosa que conociera en su vida. El bueno de maese Otto jamás lo reconocería, pero Friedericke siempre conseguía lo que quería de su padre. Le bastaba con una sonrisa y unas cuantas zalamerías. Y para colmo era guapa a rabiar. Tenía un hermoso

pelo rubio que le caía sobre los hombros y unos pechos tan rotundos.

La hija del maestro carpintero llevaba tiempo rondándolo, haciéndose la contradiza y dirigiéndole miradas insinuantes. Hans al principio ni se percataba, pero al cabo no le quedó más remedio que reconocer la evidencia. Todo el mundo en el obrador se había dado cuenta del interés de Friedericke por Hans. Todos menos el maestro. La moza buscaba cualquier ocasión para bajar al taller por el día. Si necesitaba que alguien la ayudase a subir unos bultos, se las arreglaba para que su padre se lo encargase a Hans. Si debía salir, conseguía que Hans la acompañara. Si el muchacho estaba abstraído cuando ella entraba en el obrador, daba un traspie y caía sobre él...

Durante meses había conseguido escapar de las atenciones cada vez más apremiantes de la moza. Y no es que no le gustara. ¡Pero en su vida se había topado con una muchacha tan veleidosa! A él le gustaban las mujeres de verdad y no las chiquillas caprichosas. Sin embargo, debía reconocer que Friedericke poseía un cuerpo capaz de volver loco cualquiera.

Al final había sucedido lo inevitable. Una noche, dos semanas atrás, se despertó al percibir un ruido en el taller. Se quedó inmóvil, tratando de darse cuenta de qué era lo que le había despertado. Entonces se giró para levantarse y... Y sus dedos tropezaron con una piel desnuda. Soltó una exclamación de sorpresa y trató de retirar la mano, pero otra mano se posó sobre la suya y la retuvo.

—¡Shhh! Soy yo, Friedericke.

Apenas podía dar crédito a lo que le sucedía. Aún no despierto del todo, dejó que la muchacha le guiara la mano por su cuerpo, recorriendo sus pechos firmes de mujer que aún no ha parido, sus caderas, su sexo...

Friedericke se colocó sobre él y comenzó a lamerle la cara y las orejas con la lengua y a soplarle en el oído hasta conseguir que se le tensara la espina dorsal. Movía sus caderas con un movimiento rítmico y circular. Hans se volvió loco de excitación. Una parte de su mente le decía que no debía seguir, que aquello no conducía a ninguna parte. Jamás había estado con ninguna mujer. No estaba enamorado de Friedericke, pero sus manos recorrían sus caderas como si tuvieran vida propia, se deslizaban hasta el trasero y aprisionaban aquellas nalgas prietas que no cesaban de moverse y sus dedos parecían electrizados por el contacto con la piel de la joven. Además, aquella lengua que suspiraba en sus oídos y le lamía la oreja...

Tenía que parar, tenía que detenerse como fuera. La imagen de maese Otto le pasó un instante por la cabeza. Hizo un esfuerzo sobrehumano y apartó el cuerpo de la joven, separándolo unas pulgadas del suyo.

—Friedericke, yo...

La moza no le dejó hablar. Aproximó su cuerpo otra vez, de forma que el muchacho sintió los pezones duros contra su pecho. La mano de Friedericke comenzó a acariciarle con suavidad mientras susurraba que no dijera nada, que se callase...

Aquella mano en el vientre le enervó. Y, luego, los dedos siguieron su camino de

exploración, como si tuvieran vida propia. Hans no podía creerse lo que le estaba sucediendo. La oscuridad a su alrededor era absoluta y por momentos se diría que estaba soñando. Pero aquella mano era muy real. Entonces, Friedericke se montó a horcajadas sobre él y...

—¡Hans! ¿Te sucede algo?

Casi dio un salto por la sorpresa. Maese Otto le contemplaba de hito en hito. Todo el taller se había detenido para observar la escena.

—Eh, yo...

Volvió la vista hacia su banco de carpintero y comprendió lo que había sucedido. Sin darse cuenta, había cepillado con tanta intensidad que la parte central de la tabla de olmo aparecía hundida, con un canal por donde había pasado una y otra vez la garlopa. Ya no valía para nada.

—Lo... Lo siento, yo...

—Estabas cepillando como si te fuera la vida en ello, muchacho, tan concentrado que se diría que tenías una visión —el maestro no le quitaba la vista de encima. Hans sintió que se le subían los colores a la cara.

—¡Sí, una visión celestial! —exclamó un chico pequeño, un aprendiz al que todos llamaban *Luchs*, Lince, pues no se le escapaba detalle— ¡Ay, ojalá me visitaran a mí las mismas visiones que a él!

Un coro de carcajadas acompañó las palabras del chiquillo. Hans le lanzó una mirada asesina, pero el aprendiz le respondió con una mueca de burla.

—¿Te sucede algo, muchacho? —insistió maese Otto.

¿Por qué habría dicho eso *Luchs*? ¿Sabría algo? ¿Cómo podría saberlo, si nadie los había visto?

—Lo... Lo lamento, maestro —balbuceó al fin—. La tabla ya no sirve para nada. Si puedo...

—Deja en paz la tabla, muchacho. Te pregunto si te sucede algo *a ti*.

Debería decírselo. Si se tenía que casar con Friedericke, pues se casaba. No podía traicionar así a su maestro.

—¡Buenos días tengáis, maese Otto!

El maestro se giró con un sobresalto. En la entrada se recortó la silueta del padre Baltasar Sachs, un perfil tan alargado y estrecho que hacía pensar en una vara de junco coronada por un nido de cigüeña. Al verle, el carpintero se dirigió hacia él con presteza y le saludó, cortés. A nadie le extrañaba la visita del fraile, pues era conocida la amistad que le unía a Hans Gotha. No pasaba más de una semana sin que el padre se dejara caer por la carpintería para saludar al muchacho.

Pero Baltasar no se dirigió a Hans, sino que sujetó al maestro carpintero por un brazo y se lo llevó en un aparte hacia el exterior, mientras hablaban en voz baja, ante la sorpresa de oficiales y aprendices.

También Hans se extrañó. Al menos la interrupción le había salvado de las preguntas del maestro. ¡A punto había estado de decirle lo de Friedericke...! ¿Y por

qué habría comentado *Luchs* aquello? La historia se le estaba escapando de las manos.

Todas las mañanas se prometía que no iba a consentir que volviese a suceder, pero después, al llegar la noche, cuando notaba el tacto del cuerpo de la muchacha y sus gemidos ahogados...

—¡Vaya, Hans, hoy no das abasto!

Se había vuelto a ensimismar. Uno de los oficiales, de nombre Gilbert, señalaba hacia las escaleras que comunicaban el taller con el piso superior y hacía un gesto obsceno con su mano.

Lo que le faltaba. Friedericke. La muchacha se había arreglado como si esperase acudir a la fiesta del patrón. Llevaba por encima una túnica sin mangas, de las que en Italia llamaban *cioppa*, estampada con motivos florales bordados en oro y por debajo de la túnica vestía un traje ceñido con un cinturón de pedrería y con mangas largas y estrechas, ajustadas a los puños con cenefas de piel. Pero lo peor era el calzado. Iba alzada sobre unos extravagantes zapatos con plataforma que la elevaban no menos de un palmo del suelo, según la moda importada de Florencia. Se decía que en el norte de Italia todas las jóvenes utilizaban aquellas ridículas plataformas, pero allí, en Wittenberg, resultaba en extremo chocante. Para colmo, la muchacha recogía su melena rubia en trenzas que sujetaba con una redecilla bordada con perlas. El conjunto no podía resultar más fuera de lugar, aunque todos estuvieran ya acostumbrados a la originalidad de la mozueta, que en las últimas semanas había adquirido la costumbre de bajar al obrador vestida de las formas más caprichosas que se le ocurrían. A la mayor parte de los presentes se les iban los ojos tras el talle prieto y la sonrisa de la joven.

Pero Hans habría preferido que se lavara la cara y se dejara el pelo suelto. A él le gustaban las cosas sencillas, no los perifollos. Si supiera que cuanto más natural fuera más le agradaría...

Friedericke se detuvo en mitad de la escalera para que pudieran observarla con detalle. Guiñó un ojo a Hans a la vista de todos.

Se puso rojo como una berenjena. Los oficiales y aprendices le miraron socarronamente.

—¡Ay! —suspiró Friedericke, acercándosele—. ¡Si tuviera un brazo fuerte que me acompañara al mercado!

—¡A vuestra disposición, bella dama! —exclamó el renacuajo de *Luchs* haciendo una parodia de reverencia.

Hans no sabía dónde meterse. Mas en ese instante entraron maese Otto y el padre Baltasar.

—Hans, acércate, el padre quiere hablar contigo.

Vio el cielo abierto. El maestro carpintero, al ver a su hija, cambió su expresión preocupada por otra de admiración.

—¡Qué donosura, muchacha! ¡No hay moza más hermosa en toda Alemania!



Pero la sonrisa de la joven se había transformado en un gesto de frustración.

El padre Baltasar sujetó a Hans por el brazo y se lo llevó hacia el exterior. El repulgo de su sotana aparecía manchado por el barro de la calle. Se acercaron hasta la cabecera de la iglesia de Saint Marien, cuyos sillares iluminaba el sol primaveral.

—Te voy a pedir algo difícil, entenderé que me respondas que no.

—Sabéis que haré cualquier cosa por vos, padre.

Baltasar le resumió la situación, encareciéndole que no contara nada a nadie. Le habló de la desaparición de Lutero y de las sospechas sobre su secuestro y le expuso qué era lo que se esperaba de él. Hans escuchó en silencio, solo interrumpiendo de cuando en cuando para preguntar algún detalle.

—Quizá sea un viaje peligroso. Pero, ¿quién pasaría más desapercibido que un carpintero que fuera ofreciendo su trabajo de aldea en aldea?

El muchacho vio el cielo abierto, y no porque le importara gran cosa la suerte de la Reforma... En aquella ciudad las gentes vivían exclusivamente para la Reforma. A él aquellas cuestiones le importaban bien poco. Lo que de verdad quería era aprender el oficio de carpintero y montar algún día su propio obrador. Pero salir de la ciudad en ese preciso instante, alejarse durante unas semanas para investigar el paradero del doctor Lutero era exactamente lo que necesitaba. Dejar Wittenberg significaba romper el lazo con Friedericke.

—Iré, padre. Por supuesto que iré.

—Maese Otto os dejará un caballo. A él le he comentado que necesitábamos que hicieras un viaje por el bien de la Reforma, pero sin explicarle nada más. El buen hombre haría cualquier cosa por ayudar. Sé que no es usual que un carpintero viaje de pueblo en pueblo a caballo, pero tampoco resulta tan extraño. Un carpintero con posibles lo haría. A caballo tendrás más libertad de movimientos. Pero recuerda, es fundamental la discreción.

—No os preocupéis más, padre. Partiré mañana al alba.

Y esa noche se despediría de Friedericke.

### 3

Cual pústulas infectas sobre la piel de la ciudad, así se acrecían chabolas y chamizos sobre las murallas de Wittenberg, de suerte que el otrora orgulloso baluarte se había ido cubriendo con el tiempo con una costra de edificaciones endebles y mugrientas, apenas cobertizos de paja y adobe que acogían a cuantos desheredados arribaban a la

religiosa urbe. Años atrás, cuando el furor constructivo del príncipe Federico el Sabio decidió convertir la villa en capital del Electorado, aquellos bastiones fueron pulidos como un cuerpo que se refriega bajo la mirada atenta del doctor. Pero nada más rematar la limpieza regresaron los desheredados a cubrir los lienzos de las murallas en mayor número aun que antes, pues en verdad no hay mejor abrigo que el del poder y la nueva condición de capital atraía con la fuerza de un imán. Con el tiempo, una plaga de pícaros, mendigos, prostitutas, campesinos empobrecidos, buscavidas, suplicantes, soldados en busca de señor y vagabundos de variada condición fueron apoderándose del perímetro de la ciudad. Con ellos, una Wittenberg negra y desarrapada fue alzándose alrededor de la urbe universitaria y menesterosa, una ciudad de barro y paja, de lama y miseria que protegía y aislaba a la de altas torres y nobles edificios.

No era un lugar agradable. La aglomeración humana y el desorden de los cuerpos producía un hedor que lo envolvía todo, que se pegaba a la piel y se incrustaba en los poros. Niños y adultos hacían sus necesidades allá donde les surgía el apremio. Basuras y desperdicios cubrían las callejuelas cual si de una alfombra se tratara, se mezclaban con el lodo negro del suelo y generaban vapores malsanos. Y como nada hay más prolífico que la miseria, muchos chiquillos jugueteaban desnudos e indiferentes sobre el légamo mientras sus madres se afanaban en la oscuridad de las chabolas.

En aquella tierra de nadie, en aquella Babilonia triste y putrefacta se alzaba la iglesia del padre Baltasar Sachs, una endeble estructura levantada para gobernar la vida de tanto desheredado. Estaba situada a cierta distancia de las murallas, rodeada de un paisaje de barracas y casuchas que crecían o se derrumbaban según la suerte de sus ocupantes.

Desde que se había instalado en la casita de adobe que flanqueaba la iglesia, el antiguo fraile vivía en un estado de perpetua agitación y actividad. Los primeros días, la pobreza de la parroquia le golpeó la conciencia igual que un martillo sobre el yunque de un herrero. ¿Cómo era posible tal estado de calamidad a tan breve distancia de las cómodas casas de los burgueses? Le daba la impresión de que gran parte de su vida se la había pasado con una venda sobre los ojos, viendo solo aquello que su conciencia admitía. Pero ante el espectáculo diario de críos desnutridos y mendigos arrastrándose en medio de un ejército de ratas, la turbación se convirtió en vergüenza y la vergüenza en necesidad de ayudar. Y es que, se decía, él mismo había pasado dos años enteros a pocos pasos de esas chabolas, durmiendo en colchones mullidos y enredando la mente en discusiones vanas sobre la naturaleza y los propósitos de Dios. Pero la penuria era real, dolorosamente real: campesinos que huían de sus señores, segundones empobrecidos, leprosos, esclavos abandonados, gentes varias atraídas por el calor de una Reforma que, descubrió con pasmo, parecía quedarse tras los muros de la ciudad.

Se lanzó a la tarea con ardor de novicio. Día tras día recorría las calles, se

internaba por los pasadizos y llevaba consuelo a los afligidos: un poco de pan, una fruta, un cocimiento de hierbas para la calentura o unas palabras de ánimo bastaban. Pero Baltasar Sachs sabía que era insuficiente y se sentía como el niño que trata de represar un torrente con las manos.

Con frecuencia, al curar las heridas de un vagabundo o al ofrecer un poco de queso a alguna anciana, percibía la desconfianza en las miradas. Se dio cuenta con sorpresa de que el problema estribaba en que no estaban acostumbrados a recibir auxilio de un fraile. Para ellos, la iglesia siempre había sido una institución lejana y todopoderosa, el reflejo terrenal de la gloria divina. .

Pero no se dejó amilantar. Su figura escueta y sus pronto enlodadas ropas se fueron haciendo habituales para aquellos seres dejados de la mano de Dios. Y cada sonrisa que conseguía arrancar de un chiquillo se convertía en un triunfo que después, en la soledad de la noche, atesoraba como las monedas del avaro. Se levantaba con el alba, se dirigía a la iglesia y allí oficiaba la primera misa del día, a la que solo acudían unas cuantas viejas madrugadoras. Después dedicaba unas horas a reparar el templo. El resto de la jornada lo pasaba recorriendo las calles con su morral al hombro. Visitaba a ancianos y enfermos, bautizaba niños, casaba parejas que llevaban años conviviendo y trataba de echar una mano allá donde se le necesitaba. Se desvivía por ser útil, pero noche tras noche regresaba a su lecho con la sensación de estar dando palos al agua.

En la barriada cada cual velaba por sus propios intereses, indiferente a la suerte de los demás. Había que conseguir que se sintieran parte de una comunidad. Por ahí había que empezar: por conseguir que se prestasen mutuo auxilio.

El fraile estaba tratando de reparar el techo de madera de la iglesia subido a un arcón cuando llegó a esta conclusión. Se dejó caer, súbitamente excitado, mientras su cabeza ardía como el horno del panadero. Corrió hacia el altar y se postró en el suelo para dar las gracias al Señor por haber respondido a sus oraciones e indicarle el camino. Hasta ese instante había tenido la sensación de malgastar sus fuerzas, desdoblándose en mil actividades sin tino. Y es que la necesidad era tal que de nada valían sus esfuerzos si no respondían a un propósito. Pero ahora ya sabía lo que debía hacer. Sí, ahora ya lo sabía.

Tras un rato postrado ante el altar, el fraile se levantó y volvió a encaramarse al arcón. La cabeza le bullía, le zumbaban las impaciencias en los oídos. Despacio, se obligó a sí mismo, despacio, antes de actuar debía planear bien sus pasos. Aquellos desdichados ya se habían llevado demasiados chascos en la vida. En nada iba a ayudarles despertar esperanzas que luego no pudiera satisfacer.

Desde ese instante, la actividad del pastor se intensificó. Día tras día se le veía con su morral al hombro. En todas partes entablaba conversación con las gentes, se preocupaba por sus asuntos, por las ilusiones encallecidas y los sueños deshilachados, por las vidas abandonadas y las que se vivían sin sentir. No tardó mucho en formarse una idea bastante aproximada de cuáles eran los hilos ocultos que debían ser

tensados.

Y, entonces, se decidió a actuar.

Al atardecer de un día de principios de junio, Baltasar Sachs salió de la iglesia con paso decidido y se internó en el laberinto de callejuelas que abrazaba las murallas de Wittenberg. Caminó ajeno a la llovizna, al lodo, a las miradas que perseguían la estela de su hábito. A su paso las mujeres que charlaban en la penumbra de los callejones, interrumpían su cháchara y se llevaban las manos a la frente para desgranar cruces respetuosas, los ancianos le saludaban y los arrapiezos se acercaban para implorar un mendrugo, pero el fraile proseguía su camino. De vez en cuando se detenía en una encrucijada, dudaba un instante, reemprendía la marcha.

Desembocó al fin en un pasaje algo más ancho que los demás. Allí, reclinadas contra el lienzo de la muralla como viejas damas adormecidas al sol, dos construcciones de piedra rompían la monotonía del adobe. Se trataba de antiguas posadas en las que pernoctaban, a la espera del alba, los viajeros que llegaban, cuando ya las puertas de la ciudad se habían cerrado, pero hacía mucho tiempo que no cumplían aquella función.

Respiró hondo. El hombre que iba a visitar ocupaba ahora las dos viviendas. Aunque nadie se mostraba locuaz, cuando el nombre de Cornelius Bocanegra salía a relucir, lo poco que había conseguido averiguar de él bastaba para congelar la esperanza.

Le llamaban el Rey Mendigo y su sola mención borraba sonrisas y sembraba nubes de recelo. No había negocio clandestino en Wittenberg que no pasara por sus manos, pordiosero que no compartiera con él sus limosnas o prostituta que no se declarase bajo su protección. Los escasos artesanos de la barriada cebaban su bolsa y cualquier recién llegado debía dirigirse a él si quería obtener una barraca donde cobijarse. Se decía que hasta los alguaciles del elector Federico se guardaban mucho de intervenir en sus negocios, pues más de uno había amanecido agusanándose al sol en el pudridero de la ciudad. Fuera verdad o no, que en tales entuertos es el temor la mejor espuela de la imaginación y más cuenta lo que se quiere ver que lo que de veras se ve, lo cierto es que Cornelius Bocanegra era la argolla por la que pasaban todos los cabos, el alambique que destilaba todos los licores.

Y también la piedra angular sobre la que Baltasar Sachs pensaba levantar el edificio de sus quimeras. Por eso se encontraba allí, porque tenía que conseguir, como fuera, que aquel temido personaje se pusiera de su parte.

Mas no era trago fácil. La correa con la que el Rey Mendigo sujetaba a los suyos estaba trenzada con hilos crueldad y violencia. Nadie osaba enfrentarse a él, nadie se atrevía a llevarle la contraria.

Baltasar echó un nuevo vistazo al callejón. La llovizna de la tarde se había convertido en un aguacero persistente que empapaba sus ropas y le pegaba los cabellos al cráneo. Se estremeció, quizá por el frío, y avanzó hacia el primer caserón.

No había dado dos pasos cuando una figura le bloqueó el camino. En la penumbra distinguió el contorno de un hombre alto, macizo, que le observaba con una media sonrisa. Su rostro parecía hecho de barro mal cocido, con las facciones marcadas por los restos de la viruela. El aspecto se le antojó al fraile el de un cancerbero que llevara demasiado tiempo inmovilizado por su trailla. Lo identificó al punto: se trataba de Benno Locher, un mercenario de confusas guerras que ejercía de lugarteniente de Cornelius. Decían de él que era capaz de arrancarle los ojos a un recién nacido sin perder el apetito. Cuando habló, las palabras brotaron torvas de una boca a la que le faltaban la mitad de los dientes:

—¿Adónde creéis que vais, fraile?

Baltasar percibía el retumbo de su corazón en el pecho, pero ya era demasiado tarde para darse la vuelta.

—Condúceme ante tu jefe, Benno —ordenó con mucha más seguridad de la que sentía.

La mención de su nombre provocó que una sombra de desconcierto bailara en los ojos del mercenario. La mano derecha se deslizó hasta posarse sobre la empuñadura de un cuchillo que sobresalía de su cintura.

—¿Me... me conocéis? —susurró el hombre, bajando la voz.

El padre no las tenía todas consigo. Aquel juego resultaba nuevo para él y no estaba seguro de conocer sus reglas.

—¿Quién no conoce a Benno Locher?

El individuo frunció el ceño y fijó su atención en Baltasar, tratando de decidir el sentido de aquellas palabras. La mueca del rostro se transformó en algo parecido a una sonrisa, esfuerzo que desfiguró todavía más sus facciones, pero no apartó la mano del cuchillo.

—¿Qué queréis?

—Hablar con Cornelius.

Dudó aún, pero se volvió hacia las sombras y escupió un nombre que el fraile no alcanzó a entender. El aguacero caía cada vez con más fuerza; las ropas se le pegaban al cuerpo y le provocaban escalofríos. Otra silueta se recortó contra las tinieblas y se acercó al mercenario.

—Quédate atento, que voy adentro con el fraile —ordenó Benno al hombre. Avanzaron hasta una de las construcciones adosadas al lienzo de la muralla y penetraron en la vivienda.

Unos hachones colgados de las paredes iluminaban la estancia. En el centro, seis o siete fulanos sentados en torno a una mesa apuraban con rechino de sorbos y regüeldos el contenido de unas escudillas de peltre, vigilados de cerca por dos muchachas que rellenaban con cerveza las jarras.

Al momento, supo cuál de aquellos rufianes era el llamado Bocanegra, porque en rigor no podía ser otro el individuo capaz de sojuzgar a tan fementida canalla como la que atiborraba la cámara. El aspecto de Cornelius Bocanegra llamaba la atención por

lo menguado del cuerpo, pues a fe que el destino había decidido no correr riesgos con el tal sujeto y restar en energía lo que sumaba en inteligencia. Y es que aquella escasa estatura, aquellos miembros disminuidos sostenían una cabeza rotunda, casi monstruosa, una cabeza pelada que tendía a bambolearse y parecía a punto de vencer la resistencia del cuello. Mas cualquier sensación de fragilidad se volatilizaba como vapor de vino amargo al desviar la vista hacia su rostro. La expresión de aquel ser contrahecho era la de una hiena hambrienta y despiadada, una hiena acostumbrada a manipular a los semejantes como peones de una ignorada partida.

Se había hecho el silencio en la sala. Algunas escudillas, paralizadas a medio camino de la boca de sus dueños, goteaban una sopa oscura sobre la mesa. Todas las cabezas se volvían hacia Baltasar, que permanecía de pie y empapado al lado de Benno Locher. Una de las muchachas se persignó. Un individuo soltó un exabrupto.

Cornelius Bocanegra depositó su escudilla sobre la mesa y escrutó al fraile. Su expresión se mantuvo tan hermética como una máscara de granito. Vestía un jubón de terciopelo verde oscuro ceñido por un cinto de cuero. De su cuello colgaba un collar de oro y pedrería. Aquellas ropas y aquellos adornos, pensó el fraile, resultaban estridentes en un barrio que se ahogaba en sus miserias.

Con parsimonia, el enano se limpió las manos cargadas de sortijas con un repulgo del jubón. Hizo un gesto con la cabeza y Benno Locher, que no había abierto la boca, retrocedió y salió de la estancia de regreso al callejón.

—¿Qué se os ofrece, padre? —había en su voz una versatilidad extraña y encantada, que de repente se derramaba en torrentes de sonido y luego acariciaba como un paño de seda la piel de una mujer. Una voz que sonaba tanto más discordante cuanto que procedía de un pecho disminuido.

Baltasar Sachs había pensado cien veces lo que pretendía decir, mas, de golpe, viéndose en tal tesitura, sintiéndose observado por aquellos ojos incisivos e inteligentes, decidió ir al grano:

—Necesito hablar con vos. A solas.

Un murmullo recorrió la mesa. Los hombres se revolvieron, dispuestos a echar mano a las dagas, pero el Rey Mendigo asintió como si aquella intención no le sorprendiera lo más mínimo.

—Dejadnos solos —ordenó sin levantar la voz—. Todos.

Sin acabar de dar crédito a lo que sucedía, la canalla fue levantándose y salió de la estancia. Pronto quedaron los dos a solas.

—Sentaos, padre, y comed algo. Os estaba esperando.

Baltasar hizo lo que le decían, mas no probó bocado. Se limitó a interrogar con la mirada a Cornelius.

—Lleváis una temporada recorriendo mi territorio, haciendo aquí y allá preguntas sobre mí. Era evidente que tarde o temprano os decidiríais a visitarme.

—¿Sabéis, pues, cuál es el objeto de mi visita?

Bocanegra sonrió, y el gesto hizo evidente la razón del apelativo. Poseía una

dentadura completa, mas todas las piezas, sin excepción, se hallaban corrompidas. Contemplar aquella boca inundaba el cuerpo de astillas.

—Vos me lo diréis.

Baltasar asintió quedo. Pese a la atrofia de sus miembros, la figura del contrahecho desprendía una aureola de dignidad, de seguridad en sí mismo, de... poder. ¿Cómo sería la vida encastillado en un cuerpo tal?, divagó. Se obligó a concentrarse. Había llegado el momento, pero no se le ocurría cómo plantearle a aquel hombre lo que necesitaba de él.

—No os he visto por la iglesia, Cornelius.

Lo dijo por ganar tiempo, por llevar la conversación a su terreno. Nada más cerrar la boca se sintió estúpido. Imaginó que el enano le expulsaría con cajas destempladas. O que se reiría en sus narices.

Pero, por un segundo, un destello de temor cruzó por los ojos del Rey Mendigo. Fue tan breve que Baltasar dudó si no sería una jugarreta de su imaginación. Cornelius desvió la mirada hacia el suelo. Cuando la volvió a levantar, su rostro había recuperado su aspecto hermético.

—Tenéis razón, padre. No he ido últimamente —respondió Bocanegra con tensa amabilidad. Por alguna razón, ya no parecía tan amenazador, como si una sombra de desconcierto se hubiera aposentado en su rostro.

Al fraile le costó contener su excitación. ¿Habría dado en el clavo? Observó con detenimiento a su interlocutor y descubrió una bolsita de cuero que colgaba de su cuello: algún amuleto, quizá una reliquia o una protección contra los espíritus. Hizo un esfuerzo por mantener la calma. Sentía la mano del Señor todopoderoso posándose sobre su corazón, guiando sus pasos. Su poder se manifestaba en aquella habitación. Y es que en el destello que durante unos segundos había atravesado los ojos del bandido se ocultaba el temor de Dios. ¿Sería posible que la conciencia del Rey Mendigo atormentara sus sueños y le hiciera temer la condenación eterna? Baltasar conocía muy bien la tremenda fuerza de los remordimientos. Él mismo, ¿acaso no se había sentido perseguido por ellos cuando se culpaba de la muerte de su padre? ¿Y no habían sido esos remordimientos, ese pavor de la conciencia que teme el tormento infinito, los yugos que le condujeron al monasterio para expiar sus pecados? Quizá... Quizá el Señor le hubiera elegido a él para guiar a aquella oveja descarriada al redil. Decidió lanzar el dado al albur:

—*Sola fide*, Cornelius, *sola fide*, solo la fe salva. ¿Lo habéis olvidado?

Rezó por lo bajo para que Bocanegra no se diera cuenta de lo que pretendía.

—¿Qué queréis decir?

Era el momento. Debía ganarse la estima de aquel individuo fuera como fuese. Si erraba el tiro todo se echaría a perder.

—Teméis la condenación, hijo mío —*tenía* que llamarle hijo, así conseguiría que el otro aceptara más fácilmente sus consejos—. Teméis que todo el mal que habéis causado en este mundo se vuelva contra vos en el otro.

La tez de Cornelius se tornaba más pálida a cada instante. Surgían grietas en aquella máscara de piedra.

—¿No recordáis las enseñanzas de nuestro padre Lutero? ¿No nos ha abierto él el camino de la verdad al afirmar que no importan nuestras obras, sino nuestra fe?

—Yo tengo fe, padre. Yo tengo fe —murmuró el bandido. Su voz se desgarraba por la tensión.

Baltasar asintió:

—Pero, a pesar de ello, vuestra conciencia no os deja dormir.

—¡Yo tengo fe! —gritó, desencajado, el enano, levantándose con tanta precipitación que el taburete sobre el que estaba sentado cayó al suelo—. ¿Quién os creéis que sois para venir a mi casa a tratarme de ese modo? ¿Acaso no sabéis con quién estáis hablando?

No podía amilanarse en ese momento, pero la furia que escupía Cornelius Bocanegra era tal que Baltasar se sintió desfallecer.

—¿Fe en qué, Cornelius? —su voz era un susurro, un murmullo en la sala— ¿Cuál es ese Dios en el que creéis sino el que vino al mundo para dar su vida por los miserables y los hambrientos? ¡Mirad a vuestro alrededor! ¿Acaso sois tan ciego que no veis la miseria que causáis? —se levantó, dejándose llevar por la intensidad del momento—. ¡Pues yo os digo, Cornelius, yo os aseguro que una nueva era se acerca y que en esa era vos estaréis del lado de los hijos amados de Dios!

El Rey Mendigo se aprestaba a responder a voz en grito al fraile, pero se quedó boquiabierto al escuchar la última frase.

Baltasar aprovechó el desconcierto para sentarse otra vez. Su rostro insinuaba una sonrisa, mas su corazón palpitaba salvajemente en el pecho.

—¿Qué... qué habéis dicho, padre? —balbuceó el enano.

—Lo que habéis oído, Cornelius.

El hombre meneaba su cabezota, confuso. Levantó el taburete del suelo y se dejó caer en él. Permaneció largo rato con la vista perdida en los ropajes de Baltasar.

Cuando volvió a alzar la cabeza, su rostro había recuperado su aspecto impenetrable. Se midieron en silencio.

—En toda mi vida había escuchado palabras semejantes —desvió la vista. Una singular calma parecía haberse apoderado de su figura contrahecha—. Sois un ser extraño, padre. Un ser extraño... y con redaños.

El fraile no pudo evitar que una sonrisa asomara a sus labios.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —preguntó Bocanegra al fin.

La mano de Dios acariciaba al hijo pródigo que regresaba a casa.

—Quiero que me cedáis una de vuestras casas para convertirla en hospicio y hospital. Y quiero que vuestros hombres me ayuden a trasladar a los ancianos y los enfermos hasta ella.

El Rey Mendigo no respondió.

—Quiero que presidáis un consejo para dirigir la parroquia.



Una carcajada abrupta, amarga, brotó de la garganta del bandolero.

—¡Estáis loco, fraile, estáis rematadamente loco! ¿Ponerme a mí al frente de la parroquia?

—¿Quién mejor que vos, Cornelius, que sabéis ver en el corazón de los hombres y que estáis acostumbrado a dirigir, a organizar, a ser obedecido? —murmuró el padre, apenas un susurro, una reflexión compartida.

El Rey Mendigo se levantó y se dirigió hacia una ventana. Una piel aislaba la estancia del exterior, mas Cornelius se quedó observándola como si su vista fuera capaz de traspasarla. Su voluminosa cabeza alcanzaba a duras penas el vano.

—¿Algo más?

—Quiero que vendáis esa joya que adorna vuestro pecho para crear un fondo parroquial con el que alimentar a enfermos y a huérfanos. Nadie dudará de vos después de tal acción.

—Rematadamente loco...

—Estaréis del lado de los hijos amados de Dios, Cornelius. Vos tenéis fe.

## 4

Le gustaba aquella montura que maese Otto le había cedido. Era un potro rubicán, un animal manso y resistente. Hans había podido comprobar que no le faltaban bríos y que, cuando era necesario, respondía como el mejor.

—No puedes llevarte mal con un caballo que viste tus mismos colores, muchacho. *Kirsche* es igual que tú: blanco y rojo a la vez, tranquilo y enérgico, paciente y decidido.

Le agradó el humor del maestro carpintero. Y le agradó *Kirsche*, a pesar de que no conseguía entender cómo alguien podía llamar *cereza* a un caballo. También al potro pareció gustarle Hans. Quién sabe, a lo mejor el caballo se sentía identificado con el pelo rojo de su jinete.

El camino culebreaba por un breñal alomado que dificultaba el avance. Sería cerca del mediodía ya y el sol de junio calentaba la cabeza y hacía hervir las ideas. Pero Hans estaba contento. Había cumplido su misión.

Vivo, Lutero estaba vivo. Lo había visto con sus propios ojos, paseando por el patio de armas del castillo de Wartburg con su libro de oraciones, ajeno a la tormenta de especulaciones que, en torno a su persona, sacudía Europa. Claro que allí, en la fortaleza del príncipe Federico III, el elector de Sajonia, le conocían con el nombre de

*junker* Georg, señor Jorge, como si de un caballero cualquiera se tratara. Pero era él. Se había dejado crecer la tonsura y la barba, pero era él.

Hans había procedido con inteligencia y cautela. Nada más salir de Wittenberg, decidió viajar directamente hasta Worms, la ciudad a la que Lutero había acudido para asistir a la Dieta. Pensó que lo mejor sería hacer el mismo camino de regreso del reformador, cuyo paso no habría dejado de notarse en las ciudades que atravesó. Así, allá donde su pista se perdiera, sería el lugar de la emboscada.

No se equivocó. Amparado en su habilidad como carpintero, que le permitía ofrecer su ayuda en granjas y aldeas y disfrutar de veladas al calor de la lumbre, Hans fue desenmarañando la madeja. Lutero había partido de Worms en dos carros, escoltado por unos veinte nobles a caballo y acompañado por un mensajero imperial que tenía la misión de garantizar el regreso a casa del teólogo. El emperador había otorgado a Lutero salvoconducto y se sentía obligado a cumplir su palabra.

Tomaron el camino de Mainz y pasaron por Oppenheim y Frankfurt. En Friedbrug, sintiéndose ya seguro, Lutero despidió al mensajero imperial. Prosiguió camino por Grünberg y Hersfeld, donde fue atendido por el abad y donde predicó. De ahí fue a Berke y a Eisenach, ciudad en la que la gente, avisada de su llegada, salió a los caminos a vitorearle y a rogarle que les hablara del Evangelio. Tras pasar unos días en Eisenach, Lutero partió hacia Mohre. En ese lugar, los paisanos también le pidieron que predicase, lo que hizo al aire libre, pues no había iglesia en el pueblo.

Hasta ese lugar, Hans no había tenido problemas para seguir la pista del doctor, clara cual fucilazo en la noche. Pero, cuando quiso proseguir viaje, las noticias se volvieron confusas. Los paisanos se mostraban reacios a hablar, daban indicaciones vagas e imprecisas y Hans perdió varios días sin conseguir un rastro fiable.

Comenzaba ya a inquietarse cuando tuvo un golpe de suerte. Una tarde, mientras vagaba sin rumbo por la campiña, llegó a una granja aislada.

Un joven trabajaba en el techado de un cobertizo. Hans detuvo su montura y observó desde la distancia al campesino. Era evidente que la tarea le sobrepasaba: trataba de izar unos maderos para formar el esqueleto del tejado, pero cada vez que conseguía alzar uno, los otros resbalaban y caían al suelo. Sin decir nada, desmontó y sujetó las riendas de *Kirsche* a la valla que cerraba la finca. Mientras el labriego subía nuevamente al techo, se acercó, agarró el madero por el extremo contrario y lo empujó con fuerza hacia arriba.

El hombre se sobresaltó, pero la sonrisa de Hans consiguió apaciguarlo:

—Os he visto desde el camino y me ha parecido que necesitabais ayuda.

Trabajaron durante toda la tarde. Hans se abstuvo de realizar ninguna pregunta, pues harta ocasión había tenido de comprobar la reserva de los lugareños, así que se limitó a charlar sobre las faenas agrícolas y las perspectivas de la cosecha. Era ya de noche cuando el labriego, que se llamaba Peter, dio por concluida la jornada y le invitó a dormir en su casa.

—Mi mujer está fuera, una hermana suya se ha puesto de parto. No me vendrá

mal algo de compañía.

Tras la cena abrió un tonel y sirvió dos jarras de una cerveza agria y espesa:

—Nos la hemos ganado, amigo.

Poco a poco, Hans fue llevando la conversación hacia donde le interesaba. Tanteó el terreno comentando, como quien no quiere la cosa, lo revuelto que andaba el mundo, pues hasta las cosas de religión se mostraban tornadizas.

—Pero ahora todo volverá a lo de siempre —aventuró, tras un rato, con gesto resignado. Peter no había parado de trasegar cerveza—. Con el fraile ese, Lutero, muerto y enterrado, no pasará mucho tiempo hasta que todo el jaleo que levantó se entierre también.

—Quién sabe. A mí me da que el fraile ese va a seguir dando que hablar durante mucho tiempo.

Hans supo que había dado en el clavo. Peter sabía algo. Tratando de no parecer ansioso, prosiguió:

—Dicen que cuando murió se abrieron las entrañas de la tierra y una legión de demonios lo arrastró hacia el mismísimo Infierno y que esa noche los lobos aullaron hasta quedarse afónicos —se lo había oído a un sacerdote de una aldea perdida, dos días atrás.

—¡Tonterías de papistas! —exclamó Peter, a quien la cerveza había coloreado el rostro y avivado el genio— ¿Cómo os creéis algo así? ¡Lutero está vivo y bien vivo, si lo sabré yo!

Hans tuvo que realizar un esfuerzo para controlar su excitación.

—¡Qué ha de estar vivo, si se dice que el emperador lo mandó matar!

Entonces, Peter ya no se contuvo. Le soltó a Hans que un hermano suyo, soldado de la guarnición del cercano castillo de Wartburg, le había contado todo con pelos y señales. Su hermano lo sabía porque había participado en los hechos.

Todo era una añagaza del príncipe Federico para proteger al reformador. El elector se sentía responsable de la suerte de Lutero, pues este impartía sus enseñanzas en la universidad de Wittenberg, capital de los territorios de Federico. Había sido el propio elector el que años atrás, cuando Lutero aún no había publicado sus famosas tesis, lo llamó a Wittenberg y lo instaló en la ciudad. Al enterarse de que el emperador Carlos lo expulsaba de Worms, Federico temió por la vida del agustino y decidió simular su secuestro hasta que se calmaran los ánimos. En secreto, preparó una emboscada al paso de la comitiva. Lutero fue llevado a pie primero y luego a caballo hasta el castillo de Wartburg. Solo cuando el puente levadizo de la fortaleza se cerró tras él, descubrió que los que le guardaban, lejos de desear su muerte, buscaban darle protección.

Hans no se podía creer su suerte al detenerse en aquella granja. Así que ese era todo el misterio. El hombre cuya muerte festejaba media cristiandad y lloraba la otra media descansaba apaciblemente, entregado a la meditación y el estudio, en una perdida fortaleza alemana.

Al día siguiente se dirigió a ofrecer sus servicios de carpintero al castillo de Wartburg y allí vio a Lutero. Estaba seguro de que el reformador lo había reconocido al cruzar sus ojos con él, pero el monje, tras un instante de vacilación, continuó paseando como si tal cosa.

Ya solo le restaba volver a Wittenberg e informar al padre Baltasar. Tenía ganas de regresar a sus herramientas y a la placidez del taller de maese Otto. A él, todo aquello le venía grande. Y echaba de menos a Friedericke, para qué negarlo. Echaba de menos el calor de su cuerpo, el descaro de sus caricias. Santo Dios, era todo tan complicado... Deseaba volver a verla y deseaba no volver a encontrarse con ella. ¿Cómo era posible?

Lentamente, los bosques se iban aclarando, daban paso a granjas y campos de cultivo. Un ambiente bucólico invadía la campiña, se manifestaba en el canto de los pájaros y en el sonido de la brisa al agitar las ramas de los árboles. El caballo avanzaba a buen ritmo, feliz por el ejercicio. Unas nubes ligeras, tenues cual muselinas, velaban los rayos del sol. No se divisaba un alma, pero a cada paso de *Kirsche* el muchacho se mostraba más intranquilo. Continuamente se erguía sobre la silla y oteaba el horizonte o se sobresaltaba ante los ruidos de los animalillos del bosque. No era para menos: Hans se acercaba a su casa.

La decisión la había tomado varios días atrás. El camino de regreso de Wartburg a Wittenberg pasaba a poca distancia de las tierras de la aldea. Bastaba con desviarse ligeramente hacia el oeste y avanzar no más de dos jornadas a caballo. Al principio rechazó la idea con violencia, se le revolvían las tripas de pensar en volver a ver los restos del que fuera su hogar. Pero la imagen de su hermana Henrietta acabó por imponerse. Era la única de su familia que podía seguir viva. Y tampoco sería necesario allegarse hasta la granja, bastaría con acercarse con sigilo a la aldea. Necesitaba saber qué había sido de ella.

El recuerdo de su hermana tiñó de nostalgia la mirada de Hans. Y la nostalgia, vecina del remordimiento, le despertó la desazón por haberla abandonado. Porque en lo más íntimo de su memoria vivía la imagen nítida de su hermana retenida por Mangold von Fritzlar mientras él huía hacia el bosque.

Comenzaba a atardecer cuando el terreno se tornó conocido. Quedaba poco ya para alcanzar las lindes de su aldea. Hans desmontó, cogió a *Kirsche* por las riendas y se internó en la espesura. Esperaría hasta que se hiciera de noche y se deslizaría hasta la rectoría. El párroco tenía que saber si su hermana había fallecido.

El sol se ocultaba en el horizonte cuando llegó a un molino abandonado. En otros tiempos, antes de la construcción del nuevo en un ramal del río Fulda, abastecía a los vecinos de la aldea, pero hacía ya mucho que nadie usaba esa aceña para la molienda. Él y su hermana solían acercarse hasta allí de críos. En otoño el bosque circundante era generoso y las setas, agradecidas por la humedad del regato, sembraban el suelo con sus vistosos sombreros.

Las paredes se habían desmoronado ante el empuje de la vegetación y una maraña

de zarzas invadía el interior. La piedra de moler se había quebrado al recibir el impacto de un sillar vencido y el piso estaba sembrado de excrementos de animales. Muchas babosas marrones y negras se deslizaban por el fango de la entrada. Examinó con detenimiento la trocha que llevaba hasta el molino: ni una sola huella reciente. Sí, allí estaba seguro. Y *Kirsche* podría abreviar en el arroyo.

Tras dejar al animal pastando en un claro al lado del agua, Hans apoyó la espalda contra un alerce y se dispuso a esperar. Se sentía extraño, frío, cual si hubiera salido de sí mismo y se observara con indiferencia desde el exterior. La mirada se le perdía en las aguas del regato. Su mano derecha, apoyado el codo sobre la rodilla, acariciaba la cicatriz que le cruzaba la frente.

El canto de un búho en un árbol cercano le despertó. Durante unos instantes permaneció quieto, dejando que los sonidos del bosque le invadieran. A poca distancia, una sombra blanquecina en la noche, distinguió a *Kirsche*.

Había llegado el momento. Levantándose con precaución, se acercó al caballo y lo acarició para despertarlo. Luego lo sujetó por las riendas y comenzó a avanzar en silencio hacia la aldea.

Una luz tenue, lechosa, iluminaba la senda. A su alrededor, la espesura dejaba escapar un aliento de vida soterrada, de animalillos a la caza. Entre las ramas silbaba el viento, produciendo un sonido que le recordaba la respiración de un viejo fatigado.

Pronto divisó la sombra de la iglesia. La luz de la luna creciente se filtraba a través de la espadaña y caía sobre el tejado. La aldea permanecía silenciosa, entregada al sueño, ajena a la vida que se agitaba en el bosque. Otro búho al acecho graznó en la noche.

El corazón le golpeaba con violencia en el pecho. Un sudor frío humedecía sus manos. Ató como pudo las riendas de *Kirsche* en un matorral y se deslizó hasta la iglesia parroquial. Podía distinguir el edificio de la rectoría, a escasa distancia del templo. No había luz en la casa. Por la posición de la luna, debía de ser pasada la medianoche.

A lo lejos, un perro comenzó a ladrar y, pronto, varios más le acompañaron. Tenía que darse prisa antes de que despertaran a toda la aldea. Cruzó el trecho que le separaba de la rectoría y llegó a la entrada de la vivienda. Se detuvo y respiró varias veces, tratando de calmarse.

Tanteó la puerta: no estaba cerrada. Empujó con cuidado, pero no pudo evitar que las maderas chirriasen en el silencio de la noche.

—¿Hay alguien ahí?

Se quedó quieto. Tras unos instantes de indecisión, penetró en la vivienda y cerró tras de sí la puerta. Nuevamente chirriaron los goznes.

—¿Quién anda ahí?

El párroco estaba levantándose. En la chimenea, las brasas todavía humeaban. Se acercó a ella y tanteó la repisa de piedra. Allí solía dejar el padre un candil. Sus manos encontraron lo que buscaban. Lo encendió con las brasas.

—Soy yo, padre Gerhardt. Hans... Hans Gotha.

En el quicio de la puerta que comunicaba la estancia con el dormitorio apareció un viejecito. La luz del candil se perdía entre las arrugas de su rostro. La boca entreabierta mostraba unas encías desnudas y el cráneo, pelado, aparecía moteado de manchas oscuras. Envuelto en un ropón de basto paño, con un manto sobre los hombros, al anciano solo le faltaba la guadaña para ser representación de la misma muerte. Pero sus ojillos brillaban con viveza en la penumbra.

—Hans... —murmuró el párroco—. Mucho has tardado, muchacho.

Poco antes del amanecer, una sombra traspasó el umbral de la rectoría y se deslizó hasta la linde del bosque. Sus pasos no fueron percibidos por nadie. Solo algún perro madrugador olfateó el aire y ladró, más como advertencia que como amenaza. La figura alcanzó la floresta y se acercó hasta un caballo de pelaje blanco y rojo, que relinchó molesto al ser despertado. La sombra desató las riendas del animal y montó en él. Luego, sin volver la vista atrás, se lanzó en una furiosa cabalgata por la senda que abandonaba la aldea.

Desde la ventana de la rectoría, el anciano sacerdote observó cómo se perdían caballo y jinete en la lejanía. Una mueca de tristeza acentuaba los repliegues de su rostro.

Durante toda la jornada, Hans galopó, alejándose de su aldea. De vez en cuando, algún campesino que laboraba en sus campos se quedaba contemplando la extraordinaria figura que componían el corpulento jinete de pelo rojo, brillante bajo el sol cual llama de san Juan, sobre la montura rubicana. Se cruzó también con algún grupo de arrieros que transportaban sus mercancías de feria en feria e incluso dejó atrás, cerca del mediodía, al carromato de una bojiganga. Solo cuando *Kirsche* dio muestras de agotamiento decidió detenerse. Se internó entonces en la espesura y, llevando a la jadeante bestia por las riendas, buscó un arroyuelo en el que pasar la noche. Dejó que el caballo abrevara a sus anchas y, tras apoyarse en el tronco de un álamo, sacó del morral un poco de pan y queso que le había dado el párroco.

Nada de lo que le había contado el padre Gerhardt le sorprendía, pero una rabia oscura, feroz cual mandíbulas de lobo en invierno, le desgarraba las entrañas y le impulsaba a galopar hasta el agotamiento. A galopar para alejarse de aquella tierra maldita que se había negado a acoger a los suyos.

Porque eso era lo que el padre le relató. El anciano le había invitado a sentarse frente al hogar. Y allí, en medio del silencio de sepulcro de la aldea, fue desgranando su historia.

Mangold von Fritzlar y Rudolph Höss habían dado testimonio de que el padre de Hans, en un arrebatado de locura, se había negado a pagar los tributos y tratado de asesinar a su señor natural en su propia casa. El noble se vio obligado a defenderse y, en la refriega, se había incendiado la granja. Von Fritzlar había declarado a Hans proscrito y negado cristiana sepultura a los suyos. Los cadáveres permanecieron un

mes colgados a la entrada del castillo del *reichsritter* y después fueron arrojados a los perros para escarmiento de cuantos osaran alzarse contra su señor natural.

El padre Gerhardt, con las pupilas brillantes por la emoción, le contó a Hans que él mismo había acudido al castillo para reclamar los cuerpos y que el noble lo había expulsado sin miramientos.

—¿Y Henrietta? ¿También Henrietta fue muerta?

Los cadáveres ya estaban muy descompuestos. Pero sí, allí estaba la dulce Henrietta, con su sayo y su camisola.

—Aléjate de aquí, muchacho, busca tu vida en otras tierras más amables — concluyó el anciano—. La granja de tu familia ha sido entregada a unos clientes del noble y ahora viven allí gentes extrañas. Reza a Dios por los tuyos, como yo he hecho desde aquel día. Casi nadie en la aldea dio crédito a la historia, pero... ¿Qué hacer contra los arbitrios de los poderosos? Solo el Señor conoce el corazón de los hombres y solo Él puede juzgar. No te quepa duda de que algún día, cuando comparezcan ante la corte celestial, los que han ocasionado tanto dolor pagarán por sus crímenes. Reza, hijo mío, reza y pide perdón a Dios por tus pecados.

## 5

Durante las semanas que siguieron, Baltasar Sachs se dejó arrastrar por la embriagadora ambrosía de su triunfo. El resultado de la entrevista con el Rey Mendigo superaba con creces sus más fantásticas perspectivas y abría posibilidades nunca imaginadas. No quería desaprovechar la ocasión. Era necesario poner en marcha su proyecto cuanto antes: había que organizar el hospital, disponer el traslado de los enfermos, buscar voluntarios para atender a niños y ancianos.

Los días se le iban sin sentir. Cada atardecer se dirigía a la vivienda de Cornelius Bocanegra y discutía con él los detalles de la constitución del consejo parroquial. Los hombres del Rey Mendigo lo recibían al principio con recelo, mas, poco a poco, aquellas almas rudas iban amoldando sus sentires a la nueva situación. El fraile, por su parte, prefería no preguntarse si el jefe de los bandidos continuaba con sus actividades ilícitas. Por el momento, se conformaba con saber que cumplía escrupulosamente con la palabra empeñada.

En el fondo, Baltasar Sachs no acababa de sentirse a gusto consigo mismo. Algo en la rápida claudicación de Cornelius le hacía sentirse como esos predicadores ambulantes que, creyéndose depositarios de las llaves de san Pedro, embelecaban a las

gentes con visiones de néctar e hidromiel, mientras alargan la mano para recibir las limosnas. El Rey Mendigo le trataba con un respeto que tenía la virtud de hacerle sentirse incómodo. Por momentos se tachaba a sí mismo de embaidor y charlatán, pero luego recordaba la sensación que le asaltó al entrevistarse con Cornelius: la certeza de que la mano de Dios había inspirado sus palabras. Y se decía a sí mismo que él solo era un instrumento en manos del Altísimo.

Por las mañanas, tras la misa, solía dedicar unas horas a la reparación de la iglesia. A veces era ayudado por Ethan Müller, un molinero venido a menos que ocupaba una chabola cercana. El hombre era voluntarioso, mas su porfía superaba con mucho su destreza, de modo que el trabajo se empantanaba sin progresos visibles. Aquella mañana, Ethan no había acudido, así que Baltasar se hallaba solo en la iglesia, contemplando con aire preocupado la viga maestra, que mostraba signos de podredumbre. No tenían más remedio que sustituirla si no querían que todo el techo se viniera abajo. Si al menos Hans estuviera de vuelta...

Lo echaba de menos. Estaba tan acostumbrado a contar con él que, solo ahora que le faltaba, se daba cuenta de lo profundo que era su cariño por el muchacho. Le comía la urgencia de contarle sus planes, quería conocer su opinión y necesitaba su ayuda. Hans sabría cómo reparar la jácena y podría dirigir el acondicionamiento del hospital. ¿Dónde estaría? Ya tendría que estar de vuelta. Cada mañana rezaba por él y esperaba que regresase ese día. Pero Hans seguía sin aparecer y nadie tenía la menor idea de su paradero.

Desde la entrevista mantenida con Melanchthon y los demás reformadores en la casa de Collegienstrasse, apenas había regresado a la ciudad. Era curioso: a Baltasar se le antojaba que habían pasado meses desde entonces. De vez en cuando llegaban noticias de lo que sucedía fuera de Wittenberg, noticias poco tranquilizadoras. El rumor de la desaparición de Lutero corría de boca en boca. Se murmuraba que había sido encontrado con un cuchillo en la espalda y que la Dieta de Worms había decretado la persecución de todos sus seguidores. Que el Papa, al recibir la nueva, la había celebrado organizando un ciclo de carnaval y comedias. Que en los Países Bajos, en Inglaterra y en Escocia se quemaban los libros de Lutero en plazas públicas. Que en muchas ciudades las librerías agotaban las existencias de ejemplares de sus obras. Que en Erfurt se habían producido disturbios y que mil doscientos estudiantes, alentados por rufianes y trabajadores, habían destruido las casas de sesenta sacerdotes.

No, no faltaban motivos de preocupación. El verano se instalaba pródigo en desgracias y sinsabores, que bien sabido es que son los meses del estío los más propicios para las cosas del amor y de la guerra, pues hierve en ellos la sangre y se alborotan los sentidos. A la incertidumbre por el futuro de la recién parida Reforma se unían los ecos de la guerra entre Francisco I y Carlos V.

El rencor, largo tiempo alimentado por el rey francés hacia el emperador, al que consideraba usurpador de título y dignidades, había estallado al fin como un puerco



demasiado cebado. En Parma, en el Piamonte, en Milán, en los Países Bajos y en Navarra se lanzaban ejércitos y mesnadas a una lucha sin cuartel. Aquí Roberto de la March, señor de Bouillón y de Sedán, allá el conde de Güeldres, acullá Enrique de Labrit y también el italiano Pescara y el español Antonio de Leyva... Franceses, suizos, alemanes, italianos, españoles, borgoñones..., pueblos enteros acudían a la llamada de los clarines de la guerra. Por doquier la muerte sonreía satisfecha con la abundante cosecha que el verano le proporcionaba.

Si los rumores sobre los sucesos del exterior eran preocupantes, los que circulaban sobre lo que acontecía en la ciudad tampoco ayudaban a tranquilizar los ánimos. El partido de Andrés Carlstadt y Gabriel Zwilling ganaba adeptos día tras día y sus tendencias radicales se difundían entre la población. Cada vez eran más los que creían que las reformas introducidas por Martín Lutero eran demasiado lentas y los que ansiaban una ruptura más decidida con los papistas. Carlstadt ya pedía a gritos desde el púlpito la supresión del monacato y del ayuno y ridiculizaba la enseñanza de la teología, de la que él mismo era profesor en la universidad. Por el momento, refrenados por la incertidumbre sobre la suerte de Lutero o por las palabras conciliadoras de Melanchthon y Bugenhagen, Carlstadt y Zwilling se limitaban a exponer sus ideas desde el ambón de las iglesias.

—¿A qué aguardáis? —clamaba el vehemente Carlstadt— ¿Por qué dudáis? ¿Creéis acaso que la obra de Dios puede aguardar? ¡Nuestro Señor está saciado de tanta hipocresía, hermanos, de tanta cobardía! ¡Él nos ha elegido para reverdecer su mensaje! ¿Y qué hacemos nosotros? ¡Quedarnos sentados como corderillos medrosos que esperan el regreso del pastor!

Felipe Melanchthon trataba de refrenar los ardores del teólogo:

—Debemos ser prudentes. El pueblo depende de nosotros.

—¡Patrañas, Felipe! —respondía Carlstadt con la mirada encendida—. ¡Abrid los ojos! En todas partes las gentes se enzarzan en disputas sin fin, faltos de dirección y consejo. Seguirán al primer fanático que les prometa un pedazo de cielo, ¿es que no lo comprendéis? ¡O asumimos nuestro papel o nos barrerán a un lado como hojas secas!

Baltasar sospechaba que pronto tratarían de llevar sus ideas a la práctica. Y aunque él mismo se mantenía al margen, volcado como estaba en su parroquia, en su interior no podía dejar de desear que las cosas avanzasen más deprisa, pues ni la miseria atendía a razones ni el hambre solía ser paciente. Aquel mundo de señores y esclavos, de mendigos y poderosos le escocía como una llaga en el ojo de Dios.

Pronto Carlstadt y Zwilling agotaron su paciencia y endurecieron sus sermones contra la misa, contra el celibato clerical, contra la idolatría de las imágenes. Una fiebre de pureza, un ansia de perfección divina se extendía por la ciudad.

—El Rey Mendigo se ha arrepentido —murmuraban las gentes.

—Dicen que ha donado su casa para convertirla en hospital.

Ardían las palabras, se difundían mil rumores. Carlstadt acrecía sus ataques

contra las reliquias y reclamaba el retorno al espíritu verdadero de la fe. Se oponía al bautismo de los niños, rechazaba dignidades y trataba de convencer a los estudiantes para que se dedicasen a la agricultura.

—Bocanegra ha repartido sus bienes entre los pobres.

—Es una señal del Cielo.

Un grupo de discípulos seguía a Carlstadt a todas partes. El viejo profesor resplandecía, brillaban sus ojos de excitación, se movían sus canas en las elevadas cimas del misticismo. Se deshizo de sus ropajes eclesiásticos y adoptó las vestimentas de los campesinos.

—El Señor nos pide que regresemos a la humildad de la tierra. Que nos despojemos de todo lo superficial, como los primeros cristianos.

Muchos bebían sus palabras, maná celestial para bocas hambrientas. Y Gabriel Zwilling fascinaba a las multitudes con su verbo lúcido y su pasión.

—¡Vosotros sois los amados por el Cristo! ¿Quién necesita falsas imágenes y reliquias inmundas? ¡Mirad hacia vuestro interior, ahí se aloja el Espíritu de Dios!

El ambiente se enrarecía. Los estudiantes abandonaban la universidad y se despojaban de sus togas y birretes para vestirse con sayos. Grupos de exaltados invadían conventos y monasterios, increpaban a los monjes, les incitaban a romper sus votos. Por doquier, pacíficos ciudadanos contemplaban con recelo la creciente excitación mientras el consejo municipal asistía a los acontecimientos sin saber qué hacer.

El propio Felipe Melanchthon se había acercado hasta su casa unos días antes para exponerle sus dudas. El teólogo, hombre contemporizador y comprensivo donde los hubiera, también zozobraba en un mar de dudas. Por un lado le daba la impresión de que apoyar a los radicales sería traicionar a Lutero, su mentor y maestro. Por otra, consideraba lógico desvincular las creencias evangélicas de la parafernalia católica y reformar el culto.

—El problema, padre Baltasar —le comentó Melanchthon con aire abatido—, no radica en el qué, sino en el cómo. Carlstadt y Zwilling son demasiado impulsivos para mi gusto. Pretenden barrer con mil años de papismo de la noche a la mañana, pero mucho me temo que de seguir sus consejos las gentes no tardarán en verse desamparadas. No debemos renunciar a un acercamiento a los romanos. Lutero jamás ha tenido intención de separarse de Roma. Su único propósito ha sido siempre despojar el mensaje de Cristo del polvo acumulado por los siglos. Él mismo es el primer sorprendido por la virulencia de la reacción de los papistas.

Baltasar Sachs escuchó las reflexiones de su amigo, embargado por una sensación de alejamiento. A pesar de comprender la importancia de la labor reformadora, desde que sus pies entraron en la desvencijada iglesia extramuros, su percepción del problema había cambiado radicalmente. Veía urgencias más perentorias. ¿No debía la religión preocuparse por la justicia y la concordia en la tierra?

Perdido en sus reflexiones, Baltasar respondió vagamente a Felipe Melanchthon,

que regresó a la ciudad con el mismo gesto de preocupación con el que había llegado.

Ese día ya no acudiría Ethan Müller, el molinero, y para las reparaciones en marcha necesitaba ayuda. Lo mejor sería dejarse de divagaciones. Aún quedaban varios ancianos que no habían podido ser trasladados al hospital y debía atenderlos.

Iba a salir ya, cuando vio acercarse a Conrad Eisner. El estudiante avanzaba por una callejuela, cuyo suelo más parecía barrizal de porqueriza que calzada de cristianos. Caminaba despacio, atenta la mirada a evitar un resbalón, con el rostro contraído en una mueca de repugnancia. Baltasar no pudo evitar una sonrisa al observar sus esfuerzos por mantener a salvo los botines de piel. El muchacho ofrecía un aspecto primoroso y refinado que contrastaba cruelmente con la miseria que le rodeaba. Vestido con unas calzas de rayas de colores, un jubón estampado y una corta casaca adornada por un cinturón recamado de perlas, Conrad Eisner arrastraba tras de sí una nube de arrapiezos y mendigos que intentaban obtener algún beneficio de aquella aparición. Y es que en pocas ocasiones se veía a un joven señor deambular por los arrabales. Un hombre de mediana edad y gesto adusto, que Baltasar reconoció como el criado de Conrad, espantaba a los pedigüeños manejando con soltura una vara de roble.

Llegaban a la explanada que se abría ante la iglesia, cuando una muchacha andrajosa salió de la boca de una barraca. Al ver el aspecto del visitante, la joven se plantó ante él y se abrió la camisa con un gesto provocativo. El fraile distinguió los pechos vencidos y las costillas del esquelético cuerpo. Conrad rechazó los servicios que le ofrecían y en su rostro se acentuó todavía más el gesto de repulsión. El criado apartó a la muchacha con violencia. Esta se desahogó con una retahíla de improperios que fueron aplaudidos por las carcajadas de los vecinos.

—Solo a vos se os podía ocurrir alojaros en tan nauseabundo lugar, padre — exclamó Conrad Eisner al llegar a la puerta de la iglesia—. ¿Habéis visto el descaro de esa mujerzuela? ¡Habrased visto tamaña desvergüenza! ¡Si era poco más que un cadáver!

Baltasar Sachs le dedicó una mirada seca:

—Quizá de haber poseído mayores encantos no te habría indignado tanto su ofrecimiento.

—¡No digáis sandeces, padre! —replicó el estudiante, algo inseguro. El criado, un italiano de Siena que respondía al nombre de Cosme, aguardaba impertérrito tras el estudiante. El padre de Conrad era un armero de Brunswick, un hombre poderoso; había enviado a Cosme para que protegiese a su hijo tras enterarse del asalto que había sufrido en la ciudad de Leipzig.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué esa muchacha y tantas como ella se ven obligadas a prostituirse?

El estudiante puso cara de fastidio y se apartó con un gesto la melena que le caía sobre los ojos. Una barba castaña, pulcramente recortada, enmarcaba sus facciones.

—Sí me lo he preguntado, padre, por supuesto que sí.

Baltasar contempló al joven con curiosidad. Aunque pagado de sí mismo, el muchacho no tenía mal corazón. Quizá había sido demasiado severo con él.

—Tienes razón, te pido disculpas...

La mirada zarca de Conrad brilló un instante.

—Por favor, padre, no tenéis por qué disculparos. Precisamente venía a hablaros de esa cuestión.

—¿De las razones por las que se prostituyen las jóvenes?

—Bueno, más o menos... —Conrad se encogió de hombros—. Pero, antes, decidme, ¿qué tal os va? ¿Realmente pensáis instalaros *aquí*? ¿A qué dedicáis el día? ¿A reparar esta iglesucha?

—El Señor no necesita templos magníficos, sino corazones generosos, Conrad. Trato de socorrer las calamidades de estas gentes. Precisamente en este instante partía a visitar a unos enfermos.

—Una encomiable tarea, padre. Pero, si me lo permitís, que vos os dediquéis a ello es casi una ofensa al Señor. Valéis mucho más que todo esto. ¿Os imagináis el bien que podríais hacer con vuestra formación y vuestro ascendiente sobre las gentes si os decidierais a participar de forma más activa en la Reforma?

El gesto de extrañeza de Baltasar duró apenas unos instantes. Aquello explicaba la visita del estudiante. Conrad se había hecho inseparable de Andrés Carlstadt y Gabriel Zwilling. El muchacho tenía una sorprendente facilidad para aparecer siempre allá donde más revueltas estaban las aguas. Probablemente, fascinado por la verborrea del agustino Zwilling y honrado por la amistad que le demostraba Carlstadt, se había puesto de parte de los radicales. Y estos, conocedores de la amistad que los unía, lo enviaban a él para atraerlo a su facción. Ahora que Lutero faltaba debían de creer que el momento para hacerse con el timón de la Reforma había llegado.

Mas Conrad había errado el tiro. El muchacho, en su inexperiencia, trataba de apelar a la vanidad del fraile, confundiendo móviles propios con ajenos.

—Se me hace tarde. Si me acompañas, podrás explicarme con más detalle a qué te refieres.

Sin darle oportunidad de replicar, el fraile se dirigió hacia una de las bocacalles que desembocaban en la explanada. El muchacho no tardó en seguirle.

—Me refiero, padre, a que el Señor es sabio en sus designios. Él os ha colmado con sus dones y os ha traído hasta Wittenberg porque espera de vos que le sirváis, como lo espera de todos nosotros.

Sin dejar de escuchar, Baltasar se internó por las callejuelas.

—¿Ya no llevas la toga de estudiante, Conrad?

—El Señor no desea estudiantes de Teología, sino luchadores comprometidos con su causa.

Baltasar había oído aquellas mismas palabras en boca de Andrés Carlstadt. El viejo profesor de Teología rechazaba su profesión, incitaba a los alumnos a dejar las

aulas y reclamaba una vuelta a la naturaleza y a la senda del Señor. Últimamente todo el mundo parecía tener muy claros cuáles eran los designios del Señor.

Llegaron a una barraca de adobe y paja que solo conseguía mantenerse en pie porque se apoyaba en sus vecinas. El agujero que hacía las veces de puerta más semejaba hura de lobos que habitáculo humano, tal era la negrura que escondía. En el exterior, un arrapiezo desnudo de cuatro o cinco años jugueteaba con un perro que solo conservaba unos pocos mechones de pelo sobre la piel. Baltasar saludó al niño con una caricia y, sin detenerse, penetró en el interior.

Conrad apenas pudo reprimir el asco que le producía la perspectiva de entrar en aquel cubículo. Mas, cogido de sorpresa en mitad de una frase, no tuvo otro remedio que seguir al fraile.

Tardaron unos instantes en acostumbrar las pupilas a la oscuridad. Un zumbido de moscas y un hedor de orines y moho llenaba la estancia. Conrad vislumbró, sobre un poco de paja medio podrida que alguien había acumulado en un rincón, el cuerpo vencido de una anciana. Ya Baltasar se había inclinado sobre ella y le susurraba palabras de consuelo.

El fraile indicó al muchacho por gestos que se agachara a su lado para ayudarle a voltear a la anciana:

—La pobre lleva tanto tiempo sin moverse que su cuerpo es pura llaga.

Venciendo la repugnancia que sentía, Conrad acertó a hacer lo que le pedían, aunque no pudo evitar un estremecimiento al pensar en la profusión de chinches y piojos que debía de guardar la paja. Iba a tener que refregarse a fondo la piel cuando regresara a su casa.

—Está sola en el mundo. Su hija, la madre de la criatura que habéis visto fuera, se marchó hace unos días sin previo aviso. Del padre no sabían hace años, así que ahora no tienen a nadie.

—¿Y el crío?

—Unas vecinas le dan algo de comer de cuando en cuando, pero aquí a nadie le sobra el alimento —iba a decirle que no tardarían en llevarse a la anciana y al niño al hospital, pero por alguna razón no se sintió con ganas de explicarle a Conrad los acontecimientos de los últimos días. Ya se enteraría, tarde o temprano.

La espalda de la vieja era pura úlcera sangrante. Conrad reprimió la arcada que le venía a la boca: sobre la piel desgarrada se movían un sinfín de pulgas negruzcas. El fraile extrajo de su morral un trapo y vertió sobre él un líquido oscuro que guardaba en un frasco. Comenzó a limpiar las llagas de la anciana con delicadeza. Su rostro mostraba una expresión reconcentrada mientras proseguía con su labor.

—¿No se queja?

—La pobre ya no siente nada.

Conrad se levantó y retrocedió unos pasos, hasta el centro de la estancia, tratando de controlar una arcada que le sacudía. El techo de paja, infestado de telas de araña, rozó su cabeza. Ahogó un gemido de asco y volvió a inclinarse al lado de la anciana.

Baltasar no dijo nada.

—Como os decía —trató el muchacho de retomar la conversación para no pensar en lo que tenía delante—, no dudo de que vuestra labor aquí sea útil, pero no podemos permitirnos perder las cualidades y la formación de un hombre como vos.

Baltasar no dejó de observar que ahora el estudiante ya hablaba de la Reforma en primera persona, como si él mismo fuera parte fundamental de la misma.

—Si queremos que tanto esfuerzo por recuperar la esencia del mensaje evangélico no se pierda, es necesario que cada uno de nosotros dé lo mejor de sí. Y vos, padre, sois un hombre que sabe convencer a la plebe. Con vuestra ayuda todos los desheredados nos seguirían. ¿Quién podría detenernos en ese caso?

Baltasar apenas escuchaba. Había querido traer al muchacho consigo para darle una lección de humildad, aunque comenzaba a pensar que se había equivocado. La vanidad de los veinte años y el ansia de gloria cegaban a Conrad. De alguna forma, el estudiante presentía que cuanto más revuelta estuviera la situación, más rápidamente podría él medrar en fama y honores. Por eso se había decantado por Carlstadt y Zwilling. Lutero era demasiado lento y su juventud reclamaba acción, rapidez.

O no, quizá se equivocaba. Quizá el muchacho tuviese una fe firme y un deseo sincero de colaborar en la difusión del mensaje evangélico. Al menos estaba allí, a su lado, sosteniendo a la anciana sin emitir una queja a pesar del evidente asco que experimentaba. ¿Quién era él para juzgar a los demás?

—Pósala con cuidado.

Sacó otro frasco del morral y lo puso sobre los labios de la mujer: era una infusión de corteza de roble, buena para cicatrizar las heridas persistentes. La vieja tosió un poco y le contempló unos segundos. Luego cerró los ojos, indiferente.

Baltasar se levantó. A la pobre mujer ya no le restaba mucho tiempo. Dudaba de que sus pobres remedios sirvieran para algo. Él no había estudiado medicina ni nada por el estilo. Sus pobres conocimientos más venían de la experiencia que de la ciencia. Y a fe que la necesidad le estaba enseñando mucho, pero quería que aquella mujer muriese reconfortada por una mano amiga y no como un perro abandonado en el camino. Esa misma tarde, sin falta, la llevarían al hospital.

Conrad también se había levantado y le observaba con atención. En su expresión se mezclaba un resto de repugnancia con la satisfacción por haberla vencido, la impaciencia con el respeto.

—Salgamos.

No hubo que repetírselo al estudiante.

Cosme, el criado, los contempló con desinterés. Permanecía tieso en el centro de la calleja con una expresión adusta en el rostro. Ni uno solo de los chiquillos que pululaban por las chabolas había osado acercársele.

Baltasar sacó una manzana de su morral y se la acercó al nieto de la anciana, que seguía jugando con el perro en medio del barrizal. Al niño se le iluminaron los ojillos y comenzó a mordisquear con fruición. El fraile le acarició la cabeza.

—Entonces, ¿qué decís? —inquirió Conrad sacudiéndose sus ropas—. ¿Os dais cuenta de que la situación es extrema y de que debemos actuar con rapidez para que la Reforma se consolide?

Una sombra de tristeza le veló la mirada. El muchacho estaba tan repleto de grandes palabras que no veía lo que tenía delante.

—He de continuar mi ronda. ¿Me acompañáis?

Conrad palideció visiblemente. El fraile se compadeció de él:

—Está bien, está bien. Decís que la situación es extrema.

—Sí, padre —afirmó el estudiante con un brillo esperanzado en sus ojos.

—¿Qué hay más extremo que esto, Conrad? —hizo un amplio ademán, abarcando el poblado—. ¿Qué hay más urgente?

## 6

Nada más atravesar las puertas de entrada a la ciudad, Conrad respiró aliviado. Había regresado a paso vivo, indiferente al barro que manchaba sus botines de piel y a los mendigos que trataban de detenerle. Cosme, el italiano, trotaba tras él.

Aquel condenado fraile creía que podía jugar con él. Desde el principio le había tomado el pelo, haciéndose el ignorante para obligarle a acompañarlo en sus absurdas visitas. Pero, ¿quién se creía que era? ¿Si todo lo que tenía se lo debía a él, a Conrad Eisner! ¿No fue él quien lo descubrió en la plaza del mercado de Leipzig? ¿No lo presentó a Melanchthon y a los demás? ¡Incluso pagó su alojamiento y el de la mala bestia que le acompañaba, el gigantón pelirrojo aquel, Hans, en la posada! ¡Hasta el hábito que vestía se lo había regalado él!

Así se lo agradecía. Tomándole el pelo, obligándole a sujetar a aquella asquerosa vieja. Se estremeció al recordarlo. La verdad es que había que tener redaños para hacer lo que hacía el frailuco, eso era de ley reconocérselo. ¡Y se le veía tan sereno, tan concentrado y sonriente mientras le lavaba las llagas a la vieja! ¿Acaso era de piedra el maldito? ¿Qué necesidad tenía de enterrarse en ese infierno de las chabolas, como si la ciudad entera no le importase en absoluto? ¡Soberbia, eso era, aquel fraile tenía el corazón rebosante de soberbia, tanta que necesitaba humillar a los demás y gritar que él era mejor, que él hacía lo que nadie!

Carlstadt le había pedido que tratara de convencer a Baltasar de que les prestara su apoyo. ¿Qué iba a decirle ahora al teólogo? ¡No podía presentarse en su casa, sencillamente, y contar que había fracasado!

—¿A casa, señor?

Se había detenido en medio de la calle. El criado le observaba con cierta preocupación.

—¡A casa, a casa! ¿Cómo quieres que me presente ante Carlstadt y Zwilling sin haber obtenido lo que me pidieron? ¡Ese fraile es un pozo de soberbia!

Cosme esperó a que su amo se desahogase. Conocía bien al estudiante y sabía que cuando estaba enfadado solo se escuchaba a sí mismo. Bien, no solo cuando estaba enfadado...

—¿Qué puedo hacer?

—¿No era el fraile muy amigo de ese muchacho carpintero?

—¿A qué viene eso? ¡Menudo elemento ese Hans, más simple que una vaca lechera!

—Quizá, si convencéis a Hans de que hable con él...

Conrad se quedó contemplando al italiano mientras se acariciaba la barba con la mano derecha.

—¡Por supuesto! ¡Ah, cómo no lo pensé antes! Si alguien puede convencer a ese testarudo, sin duda es Hans.

No le hacía demasiada gracia la perspectiva de pedir un favor al aprendiz de carpintero. Entre los dos nunca había habido demasiada simpatía. Hans le miraba con hostilidad, como si no pudiese soportar la envidia que la desahogada posición del estudiante le causaba. Pero Cosme tenía razón, el padre Baltasar escucharía a Hans.

—¿Sabes dónde encontrarlo?

—Trabaja en el taller de maese Otto, detrás de la iglesia de Saint Marien.

—Vamos allá, pues.

—¿No preferís antes pasar por casa, para limpiaros el barro de los zapatos?

—El barro puede esperar. ¡Total, para ir a una carpintería tampoco hace falta vestirse de gala!

Sonaban las campanas de las iglesias anunciando la hora de sexta cuando llegaron a la carpintería.

—¿En que puedo servirlos, joven señor? —Maese Otto se dirigió a ellos.

Conrad, altivo, echó un vistazo al interior del taller. Había varios individuos trabajando, entre ellos un mozalbete pequeño y con pinta de traste que le observó con insolencia. Pero no se veía a Hans por ninguna parte.

—Busco a un aprendiz que tenéis bajo vuestras órdenes, un joven corpulento de pelo rojo que responde al nombre de Hans.

En eso, una joven penetró en la estancia seguida muy de cerca por una criada cargada con una cesta de alimentos. Conrad se volvió hacia ella y sus ojos se abrieron por la sorpresa. La muchacha vestía un traje que resaltaba sus senos e iba tocada con una redecilla de perlas que acentuaba la palidez de su rostro. Le pareció una visión celestial. ¿Cómo era posible que una belleza tal le hubiera pasado desapercibida en la ciudad? Estaba seguro de que nunca antes había visto a la muchacha.



Sin hacer caso de la respuesta del maestro carpintero, incapaz de desviar su atención de la aparición, Conrad se inclinó en lo que él consideraba una grácil reverencia. Se la había enseñado Cosme, que para algo era italiano, y todo el mundo sabía que los italianos eran maestros en el arte del cortejo.

—*Buon giorno, bela signorina. Come sta?*

Aquello también se lo había enseñado Cosme. Las mujeres solían quedar deslumbradas por la gracia de la lengua italiana.

La recién llegada no sabía cómo reaccionar. Venía pensando en el precio del pescado que acababa de comprar en la plaza y en lo injusto que era que ella tuviera que dedicarse a tales menesteres y de repente se encontraba con un joven en su misma casa, un elegante y apuesto noble —porque *tenía* que ser noble, bastaba echar un vistazo a la factura de sus ropas, algo deslucidas, eso sí, por el barro que salpicaba sus botines— que la saludaba en italiano. Aturdida por la impresión, se quedó plantada, llamándose estúpida, incapaz de hacer otra cosa que no fuera abrir los ojos como platos.

Fue maese Otto el que salvó la situación. Con una sonrisa que amenazaba con descoyuntarle las mandíbulas, el maestro se dirigió a Conrad y comentó, pletórico de orgullo:

—Permitidme que os presente a mi hija, Friedericke, a la que Dios nuestro Señor ha colmado de gracia. ¿No os parece, en verdad, la más adorable de las criaturas? —y el hombretón se quedó allí plantado, olvidados sus quehaceres, contemplando con arrobo al prodigio de la naturaleza que había salido de su mismísima simiente.

—*Quando il grano é maturo, il mietitore lo miete!* —exclamó, incontenible, Conrad. No sabía muy bien qué significaba aquello, pero Cosme lo repetía a menudo y, en cualquier caso, solía servir para que las muchachas se desmayasen a sus pies. Así que aquella preciosidad era la hija del artesano. Vaya, quién lo iba a decir. Por un segundo había pensado que era hija de familia principal. Pero bueno, así sería más fácil conquistarla. Porque nada más verla se había hecho el firme propósito de seducirla—. ¡Por todos los dioses que os quedáis corto describiéndola, maestro carpintero! ¿Adorable? ¡Hasta Afrodita, diosa del Amor, caería rendida de envidia a sus pies!

Mientras se ensanchaba aún más la sonrisa del carpintero, Conrad vislumbró por el rabillo del ojo al aprendiz renacuajo que le había contemplado con insolencia al entrar. A aquel mequetrefe le bailaba la burla en los ojos. Iba a tener que ocuparse de él, más tarde.

Volvió su atención a Friedericke, que esbozaba lo que pretendía ser una graciosa reverencia de saludo, aunque la altura de las plataformas que calzaba le dificultaron considerablemente la maniobra.

—Permitidme que me presente, *divina signorina*. Conrad Eisner, de los Eisner de Brunswick, afamados armeros, para servirla a usted —como le pareció entrever una sombra de decepción en el rostro de la muchacha, quizá por la ausencia de la

partícula *von* en el apellido, se apresuró a añadir—: Aunque descendiendo por vía materna de una noble familia toscana, a la que los avatares de la guerra y las intrigas cortesanas alejaron temporalmente de la tierra de sus ancestros.

Era todo falso, por supuesto, pero siempre funcionaba. Las mujeres se deshacían por consolar a un afligido príncipe en el exilio. Cosme le observaba impertérrito desde la entrada.

—Quizá en alguna ocasión os apetezca escuchar la trágica historia de mi familia. Friedericke estaba fascinada.

—Me encantaría, señor... —consiguió balbucir la muchacha.

—Perdonadme el atrevimiento —Conrad estaba ya lanzado—, *fräulien*, pero no puedo dejar de admirar vuestro exquisito gusto para el vestir —la mirada del estudiante recorrió con descaro a la muchacha, se detuvo en los abultados senos y descendió hasta los elevados pies—. Esos zapatos que lleváis son realmente deliciosos.

Una carcajada apenas reprimida, procedente del lugar en el que el maldito aprendiz trabajaba, distrajo a Conrad. Pero Friedericke le contemplaba con arrobos. ¡Y pensar que Hans le decía que estaba más guapa sin arreglarse! Si por Hans fuera, Friedericke vestiría de simple paño y con el pelo suelto, como una campesina. Pero aquel joven sí sabía apreciar sus esfuerzos por resultar atractiva.

Maese Otto comenzaba a pensar que aquel figurín estaba propasándose con su hijita. Parecía querer desnudarla con la mirada. La idea no le agradó lo más mínimo:

—Preguntabais por Hans, el aprendiz.

Conrad se volvió hacia el carpintero, fastidiado por su intervención:

—Sí, sí...

—Lamento deciros que ha salido de la ciudad —se acercó al joven y, bajando la voz, prosiguió en un tono confidencial—, un servicio personal para los padres reformadores.

Aquello desconcertó a Conrad. ¿De qué hablaba el estúpido carpintero? ¿Hans, de viaje para la Reforma? ¿Qué tipo de viaje? ¡Y él sin saber nada! No, debía de tratarse de una equivocación. Absurdo, totalmente absurdo.

—Pero no os preocupéis —prosiguió el carpintero—, pues cualquier encargo que quisierais hacerle al muchacho, nosotros lo realizaremos. ¿Acaso un arcón? ¿Algún juego de ajedrez, quizá? ¡Estáis en buenas manos, no lo dudéis!

—No, no... —Conrad no conseguía concentrarse. Tenía que comentarlo con Carlstadt, él sabría de qué se trataba—. Hans es un conocido y, aprovechando que pasaba por aquí, me dije que no estaría de más saludarlo.

—¡Pues sí que tiene amiguitos extraños el bueno de Hans! —murmuró sin poder contenerse el pequeño *Luchs*, el aprendiz que no quitaba ojo de Conrad. Este le lanzó una mirada furibunda, pero, confundido por la revelación de maese Otto, decidió hacer caso omiso del chico.

—¿Hans es amigo vuestro? —Friedericke no salía de su asombro.

—Sí, bueno, conocido más bien... Digamos que me he visto en el deber de auxiliarlo en alguna ocasión en el pasado.

Cosme carraspeó. Se estaba haciendo tarde.

—Bien, maese Otto, volveré otro día, entonces —lo dijo mirando significativamente a Friedericke, que sintió que se le subían los colores a la cara y se le iluminaban los ojos. Conrad se volvió hacia ella—. Ha sido un inesperado placer, *signorina*. Un inesperado e inmenso placer.

—Volved cuando gustéis —acertó a responder la muchacha, que hacía lo imposible por insinuarse sin que su padre se percatara de ello—. Os estaremos aguardando con impaciencia.

Con la mirada aún prendida en los ojos de la moza, Conrad se dirigió hacia la puerta. Desde luego que volvería. Aquella hembra prometía ser más ardiente que las mismísimas fraguas de Vulcano.

—Por cierto, maese Otto, no es cosa mía deciros cómo habéis de llevar vuestro negocio, pero me ha sorprendido mucho que un establecimiento de la categoría y el buen nombre del vuestro admita aprendices tan insolentes y desvergonzados como ese muchacho del fondo —señaló a *Luchs*—. Si pretendéis que hable bien de vuestra casa, deberíais darle un escarmiento.

## Capítulo IV

### Bretaña Verano de 1526

#### 1

El conde de Châteaubriant examinó con detenimiento a su esposa. Muy a su pesar, la encontró insultantemente hermosa. La mujer se había preparado para la entrevista. Llevaba un vestido de cuello alto y una falda larga, bordada en oro y plata, que le ceñía la cintura y disimulaba el reciente parto. Contempló sus grandes ojos azules, su piel blanca, de una delicadeza excepcional, y maldijo mil veces al rey y a su suerte.

El aspecto de Françoise de Foix no dejaba lugar a dudas sobre su origen. La mujer llevaba escrito en el porte, en los rasgos suavemente modelados y en la desenvoltura de sus movimientos que procedía de una de las más encumbradas familias francesas. Por sus venas corría sangre de reyes. Su prima, Germaine de Foix, había sido reina consorte de Aragón por su matrimonio con Fernando el Católico.

La mujer, de pie al lado de un arca primorosamente tallada, le devolvió la mirada con indiferencia, incluso con desprecio. El conde sonrió quedamente al percatarse del gesto de su esposa. A él no le engañaba con toda esa arrogancia. Podía oler su miedo. El miedo al dolor. Bajo el semblante altivo, bajo la mirada orgullosa, Françoise de Foix temblaba. ¡Y temblaba como una niña pequeña por él!

Jean de Laval sintió que le dominaba la excitación. Aquella mujerzuela, a pesar de toda su soberbia y todo su envaramiento, le temía. ¡Ella, que desde su boda a los doce años había sido separada de su marido para convertirse en una prostituta, una ramera de lujo, la amante del rey! Pero el rey se había cansado de Françoise. Ya tenía otra cortesana para calentarle la cama, Ana de Pisseleu, la duquesa de Etampes. Tras regresar de su prisión en España, el monarca había apartado a Françoise de su lado. ¡Y se la había enviado de vuelta, como si tal cosa, después de años de alejamiento!

Pero ella le temía. Y si algo excitaba a Jean era que le temieran. Percibió la erección de su miembro bajo las calzas. Sin poder contenerse por más tiempo, avanzó hacia su mujer, levantó el bastón que llevaba en la mano y se lo hundió con rabia en el vientre. Françoise de Foix se dobló por el dolor y el conde aprovechó el momento

para zurrarle en la cadera con fuerza.

La golpeó con saña, sin piedad. La condesa se retorció, vencida sobre el arca, acusando con gemidos cada palo que recibía. Durante un buen rato, en la habitación solo se oyeron los golpes del bastón, la respiración entrecortada del conde y los gemidos sofocados de Françoise, que se protegía la cabeza con los brazos.

La muy ladina no gritaba. El conde, que esperaba aullidos de dolor y ruegos de clemencia, terminó por perder el interés. Se sentó y esperó a que Françoise se recuperase.

—¿Dónde habéis enviado al niño? —preguntó al cabo.

La mujer le dirigió una mirada cargada de odio. Con el pelo en desorden y el rostro contusionado, ya no parecía tan hermosa.

—¿Realmente pensáis que voy a decíroslo? —murmuró Françoise, tratando de contener el dolor. Le costaba respirar.

Jean sonrió con crueldad y acarició el bastón:

—Sí, realmente creo que me lo vais a decir.

La mirada de la condesa se endureció:

—Si volvéis a tocarme, el rey se enterará y vuestra vida no valdrá un ardite.

Una risa breve, áspera, brotó de la garganta de Jean de Laval:

—¿De verdad creéis que le importáis a alguien? ¡El rey! ¡Ése no recuerda ya ni quién sois!

Un hilillo de sangre de una brecha en la cabeza se deslizó por la frente de Françoise.

—Yo no soy una campesina de esas que moléis a palos y forzáis en el bosque, monstruo —alzó el rostro, desafiante, orgullosa a pesar de la paliza—. Soy una Foix. Sois un iluso si pensáis que podéis matarme y salir impune.

—No soy tan estúpido, querida. No pienso mataros..., de momento. Pero, ¿quién intervendrá porque un marido corrija con algunos golpes a una esposa notoriamente casquivana?

—¿Algunos golpes? Hideputa, me habéis dado una paliza —jadeaba, le costaba hablar, debía de tener más de una costilla rota.

Un destello de diversión asomó a los ojos del conde:

—No habrá sido para tanto..., no para que los rumores vayan mucho más allá de los muros de Châteaubriant —adoptó un tono melifluo—. Pero querida esposa, comprendedme, no puedo permitir que mi primogénito, mi amado vástago, desaparezca. ¡Qué dirían de mí si no me preocupase por la suerte de la criatura! Eso sí que podría traerme problemas. Sobre todo, teniendo en cuenta quién es su agosto... progenitor.

«No sabéis realmente cuán agosto es», pensó Françoise. Y tuvo la certeza de que, en manos de Jean de Laval, el niño sería una moneda de cambio, una herramienta de la que no vacilaría en deshacerse cuando ya no le fuese útil.

Durante unos instantes permanecieron en silencio, retándose con las miradas.

Después habló el conde y su voz sonó cortante cual acero de cimitarra:

—No os daré otra oportunidad, Françoise. Podéis callar dónde está el bastardo, pero os advierto que, si no regresa, no saldréis con vida de este cuarto.

La mujer le dirigió una mueca cargada de desprecio. Luego se volvió, ignorándolo. Trató de erguirse y dirigirse hacia la ventana, pero le fallaron las fuerzas, trastabilló y fue a dar contra el suelo. Jean de Laval se agachó sobre el cuerpo vencido de su mujer y le susurró al oído:

—Recordad que vuestra familia está muy lejos. El rey no tardará en olvidarse de vos y, después, ¿a quién le importará la muerte de una fulana, por muy Foix que sea? Ni siquiera aunque esa muerte sea especialmente larga y dolorosa.

El conde soltó una risa desdeñosa que resonó como un bufido en la amplia estancia. Se irguió lentamente y contempló el cuerpo vencido de la mujer en el suelo. Terminaría doblegándola. Lo sabía, lo sabía más allá de toda duda. La doblegaría, sí.

Salió a grandes trancos de la habitación. Una vez fuera, ordenó a los dos hombres de armas, que le esperaban en el pasillo, que montaran guardia ante la puerta de la condesa. Que no dejaran entrar ni salir a nadie sin su expreso consentimiento. Más sosegado, se encaminó hacia su gabinete.

Poco más había obtenido que el deleite de contemplar el terror en los ojos de Françoise, pero de momento era suficiente. Recordó la mirada atemorizada de la condesa y volvió a sentirse excitado.

Françoise era un reto. Tenía que controlar el odio que le consumía, que le impulsaba a darle una muerte sangrienta. No podía concederse ese lujo. Aún no. ¡Tantos años en la corte planeando la venganza, mientras Françoise pasaba a su lado sin verle y retozaba con el rey, ajena a su destino! Por fin la tenía en sus manos, pero debía ser fuerte, esperar. Antes tenía que someterla, hacer de ella un muñeco de trapo atento al más pequeño de sus deseos. Después sí, después la mataría, lentamente, disfrutando de su venganza, haciéndole pagar por cada uno de los días en que le había engañado con Francisco Valois. ¡Él, Jean de Laval, no era ningún cornudo! Pronto la muerte de Françoise ya no representaría ningún obstáculo a su ambición.

Como esperaba, no le había dado ninguna información. Poco le importaba, en el fondo. No había muchos lugares a los que hubiese podido enviar al niño. Cualquier cosa que sucediera entre Saint-Maló y Nantes acababa llegando a sus oídos tarde o temprano. Incluso así, se dijo el conde sin poder reprimir una mueca de disgusto, no había sido tan buena idea alejarse del castillo cuando el parto estaba tan cercano. Había pretendido dejarle claro al mundo que no se sentía obligado para con una mujerzuela que regresaba a casa de su esposo con un feto en el vientre, pero en ningún momento se le pasó por la cabeza la idea de que la muy zorra se atrevería a hurtarle al bastardo.

El estúpido capitán de la guardia que había dejado salir al carro con la partera y el bebé bailaba ya en una horca a la entrada del castillo. ¡El muy memo incluso había pretendido excusarse con el cuento de que las órdenes del conde eran no dejar salir a

la condesa, pero que en ningún momento se había mencionado a su hijo!

Daba lo mismo, al cabo. Françoise no tenía muchas opciones; lo más probable era que hubiese enviado al niño a Rennes para colocarlo bajo la protección de los duques o del obispo. Más allá, imposible. ¿Cómo organizar un viaje largo con los limitados medios que había dejado a su disposición? Por suerte, Jean había sido previsor en ese punto. No, el niño probablemente se hallaba en Rennes. Pronto lo confirmaría, en cualquier caso.

No podía dejarlo escapar. ¡Llevaba demasiado tiempo intrigando, tolerando lo intolerable para hacerse una posición en la corte, para convertirse en uno de los poderosos de Francia! Jean de Laval sintió que le rechinaban los dientes por la frustración. Había contado con ese recién nacido para convertirse en gobernador de la Bretaña. ¡El bebé era hijo del rey! El trato con la duquesa de Etâmpes, la nueva puta real, era bien claro: el bastardo a cambio del cargo. Prefería no pensar en lo que podía suceder si no se hacía rápidamente con el niño. La amante del rey tenía fama de ser muy poco paciente.

El ambiente del gabinete le oprimía. La visión Françoise de Foix a sus pies, retorciéndose de dolor, volvió a su mente. Por un momento, pensó en cómo habría sido su vida, si aquella mujer no le hubiera sido arrebatada nada más contraer matrimonio. Quizá entonces las cosas habrían sido diferentes.

¡Era tan hermosa!

Jean agitó la cabeza. Se había excitado con el recuerdo de la mujer. Necesitaba una buena potra para desfogarse. Saldría a cabalgar. En verano no sería difícil encontrarse con alguna campesina por los campos.

El niño era la clave de su futuro. No dejaba de ser irónico que un bebé, al que odiaba con todas sus fuerzas, pudiera concederle lo que más ansiaba en el mundo.

Enviaría un hombre a Rennes, a la caza del bastardo.

## 2

—Nos conformamos con cualquier cosa, buen hombre, una habitación para nosotras y un poco de heno para el caballo bastará.

El posadero las examinó de arriba abajo.

—Quizá me quede un cuarto libre. No es muy grande, pero con lo de la feria... Seguidme, os indicaré el camino. Aunque tendrán que conformarse con un solo jergón para las tres.

Las tres mujeres respiraron aliviadas. ¡Por fin! Llevaban toda la tarde dando vueltas de un extremo a otro de la ciudad, buscando alguna posada donde alojarse. Al día siguiente se celebraba la feria estival y en la villa no quedaba una sola cama libre.

—Es igual, es igual, cualquier cosa servirá —repitió la señora Dupont—. Nos arreglaremos, no os preocupéis.

El posadero, un individuo de mirada algo bovina, les precedió con una palmatoria por un pasillo mal iluminado.

—Habéis tenido suerte, sí señor, suerte de verdad —iba comentando a medida que avanzaba con un andar bamboleante—. Precisamente hace un momento me ha quedado libre el cuarto, sí señor. El matrimonio que lo ocupaba ha tenido que regresar a su pueblo —se inclinó hacia la Dupont y prosiguió en tono confidencial—: un desgraciado asunto, sí señor. Al parecer, la hija mayor ha aprovechado la ausencia de los padres para fugarse con un carretero. Unos vecinos los avisaron. ¡A dónde vamos a ir a parar! Los jóvenes, ya se sabe, cada vez más alocados.

La habitación no era sino una estancia interior sin ventanas. A la luz de la palmatoria se veía un jergón de paja y un arcón en una de las paredes. Las mujeres ya desesperaban de encontrar algún sitio y lo dieron por bueno.

—Si deseáis cualquier cosa, preguntad por maese Fabrice —el posadero se las quedó mirando, una mueca fanfarrona en el semblante—. Fabrice, ese soy yo. Como su señoría el obispo, Fabrice —aclaró, al ver que su declaración no conseguía ninguna reacción en las mujeres—. Claro que yo no soy obispo, no señor... .

Se alejó pasillo adelante, riendo para sí. Cualquiera diría que acababa de contar un chiste.

Las mujeres se miraron consternadas. Brigitte se sentó en el jergón y comenzó a acunar al niño. Paulette lo contempló con ternura. Aquella criaturita era preciosa. Con su pelito rubio y sus ojos azules, estaba para comérselo a besos.

Brigitte no cesaba de asombrarla. A pesar del rechazo de los criados en casa del obispo y de la ausencia del prelado, la muchacha no había hecho el menor gesto de decepción. Paulette comenzaba a pensar que a la nodriza le daba lo mismo una cosa que otra. Ella, sencillamente, hacía lo que le mandaban. Si le decían que diera de mamar, daba de mamar; si le decían que fuera a Rennes, iba a Rennes.

Se dejó caer en el jergón. ¿Es que no tenía sangre en las venas? Con dificultad, consiguió contener su irritación. ¿Qué le importaba lo que le sucediese a Brigitte? ¡Ella lo que quería era regresar a Châteaubriant y ver a Alain! A aquellas horas el escudero estaría flirteando con cuanta moza se le hubiera puesto a tiro. Cada vez que pensaba en todo lo que le había sucedido... ¡Estaba tan cansada! Le daba la sensación de que habían pasado siglos desde la última vez que había dormido en una cama.

La señora Dupont contempló a las dos muchachas y al bebé. Su rostro mostraba las huellas de la preocupación y dos bolsas bajo los ojos acusaban la falta de sueño. Su cabeza no paraba de dar vueltas. ¡Si hubiera sabido en qué se metía cuando accedió a



los deseos de la condesa! Entonces le había parecido algo sencillo, solo se trataba de llevar al niño a Rennes y dejarlo en manos del obispo. Una buena forma de obtener unas monedas extra y de ganarse la estima de Françoise de Foix. Siempre era bueno llevarse bien con los poderosos, había pensado. Además, por lo que le contó la parturienta, el recién nacido no tenía muchas posibilidades de sobrevivir si se quedaba en Châteaubriant.

Pero, inexplicablemente, todo se retorció. ¿Cómo era posible que la condesa no supiera que el prelado se encontraba con su marido en el coto de caza?

O sí lo sabía. Françoise debía de saberlo y, a pesar de ello, las había enviado a Rennes con la esperanza de que el obispo regresase pronto. Por eso le había dado tanto dinero. Porque ya contaba con que tendrían que pasar unos días en la ciudad. ¡Qué descabellado plan y qué estúpida había sido al dejarse embaucar! Realmente tenía muchas posibilidades de terminar en una de las mazmorras de la fortaleza de Châteaubriant. Jean de Laval no era hombre que olvidase las afrentas, como bien sabían sus vasallos.

Quizá... Quizá si devolvía al niño, el conde se olvidase de ella. Un hombre como él no perdería el tiempo en vengarse de una simple partera. Sí, su vida podría volver a ser la de siempre. Que Françoise de Foix afrontase su destino, puesto que ella misma lo había forjado.

Pero antes le daría una oportunidad al bebé: se lo había prometido a la condesa y era su deber como cristiana. Al día siguiente se acercarían de nuevo al palacio episcopal. Si el obispo no había regresado y no conseguían que ningún criado las condujese hasta el arcediano, el tal Pascal, esperarían en la plaza e intentarían abordarlo fuera. Y si ni en la calle quería atenderlas, regresarían a Châteaubriant. Ellas no podían quedarse con el niño indefinidamente. ¡No era su problema! Si el arcediano no las recibía, interpretaría que la voluntad de Dios era que volvieran a Châteaubriant.

### 3

Jean Baptiste Pascal, arcediano del cabildo catedralicio de la ciudad de Rennes, descansaba en un sillón de la biblioteca del palacio episcopal. Sus pies, embutidos en unos botines de cuero español, reposaban sobre un escabel primorosamente tallado y sus manos, vencidas sobre el regazo, sujetaban sin fuerza varios documentos. Todo en él, desde la exquisita factura del balandrán que vestía hasta el delicado encaje de las

medias, delataba a un hombre pulcro y refinado, un hombre acostumbrado al lujo y al buen vivir.

Mas no era el arcediano persona indolente o relajada. Muy al contrario, el talle esbelto, los miembros fibrosos y el aspecto de la tez hablaban del gusto por la vida activa. En conjunto, la figura del eclesiástico y la regularidad de sus facciones resultaban agradables y desenvueltas, impresión que solo se matizaba al percibir la sombra de crueldad que otorgaban al rostro los labios finos, delgados cual navajas de barbero.

Había estado leyendo unos papeles relativos al gobierno de la diócesis, pero ese día no conseguía concentrarse. Algo flotaba en el ambiente que le desasosegaba y le dificultaba la concentración. Quizá fuera el aire quieto de la biblioteca o acaso la luz viva de la mañana estival, que penetraba a través de las ventanas y arrastraba consigo los reclamos de los aguadores y las voces ahogadas de palafreneros y criadas.

Paseó la mirada por la habitación. La estancia se hallaba forrada por estanterías rebosantes de libros. Salterios, beatos españoles, bendicionales ingleses, breviarios, libros de enseñanza, de medicina, de derecho, de teología o ediciones de autores clásicos cubrían los estantes. Aquello era obra suya, pensó con un prurito de orgullo, fruto de su afición por los libros, y no del obispo. Como todo en la diócesis, por otra parte. Fabrice Guillaume de Lamoignon, obispo de Rennes, era un hombre sin carácter ni inteligencia, fofo como un gusano de seda. Un pobre diablo.

Un pobre diablo enamorado, sonrió con sorna el arcediano. ¿Había algo más ridículo que un viejo sesentón, gordo como un cerdo cebado, babeando poemas de amor por una cortesana? Esa era la razón por la que el prelado pasaba largas temporadas en París. Porque iba como un perrillo faldero tras de su enamorada. ¡Y su enamorada era nada menos que la amante del rey, la condesa Françoise de Foix! Una ramera, una meretriz descocada que jugaba con el anciano, que le negaba sus favores al tiempo que alimentaba sus esperanzas con sonrisas cómplices.

Pero en los últimos meses la situación había cambiado. El rey tenía nueva amante. Caída en desgracia —¡y embarazada, además, y se murmuraba que del propio Rey Cristianísimo!—, Françoise de Foix y su marido habían regresado a Châteaubriant con el rabo entre las piernas y con el obispo de Rennes siguiendo zalamero sus pasos.

El muy tunante del prelado vivía ilusionado como un niño con la idea de que allí, en la Bretaña, le sería más fácil destacar ante la mujer, divertirla con su conversación, cautivarla con su sentido del humor y su saber hacer, sin la competencia de caballeros sofisticados, fogosos y, sobre todo, jóvenes, que tanto abundaban en la corte.

Pascal sujetaba los papeles con aire distraído. Sacudió la cabeza, enfadado consigo mismo. ¿Qué le importaban a él los ardores del obispo? ¡Mientras los sufriera, al menos no se preocuparía por el gobierno de la diócesis!

Por cierto, que no dejaba de intrigarle el asunto de las dos mujeres que el día anterior habían pretendido entrevistarse con el obispo. Se había enterado de eso, claro, como de todo cuanto sucedía en el palacio y en la ciudad. En principio, le

pareció un tema sin importancia, uno de tantos. Si no fuera porque las mujeres decían traer una carta, no le habría prestado ninguna atención.

La más joven, casi una chiquilla, era muy guapa, según le habían dicho. ¡Bah, probablemente habría vendido sus favores a algún sacerdote o al prior de alguna congregación para conseguir una carta de recomendación y así salir de la miseria! Francia estaba llena de pobres como ella, vagabundos, gente sin hogar y sin expectativas que sobrevivían mendigando y esperando un golpe de suerte que los sacase de sus miserables vidas. El arcediano lo sabía muy bien. Él mismo, huérfano desde los siete años, debía su supervivencia a haber sido recogido por unos monjes. Claro que en el monasterio demostró su aptitud para el estudio, lo que le dio la oportunidad de ordenarse sacerdote. La Iglesia, con todos sus defectos, había supuesto para Pascal la salvación terrena.

Tenía curiosidad por saber quién firmaba la carta. O, más bien, por saber quién se había beneficiado de los favores de la chiquilla. Nunca estaba de más una información. Pronto lo sabría, en cualquier caso. Las dos mujeres no tardarían en volver, siempre lo hacían. Y Pascal había dado instrucciones a la servidumbre para que las mujeres fueran conducidas a su presencia en cuanto apareciesen.

—Disculpad, reverencia.

Jean Baptiste Pascal levantó la cabeza. Desde la puerta de la biblioteca, el ayuda de cámara le observaba con aprensión.

—¿Es que no sabes llamar, cabeza hueca? —le espetó el arcediano— ¿Cuántas veces te lo he advertido?

—Disculpe vuestra reverencia, pero como dejasteis aviso de que se condujera ante vos a las dos mujeres que dicen traer una carta para el obispo.

Vaya. Se habían dado prisa en volver.

—Está bien, está bien, hazlas pasar.

Mientras Jules salía de la estancia, el arcediano inclinó la cabeza sobre los papeles que tenía en el regazo y volvió a colocar los pies en el escabel. Simuló estar absorto en la lectura. Esa fría indiferencia, ese desinterés por cuantos acudían a visitarle, nunca fallaba. Servía para marcar las distancias y conseguir que el visitante se pusiera nervioso y delatase sus intenciones. Hasta los más templados se sentían intimidados por la espera.

Las dos mujeres ya habían entrado. Estaban de pie, incómodas y sin saber qué hacer, a unos diez pasos de su sillón. Con el rabillo del ojo, Pascal las examinó con curiosidad. La mayor presentaba un aspecto tosco, con sus manazas entrelazadas nerviosamente sobre el regazo y su rostro cansado. Las ropas delataban a una mujer del pueblo, probablemente una campesina o una artesana.

La joven era otra cosa. Vestía ropas de mejor calidad, aunque arrugadas y sucias. Probablemente sería doncella de casa principal. Era hermosa, a pesar de su juventud, pues no sobrepasaría los quince o dieciséis años, y poseía una suerte de elegancia natural que llamó enseguida la atención del arcediano. Sus hermosos ojos verdes

vagaban por la estancia, la boca entreabierta, probablemente asombrada por la cantidad de libros que veía.

Las ropas de la muchacha le intrigaron. ¿Doncella de algún burgués adinerado, quizá de algún caballero de la nobleza local? Aquello no se lo esperaba. Puede que la carta no fuera de recomendación, después de todo.

Esperó unos minutos, fingiéndose absorto en la lectura. Al fin, cuando ya la joven parecía a punto de saltar, levantó la cabeza y las observó con indiferencia. Hizo un breve gesto a su lacayo y volvió a fijarse en sus papeles.

El ayuda de cámara se acercó a las mujeres:

—Dadme la carta, yo se la entregaré. Y no habléis si el arcediano no os pregunta —le oyó susurrar.

—Pero... —la mujer mayor dudaba, recelosa—, pero escuchad...

Jules le cortó, tajante, con un susurro:

—¡Silencio, mujer! ¿Quieres entregar la carta o no?

La campesina desconfiaba, no acababa de decidirse. Inesperadamente, el arcediano levantó la cabeza y sonrió con amabilidad, como si comprendiera perfectamente el mal trance que estaban pasando. Les habló con amabilidad:

—Podéis confiar en mí. Dadle a Jules la carta.

Sintiéndose pequeña y miserable en aquella estancia, con las lágrimas a punto de desbordar sus ojos, la señora Dupont entregó la carta al criado.

No había comenzado el arcediano a leerla cuando un hombre corpulento penetró en la biblioteca. Iba vestido con ostentación y llevaba un sombrero coronado con plumas de ganso. Su rostro se dilató en una sonrisa al divisar al arcediano. Sin reparar en las mujeres, avanzó con grandes zancadas hacia el sillón donde reposaba el eclesiástico al tiempo que le saludaba con efusividad:

—¡Vaya, vaya! ¡Así que es aquí donde vuestra reverencia maquina sus intrigas! ¡A fe que es digno lugar para tan esclarecida inteligencia! ¡Buenos días, sí señor, buenos días! Es un placer veros...

Pascal, cogido de sorpresa, no tuvo más remedio que levantarse y acudir al encuentro del recién llegado. Por su rostro pasó, como una exhalación, una mueca de contrariedad. No le gustaban las sorpresas. Alguien iba a pagar por permitirle la entrada a aquel fante.

Dejó la carta sin leer sobre una mesa y substituyó el gesto avinagrado por una sonrisa de bienvenida.

—Más me complace a mí vuestra visita, caballero Defourneaux.

Mientras saludaba al caballero, hizo un gesto con la mano a su ayuda de cámara indicándole que despidiese a las mujeres. Este comenzó a empujarlas hacia la puerta ante la resistencia incrédula de la señora Dupont:

—Pero... ¡Vuestra reverencia, os lo ruego, leed esa carta, es de gran importancia!

El eclesiástico cortó con un gesto todo intento de conversación:

—Yo se la daré a su señoría, mujer, y él tomará las medidas adecuadas. Id con

Dios.

El arcediano se entretuvo con Defourneaux. El hombre necesitaba dinero, pues el año había sido malo y sus pecheros no habían satisfecho el importe íntegro de las rentas, por lo que venía a pedirle a Pascal que utilizase su influencia con los judíos de Rennes para conseguirle un préstamo. Cuando consiguió desembarazarse de él, recordó la carta, la cogió del cajón y se dispuso a leerla, mas en ese instante el lacayo volvió a interrumpirle para recordarle que se acercaba el mediodía y que debía officiar misa en la catedral. Así que, resignado, guardó la carta en un cajón de su escribanía y partió hacia la iglesia.

Cuando por fin pudo regresar a la biblioteca ya mediaba la tarde. Sacó la carta del cajón y se dejó caer sobre el sillón.

La agitación se apoderó de él a medida que leía. ¡Aquella no era ninguna carta de recomendación!

—¡Jules! —llamó a su ayuda de cámara nada más terminar la lectura— ¡Jules!

En cuanto este apareció, Pascal le ordenó que buscara con urgencia a Robert, el maestro de armas del palacio episcopal.

Releyó la misiva, cada vez más excitado. ¡Y él que había expulsado a las dos mujeres sin apenas prestarles atención!

Tenía que localizarlas como fuera. Se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la biblioteca. Sí, Robert era la persona adecuada, nunca antes le había fallado. Confiaría en él.

Un hombre fornido, que rondaría la treintena, entró al fin en la estancia. Vestía una camisa de lino sucia y su rostro mostraba huellas de sudor, como si hubiera estado realizando algún ejercicio. Un talabarte de cuero le colgaba de la cintura, sujetando la espada. Pascal descompuso el rostro en una mueca de disgusto.

—Disculpad, reverencia, pero me hallaba en el patio de armas entrenando a los muchachos en el uso de la espada.

Pascal hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—No importa, no importa... Ahora hay cosas más urgentes de qué ocuparse. Tengo que encargarte una misión, Robert —fijó su mirada en él. El hombre le observaba con atención y respeto—. Necesito que encuentres a dos mujeres que han estado aquí esta mañana. Una es mayor, algo gruesa, y responde al nombre de Dupont. Es partera. La acompaña una doncella muy hermosa, de pelo negro y ojos verdes. Estarán con una tercera mujer, una nodriza, y con un recién nacido. Quizá las acompañe también algún criado o puede que soldados. Encuéntralas como sea, Robert, y llévalas a la granja de Alby. Es muy importante que nadie sepa una palabra de esto.

—¿Por dónde empiezo a buscarlas? ¿Y qué les digo?

El arcediano reflexionó un momento:

—Busca primero en las posadas. Con un poco de suerte todavía no habrán

abandonado la ciudad. Apresúrate. Cuando las encuentres, síguelas con discreción hasta que puedas abordarlas sin sospechas. Diles que vas de mi parte, que conozco su problema y lamento no haberlas atendido antes.

—¿Sucede algo? —se atrevió a preguntar el hombre de armas.

Jean Baptiste Pascal clavó su mirada en el rostro franco y bien parecido de Robert.

—No hay tiempo para explicaciones, pero muchas cosas dependen de lo que le ocurra a esas mujeres —afirmó, pensativo.

Salía ya el hombre de armas.

—Una cosa más, Robert. Lo más importante es el niño. No debe sucederle nada. ¿Está claro?

Las ciudad de Rennes rebosaba. Con la feria estival, una multitud de campesinos, mercachifles, pícaros y mendigos invadía las callejuelas, desbordaba las plazas y atestaba las posadas. Por todas partes la muchedumbre vagaba de un puesto a otro, de una atracción a la siguiente, presa del encantamiento de juglares, músicos y saltimbanquis venidos de todos los rincones del reino para sacar los dineros a los ingenuos. Puestos de vino y cerveza, de pasteles de hojaldre y de bizcochos de almendra, improvisados tenderetes que servían arenques en aceite, empanadas de anguila, conejos escabechados, broquetas de pichones y los más variados manjares salpicaban las plazas y mezclaban los aromas de fritangas y dulcerías con el olor áspero de los excrementos de las cabalgaduras.

Robert recorrió las calles blasfemando por lo bajo. ¿Cómo iba a encontrar a tres campesinas y un bebé en medio de semejante aglomeración? Si al menos las hubiera visto una vez, podría reconocerlas, pero de ese modo...

Avanzaba, pese a todo, lentamente, atento a los rostros que se cruzaban con él. Su atuendo y su espada servían para que la multitud mostrara cierto respeto, pero ni así conseguía esquivar los empujones. Descuideros y timadores debían de estar haciendo su agosto.

En un extremo de la rue de Chapitre, un puesto de cerveza le tentó. Se acodó en un endeble mostrador y pidió que le sirvieran un trago.

Le pusieron delante una cerveza agria y desbravada que aligeró con ansia. ¡Maldito calor! Con la canícula encima, la ciudad se convertía en una forja gigante, un condenado horno que iba a terminar por cocerlos a todos. Robert no soportaba el calor, nunca lo había hecho. Prefería mil veces los rigores del invierno. Entonces, por lo menos, la cabeza estaba fría y despejada y no a punto de ebullición, como en verano.

No sabía qué más hacer. Había recorrido la ciudad de punta a punta y visitado la mayor parte de las posadas sin éxito. No le extrañaba. Algunos posaderos ni siquiera conocían a todos los que se alojaban en sus casas, tal era el amontonamiento de gente. Le quedaban dos o tres posadas, las más humildes, que abrían sus puertas cerca del

río. Pero lo más sensato era suponer que las mujeres aquellas hubieran abandonado la ciudad tras entrevistarse con el arcediano. ¿Para qué iban a quedarse con un recién nacido en medio de semejante caos?

Un predicador soltaba un sermón aupado a una tarima. El hombre vestía harapos y su rostro desaparecía bajo una barba rala. Sus ojos taladraban a la multitud, sus manos se agitaban nerviosas sobre las cabezas, como si fueran pajarillos tratando de librarse de una red.

Era uno de los extremistas que pululaban por villas y ciudades. Robert había oído hablar de ellos. Se llamaban a sí mismos *hermanos*, aunque las gentes los conocía por el nombre de anabaptistas, pues practicaban el rebautismo. Desde que el monje alemán, que llamaban Lutero, destapara la olla de la protesta contra Roma, un sinnúmero de sectas recorrían los caminos predicando el retorno de Cristo y condenando las prácticas corruptas de la Iglesia de Roma. Se decía que hasta el propio Lutero rechazaba cualquier relación con aquellos radicales.

Robert se obligó a dejar de prestar atención. Las palabras del hombre eran peligrosas, pero su voz poseía una cualidad que encandilaba y obligaba a mantener la atención. Probablemente, antes de que acabara el día habría incrementado el número de sus adeptos. Más de uno dejaría a su familia para seguirlo.

Pagó la cerveza y dejó atrás al predicador y a la multitud. Bajó por unas callejuelas casi vacías hacia el río mientras pensaba en lo bien que estaría a aquellas horas en su casa, descansando con una cerveza en la mano. Vivía solo, pues su mujer había fallecido al poco de casarse a causa de unas fiebres, pero se había acostumbrado a ello y ya no la echaba en falta. De tarde en tarde, cuando sentía apremio de hembra, se dejaba caer por alguna fonda y pagaba por el servicio. Con eso le bastaba.

En la primera posada no las encontró. El patrón era un individuo de torcida sonrisa que se deshizo en reverencias, cuando le identificó como hombre de armas del obispo. Pero no conocía a las mujeres.

Desesperaba ya de encontrarlas cuando entrevió a dos mujeres que se alejaban por una calleja lateral. Retrocedió para fijarse en ellas. Sí, se ajustaban a la descripción del arcediano: una mayor, algo gruesa, y otra joven y hermosa. Avanzaban en silencio, encorvadas y con aspecto abatido, pero solo había dos. Y no llevaban ningún niño. Aun así, las siguió durante un trecho, hasta que se introdujeron en una posada de aspecto miserable. La luz de unas candelas salía del interior e iluminaba un rectángulo de la calle.

La sala del albergue presentaba un aspecto triste y melancólico. Varios parroquianos charlaban en voz baja, contagiados por el ambiente mortecino, mientras descansaban la cena. Otros comían aún, algunos en grupos, los más solos. La mirada del maestro de armas recorrió la estancia. No había mujeres allí.

—Encantado de recibirlos en mi posada, maestro Robert. ¿Desea algo el caballero?

Un hombretón de mirada vacua y rostro abotagado se dirigió a él.

—No soy ningún caballero, maese, no es necesario que me halaguéis.

—¡Por favor, por favor, quién lo diría, sí señor, quién lo diría con una prestancia como la vuestra!

Pocos eran los que no le conocían en la ciudad. A su cargo debía Robert que en la mayor parte de los lugares le trataran con consideración.

—¿Alojáis por casualidad a dos o tres mujeres que viajan con un recién nacido?

El rostro bovino del posadero se frunció levemente:

—¿Esas mujeres han hecho algo indebido? ¿Las busca la justicia de su señoría? ¡Ah, ya me parecía a mí que unas mujeres solas no eran trigo limpio, sí señor, ya me lo parecía!

—Tranquilizaos, maese...

—Fabrice, maese Fabrice, ya veis, como el mismísimo obispo, Dios lo guarde muchos años, a vuestro servicio, sí señor.

—Pues tranquilizaos, maese Fabrice, y decidme si se alojan en vuestra casa. Nada malo han hecho, que yo sepa, pero es importante que las encuentre.

—Ahora mismo acaban de entrar, excelencia, raro es que no os hayáis topado con ellas en la calle. Han subido un instante, pero me comunicaron que no tardarían en bajar para la cena.

Robert se quedó pensativo. Bien, así que ya las tenía. Decidió esperar en la sala y examinarlas antes de abordarlas. Todo aquel misterio y la discreción exigida por el arcediano le intrigaban. Imaginaba que la muchacha sería alguna amante desdeñada que venía a reclamar la paternidad de su hijo.

—Ponedme una pinta de cerveza, maese Fabrice, y cuando bajen no les digáis que las busco. Dejadme hacer a mí.

—Mañana por la mañana, a primera hora, regresamos a Châteaubriant.

Paulette se quedó mirando a la señora Dupont con la boca abierta.

—Pero... —balbuceó al fin—, ¿y el niño?

—El niño se viene con nosotros, por supuesto. No vamos a dejarlo aquí.

La mujer se había sentado en el camastro y rehuía la mirada de sus dos compañeras. Simulaba estar muy ocupada alisando su falda. Brigitte bostezaba recostada contra la pared.

—¡Esa maldita criatura no me ha dejado pegar ojo en toda la noche! —dijo la nodriza.

Paulette se acercó al bebé, que dormitaba sobre el jergón. Las manitas se aferraban en sueños a la tela que lo cubría. Parecía tan indefenso...

—Si volvemos a Châteaubriant, el conde lo matará —Paulette se estremeció al oírse decir eso. Inconscientemente, acercó un dedo a las manos del niño y dejó que este se lo aferrase en sueños.

—Eso no lo sabes, niña. Aquí ya no pintamos nada. El obispo no está, ya no



tenemos la carta y el arcediano no nos ha hecho ni caso. ¿Qué pintamos aquí? Lo mejor que podemos hacer es regresar a casa y rogar por que el conde perdone nuestra audacia.

—¡Pero el arcediano dijo que podíamos confiar en él, que le entregaría la carta al obispo para que tomara las medidas adecuadas! ¡No podemos regresar! ¡No podemos traicionar a la condesa!

La señora Dupont paseó la vista por la estancia, sin fijarla en nada. Se la veía abatida.

—No es nuestra guerra, muchacha, no es nuestra guerra. ¡Allá los nobles con sus enredos! ¿Confías en ese hombre, el arcediano? ¿Tú crees que hará algo por nosotras? ¡En este momento ya ni debe de recordar que existimos! —su voz iba adquiriendo un matiz afilado a medida que hablaba—. ¿Qué nos va a nosotras en esta historia? ¡Yo lo único que quiero es volver a mi casa y ocuparme de mis asuntos! ¡En mala hora se me ocurrió seguirle el juego a esa mujer!

—Yo también quiero volver a casa. Pero no tanto como para dejar que maten a este angelito. ¿Qué mal hay en esperar unos cuantos días?

—¡Se acabó, muchacha! —exclamó la comadrona— ¡He dicho que regresamos, y eso es lo que haremos! Y ahora vayamos abajo, que la cena ya debe de estar preparada.

Y, levantándose con inusitada agilidad, abrió la puerta y se perdió en la oscuridad del pasillo.

Paulette se quedó sin saber qué decir. Sentía ganas de llorar. Con cuidado, apartó su dedo de la manita del bebé y se volvió hacia Brigitte:

—¿Y tú? —le espetó— ¿No tienes nada que decir?

La nodriza le lanzó una mirada confundida:

—Yo también tengo hambre.

Y se levantó para seguir a la Dupont al comedor. Paulette, sin poder reprimirse, dejó que sus ojos se inundaran de lágrimas.

Cenaron en silencio un pastel de tocino frito, que les supo a gloria tras las decepciones de la jornada. Paulette había bajado al niño, pues no quería que el angelote despertara solo en la habitación. Al comprobar que Brigitte no tenía ninguna intención de cogerlo, lo depositó en su regazo y lo dejó dormitando mientras comía.

La sala de la posada debía de ser a aquellas horas la más tranquila de la ciudad. La luz mortecina pesaba sobre el ambiente, apagaba las voces y los ánimos, de suerte que los parroquianos hablaban en susurros como si temiesen perturbar a sus vecinos.

En una mesa cercana, un hombre de unos treinta años tomaba una pinta de cerveza. Paulette interceptó varias veces su mirada, que se posaba distraída en ellas antes de continuar paseando por la sala. Le examinó con curiosidad.

No era mal parecido. Poseía una expresión franca y facciones regulares, con el pelo rubio, de un tono pajizo, muy corto sobre la frente. Le llamó la atención la

espada que colgaba del talabarte, que denotaba su condición de soldado. Iba a comentar con sus compañeras el interés con que eran observadas, pero tanto la señora Dupont como Brigitte le daban la espalda al extraño, por lo que decidió callar. Además, no estaba dispuesta a hablar con ellas como si tal cosa después de lo que habían decidido.

El niño comenzaba a despertarse. Pronto se pondría a llorar, reclamando su comida.

—Buenas noches —atenta como estaba a los movimientos del bebé, la voz le sobresaltó. Paulette alzó la mirada y se encontró de frente con la sonrisa del soldado—. ¿Señora Dupont? —el hombre se dirigió a la partera.

La mujer se quedó paralizada por el susto. El trozo de pastel que se llevaba a la boca en ese momento cayó con estrépito sobre el plato de peltre.

—Debo hablar con vos, señora. Me envía el arcediano Pascal. Quiere que os lleve a un lugar seguro.

## 4

El peso la agobiaba un poco, pero el hombre ya estaba lanzado y le quedaba poco para terminar. Arqueó las caderas, deslizó la mano entre sus piernas y acarició sus testículos con suavidad. El rey soltó un gruñido de placer y aceleró sus embates, a punto de explotar.

«Un poco más», pensó la mujer, y mordió delicadamente uno de los pezones del soberano, que por su gran estatura quedaban a la altura adecuada. Francisco Valois perdió el control.

—¡Ahhh!

Se dejó caer a un lado, un ballenato varado en la playa.

—Ana, ¡sois increíble! —jadeó. El sudor formaba una capa en su piel y empapaba las sábanas de seda.

—Simplemente os deseo con toda mi alma, mi señor. No hay otro misterio.

El hombre se giró sobre sí mismo, creando terremotos en el inmenso lecho, y se durmió casi al instante. La duquesa de Etampes aguardó hasta tener la certeza de que no se despertaría. Después se levantó. Se puso una liviana camisola de seda, salió a la antecámara y cerró con cuidado la puerta del dormitorio. Abrió una ventana, buscando algo de fresco, pero el aire de la noche parisina era tórrido. Hizo sonar una campanilla y una criada apareció de inmediato.

—Marie, tráeme un sorbete de limón bien frío.

La criada se quedó de pie, indecisa.

—¿Ocurre algo, mujer? —exclamó Ana de Pisseleu de mal humor. Siempre estaba de mal humor después de yacer con el rey.

—*Madame*, hay un caballero que espera para hablar con vos.

—¿Un caballero? ¿Quién es?

La muchacha no se atrevía a pronunciar palabra. Un ligero rubor cubría sus mejillas.

—¿Queréis explicarme qué sucede, por el amor de Dios?

—No sé quién es, señora, pero me dijo que se trataba de una cuestión de gran importancia. También dijo que sabía que vos... —dudó la mujer y se acentuó el rubor de su rostro—, que vos al terminar solíais pedir un refresco y que esperaría el tiempo que hiciera falta. Afirmó que, si os contaba eso, sabríais quién es.

Ana de Pisseleu clavó su mirada en la criada por un instante.

—Hacedle pasar, Marie. Pero no olvidéis mi sorbete.

Al poco, la doncella regresó con la bebida. La acompañaba un hombre vestido de negro, tocado con un gorro oscuro y con el cuello de su capa levantado, de forma que el rostro apenas se veía. Ana despidió a la doncella. Su voz resonó en la estancia:

—¿No estáis un poco ridículo tan abrigado en esta época del año, querido?

—¡Insensata! —exclamó con un susurro el desconocido, al tiempo que se despojaba de la capa—. Si el rey despierta, será nuestra muerte.

Ana de Pisseleu dejó que una mueca de desprecio asomara a su rostro, pero bajó la voz.

—No os preocupéis tanto, querido. Cuando está cansado, su majestad duerme profundamente —soltó una risita breve, seca, y observó al marqués de Saint-Maló, que de él se trataba, de pie frente a ella. Se levantó y se acercó a él, insinuante, permitiendo que el hombre apreciara la silueta de su cuerpo a través de la vaporosa tela—. Os puedo asegurar que esta noche se ha cansado, marqués. Yo, sin embargo, me he aburrido tremendamente. Ya veis, su graciosa majestad no se preocupa demasiado del placer de sus súbditos —se acercó un poco más al caballero. Bajo la seda, los pechos de la mujer se transparentaban, tentadores y fascinantes—. No tanto como solíais preocuparos vos —acarició un pómulo del hombre—. No poseéis ni su tamaño ni su vigor, pero todavía añoro vuestras manos.

—Ana, ¡estáis loca! Dejaos de juegos —se apartó el marqués muy nervioso. Su vista no se desprendía de los velados pechos de la dama.

—Muy bien, como queráis —la voz de *madame* de Pisseleu cambió bruscamente, tornándose indiferente. Se sentó en un sillón y saboreó su sorbete—. Hablad, marqués, decidme lo que habéis averiguado y sed breve.

—Françoise ha tenido un varón.

Un destello de rabia cruzó el semblante de la mujer.

—¿Sano?

—Por lo que sé, sí. Aunque no tengo la certeza. No lo he visto, *madame*... El conde de Châteaubriant nos alejó del palacio cuando el parto se acercaba. Se inventó una cacería y nos llevó a todos a un coto de su propiedad, sin darnos opción. Hasta ese patético obispo de Rennes, Fabrice, tuvo que acompañarnos. ¡Bien lo sé yo, pues se me pegó a la grupa recitando poemas de enamorado y tratando de sonsacarme informaciones sobre la corte!

La mujer no le prestaba atención. Se había levantado y contemplaba la noche parisina desde una ventana abierta. Al fondo, una cinta de plata a la luz de la luna, el Sena se deslizaba hacia el océano. Un rumor de grillos ascendía desde los jardines del Louvre.

—Creo que hacéis mal en preocuparos, *madame* —aventuró el caballero, sin tenerlas todas consigo—. Legalmente es hijo del conde de Châteaubriant. Ese niño nunca supondrá problemas dinásticos..., salvo para el conde, claro. No creo que le haga ninguna gracia que el bastardo herede su título y sus tierras.

La duquesa de Etampes se volvió hacia su interlocutor. Su figura velada resultaba más atractiva, más insinuante que la mera desnudez. Su rostro, sin embargo, bastaba para alejar cualquier idea de placer.

—No me preocupan las dinastías, Saint-Maló, sino mi posición —rechazó la mujer. Su voz resonó como un latigazo en la adormecida atmósfera del Louvre—. Yo conozco a Francisco mejor que vos. Françoise podría aprovechar esta oportunidad para regresar a la corte... Y eso no debe ocurrir bajo ningún concepto.

—¿Qué os importa Françoise? Ya..., ya no es rival para vos —no conseguía apartar la vista de la silueta de Ana. Le atormentaba el ansia de volver a poseer ese cuerpo. Aunque jugase con él, aunque se divirtiese provocándolo, lo cierto era que, desde que se había convertido en la amante del rey, no habían vuelto a yacer juntos. En la cabeza le bailaron los recuerdos del ardor de la mujer y sintió un deseo casi irrefrenable de quitarse la ropa y poseerla allí mismo. Solo el miedo lo contenía. Un miedo que le hacía ansiar marcharse de aquella habitación lo antes posible.

—¿Es todo lo que tenéis que contarme? —la voz de Ana frenó sus divagaciones.

—Hay más. El niño ya no está en Châteaubriant.

El rostro de la duquesa se ensombreció. Se puso a dar vueltas por la estancia. Sus pasos apenas se oían, amortiguados por las alfombras turcas.

—¿Dónde está?

—La madre consiguió enviarlo lejos de la fortaleza antes de que regresáramos de la cacería. Tampoco el conde conoce su paradero. Os puedo asegurar que no le agradó nada la nueva... .

No eran buenas noticias. Aquella maniobra de la Foix no se la esperaba Ana de Pisseleu. Había creído tener la situación dominada, pero la desaparición del recién nacido complicaba considerablemente sus planes.

—¿Y la condesa? ¿Escapó también?

—Sigue en el castillo, *madame*, bien custodiada.

El inútil de Jean de Laval le había fallado. Ana le había prometido usar su influencia con el rey para conseguirle el gobierno de la Bretaña a cambio de que Françoise no tuviera ningún contacto con el exterior de los muros de la fortaleza, ni mucho menos con la corte. Por supuesto, en el trato se incluía al bebé. Sus instrucciones habían sido muy claras: el niño debía morir nada más nacer. ¡Ya se inventarían algo para justificarlo! Muchos niños se malograban durante el parto o no superaban las primeras semanas de vida. Eso era lo de menos.

Sin embargo, la condesa se las había arreglado para hacer desaparecer al bastardo. Pero se las pagaría. *Madame* de Pisseleu no toleraba a los inútiles. Jean de Laval se arrepentiría de su incapacidad para controlar a su propia mujer.

¿Cómo habría hecho para sacar al niño del castillo? Habría seducido a algún guardia, concluyó. Françoise era muy hermosa, aunque Ana jamás lo reconocería en público. Y dispuesta a todo. Muy parecida a ella misma. Demasiado. Por eso sabía que solo con su total destrucción su posición estaría segura. El niño podía ablandar el corazón del rey.

Mas no era posible organizar la muerte de Françoise. Tal hecho no pasaría inadvertido, el rey ordenaría una investigación. Al menos, hasta el momento en la corte no se sabía nada del niño.

Bien pensado, las cosas no estaban tan mal. Un bastardo raptado nada más nacer, alejado de la seguridad de su hogar por su irresponsable madre. ¿Quién podría culpar a Ana de Pisseleu de su muerte accidental?

Sí. Sin saberlo, la muy imbécil de la condesa le había hecho un favor. Lo único que tenía que hacer era encontrar al bebé antes de que se divulgara la noticia de su existencia.

Todavía con la camisola, con las sombras jugando a esconder retazos de piel en la penumbra, buscó una hoja y recado de escribir.

—¿Qué pretendéis, Ana?

Se había olvidado de él.

—Ah, sí, bien, marqués, no olvidaré lo que habéis hecho, pero ahora idos. Necesito pensar.

La duquesa de Etampes salió del Louvre a media mañana acompañada únicamente por la fiel Marie, su doncella personal. Ni siquiera encargó un carruaje. El asunto que la ocupaba era delicado de más para arriesgarse a despertar la curiosidad de los extraños. Mas en la urbe de París, poblada con más de cien mil almas, resultaba fácil perderse entre la multitud.

Avanzaron a paso vivo hasta el puente de Saint-Michel. La mole oscura del alcázar real, con sus murallas destacando sobre los edificios de la ciudad, les persiguió hasta que atravesaron el río y se internaron por las callejuelas de la orilla sur del Sena. Caminaron en silencio, ajenas a la vida que llenaba las calles, a los cambistas con sus balanzas y a los aguadores que pregonaban su mercancía. Pronto

divisaron sobre los tejados, recordatorio perenne de la fugacidad de la vida, la silueta de la torre de la iglesia de Saint-Séverin.

Aquella madrugada, un doméstico de confianza había dejado la señal convenida en la posada donde se alojaba John Harris. Si el inglés se hallaba en la ciudad, acudiría a la cita.

Lo conocía desde largo tiempo atrás. Noble proscrito en su país por crímenes que Ana de Pisseleu prefería desconocer, Harris era un hombre peligroso, imprevisible y carente de escrúpulos. Un Gilles de Rais a la inglesa. Eso era lo que lo hacía tan útil, por supuesto: podía encargársele cualquier trabajo con total garantía de que lo llevaría a cabo.

En cierta forma, Harris le recordaba a un áspid domesticado: letal para sus presas, pero peligroso también para su dueño si no se adoptaban las debidas precauciones. Manipularlo no resultaba tan sencillo como con Saint-Maló. A Harris no se le podía engañar gratuitamente. Pero Ana contaba con una ventaja: el más interesado en el éxito de su asociación era el inglés. Para él, la ascensión de *madame* de Pisseleu al lecho real había sido un golpe de suerte, pues confiaba en ella para recuperar su posición en la corte inglesa..., si es que se podía decir que Harris confiaba en alguien. Tal hecho, más las generosas retribuciones que Ana pagaba por cada servicio del inglés, garantizaban su cooperación.

Ordenó a Marie que esperase fuera y penetró en la iglesia. Estaba vacía. En el interior, el calor del verano parisino daba paso a un frío pertinaz, un frío de siglos que parecía rezumar por las piedras del templo. Las ropas estivales que vestía la hicieron tiritar. Se arrodilló ante un altar lateral y fingió concentrarse en sus oraciones.

No tuvo que esperar. Una sombra se deslizó desde la penumbra de la nave lateral y se hincó a su lado antes de que hubiera acabado de persignarse.

Demasiado presto. El inglés debía de estar impaciente; un dato que merecía la pena tener en cuenta.

Ana simuló estar abstraída en la oración. Espió al recién llegado con disimulo mientras los ojos azules de Harris se clavaban en el altar. Como siempre que se cruzaba con aquel hombre, sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Con su piel blanca y sus cabellos rubios, casi albinos, con su talle nervudo y su cuerpo elástico, el inglés resultaría apuesto si no fuese por los ojos. Pero aquellos ojos...

Una serpiente a punto de lanzarse sobre su víctima tendría la misma expresión, porque los ojos de Harris poseían una cualidad gélida, inhumana, ajena a cualquier atisbo de compasión. Eran los ojos de un depredador.

—Tengo un trabajo para vos en Bretaña —se decidió Ana de Pisseleu al fin.

—¿Bretaña? *Dear, that's too far* —negó el hombre sin desviar su atención del altar—. Ha pasado tiempo desde la última vez, Ana —se giró hacia ella y clavó las pupilas azules en la mujer—. Demasiado tiempo.

La duquesa de Etampes se estremeció. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordarse que era *ella* la que quería utilizar al inglés.

—No es fácil para mí veros, John. Francisco es un hombre de humor tornadizo.

Harris permaneció en silencio durante largo rato, valorando la excusa de la mujer. Cuando por fin habló, Ana de Pisseleu se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—No soy un perro al que se pueda atar cuando resulta molesto. Cuento con vos para recuperar mi posición... Y ahora que parece que vuestro rey Francisco está en buenas relaciones con Enrique de Inglaterra, es llegado el momento.

Dudó un instante la mujer. Un sacristán se dirigía hacia el altar para preparar la capilla para la eucaristía. Debían darse prisa antes de que comenzase a llenarse la iglesia.

—Dadme unos días. Mientras vos estáis en Bretaña, hablaré con Francisco.

Otro silencio.

—¿Qué queréis que haga en Bretaña?

—Quiero que suprimáis al hijo de Françoise de Foix, la condesa de Châteaubriant. Es un recién nacido.

Ningún gesto alteró el rostro del inglés.

—¿Por qué?

—Podría hacer peligrar mi posición en la corte. Y eso a vos os afecta.

Harris asintió.

—Mi viaje a Bretaña será caro.

Ana sacó una pesada bolsa de entre sus ropas y se la tendió al inglés.

—¿Quién preferís que sea culpado por la muerte?

—El conde de Châteaubriant —una viejecita entró en la capilla y se arrodilló cerca de donde estaban. *Madame* de Pisseleu bajó aún más la voz—. Si muriese también la condesa... —insinuó—, madre e hijo asesinados a manos del celoso marido... Si fueseis capaz de lograr algo así, os estaría eternamente agradecida.

Ana dejó que su mirada más seductora se posase sobre el inglés, que la recibió con la indiferencia de una esfinge.

—Pero quizá sea demasiado difícil. Prefiero que no corráis riesgos innecesarios. La condesa ha hecho salir al niño de la fortaleza y lo ha escondido. Seguramente a estas alturas el conde ya habrá averiguado dónde está, puede incluso que cuando lleguéis allí el niño se encuentre de regreso en Châteaubriant.

Paulette se aburría. La granja a la que el maestro de armas del palacio episcopal las había llevado se levantaba en un paraje solitario de la campiña, sin más compañía que el bosque y los campos interminables. Y Paulette se aburría, consumida por la sensación de que la vida pasaba a su alrededor sin detenerse mientras ella aguardaba a la vera del camino.

La alquería era pequeña y miserable, con una planta para el ganado y otra que se levantaba sobre los establos para aprovechar en invierno el calor de los animales. Acostumbrada a la higiene del castillo, el hedor le resultaba casi insoportable.

La granja estaba al cuidado de un anciano matrimonio vasallo del obispo. La mujer era una campesina tosca, tan mayor que su rostro recordaba el aspecto de la tierra recién arada. Una multitud de pliegues rodeaba los ojos cetrinos. Al principio, aquella gastada anciana había asustado mucho a Paulette.

Sucedió el día en que llegaron. Nada más entrar en la vivienda, cuando todavía trataban de acostumbrar sus pupilas a la penumbra, vieron acercarse a una figura encorvada que cubría sus cabellos con una toquilla. La vieja se detuvo delante del bebé y alargó su mano sarmentosa hacia el rostro del chiquillo.

Nadie reaccionó. Lo inesperado de la aparición, el aspecto extravagante de la vieja y, sobre todo, la luz que brillaba en sus ojos los paralizó.

Pero no tocó al recién nacido. Con los dedos bailando sobre la frente del pequeño comenzó a recitar para sí alguna letanía, algún tipo de conjuro. Paulette solo consiguió descifrar algunas palabras en la antigua lengua bretona. Repentinamente, la mujer se volvió hacia ella. La mano esquelética se alejó del niño para aferrar la muñeca de Paulette, que soltó un gritito. Los dedos de la anciana se clavaron como garfios en su piel y una voz ronca salió de su garganta:

—La sangre real te rodea, niña... ¡tú misma serás la esposa de un rey! —Ni la señora Dupont ni Brigitte osaron moverse; ni siquiera Robert, el maestro de armas, interrumpió a la mujer—. Pero la tragedia y el dolor irán siempre contigo. Recuerda: cuando en la noche la luz resplandezca e ilumine ríos de sangre, enfrentarás tu destino —se detuvo, agotada por el esfuerzo, y volvió el rostro hacia Brigitte—. Y el de él —añadió, señalando al bebé.

Paulette no entendía nada de lo que estaba sucediendo. Solo sabía que su cuerpo era incapaz de dejar de temblar y que aquellos dedos en su muñeca le helaban el corazón. Como pudo, giró el rostro hacia su derecha y lo que vio la asustó aún más: la señora Dupont estaba tan lívida que se diría que era ya cadáver.

En ese instante intervino el granjero, el marido de la anciana, que increpó a su mujer:

—¡Ya estás diciendo tonterías, vieja! Te encanta asustar a la gente con cuentos de reyes y de sangre. No traes más que problemas. En el pueblo murmuran, la iglesia nos vigila... y todas tus absurdas profecías no nos traen más que la ruina.

La anciana replicó, con voz ya más calma y clara:

—Un don es un regalo de Dios. Sería un pecado que no contara mis visiones.



—¿Un pecado? ¡Pero si no hay manera de entender lo que dices, vieja! Y cuando se entiende y, casualmente aciertas, todavía es peor. Casi siempre son desgracias de las que acaban haciéndonos responsables. ¡Mejor estarías callada!

Pero eso había sucedido el primer día. Desde entonces, la mujer se había comportado con ellas con amabilidad. Era una vieja pícara que gustaba de la compañía de las muchachas y adoraba a los niños. Cada vez que veía al recién nacido, se deshacía en zalemas y arrumacos que la criatura agradecía. También a Paulette le sonreía continuamente y le acariciaba el pelo con ternura. En ninguna ocasión volvió a referirse a su comportamiento del primer día.

Y Paulette había comenzado a aburrirse. Tras el alivio que tanto ella como la señora Dupont habían experimentado al trasladar la responsabilidad sobre el niño al obispo —o a su arcediano—, la partera se había encerrado en sí misma, como si nada le importase ya. La mujer tenía sus propios problemas. Se había dado cuenta de que su vida había cambiado para siempre, pues no podría volver a Châteaubriant en vida del conde si quería conservar la cabeza sobre los hombros. Un arranque de caridad, una promesa irreflexiva a una parturienta y su codicia la habían privado de cuanto poseía. En unos pocos días, la mujer había envejecido veinte años.

Ni siquiera Robert hacía caso de Paulette. Solamente había aparecido una vez por allí para hablar en privado con la señora Dupont, antes de alejarse al galope sin que ella obtuviese más que una breve sonrisa.

El bebé le parecía delicioso, al menos. Cada día que pasaba se sentía más fascinada por él. Le encantaba cogerlo un ratito y hacerlo eructar después de que Brigitte le diera de mamar. Su pelo era suave y muy rubio, casi transparente. Cuando no lloraba resultaba precioso, con aquellas manitas y los hoyuelos de las mejillas.

Lo cierto era que nadie le prestaba demasiada atención, por lo que había decidido hacer una escapada a Rennes. El granjero iba una vez por semana para llevar huevos y fruta a casa del obispo. Paulette creía que no sería difícil seguirle sin que se percatase, pues ella desconocía el camino, y pasar el día en la ciudad. ¡Nadie la iba a echar de menos hasta que estuviese de regreso! Así que lo había calculado todo. Solo de pensar en ello se sentía nuevamente viva y feliz. ¡Además, no haría nada malo! ¿Por qué había de quedarse encerrada como una vieja cuando la ciudad estaba tan cerca?

Cuando llegó el día, Paulette se levantó antes de que amaneciera y se escabulló de la casa en silencio. Avanzó un buen trecho por el camino hasta que encontró una zona en la que podría apostarse y aguardar al paso del granjero.

Estaba profundamente dormida, con la espalda recostada contra un castaño, cuando escuchó el ruido de la carreta al acercarse por el camino. El sol ya había salido, pero la luz todavía se mostraba vacilante.

Dejó que pasara el carro y se apresuró a seguirlo, procurando mantenerse oculta cerca de la linde del camino. No era sencillo caminar en pos de un carro por aquellas veredas solitarias sin ser vista, de forma que el viaje le resultó interminable hasta que

llegaron a una carretera ancha que reconoció y que le permitió desentenderse del granjero. Ya sabía cómo volver. Estaba harta de jugar al escondite. Mientras esperaba que el carro se alejase, se sentó a descansar un rato antes de continuar.

Cuando cruzó el puente que salvaba el río Vilaine y atravesó las puertas de la ciudad, esta comenzaba a desperezarse al ritmo de la mañana. Se oía el rumor ahogado de los trajines cotidianos, el rechino de los carros de los campesinos que se dirigían al mercado, los ladridos de unos perros enzarzados en desconocidos pleitos. Un cosquilleo de excitación le bailó en la piel. El zumbido de las moscas se mezclaba con los cacareos de las gallinas y la cháchara de las vecinas. De las ventanas abiertas se escapaban los olores de tempranos almuerzos y las risas de las criadas. Se dio cuenta de que estaba muerta de hambre.

Recorrió despacio la calle de la Monnais. Al final de ella se topó con la catedral. El edificio se le antojó desmesurado en comparación con la iglesia de Châteaubriant. Pero la verdadera sorpresa se la llevó cuando traspasó las grandes puertas.

Se sintió sobrecogida. Una fronda de luz, un amanecer florecido flotaba en la nave. Haces de maravillosos colores suspendían la atmósfera, la bañaban con los reflejos del arco iris. Contuvo la respiración. Tuvo que acercarse hasta un pilar y sentir el tacto de la piedra en sus dedos para convencerse de que no había entrado en un bosque mágico acariciado por los tornasoles de la primavera. ¡Si casi le parecía escuchar el silencio infinito, sembrado de trinos y gorjeos, de brisas y cantos de gallos!

Se respiraba una paz profunda, íntima y tranquila, una paz de milagro cotidiano y olvidado. Se sintió compelida a arrodillarse, temerosa de las potencias divinas que moraban en aquel palacio grandioso. Los rayos del sol del verano se descomponían al traspasar los vitrales y caían sobre los creyentes, acariciándolos con la ternura de una deidad protectora. Salió de la catedral embelesada. En la plaza jugaban los niños y zumbaban las abejas. Se dejó llevar por sus pies, sin rumbo fijo, aún agarrotada por la emoción. Inconscientemente, orientó sus pasos hacia el palacio del obispo, el lugar que más familiar le resultaba en la ciudad. Volvió a sentir hambre. Palpó unas monedas en su bolsillo. Las había cogido de un saquete repleto de piezas de oro y plata que ocultaba la Dupont. Paulette había deducido que sería dinero para afrontar los gastos del viaje, pues en ningún momento se le pasó por la cabeza que la partera dispusiera de tal cantidad de dinero. En la penumbra de la habitación, mientras hurtaba las monedas necesarias para su aventura, la muchacha advirtió que en la bolsa había demasiado dinero. Nunca había visto tanto junto.

—Vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí.

Dio un respingo al notar que una mano se posaba sobre su hombro. Un rostro abotagado y un aliento fétido la sacaron de su ensimismamiento. Alzó la vista y reconoció al criado que cortaba leña en el patio de la cocina del palacio episcopal, el día de su llegada a Rennes. Bertrand, recordó que se llamaba.

El individuo le examinó con descaro. Una mirada salaz brilló en sus ojos. Paulette era incapaz de apartar la vista de los labios gruesos, de la caverna de la boca, de la barba que apenas velaba los forúnculos que festoneaban su piel.

—¿Sigues buscando el favor de su señoría? —comentó el hombretón. Al hablar, de su boca se escaparon bolitas de saliva—. Quizá hoy sea tu día de suerte, criatura, quizá después de todo yo esté dispuesto a ayudarte.

Trató de decirle que no, que ya no necesitaban ayuda, pero el miedo y la sorpresa no le dejaban hablar. La zarpa de Bertrand se hincó un poco más en su hombro.

—Bueno, bueno, lo mejor será que vengas conmigo.

Sin saber cómo zafarse, Paulette se dejó conducir del brazo del hombre. Intentaba pensar rápido, buscar una salida. Aquel individuo la conducía ante el arcediano, quizá incluso ante el obispo. Se darían cuenta de que había huido de la granja y le reprenderían por ello. ¿Por qué, por qué habría sido tan descuidada? ¡Y ahora tendría que afrontar Dios sabía qué castigo! Sintió que el mundo entero se abatía sobre sus hombros.

Se introdujeron por calles cada vez más estrechas, alejándose del centro de la ciudad y del palacio episcopal. Paulette se preguntó, extrañada, hacia dónde la conducía. ¿Quizá el obispo o el arcediano tenían alguna otra casa en las afueras? Por momentos aumentaba en ella la aprensión. Algo no iba bien. Las callejas que recorrían tenían un aspecto cada vez más miserable, flanqueadas por casuchas de adobe y madera. ¿Cómo iba a vivir allí el arcediano?

Se detuvieron delante de una vivienda de aspecto miserable en un callejón hediondo. El suelo de barro estaba formado por una mezcla de orines, basuras y polvo, una mezcla que se adhería a los pies como la resina a los dedos. El criado echó una mirada a su alrededor antes de penetrar en la casa.

Una cuarentona mal vestida, de rostro avinagrado e impaciencias a flor de piel, interpelló a Bertrand:

—¿Quién es esta puta? ¿Cómo te atreves a traerla aquí, desgraciado?

Paulette hilaba desconciertos. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué lugar era ese?

—¡Calla, deslenguada! —el criado apartó de un empellón a la mujer y arrastró sin miramientos a Paulette—. ¿Tú sabes lo que vale este pececito que he pescado? ¡Mucho más de lo que jamás soñaste, vieja! Así que calla y prepara la comida. A esta la voy a encerrar.

No podía ser cierto. ¡No podía estar pasándole eso! ¡Si todo lo que pretendía era pasar un día animado en la ciudad!

Bertrand la obligó a entrar en un cuarto en el que únicamente había un camastro desvencijado y cerró la puerta con llave. Paulette, aturdida, no acertó a moverse del centro de la habitación.

## Capítulo V

### Wittenberg, Sajonia 1521-1522

#### 1

Amanecía la luz temprana del estío cuando, tras un recodo, brotó envuelto en neblinas el amplio valle. Detuvo a *Kirsche* y contempló el alborear. Ante sus ojos la calima jugaba con el humo tempranero de las chimeneas y se confundían los tornasoles de la primavera. Percibió cómo despertaban sus sentidos al frescor de la madrugada sorprendida. A lo lejos se recortaban las torres de una fortaleza, sus muros grises se alzaban insolentes sobre la campiña. A sus pies, acariciada por las aguas de plata del Elba, se desperezaba Wittenberg.

Tras unos instantes de indecisión, Hans Gotha espoleó su montura y reemprendió el camino. Se respiraba una paz humilde, familiar, que relajaba los sentidos y anegaba sus ojos de nostalgias. Hacia los campos marchaban los carros de los campesinos; chirriaba la atmósfera en un concierto cotidiano de mugidos y aromas, de ladridos y conversaciones.

Poco antes de alcanzar la ciudad desvió al caballo y se internó en el dédalo de callejuelas que se abría extramuros. Le asaltó el hedor acerbo de la barriada. Al poco se vio obligado a desmontar, pues en muchas zonas las barracas se volcaban hacia la calle y se saludaban con los tejados, impidiendo el avance. Sujetó a *Kirsche* por las riendas y trató de orientarse. Los pasajes zigzagueaban, morían abruptamente, se desdoblaban sin orden aparente. Preguntó a un crío de ocho o nueve años que hurgaba con una vara en un montón de desperdicios.

—¿Por qué quieres ir a la iglesia? —indagó a su vez el chaval con desparpajo.

Hans no pudo menos que sonreír.

—Busco al padre Baltasar. ¿Lo conoces?

El arrapiezo lo examinó entre ofendido y desconfiado:

—¡Claro! ¿Qué quieres de él?

—Necesito hablarle. Soy su amigo —añadió al ver que el muchacho dudaba.

—Yo te llevaré. Pero no está en la iglesia, ¿sabes? A estas horas suele estar en el

hospital —y, cogiendo las riendas del caballo, el chico comenzó a caminar delante de él.

Hans se quedó desconcertado. ¿De qué hospital hablaba aquel golfillo?, pero el muchacho no le dejó tiempo para reflexionar. Comenzó a bombardearle con preguntas y, cuando se enteró de que acababa de llegar de un viaje, sus ojos vivarachos brillaron todavía más. Llegaron al cabo ante dos edificios de piedra que sobresalían como arrecifes en el mar de adobe y colmo de la barriada. Un callejón algo más amplio que los demás conducía hasta ellos.

Sobre unos bancos dormitaban al sol varios ancianos. No tardó en descubrir al padre Baltasar, que se sentaba en un taburete en medio del callejón, rodeado por un enjambre de niños que seguían con atención sus palabras. Un relincho de *Kirsche* delató la presencia del recién llegado.

—¡Hans! ¡Dios bendito, Hans, has vuelto!

Baltasar examinaba a Hans una y otra vez y le obligaba a repetir que sí, que se encontraba bien, que el viaje se había desarrollado sin incidentes, que nada malo había sucedido.

—¡Mucho has tardado, Hans! Estaba preocupado por ti.

Una oleada de ternura lo anegó. Azorado por el recibimiento, sin saber muy bien cómo reaccionar, Hans cambió de tercio:

—¿Y vos, padre? ¿Cómo os ha ido por aquí?

La sonrisa desbordó las facciones del fraile. Posó sus manos sobre los brazos de Hans, fijó su mirada en el muchacho y soltó, incontenible:

—No te lo vas a creer...

Hans frunció el ceño.

—Ven conmigo.

Lo arrastró hasta el interior de la casa. Un vaho mórbido le asaltó, una fetidez cuajada de lamentos y estertores, de ventosidades y purulencias. Las arcadas le obligaron a contener el aliento y tragar saliva: cuerpos vencidos, bultos refugiados bajo las colchas, llagas abiertas, extremidades hinchadas... La sala rebosaba. Se hacinaban ancianos e inválidos sobre montones de paja entre sudores y gimoteos. Varias mujeres se movían con soltura entre los enfermos tratando de poner algo de orden en aquel caos.

—Hay otra sala más, para niños y mujeres. Y en el piso superior tenemos nuestra guardería.

La mirada del padre oscilaba entre la ternura y la satisfacción.

—Vamos, te lo explicaré.

Subieron al piso. Allí, en una pequeña estancia vacía, Baltasar Sachs desgranó los últimos acontecimientos. Hans escuchaba, se dejaba llevar por el magnetismo del fraile, por el entusiasmo que le hacía brillar la mirada.

—No sabes lo que te he echado en falta, muchacho.

—¿Os habéis dado cuenta de que aún no me habéis preguntado si descubrí el paradero del doctor Martín?

Un gesto de perplejidad asomó a las facciones de Baltasar:

—¡Es cierto!

Hans le contó lo que había averiguado. El padre asentía, a medias interesado, a medias con la cabeza en otro lugar.

—¡Vaya! ¡Lutero, en Wartburg! Espero que eso calme los ánimos en la ciudad.

Le explicó que el ambiente de Wittenberg se había enrarecido desde su partida y que cada vez eran más los que pugnaban por acelerar las reformas.

—Si queréis, yo mismo se lo cuento al doctor Melanchthon.

—No, no, muchacho, no te preocupes, yo se lo diré.

Cuando Hans dejó el hospital, su cabeza bullía. Había querido contarle al fraile la visita a su aldea natal y las noticias que el párroco le había dado sobre su familia, mas no había sido capaz. ¡Todo aquello quedaba tan lejos de las preocupaciones del padre! La visita al hospital le había impresionado. Ciertamente, si había algún hombre amado por Dios, tenía que ser Baltasar Sachs. Sintió un ramalazo de afecto por él.

A lomos de *Kirsche* atravesó las puertas de Wittenberg y se encaminó hacia el taller de maese Otto.

—¡Vaya, vaya, mirad quién está aquí! ¡El mismísimo Hans, el valeroso Hans, que parte como aprendiz y regresa como señor!

El barrigudo Gilbert, oficial del taller de maese Otto, detuvo a *Kirsche* en medio de la plaza.

—¿Cómo estás, Gilbert?

El oficial se plantó firme ante el caballo. Era un hombre de mirada esquiva y lengua mordaz, famoso por sus intemperancias y sus mal disimuladas envidias. Sus ojos aguados, de un azul desvaído, examinaron al jinete.

—Ahora resulta que los aprendices se van de viaje con el beneplácito del maestro y los oficiales nos quedamos para realizar doble tarea —una sonrisa torcida pretendía desmentir la hostilidad de sus palabras. Hans no hizo caso de la provocación.

—¿Todo bien por el taller?

—Aunque no lo creas, conseguimos sobrevivir sin ti —terció el hombre, apartándose del camino. Aún añadió—: ¡De hecho, las hay que no parecen echarte de menos!

La llegada de Hans paralizó la actividad del taller y provocó una riada de preguntas, un festival de abrazos y saludos. Aprendices y oficiales rodearon al muchacho interesándose por él y por el misterioso viaje. El aprendiz, desconcertado, se quedó observando a sus compañeros sin saber del todo cómo reaccionar.

Y es que, durante su ausencia, los rumores no habían cesado en el obrador. Tan cierto como que la ignorancia da alas a la imaginación, así la partida de Hans y la

constatación día tras día de que su banco de carpintero permanecía vacío sirvieron de acicate para todo tipo de especulaciones. Sabían que había partido para cumplir algún encargo de los padres reformadores, pero nadie conocía a ciencia cierta el objetivo de su viaje. Al igual que la gota de lluvia que va alimentando y haciendo medrar día tras día el brote tierno, también la ausencia fue acrecentando la trascendencia de la misión y agigantando las proezas de su compañero. De ahí que lo recibieran cual si de un héroe se tratase, un valeroso paladín que volvía a los suyos tras arriesgar el pellejo en incógnitas batallas.

Fue maese Otto, ajeno a tanta especulación, quien salvó el pellejo del recién llegado. El carpintero bajaba del piso cuando se encontró con un taller despoblado, con las herramientas abandonadas de cualquier forma sobre los bancos. La algarabía del exterior le hizo temer que se hubiera producido algún altercado, muy frecuentes en los tiempos que corrían, así que agarró una tranca de nogal y salió a la calle dispuesto a enfrentarse con quienquiera que fuera el responsable de la gresca.

Al verle armado con tan contundente argumento, oficiales y aprendices decidieron que tiempo habría de interrogar a Hans y resolvieron regresar al trabajo. Solo entonces se percató el maestro del motivo de tanto jaleo y su rostro se iluminó con una sonrisa de bienvenida.

—¡Muchacho! —repetía una y otra vez—. ¡Muchacho!

Tanto alboroto trastornó a Hans, que se debatía entre la perplejidad y un íntimo regocijo. Y es que, desconociendo ser objeto de tantas divagaciones, el muchacho descubría en los efusivos saludos la constatación del cariño que sus compañeros le profesaban. Tras llevar a *Kirsche* al establo que se abría en la parte posterior de la vivienda y contarle a maese Otto que todo se había desarrollado sin problemas, quiso reincorporarse cuanto antes a su trabajo. Echaba de menos el tacto de la madera, el olor a resinas del taller, el desgarrar de las garlopas y el martilleo de los escoplos.

Durante el resto de la jornada, Hans se sumió en una marea de sensaciones reencontradas. Desde su banco de trabajo percibía las miradas curiosas y las sonrisas cómplices y respondía como podía a las preguntas de sus compañeros, pero su atención se volcó en la tarea que el maestro le había encargado. Solo a media tarde, cuando más absorto estaba en la medición de unas tablas, un murmullo nervioso le sacó de su ensimismamiento. Alzó la cabeza y se encontró con que muchos le observaban de reojo. Enseguida comprendió el motivo: por las escaleras que comunicaban el taller con el piso bajaba Friedericke.

Respiró hondo, repentinamente inquieto. Muchas veces había imaginado aquel momento, tratando de decidir qué comportamiento adoptar. Por una parte, ansiaba que todo volviera a ser como antes, dejarse llevar por la vivacidad y el descaro de la hija del maestro carpintero bajo las mantas. Por otra, pensaba que lo mejor sería aprovechar el distanciamiento provocado por el viaje para convencer a Friedericke de que más valía dejar las cosas como estaban. Al verla bajar las escaleras con su altanero rostro erguido y la mirada desafiante, la misma ambivalencia de sentires

volvió a anegarle, que se diría una veleta agitada por los vientos, pues desdecía en un instante lo que en otro aprobaba.

Friedericke terminó de bajar las escaleras y se dirigió a las puertas del taller sin hacer caso de los murmullos que se levantaban a su paso. Por un momento, su mirada altiva tropezó con la de Hans y un destello de reconocimiento cruzó por sus ojos. El muchacho esperaba que se detuviese a saludarlo, ya que debía pasar por su lado y nada había de extraño en que diese la bienvenida al aprendiz. Incluso comenzó a esbozar una sonrisa. Pero la joven irguió aún más el busto y continuó su camino como si nada, hasta desaparecer por la puerta de la calle.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que tenía la boca abierta en una mueca estúpida. Se puso rojo como la grana al percatarse de que era el centro de todas las miradas. *Luchs* le dirigió un gesto amistoso en el que Hans creyó ver un asomo de preocupación. Incómodo, bajó la vista hacia las maderas y fingió proseguir con su tarea.

Seguramente, Friedericke estaría enfadada con él por cualquier absurdo motivo. ¡Quién podría saberlo, con lo caprichosa y voluble que era la muchacha! Quizá se había ofendido por no avisarla de su regreso, aunque ni siquiera esforzándose se le ocurría de qué maldita forma podría haberla advertido. O sencillamente ese día se había levantado de mal humor. ¡Cualquier cosa! No, no merecía la pena preocuparse. Incluso, pensándolo bien, aquella reacción le convenía, así no tendría que decidir qué hacer. ¡Con un poco de suerte, la muchacha tomaría por él la decisión!

Nada más llegar a esa conclusión, se dijo que no tendría esa suerte. Lo más probable era que su regreso la hubiera cogido de sorpresa y no hubiera sabido reaccionar, pues saltaba a la vista que todos en el taller esperaban el encuentro. Esa noche, Friedericke se metería en su camastro para darle la bienvenida. Sí, eso era lo más probable.

Solo que no sabía si deseaba que tal cosa sucediera. ¡Dios, era todo tan complicado!

La taberna El Barril de Oro hacía honor a su nombre. Situada en una de las mejores zonas de la ciudad, ni los más entusiastas de sus parroquianos se atreverían a afirmar que se trataba de un local limpio o agradable. Ni mucho menos dirían que su propietario, el tuerto Lothar, un danés de rostro avinagrado y escasas palabras al que su mujer había abandonado para fugarse con un buscavidas borgoñón, destacaba por su amabilidad y simpatía. Pero lo cierto era que la cerveza de Lothar podía competir con éxito con las mejores de toda Sajonia. Tarde tras tarde el cuchitril pringoso que era El Barril de Oro se llenaba de aprendices, oficiales, estudiantes y artesanos varios que aceptaban pagar el diezmo de los malos modos del tabernero a cambio de disfrutar del exquisito sabor de su brebaje.

Cualquiera que quisiese enterarse de lo que sucedía en la ciudad debía pasar por El Barril de Oro antes de emitir su veredicto. Y solo si entre aquellas cuatro paredes



veía confirmadas sus suposiciones podía atreverse a dictar sentencia y afirmar con seguridad que en Wittenberg tal cosa acaecía o tal otra estaba pronta a suceder.

Aquella tarde, Hans Gotha se vio obligado a aceptar la invitación de varios de sus compañeros y acercarse a la taberna del tuerto Lothar. No era ni mucho menos lo que más le apetecía, pero la insistencia y el temor a pasar por desagradecido ante quienes tanto celebraban su regreso le hicieron aceptar la proposición. Así que allí estaba, rodeado del grupo de aprendices y oficiales carpinteros, incómodo y desasosegado al saberse el centro de atención. Y es que en toda la tarde no habían cesado de bombardearle con preguntas que suponían discretas, insinuaciones y guiños cómplices cuando defendía que se había limitado a cumplir un encargo en Worms de los padres reformadores.

Hans estaba perplejo. Por suerte, poco a poco la cerveza y la algarabía del ambiente consiguieron desviar de él la atención de sus compañeros, que se fue dividiendo en charlas dispersas. Comenzaba ya a buscar la forma de marcharse sin desairar a nadie, cuando *Luchs* le dio un codazo y señaló hacia la entrada.

—Lo que faltaba —exclamó con la voz tensa y una mueca de desagrado en la cara—. El mayor fantoche de la ciudad y su tropa de descerebrados hijos de papá.

Un grupo de jóvenes universitarios penetraba en aquel momento en el local precedido por Conrad Eisner, que se abría paso a codazos. Sus gestos ampulosos y el desorden de sus ropas delataban la juerga que se traía.

—¿Lo conoces? —se sorprendió Hans.

El aprendiz se volvió hacia él, dándole la espalda a los recién llegados:

—Por culpa de ese hideputa me pasé dos semanas cortando toda la leña que el maestro necesitará para los próximos cinco inviernos. Lo que no sabía era que tú también lo conocías.

—¿Cómo sabes eso?

*Luchs*, repentinamente serio, torció el gesto y engulló un buen trago de cerveza.

—Tarde o temprano te ibas a enterar de todos modos. Mejor que lo sepas por un amigo a que te lo cuente Gilbert u otro cualquiera.

—¿Se puede saber de qué demonios hablas?

No tuvo tiempo de responder.

—¡Vaya, vaya! ¡Mirad quién está aquí! —Conrad Eisner, moviéndose con cierta dificultad a través de los grupos de parroquianos, se acercaba a los dos jóvenes. Algo más lejos, apoyado contra una de las paredes del local, el italiano Cosme no apartaba la mirada de su amo—. ¡Nada menos que nuestro sagaz emisario, que retorna exitoso junto a los suyos! —llegó al fin a su lado y se plantó ante ellos, incisivo y desafiante. Recorrió a *Luchs* con la mirada, desdeñoso, y se volvió hacia Hans. Bajó ligeramente la voz y se inclinó hacia él antes de proseguir—. Porque supongo que tus pesquisas habrán tenido éxito, mi querido amigo. ¿Es o no así?

A Hans, Conrad nunca le había caído bien. Su aire de suficiencia, la locuacidad del estudiante y la forma que tenía de ser siempre el centro de atención le revolvían

las tripas. Incluso así, debía reconocer que gracias al hijo del armero tanto él como el padre Baltasar se hallaban en Wittenberg. Pero la alusión al viaje que acababa de realizar le intranquilizó. ¿Acaso todo el mundo se había enterado?

En ese instante, una disputa en el otro lado de la sala atrajo la atención general. Dos hombres de mediana edad, burgueses de cierta fortuna a juzgar por sus ropas, discutían a voces con el grupo de estudiantes que había entrado con Conrad. El mayor de los dos increpaba a uno de los muchachos iracundo:

—¿Cómo te atreves a insultar a nuestro padre Lutero?

Conrad sonrió divertido:

—¡Ah, cuánto ardor malgastado! —exclamó—. Disculpadme, me temo que mis amigos no saben contener sus impulsos si yo no estoy cerca.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el lugar de la trifulca. *Luchs* resopló con furia:

—¡Ese tipo es un auténtico mentecato!

—Será mejor que nos vayamos. Se hace tarde ya.

Fuera la noche dominaba la ciudad. Respiraron hondo, satisfechos por el contraste entre el ambiente cargado de la taberna y el aire fresco del exterior. Hans se frotó los ojos irritados por el humo de los hachones de El Barril de Oro.

—Disputas como esa son cada vez más frecuentes. Últimamente no se puede ir a ninguna parte sin que alguien se ponga a discutir sobre Lutero y la Reforma. ¡Y tu querido amigo Conrad siempre se encuentra en el medio! ¿Sabes que es el cabecilla de un grupo de fanáticos que van a todas partes con Carlstadt y Zwilling y que pretenden quemar las imágenes de los santos en las iglesias?

—¿Conrad? ¿Conrad el cabecilla? —se extrañó Hans—. ¿Pero hay alguien que le haga caso?

—Vives en las nubes, Hans.

Caminaron un rato en silencio. Las calles estaban despobladas. Solo alguna antorcha disipaba de trecho en trecho las tinieblas de la noche.

—¿Qué es lo que ibas a decirme antes?

*Luchs* dudó, incómodo.

—¡Qué diablos! Lo mejor es que lo sepas.

Le contó que Conrad había ido a visitarle al taller durante su ausencia y que allí, en presencia de todos, se deshizo en lisonjas y zalamerías con Friedericke.

—Desde ese día tu amigo volvió varias veces por la carpintería, siempre con una excusa u otra. Aunque no engañaba a nadie, claro. Todos sabíamos a qué iba. Bueno, todos menos maese Otto, que como siempre no se enteraba de nada. Pero desde hace algún tiempo ya no ha vuelto a aparecer.

—Bueno, eso quiere decir que habrá perdido interés.

—No seas ingenuo, Hans. Desde que Conrad no va por el taller, las escapadas de Friedericke son más frecuentes que nunca. Se marcha a primera hora de la mañana, siempre acompañada por la misma criada, y no regresa hasta bien tarde.

Hans se dijo que daba lo mismo, que al fin y al cabo aquello era lo mejor que

podía suceder.

Pero no pudo evitar que un regusto amargo se instalara en su pecho.

## 2

Un viento extraño, un hálito de presagios envolvió la ciudad de Wittenberg a partir del otoño. Fue un fenómeno insólito, una fiebre de crecimiento, una peste del espíritu que se cebó sobre el tierno cuerpo de la iglesia reformada. De un día para otro, el espíritu alegre y emprendedor que alentaba en los corazones de burgueses y menestrales se disolvió en el torbellino de la discordia. La expectación que los dominaba, la ilusión que los alentaba y la convicción de estar contribuyendo al alumbramiento de un mundo nuevo se esfumaron como volutas de humo en una tormenta.

Al igual que la yeguada se desconcierta y se dispersa cuando desaparece el macho dominante, así ciudadanos eminentes, mercaderes o simples criados comenzaron a corcovar, inquietos o impacientes según el ánimo de cada cual, y se enzarzaron en disputas sin tino ante la desaparición de Martín Lutero. Muchos habían incapaces de contener su desasosiego, muchos temerosos de ese emperador cada día más fuerte y exigente, de ese Papa que tan mal los quería. Y muchos también que veían llegada la hora de soltar las amarras que los ataban a la vieja Roma y a su desprestigiada fe.

Y es que la noticia de que Lutero se hallaba sano y salvo, refugiado en el castillo de Wartburg bajo la protección del elector Federico, se mantuvo en secreto, solo por unos pocos conocida. O quizá no, quizá se difundió por los misteriosos canales del rumor. Puede que se comentara en voz baja en tabernas y salones, que se discutiera en las calles e incluso que hasta los siempre bien informados parroquianos de El Barril de Oro se hicieran eco de ella. Mas, de ser así, sería el rumor uno más, como aquel que afirmaba que el reformador, arrepentido, se escondía en un monasterio agustino y expiaba sus pecados entregado a la oración o el que defendía que había sido muerto y que un coro de trompetas celestiales le acompañaba en su ascensión a los Cielos.

Una corriente de nerviosismo se apoderó de la ciudad. Todos los días se producían altercados y discusiones, se debatía en los talleres, en los mercados, se enfrentaban amigos y familiares. Los había que exigían la vuelta al redil romano y entonaban el *mea culpa* de la contrición. Los había que reclamaban mantenerse fieles a la memoria del reformador y continuar su legado. Y los había, cada vez en mayor número, que demandaban reformas más enérgicas, medidas capaces de erradicar la

superchería y la superstición y de instaurar un mundo nuevo de paz y de igualdad.

Cuando parecía que la ciudad estaba a punto de estallar, un suceso inesperado vino a alimentar la hoguera de la discordia. Sucedió que una mañana nubosa de principios de diciembre, nada más abrirse las puertas de las murallas, dos figuras andrajosas entraron en Wittenberg.

Llegaron caminando por la carretera de Leipzig, descalzos, casi desnudos, con el cuerpo y los harapos pardos por el barro del camino. Avanzaron lentamente, como si les flaquearan las fuerzas, apoyándose en sendos cayados de roble. Uno de ellos llevaba largos cabellos blancos y barbas pobladas, que apenas dejaban entrever los rasgos de su rostro. Su mirada, sin embargo, refulgía con intensidad, fija al frente, cual si, en vez de tiendas y talleres, contemplaran una visión celestial. Su compañero tenía menos edad y sus músculos poseían aún el vigor de la juventud. También llevaba larga la melena, pajiza y rebelde, y sonreía con tal beatitud que traspasaba los corazones de las gentes.

A su paso las conversaciones se aquietaban y se detenía el trajín, prendidas las almas de aquella aparición. Brotaron en los pechos cruces y suspiros y muchos abandonaron lo que estaban haciendo para acompañar en su lento avance a los recién llegados. La pareja proseguía su avance en medio de un silencio a cada paso mayor. Pronto, una multitud embelesada les seguía.

Los dos profetas embocaban por una callejuela que llevaba hasta el Markt cuando una llamada de advertencia rompió la quietud:

—¡Agua va!

Antes de que el gentío pudiera reaccionar, una lluvia de desperdicios y líquidos detritos roció la calle.

—¡Por la sangre de Dios!

El baño de porquería alcanzó la cabeza de la muchedumbre que se apelotonaba en torno a los recién llegados.

—¡Que la Pasión del Señor te confunda!

Roto el hechizo, decenas de voces se indignaban y soltaban denuestos.

—¡Que te lleven mil demonios bastardos!

Por la ventana de un segundo piso asomó una mujeruca de pelo alborotado. Iba a responder de forma airada a los insultos, pero al descubrir el tumulto enmudeció, abierta la boca por el pasmo.

Los improperios arreciaron. Dos muchachos se disponían a entrar en la vivienda para darle su merecido a la mujer, cuando una voz poderosa les detuvo:

—¿De qué la acusáis, almas de Dios? —el mayor de los dos iluminados se había vuelto hacia las gentes. Sus ropas y las de su compañero estaban salpicadas de excrementos y restos de comida podrida. El pelo blanco se pegaba a su cráneo—. ¿Acaso no hacéis vosotros lo mismo cien veces al día? ¿Por qué la tomáis con ella?

Se giró hacia la mujer y le sonrió con dulzura mientras trazaba en el aire la señal de la cruz. Luego, tras volver su rostro hacia las nubes, alzó las manos en señal de

ofrenda.

Una ola de desconcierto recorrió la multitud. ¿No estaba aquel iluminado ofreciendo la inmundicia al Señor? ¿Acaso pretendía ofender al Cristo Jesús con su indigno homenaje? Muchos comenzaron a murmurar sobre falsos profetas e impostores.

Mas, en ese preciso instante, cuando aún el anciano mantenía sus brazos alzados, se rompieron las nubes y comenzaron a caer goterones. En unos segundos, un tremendo chaparrón se abatió sobre la ciudad.

El gentío se quedó paralizado por la impresión.

—¡Por la cabeza del Cristo! —murmuraban, sin ser capaces de desviar la vista de los dos profetas. ¿Pues no era la lluvia la respuesta del Señor a tan insólita ofrenda? ¿No lavaban los cielos con aquel aguacero el polvo del camino y los restos de porquería que salpicaban las ropas de los iluminados?

Una voz estentórea, un bramido de gigante se elevó sobre la multitud. ¡El más joven de los recién llegados estaba cantando a pleno pulmón! Era un salmo muy popular, un cántico de alabanza al Creador. Aquel sonido, aunque apagado por el chaparrón, absurdo en medio del silencio de la calle, les dejó atónitos. Fuera quien fuese el hombre, poseía una hermosa y desafinada voz.

Inmunes a la tromba de agua que se desplomaba sobre sus cabezas, con los pelos como guiñapos sobre sus cabezas y los harapos empapados, los profetas reiniciaron su avance hacia la plaza del mercado. La multitud caminó tras ellos. Avanzaron sin titubeos hacia el atrio de la iglesia capitular de Saint Marien. Se plantaron frente a las torres y allí, mientras las gentes se arremolinaban con respeto a su alrededor, volvieron a alzar sus manos hacia el cielo.

En ese preciso instante, un cura de amplias papadas, tocado con un bonete negro y con un parasol de vivos colores en sus manos, salía de la iglesia. Al descubrir al gentío que le cerraba el paso, dio un respingo y un chillido escapó de su pecho.

—¿Qué..., qué queréis de mí? ¡Yo no he hecho nada!

En eso, tan repentinamente como había comenzado, cesó la lluvia y por entre la capa de nubes se coló un rayo de sol. El sacerdote siguió con su mirada aquella luz que brotaba de las alturas e iba a detenerse sobre las manos alzadas de los andrajosos visitantes. Su rostro regordete se crispó por el asombro. Soltó el parasol y se arrancó precipitadamente el bonete, al tiempo que caía de hinojos al suelo.

—¡Buen Dios! —murmuró con el rostro desencajado, los ojos abiertos de par en par—. ¡Buen Dios, Buen Dios!

La muchedumbre comenzaba a celebrar con risas y chanzas aquella insólita imagen cuando una mujer gritó:

—¡Los clavos de la Pasión! ¡La marca del Cristo!

Todas las miradas se volvieron hacia el atrio. El rayo de sol iluminaba las manos de los dos profetas, limpias de polvo por efecto del chaparrón. Una mancha rojiza, de sangre fresca, brillaba en cada palma.

—¡Llevan los estigmas! ¡La marca de la Pasión! —el asombro se extendió por la plaza. Los que estaban más retrasados pugnaban por acercarse y admirar el milagro.

El arco iris asomó entre las torres de la iglesia. Un «¡Oh!» embelesado brotó de cientos de gargantas. Uno a uno, convencidos de que estaban presenciando una señal de la predilección divina sobre aquellos hijos bien amados, fueron deshaciéndose en cruces y cayendo de rodillas.

Los dos pordioseros bajaron sus manos. Avanzaron unos pasos, rodearon al párroco y penetraron en la iglesia. Se dirigieron hacia el crucero, seguidos con atención por las miradas de la muchedumbre a través de las puertas abiertas. Una vez allí, se tumbaron de bruces ante el altar con los brazos en cruz y comenzaron a orar.

Durante el resto del día y toda la noche, los profetas permanecieron tendidos en el crucero, vigilados de cerca por una expectante aglomeración que se turnaba para rezar en el exterior de la iglesia. Ni el párroco rollizo se atrevía a penetrar en el templo, pues temía perturbar a los orantes. Todos aguardaban. Sabían que tarde o temprano aquella vigilia terminaría y que entonces los iluminados se dirigirían a la multitud. Mientras tanto, velaban en la plaza y se dejaban embriagar por el vino de la devoción.

Por fin, en la mañana del día siguiente, los dos hombres se irguieron con dificultad. El frío de la piedra se había colado en sus huesos y sus músculos se hallaban entumecidos por la inacción. Caminaron renqueando hasta la entrada, apoyándose en sus cayados.

Unas mujeres se acercaron a ellos con muestras de respeto y les ofrecieron unas frutas y un odre de agua. Los profetas rechazaron la comida, pero sonrieron agradecidos y bebieron con ganas del pellejo.

La multitud aguardaba. El mayor de los dos paseó su mirada por el atrio de la iglesia. Sus ojos eran de un azul profundo y parecían crepitar abrasados por un fuego interior. Todos los que cruzaban la mirada con él bajaban al punto la vista, turbados en lo más íntimo de su ser. Entonces su voz sonó diáfana en la mañana soleada y se elevó por encima del rumor del gentío. Un silencio sobrenatural se hizo en la plaza.

—¡Hermanos y hermanas en el Señor! ¡El Buen Jesús me ha hablado!

La noticia de aquella insólita presencia se abatió sobre Wittenberg como una plaga de langostas sobre un campo listo para la siega. De golpe, las discusiones de los últimos meses se recrudecieron, se agitaron los espíritus y las plazas se llenaron de improvisados predicadores. Los que habían contemplado el prodigio y escuchado a los profetas se deshacían en alabanzas; muchos burgueses y caballeros fruncían el ceño, preocupados por tanto alboroto. Los padres reformadores, recelosos, acudían a casa de Felipe Melanchthon para tratar de decidir qué hacer con los visionarios, aunque no se atrevían a intervenir por temor a la reacción del pueblo. Solo el vehemente Carlstadt y Gabriel Zwilling mostraron más interés que preocupación y enviaron a la plaza a un grupo de estudiantes, encabezados por Conrad Eisner, para

que invitasen a los recién llegados a reunirse con ellos.

Conrad aquellos días era el centro de muchas miradas. Su dedicación y su entrega le había ido ganando la confianza de los teólogos, hasta el punto de convertirse en su mano derecha. Los estudiantes que habían abandonado la universidad para seguir a Carlstadt lo consideraban su jefe natural y obedecían sin discusión sus instrucciones. Las gentes humildes lo conocían y le saludaban con respeto, pues lo consideraban uno más de los reformadores. Y él, ensoberbecido, se dejaba llevar por la precipitación de los acontecimientos, empeñado como ninguno en que triunfase el ala radical de la Reforma.

No le quedaba más remedio. Unas semanas atrás, una tarde en que se encontraba en las habitaciones de su hospedería con Friedericke, había recibido una misiva de su padre, el riquísimo armero de Brunswick.

Conrad y Friedericke retozaban entre las sábanas, despreocupados e indolentes, y se suponía que el italiano Cosme hacía lo propio con la doncella de Friedericke en la estancia contigua. La hija del carpintero se hallaba desnuda sobre el jergón y ronroneaba melosa, se estiraba como una gatita, trataba desesperadamente de llamar la atención del estudiante, pero Conrad no le hacía ni caso. La noche anterior había sido muy agitada.

Al recordarla, un estremecimiento de placer le recorrió el cuerpo. Friedericke, que se pegaba a él y le susurraba obscenidades al oído, creyó que era la causante del escalofrío y deslizó su mano hasta el pene adormecido del estudiante.

—¿Quieres estarte quieta, demonio? —la apartó de un manotazo—. ¿Nunca te cansas?

A veces Friedericke le sacaba de quicio. La muchacha no se saciaba nunca. Cuando él ya había acabado, ella pretendía continuar, ansiosa y exigente, y tenía la mala costumbre de tomar la iniciativa en la cama. Algo que a Conrad le desagradaba profundamente.

La noche anterior, los Cachorros de Dios habían asaltado una casa parroquial al descubrir que el sacerdote guardaba misales y biografías de santos y escondía cuadros sacros en un arcón. El nombre de Cachorros de Dios se le había ocurrido a él, por supuesto. Era un apelativo vistoso y había servido para unir a los estudiantes bajo su mando. Ahora todos se sentían miembros de un grupo importante y poderoso. Nadie discutía su jefatura. Eso era lo más fascinante. La sensación de poder.

Había ordenado a los Cachorros que amontonaran las imágenes y los libros y les prendieran fuego en el patio. Ni uno solo había dudado. Habían acatado sus órdenes con la mayor naturalidad del mundo, un ejército disciplinado a su disposición. Lo mejor había sido la cara del párroco cuando lo amenazó con atarlo a él a la hoguera si volvían a pillarlo con un solo libro papista. ¡El miserable se había orinado encima! Sonrió para sí al recordarlo. ¿Lo habría hecho? ¿Habría atado a aquel pobre diablo al poste? En aquel instante se sentía capaz de cualquier cosa...

—¡No me estás escuchando!

El grito le hizo dar un brinco sobre el jergón. Friedericke le asaeteaba con una mirada de rabia. Cuando se enfadaba se ponía verdaderamente fea, pensó Conrad, observando sus pelos alborotados y su rostro desfigurado.

—¿Se puede saber qué mala pulga te ha picado?

La verdad era que la fascinación de los primeros días ya no existía. Había sido demasiado fácil conquistarla y el estudiante pronto se sintió decepcionado. ¡Y es que no paraba de hablar! Parloteaba sobre lo primero que se le venía a la cabeza, un zumbido constante que le impedía concentrarse. No sabía muy bien por qué la aguantaba. No era más que una niña malcriada.

—¿Qué haces ahora? —preguntó, al ver que se estaba vistiendo.

—¡Me voy! —chilló ella— ¡No quiero volver a verte!

Qué se fuera, así podría descansar un rato. Se puso a contemplar el fuego del hogar que caldeaba la habitación cuando llamaron a la puerta. Cosme entró con un papel en sus manos.

—Acaba de llegar de Brunswick, señor.

Era una carta de su padre. La leyó en silencio, observado atentamente por Friedericke y por el italiano. Se puso pálido.

—¿Sucede algo, señor? —le interrogó Cosme.

—Nada. Mi padre, que está enfermo —era mentira, pero Conrad necesitaba ganar tiempo. Ganar tiempo para decidir qué hacer.

La carta era breve. Su padre decía que le habían llegado rumores de que se había pasado al bando de los herejes de Lutero y le ordenaba regresar inmediatamente a Brunswick. Si no lo hacía, quedaría desheredado y no recibiría ni un solo florín más para sus gastos.

¡Dejar Wittenberg! ¿Cómo iba a abandonar ahora que se estaba convirtiendo en alguien importante? Toda su vida había soñado con ganar fama y honores, con convertirse en un caballero a la usanza de los antiguos. Y quizá, por qué no, quizá alcanzar algún día un título. ¿Acaso no valía él eso y mucho más? Y la Reforma le brindaba esa oportunidad. ¿Iba a abandonar sus sueños? En Brunswick, su vida estaría planificada del principio al fin, gobernada por la voluntad de hierro de su padre. Se casaría y trabajaría duro como un vulgar comerciante en el negocio familiar y, dentro de muchos años, heredaría el negocio y seguiría viviendo en la aburrida ciudad hasta el día de su muerte.

Respiró hondo, repentinamente decidido. No había marcha atrás. ¡Con lo revueltas que andaban las cosas, no le sería difícil obtener tajada! Lo importante era apostar por el caballo ganador. Tenía fondos para resistir unos meses. Después... .

Friedericke le observaba enfurruñada. ¿Pero aún no se había marchado? Le entraron ganas de despedirla con cajas destempladas, sin embargo, cambió de parecer:

—Anda, tontita, ven conmigo —le sonrió—. ¿Qué haría yo sin ti?



La ciudad era un criadero de rumores. Algunos afirmaban que los predicadores recién llegados eran enviados del Señor para acelerar las reformas de su Iglesia. Otros los tachaban de charlatanes y embaucadores. Pronto se supo que se trataba de Niklas Storch, un antiguo tejedor, y de Marcos Stübner, un párroco iluminado. Ambos procedían de la villa de Zwickau, cerca de la frontera bohemia, de donde habían sido expulsados por el consejo municipal tras provocar una gran agitación. Algunos se desilusionaron al enterarse, pero otros se enardecieron todavía más, indignados por la injusticia de que habían sido objeto.

Y es que los dos visionarios poseían un verbo fluido y una pasión que despertaba las ilusiones dormidas de las gentes. Anunciaban que en esos días, como en los de los Apóstoles, Dios se comunicaba directamente con su Elegido. Pronto los turcos conquistarían el mundo y el Anticristo lo gobernaría. Pero entonces, y sería muy pronto, el Elegido se levantaría y aniquilaría a los ateos, de modo que pudiera producirse la Segunda Venida y comenzar el Milenio. Así había de ser, pues, ¿no avanzaban las huestes de los infieles Danubio arriba?, ¿no se sentaba en el trono de san Pedro el mismísimo Anticristo?, ¿no se cumplían una tras otra las profecías del Apocalipsis? ¡El último de los imperios estaba tocando a su fin; el mundo se hallaba bajo las órdenes del demonio, cuyas serpientes, los clérigos, y cuyas anguilas, los jefes y señores seculares, lo contaminaban todo!

Muchos de los que les escuchaban, indigentes, analfabetos y servidores de casas principales, asentían enfervorizados. ¡Ellos mismos sufrían en sus carnes la opresión de los poderosos! Los profetas les hablaban de un mundo sin amos, de una nueva era que estaba a punto de comenzar en la que ellos se sentarían con el Cristo Jesús mientras los ricos y los poderosos arderían en las llamas del Infierno. Una ola de esperanza invadía a los oyentes, que recobraban la ilusión cuando ya todo lo consideraban perdido.

El Elegido, clamaban los profetas por las calles, debía preparar el camino para el Milenio por la fuerza de las armas. Pero, ¿quién era el Elegido? ¡Todos! ¡Todos aquellos que recibían el Espíritu Santo, el Cristo vivo! Mas ninguno debía llamarse a engaño: el que quisiera salvarse debía sufrir muy duramente, pues nadie entraría en el reino de los Cielos sin estar libre de toda voluntad propia, liberado de cuanto lo atara al mundo. Y el Dios de las alturas impondría a sus fieles predilectos intensas agonías en forma de enfermedad, pobreza y persecución, pues también Su Hijo sufrió por la humanidad. Solo entonces, cuando el alma desnuda alabara al Creador, llegarían al contacto directo con Dios.

Las muchedumbres asentían con devoción. ¿Quién mejor que ellas, que tanto sufrían bajo las espuelas del hambre, la enfermedad y la avaricia de los poderosos, podía comprender aquellas santas palabras?

—Ha llegado el tiempo de la siega —preconizaba Niklas Storch, el antiguo tejedor. Sus cabellos pajizos ondulaban al viento, refulgían sus ojos aún jóvenes al

recorrer la multitud que devoraba sus palabras—, por eso el mismo Dios me ha encargado de la cosecha. He empuñado mi guadaña, porque mis pensamientos están anclados en la verdad y mis labios, manos, pies, cabello, alma, cuerpo y vida toda maldicen a los incrédulos. ¡Se acabaron los reyes y los falsos curas! ¿No está escrito que todas las cosas deben ser tenidas en común? Así nos lo muestran los *Hechos de los Apóstoles* y así fue en el tiempo del Señor.

Andrés Carlstadt, el entusiasta e inestable profesor de teología, se dio cuenta inmediatamente de que aquellos hombres hablaban su mismo idioma. Fascinado por el fervor de sus prédicas, los acogió en su casa y los puso bajo su protección. A partir de ese instante se recrudecieron sus ataques contra la misa y contra las imágenes y en muchas partes de la ciudad estallaron revueltas. Los Cachorros de Dios, de Conrad, se hicieron famosos por su entusiasmo y su intransigencia. Acompañaban a los predicadores y los protegían, organizaban «expediciones agrícolas» a los pueblos de los alrededores, cuyos labriegos contemplaban con asombro como aquellos jóvenes de la ciudad invadían sus campos y huertas, y destrozaban en un día el trabajo de varias semanas con el pretexto de ayudar. Presionaban a los sacerdotes para que contrajesen matrimonio y a los frailes para que renegasen de sus votos y abandonaran los monasterios y organizaban fiestas populares en las que prendían grandes hogueras con los libros y cuadros de los papistas, pues la nueva religión rechazaba las imágenes y se burlaba de los santos.

Una mañana de mediados de diciembre, Carlstadt y Zwilling se acercaron al hospital.

—Fascinante, vuestra labor.

—La conversión del Rey Mendigo corre de boca en boca. ¿Es cierto que sus hombres os ayudan ahora a mantener el barrio en paz?

Se veía ajeteo en torno al edificio. Varias mujeres cuidaban de los más pequeños, que jugaban y reían en el exterior.

—¿Qué es lo que os detiene, padre Baltasar? ¿Qué es lo que os impide apoyar nuestra causa?

El fraile se quedó sin saber qué responder. Señaló a una hilera de pordioseros que aguardaban ante una puerta, indiferentes al frío. Esperaban por la comida que diariamente repartían las antiguas prostitutas de Bocanegra.

—En los últimos meses muchos frailes y monjas se han exclaustado.

Carlstadt, vestido con sus ropas de campesino, le observó con mal reprimida impaciencia:

—Lo sabemos, padre, pero eso es bueno. ¿Qué sentido tiene aislarse del mundo y cerrarse a la realidad? ¡Vos mismo sois un antiguo cisterciense!

—Ya nadie se ocupa de alimentar a los indigentes —continuó Baltasar, sin apartar la mirada de la larga fila—. Antes siempre podían encontrar un tazón de caldo si acudían a los frailes, pero ahora...

El teólogo frunció el ceño.

—Bueno, es normal. Estamos en tiempos de cambio... Pero ya nos ocuparemos de esa cuestión. ¡Ahora, lo importante es consolidar la nueva religión!

—Buscamos lo mismo que vos, padre —intervino el agustino Zwilling, acallando a su compañero con un gesto—. Sabemos con vos que no es posible separar la reforma religiosa de la social. También nosotros deseamos crear una nueva sociedad en la que los hombres sean libres ante el Señor.

Baltasar escudriñó los rostros de sus interlocutores. Se sentía incómodo. El barrio, el consejo parroquial y el hospital ocupaban la mayor parte de su tiempo, había dejado de acudir a las reuniones en casa de Melanchthon. Ni siquiera seguía con demasiado interés los acontecimientos de la ciudad. Muchos le hablaban de los profetas de Zwickau. En el barrio contaban con bastantes seguidores, como no podía ser menos. Pero todo aquel jaleo le quedaba muy lejos, como el rumor de las olas cuando uno vive al lado del mar. ¿Qué sabía él de lo que buscaban Carlstadt, Zwilling y los profetas? ¿Y cómo podían estar ellos tan seguros de lo que él buscaba?

No quería reconocerse a sí mismo que estaba hecho un lío. Había llegado a Wittenberg deslumbrado por las prédicas de Lutero, pero ahora ya no le interesaban las sutilezas teológicas. Sentía a Dios dentro de su corazón y eso le bastaba. ¿Por qué todos se empeñaban en imponer sus creencias a los demás? ¡Si se ocuparan más del prójimo y menos de Dios!

—¿Por qué afirmáis que no os apoyo?

—¡Venid con nosotros entonces, predicad en las iglesias! Las gentes os seguirán.

Comprendió por qué lo urgían. Pensaban que si él les apoyaba públicamente, muchos reticentes dejarían de lado sus dudas. Puede que incluso creyeran que el propio Melanchthon se pondría de su parte, pues el joven teólogo continuaba vacilando, sin saber qué camino tomar.

—¡Os agradezco tanto vuestra confianza! Aunque... ¿No os parece que ya hay demasiados predicadores para una sola ciudad?

Se marcharon envueltos en la nube de estudiantes que les seguía a todas partes. Entre ellos, altivo y desdeñoso, destacaba Conrad Eisner.

Llegaron las nieves y la ciudad siguió sumida en el caos, debatiéndose entre el desconcierto y el más arrebatado misticismo. Carlstadt, que se había convertido en inseparable de Niklas Storch y Marcos Stübner, se percataba con entusiasmo de que su ascendiente sobre el pueblo era cada día mayor. En Navidad consiguió que el consejo municipal adoptara las primeras reformas prácticas. Se modificó el servicio de la misa, se suprimió la elevación de la hostia y se comenzó a distribuir la comunión bajo las dos especies. También se abandonó el celibato de los clérigos y el propio Carlstadt contrajo matrimonio, con gran publicidad, con una campesina.

Hans estaba en El Barril de Oro cuando se supo la noticia. Había adquirido la costumbre de acercarse hasta la taberna por las tardes, en compañía de *Luchs* y de algún otro compañero, para tomarse una pinta y comentar las novedades. No es que le

interesaran demasiado las cosas de la religión. Él no comprendía las sutilezas teológicas de unos y otros, ni le quitaba el sueño que el bautismo de los niños fuera bueno o malo, o que los curas se casasen o no. Lo único que sabía era que había un Dios allá arriba ante el cual algún día todos darían cuenta de sus acciones.

Aquel día, Hans, *Luchs* y otros dos aprendices descansaban en un rincón, con sus pintas mediadas sobre la mesa, charlando animadamente. Pese a lo temprana de la hora, El Barril de Oro ya estaba repleto y no cesaba de llegar gente. Un fuego caldeaba la estancia. Hacía falta: la nieve, sucia y monótona, cubría la ciudad.

—Yo solo repito lo que acabo de oír —insistía *Luchs* con vehemencia. Sus ojos brillaban mientras se volcaba hacia sus compañeros, simulando estar enfadado porque no le creían—. ¡La gente dice que Lutero ha estado en la ciudad! Se rumorea que vino disfrazado de caballero, con su paje y todo, y que se ha entrevistado con Melanchthon y Bugenhagen.

—¡Vaya, vaya! ¡Así que ahora nuestro querido Lince tiene visiones! ¿Será que se te ha metido una arenilla en los ojos, *Luchs*?

—¡A vosotros sí que se os ha metido, pero una viga, animales! ¡Como si a mí me importara algo que fuera verdad o no! Yo me limito a repetir lo que he oído.

Albert, un muchacho al que solo le faltaba un año para convertirse en oficial, se puso serio:

—No juguéis con eso. Lo peor que podía pasar es que Lutero volviera a Wittenberg.

Se hizo un silencio incómodo. Todos sabían que Albert era seguidor de Niklas Storch y que apoyaba a Carlstadt por encima de todo.

—Bueno, tranquilo, Albert —replicó *Luchs*—. También se dice que Lutero tuvo que regresar a Wartburg porque este no quería correr riesgos sobre su seguridad. Así que por ahora tus queridos profetas están seguros.

—¿Y qué más da que vuelva Lutero? —interpeló un chiquillo muy joven que acababa de entrar en el taller— ¿Por qué va a preocupar eso al doctor Carlstadt o a Zwilling? Además, ¿a Lutero no lo había asesinado el emperador?

—¿Tú que opinas, Hans? —Albert le examinó con interés.

Hans se hallaba sentado en una esquina, con la espalda apoyada en la pared. Tallaba una figurilla en un pedazo de madera y seguía, sin demasiada atención, la charla de sus amigos. Desde que había vuelto de su viaje, todos parecían encontrar sus opiniones muy dignas de crédito. Él no solía tener ideas brillantes ni nada por el estilo, se limitaba a utilizar el sentido común, pero siempre le escuchaban como si supiera algo que los demás no sabían.

—Ni idea. Pero no estaría mal que alguien tranquilizara un poco los ánimos.

—¿Por qué dices eso? —le espetó Albert, envalentonado por la cerveza.

—A mí no me importa demasiado quién tiene razón y quién no, Albert, aunque no me gustan los que tratan de imponer sus ideas a los demás por la fuerza.

Todos sabían a qué se refería. En las últimas semanas, los Cachorros de Dios de

Conrad se habían hecho famosos por sus violencias. Los estudiantes actuaban como una especie de cuerpo de guardia de los profetas y tenían atemorizados a muchos con sus bravatas. Se decía que ciudadanos prominentes y miembros del consejo municipal habían recibido amenazas de muerte si no apoyaban a los radicales. Todos los días, las hogueras quemaban imágenes y libros en las calles. Dos viviendas de sacerdotes considerados papistas habían sido incendiadas, varias iglesias saqueadas... La lista de despropósitos de los Cachorros no cesaba de aumentar ante el desconcierto general.

—¡Pero es necesario! —estalló Albert— ¿No habéis oído a Niklas Storch? ¡Dice que ha llegado el tiempo de la siega! ¿Creéis que los ricos y los falsos curas se dejarán arrebatar lo que han usurpado? ¡Los profetas dicen que habrá lucha y que muchos sufrirán, pero que al final los elegidos del Señor triunfaremos!

Un silencio espeso se abatió sobre la mesa. Se perdieron las miradas por los rincones.

—¡Por Dios! —exclamó Albert, enfadado— ¿Es que no lo comprendéis?

Nadie le respondió. Al cabo de unos segundos, el muchacho se levantó con brusquedad y salió de la taberna.

### 3

Al principio fue solo el rumor de un rumor, un susurro de brisas, una oscilación de la llama del candil. Pocos fueron los que le dieron crédito. Pero a lo largo de aquella ventosa mañana de principios de marzo el rumor fue haciéndose más persistente. Y a medida que cobraba peso y se hacía consistente, un suspiro de alivio se escapaba de la boca de la ciudad.

—Dicen que se le ha visto en el patio del castillo.

—Se dirigía hacia Collegienstrasse para reunirse con Melanchthon y los demás.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Lo que tenga que ser, será.

Sería la hora de vísperas cuando el rumor que aleteaba sobre los tejados se convirtió en certeza. Una multitud que se había reunido para escuchar a los profetas lo vio atravesar el Markt, embutido en sus ropajes de agustino, flanqueado por Felipe Melanchthon y varios padres evangélicos. Tenía el ceño fruncido y avanzaba a paso vivo, un ariete ante el que retrocedía la muralla de las gentes.

Lutero había regresado a Wittenberg.

Una semana más tarde, Hans caminaba de vuelta al taller de maese Otto tras haber pasado la tarde ayudando al padre Baltasar en el hospital. Un cielo de nubes plomizas sumía las calles en tinieblas. Algunos perros tiñosos gruñían por el barrizal. De vez en cuando, la campanilla de un leproso alertaba a los vecinos de su presencia.

Un aire de melancolía dominaba los semblantes. Aquella semana había transformado la fisonomía de la ciudad. Ocho sermones habían bastado para que el doctor Martín Lutero consiguiera, con su elocuencia y su firmeza, que las ovejas descarriadas volvieran al redil. El reformador se había mostrado incisivo y certero en sus alocuciones públicas, sutil y persuasivo como solo él podía mostrarse. Ocho prédicas bastaron. En una única semana, la efervescencia que sacudía la ciudad desde el verano anterior se diluyó como una pompa de jabón en plena galerna.

Hans avanzaba a buen paso, ansiando llegar cuanto antes al taller. Pasó al lado de un mendigo sin piernas que se desplazaba sobre un carrito de madera y lo saludó con cordialidad. Lo conocía bien, pues él mismo le había construido la plataforma tiempo atrás. El hombre respondió a su saludo con una sonrisa en su rostro marcado por la viruela.

Lutero había demostrado una gran habilidad. En ningún momento mencionó expresamente a los profetas de Zwickau ni recriminó la actitud de Carlstadt o de Zwilling. Sus palabras fueron reflexivas y conciliadoras, las palabras de un padre que se muestra comprensivo y cariñoso. Cada vez que Lutero hablaba, eran muchos los que agachaban la cabeza y asentían agradecidos por su bondad y su indulgencia. Los otros, los que rechazaban sus argumentos, los recalcitrantes y los contumaces, recogían sus bártulos y se marchaban de la ciudad. Así lo hicieron los profetas, cabizbajos, frustrados, seguros de que en aquel campo ya no crecerían más las semillas de su mensaje.

Acababa de saludar al mendigo cuando una figura embozada le salió al paso desde un callejón. Antes de que pudiera reaccionar, el sujeto se abalanzó sobre él y le propinó un fuerte empujón. Hans trastabilló y reuló hasta la pared.

—Tú lo sabías, ¿verdad? ¡Tú sabías que Lutero estaba vivo, sabías que iba a regresar! —Conrad Eisner, con las facciones desfiguradas por la rabia, le agarró por el jubón y lo zarandó.

Hans era mucho más corpulento que el hijo del armero. Estaba acostumbrado a los trabajos físicos, primero en el campo y después en el taller. Sin embargo, al verse empujado por Conrad, no supo o no quiso reaccionar. La mirada del estudiante destilaba un odio tan absurdo que lo dejó paralizado.

—¡Podías avisarme y no lo hiciste! ¡Por tu culpa todo se ha perdido!

Hans trató de sujetarlo por las muñecas. El jubón se rasgó. Conrad, ciego de ira, le empujó nuevamente contra la pared:

—Como me llamo Conrad Eisner que te acordarás de esto, aprendiz. ¡Te lo haré pagar bien caro!

Dándole un último empujón, el estudiante echó a correr. No se había alejado cuatro pasos cuando un bulto se interpuso en su carrera. Conrad tropezó, masculló una maldición y cayó de bruces sobre el barrizal.

El bulto era el mendigo de la plataforma, que había contemplado toda la escena. Conrad trató de levantarse, pero pisó su propia capa y volvió a caer. Durante unos instantes luchó por desenredar sus ropas, intentando mantener un mínimo de dignidad en medio de su precipitación. Hans no pudo evitar echarse a reír:

—¡Vaya, Conrad! ¡Ahora entiendo lo de los Cachorros! ¡Tan retozón y empapado como un auténtico golfillo!

Desde el suelo, con las ropas y el rostro salpicados de barro, el estudiante se revolvió hacia él. Sus palabras destilaron veneno:

—Nadie se ríe de mí. Recuérdalo.

Se levantó al fin y, antes de que Hans pudiera evitarlo, propinó una patada al mendigo despernado. El pequeño bulto salió despedido y aterrizó sobre el barro. Luego, Conrad echó a correr.

Hans se inclinó sobre el hombre. ¡Tenía que haberse callado! ¡Por su culpa, aquel infeliz podía estar herido!

El mendigo le sonrió, magullado, desde el suelo:

—Ese era el jefe de los Cachorros, ¿verdad? —comentó—. ¡Le tenía unas ganas!

Un leve roce, un susurro de ropas llegó hasta él. Aguzó el oído. Por un momento, le vinieron a la cabeza los días en que Friedericke bajaba en medio de la noche. Absurdo, totalmente absurdo.

Se dio la vuelta en el catre y trató de dormir. Debía de ser más de medianoche, pero el encontronazo con Conrad de esa tarde le había desvelado.

Otro roce, acompañado de un crujido, como si alguien hubiera pisado una madera floja. Recordó que uno de los escalones que bajaban de la vivienda del maestro estaba flojo. ¿Sería Friedericke en verdad, que había decidido volver con él? Sintió que se le aceleraba el pulso, todos sus sentidos alerta. ¡La muchacha era tan voluble que no le extrañaría lo más mínimo! Aguardó en la oscuridad, tratando de captar algún otro sonido, mientras luchaba consigo mismo. ¿Cómo reaccionaría si la hija del maestro se metía de nuevo en su cama? Su cabeza le decía que sería una equivocación. Pero su cuerpo decía otra cosa. Estaba excitándose solo de pensarlo.

Ya no cabía dudar. Alguien se movía con sigilo por el taller. Hans se incorporó procurando no hacer ningún ruido. Si era Friedericke, no quería que le cogiera de sorpresa.

El catre crujió y los pasos se detuvieron. ¡Por todos los diablos! Contuvo la respiración.

Otro paso, y luego el roce de una madera contra otra. ¿Qué estaba pasando? De repente, lo comprendió todo. ¡La puerta! Alguien estaba tratando de desatracar la puerta del taller. La excitación desapareció como por ensalmo. Si era Friedericke, no

tenía intención de meterse en su cama.

Se levantó. Conocía el taller a la perfección, llevaba casi tres años trabajando y durmiendo allí. Sorteó las mesas de carpintero y se dirigió hacia la entrada. Distinguió una sombra que trajinaba con la tranca del portón. Era Friedericke. ¿Adónde diablos iría? Estaba tratando de decidir qué hacer cuando sus pies tropezaron con una madera que alguien había abandonado en el suelo.

—¿Hans?

¡Por Dios! ¿Qué hacer?

—¿Friedericke?

La muchacha, tras un instante de indecisión, siguió desatrancando la puerta. Se acercó a ella.

—¿Adónde vas?

—No creo que te importe demasiado, aprendiz —si bien hablaba en susurros, el desprecio era tan evidente que le paralizó. La muchacha, al fin, consiguió levantar el madero que cerraba la entrada. Un crujido prolongado resonó en el taller cuando la hoja de madera de la puerta osciló y se entreabrió.

—No seas loca, Friedericke, ¿adónde vas?

—Ni se te ocurra tratar de detenerme. Tú tienes la culpa de todo.

Vaya. Aquel día todo el mundo le acusaba. De golpe comprendió lo que sucedía: ¡Friedericke se fugaba con Conrad!

—No seas tonta, Friedericke. Piensa en lo que vas a hacer. ¡Tu padre se morirá del disgusto! ¿De qué vais a vivir? —nada más decir esto último se sintió estúpido. Conrad era el hijo de un rico armero. Dinero no les faltaría.

La muchacha no estaba dispuesta a detenerse.

—Supongo que ya no importa, mañana te enterarás, de todas formas. ¡Por suerte yo sabía dónde guardaba mi padre sus ahorros! —se volvió hacia él en la oscuridad y su voz se volvió tan cortante como un cuchillo—. Como se te ocurra avisarle, te arrepentirás toda la vida. ¡Lo juro!

Y desapareció en la oscuridad.

Durante un largo rato, Hans se quedó contemplando el vacío de la calle. Una lluvia recia apagaba los sonidos de la noche. Sabía que la muchacha se equivocaba, pero no conseguiría nada deteniéndola. Si no lo lograba ese día, lo intentaría al siguiente, o al otro. No, cada uno debía aprender de sus errores.

Pero maese Otto lo iba a pasar muy mal. Friedericke era toda su vida.



# Capítulo VI

## Bretaña

### Verano de 1526

#### 1

Una pestilencia de orines y podredumbre penetraba por las rendijas de la madera, se vestía de moho y humedad y se adhería a los poros de la piel. El suelo de tierra batida aparecía hendido allí donde las goteras formaban con la lluvia canalillos de agua sucia. Una capa de verdín las tablas. No había muebles que aliviaran la desnudez de la estancia, salvo un mugriento jergón de paja en un lado y un banco devorado por la carcoma frente a la puerta. Tampoco se abrían ventanas en las paredes. Los rayos de sol que conseguían filtrarse a través de los intersticios de la madera a duras penas reducían la lobrecura.

Paulette llevaba horas consumiéndose. Caminaba de un lado a otro del exiguo espacio mientras su mente se esforzaba por comprender qué sucedía. Del exterior le llegaba el rumor amortiguado de la ciudad: madres que llamaban a sus hijos, cháchara de vecinas, ladridos de chuchos y, de cuando en cuando, el golpeteo de los cascos de un caballo o el rechino de un carromato camino del mercado. Tanta normalidad le sacaba de quicio. Su cabeza no cesaba de agitarse. ¿Por qué la había encerrado? ¿Qué pensaba hacerle? ¿Habría ido a avisar al obispo?

Cuando el hombre la introdujo a empellones en el cubículo y cerró la puerta, Paulette no pudo contener las ganas de llorar.

Estuvo lloriqueando mucho tiempo con gemidos apagados, temerosa de las reacciones que su llanto pudiera provocar en Bertrand. Empero, a medida que pasaban las horas, los pucheros fueron mitigándose.

Pasaba horas sentada en el banco y luego se ponía a andar en círculos. Le resultaba difícil calcular el tiempo con precisión. Sin más referencia que la luz que se filtraba entre los tablones de las paredes, el tiempo cobraba una dimensión difícil de estimar. Debía de llevar encerrada un día entero. Su estómago se retorció de hambre y sentía seca la boca. Al cabo, deshidratada por las lágrimas vertidas, la sed se hizo tan angustiada que borró de su mente cualquier otra consideración. Y así se descubrió,

para su propia incredulidad, golpeando la puerta y pidiendo agua.

La falta de respuesta actuó como una espita para su rabia. Fue incrementando la intensidad de los golpes sin darse cuenta, aporreando la puerta y gritando su urgencia de agua, su miedo y su furor hasta que una voz desabrida le ordenó que se callara.

La sorpresa detuvo en seco sus golpes y sus protestas. El corazón le latió desordenado. La voz era de mujer, con seguridad la esposa de Bertrand. El hecho de que fuera ella la que le contestaba le hizo pensar que su marido no debía de hallarse en la casa. Esta idea le dio el coraje suficiente para insistir.

La puerta se abrió cuando comenzaba a flaquear. En el umbral apareció la mujer de rostro picado y mirada torva que ya conocía. Esgrimía un cuchillo de cocina en una mano y una jarra de agua en la otra. Sin dejar de observar a la muchacha, penetró en la habitación y dejó la jarra en el suelo, cerca del pequeño banco. Luego se irguió y examinó a la moza de arriba abajo. No debió de agradarle lo que veía, pues su semblante se crispó en una mueca de desprecio. Acercó el cuchillo al cuello de la muchacha y vomitó sus recelos:

—Te lo advierto, muñequita: deja en paz a mi Bertrand. ¡No te atrevas a jugar conmigo!

Pareció que la mujer iba a añadir algo más, pero cambió de opinión, retiró la mano y salió del cuarto con presteza, cerrando la puerta tras de sí.

Paulette se abalanzó sobre la vasija de agua con urgencia animal. ¿Estaba loca la arpía? ¡Como si fuera ella la que había ido voluntariamente con su repugnante marido! Solo de pensarlo se le revolvían las tripas.

El alivio al beber fue tan intenso que la muchacha relegó las amenazas a un segundo plano. El agua no estaba fresca y presentaba un aspecto turbio, pero le dio lo mismo.

Con el final de la sed llegaron nuevas conjeturas sobre su situación. ¿Qué motivos podía tener Bertrand para encerrarla? ¿Y por qué le había dicho a su esposa que valía mucho dinero? Lo primero que se le vino a las mientes la dejó helada y temblorosa al tiempo. En Châteaubriant, Marie, la de la aceña, tenía una prima en Nantes que una vez les había contado que algunas muchachas que desaparecían y se creían perdidas en el bosque o presas de algún maleficio en realidad eran raptadas para trabajar como ramerías en las fondas de Nantes o de Reims.

La ocurrencia se incrustó en su ánimo y la sumió en una profunda desazón. Aquello era lo que se proponía el vil Bertrand: ¡convertirla en prostituta!

La fatiga fue apoderándose de su cuerpo. No se atrevía a tenderse sobre el jergón de paja, cuyo hedor y aspecto le repugnaban. Trató de echarse sobre el banco y descansar un rato.

Al cabo se le ocurrió que lo más probable era que la hubiesen encerrado por el niño. Se sentó en el banco y apoyó la cabeza contra las tablas de la pared. Tenía sentido. Seguramente Bertrand la retenía para que le dijese dónde se escondía el bebé de la condesa. Debía de ser eso. ¡Gracias a la Virgen, no acabaría de prostituta!

Acarició esa posibilidad, tan refrescante como un bálsamo, hasta que dio en pensar que Bertrand trabajaba como criado en la residencia del obispo. Robert, el maestro de armas del palacio episcopal, las había llevado a la alquería por encargo del arcediano Pascal. ¿Acaso Pascal actuaba a espaldas del obispo? ¿O quizá Bertrand, enterado de la procedencia del bebé, buscaba sacar tajada del asunto? Meneó la cabeza, confundida por las innumerables derivaciones que se abrían.

A pesar de la fatiga, el sueño la rehuía. Se percató de que había tenido una oportunidad para huir cuando la mujer le llevó el agua. Tal vez hubiera una tabla desclavada o suficientemente podrida.

Un examen detenido diluyó sus esperanzas. Las tablas se mantenían firmes. Al menos, lo suficientemente firmes para ella. Si quería escapar tendría que buscar otro modo. Necesitaba algo que le sirviese como arma. Acaso, si se colocaba detrás de la puerta la próxima vez que la mujer le llevase agua o comida... Sus ojos recorrieron minuciosamente el cuarto, sintiéndose en el fondo un poco tonta: ¡si estaba prácticamente vacío! No obstante, se obligó a escrutarlo con calma. Examinó entonces el banco. El mueble, aunque carcomido, estaba bien armado, con puntas firmemente encastradas.

Tal vez... Sí, la jarra del agua podría servir. Solo tenía que ocultarse tras la puerta cuando alguien entrara. Sostuvo la vasija en sus manos, evaluando el peso y la dureza del recipiente. Valdría. Tendría que valer, en cualquier caso. Y no podía permitirse esperar más.

Haciendo acopio de todo el valor que le quedaba, Paulette se decidió a actuar. Una extraña sensación dominó su cuerpo, cual si no fuera ella la que regía los movimientos de sus extremidades. Se situó tras la puerta y comenzó a aporrearla y a gritar exigiendo comida. Ojalá Bertrand no hubiese regresado todavía. Y ojalá la mujer, esta vez, no soportase sus golpes y sus gritos tanto tiempo.

Un rumor de voces paralizó sus protestas. Acercó el oído a la puerta, pero solo consiguió distinguir el tono avinagrado de la mujer que insultaba a alguien, probablemente a su marido que regresaba del trabajo. La arpía soltaba tal ristra de maldiciones que Paulette no pudo evitar sonrojarse. .

El sonido de una voz masculina confirmó sus sospechas. No entendía las palabras, pero la mujer ya no se hallaba sola. Un poco más de atención le permitió comprobar que no era uno, sino dos los recién llegados. Algún compinche de Bertrand. Maldijo por lo bajo su suerte y se llamó estúpida una y cien veces. Ya no podía escapar. Con desgana, dejó la vasija en el suelo y se sentó en el banco. Estaba perdida. ¿Quién era ella para enfrentarse con aquellos bribones?

El descorrer de un cerrojo la sacó de sus pensamientos. Estaban levantando la tranca que cerraba la habitación. Venían a por ella, al fin. En medio de la nerviosa expectación, se recordó una vez más que había prometido mostrar entereza.

La sorpresa fue de tal magnitud que olvidó al instante sus promesas. Los ojos se

le abrieron de par en par y una tremenda alegría la alzó del banco y la echó en brazos del recién llegado antes de que se diera cuenta de lo que hacía. En el marco de la puerta, tan apuesto y seguro de sí mismo como siempre lo imaginaba la muchacha, tan viril con su espada al cinto, con sus medias y su emplumado gorro de fieltro, con su encantadora media sonrisa y sus aires de suficiencia, se recortaba la silueta del escudero Alain.

Se abrazó con fuerza al paje mientras murmuraba una y otra vez su nombre y sentía que los ojos se le llenaban de lágrimas. Pero en esta ocasión eran lágrimas de alivio y felicidad. ¡Estaba salvada! Durante unos instantes se olvidó de todo. A la alegría por su salvación se unía el encuentro con su adorado Alain. ¡Alain, Alain, Alain!

Sin darse cuenta de lo que hacía, dejándose llevar tras la presión y la angustia de tantas horas, Paulette buscó los labios del escudero y se fundió con él en un beso. En realidad, nunca antes lo había besado, ni siquiera le había dado a entender al mozo que le gustaba, pero en aquel momento no tenía fuerzas para detenerse.

Percibió con cierta sorpresa que las manos del paje la rodeaban, la manoseaban, se deslizaban hasta su trasero y lo palpaban golosas mientras la lengua se enredaba en la suya y le dejaba en la boca un cierto regusto a vino. El comportamiento de Alain le pareció un poco atrevido, un punto intempestivo, pero su cabeza no conseguía imponerse y se dejó hacer. Sintió las manos del escudero recorrer su cuerpo cada vez con mayor osadía y se repitió que debería detenerse. Había mil preguntas que rondaban su mente y que anhelaba hacerle: qué hacía en Rennes, cómo sabía que estaba cautiva, de qué forma había dado con ella... Deseaba escuchar de sus labios el relato de las proezas que seguramente habría tenido que afrontar para liberarla. Pero Alain no se separaba de su boca, se perdía en su cuerpo con frenesí creciente. De forma un tanto brusca, que Paulette achacó a lo extraño de la situación, el paje la fue empujando hasta que las piernas de la joven rozaron la paja del jergón. Quería detenerse y agradecerle lo que había hecho por ella, pero al tiempo ansiaba abandonarse a aquellas caricias con las que había soñado durante meses. En un momento determinado, Alain se separó un poco y sus dedos comenzaron a soltarle el vestido. La mirada turbia del paje no se cruzó con la suya: seguían con detalle la operación. Paulette dudó; no era eso lo que... ¿No deberían salir de allí, preocuparse por lo que pudiera hacer Bertrand? Observó el rostro apuesto, sus ojos velados por el deseo y se dejó hacer, inundada de confianza y de pasión.

El joven no pronunció una palabra. Tras tumbarla sobre el jergón y terminar de desnudarla, sus manos se ciñeron a los senos de Paulette y comenzaron a estrujárselos con rudeza. Contuvo un gemido de dolor y trató de atraer el cuerpo del paje hacia ella para besarlo nuevamente en los labios, pero él se zafó y comenzó a mordisquear con glotonería los pezones. Su mano derecha hurgaba en el sexo de la moza. Al principio, al notar el contacto de aquella mano descarada, le recorrió un estremecimiento de placer. Jamás había estado con nadie y ni siquiera se le había pasado por la cabeza

que pudiera experimentarse tal voluptuosidad. Pero entonces Alain introdujo los dedos en su interior con brusquedad y Paulette dejó escapar un leve grito de dolor. El movimiento fue demasiado rudo y la muchacha sintió que algo se desgarraba por dentro, pero el paje se enardeció al escuchar el gemido y comenzó a meter y sacar los ásperos dedos con violencia. Paulette trató de acallar los gemidos de dolor.

No estaba resultando en absoluto agradable. A decir verdad, Alain no se mostraba considerado con ella. La falta de experiencia le impedía formarse una idea clara de lo que sucedía, pero aquello no se parecía en lo más mínimo a lo que había imaginado o a lo que le contaban las mozas que ya tenían experiencia. Para empezar, se hallaba desnuda sobre el nauseabundo jergón con Alain montado encima. Se había limitado a bajarse los calzones después de sobarla un rato y la había penetrado sin ningún miramiento. En ese instante embestía con fuerza una y otra vez, una y otra vez, clavando el miembro en su interior sin dejar de observarla con aquella mirada lasciva y ausente... No debería ser así. Se suponía que su primera vez no debería ser así. Ella no se comportaba como las muchachas del castillo que se perdían en el bosque con chicos y se casaban embarazadas. Ella se había reservado, había hecho caso del párroco, el reverendo Guillard, que no cesaba de repetir en sus sermones la obligación de mantenerse puras frente a las tentaciones del maligno. Muchas veces le pareció que hablaba solo para ella.

En un momento dado, mientras pugnaba por liberarse del torso de Alain, que la aprisionaba y le dificultaba la respiración, sus mirada se desvió hacia la puerta entreabierta. Y allí, apoyado en el quicio con los calzones bajados y acariciándose con premura el miembro enardecido, les observaba Bertrand.

Le sobrevino una violenta arcada.

—¡Alain! —tartamudeó sin acabar de creerse lo que veía— ¡Alain, para! ¡Es Bertrand, está ahí, en la puerta!

El joven ni se inmutó. Se limitó a gemir con voz gutural:

—¿Qué...?

—¡Bertrand!

El escudero giró la cabeza. Contempló al hombre con los ojos vidriosos y se limitó a hacerle un gesto con la cabeza para que se fuese. Luego regresó a su tarea y se puso a embestir con más fuerza, como para recuperar el tiempo perdido. Paulette no podía creerse lo que veía.

Intentó apartarlo con los brazos, pero pesaba demasiado, por lo que trató de hurtar las caderas en una de las acometidas. El joven se detuvo bruscamente:

—¿Se puede saber qué haces?

—No..., no quiero seguir.

—¿Qué dices?

—Que no... No... Apártate, por favor... —de repente se sentía muy mal. El sudor de los cuerpos, la suciedad y el acre olor del escudero le provocaban arcadas.

Alain la contempló con una media sonrisa que heló las entrañas de la moza. Se

introdujo de nuevo en ella, le agarró con fuerza el pelo y le dio un tirón tan brusco que Paulette creyó que la descoyuntaba.

—Oye, zorrita, más vale que te estés quieta y me dejes terminar lo que tú misma empezaste. ¿Está claro?

Paulette se quedó muy quieta mientras el escudero reanudaba sus embestidas. Un asco atroz se encastilló en sus entrañas mientras las lágrimas inundaban su rostro. El dolor se hizo insoportable, pero no se atrevió a resistirse; ¡Qué inocente había sido! Comprendió que estaba de acuerdo con Bertrand. Puede que incluso el criado la hubiera secuestrado por encargo de Alain. ¿Cómo podía haber olvidado que el escudero era la mano derecha del conde de Châteaubriant?

Oleadas de dolor la desgarraban por dentro. Apretó los dientes y esperó a que terminase la pesadilla del hombre sobre sus caderas.

## 2

John Harris sintió el aire limpio y húmedo e inspiró profundamente, inundando sus pulmones. Se había levantado temprano, mucho antes de la amanecida, y a esas horas ya divisaba la silueta amurallada de Rennes a no más de una legua de distancia. Detuvo su montura y contempló el amplio valle. La ciudad saludaba el nuevo día con delgadas columnas de humo que se elevaban desde las chimeneas. Campesinos madrugadores se dirigían al mercado con sus carros de verduras y hortalizas. Otros salían al exterior de sus casas y se perdían entre los campos para hacer sus necesidades.

Mientras observaba cómo un joven se bajaba los calzones a cierta distancia, extrajo un frasco de uno de sus bolsillos y tomó un trago de orujo. El calor del brebaje templó su ánimo. El país le recordaba a su tierra. El carácter de los bretones se parecía más al inglés que el de los engreídos franceses. Escupió en el suelo. El joven debía de haberse encontrado con alguna sorpresa desagradable, quizá un nido de avispa, pues daba manotazos al aire y corría con los calzones bajados de regreso a su casa. El rostro de Harris apenas se alteró por la cómica escena.

Picó espuelas y reemprendió el camino. Había hecho el camino desde Châteaubriant muy rápido, forzando a la montura casi al límite de su capacidad, pues intuía que el tiempo era crucial. La yegua se mostraba fatigada. Los ollares dilatados dejaban escapar nubes de vapor que se diluían en el aire fresco y su pelaje estaba húmedo por la transpiración.

Mientras atravesaba uno de los puentes sobre el Vilaine y dejaba atrás la hilera de patíbulos que saludaba al recién llegado a la capital de la Bretaña, Harris escuchó el repicar de campanas que anunciaban la hora de laudes y convocaban a los fieles a la oración. Se persignó mecánicamente, como siempre hacía al oír el sonido. No le costaba nada y predisponía favorablemente a los que observaran el gesto.

De París se había dirigido directamente a Châteaubriant y se había alojado en la única posada de la villa, haciéndose pasar por un caballero inglés que regresaba a su tierra tras un viaje por Italia. No le fue difícil tirar de la lengua a los campesinos, pues en toda la comarca no se hablaba de otra cosa. Tras oír muchas charlas banales y convidar a bastantes rondas, sin embargo, no había sacado demasiado en claro, salvo lo que ya sabía: que el bebé no se hallaba en el castillo; la partera se lo había llevado en contra de la voluntad del conde nada más nacer.

Entre los pinches y soldados del castillo tuvo más suerte. Enseguida averiguó que un escudero que respondía por Alain de Coligny, hombre de confianza del conde, había sido enviado con gran urgencia a Rennes un par de días atrás en compañía de varios hombres de armas.

Su instinto le urgió a seguir al tal Coligny. John Harris siempre confiaba en su instinto.

Con calma, a la manera de un viajero que busca un poco de vino y un lecho para descansar, el inglés recorrió las fondas, posadas y mesones de Rennes haciendo discretas averiguaciones hasta que, cerca ya del mediodía, dio con la que alojaba al escudero.

Era un inmueble de tres pisos recientemente remozado y encalado que se abría en la calle de Saint Georges, próxima al río. Solo el aspecto del edificio ya le dio bastante información a Harris sobre el carácter de su presa: la posada anunciaba su existencia al mundo con un gran cartel de hierro forjado sobre el que algún aspirante a Michelangelo local había perpetrado lo que pretendía ser un san Jorge en plena faena.

En su interior la posada incluso empeoraba, atestada de salones decorados con pesados cortinajes de Courtrai y tapices de dudoso buen gusto. Si el escudero tras el que andaba se encontraba a gusto en aquel lugar, no hacía falta ser demasiado perspicaz para adivinar sus aspiraciones en la vida. Eligió para sí una habitación modesta. «El señor de Coligny ha salido», le informó escuetamente un posadero de mirada rapaz tras recibir una pequeña moneda negruzca. John Harris hizo girar entre sus dedos un escudo de plata de buena ley.

—¿Preferiríais esta, quizá?

El mesonero no respondió, pero su mirada no se despegó de la moneda.

—El remozado del local os ha debido salir por un ojo de la cara. Apostaría a que algún judío os considera su mejor inversión.

El comentario dio en el clavo. Dejó que el hombre se desahogase durante un rato

mientras agitaba como al descuido la repleta talega que le colgaba del cinto:

—Informadme discretamente de la llegada de Alain de Coligny. Estaré en la taberna o en mi habitación —dejó la moneda sobre la mesa—. Si lo hacéis con presteza, no os arrepentiréis.

Se dirigió al mostrador de la cantina y pidió cerveza. La bebida estaba tibia y tenía un sabor demasiado amargo para su gusto. Sacudió la cabeza y fue a aposentarse tras una mesa rinconera, con la espalda contra la pared y una buena visibilidad sobre la entrada. Se resignó a una tediosa espera.

La tibieza del sol estival le acariciaba el rostro y caldeaba su ánimo mientras Alain de Coligny, pletórico, se dirigía de regreso a la hospedería. Caminaba con la espalda bien recta y los pasos firmes, una mano posada, como al desgaire, sobre el puño de la tizona. Percibía la brisa que jugueteaba con las plumas de su sombrero y la capa corta volando tras él con donaire incomparable. Avanzó por el medio de la calle, arrogante y confiado, ajeno a los miserables que se apartaban a su paso, a los mendigos y prostitutas, a los lacayos y menesterosos que le lanzaban miradas, a buen seguro de envidiosa admiración. En días como aquél, se dijo, daba gusto sentirse vivo.

No era para menos. Una vez más su habilidad había quedado sobradamente probada. ¡El conde podía estar contento! No solo localizaba al bomboncito aquel, Paulette, sino que la moza, una vez que Alain le dejó claro quién mandaba allí, había soltado cuanto escondía sobre el paradero del bebé.

Y todo sin dejar escapar la ocasión de saborear un cuerpo tan espléndido como el de la moza. Ciertamente, al principio le había sorprendido el recibimiento. Su intención no era tal. No, al menos, de forma tan..., tan voluntariosa, por así decirlo. Pero una vez más la generosa naturaleza, al dotarle de apostura y gallardía, le facilitaba la labor. ¡Pobre idiota, convencida de que su príncipe Alain acudía a rescatarla! Lástima que no fuese a disfrutar demasiado tiempo de sus atenciones. Al día siguiente les conduciría hasta la granja donde ocultaban al niño y luego... Bien, luego no tendría más remedio que ponerla en manos del conde. Y todos sabían cómo se las gastaba Jean de Laval. Una lástima.

Estaba deseando llegar a la posada. Se daría el gustazo de una buena cena y se bebería unas cervezas en compañía de los hombres de armas que le acompañaban. Ese detalle les agradaría, serviría para ganarse su lealtad. Sí, la vida era hermosa. El conde ya le tenía aprecio, pero después del éxito de esa misión...

Nada más entrar en la hospedería descubrió la mirada torcida del posadero. El hombre no valía una cáscara de cebolla, tan feo era su cuerpo y ridículo su porte. A Alain no le acababa de gustar. Había decidido tratarlo con una mezcla de altivez y señorial condescendencia. Al cabo, el futuro señor de Coligny era muy consciente de que un físico agraciado como el suyo abría muchas puertas y predisponía favorablemente a los demás, pero claro, no todos iban a ser tan afortunados. Por ese motivo, procuraba tratar a los pobres diablos con cierta cortesía, siempre que no se



salieran de sus límites, para demostrarles su compasión. Estaba firmemente convencido de que tal actitud le hacía merecedor de la gratitud de los demás.

La sala estaba casi vacía. Fastidiado, pues esperaba solazarse un poco con la compañía de algún noble de paso —por ese motivo había elegido la posada de Saint Georges—, recorrió la estancia con la mirada. Solo un individuo, por sus ropas un caballero de cierta fortuna, saboreaba una cerveza sentado en un banco en una esquina. Dudó si merecería la pena acercarse a él y entablar conversación, pero el semblante frío del individuo hizo que decidiera ignorarlo. Con un gesto de indiferencia que tenía bien ensayado, se aposentó cerca de la entrada. La camarera acudió presurosa:

—¿Qué desea vuestra merced?

Alain cambió repentinamente de idea. El cuerpo le pedía algo más fuerte que una cerveza para celebrar los éxitos de la jornada:

—Trae calvados.

La muchacha le sirvió una copa.

—Deja ahí la botella.

Lo saboreó. Al punto notó que le invadía una placentera laxitud. Brindó para sí por los éxitos del día y como anticipo de los venideros. Apuró rápido el primer vaso y se sirvió otro. El líquido tampoco permaneció mucho tiempo en la copa. Pese al alto contenido de alcohol, pues decían los pusilánimes que una botella bastaba para tumbar a un varón fornido, el escudero bebía el licor de forma compulsiva. De alguna forma, cuando bebía, se sentía capaz de las mayores proezas. Una suerte de resolución clarividente, de maravillosa percepción de su propia fuerza y juventud, le invadían.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que el caballero del fondo se había levantado hasta que lo tuvo junto a su mesa.

—Buenas tardes, *monsieur*. ¿Disfrutáis de la velada?

Alain dejó que su vista se deslizase por el hombre. Alto y seco, de complexión fibrosa, vestía de una manera ambigua, a medio camino entre caballero y comerciante. Sus ropas eran austeras, de colores apagados aunque de buena calidad. No se adornaba con collares ni anillos, tan de moda en los últimos tiempos; lo que, se dijo el escudero, era señal bien de la escasez de sus recursos, bien de su pésimo gusto. La calidad de sus armas decidió a Alain: debía de tratarse de un aventurero, quizá de un trotamundos que regresaba a su país tras visitar otras tierras. Hablaba en correcto francés, mas no conseguía ocultar el acento de las islas.

—¿Qué queréis, por los clavos de la Pasión? —barbotó desabrido, disgustado por la interrupción. Probablemente el desconocido solo buscaba algún alma cándida a la que asombrar con el relato de sus hazañas. Pues iba dado—. ¿Quién sois?

—¿Permitís que os acompañe? —sin esperar respuesta, el individuo se sentó. Hizo un gesto a la camarera y le ordenó llevar otra copa y otra botella y se volvió a Alain, que contemplaba al desconocido sin saber cómo reaccionar—. Soy John

Galbraith, señor de Mills. Tenemos un asunto entre manos que nos concierne a ambos...

Alain se preguntó a qué se referiría el majadero y si debía avisar a sus hombres. No debían de hallarse demasiado lejos..., esperaba. ¿Sería un agente del obispo? Pensó en darle una lección, pero había bebido. No mucho, lo suficiente para saber que en una pelea con aquel tipo no tendría los reflejos necesarios. Alain de Coligny no era cobarde, pero sí realista, y procuraba jugar siempre con ventaja. Una indefinida amenaza flotaba en el fondo de los ojos de John Galbraith. Decidió permanecer callado.

—Me refiero al calvados, por supuesto —prosiguió el inglés alzando la copa—. No he podido evitar el escucharos antes, cuando poníais en su lugar al mentecato del posadero. Y me dije a mí mismo: he ahí a un hombre bien plantado, sí señor, a un caballero hecho y derecho.

Quizá no fuera tan majadero después de todo, se dijo Alain. ¿De dónde dijo que era señor? De Mills. Un lord inglés. Puede que mereciera la pena escucharle un rato.

—Brindemos por vos, señor...

—De Coligny —nada más abrir la boca, Alain se llamó estúpido. Había tenido intención de presentarse con nombre falso, más que nada por entretenerse un rato, pero se le había ido la lengua—. Alain de Coligny.

—Pues brindemos por Alain de Coligny, un joven noble de mirada ardorosa y lengua justiciera. ¡Menos mal que todavía queda gente con redaños para poner en su sitio a todos los mamarrachos que se salen del tiesto!

Alzaron las copas y dieron un trago. Sería lord inglés, pero al menos sabía distinguir el valor cuando lo veía. El escudero, algo achispado, se relajó.

—Decidme, señor de Coligny, ¿qué os trae por Rennes?

—Digamos... —Alain se repantingó en la silla con la copa en la mano. Compuso un gesto que pretendía ser enigmático e hinchó el pecho—. Digamos que estoy embarcado en una misión... delicada. Un asunto, cómo decirlo..., un asunto de alto nivel, si me entendéis... .

Los ojos zarcos del señor de Mills le escrutaban imperturbables.

—Brindemos entonces por el éxito de vuestra misión.

Alzaron nuevamente las copas. El calvados bajaba por el gáznate como un torrente de lava, provocaba oleadas de calor que le recorrían el cuerpo. «Un buen día —se dijo Alain—, sí señor, un día completo...».

—¿Y vos, *monsieur*? ¿Qué hacéis vos fuera de vuestro país?

Una imperceptible sonrisa, apenas un fruncimiento de la comisura de los labios, asomó al rostro del inglés. Imitando a Alain, se repantingó en la silla y asió la copa con la mano:

—Digamos que estoy de caza.

En ese instante, dos hombres de armas con espadas al cinto entraron en la sala de la taberna. El mayor de ellos localizó a los bebedores y se acercó a la mesa.

—Por fin os encontramos, *monsieur* de Coligny —dijo el recién llegado, deteniéndose a cierta distancia en actitud de respeto—. Veréis, ha surgido un pequeño problema con uno de los hombres. Nada importante, una pelea desafortunada, pero sería conveniente que lo viera un cirujano. Si tuvierais a bien acompañarnos para disponer lo que creáis necesario...

Alain se volvió hacia John Harris. Le disgustaba la interrupción justo cuando comenzaba a intimar con el forastero, pero no podía dejar de sentirse halagado por la manifestación de su importancia.

—¡Ah, amigo mío! ¡Ya veis, ni siquiera le dejan a uno echarse un trago en paz! En fin, qué se le va a hacer. Ha sido un placer.

—El placer ha sido mío.

Mientras se dirigían hacia la salida, dos témpanos azules los siguieron. Nada se reflejaba en el exterior, pero por dentro John Harris maldecía la oportunidad del soldado.

—Corred, *monsieur* de Coligny, corred mientras podáis —murmuró para sí—. Estad seguro de que os alcanzaré.

### 3

Fabrice Guillaume de Lamoignon, obispo de Rennes, paseaba su fofa arquitectura de un lado a otro de la biblioteca del palacio metropolitano. Sus lujosos ropajes, con la cruz bordada en rojo y oro en el pecho, se abombaban graciosamente a la altura del estómago episcopal. Los ojos caídos del prelado daban a su rostro cincuentón un aire triste e inofensivo, de perro apaleado.

—Pero..., ¿estáis seguro de que la moza se ha marchado de la granja por su propia voluntad?

La pulcra estampa del arcediano Pascal no podía ofrecer contraste mayor. Lo que en uno era mórbido y desmesurado se volvía recio y justo en el otro, lo que se teñía de abúlico en el primero se transformaba en enérgico en el segundo. Hasta las ropas, que colgaban desmadejadas del cuerpo del obispo, resaltaban la elegancia del continente del arcediano. A pesar de tamaña disparidad, la voz de Jean Baptiste Pascal se mostraba respetuosa. Ni siquiera el que el obispo hubiera planteado la misma pregunta cinco veces conseguía atezar de hastío su tono:

—Si, señoría. Razonablemente seguro.

—No lo entiendo, no lo entiendo... —gimió el prelado, atusándose el escaso

cabello con unos dedos gordezuelos cargados de joyas.

Cada día le resultaba más evidente que abandonar París para residir en su diócesis no había sido una buena idea. Mas, *¡mon dieu!*, el amor era el amor. Y Fabrice Guillaume de Lamoignon era un esclavo del amor desde la primera vez, tantos años atrás, en que vio a Françoise de Foix. ¿Cuántas noches las había pasado suspirando por su amor? ¿Cuántos poemas habían brotado de sus labios de enamorado? A fuer de sincero, Fabrice sabía que el suyo era un amor imposible. Nunca recibiera siquiera una promesa, una esperanza, pero le bastaba con contemplar la serena belleza de su adorada. Sabía en lo más profundo de su corazón que para Françoise era solo un simpático vejete al que no hacía falta prestar atención. Pero no perdía la esperanza.

Se acercó a la ventana y apoyó sus regordetas manos en el alféizar. Le sofocaba el aire de la estancia, reseco y viejo como los centenares de volúmenes que albergaba. Jamás comprendería la afición de Pascal por los libracos. Pero, ¿cómo iba a negarle ese capricho si se encargaba de todo?

Observó a su arcediano, que permanecía de pie sin mostrar un gesto de impaciencia o aburrimiento. Sintió una súbita irritación al comprobar su imperturbabilidad. ¿Es que no se daba cuenta de lo que podría pasar si esa doncella, Paulette, contaba lo que sabía? ¡Le iba a dejar en una situación muy incómoda ante el conde!

—¿Y si regresa a Châteaubriant y lo cuenta todo?

—¿Y qué puede contar? —respondió el arcediano, enarcando una ceja—. A vuestra señoría jamás lo ha visto y de mí solo sabe que he recibido una carta cuyo contenido desconoce. El maestro de armas es el único eslabón que nos compromete, puesto que fue él quien las condujo a la granja. Si Robert desaparece, el problema desaparece también. Y siempre podemos culparlo de actuar por su cuenta.

Fabrice Guillaume de Lamoignon se volvió hacia Pascal, alarmado por el comentario del arcediano:

—¿Qué..., qué es lo que sugerís?

—No, no, señoría, ¡por Cristo, no penséis que pretendo que a Robert le suceda nada malo! Pero no podéis devolver el niño al conde. No os lo permite vuestra condición de cristiano ni la profunda amistad que sentís por la condesa. Solo cabe una solución: el recién nacido debe ser alejado de Rennes. Aquí corre un grave peligro, el conde no tardará en averiguar dónde está. Decidíos, señoría. La vida de un inocente está en juego —se detuvo un instante y contempló el semblante afligido del prelado, que seguía hipnotizado por sus explicaciones—. Además, permitidme el atrevimiento, os ganaríais la gratitud eterna de la madre de la criatura.

—¡Ay! Me va a dar un vahído con tantas emociones.

Bamboleándose con cierta dificultad, el prelado se dirigió a un servicio sobre el que aguardaba una bandeja bien provista de alimentos. Sus dedos hurgaron entre grasientos pedazos de venado y volatería, y aferraron una perdiz.

—¿Y qué sugerís?

—De momento enviar a Robert y al niño lejos de Bretaña con la nodriza. Cuando las cosas se tranquilicen un poco, deberéis hablar con la condesa para que decida qué quiere hacer. A fin de cuentas el niño es legalmente el heredero del conde de Châteaubriant.

«Aquello le proporcionaría una excusa para ver a la condesa». La idea se incrustó en su ánimo con la energía de una flecha certera: ¡él en brazos de Françoise, gentilmente seducida por su valentía! Saboreó el vino embargado por la emoción. Sí, iría a verla con la excusa de confesarla. Asintió.

—Entonces, señoría, se hará cómo habéis dispuesto. Robert y la nodriza saldrán para Alsacia.

—¿Alsacia? ¿Por qué Alsacia? ¿Eso no es ahora territorio imperial? —el obispo no recordaba haber dispuesto tal cosa, pero no se atrevió a contradecir a su arcediano.

—Por eso mismo, señoría. Allí estarán a salvo. Hay un convento benedictino con cuyo abad puedo contar sin que haga preguntas. Los atenderá sin hacer preguntas. Aquel es un territorio fronterizo en el que pasarán desapercibidos.

—¿Y luego qué? ¿Cuánto tiempo los tendremos allí?

—*À chaque jour suffit sa peine*, señoría, a cada día su afán. Por de pronto, oremos y confiemos en la Divina Providencia.

## 4

Largo tiempo permaneció Paulette ovillada en un rincón, la mirada perdida, indiferente a las cucarachas, a la humedad, a la pestilencia de cochiguera de su prisión. A duras penas fue consciente de que alguien entraba y dejaba un plato de comida y una jarra de agua sobre el banco antes de volver a salir. Le dolía el cuerpo y el alma, le escocían los golpes que el escudero le había propinado para obligarla a confesar el paradero del niño, le quemaba el recuerdo de sus caricias, el ácido de sus besos, el ultraje de su donceller.

Poco a poco, sin embargo, mientras la noche se instalaba entre los tejados, Paulette consiguió pensar con mayor serenidad. A través de la confusión que invadía sus sentidos se dio cuenta de que necesitaba reaccionar. Lentamente, a medida que el dolor se atenuaba, fue capaz de concentrar su mente en cuestiones más inmediatas. Tenía que escapar y regresar a la granja. Debía avisar a la señora Dupont y a Brigitte para que pusieran a salvo al niño, para que huyeran de Rennes. Dudaba de que Alain fuera capaz de localizar la granja con sus indicaciones, pues el escudero contaba con

ella para guiarlo y no había prestado demasiada atención a los detalles. Aun así, lo más probable era que, si conseguía escapar, Alain y sus hombres batieran los alrededores hasta localizar la alquería. Además, estaba Bertrand.

Un escalofrío recorrió su espalda. Si no la había forzado todavía era porque su mujer no lo toleraría. Pero el semblante lascivo resultaba lo suficientemente explícito. Había una promesa en esos ojos: la violaría en cuanto tuviera la primera oportunidad. Alzó la cabeza y contempló fijamente la oscuridad. No lo permitiría. Solo de imaginarse aquella boca de dientes negruzcos y torcidos sobre su cuerpo sintió un espasmo de asco atroz. No, no lo permitiría.

Se obligó a sí misma a salir del trance que la paralizaba, a luchar contra la tentación de dejarse estar, de permanecer ovillada e indiferente hasta que el hambre o el frío acabaran con ella. Debía comer si quería tener fuerzas suficientes. Realizando un esfuerzo ímprobo, se forzó a moverse, a tantear en la oscuridad hasta dar con el plato de comida que reposaba sobre el banco. El empeño le provocó una oleada de dolor.

Comió en silencio, de forma compulsiva, sin plantearse siquiera qué ingería, mientras su mente decidía qué hacer. Luego dejó la escudilla en el suelo y bebió un poco de agua. No mucha, pues necesitaba que la jarra pesase lo suficiente. Despacio, ahogando los gemidos que pugnaban por escaparse de su boca a cada movimiento, desplazó el banco hasta el hueco que quedaba tras la puerta y se apostó allí con la vasija en la mano, dispuesta a esperar pacientemente.

Un rechino de maderas la despertó. Abrió los ojos de par en par y se descubrió sentada en medio de la oscuridad con la vasija del agua entre sus manos. Volvió a oír el mismo ruido y esta vez no tuvo dudas: alguien levantaba la tranca que cerraba la habitación. Quienquiera que fuese procuraba hacerlo muy despacio, como si temiera que el más mínimo sonido le delatase.

Bertrand. Un estremecimiento recorrió su espinazo. Todo su cuerpo se puso en alerta. Rezó a la Virgen María para que le diera fuerzas mientras trataba de dominar su nerviosismo y se subió al banco con la vasija en las manos.

La puerta se abrió lentamente y la luz de un candil parcialmente velado penetró en el cuarto. Esperó hasta distinguir la silueta y entonces, con toda la rabia de su desesperación, descargó la jarra contra la cabeza del hombre.

Bertrand cayó pesadamente, como una rama podrida que se desgaja de un árbol, sin exhalar siquiera un gemido. Paulette jadeó ruidosamente, incapaz de creer lo que había sido capaz de hacer. Ahora que la libertad estaba tan cerca, sus piernas no le respondían. Tuvo que hacer un titánico esfuerzo de voluntad para acercarse al criado y comprobar que estaba inconsciente.

Respiraba débilmente en medio de un charco de agua, como si el sueño le hubiera sorprendido de repente. ¿Se habría despertado la mujer con el ruido de la caída? Era lo más probable. Debía actuar antes de que la vieja se decidiera a investigar. Recogió

el candil que se le había caído al hombre y avivó la llama. Cada vez más nerviosa, se deslizó fuera de la habitación y buscó la entrada. Una clava de madera introducida en dos argollas impedía la apertura del portón desde el exterior. Retiró la clava sin dejar de vigilar sus espaldas, temiendo que en cualquier momento se le echara encima Bertrand o su mujer. Al girar la hoja de la puerta sobre los herrajes resonó un chirrido en la estancia que le pareció atronador. Se quedó inmóvil, aguardando, dudando si echar a correr. Pasaron unos segundos interminables y todo siguió en silencio. Fuera, una fosca húmeda lo envolvía todo. Se persignó y se lanzó a la noche.

Desde una de las ventanas de la vivienda, el rostro en penumbra de una mujer siguió su huida.

—De parte del señor John Galbraith, *monsieur*.

El posadero entró en el reservado con actitud respetuosa. Portaba una botella que contenía un licor de fuerte fragancia. Depositó una copa plateada sobre la mesa y procedió a escanciar un líquido de color cobrizo, con destellos oscuros que a Alain le recordaron los matices del roble añoso. El aroma del licor, que según el posadero procedía de la región de Cognac, llenó la estancia y reavivó el mortecino ánimo del escudero.

—¿Es de vuestro agrado, *monsieur*?

Alain olfateó la copa, algo incómodo por la rigidez del mesonero, que aguardaba su veredicto con expectación. En realidad no tenía paladar alguno para los licores. Siempre que fueran fuertes y calentaran el estómago le parecían buenos. Pero debía guardar las apariencias, por supuesto.

—Un detalle por su parte. Agradecédselo en mi nombre.

—Como deseéis, *monsieur*.

Alain se quedó contemplando al posadero mientras salía. La actitud del hombre se había tornado respetuosa en extremo y un tanto ceremoniosa. Tanto que, en algún momento, el paje creía atisbar en su comportamiento un punto de chanza.

El licor era de sabor intenso y reavivó un tanto su apelmazado espíritu. El calvados de la tarde le había dejado casi fuera de combate. Un baño había contribuido a despejarlo, aunque de nuevo el fuerte vino bretón de la cena espesaba su entendimiento. Sin embargo, la calidad del licor y la satisfacción por la cena contribuyeron a ponerle de buen humor. El mesonero le había proporcionado las señas de un local cercano en el que disfrutar de compañía femenina. Ansiaba otra vez revolcarse con una hembra. Cambiar de jaca, aunque fuera a peor, desfogaría su virilidad. Además, de esa forma al día siguiente podría disfrutar de la joven potranca con renovado interés.

Bebió con calma, regodeándose en el recuerdo de Paulette y tratando de saborear cada sorbo. Pronto se aburrió de la pantomima. ¡Qué diablos!, estaba solo y no necesitaba demostrarle a nadie su exquisito gusto. Remató de un trago la copa. Todo un detalle del inglés, pensó aún. Se veía a las leguas que era un caballero. Se dirigió a

la sala común algo tambaleante y localizó a Martín, el hombre que estaba al frente de los soldados del conde, que aguardaba por él. Salieron al fresco de la noche y avanzaron en busca del local recomendado por el posadero.

Una cierta pesadez le impedía concentrarse en lo que le contaba el soldado. Sacudió la cabeza, sorprendido por su propia torpeza, y trató de prestar mayor atención a los comentarios de su compañero.

—Tened cuidado, Alain —rogó Martín cuando el escudero resbaló con unas briznas de paja húmeda.

Se notaba patoso, desmadejado. Respiró hondo el aire nocturno tratando de despejarse. ¿Habría sido el brebaje? Le dominó una sensación de irrealidad, similar a la que se experimenta en las fases últimas de la ebriedad. Trató de fijar la vista en Martín y le sorprendió percibir sus rasgos borrosos. No era solo la falta de luz. El rostro del soldado se desvanecía por momentos y a Alain le costaba un ímprobo esfuerzo fijar su atención en algo. También sus movimientos se volvían más desmañados a cada paso.

Se encaminaron hacia el norte de la villa, cerca de la puerta de Mordelaise, donde se abría el lupanar. Las calles en aquella zona se estrechaban de tal modo que los tejados luchaban por imponerse sobre los de sus vecinos. Las luces procedentes del interior de las casas creaban islas temblorosas, rectángulos oscilantes que incrementaban su sensación de irrealidad. De pronto, Alain sintió que las piernas le fallaban. Logró apoyar la espalda en una pared antes de irse al suelo. Igual que en un sueño, notó que Martín lo zarandeaba:

—¿Qué os sucede, pardiez?

Notaba la lengua tan pastosa e hinchada que por un instante temió ahogarse. Qué muerte tan ridícula, tan poco caballeresca, meditó. ¡Asfixiado por su propia lengua! Martín trataba de incorporarlo, pero el paje era un peso inerte.

Una sombra más oscura que la fosca circundante surgió al lado del hombre de armas. Alain no podía articular palabra, no podía moverse, solo limitarse a permanecer tumbado y observar lo que pasaba justo por delante de su visión. En medio de las tinieblas que luchaban por engullirle, todavía consiguió escuchar una conversación lejana. Qué curioso, pensó, parecían estar hablando de él. ¿Por qué se le ocurría que aquella voz tenía acento inglés?

Se dio cuenta de que varias manos lo alzaban y lo colocaban como un fardo sobre el lomo de una bestia. Alcanzó a escuchar un ruido sordo, similar al de un cuerpo al caer al suelo, antes de perder la consciencia.

Despertó con la sensación de que una manada de caballos al galope hubiera utilizado su cuerpo como pista. Gatos rabiosos maullaban en su cráneo, dedicándose a desgarrarle la sesera cada vez que osaba mover un músculo. La sed lo abrasaba y la lengua, abotagada y espesa, se le pegaba al paladar.

Ni siquiera se sentía con fuerzas para gemir. Entreabrió los ojos y su rostro se



crispó en una mueca de dolor. Se hallaba atado y amordazado, oculto en un matorral o algo parecido. Las ramas repletas de espinas se adherían a sus ropas, por lo que hasta el más ligero movimiento le provocaba desgarrones en la piel. No sentía las articulaciones, tan congeladas como estalactitas de hielo. Ya había amanecido.

Tuvo que realizar un ímprobo esfuerzo para ahogar la sensación de pánico que le sobrevino. ¡Por todos los diablos! ¿Qué había sucedido? Lo último que se le venía a las mientes era el reservado de la posada, cuando disfrutaba tan ricamente de una copa de licor...

Debía de ser una pesadilla. Estaba soñando y si agitaba la cabeza para despertarse.

—¡Aaah!

A fe que estaba despierto y bien despierto. En un sueño no se sufriría tan tremendo dolor. Pero por mucho que se esforzase su embotado cerebro no alcanzaba a columbrar qué sucesos le habían llevado a tal situación. Trató de calmar su ansiedad. Las ligaduras eran firmes, bien trabadas. No logró separar las muñecas siquiera una pulgada. Un líquido pegajoso empapaba sus manos. Su propia sangre.

Un temblor incontrolado se apoderó de él, un miedo como nunca antes imaginara. ¿Qué estaba sucediendo? Desesperado, sintiéndose tremendamente desdichado, Alain de Coligny comenzó a orar con inusitado fervor.

No podría decir cuánto tiempo llevaba consciente cuando percibió el sonido de los cascos de un caballo. Alain salió de su sopor y comenzó a moverse y a gritar a pesar de la mordaza que cubría su boca. Las espinas se le clavaron en la piel y el calvario de los desgarros martirizó su agotado cuerpo, pero el paje no dejó de agitarse en un intento por atraer la atención del jinete. Al fin, con profundo alivio, se dio cuenta de que alguien se aproximaba.

¡El inglés! ¡Por san Eleuterio y san Aniceto, el inglés! En toda su vida creyó que se alegraría tanto de ver a un inglés. El rostro frío y descolorido del hombre le pareció, en su delirio, el colmo de la perfección masculina.

—¡Vaya, vaya, Coligny! ¡Esto sí que es una sorpresa! ¿Os alegráis de verme?

Con un movimiento brusco, el hombre agarró el jubón del cautivo y arrastró a este fuera del matorral, hasta un arce del que pendía una soga con la lazada del ahorcado. Solo la mordaza impidió que se escuchara el tremendo alarido que brotó de la garganta de Alain al sentir los desgarros de las espinas en su piel.

El terror se apoderó de sus entrañas, que se abrieron como una espita sometida a excesiva presión. Un olor dulzón inundó el ambiente.

—¡Vaya con el valiente Coligny! Tanta alharaca y al cabo no es más que un cagoncete.

John Harris escupió con desdén y colocó la lazada alrededor del cuello del escudero. Templó la soga hasta que los pies del cautivo apenas rozaron el suelo, lo que le obligó a mantenerse de puntillas para no asfixiarse. Con un movimiento ágil la

hizo firme en una rama, le quitó la mordaza y se sentó sobre una peña a escasa distancia, tan tranquilo como si hubiera salido a dar un paseo matinal por el campo.

—Como os decía en nuestra última conversación, *monsieur* de Coligny, estoy de caza. Y parece que un conejillo ha caído en mi lazada.

—¿Qué...? ¿Qué deseáis de mí? ¡Tomad mi dinero, si eso es lo que buscáis! No es necesario...

—Lo único que me interesa de vos es vuestra lengua. Así que si no os portáis bien me veré obligado a prescindir de vuestras orejas, de vuestros dedos, quizá incluso de vuestros testículos. En fin, vos veréis.

—¿Qué..., qué queréis saber?

—Eso está mejor. Sí, mucho mejor.

La señora Dupont dormitaba a la sombra de un castaño con las manos posadas sobre su barriga. De vez en cuando, un resoplido agitaba la mole de su cuerpo. A su lado, sobre la hierba, Brigitte observaba con hastío los pucheros del bebé. También a ella se le cerraban los ojos a pesar de que todavía no era media mañana.

Un zumbido de insectos flotaba en el ambiente. La brisa mecía las ramas del castaño y levantaba un murmullo de paz campesina y olvidada. A lo lejos, serpenteando entre los campos, se perdía el camino que conducía a Rennes. Salvo al anciano granjero, Théodore, que trajinaba en la huerta de la alquería, no se divisaba ni un alma. Brigitte se levantó de un salto para sacudirse la modorra. Una figura lejana que se acercaba por el camino captó su atención. Forzó la vista, repentinamente excitada por la novedad. ¿Sería Robert, el apuesto maestro de armas del obispo? No, imposible. Aquella figura venía a pie y maese Robert siempre iba a caballo. ¿Entonces? Aguardó con impaciencia a que se acercara.

—¡Paulette!

La comadrona salió de su modorra al instante.

—¿Estás loca, muchacha? ¿Has bebido?

—¡Mirad!

La señora Dupont parecía un basilisco. Su rostro se mostraba del color de la berenjena y su boca se deshacía en vómitos de cólera. Recriminaba a la muchacha que las hubiera abandonado, reprobó su comportamiento y censuró su aspecto desastrado.

Paulette soportó sin abrir la boca la mayor sarta de imprecaciones que jamás recibiera. Al cabo, su actitud inerte, lo inexpresivo de su mirada y los moretones que tiznaban su rostro y sus brazos consiguieron que el aluvión de improperios se fuera desvaneciendo. Su silencio y su falta de reacción hicieron reflexionar a la comadrona.

—¿Qué te ha pasado, niña?

Paulette relató su historia sin ocultar detalle, salvo la violación de Alain. El simple recuerdo de la escena le producía una honda vergüenza. La señora Dupont la

escuchó sin interrupciones y, a medida que escuchaba, notaba que la inquietud se adueñaba de su cuerpo y se convertía en temor.

—Brigitte, dame al niño y ve a buscar a Théodore. Alguien debe avisar a maese Robert —se volvió hacia Paulette—. Vamos dentro. Quiero que Nastasia examine esos moretones.

La doncella se dejó hacer. La mujer del granjero la tumbó en un catre y untó sus heridas con una pasta de olor amargo. El tacto de los dedos de la vieja era frío, pero sus movimientos eran hábiles y le transmitieron una sensación de bienestar. Los párpados se le volvían a cada instante más pesados.

Un golfillo callejero se ofreció a guiarle a cambio de una moneda de cobre. Harris rumiaba impaciencias mientras se internaban por callejuelas cada vez más miserables, ajeno a los rostros cansinos, a los cuerpos deformes, a los críos avejentados. Le reconcomía la certeza de que si no se daba prisa se le iba a escapar el pajarillo de las manos.

El mocoso le dejó delante de una casa. Golpeó la puerta.

—Vengo a ver a Bertrand —demandó el sicario sin preámbulos.

—Id al palacio del obispo si queréis encontrarlo. Trabaja allí —respondió la mujer que se escondía tras el entreabierto postigo.

—¿Dónde está la muchacha?

—¿Dónde está quién?

Harris propinó una violenta patada a la puerta, que se abrió arrastrando al suelo a la mujer.

—Hoy no tengo demasiada paciencia. ¿Dónde está la muchacha?

—¡Preguntádselo a mi marido! ¡Él fue el que la trajo y él el que la dejó escapar! ¡Yo no sé nada, no tengo nada que ver! ¡Id a verlo a él si queréis encontrarla!

Harris recorrió la casa, examinando cada posible escondrijo, hasta que se convenció de que la vieja decía la verdad.

—Iré, podéis estar segura.

El balbuceo de un bebé consiguió que se irguiera precipitadamente. En una cuna cercana dormitaba el causante de sus desventuras. Lo contempló con arrobó, fascinada por su pálida tez, por la suave pelusilla rubia de su cabeza, por las manitas de juguete. ¡Pobre angelote, si supiera el revuelo que su nacimiento había causado!

Debería hacer algo. Se acercó a la ventana y observó el exterior. No se veía a nadie. Oteó en lontananza los campos de labor y la senda que se alejaba hacia Rennes, pero siguió sin hallar rastro alguno de seres humanos. Justo cuando se giraba hacia la cuna, algo brilló en la distancia, entre los árboles, a la vera del camino. Aguzó la vista, tratando de distinguir de qué se trataba.

—¿Qué tal te encuentras, muchacha?

Dio un respingo y se volvió hacia la voz. Ni siquiera se había dado cuenta de que

Nastasia acababa de entrar en la habitación. El niño comenzó a llorar. La mujer del granjero lo cogió y trató de acunarlo, pero el bebe no paraba de agitarse inquieto, boqueando, furioso por no encontrar de dónde mamar. La anciana le entregó el niño a Paulette:

—Llévaselo a Brigitte.

—¿Dónde se encuentra?

—¡Y yo qué sé, muchacha! Puede que lavando en el arroyo.

Paulette meció al recién nacido entre sus brazos y acarició la sonrosada piel de sus mejillas. El bebé se apoderó del dedo de la muchacha y comenzó a succionar. Un ramalazo de ternura la invadió. Salió al exterior con el niño en brazos y se dirigió al curso de agua que cruzaba los campos a unos doscientos pasos de la alquería. La cercanía del agua le recordó su propia suciedad y le despertó las ganas de lavarse. Sentía la mugre de la casa de Bertrand en la piel, la pestilencia de su prisión en las ropas. Sacudió la cabeza en un intento de apartar las imágenes que acudían a su mente. El bebé, con la brusquedad del movimiento, rompió nuevamente a llorar.

—Shhh —trató de tranquilizarlo mientras se internaba entre los árboles que flanqueaban el arroyo.

Quizá fuera la suave brisa del atardecer, quizá la magia de los claroscuros o el rumor de la corriente, pero el pequeño se calmó y se quedó contemplando a Paulette con los ojos muy abiertos. La moza le sonrió:

—Espera aquí, precioso, ¡no se te ocurra moverte! —le susurró con dulzura.

Depositó la frazada con el niño en la ribera y examinó con atención los alrededores. No se veía un alma. Estuviera donde estuviese, Brigitte no se hallaba en el arroyo. Encogiéndose de hombros, comenzó a quitarse la ropa. De súbito, unos gritos de mujer rompieron la quietud de la anochecida. Paulette dio un respingo y se detuvo a medio desvestir, todos sus sentidos alerta. ¿Qué...? Un silencio extraño, una ausencia de gorjeos, una parálisis del aire se posó espesa sobre el arroyo. Aguzó el oído, pero los gritos no se repitieron.

Volvió a ponerse la ropa apresuradamente y recogió al bebé de la ribera. ¿Habría escuchado de verdad un alarido? Se aceleró la sangre en sus sienes y un flujo de miedo la estremeció. ¡Por la Virgen, no, que no volviera a empezar otra vez la pesadilla! Le había parecido la voz de Brigitte. Trató de calmarse. Procedía de la casa, de eso estaba segura. Quizá no fuera más que una tontería, un susto provocado por cualquier bobada.

Con infinitas precauciones, sin dejar de escudriñar a su alrededor, se deslizó hasta el límite de los árboles y observó la alquería en la distancia. Durante unos segundos no percibió nada anormal.

—No seas boba —se dijo—. Seguro que a Brigitte se le ha caído un cazo de leche en el vestido... —pero en su interior sabía que no era esa la causa de los alaridos.

Entonces lo vio. Primero fue un reflejo metálico que cruzó sus ojos como un fucilazo. De la parte posterior de la alquería surgió un hombre rubio, enjuto, de

andares elásticos y decididos. Llevaba una espada en la mano y, a pesar de la distancia, los reflejos del sol moribundo le permitieron vislumbrar el goteo carmesí del acero. Se estremeció.

Trató de serenarse. Detrás de la casa se hallaba el prado en que la señora Dupont y Brigitte solían descansar. Allí sería adonde ella misma se habría dirigido si no fuera porque Nastasia le sugirió que buscara en el arroyo. Debía de ser otro de los sicarios del conde. Buscaba al bebé, seguro. ¡Por santa Catalina, acababa de librarse de una muerte cierta!

El hombre se detuvo frente a la puerta de entrada y observó a su alrededor. Algo en él sugería flexibilidad y determinación, una alimaña a punto de lanzarse sobre su presa. La sobriedad de la figura y la ausencia de ruido en sus movimientos le provocaron un escalofrío tan agudo que la obligó a retroceder unos pasos hacia la protección del bosque. El individuo, a punto de entrar en la alquería, se detuvo.

De pronto, Paulette fue muy consciente de la presencia de un recién nacido hambriento en su regazo. Si se echaba a llorar... Comenzó a impetrar la protección de todos los santos que se le ocurrieron.

El hombre penetró en la vivienda y Paulette se quedó indecisa. ¿Debía gritar, avisar a la anciana? También ella habría oído el alarido, se dijo, tratando de acallar los remordimientos que le sobrevenían. Probablemente estaría escondida en cualquier rincón de la casa. Un estruendo de muebles y unas voces apagadas por la distancia la sacaron de su parálisis. Luego todo volvió a quedar en silencio.

Luchó por contener las lágrimas y hurtar el cuerpo entre los matorrales. Podía imaginarse perfectamente lo que acababa de suceder en la casa. Un frenesí nervioso la dominó. El niño la contemplaba con los ojos abiertos.

Iba a empezar a llorar. Sin saber qué hacer, sacó uno de sus pechos y acercó el pezón a la boquita del bebé, que lo agarró con deleite y se puso a succionar. En ese instante, el asesino salió al exterior y se dirigió directamente hacia ella. Paulette se encogió en el suelo entre los matorrales. Su cabeza funcionaba a toda velocidad. Podía ser que la anciana hubiera confesado dónde se encontraba. ¿Debía moverse, tratar de escapar? Se descubrió a sí misma pensando en lo ridículo que sería morir así, agachada bajo unos matorrales, como un triste ratoncillo de campo. Quizá, si se deslizaba con precaución... Comenzaba a oscurecer y en la ribera la penumbra ganaba terreno por momentos.

El individuo se internó entre los árboles, a escasos pasos de donde se agazapaba, y cruzó ante ella. Distinguió perfectamente el rostro a pesar de la creciente negrura: unos rasgos pétreos, tallados con el hielo de la mirada, en una faz casi albina. El asesino se movía sigiloso, acechante. Reparó en el manantial y se acercó a él. Paulette temblaba y el niño succionaba desesperadamente el seco pezón, haciéndole daño. De un momento a otro rompería a llorar. Lo cubrió con la frazada para ahogar sus balbuceos.

El hombre se abrió paso con la espada en la mano hasta el borde del agua y

examinó con calma la ribera. ¿Habría dejado algo allí? Paulette cerró los ojos, cada vez más desesperada, más temblorosa, y acrecentó el fervor de sus plegarias. La iba a descubrir, la iba a descubrir.

El resoplar de un corcel atrajo su atención. En el claro, frente a la alquería, un jinete desmontaba. Con la tensión del momento ni se había dado cuenta de que se acercaba. También el asesino lo vio. Se acercó a la linde del bosque con sorprendente agilidad y se ocultó tras un árbol, a unos treinta pasos de ella.

Paulette reconoció en el recién llegado a Robert, el maestro de armas del palacio episcopal. Una luz de esperanza comenzó a aletear en su corazón.

—¡Ah de la casa! ¿No hay nadie?

El silencio de la alquería confirmó los temores de Paulette. ¿Y si gritaba para advertir al soldado? No, no, el asesino se encontraba demasiado cerca. Robert entró en la casa. El asesino cruzó el claro hasta colocarse a un lado de la puerta con la espada desenvainada.

Paulette comprendió que el soldado no tendría ninguna oportunidad de defenderse si no lo avisaba. Pero, si osaba abrir la boca... Por todos los santos, ¿qué hacer? Un temblequeo incontrolado agitaba sus miembros. El soldado comprendería que algo sucedía al encontrar a Nastasia muerta. Tenía miedo. Tenía mucho miedo. No podía engañarse. Pese a lo que se había dicho tan solo unas horas antes, escapar de Bertrand no la convertía en una mujer valiente. Pero no podía quedarse allí y ver morir a Robert.

Se dio cuenta de que el niño dejaba de buscar leche en su pecho y se fijó en él: comenzaba a hacer pucheros. Iba a echarse a llorar. Tomó una determinación. Depositó suavemente al bebé en el suelo. Tendría más oportunidades de sobrevivir si lo dejaba allí. Se movió con cuidado, apartándose del lugar. Robert debía de estar a punto de salir de la casa. El miedo le agarrotaba los músculos. Se encomendó de nuevo a la Virgen María.

—¡Robert! —le salió un tartajeo nervioso. Tragó saliva y lo volvió a intentar—. ¡Robert! —esa vez sí resonó el grito en el claro—. ¡No salgas, cuidado!

El hombre rubio se giró y la buscó con la mirada. Pareció dudar. Se separó con lentitud de la puerta, sin bajar la guardia, pero debió de cambiar de opinión, pues no se acercó a Paulette. La cabeza del maestro de armas se asomó por la ventana del piso superior. Al descubrir al hombre armado, sacó las dos piernas por el alféizar y se bamboleó ligeramente, preparándose para echarse encima del asesino.

Quizá fue una sombra, quizá un movimiento atisbado por el rabillo del ojo. En el instante en que Robert iba a saltar, el hombre alzó la cabeza y lo descubrió. Reaccionó como una liebre acosada. Amagó un movimiento y salió disparado en la dirección opuesta, hacia el caballo del maestro de armas, mientras este rodaba por el suelo por el impacto del golpe. Cuando se puso en pie, el asesino ya había montado en su caballo y espoleaba al animal. El corcel salió disparado hacia las sombras del bosque.

Una señora Dupont gimoteante y desgachada apareció escondida en un arcón del piso superior. Estuvieron llamándola un buen rato antes de que se atreviera a salir y, cuando lo hizo, el olor a orines inundó la habitación. Con voz temblorosa, contó que había visto a través de la ventana cómo el individuo asestaba un tajo mortal a Brigitte.

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuraba la partera, fuera de sí—. ¡La vi morir, así, sin enterarse! ¡Por la Virgen santa, ni se enteró!

La mujer era incapaz de decir nada coherente, por lo que la dejaron estar. Fue el maestro de armas el que se hizo cargo de la situación. Recogió a la nodriza, se dirigió con ella a un prado cercano y comenzó a cavar una tumba.

—¿No deberíamos avisar a las autoridades?

—Deja estar las cosas. Ya me encargaré yo de avisar a quien corresponda.

No fueron muchas las plegarias que acompañaron a la desafortunada muchacha hasta el otro mundo. Solo un avemaría apresurado y una señal de la cruz.

—Le pediremos al obispo que ofrezca una misa por su eterno descanso.

Cuando quiso hacer lo mismo con Nastasia, un sarmiento se posó en su brazo. Théodore negó con la cabeza.

—Yo me encargo.

Le dejaron hacer. El anciano se agachó al lado de su esposa y, con la agilidad del que está hecho a duros trabajos, la recogió del suelo, tan liviana cual suave plumón. Ni una palabra salió de sus labios. Solo un mutismo cargado de dignidad, sus movimientos solemnes y la dureza de su mirada. Paulette se sentía morir.

—Ha sido culpa mía —murmuraba una y otra vez, los ojos desencajados.

—Busca algo para darle de comer al niño —ordenó Robert tajante—. Luego me contarás lo que ha sucedido.

Estaba de pésimo humor, pero su autoridad sirvió al menos para calmar la ansiedad, el histerismo que rondaba a Paulette. Estuvo revolviendo por la cocina hasta que se dio cuenta de que necesitaba leche. En su aturdimiento, ni siquiera se había dado cuenta de lo que buscaba.

—Tengo que salir —le dijo al soldado. Y se quedó plantada ante él, sin atreverse a decirle que la idea de zambullirse en la oscuridad del exterior la aterrorizaba.

Robert comprendió sus miedos:

—Te acompañaré. ¡Pero date prisa, por Dios, haz que esa criatura deje de llorar! —el crío berreaba ya sin compasión.

Mientras Paulette se dedicaba a ordeñar una de las vacas, el hombre de armas aprovechó para recorrer el patio exterior, por si descubría señales de la presencia del asesino.

—Cuéntame lo que ha sucedido —le pidió más tarde, mientras daba de comer al bebé.

Le escuchó sin interrupciones, salvo alguna que otra pregunta aclaratoria.

—¿Bertrand? ¿El que trabaja de criado en el palacio?

Paulette asintió.

—Es tarde —comentó cuando la moza terminó—. Pasaremos la noche aquí y mañana por la mañana iremos a Rennes. ¡Y haz que se calle esa mujer de una vez!

La señora Dupont, en efecto, no cesaba de gimotear en un rincón.

Entraron en Rennes de buena mañana por la puerta Mordelaise tras un viaje silencioso, durante el que el maestro de armas no dejó de escudriñar el camino en todas direcciones. Componían, en verdad, una triste procesión. En la parte posterior del carro viajaba la señora Dupont con la mirada perdida y el aspecto desastrado. Saltaba a la vista que no había pegado ojo en toda la noche. Con el alba, después de que Robert las levantara y les ordenara que se prepararan para partir, la comadrona se había mostrado nerviosa y esquiva. Paulette la observó mientras tomaban un tazón de leche y un mendrugo de pan. Poco quedaba de la mujer segura de sí misma que conociera. Daba la sensación de que los años se le habían echado encima con la frialdad y la indiferencia de la vejez. La expresión de sus ojos desconcertó a la joven: se movían de un lado a otro, huidizos y febriles, acobardados. Sin pizca de serenidad.

Salían ya cuando la mujer hurtó su cuerpo hacia el establo.

—¿Y esta? —espetó Robert de mal humor—. ¿A dónde va?

Paulette se dio cuenta de que la partera quería recuperar la bolsa de monedas que le había entregado *madame* de Foix. Se encogió de hombros:

—Ahora vendrá, no temáis. Nos necesita para regresar a Rennes.

Poco después reapareció la mujer. Les echó una ojeada cargada de desconfianza, se encaramó en la parte posterior del carro y se acomodó entre la paja sin decir palabra. Así llegaron a Rennes, la comadrona detrás y Robert y Paulette con el niño en el pescante, cada cual absorto en sus pensamientos.

El hombre de armas gastaba un semblante sombrío. Había pasado la noche en vela, vigilante, con la sospecha de que el asesino intentaría actuar de nuevo. No lo había visto más que unos segundos, pero las mujeres asesinadas a sangre fría indicaban bien a las claras la clase de alimaña de que se trataba. Por lo que había contado Paulette, debía de estar al servicio del conde de Châteaubriant. ¿De dónde habría sacado un hombre como ése? La culpa le reconcomía: las campesinas estaban bajo su protección, pero había fallado estrepitosamente. Menos mal, se dijo, que el niño estaba bien.

Avanzaban por las callejuelas cercanas a las murallas cuando se vieron rodeados por una muchedumbre cargada de fardos y cestas. Se trataba de mercaderes que instalaban sus puestos, feriantes y buhoneros a los que se les permitía situarse al abrigo de las murallas a cambio de suculentas comisiones. Robert refrenó la carreta e inspeccionó la multitud, atento al menor detalle sospechoso.

Un ruido en la parte posterior del carromato les hizo girarse: la señora Dupont había desaparecido.

—¿Qué...?



—¡Allá va! —señaló Paulette a la mujer, que se alejaba corriendo por una callejuela lateral.

Dudó el soldado, pero comprendió que le resultaría difícil darle alcance entre el gentío. No se atrevía a dejar a la moza con el bebé solos en la carreta.

—¡Por los clavos de Cristo! —barbotó mientras veía desaparecer a la partera—. ¿Qué pretende? ¿Es que se ha vuelto loca?

Paulette se quedó contemplando el callejón. Luego reparó en el pequeño que llevaba en brazos y comprendió que era la única que quedaba para cuidarlo.

—No tiene intención de volver —le dijo a Robert—. Se ha llevado la talega de monedas que nos dio *madame* de Foix.

El maestro de armas soltó una sarta de imprecaciones.

—¡Eh, palurdos! —les gritó un sacerdote subido en un pollino—. ¿Os creéis la Sagrada Familia? ¿Pensáis quedaros toda la mañana ahí parados?

Continuaron avanzando en dirección al palacio episcopal. Antes de llegar, sin embargo, Robert cambió de opinión:

—No quiero correr más riesgos. Te llevaré a mi casa hasta que pueda hablar con el arcediano.

Paulette se asustó. Tenía muy recientes los recuerdos de la casa de Bertrand.

—No te preocupes, muchacha —la tranquilizó el soldado al imaginar sus miedos—, no tienes nada que temer...

## 5

—Robert, ¿qué va a ser de mí?

La pregunta brotó intempestiva cuando ambos desmontaban en el atrio de la pequeña iglesia de Mongerval, a unas leguas de la ciudad. Daba la impresión de que un hálito cargado de presagios se abatía sobre la Bretaña, sobre los campos viejos, sobre la tierra entera. La atmósfera desnuda rezumaba calor, ardían los pulmones a cada inspiración. El maestro de armas desfallecía bajo la coraza y el morrión, el peto y el espaldar. Observó a la doncella con una sombra de desconcierto en el semblante.

Paulette se encogió ante la mirada del hombre. La espera en casa de Robert le había dejado tiempo para pensar y sus conclusiones no eran halagüeñas. Se sentía como un pajarillo atrapado en una red.

—¿De dónde eres, muchacha? ¿De Châteaubriant?

Paulette asintió. El sol pegaba de lleno en el atrio, reverberaba en las piedras de la

fachada.

—No puedo volver allí. Vos no conocéis al conde... Me mataría.

—¿Y tus padres?

No se veía un alma. Los campesinos se refugiaban del calor en la penumbra de sus hogares. Solo dos corceles con lujosos arneses pastaban a la sombra de un roble en un lateral de la iglesia.

—Murieron hace años. Yo vivía con una tía antes de convertirme en doncella de la condesa. Era una buena mujer, pero muy pobre y con demasiadas bocas que alimentar. Se alegró cuando me fui al castillo.

El soldado condujo a la montura hasta el mismo prado en que pacían los corceles y, tras asegurarse de que quedaba a la sombra, se giró hacia Paulette. Sus ojos la examinaron con atención, como si la viera por primera vez. La muchacha se ruborizó.

—En ese caso... —se detuvo. Iba a decirle que lo más seguro era que acabara de prostituta en un lupanar. ¿Cómo, si no, podría sobrevivir? Los tiempos eran duros y una muchacha sola y sin experiencia, acostumbrada a la comodidad, no encontraría otra alternativa. ¿Cuántas como ella llegaban a Rennes cargadas de sueños y terminaban en un cochambroso burdel? El arcediano no dejaría que el obispo la acogiera en su casa, era una prueba de la relación del prelado con el niño. No se sintió con fuerzas para decirle la verdad.

Recordó entonces que posiblemente estaba vivo gracias a ella. .

—No te preocupes, todo saldrá bien.

La expresión de la muchacha se dulcificó. Robert pensó que era verdaderamente hermosa.

—Anda, vamos. Nos aguardan dentro.

Su señoría el obispo de Rennes contempló con asco una araña grande y peluda que se afanaba en su tela en una esquina del techo de la vicaría de la iglesia de Mongerval. Por un momento sintió la tentación de levantarse de la silla frailer y zapatear al bicho inmundado, pero la sola idea del esfuerzo resultaba suficiente para dejarlo postrado y jadeante. ¡Ah, por Dios, qué asfixiante calor! Se le pegaban los ropajes al cuerpo y el pelo colgaba en guedejas sudorosas que incrementaban aun más la sensación de sofoco.

Volvió a fijarse en la araña. Rezumaba malignidad, como todas las de su especie. En el *Génesis*, el diablo se encarnaba en una serpiente, pero si lo hiciese en algún otro animal a buen seguro que el elegido sería una araña. Tan vil y rastrera como el conde de Châteaubriant.

Pascal se paseaba de un lado a otro de la estancia enfundado en su ropa talar.

—¡Por Dios, Pascal, sentaos! ¡Me agota veros caminar!

El hombre se detuvo y le contempló impasible. Al poco reanudó sus paseos:

—No pueden tardar, señoría. Han de estar al caer.

¿Cómo haría el condenado para mantenerse impecable con ese calor? Ni una

arruga, ni una mancha de sudor mancillaba sus ropas. ¡Ah, quién fuera como él!

—¿Estáis seguro de que todo saldrá bien? —le preguntó por enésima vez—. No me gustaría que una sola prueba de nuestra complicidad cayera en manos de ese diabólico conde...

—Sosegaos, señoría. Confiad en mí. Lo mejor es alejarlos de aquí.

Fabrice Guillaume de Lamoignon asintió. El arcediano tenía razón, como siempre. Desde que había leído la carta de la condesa no conseguía serenarse. ¡Su amada Françoise en manos de aquel vengativo animal! «No tengo en quien confiar —le decía la mujer—, y en mi desesperación solo ansío ponerme en vuestras manos y abandonarme a vuestra bondad y a la misericordia divina...». Aquella parte se la sabía de memoria. ¡Françoise, su angelical Françoise, ansiaba ponerse en sus manos! ¡Ah, pobrecilla, lo mucho que debía sufrir!

—Ahí están, señoría. Acaban de llegar.

La voz de Pascal le sacó de sus ensoñaciones. Por la nave del templo se acercaban Robert y la muchacha con el niño en brazos. Era una joven de grácil figura y pelo suavemente ondulado. Poseía unos rasgos delicados y una mirada cargada de temor. Pobrecilla. Ni siquiera sospechaba todavía en qué lío la habían metido.

La araña negra se deslizaba en ese instante hacia el suelo, balanceándose al extremo de la seda. Contuvo un gritito y trató de arrastrar la silla para alejarse de ella, pero el mueble resultó en exceso pesado. ¡Por todos los santos, qué bicho más repugnante! El Infierno debía de ser un inmenso sótano repleto de arañas.

—¿Os sucede algo, señoría?

Quizá, después de todo, sí había dejado escapar algún gritito.

—No, no, no os preocupéis por mí.

Se esforzó por atender a la conversación:

—Debéis partir ya —se volvió el arcediano hacia los recién llegados—. Salid prestos a caballo y comprad luego un carro donde sea menester. Pero es oportuno que os alejéis hoy mismo de Bretaña —se detuvo, como si de súbito le asaltaran serias dudas, y examinó a Paulette con aire indeciso—. ¿Servirá? —se dirigió a Robert como si ella no existiese—. No puede amamantarlo y es demasiado joven.

El maestro de armas se volvió hacia la moza y la examinó a su vez. Todo rastro de amabilidad había desaparecido de su faz. Paulette contuvo la respiración. ¡Si acababa de decirle que todo saldría bien! ¿Irían a librarse de ella?

—Se las apaña bien y le gustan los críos. Vuestra reverencia es consciente de que buscar una nueva nodriza retrasaría nuestra partida.

El arcediano la escrutó largamente, valorándola como haría con un caballo en la feria. O con menos interés, pensó Paulette, furiosa y avergonzada a un tiempo. Al fin pudo más la furia y devolvió una mirada desafiante al arcediano. Este sonrió:

—Tiene carácter, le hará falta —y le ordenó a Paulette que saliese un momento de la vicaría y aguardase en la nave.

—Robert, he de comentarte algo que no debe salir de estos muros. Créeme que no

te alejaría del palacio si no fuera por motivos bien fundados, pero la seguridad de ese recién nacido es vital.

El maestro de armas escuchó atentamente las palabras del arcediano. A medida que este iba explicándose, fue viendo con otra luz los sucesos de los últimos días. Y comprendió que, para bien o para mal, sus días en Rennes tocaban a su fin.

—A los ojos del mundo, desde este momento estás casado con la muchacha y el niño es hijo vuestro. Así deben creerlo todos en Alsacia.

El arcediano sacó de entre sus ropajes una carta y una talega con monedas:

—La carta es para el abad de Sélestat. Respecto a las monedas, recibiréis otras bolsas con regularidad.

Robert se guardó carta y talega.

—Recuerda: cuanto menos sepa la moza, menos podrá contar.

# Capítulo VII

## Alemania Primavera de 1525

### 1

El barro, el barro, siempre el barro. Alemania entera era un lodazal, una interminable ciénaga sobre la que estallaban los disturbios como burbujas fétidas. En la Selva Negra y en el Tirol, en Alsacia, en Franconia, en Turingia y en la misma Sajonia bandas de campesinos quemaban palacios de obispos y castillos de nobles caballeros, incendiaban monasterios y bibliotecas, y cometían todo género de tropelías y desmanes, arrastrando al país a una bacanal que se cebaba de ilusiones recién paridas y odios tan viejos como la propia tierra.

No era nueva, en justicia, la opresión. ¿Cómo podía serlo? Entonces, como siempre, los impuestos agobiaban, las cosechas escaseaban y los señores se abatían sobre sus vasallos cual aves rapaces sobre las carnes desnudas de Alemania. Estallaban conflictos entre poderosos que esquilaban cosechas y segaban vidas a lo largo y ancho de Europa: así las guerras entre franceses e imperiales en Parma y en el Piamonte, en Milán y Génova, en los Países Bajos y en Navarra; así las luchas contra el otomano que acababa de conquistar Rodas, avanzaba Danubio arriba y amenazaba ya la propia Viena, la capital de los Habsburgo; así los enfrentamientos entre nobles alemanes en la llamada *guerra de los caballeros*... Cada conflicto, cada batalla era una herida abierta en la tierra y en la piel de los campesinos.

Los últimos cincuenta años habían visto alzarse a las gentes en las orillas del lago Constanza, en la Selva Negra, en Wurtemberg, en Estiria, en Carintia... Mas en esta ocasión, como nunca antes, los caminos se llenaron de profetas y visionarios que clamaban contra la opulencia de los burgueses y renegaban de la autoridad de obispos, nobles y príncipes. Los campesinos comenzaron a organizarse y abundaron en asociaciones secretas que abogaban por las libertades individuales, por la dignidad del hombre, por el derecho a sobrevivir sin estar ligado a un señor. Fueron los *kaasbroeder* en Holanda, los «hermanos del queso»; fueron la unión del *bundschuh* en Alemania, que ciertamente eran esos *bundschuh*, esos zapatos con cordones que

solían usar los campesinos, los que distinguían y ataban a los siervos frente a los zapatos con hebilla de los amos.

Sucedió que el grito de Martín Lutero rompió los vidrios de su habitación y despertó al gigante que dormía. Al igual que una simple chispa hace arder la yesca y se convierte en incendio desmedido, así las palabras de Lutero desataron un fuego devastador. El teólogo atacaba la tiranía del Papa, predicaba la libertad evangélica y el derecho del hombre común a conocer directamente la Palabra de Dios. Las gentes se dieron cuenta, cual si despertaran de una larga pesadilla, de lo injusto de la opresión en la que vivían y el descontento con la propia suerte se acrecentó. Y lo que Lutero pretendía que fuera advertencia y retorno a los orígenes del Evangelio, se convirtió en tormenta implacable y en violenta ruptura, pues, en verdad, al gritar abrió la caja de los truenos y dejó libres a las Furias. El agustino, ciertamente, no aspiraba a reformar la sociedad. Su talante conservador clamaba contra las injusticias, pero respetaba la autoridad. Mas, ¿cómo detener el alud una vez iniciado?

De alguna forma, todo comenzó en Wittenberg. Y lo hizo justo cuando Lutero, asustado por los excesos de los radicales, regresó de su exilio en Wartburg. Su retorno sofocó los disturbios y apagó el fuego que Carlstadt y Zwilling, Niklas Storch y Marcos Stübner habían prendido. Los habitantes de la capital sajona agacharon la cerviz y regresaron al redil moderado y sólido de la doctrina luterana. Sin embargo...

Sin embargo, el regreso de Lutero y sus diatribas contra los desórdenes tuvieron un efecto inesperado: los exaltados, los radicales, los iluminados por el Dios de justicia e igualdad abandonaron Wittenberg y se desperdigaron por las tierras alemanas y con ellos se diseminaron sus palabras encendidas, palabras que tachaban a Lutero de blando e indeciso, de teólogo de sillón, de servidor de príncipes y poderosos. Por doquiera que pasaran, las muchedumbres quedaban deslumbradas por prédicas que exigían la destrucción de imágenes y crucifijos, sembraban el desprecio a las autoridades civiles y religiosas, condenaban la usura y reclamaban la devolución de las tierras a sus verdaderos poseedores, los campesinos que las trabajaban.

Fueron muchos los iluminados y los sedientos de justicia. Mas uno entre todos destacó por la virulencia de sus mensajes y la osadía de sus demandas, pues soñaba con establecer un Reino de los Santos, un paraíso del que serían excluidos los gobernantes y en el que toda la propiedad sería comunitaria. Ese hombre se llamaba Thomas Müntzer y su voz resonó en la panza de Alemania con la fuerza de un trueno.

Había nacido en Stolberg, Turingia, hacia el año del Señor de 1488 o 1489, en el seno de una familia acomodada. Era un joven de gran erudición que leía con voracidad cuanto caía en sus manos y que gustaba de enzarzarse en disputas teológicas con doctores y estudiantes. Su verbo era lúcido y poseía tal magnetismo que siempre permanecía rodeado por una tropa de admiradores. Cuando discutía, de su boca salía un torrente de citas, un aluvión de conocimientos, una tromba de reflexiones que hasta a los oídos más cansados les sonaban frescas, cual espigas recién cosechadas. Thomas Müntzer, sin embargo, dudaba. Dudaba de sí mismo, de

su misión en la vida, del color del cielo y del sabor de la sal. Pero, sobre todo, dudaba de Dios. Una urgencia de conocimiento devoraba sus entrañas y él dudaba de Dios. Ordenado sacerdote, dudaba de Dios. Hablando del Todopoderoso, dudaba de Dios. Y su alma urgía la más completa seguridad.

Un buen día escuchó hablar del agustino rebelde. Por aquel entonces, Lutero brillaba en el firmamento de los anhelos del pueblo alemán como la más refulgente estrella que jamás osara enfrentarse a la tiranía romana. Thomas Müntzer se dejó deslumbrar por las novedosas teorías del doctor Martín, abandonó la ortodoxia católica y se convirtió en su seguidor. Ese fue, en cierto modo, el principio de su vida. Hasta el mismo instante en que el joven de Stolberg renegó de Roma toda su inquietud, su angustia y sus dudas permanecieron encastilladas en su interior. Discutía, sí, se enzarzaba en debates con compañeros y maestros y hurgaba en los volúmenes de teología buscando sin saber qué, pero un dique de contención refrenaba sus impulsos. Mas, de súbito, todo cambió. La certeza de la existencia de Dios le inundó cual vivificante rayo de sol en medio de las tinieblas. Pronto Lutero le pareció irresoluto y su doctrina un remiendo apenas, un zurcido sobre la andrajosa túnica de la Iglesia. Conoció a Niklas Storch, el tejedor que predicaba la inminencia de los Últimos Días y hablaba de la Segunda Venida del Salvador, y supo cuál era su misión en la tierra.

Abandonó la lectura y la búsqueda del saber, renegó de Lutero y de los humanistas que abundaban entre sus filas y comenzó a predicar su fe apocalíptica. Comenzaba sus sermones asegurando que en un campanario solitario mantenía correspondencia secreta con Dios y que recibía revelaciones sobrenaturales, y que el Todopoderoso le había encomendado la misión de crear en la tierra el Reino de los Santos, la comunidad de creyentes que, al estilo de los primeros cristianos, compartirían tierras y propiedades, vida y sacrificios para alcanzar el estado de gracia divina y el favor de los Cielos. Comenzó a deambular por Bohemia y la Alemania central, dejando tras de sí un rastro de exaltación, de fervor, de descontento. Durante dos años peregrinó de pueblo en pueblo, viviendo miserablemente, perseguido, adorado, firmemente convencido de su misión profética. Sus sufrimientos y fatigas le servían de inspiración. Y así clamaba ante los labradores que se congregaban para oírle en las plazas de los pueblos y en los cruces de caminos:

—Que mis sufrimientos os sirvan de modelo. Que la cizaña crezca tanto como quiera, todavía debe ser cultivada junto con el trigo limpio. Pero el Dios vivo está afilando la guadaña que me va a entregar para que corte las rojas amapolas.

En el *anno Domini* de 1523 fue invitado a quedarse en la pequeña ciudad turingia de Allstedt como pastor de la comunidad. Se instaló en una casa cercana a la iglesia, se casó, tradujo himnos latinos al alemán y comenzó a officiar una nueva liturgia en lengua vernácula para maravilla y asombro de sus parroquianos, acostumbrados al enigmático latín. Su reputación de hombre santo y su fama de orador crecían sin parar.

—¡Lutero se rodea de universitarios —clamaba desde el púlpito—, pero yo os digo que el Señor no necesita latines ni gusta de fariseos y escribas! ¡Vosotros sois la Liga de los Elegidos, el núcleo de los señalados por la mano del Cristo! ¡Miraos unos a otros, pues, en verdad, Allstedt reemplazará a Wittenberg y se convertirá en el centro de la verdadera Reforma que dará paso al Milenio!

La Liga de los Elegidos crecía día tras día. Preguntado sobre el principio básico de su Liga, el predicador respondió:

—Todas las cosas han de ser comunes para los hombres; así la Liga velará por alcanzar una situación en la que todos sean iguales y en la que cada cual reciba según sus necesidades.

Y comenzó a publicar folletos virulentos contra los falsos príncipes y profetas. Ya no podía detenerse. Ya se le quedaban pequeños los límites de Allstedt. Thomas Müntzer era una espada de fuego que necesitaba abrasar la injusticia. Y así fue que el visionario se lanzó a los caminos con su Liga de los Elegidos y se hizo preceder de un crucifijo rojo y una espada desenvainada. Nuremberg, Mühlhausen y todo el sur de Alemania asistió a los desvaríos milenaristas del profeta. Cada día crecía el número de los que se dejaban inundar por la fuerza de sus palabras y abandonaban tierras y vidas miserables para convertirse en Elegidos del Señor.

A finales del verano del año del Señor de 1524, la rebelión estalló en Stühlingen y, cual peste depuradora, se extendió por el centro, el sur y el oeste del país.

Nobles y poderosos asistieron incrédulos al espectáculo del pueblo en armas. Por doquier las masas de labriegos asolaban las tierras, asaltaban castillos, quemaban palacios y obligaban a sus señores a realizar concesiones hasta entonces impensables. Mientras media Europa se hallaba pendiente de las luchas entre el emperador y el rey de Francia, mientras Florencia, Venecia y el Papado apretaban la tenaza sobre el poderío español y los imperiales reaccionaban y hacían prisionero al mismísimo rey francés en la batalla de Pavía, Alemania se enfangaba en una lucha fratricida.

Nadie parecía estar al frente. Ni siquiera daba la impresión de que en unas u otras comarcas respondiera el levantamiento a la misma consigna, pues muchos y muy diferentes eran los caudillos. Mas, de alguna forma, similares motivos les guiaban, similares requerimientos. Pronto se extendió un documento de doce artículos que contenía las peticiones de los alzados en Suabia: derecho a elegir al propio pastor, liberación del diezmo *pequeño*, abolición de la servidumbre, libertad para cazar y pescar, permiso para recoger leña de los bosques...

Cuando el doctor Martín Lutero leyó el documento en Wittenberg corría el mes de abril de 1525. En justicia, nada en él podía disgustarle, pues se trataba de peticiones justas, máxime cuando el último artículo hablaba de la buena fe de los alzados: «Que todas nuestras peticiones se cotejen con la Escritura, pues, caso de no concordar con ella, las retiraremos...».

Publicó una carta que tituló *Admonición a la paz: réplica a los doce artículos de*



*los campesinos de Suabia* en la que acusaba a los campesinos por sus excesos, exhortaba a los príncipes a la moderación y advertía contra las falsas predicaciones de los reformadores extremistas. Criticó a los señores temporales y espirituales por exprimir a los pobres y rogó porque la bondad y la honradez guiaran los corazones. Suavemente, como un padre que se dirige a sus hijos descarriados, recordó a los campesinos que ninguna maldad de las autoridades justificaba jamás la rebelión y la violencia por parte del pueblo. Lutero defendía el poder establecido. Para él los alzados eran culpables de agravio al Evangelio y de amenazar el proyecto reformista.

Una ola de decepción sacudió al país y exacerbó los ánimos de los campesinos. Thomas Müntzer, que en ese mismo mes de abril de 1525 había plantado en la iglesia de Mühlhausen un estandarte blanco con un arco iris como símbolo de su alianza con Dios y que anunciaba que marcharía bajo esa bandera a la cabeza de un ejército para derrotar a los señores, se burló de Lutero. Niklas Storch, el tejedor que años atrás soliviantara a la población de Wittenberg, el que fuera inspirador de Müntzer, anunció que había recibido una promesa del Altísimo según la cual en cuatro años el Señor destruiría a los gobernantes sin fe y sus apóstoles gobernarían la tierra entera.

Comenzaba el mes de mayo y la situación se hacía por momentos insostenible. Bandas incontroladas saqueaban, robaban, arrasaban y cometían los peores atropellos en una espiral de rabia y desenfreno. De todas partes acudían a Turingia labradores, siervos, buscavidas, peones, indigentes y desesperados, pues corrían rumores de que un ejército campesino se preparaba cerca de Mühlhausen para la gran batalla de liberación. Lutero veía peligrar su obra y se multiplicaba en prédicas para exhortar a la cordura mientras clamaba contra los campesinos y recomendaba firmeza a los gobernantes. Pero los príncipes estaban indecisos, enfrentados los que permanecían fieles a Roma con los que habían abrazado la Reforma, desconcertados todos, tratando de salvarse a sí mismos de la quema.

Al margen de excesos y desmanes, un turbión de esperanza, como nunca antes se viera, inundó los ánimos de los aldeanos. Los orgullosos nobles, los infatuados obispos con sus mesnadas, con sus caballerías de guerra y sus lustrosos equipos militares se escondían de unos campesinos armados con horquillas y guadañas. El Todopoderoso parecía acordarse al fin del rebaño de los desposeídos. En las mentes aleteaba la confianza en la victoria, la convicción de que verían alborear un nuevo mundo de hombres iguales ante el Señor y nadie quería perderse aquel instante.

Alemania entera contenía el aliento.

El macizo corpachón de Hans Gotha se deslizó con suavidad entre los jergones de la sala grande del hospital. Tenía ya veinticuatro años y hacía tiempo que había dejado de ser un chiquillo. Se había convertido en un hombre cabal, de risa franca y mirada tranquila. El amplio pecho, los músculos poderosos, las piernas macizas y la ancha espalda conformaban la figura de un coloso coronado por la aureola escarlata de la barba y la melena. Cubría sus ropas con un jubón de cuero y de su cintura colgaba el cinto de herramientas que delataba su profesión de carpintero.

Todo en él irradiaba salud, una vitalidad que contrastaba con el aspecto demacrado de los enfermos que dormitaban sobre los lechos. Algunos ancianos sonreían al verle pasar y los que podían mascullaban un saludo o agitaban una mano para llamar su atención. Le conocían y le apreciaban. Se encargaba de trasladarlos cuando se precisaba mover a un enfermo o cuando un inválido deseaba tumbarse al sol en el exterior.

Localizó a la viuda Wörlitz al final de la sala, sentada en el jergón de una anciana a la que daba de comer una papilla lechosa de una escudilla de madera.

—Alabado sea el Señor, Hans —saludó la viuda.

—Alabado sea. ¿Sabéis dónde se encuentra el padre Baltasar?

La matrona dio otra cucharada de papilla a la anciana y procedió a limpiarle con un trapo los restos de comida que resbalaban por las comisuras de la boca.

—Está en la iglesia, con el señor Cornelius —respondió. Luego, con un gesto de preocupación, añadió—: discutiendo, como siempre. Cornelius trata de convencerle para que se marche, pero él se muestra tozudo como un asno. Ya lo conocéis, Hans. Aunque es lo que más desea en el mundo, no se moverá de aquí mientras siga pensando que se le necesita. Sabe que yo me quedaré para cuidar del hospital, pero aun así...

Hans asintió. La anciana del lecho gruñó y su boca sin dientes se abrió y se cerró varias veces, igual que un pez fuera del agua.

—Iré a verle —se dio la vuelta para marcharse.

—Tenéis que convencerle, Hans. Se está consumiendo aquí.

Salió del hospital y se dirigió hacia la iglesia a través del dédalo de callejuelas. Recordaba la impresión que el barrio le causó la primera vez que se adentró en él. Ahora se sentía allí como en su casa. Ni siquiera percibía el hedor de los desperdicios. Sonrió al recordar el nombre que el padre Baltasar daba al barrio: *Butterburg*, la ciudad de mantequilla. No podía ser más apropiado.

No obstante, las cosas estaban cambiando. Muchos se habían marchado, atraídos por lo que se contaba en los corrillos sobre la revuelta de los campesinos. Otros se iban fascinados por las palabras de cualquiera de los predicadores ambulantes que se dejaban caer por la ciudad o partían para ir a engrosar la Liga de los Elegidos de Thomas Müntzer. Todo el mundo se iba. Se decía que un formidable ejército de

campesinos se estaba formando en Mühlhausen para aplastar a los caballeros. Y las gentes corrían a unirse a los sublevados.

El doctor Lutero contaba cada día con menos seguidores entre los pobres, que veían cómo se plegaba a los deseos de los príncipes para salvar su Reforma. Hans no entendía de política ni de religión, ni maldita la falta que le hacía, pero le dolía ver que la obra del padre Baltasar se esfumaba de la noche a la mañana. Porque eso era lo que estaba pasando: el barrio, despoblado; la escuela infantil y los comedores públicos, abandonados; el consejo parroquial, desierto. Todos se iban a perseguir quimeras en vez de quedarse para luchar por lo suyo. Solo los ancianos y los enfermos permanecían en el poblado. Y Cornelius. El enano era uno de los pocos que quedaban con el padre Baltasar. Hans había llegado a cogerle verdadero aprecio al antiguo Rey Mendigo.

Cornelius Bocanegra se había revelado como un eficaz administrador y un hombre de bien. Se había ganado a pulso la estima general, empezando por la del padre Baltasar, por quien el Rey Mendigo experimentaba una veneración que rayaba en la idolatría. Una tarde, Cornelius le explicó a Hans los motivos de su respeto por el padre:

—Desde que tengo memoria, las gentes me temen o se burlan de mí. Pero él es diferente: me ve como un hombre igual que el resto. Está ciego para mis defectos.

No le faltaba razón al Rey Mendigo. Fruto de una violación, su madre lo había abandonado nada más nacer. A punto estuvo de morir, pero una vieja que tenía fama de hechicera se compadeció de él y lo acogió en su cueva. Durante años, Cornelius creyó que aquella anciana era su madre y que todo el mundo vivía en cuevas como ellos.

La anciana lo había acogido porque veía que se acercaba la hora en que no podría bastarse por sí misma, pero estaba acostumbrada a vivir sola y le molestaba el continuo correteo del muchacho y sus preguntas sin fin. Además, lo que apuntaba como un defecto sin importancia pronto se manifestó en toda su dimensión y la vieja comprendió que aquel ser deforme, de miembros escuálidos y pecho abombado, jamás le serviría de ayuda en su vejez. Aun así permitió que el muchacho siguiera viviendo unos años con ella y Cornelius creció en un ambiente salvaje, dominado por las historias sobre aparecidos, conjuros y maldiciones que la curandera gustaba de contar cuando bebía. De aquella época le quedó un miedo supersticioso por lo sobrenatural y un cuerpo acostumbrado a las palizas.

Tenía diez años cuando un titiritero lo compró por unas pocas monedas. Entonces, Cornelius descubrió lo que era la crueldad. El comediante era un hombre de gruesa constitución que odiaba intensamente a la humanidad. Deambulaba de pueblo en pueblo arrastrando un descoyuntado carromato, en compañía de dos hermanos saltimbanquis y un viejo que echaba fuego por la boca y que aseguraba haber aprendido su oficio en un viaje que de joven había hecho por las míticas Indias de las especias. Durante cinco años interminables, Cornelius vivió en tan peculiar

compañía. El comediante trató de enseñarle juegos malabares, pero las frágiles extremidades del enano no servían para ello. El hombre le pegaba con saña, en parte porque creía que así prestaría más atención y en parte porque disfrutaba haciendo daño. Tenía una vara de avellano con la que golpeaba las costillas o las piernas del chiquillo cada vez que a este se le caía una pelota de malabares al suelo. Cornelius fue sometido a palizas durante años, hasta que el cómico desistió de su propósito. Entonces se convirtió en el criado del grupo: compraba y cocinaba los alimentos, lavaba la ropa, cuidaba del caballo y, durante las actuaciones de la compañía, se deslizaba entre la multitud para aligerar al respetable del peso de sus talegas. Aprendió, a fuerza de oírlas, las mil historias del comediante, sus chistes procaces y sus relatos de caballeros y aprendió, sobre todo, que había que ser despiadado si quería sobrevivir.

Con frecuencia, cuando el cómico se emborrachaba, despotricaba en mitad de la noche contra el mundo y las mujeres. Luego, exigía a Cornelius que se tumbara a su lado, le tapaba la boca para no escuchar sus quejas y lo usaba como se usa a una hembra. Pero el chico no gritaba: se quedaba en silencio, sumiso, y acunaba el odio en su interior.

Un día, poco después de cumplir los quince años, decidió lo que había de hacer. Unas semanas más tarde el cómico se encontró indispuerto. Su boca no cesaba de salivar y sufría de vómitos y calambres.

—No os preocupéis —le dijo Cornelius con una solícita sonrisa—, yo os cuidaré.

Sabía de hierbas lo que había aprendido con la curandera, por lo que el hombre se dejó hacer. Una semana más tarde, a los vómitos se le unieron unas diarreas ensangrentadas, tan violentas que lo vaciaban por dentro y lo dejaban extenuado.

—No os preocupéis —repetía Cornelius sin dejar de sonreír—, yo os cuidaré.

Día tras día el hombre yació entre dolorosísimos calambres y diarreas persistentes. Su cuerpo se consumía de emaciación, hasta que ya sólo le quedaron pellejos que colgaban flácidos sobre los huesos. El cómico se retorció por el dolor y atronaba a sus compañeros con sus alaridos. Nadie conseguía dormir.

—Habéis de saber —le dijo Cornelius con una sonrisa cuando ya agonizaba entre espantosos calambres— que me debéis a mí tan dulce muerte. Durante semanas os he estado envenenando con bulbos de cólquico.

Los desorbitados ojos del enfermo le confirmaron que había comprendido. Entonces, con absoluta frialdad, Cornelius agarró un cuchillo, desnudó al moribundo y lo castró. Con los chillidos se le fueron las últimas fuerzas al comediante, que murió con el terror más absoluto en su mirada.

Cornelius había comprendido que sólo sobreviviría con su disminuido cuerpo si se hacía respetar. Salió del carromato. En el exterior, los dos hermanos y el viejo aguardaban el desenlace de mal humor, hartos de los gritos del agonizante. Cornelius echó los genitales al suelo ante ellos.

—Ya no gritará más —anunció con voz tranquila.

Los otros se fijaron en su expresión y sintieron escalofríos.

—Lo he envenenado —prosiguió el chico, tan sereno como si anunciara que hacía calor—. Y a vosotros también, aunque con dosis más pequeñas. Evitaréis la misma suerte si me obedecéis, pues tengo el antídoto.

Desde ese día, se convirtió en el jefe de la triste banda. Abandonaron los espectáculos y se convirtieron en salteadores de caminos. Y la fama de su crueldad pronto se extendió por la región.

Jamás mostraba clemencia, pues sabía que sólo así mantendría la autoridad sobre sus hombres. Caían sobre sus víctimas y las masacraban sin misericordia tras robarles cuanto poseían, aunque Cornelius siempre exigía que dejaran a uno libre. De esa forma conseguía que se corriera la voz.

La estrategia funcionó. Llegó un momento en que bastaba oír su nombre para que el miedo agarrotara a los viajeros, que se entregaban aun cuando estuvieran en superioridad numérica. Las gentes se hacían lenguas de su frialdad y de la indiferencia con que cortaba el cuello de los que tenían la desgracia de caer en sus manos. Muchos malhechores se sintieron atraídos por sus éxitos y la creciente fama del enano, de suerte que, antes de cumplir veinte años, Cornelius se encontró al frente de un ejército de facinerosos. Fue entonces cuando decidió que estaba cansado de vivir en el bosque y se trasladó a Mühlberg. Siguió manteniendo el control de varias partidas de bandoleros que le rendían cuentas, pero se concentró en las posibilidades de la ciudad. En unos años no había prostíbulo ni taberna que no estuviera bajo su protección ni comerciante que no le pagara un canon para garantizar su seguridad. Controlaba los garitos de apuestas y la distribución de alcohol y se codeaba con nobles y burgueses, que lo toleraban más por miedo que por respeto. Se vestía con gran lujo e iba a todas partes acompañado por una horda de guardaespaldas. Comenzaron a llamarlo el Rey Mendigo. Al enterarse del apelativo, lanzó una tremenda carcajada y se consideró vengado por las humillaciones de su infancia y juventud.

Vivía en medio del lujo cuando oyó hablar de Lutero y de su Reforma. Comprendió que allí donde las aguas estaban revueltas no faltarían oportunidades para él y, sin pensarlo más, dejó los negocios de Mühlberg en las manos de un lugarteniente y se lanzó a la conquista de nuevos mercados. Pocos meses después, en el momento en que la ciudad comenzaba a rendirse a sus pies, recibió la visita del padre Baltasar. Y su vida se dio la vuelta.

—¿Sabéis lo que ha hecho el padre por mí? —le confesó un día a Hans.

El carpintero, intrigado, se volvió hacia él.

—Me ha regalado un sueño.

Nada más entrar en la iglesia, Hans oyó la voz de Bocanegra que salía de la sacristía. Era una voz poderosa, que parecía imposible que saliera de aquel pecho abombado y hundido a un tiempo.

Cornelius se dio cuenta de la presencia del carpintero.

—¡Menos mal que apareces, Hans! —bramó, la cabezota bamboleándose peligrosamente adelante y atrás al acercarse a él. Pocas cosas en su aspecto recordaban al jefe de rufianes y malhechores que había sido. Sus ropas ya no eran lujosas ni coloridas y sus dedos ya no servían de mostrador de oro y pedrería. Una tras otra, las joyas de Bocanegra habían servido para llenar los estómagos de los huérfanos—. ¡El padre es un cabezota de tomo y lomo! ¡A ver si tú puedes convencerle!

—¿Qué sucede?

—¿No te has enterado? —exclamó Cornelius. El padre Baltasar, sentado en un tosco taburete, les contempló con expresión ausente—. El elector ha muerto. El magnífico príncipe Federico III acaba de fallecer.

Hans no se sorprendió: el anciano elector llevaba tiempo enfermo, pero no entendía qué relación podía tener tal noticia con cualquiera que fuese la discusión que mantenían Cornelius y Baltasar.

—¿Y? —aventuró.

—Pues muy sencillo: muerto Federico, el nuevo elector será su hermano Juan. ¡Y Juan es un incondicional de Lutero! Eso significa que el maldito agustino tendrá mayor poder si cabe. Y todos conocemos ya sus opiniones respecto al barrio. ¡Si por él fuera, haría tiempo que nos habría expulsado de su ciudad! ¡Cree que somos un nido de radicales! Juan le hará caso. Y aún peor: Federico se mantuvo siempre al margen respecto a los campesinos sublevados, pero el nuevo elector hará caso de Lutero y luchará. ¿Dónde nos deja eso? El padre Baltasar tiene tantas ganas como yo de acudir a Mühlhausen, pero se niega a moverse mientras se le necesite aquí.

—Vengo del hospital y la viuda Wörlitz me ha pedido que os convenza, padre, de que debéis marchar. Piensa hacerse cargo de los enfermos en vuestra ausencia.

—¿Veis, padre? —insistió Bocanegra—. ¡La viuda Wörlitz cuidará de todo!

Baltasar fijó la mirada en ellos. Tenía un aspecto demacrado. Los ojos se hundían en las cuencas y la piel del rostro marcaba a cincel los huesos de los pómulos.

—La muerte de Federico no es una buena noticia. Las cosas pueden ponerse feas para los campesinos.

Habían tocado el tema cientos de veces desde que estallara la revuelta al final del verano anterior. Habían comentado cada noticia, discutido cada rumor. Se hablaba mucho de Müntzer y, de sus Elegidos y aunque Baltasar no aprobaba los métodos violentos del predicador, se sentía fuertemente atraído por sus ideas sobre una sociedad justa e igualitaria y por su preocupación por los pobres.

—Hasta el momento, las noticias son muy alentadoras —insistió Cornelius—. La Iglesia del Espíritu de Müntzer gana adeptos día tras día.

Baltasar asintió, mas quedó en silencio, enjuto y abatido sobre el taburete.

—¿Tú qué harías, Hans? —preguntó al fin—. Digo en el caso de que decidiéramos partir.

El carpintero no se esperaba la pregunta. Las cosas en el taller no iban mal, no del todo, al menos, aunque desde que Friedericke había huido con Conrad Eisner el maestro carpintero era poco más que un vegetal. Había perdido el gusto por el trabajo y se pasaba los días con la mirada perdida, sentado en una vieja butaca, bebiendo cerveza y suspirando por su hijita perdida. Ver a maese Otto en aquel estado era un trago difícil para Hans, que había llegado a sentir verdadero cariño por el maestro.

—Iría con vos, por supuesto —respondió.

Lo haría. No podía abandonar al padre. Sencillamente, no podía. Baltasar asintió, pensativo.

—Quizá todavía estemos a tiempo de conseguir que Lutero apoye a los campesinos.

—¡No digáis sandeces, padre! —estalló Bocanegra. Su rostro, habitualmente impenetrable, se mostraba encendido, acalorado—. ¿Acaso no habéis leído su *Admonición a la paz*? ¿No sabéis de sobra que lleva semanas predicando contra la rebelión? —pareció arrepentirse de su arrebato, pues inmediatamente añadió—: Disculpad, padre. Sé lo mucho que os cuesta dejar atrás Wittenberg.

—Si lo consiguiésemos —prosiguió Baltasar, sin hacer caso de las palabras de Cornelius—, sería el mayor regalo que podríamos hacer a la causa de la justicia. ¿No merece la pena intentarlo una vez más? Quizá no nos escuche a nosotros, pero podría escuchar a Melanchthon.

Felipe Melanchthon se había convertido en la mano derecha de Lutero y solía mostrarse mucho menos inflexible que el reformador. Debía intentarlo.

—Haremos lo siguiente: iré a ver a Melanchthon y trataré de convencerle. Si no lo consigo, nos marcharemos a Mühlhausen. Que sea lo que el Señor quiera.

Cornelius asintió, incapaz de contener su satisfacción:

—Entonces prepararé la marcha. Lutero jamás cambiará de opinión.

El padre se dirigió hacia la calle.

—Iré a verle en este mismo instante. No tiene sentido esperar más.

Se alejó con los hombros hundidos, desganado.

—Está deseando acudir a Mühlhausen, pero se deshace por dentro ante la idea de abandonar Wittenberg —comentó Bocanegra, siguiéndolo con la mirada—. Se niega a admitir que Lutero le ha decepcionado.

Hans contempló al hombrecito. El contraste entre su tamaño y el de Cornelius era espectacular.

—No —dijo—. Lo que tiene es miedo de volver a fracasar. Cree que ya lo hizo una vez, cuando dejó el monasterio. Esta sería la segunda y no sabe si Dios le dará una tercera oportunidad.

Un destello sorprendido cruzó los ojos negros del Rey Mendigo, que se volvió para observar a Hans.

—Son tiempos oscuros, pero el Buen Dios lo ha tocado con su mano. No lo abandonará.

Baltasar se dirigió a la universidad, pues sabía que Melanchthon solía quedarse en su despacho, preparando las clases del día siguiente o redactando sus tratados. La tarde estaba avanzada y sólo unos pocos alumnos continuaban estudiando en la biblioteca. Recorrió el pasillo hasta una pequeña habitación con una ventana que daba a un patio interior. Allí, bajo una montaña de legajos y volúmenes, se hallaba Felipe Melanchthon.

Nada más verle, el teólogo se levantó y se dirigió hacia él con una sonrisa en su afilado rostro.

—Me alegro de veros, padre Baltasar. Hacía tiempo que no sabía de vos.

Los ojos azules de Melanchthon relucían de contento. Baltasar experimentó un ramalazo de culpa al comprobar el alborozo del teólogo, pues no eran la amistad ni la cortesía los motivos que le llevaban a su despacho.

—¿Cómo os va, Felipe? —sonrió, empero, contento de verlo—. Compruebo que seguís enterrado entre papeles. —También él, en otra vida, creyó que en los libros se hallaban todas las respuestas. ¡Hacía tanto tiempo!

Felipe Melanchthon suspiró y se encogió de hombros:

—¡Es tanto lo que queda por hacer! El doctor Martín no puede con todo y yo trato de ayudarle buenamente. Hay que redactar nuevos catecismos, completar documentos confesionales, establecer un nuevo derecho canónico, reorganizar los estudios universitarios, la asistencia social, las parroquias...

Mientras el teólogo desgranaba su letanía, Baltasar se acercó al escritorio y su vista se paseó por la montaña de legajos. En cierto modo, no le desagradaría estar en el lugar de Melanchthon. Los papeles eran sedantes. No tenían alma.

—Una nueva Iglesia, padre —decía su amigo—, toda una Iglesia que es necesario instituir.

Los ojos de Baltasar quedaron atrapados por un título. Y se estremeció. Felipe percibió su turbación y siguió la dirección de su mirada.

—¿Qué...?

El teólogo mudó su expresión, que se tornó afligida:

—Es una carta del doctor Martín. Un borrador, en verdad, que me ha dado para que lea antes de enviarlo a la imprenta. Pero no creo que...

Baltasar no le escuchaba. Cogió en sus manos el documento y leyó apresuradamente el papel. Las palabras golpearon sus ojos como mazos de herrero.

El título del manuscrito no dejaba lugar para la duda: *Contra las hordas devastadoras y criminales de los campesinos*. Y a partir de ahí una sarta de despropósitos, de violentas invectivas incitaban a los nobles a exterminar a los campesinos. «Queridos señores, libradnos, salvadnos, socorrednos, golpead todo lo que podáis...», gritaba la letra regular, de pajarito metódico, de Lutero. Y proseguía: «El poder civil, ministro de la cólera divina sobre los malvados, no debe ser misericordioso, sino inflexible, enfurecido, severo en su función y en su obra... El asno quiere recibir golpes y el pueblo debe ser gobernado por la fuerza».



Lutero ni siquiera condenaba a los príncipes injustos por exprimir a los pobres. Se limitaba a pedirles que masacraran al pueblo. Los señores debían «abatir, estrangular, matar a palos», como harían con un perro rabioso. Baltasar, anonadado por la ira animal que supuraban aquellas frases, dejó de leer. Un momento antes había pensado que los papeles no tenían alma. ¡Qué equivocado estaba!

Felipe Melanchthon le observaba con semblante atribulado:

—Ya sabéis cómo es, he tratado de convencerlo para que no la publique, pero... No hay forma, no hay nada que hacer. Cree que solo una mano firme conseguirá que las gentes vuelvan al redil. Se queja sin cesar de la miseria espiritual del campesinado...

—En eso último estoy de acuerdo con él —cortó Baltasar con amargura—. Solo que le sobra una palabra.

Un ademán interrogante de su interlocutor le obligó a aclararse:

—Yo también me quejo, padre Felipe. Pero de la miseria, a secas.

No respondió el teólogo. Baltasar, que todavía mantenía el papel en sus manos, lo dejó caer con suavidad sobre el resto de papeles de la mesa. Fijó su mirada en Melanchthon unos segundos y luego, sin decir nada, salió de la casa.

Caminó con paso vivo, tratando de calmar la furia que le invadía las entrañas, la decepción, la indignación. Comprendía muy bien a Lutero. El antiguo agustino sabía que, si se aliaba con los poderosos, su Reforma estaría asegurada. Tenía miedo de los campesinos, aun a sabiendas de que éstos luchaban por lo que era justo. ¿Pues qué pedían los sublevados salvo el fin de los abusos de los señores? La certeza de que se había equivocado escocía sus tripas como un caldero de agua hirviente. Cuando la carta de Lutero se publicase... ¿qué sucedería? Muchos nobles indecisos se verían respaldados y se lanzarían a la guerra.

Mientras regresaba mecánicamente a casa por las calles atiborradas de comercios y talleres, ajeno al ajetreo de la ciudad, Baltasar Sachs se sentía náufrago en un océano encrespado. Ya nada quedaba por hacer en Wittenberg. Su corazón se quedaba perplejo al comprobar que un mundo que se decía cristiano era capaz de tanto desafuero. Los hombres habían enterrado al Cristo bajo una montaña de odios y abusos.

Fuera como fuese, el Señor guiaría sus pasos. Entró en la pequeña casa de la iglesia de Butterburg y se dirigió hacia su dormitorio. Allí, con un rápido movimiento, se quitó el sayal de fraile que había sido su vestimenta desde el día ya lejano en que ingresó como novicio en el monasterio cisterciense de Orval. Durante todos esos años, primero en la abadía y luego en Wittenberg, había seguido vistiendo hábitos como una muestra de su vinculación, de su compromiso con la Iglesia.

Pero ya no sentía ese compromiso, ni con la Iglesia de Roma ni con la reformada. A partir de ese instante vestiría como un seglar. El hábito, repentinamente, le producía una intensa desazón.

Abrió un arcón de madera y hurgó en su interior. Encontró al fin lo que buscaba: un jubón y unas calzas de tosca estameña, deslucidos por el uso, aunque limpios de polvo. Eran las ropas que usaba para trabajar en la huerta.

También encontró una pelliza de piel, perfecta para viajar.

### 3

Partieron con el alba, cuando el sol apenas despuntaba y los campos cubiertos de escarcha dibujaban un manto de brillantes perlas. La mañana se presentaba despejada, con un sol de primavera que confortó huesos y espíritus e hizo más fáciles las primeras leguas. Cornelius cumplió su palabra y se había encargado de los preparativos para el viaje. Consiguió una mula castaña, un animal que ya no era joven pero que parecía resistente, y la cargó con pieles para dormir y alimentos para unos cuantos días. El Rey Mendigo sabía lo que se traía entre manos y no descuidó detalle. Incluso se hizo con unas cuantas dagas que repartió entre los viajeros. Baltasar puso mala cara y se negó a portar el arma, mas al final no le quedó otro remedio que ceder ante la insistencia del hombre, que repitió una y otra vez que se dirigían a una zona alzada y no a dar un paseo por el campo.

La sorpresa fue la presencia en el grupo de Margarita la Coja. Se trataba de una mujer menuda y poco habladora que rondaba la treintena, de torso delgado y con un enorme trasero que se bamboleaba al andar. Un lobanillo en la mejilla derecha afeaba su aspecto, pero aun así su rostro resultaba franco y simpático. La conocían bien, era la compañera del antiguo Rey Mendigo y en muchas ocasiones la habían visto con el enano. La mujer profesaba por su amante tal respeto y fidelidad que era digno de verse, aunque en muchas ocasiones, al observarlos en la distancia, parecían antes madre e hijo que hombre y mujer.

—Ella viene con nosotros —dijo, por toda explicación, Bocanegra.

Margarita saludó a Hans e inclinó la cabeza cohibida hacia Baltasar. Aunque de talante alegre, la presencia del antiguo monje siempre le imponía respeto.

Avanzaron hacia el sudoeste durante toda la mañana, alejándose de Wittenberg e internándose en la campiña. No podían haber elegido mejor momento para partir: el sol calentaba los huesos y la primavera estallaba en una caricia para los sentidos. Un coro de trinos y gorjeos les acompañaba y, a menudo, los campesinos les saludaban desde los campos.

Hans cerraba el grupo llevando de las riendas a la mula. La despedida de maese

Otto y de *Luchs* había resultado más amarga de lo que imaginara, pero la euforia del viaje tensaba sus músculos y otorgaba una rara cualidad a sus sentidos, que se mostraban afilados cual cuchillas de barbero. Por primera vez en mucho tiempo se sentía vivo, tremendamente vivo. Su cuerpo disfrutaba con el ejercicio, sus músculos contraídos respiraban el aire fresco y se ensanchaban incontenibles. Observó a Cornelius, que discutía con Baltasar sobre la mejor ruta hacia Mühlhausen. Margarita caminaba en silencio. De cuando en cuando la mujer observaba los campos que atravesaban con ojos alegres, como si jamás hubiera visto una vaca o un arado. Le entraron unas ganas tremendas de cantar.

*Escuchad ahora una nueva canción, sobre un pequeño escritor, que buscó una muchacha pura a la que, en verdad, amó.*

Hans poseía una bonita voz, bien timbrada y potente. La canción se elevó sobre la campiña y provocó miradas de guasa entre los campesinos. Baltasar se volvió, sonriente. Margarita le dedicó una mirada traviesa que, por un momento, la convirtió en una chiquilla pequeña. Luego, para sorpresa de Hans, unió su voz a la del muchacho.

*Le dio una falda roja, ¿por qué hizo algo así? Quería hacerla suya, y llevarla a la cama, a su cuarto de dormir.*

Se trataba de un canto popular, de ritmo alegre y sin demasiadas complicaciones. Hans decidió que la voz de Margarita la Coja armonizaba con la suya.

Cerca de media noche, llegó el escritor, golpeó con sus deditos, en la tierna habitación. La puerta se abrió, yacieron los dos juntos, y ella a él le habló: «Y si llega a saberse, que un niño espero yo, ¿quién su padre ha de ser?» “Ah, mi gran amor, no te preocupe el niño, que yo de él cuidaré, con plata y oro, yo quiero el padre ser.»

Margarita gesticulaba con gracia, simulando los ademanes de la muchacha y del escritor. Su voz se tornaba ansiosa cuando hablaba la joven y meliflua al hacerlo su amante. Hans tuvo que contener las ganas de reír. Al fin, no sin esfuerzo, consiguieron rematar la tonada.

La cosa quedó hecha. ¿Sabéis cómo terminó? El escritor cogió sus cosas, Y muy lejos se marchó. ¿No es esto gran vergüenza? Mas, en verdad, así ocurrió. Nada más pronunciar la última sílaba ambos estallaron en carcajadas. Cornelius y Baltasar volvieron sus dispares cuellos hacia atrás. La gruesa cabeza de Bocanegra se

balanceó peligrosamente al hacerlo, pero sus ojos brillaban de contento.

—Cantas muy bien —alabó Hans a Margarita. La mujer enrojeció y musitó unas gracias. Luego continuaron andando en silencio.

A mediodía, tras recorrer poco más de dos leguas, se detuvieron en un prado a la orilla del lago Bergwitsee para almorzar. A ambos lados de donde se encontraban se extendían campos de labor que abrazaban la laguna, mas, en la orilla opuesta, una arboleda crecía repleta de vida. Se respiraba un aire bucólico, de paraíso olvidado. No se detuvieron demasiado tiempo. Cornelius Bocanegra insistía en llegar a Gossa antes de que anoheciera y por delante quedaba todavía un largo camino. Recogieron los bártulos y rodearon la laguna. Una legua más adelante, mientras atravesaban la pequeña población de Radis, el cielo se encapotó repentinamente y un viento frío diluyó el hechizo de la jornada. Desde ese instante, el camino se tornó sombrío. Oyeron ladridos tercos, asustados, sonidos tensos que arrastraban un presentimiento de lluvia y ansiedad. Margarita se encerró en un mutismo medroso y desangelado. La mujer cojeaba ligeramente al andar, pues había nacido con una pierna más corta que la otra y, aunque mantenía sin problemas el ritmo del grupo, su cojera pareció acentuarse.

Acababan de rebasar el pueblo de Gräfen-Hainichen cuando comenzó a llover. A partir de entonces, el grupo apretó el paso y avanzó en silencio, abriéndose camino a través de un mundo hostil. La lluvia empapó el camino, ya rebosante de agua tras el invierno, y formó charcos que dificultaban el avance. Las ropas se pegaban a los cuerpos y hasta Cornelius, que durante todo el día había marcado un paso vivo a pesar de su corta estatura, comenzó a pensar que no podrían llegar a Gossa antes de que anoheciera.

Un poco más adelante atravesaron un aserradero y divisaron una alquería. El campesino les miró con ojos desconfiados cuando le pidieron permiso para dormir en su granero, pero les señaló con un gesto dónde podían cobijarse.

—El mundo se ha vuelto loco —rezongó cuando le dijeron que se dirigían a Mühlhausen—. Ni que en ese sitio hubiera nacido el Salvador.

Cuando le preguntaron por el significado de sus palabras, añadió:

—Todos los días pasan viajeros que se dirigen a Mühlhausen. Mejor harían si se quedaran en sus casas y cultivaran los campos.

Mientras engullían la cena, un guiso de carne preparado por Margarita, nadie habló. Se sentían cansados por el esfuerzo de la jornada tras tanto tiempo sin caminar. Hans devoró su ración y se recostó contra la pared de madera del granero, observando a sus compañeros.

No pudo evitar fijarse en la mujer: se hallaba pendiente de la más mínima necesidad de Cornelius. Mientras comía permanecía atenta, dispuesta a satisfacer sus caprichos, sirviéndole un poco de agua o cortando para él un pedazo de pan de borona. Sin decir nada, con una sencillez que evitaba cualquier sensación de agobio, la Coja cuidaba de su hombre y lo mimaba. Cornelius aceptaba las atenciones con la

naturalidad del que está acostumbrado a ellas, pero Hans, al observar a la pareja, no podía evitar una sensación de extrañeza y una desazón en el pecho.

—¿Habéis decidido ya por dónde iremos? —preguntó, más por romper el silencio que por verdadero interés.

—Seguiremos hasta Halle. Después, ya se verá —respondió Baltasar.

—El muy testarudo se empeña en dirigirse directamente hacia Mühlhausen, por Querfurt, Artern y Sondershausen —terció Bocanegra—. Yo creo que deberíamos tomarnos las cosas con calma e ir dando un rodeo. Sería mejor desviarse hacia el sur y detenerse antes en Weimar o en Erfurt para tantear el ambiente.

Avanzaron lentamente hacia el sudoeste, en dirección a Halle, en medio de un tiempo tornadizo que les regalaba mañanas de sol y tardes de lluvia y viento. El padre Baltasar se sentía más y más vivo cada jornada. Percibía cómo el cordón umbilical que le unía a Wittenberg se deshilachaba a cada paso y en su lugar brotaba una ilusión, una esperanza quizá, el convencimiento de estar en el buen camino. Con frecuencia pedía a los viajeros con los que se cruzaban noticias de Mühlhausen. Así se enteraron de que el ejército de los campesinos engrosaba con gentes llegadas de los más remotos rincones de la Germania. También supieron del panfleto de Lutero, *Contra las hordas*, el mismo que Baltasar había visto en casa de Melanchthon, y del clamor de indignación que brotó de la garganta alemana al hacerse público.

—Dicen que los ejércitos de los nobles se están organizando y marchan hacia Turingia para aplastar la rebelión —les dijo un maestro cantero que ofrecía su trabajo de pueblo en pueblo.

Ni siquiera tal perspectiva consiguió mustiar el optimismo de Baltasar Sachs. Dio en pensar que el Señor ponía a prueba a sus fieles, pero que no consentiría en alejarlos de su mano. A partir de ese momento se le vio impaciente, deseoso de apurar el paso y acortar las leguas que les separaban de su destino, pero era Bocanegra el que, debido a su menor estatura, imponía el paso.

Todas las noches, tras la cena, él y Cornelius mantenían largas conversaciones que solían versar sobre asuntos religiosos. El padre entraba en un estado de exaltación mística que se alimentaba de sus constantes lecturas de la Biblia y que giraba en torno al advenimiento de un estado de naturaleza, una sociedad gobernada por Cristo que debía hacerse realidad a no tardar demasiado.

—Los tiempos son propicios, Cornelius —musitaba el padre, a medias ensimismado, a medias rebotante de pasión—. Nunca como ahora fueron tantas las injusticias de los poderosos. Nunca antes fue tan grande el clamor de las almas sencillas.

—Mas, ¿cómo ha de ser ese nuevo mundo? —preguntaba Bocanegra.

—Será un Estado en el que ninguno sabrá decir «mío», antes bien, la lengua, el corazón y la misma alma gritarán «nuestro». Será un Estado sin cerrojos y sin puertas, pues no habrá ladrones ni pobres y las gentes trabajarán por el bien común.

Y, sobre todas las cosas, el Buen Dios velará por los suyos como un amantísimo padre.

Callaba un instante, transportado por la fuerza de su visión. Luego, al regresar a la realidad, murmuraba:

—¿Cómo hemos llegado a esto? ¿Cómo hemos consentido que los apóstoles del Cristo se convirtieran en aves de rapiña? —pues le dolía en el corazón el ver que, los que se decían representantes de Dios, vivían en palacios y devoraban las cosechas de los campesinos, ajenos al mensaje de amor y fraternidad del Evangelio.

Cornelius pedía al monje que le aclarara este o aquel punto y se dejaba arrastrar por su verbo. El Rey Mendigo poseía una mente despierta, capaz de imponerse a las gentes y organizar multitudes. Sin embargo, ante los misterios divinos, se convertía en un niño con los ojos abiertos como platos.

—Está escrito en los *Hechos de los Apóstoles*: «No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y a cada uno se le repartía según su necesidad». Müntzer lo ha comprendido. Él enseña que no debe haber reyes ni señores y que todas las cosas son comunes.

La conversación en torno al fuego solía acabar bruscamente cuando Hans sacaba la flauta y se ponía a tocar, acompañado al instante por Margarita. Aunque la mujer raras veces intervenía en la charla, su postura revelaba el interés con que seguía las palabras de los hombres. Pero nada más escuchar la primera nota su concentración se diluía como por ensalmo y la Coja se lanzaba a cantar las tonadas con alegría.

Una tarde, cuando se encontraban a un tiro de piedra de Halle, Cornelius decidió detenerse en una posada en las afueras de la ciudad. Baltasar discutió, pues la impaciencia le corroía el ánimo y deseaba enterarse cuanto antes de las noticias de Mühlhausen, que sin duda correrían por la villa. Bocanegra tuvo que imponerse:

—Halle es una ciudad católica, padre —todos continuaban llamándole padre a pesar de que ya no vistiera hábito—. Su arzobispo no se caracteriza precisamente por su hospitalidad. Lo más probable es que los soldados de la guardia revisen minuciosamente a cuantos quieran entrar.

—¿Y qué? —argüía el antiguo fraile—. ¿Acaso tenemos algo que ocultar?

—No me fío —porfió el Rey Mendigo, su cabezota agitándose a derecha e izquierda sobre el endeble cuello—. Quizá no, pero vos sois una persona de cierto renombre y no precisamente del agrado de los católicos. Pensad que muchos se han marchado de Wittenberg y que es posible que algunos se hallen en esta ciudad. ¿Qué sucedería si alguien os reconociese y decidiera denunciaros al arzobispo para ganar su favor? No, mejor quedarse aquí y tantear el terreno.

Muy a su pesar, el antiguo monje cedió y aquella noche se quedaron en la posada de extramuros. La regentaba un hombre taciturno, entrado en años, grueso cual cerdo bien cebado. La panza del sujeto se abombaba bajo la camisa hasta alcanzar proporciones bíblicas y todo su cuerpo resultaba macizo, en absoluto fofa, a pesar de que ya no volvería a cumplir los cincuenta.

El posadero les escrutó de arriba abajo cuando le pidieron albergue.

—No hay sitio.

Cornelius Bocanegra sabía cómo tratar a tal clase de tipejos. Sin decir palabra, extrajo de su talega unas cuantas monedas de plata y las dejó sobre el mostrador. El individuo volvió a examinar al grupo y terminó por posar la mirada en Hans.

—No quiero jaleos —aceptó, sin dejar de evaluar la figura recia del carpintero—. Deberéis conformaros con un hueco en el granero.

Pronto pudieron comprobar que, en efecto, la posada se hallaba de bote en bote. Toda la región vivía una efervescencia inusitada como consecuencia de los acontecimientos de Mühlhausen.

—Mañana por la mañana, Hans y yo entraremos en Halle —decidió Cornelius una vez que estuvieron instalados en un rincón del atestado granero—. A los dos nos será fácil tantear el ambiente y enterarnos de lo que sucede.

Tras la cena, mientras los demás descansaban, Hans salió a tomar el aire y escuchó el rumor de voces alegres que procedían de la taberna de la posada. El sonido se le antojó tan tentador que no quiso dejar escapar la ocasión de relajarse un poco. Entró, se dirigió al mostrador y pidió una cerveza, sin fijarse siquiera en la clientela que abarrotaba la sala. El posadero le sirvió con gesto avinagrado, pero Hans hizo caso omiso. De un trago vació la jarra.

—Otra.

Alzó los ojos y barrió la estancia con la mirada. Estaba abarrotada. Una multitud vocinglera bebía y discutía en torno a las mesas de madera. En el medio, una moza rubia servía jarras de cerveza a la concurrencia.

La muchacha llevaba una blusa de escote cuadrado, a la manera italiana, que dejaba entrever unos abultados senos. Sobre la blusa, un vestido de color azul brillante contrastaba con la cabellera rubia que recogía en un tocado en forma de corona. Completaba su vestimenta con un delantal blanco algo desmejorado por las manchas de cerveza, pero en conjunto su aspecto resultaba tremendamente atractivo. No tendría más allá de diecisiete o dieciocho años y sonreía con despreocupación.

—Otra cerveza —urgió al posadero. Al girarse, se dio cuenta de que el hombracho no le quitaba los ojillos de hurón de encima. A punto estuvo de soltar un exabrupto ante tamaña vigilancia, pero se contuvo y se limitó a gruñir por lo bajo.

—¿Es su hija? —preguntó en un susurro a un rabadán que bebía a su lado.

El pastor lanzó una carcajada abrupta:

—¡Ya quisiéramos muchos! Aunque casi le triplica la edad, estáis admirando a la hermosa Mathilde, la esposa del tabernero —al ver el gesto de extrañeza de su interlocutor, se explicó—: El posadero quedó viudo y ya se sabe que bolsa bien repleta es reclamo poderoso para la tierna teta. Es mejor que os olvidéis de ella: maese Leopold es hombre de natural desconfiado. Sabe bien que guarda en casa un tesoro que muchos ambicionan y, aunque ya no es joven, sus garras todavía se conservan afiladas.

Mientras el zagal hablaba, Hans no perdía de vista a la mesonera, que se movía con gran desenvoltura por entre las mesas. Debía de ser cierto lo que le contaban, pues ningún cliente osaba propasarse con la joven: ni una palmada en las nalgas, ni una caricia procaz, ni un comentario fuera de tono, a pesar de que las demás mozas del local no se libraban de tales galanteos. Empero, una observación más atenta le permitió descubrir que varios hombres dedicaban a la muchacha, en silencio, miradas ardorosas.

El enterarse de que aquella hermosura era fruta prohibida enardeció su deseo. La cerveza agudizaba sus sentidos y le envolvía en un estado de ánimo vivaz y decidido. Los ojos azules de la tabernera lanzaban destellos alegres a su alrededor, una reina campesina repartiendo mercedes entre su corte de admiradores.

Sacó la flauta y comenzó a tocar una canción popular. El rabadán que estaba a su lado se volvió sorprendido. Una gran sonrisa transformó su rostro.

—¡Eh, Hermann! —le gritó a un amigo que bebía no lejos de allí—. ¡Saca el tamboril!

Al poco, la sala entera vibraba con las notas del romance y el golpeteo de las palmas contra las mesas para marcar el ritmo. Varios jóvenes se pusieron a cantar y un hombre de coleta y jubón verde oscuro extrajo de su morral una dulzaina con la que se unió a los músicos.

Hans estaba encantado. Mientras tocaba la flauta no perdía de vista a la posadera y comprobó feliz que Mathilde le dedicaba una sonrisa deslumbrante en la que relucieron sus pequeños dientes. Sin dejar de mirarlo, la joven colocó una mano en su cadera y comenzó a seguir el ritmo moviéndose de una forma tan seductora que al carpintero casi se le cortó el aliento.

—¡Una cerveza para el flautista, posadero, que se va a quemar! —invitó un mercader, provocando una risotada general.

Hans bebía y tocaba una y otra canción, embriagado por la música, ebrio de deseo. Cada curva de la muchacha le parecía un abismo de lujuria, cada pulgada de su piel un jardín, cada guiño de su rostro un anticipo del Paraíso. En medio de las brumas del alcohol solo tenía ojos para Mathilde, para su cintura seductora y sus pechos tiernos que se le antojaban melocotones en sazón. En varias ocasiones se cruzaron sus miradas y en los de la mujer leyó cien promesas y mil deseos que enardecían como fucilazos sus propias ansias.

Se espesaba la noche. Los parroquianos bebían y bailaban, atronando el local con sus palmas y sus cantos. Las jarras de cerveza se estrellaban contra los estómagos enfurecidos y estallaban en carcajadas alegres. Varias muchachas danzaban ya sin pudor, entregadas a toda suerte de saltos, culebros y gambetas que levantaban sus faldas y provocaban aullidos en sus admiradores. Los jóvenes zapateaban y canturreaban excitados. Las mozas tímidas abrían un botón del corpiño, las más atrevidas liberaban sin rubor los senos de su prisión y se lanzaban con el primer hombre que alcanzaban al baile que llamaban del entrelazamiento, una serie de giros



tan intensos que hacían volar las ropas por encima de las cinturas y culminaba con los danzarines arrojándose al piso y rodando sin tregua, derribando a otras parejas hasta formar una montaña humana propiciadora de caricias salaces y tocamientos obscenos. Una de las muchachas se indignó cuando un peón echó mano a su corpiño y liberó sus pechos, pero la carcajada general acalló sus protestas: al sobarla, el peón había dejado al descubierto el verdadero motivo de la indignación de la mujer, que no era otro que llevar el corpiño relleno de estopa para suplir los volúmenes que la naturaleza le regateaba.

Hans no se detuvo en la contemplación de los bailarines. Su pensamiento se anclaba en la figura esbelta de la posadera, que sin desmayo acarrea jarras de cerveza para mantener contenta a la concurrencia. En un momento determinado, el carpintero se volvió hacia la barra y su mirada se cruzó con la de maese Leopold. Los ojos del tabernero relucían con una mezcla de avidez por el negocio y reluctancia ante un espectáculo que sin duda le desagradaba. Cuando el hombre descubrió la mirada del flautista, su ceño se tornó borrascoso. Sin hacer caso del amargado gordinflón, Hans siguió tocando.

Era ya tarde cuando la concurrencia comenzó a bailar una danza en corro. Nada más comenzar la trova se formó un corro de bailarines. La posadera recogía unas jarras volcadas cuando se vio rodeada por los danzantes. Se tomó la cosa a chiste y comenzó a bailar en medio del círculo con desenvoltura. Hans no se lo pensó más. Todo el alcohol que bullía en su cabeza se concentraba en el deseo que sentía por la tabernera. Dejó la flauta y se coló en medio del corro. Hizo una reverencia a la muchacha, la entrelazó con sus manos y se lanzó a bailar.

Los ojos de la moza chispeaban mientras ambos se movían con soltura jaleados por los parroquianos. Hans posó sus palmas sobre las caderas de su pareja y creyó que le iban a arder, tal era la voluptuosidad de las formas que percibía.

—¡Creí que nunca os ibais a decidir! —le gritó la mujer en medio de la barahúnda con una sonrisa que barrió los últimos titubeos del carpintero.

Estaba lanzado:

—¡Ansío comprobar si es cierto lo que dicen de que toda mujer ama como baila!

Como para encender todavía más los ánimos del joven, Mathilde pegó sus caderas a las de Hans con un lujurioso movimiento y le susurró al oído:

—Mi marido es muy celoso y no cesa de vigilar, pero si queréis comprobar eso que decís esperadme luego junto al granero. Trataré de librarme de él.

No había terminado de hablar cuando un vozarrón furibundo resonó por encima de la música.

—¡Basta ya! ¡Se acabó por hoy! ¡Se acabó, he dicho!

Maese Leopold penetró en el corro de danzantes y agarró a su mujer por una muñeca. De un tirón, la arrancó de los brazos de Hans y se la llevó a empellones hasta la barra.

—¿Es que no me habéis oído? ¡Fuera he dicho! ¡Fuera, o llamo a la guardia! ¡Se

acabó el baile por hoy!

Durante lo que le pareció una eternidad, Hans acechó en las sombras el menor indicio de la muchacha. Vio cómo los últimos clientes salían de la taberna y se dirigían tambaleándose hacia sus casas. Después, todo quedó en silencio y el carpintero aguardó corroído por la impaciencia. Mucho tiempo más tarde vio salir al tabernero y orinar a la vera del camino antes de volver a meterse en la casa. Al fin, sabiéndose solo, comenzó a pasear arriba y abajo por delante del granero. Poco a poco, el relente de la noche fue despejando las tinieblas que velaban su entendimiento y comenzó a pensar que estaba haciendo el imbécil, pero cada vez que decidía irse a dormir la imagen seductora de la muchacha se le venía a las mientes y resolvía aguardar un instante más.

Estaba a punto de abandonar cuando escuchó un rechino procedente de la posada. Aguzó la vista y no tardó en distinguir a la muchacha, que le hacía señas para que se acercara. El corazón del carpintero comenzó a palpitar de forma alocada.

Indicándole que no hiciera ruido, la joven lo agarró de la mano y se adentró en la oscuridad de la taberna. Se había soltado el pelo y vestía una camisola de dormir adornada con encajes que apenas velaba la rotundidad de sus formas. También debía de haberse perfumado, pues Hans percibió un aroma a esencia de flores. Llegaron a una especie de almacén en la trasera de la taberna repleto de fardos y toneles. En uno de los rincones había un jergón de paja.

—Aquí solían dormir los mozos que ayudaban a mi marido —se volvió la muchacha y pegó su cuerpo al de Hans para susurrarle en el oído—. Ahora ya no tiene ninguno, pues teme por mi honra..., y no le falta razón —sonrió, traviesa.

El carpintero palpó las formas de la mujer, desnuda salvo la liviana camisola, y sintió que se le enardecía el deseo.

—¿Tan celoso se muestra?

—¡No os lo podéis ni imaginar! ¡Vaya! ¿Qué es lo que descubro aquí? ¿Qué maravillosa viga palpan mis dedos? —Mathilde hurgaba ya bajo las ropas del hombre con manos juguetonas.

Hans se dejó caer sobre el camastro, que crujió peligrosamente, y se abandonó al goce. Pero la urgencia era tal que sus manos se alocaban sobre las ropas de la hembra y buscaban descubrir los celados encantos.

—Aguarda, aguarda —susurró ella.

Se quitó la camisa y quedó desnuda. Sus pechos se mostraron llenos a la luz de la luna que se filtraba por entre las maderas del almacén, densos, coronados por una ancha aureola. El cuerpo entero le latía con la urgencia del deseo. Mas, de improviso, se quedó paralizado por el asombro:

—¿Qué es esto? —el tacto frío del hierro llenó las yemas de Hans. Perplejo, palpó el sexo femenino y comprobó que una *rejilla veneciana* le impedía el acceso al objeto de sus anhelos. La risa queda de la moza lo desconcertó:

—Mi prudente marido me lo regaló en nuestra noche de bodas. Lo llama «el mejor protector de la virtud de las mujeres castas» y duerme tan tranquilo en la confianza de que, mientras el candado permanezca cerrado, nadie accederá al portón de su mujercita. Lo que no sabe él es que de nada vale *asegurar a la bergamasca* si una posee el ingenio ardiente.

Hans no salía de su asombro.

—El mismo herrero que le vendió a él el cinturón de castidad me vendió a mí, por un precio mucho más placentero, una llave maestra para trasponer el umbral. ¡Y a fe que funciona! —Abrió una cajita que colgaba de una tira de cuero de su cuello y extrajo una pequeña llave. Al poco, el sonido del hierro al chocar contra el suelo le indicó a Hans que ya nada impedía su acometida.

Se abismó en las caricias del cuerpo rotundo, amasó las nalgas y los pechos, anegado por el placer tanto tiempo contenido. La moza sabía moverse y su boca resultó un volcán de deleites impensados... cuando conseguía que dejara de hablar. Parloteaba sin cesar, sobre cualquier cosa, mencionando a gentes que el carpintero ni siquiera conocía y lanzando estúpidas risitas mientras comentaba los ardores de tal o cual enamorado sin fortuna o se mofaba de la escasa pericia de este o aquel amante. Al fin, mareado por tan desenfrenado palique, le espetó:

—¿Quieres concentrarte, por Dios?

A partir de ese instante se olvidó de sus miramientos y se dejó llevar por el deseo de hembra hasta que, exhausto, se venció sobre el camastro y se dejó arrullar por la verbosidad de la hembra.

—¡Zorra! ¡Maldita zorra fornicadora, ramera romana!

Una tromba se les vino encima en forma de posadero encelado. Hans despertó de su modorra al escuchar los gritos y apenas atinó a levantar la cabeza cuando descubrió a maese Leopold. El viejo entraba hecho una furia en el almacén, vestido con una camisa hasta los tobillos y con una tranca entre sus manos. Hans saltó del catre, se enredó los pies en la camisola de la muchacha que yacía abandonada y cayó al suelo de costado, justo encima del cinturón de castidad. El hierro se le incrustó en la cadera. Lanzó una maldición.

Una y mil blasfemias soltaba el viejo posadero. Cegado por la rabia, con la calva cabezota más purpúrea que el manto de un cardenal, maese Leopold acometió a su mujer y comenzó a descargar una tormenta de golpes sobre Mathilde, que solo tuvo tiempo para encogerse sobre sí misma y gritar pidiendo auxilio. Hans intentaba levantarse, buscar sus ropas desperdigadas por el suelo y frenar el torrente de palos, todo al mismo tiempo.

—¡Meretriz de Babilonia, golfa, buscona! ¿Así conservas el honor de tu marido? ¡Excremento de rata, así te parta un rayo y caigas en el azufre como Sodoma y Gomorra! —al ver que Hans trataba de levantarse, el viejo le espetó un trancazo de refilón—: ¡Y tú, larva fúnebre, mastín sifilítico! ¡Fuera de mi cantera, diablo! ¿Vienes

aquí a denunciar mi cerveza y a orinar en mi tonel? ¡Que jamás puedas mear sin arder! ¡Que jamás entres en calor si no es a palos! —sus denuestos se mezclaban con los chillidos de la mujer, que se protegía la cabeza con sus brazos.

—¡Dejadla en paz, por Dios! ¿Estáis loco? ¿Queréis matarla?

Al fin consiguió Hans vestirse y ponerse en pie. Le sacaba cabeza y media al viejo cornudo, pero este se volvió y descargó un tremendo golpe sobre su costado. Hans se retorció sin respiración y se lanzó sobre el viejo en un intento de detenerlo.

—¡Maldito seáis, viejo! —propinó un puñetazo a maese Leopold, que salió despedido hacia atrás, giró sobre sí mismo y cayó cual fardo de lana al suelo.

Se oyó un topetazo y un crujido y el tabernero quedó inmóvil, tendido de bruces sobre el piso. Se había golpeado la cabeza contra un cajón de madera.

—¡Que me lleven todos los diablos!

Mathilde seguía acurrucada sobre el jergón, chillando. A esas alturas la posada entera debía de estar en pie, alarmada por sus alaridos. Hans la zarandó, le rogó que se callara de una vez, pero la muchacha estaba fuera de sí y no respondía. Hans volteó el cuerpo del viejo. Tenía los ojos cerrados y una brecha en un lado de la cabeza de la que manaba un hilillo de sangre.

—¡Maldición!

Fuera de sí, salió del almacén y se dirigió corriendo al granero. Alboreaba ya. Algunas cabezas asomaban al exterior de las ventanas para ver qué sucedía. Despertó a Cornelius y le explicó con voz entrecortada lo sucedido. El Rey Mendigo frunció el ceño, zarandó a Margarita y le ordenó que preparase todo para partir sin demora.

—Ayúdala, Hans. Despierta al padre y ve a buscar la mula. ¡Rápido, diablos, muévete!

Bocanegra salió del granero. Cuando regresó, al cabo de pocos minutos, la Coja ya tenía todo dispuesto en el exterior. Baltasar estaba también en pie, contemplando con semblante hosco a un avergonzado Hans que terminaba de colocar las albardas y los arreos sobre la mula. Algunas personas les observaban en silencio desde las ventanas. Cornelius se acercó al grupo.

—Vámonos. No hay un instante que perder.

Hans le preguntó por el posadero.

—Tendrá un buen dolor de cabeza durante varios días, pero saldrá de esta. Y nada más volver en sí nos echará a la guardia encima. Así que lo mejor que podemos hacer es olvidarnos de Halle y salir pitando de aquí. Con esa cabellera tuya, nos reconocería hasta un ciego, si nos quedamos.

Durante todo el día avanzaron a paso vivo y en silencio, rehuendo los caminos principales y dando un rodeo para evitar la ciudad. Hans tenía un tremendo dolor de cabeza y el costado le ardía cada vez que trataba de respirar, pero ante el ceño de sus compañeros decidió que lo mejor sería permanecer en silencio y aguantar el dolor. Cornelius dirigía al grupo con decisión. Cada vez que oían acercarse hombres a

caballo se internaban en la espesura y se ocultaban hasta que desaparecían de la vista. Con frecuencia, los viajeros no eran sino mercaderes o campesinos que acudían con sus carros a la ciudad, pero en tres ocasiones vieron pasar hombres de armas.

—Esos no pueden buscarnos a nosotros —comentó Cornelius dirigiéndose a Baltasar. El enano no le dirigía la palabra a Hans desde esa mañana—. Van en dirección a Halle, no al revés. Parece que por toda la zona hay movimiento de soldados.

—El arzobispo se apresta para atacar a Thomas Müntzer —respondió Baltasar.

—Pues no me gusta en absoluto. ¿Seguís con la idea de ir a Mühlhausen, padre? Mucho me temo que será como meterse en la boca del lobo.

Baltasar asintió, pero su respuesta fue firme:

—Es allí donde más se nos necesita. De todas formas, tampoco aquí estamos seguros, gracias a la insensatez de alguien que se cree todo un hombre.

Aunque se puso colorado hasta el punto de que su tez se confundió con su pelambreira, Hans no respondió y continuó caminando como si nada.

No se detuvieron siquiera para comer, pero cuando comenzó a caer la noche no habían conseguido avanzar demasiado. Los rodeos y la necesidad de abandonar los senderos para evitar ser reconocidos les hicieron perder sus buenas horas, de suerte que apenas debían de haberse alejado una o dos leguas de Halle. Se veía muy poco ya cuando Cornelius decidió detenerse:

—Este sitio estará bien. Está alejado del camino y bastante protegido.

Hans se dejó caer como un fardo, pero nada más hacerlo se arrepintió de ello: un ramalazo de dolor le nubló la vista por unos instantes.

—¿Qué te pasa?

Bocanegra fijaba su mirada en él. Era la primera vez en toda la jornada que se molestaba en dirigirle la palabra.

—Nada —balbuceó Hans, incapaz de responder por el dolor.

De súbito, toda la atención que sus compañeros le habían escamoteado durante el día se la otorgaron a la vez. Hans se maldijo por lo bajo: no quería darles más motivos para que se enojaran con él. Baltasar se acercó con el ceño fruncido:

—Déjame ver...

—No es nada... —consiguió mascullar. Mas, al punto, al sentir la mano del padre posarse sobre su costado, creyó que le arrancaban los dientes de un tirón.

El fraile hizo caso omiso de sus jadeos. Palpó el torso de Hans y le pidió que se tumbase para explorarle mejor.

—Tiene dos costillas rotas, me temo —dictaminó al fin—. Es un milagro que haya resistido todo el día sin quejarse.

Una sarta de improperios salió de la boca del Rey Mendigo.

Por la mañana, la fiebre empapaba la frente de Hans y le provocaba espasmos de dolor. Baltasar Sachs no se separó de él un instante. En su rostro, el enfado había sido

sustituido por la preocupación. Le administró infusiones de árnica, que ayuda a criar sangre y es muy buena contra las grandes calenturas, y de valeriana, para luchar contra los espasmos de la fiebre. Cornelius y Margarita se encargaron de preparar el almuerzo y de acondicionar el campamento para permanecer en él varios días, pues resultaba evidente que con Hans en esas condiciones no podrían moverse de allí. Al menos, el lugar que Bocanegra había elegido la noche anterior quedaba oculto en la floresta, no lejos de un manantial que serviría para abastecerles de agua.

—Prepararé trampas para conejos —decidió Cornelius, preocupado por el alimento.

Durante varios días descansaron en el claro, intranquilos por la evolución de su compañero y atentos al menor ruido que pudiera indicarles que alguien se aproximaba. En una ocasión, el Rey Mendigo se topó con un furtivo que, como él, andaba de caza por lo que debía de ser el coto de algún noble, quizá del mismísimo arzobispo de Halle. Ambos hombres se miraron con desconfianza, pero siguieron su camino sin molestarse. Otro día fue una partida de bandoleros, que obligó a Baltasar y Margarita a recoger precipitadamente el campamento y a cubrir las rocas contra las que yacía Hans con gruesas ramas. La banda no llegó a cruzar el claro, pero los corazones del fraile y de la mujer no cesaron de latir acelerados hasta mucho tiempo después. Por las noches escuchaban el aullido de los lobos y durante el día el batir de los arbustos les avisaba de la presencia de jabalíes. Incluso, llegaron a avistar en la distancia a una gigantesca osa que jugueteaba con sus tres oseznos.

Margarita la Coja no se separaba de Hans. Como si de su misma madre se tratara, la mujer cuidaba de que estuviera cómodo, le administraba las infusiones y alimentaba al doliente con una paciencia y una dedicación dignas de encomio. Con frecuencia, cuando se quedaba distraída sentada a la vera de Hans, tarareaba alguna de las melodías que en noches anteriores cantaban ella y el carpintero en torno al fuego. Hans, a medias consciente, sonreía agradecido.

—Hoy he visto una gran tropa de hombres de armas —comentó Cornelius Bocanegra una noche.

—¿Crees que se dirigen hacia Mühlhausen?

—Es lo más seguro.

Baltasar y el Rey Mendigo mataban la espera charlando. Solían conversar sobre pasajes de la Biblia, sobre cómo había de ser ese estado de naturaleza del que cada vez hablaba más el antiguo fraile o sobre las diferencias entre las doctrinas que católicos y luteranos predicaban. Así analizaban la doctrina de la psicopaniquia, el sueño del alma, según la cual el ánima entra en letargo al morir y no despierta hasta el Juicio Final, o discutían sobre la transustanciación que defendía la Iglesia de Roma.

—¿Cómo puede ser que el Creador acepte convertirse en excremento en las entrañas de los hombres? —rechazaba el Rey Mendigo meneando su gruesa cabezota.

Cornelius escuchaba fascinado y, con frecuencia, sus comentarios denotaban una

aguda capacidad de observación.

—Los dictados de papas, príncipes y magistrados no pueden determinar la verdadera religión. La verdadera religión nace en el corazón del hombre y se alimenta con la lectura de la Palabra. El espíritu interior es la única luz y guía.

A medida que transcurrían las jornadas y se iba recuperando, Hans no dejó de percibir la inquietud de Baltasar. El fraile se sentía atrapado en aquella floresta, inmovilizado por las circunstancias cuando el mundo entero, más allá del bosque, parecía encaminarse hacia un momento decisivo. Y aunque jamás manifestaba su impaciencia cuando estaba con él, esta surgía en las conversaciones con Cornelius de forma más o menos velada. Para Baltasar, Thomas Müntzer se convertía, en la distancia, en la respuesta del Cristo a los abusos de los poderosos. En lo más íntimo de su corazón se dolía de las circunstancias que le impedían asistir a tan magnífico alumbramiento.

Diez días transcurrieron, uno tras otro, diez interminables jornadas de tedio, lloviznas y resol, antes de que Baltasar decidiera que Hans ya estaba en condiciones de viajar. Partieron de buena mañana en dirección a Querfurt, a través de senderos poco transitados. Mientras avanzaba llevando de las riendas a la mula castaña por los olvidados senderos, Hans no dejaba de decirse que habría sido mejor quedarse en Wittenberg. Había querido acompañar al padre, sobre todo, por protegerlo. Y no solo no podía defenderse a sí mismo de un viejo celoso, sino que demoraba la marcha con sus quejas. ¡Valiente mentecato estaba hecho!

Durante dos jornadas avanzaron con rapidez. Dejaron atrás Querfurt y se encaminaron hacia la villa de Artern, desde donde planeaban dirigirse nuevamente hacia el suroeste para alcanzar Mühlhausen, pero, bastante antes de llegar, fueron conscientes de que algo no marchaba bien.

Primero fueron las alquerías abandonadas. Descubrieron una nada más pasar Querfurt, una endeble construcción de adobe y bálago protegida por la sombra del bosque. Al principio supusieron que sus ocupantes la habrían abandonado por una morada mejor, aunque les sorprendió descubrir un alpendre con herramientas. ¿Qué campesino dejaría atrás sus aperos de labranza? Después fueron aldeas desiertas, abandonadas, fantasmas en medio de la campiña, esqueletos de la vida que un día albergaron. Como si sus moradores, hartos de luchar contra la ingrata naturaleza, hubieran decidido devolver al bosque lo que siempre le había pertenecido. También en esas aldeas encontraron herramientas y cien señales que indicaban lo reciente del abandono: ropas viejas colgadas en los secaderos, trozos de pan de borona mohoso, vasijas rotas y tristes juguetes infantiles. Mas ni un solo animal en las cuadras.

—Da la impresión de que han huido llevándose cuanto podían cargar consigo —sugirió Baltasar mientras atravesaban una población.

—Quizá —el Rey Mendigo escudriñaba las viviendas—, pero a mí me da la impresión de que se han largado por propia voluntad.

Una viejecita comida por la lepra que encontraron en uno de los pueblos les confirmó sus sospechas:

—Les entró la fiebre de Dios y marcharon todos a Mühlhausen, a luchar por el profeta. A mí me dijeron que me uniera a los ejércitos de los señores, a ver si les contagiaba a ellos mi mal. Pero yo me quedé aquí porque así todo el pueblo me pertenece. ¡Fijaos! —exclamó, lanzando una carcajada desabrida que los dejó estupefactos—. ¡Se burlaban de Gertrude, la vieja chocha! ¡Yo vivía en una zahúrdaapestosa y ahora me alojo en la vivienda más grande de la aldea! ¡Ja! ¡Que corran detrás de sus profetas mientras yo me solazo en sus lechos!

—No es bueno, no es nada bueno... —gemía Margarita la Coja con los ojos desorbitados.

—Se han llevado los animales para alimentar al ejército campesino.

Baltasar asentía, pensativo:

—Que el Buen Dios les guíe. Y que tenga piedad de esa anciana. —Y se ponía a rezar en compañía de Cornelius y su mujer.

Hans callaba. La aprensión le impedía reaccionar.

Se aproximaban a la villa de Artem, cuando todo cambió. De improviso, una madrugada, la noche se llenó de susurros, de voces destempladas y chirridos de carros y la sombra del desastre se cernió sobre ellos. Habían montado el campamento en un prado a orillas del río Unstrut, un afluente del caudaloso Saale que bañaba la ciudad de Halle. Al atardecer persistía el mismo silencio opresivo de los últimos días, la misma quietud que sofocaba las risas y volvía mortecinas las palabras. Baltasar y Cornelius se dedicaron a conversar en voz baja durante un buen rato. Se les veía inquietos, a un tiempo impacientes y temerosos, turbados por sus presentimientos y ansiosos por alcanzar al ejército de los labradores. Al fin, ya entrada la noche, cayeron rendidos en un sueño intranquilo.

No había amanecido cuando se rasgó el silencio y un clamor de voces les golpeó con la fuerza de lo inesperado, un rumor de pasos, un fragor de chirridos. Se despertaron de un salto y lo que vieron les heló la vida en las venas y llenó sus bocas de preces: la campiña resplandecía en la fosca con la furia de mil fuegos; un estruendo de crepitares y chasquidos, de lamentos y retumbos llenaba la comarca entera. Las llamas brotaban por doquier, alzaban sus quejidos al cielo y en verdad, en la distancia, se diría un firmamento invertido, cual si las estrellas se hubieran abatido sobre la tierra. Un olor dulzón de carne mal quemada corría con el viento, hurgaba en las narices y estremecía los estómagos.

Por el camino huía una masa despavorida: niños, mujeres, ancianos, varones de miradas desencajadas que cargaban a lomos sus escasas pertenencias y avanzaban en la noche, espíritus errantes y desorientados.

—¡Huid! ¡Corred, hermanos! —les gritaron—. ¡Se acercan, se acercan!

—¡Queman todo a su paso sin compasión!



—¡Son demonios sedientos de sangre!

Cornelius y Baltasar no salían de su asombro.

—¡Malditos sean todos los profetas celestiales! —escupió un joven ensangrentado al pasar por donde se encontraban—. ¡Malditos sean ellos y todos los *reichsritter* del infierno!

Poco a poco, uniendo los retazos de información de unos y otros, consiguieron hacerse una idea de lo acontecido. La magnitud del desastre les dejó con la piel helada y las pupilas desorbitadas. Sucedió que, tras la muerte del elector de Sajonia, Federico el Sabio, el nuevo elector Juan y muchos otros príncipes acudieron al landgrave Felipe de Hesse, hombre de terrible fama que acababa de sofocar un levantamiento en sus territorios, para que se pusiera al frente de una gran fuerza de castigo. El landgrave no lo dudó: marchó hacia Turingia al frente de sus caballeros, hacia la ciudad de Mühlhausen donde, según le decían, se hallaba el centro de la sublevación. Los campesinos solicitaron de Thomas Müntzer que tomara su lugar entre ellos y les dirigiera en la batalla que se avecinaba.

El profeta llegó al campamento de los campesinos, situado en la vecina ciudad de Frankenhäusen, el día once de mayo, apenas cuatro jornadas atrás. Inmediatamente se hizo cargo de la situación. Ordenó a los labriegos de los alrededores que se le unieran de grado o por la fuerza, envió mensajeros a las ciudades libres solicitando ayuda urgente y amenazó a los príncipes. Al conde Ernesto de Mansfeld, cuyo castillo se alzaba no lejos de la ciudad, le envió una carta en verdad atrevida:

«Dime, malvado, saco de gusanos, ¿quién te ha hecho príncipe sobre el pueblo que Dios ha adquirido con su preciosa sangre? Si no te humillas ante los humildes, quedarás manchado de la peor infamia ante los ojos de toda la cristiandad y serás mártir del demonio».

Comentaban que el conde rompió en carcajadas al leer la misiva. Por toda respuesta rasgó en pedazos la carta y prometió hacer lo mismo con el profeta. Y, ciertamente, cumplió su palabra.

La mañana del día anterior, 15 de mayo, las fuerzas de los príncipes y caballeros se hicieron fuertes sobre una colina desde la que se dominaba al ejército campesino. Las tropas de Felipe de Hesse eran numéricamente inferiores, pero tenían de su parte su experiencia militar, un buen número de piezas de artillería y unos dos mil jinetes. Los labradores, por su parte, contaban con la ayuda de Dios, unas cuantas culebrinas y ni un solo jinete. El landgrave Hesse mostró un gran desprecio por sus enemigos, pero decidió evitar la matanza.

Un emisario partió mediada la mañana del campamento de la colina. Llevaba consigo una oferta: los *reichsritter* y demás nobles prometían perdonar las vidas de los campesinos si entregaban a Müntzer y a los cabecillas de la Liga de los Elegidos.

El desconcierto cundió entre las filas de los labradores. Muchos, atemorizados por la estampa de los caballeros que aguardaban en la colina en posición de combate, recomendaron que se firmara el pacto. Voces acres se alzaron aquí y acullá por la

llanura y ya se decidían los líderes campesinos a aceptar la propuesta cuando el profeta se subió a unas peñas y se dirigió a las huestes.

Un joven demacrado, con el brazo en cabestrillo y huellas de sangre por todo su cuerpo les contó que Thomas Müntzer había hablado como jamás ningún ser humano lo hiciera, tal fue su facundia y su ardor. De su boca manaron imágenes tan bellas que embelecaban a las gentes y arrancaban lágrimas de los rostros más curtidos. Vieron desfilar ante sus ojos, como si ya lo tuvieran delante, el mundo de justicia e igualdad que el mismísimo Padre había prometido al profeta que ese día nacería. Pues Müntzer afirmó que Dios se había dirigido a él certificándole la victoria, asegurando que Él mismo cogería las balas de cañón de los enemigos en las mangas de su capote divino y que el cielo y la tierra se desmoronarían antes de permitir que su pueblo pereciera.

—En ese instante —concluyó el joven con amarga voz—, un arco iris iluminó los cielos. Todos contemplamos el prodigio y después nuestros rostros se volvieron hacia el profeta. Tras él ondeaba su estandarte. Y en el estandarte de Thomas Müntzer refulgía, bordado en seda y oro, un arco iris de bellísimos colores. ¿Qué podíamos pensar, sino que el mismo Dios Padre nos enviaba una señal de su favor?

La mirada del joven campesino se perdió en el recuerdo de aquel instante. La luz de la amanecida iluminaba sus facciones, en las que se dibujaba el estupor, el agotamiento y la amargura más absolutas.

—Comenzamos todos a cantar «Ven, Espíritu Santo» con tal fervor que muchos creímos que la Segunda Venida del Salvador se iba a producir en ese preciso instante. Mas lo que aconteció fue algo harto distinto.

Los príncipes, hartos de aguardar por una respuesta, dispararon la primera y última salva de artillería. Fue suficiente: los campesinos rompieron filas presas del pánico y la caballería se lanzó a una desenfrenada matanza. Silbaron los sables segando cabezas como melones maduros, atravesaron las espadas pechos y brazos, sajaron piernas, hendieron cráneos sin respetar sexo ni estado, sin apenas más oposición que la necesidad de sortear los miles de cadáveres.

Por doquier las gentes huían y por doquier morían. Las mesnadas de los príncipes, borrachas de crueldad, sedientas de sangre campesina, se lanzaron a una carrera de muertes, saqueos y violaciones que parecía no tener fin. Durante días toda la región fue recorrida por bandas de soldados, jinetes apocalípticos que rodeaban villas enteras y obligaban a sus habitantes a agruparse en las plazas. Seleccionaban a las más tiernas hembras, niñas, novias, recién casadas y allí, ante la mirada impotente de padres y novios, de hermanos y vecinos, las violaban una y otra vez hasta que ya sus cuerpos sólo eran masas de carne ensangrentada. Luego echaban los restos aún palpitantes a los perros y obligaban a las gentes a entrar en las casas. Una vez los tenían dentro, entre grandes carcajadas y apuestas sobre quién conseguiría más piezas, prendían fuego a las viviendas y se apostaban en el exterior, espada en mano, para ir troceando las teas humanas que conseguían escapar.

—¿Dónde se oculta vuestro Dios? —gritaban.

—¡Que baje a la tierra, que le tenemos preparada una buena pira!

—¿Pero no os iba a defender? ¿No detendría nuestras balas?

Un hedor de muerte impregnaba el aire y sofocaba la respiración. El humo denso, negro, cargado de pavesas y rescoldos se metía en los pulmones y provocaba toses y lagrimas de hiel. Los campos y prados, los bosques y los caminos aparecían cubiertos de una espesa capa de cenizas, cual si una melancólica y tardía nevada gris se hubiera abatido sobre el mundo entero.

Muchos huían hacia las montañas, pero eran pocos los que conseguían llegar, pues huestes de soldados acechaban en caminos y vaguadas. Los que las alcanzaban todavía debían enfrentarse a las tropas del conde de Mansfeld, amo y señor de la zona, cuyos soldados tenían orden de capturar a cuantos pudieran para convertirlos en esclavos de sus minas de cobre.

Los campos estaban arrasados y los que conseguían escapar de los soldados vagaban hambrientos, sin saber qué hacer. Decenas de miles de cadáveres yacían abandonados en zanjas y plazas, en caminos, regatos y prados, despreciados hasta por los ahítos perros vagabundos.

—¡Han capturado al profeta! ¡Han capturado a Müntzer!

Lo encontraron escondido en un sótano de Frankenhause, hecho un ovillo tembloroso, apestando a heces y terror. Fue conducido ante Ernesto de Mansfeld y el conde cumplió su palabra: lo torturaron y lo decapitaron en el campo de los príncipes. Las gentes escupían al oír su nombre y se quejaban amargamente de su credulidad.

Entonces, cual bíblica plaga, miles de ratas florecieron.

## 4

Anonadados, descuartizadas sus esperanzas por el dantesco espectáculo, Baltasar Sachs y Cornelius Bocanegra se sumieron en un pozo de desesperación. Para el antiguo monje la masacre fue un absurdo de inconcebibles dimensiones, una negación tan salvaje de sus anhelos que solo el recurso de la fe conseguía mantener en su cuerpo un hilo de cordura. Se encerró en un mutismo reconcentrado durante días enteros y era tal la desolación de su rostro que se diría el mismísimo Jesucristo en la cruz clamando al Padre su incomprensión. Su cabeza no acertaba a comprender tanta crueldad y se agitaba absorta en un diálogo sin respuesta con el Señor. Trataba de encontrar una respuesta. Su espíritu profundamente religioso, su acendrada fe,

todas las fibras de su ser se rebelaban ante la locura desatada y buscaban denodadamente una luz entre tanto dolor. ¿En qué habían fallado al Todopoderoso? ¿Acaso no era bueno desear un mundo mejor, una sociedad en la que el mensaje evangélico fuera algo más que letra olvidada? ¿Por qué entonces el Creador castigaba a sus hijos y los abandonaba en el momento crucial? Baltasar Sachs oraba sin descanso, pues al menos las preces tenían la virtud de adormecer el grito que pugnaba por estallar en su pecho.

Mas, si el antiguo monje se abismó en sus oraciones, la desesperación de Cornelius Bocanegra tomó un cariz mucho más violento y destructor. El padre Baltasar, allá en Wittenberg, había sabido tocar las fibras sensibles de su corazón y, al hacerlo, inundó el pecho del tullido con un chorro de ilusión. El padre Baltasar, al fijarse en él, al acudir a su casa y señalarle como uno de los hijos amados de Dios, provocó el desbordamiento del torrente que se represaba en el cuerpo del enano. Por primera vez en su vida alguien le elegía y confiaba en él, alguien que no torcía el gesto ni le temía. Baltasar le había dado la esperanza y Cornelius, harto de odios y de miserias, harto de ser despreciado y temido, de dormir con una daga bajo la almohada y un esbirro en la puerta, le creyó. Creyó en él y en el Dios que le mostraba, el Dios de los miserables, de los deformes, de los desesperados.

Mas de improviso el castillo de naipes se había derrumbado. Si la masacre de los campesinos fue un absurdo para el padre, para Bocanegra se convirtió en el brusco despertar de una quimera. La fiera renació y, con ella, el odio contra la humanidad que siempre le había despreciado. Ante la magnitud de la tragedia, el Rey Mendigo resurgió de sus cenizas y trató de remendar la vieja coraza que tanto le había costado vestir. Dejó de ver en Baltasar al redentor de sus miserias. Y su mirada se tornó metálica, repleta de púas. Se encastillaron en ella los reproches y la desilusión.

Solo Hans y Margarita consiguieron mantener algo de cordura entre tanta calamidad. Era necesario proteger la comida que aún conservaban, abrirse paso entre los cientos de campesinos que erraban hambrientos y las mesnadas de los señores, escapar. Daba igual hacia dónde dirigirse, toda vez que ya nada les ataba a ningún lugar. Pero urgía alejarse de aquella tierra quemada y de la peste que a no tardar habría de florecer. Hans comprendió enseguida que no contaba más que con la ayuda de Margarita.

De forma natural, se hizo cargo del grupo. Al principio consultaba con Baltasar y con Cornelius, pero los dos se limitaban a encogerse de hombros, indiferentes a lo que pudiera pasarles. El Rey Mendigo dirigía al padre miradas cargadas de rencor, pero descargaba su ira contra los grupos de labriegos que encontraban por el camino: un desplante aquí, una sarta de improperios allá. Baltasar ni siquiera respondía. Hans entonces se volvía hacia Margarita, pero la mujer le respondía que lo que él resolviera estaría bien. Así pues, comenzó a tomar por su cuenta las decisiones, preocupado tan solo por alejarse con vida de aquel infierno. La Coja se centraba en cuidar de la extraña pareja: velaba por ellos como una vieja ama de cría que sigue cuidando a sus

niños, aun después de que se hagan adultos. Les ayudaba a caminar cuando las jornadas se alargaban en exceso y flaqueaban las fuerzas, les preparaba los lechos y les arropaba con las pieles. Ellos se dejaban hacer, anonadados, ajenos a todo y a todos. De cuando en cuando, las miradas agrias de Bocanegra se convertían en ácidas recriminaciones que Baltasar aceptaba en silencio.

—¿Dónde está ese maldito Dios? —vomitaba el Rey Mendigo—. ¿Dónde se esconde? ¿Tiene miedo del landgrave de Hesse o quizá está avergonzado?

El fraile callaba.

—¡Solo los ricos pueden permitirse el capricho de creer en Dios! ¡Maldito el día en que os conocí, fraile del demonio, tejedor de sueños! ¿Qué queda de ese mundo perfecto que os ha podrido la mente?

Baltasar miraba sin mirar y callaba. Margarita silenciaba a su hombre con un gesto. Curiosamente, el enano solía hacerle caso y callar.

Avanzaron así, cuatro islas azotadas por la tormenta, durante largas, interminables jornadas. Se dirigían hacia el sudoeste, si bien los desvíos y los frecuentes rodeos trazaban una errática estela tras sus pies. Al principio se unieron a grupos numerosos de campesinos, pero Hans pronto comprendió que tales grupos, lejos de ofrecer protección, se convertían en blancos perfectos para los soldados. En una ocasión en que media docena de caballeros rodearon el campamento y cargaron, espadas en mano, contra los agotados aldeanos, el carpintero consiguió guiar a sus compañeros a través de una brecha en las filas de los jinetes. Desde ese día viajaron solos y rehuyeron a cualquiera que se les acercara. Así, al menos no se veían obligados a defender las escasas provisiones que les restaban.

Poco a poco, fueron alejándose de la región. Viajaban ya por una comarca relativamente tranquila por la que solo esporádicamente divisaban algunas tropas o pequeños grupos de campesinos que vagaban por los bosques. Comenzaron a sentirse más seguros y a salir a campo abierto, azuzados por la necesidad de conseguir algo de alimento. Una mañana se disponían a cruzar un camino principal cuando oyeron acercarse un grupo a caballo.

Los jinetes venían al paso, charlando con fuertes voces, seguros de su fuerza y de su invulnerabilidad. Eran cuatro nada más, cuatro individuos barbados y vestidos con ropas chillonas que se escapaban de sus cotas de malla. Iban armados con ballestas, espadas y dagas que colgaban de los talabartes. Uno de ellos llevaba también un arcabuz. Reñían entre sí, ajenos a cuanto les rodeaba, por algo que Hans al principio no consiguió entender. Su mirada se quedó prendida del hombre de armas que iba detrás: sostenía una soga de cáñamo de la que colgaba una ristra de campesinos.

Los prisioneros no podían presentar un aspecto más desastrado y miserable: rostros macilentos, sin fuerzas siquiera para fijar los ojos desorbitados en los accidentes del camino, vestidos con harapos que mostraban más de lo que conseguían ocultar y cubiertos por una costra de polvo, sangre reseca y sudor. Sus manos colgaban de la soga flácidas, derrotadas.

—¡Son órdenes directas del señor! —vociferaba el que parecía el jefe de la partida a un individuo tuerto que cruzaba su rostro con una franja de pintura roja que le otorgaba una apariencia animal— ¡No más muertes, ha dicho! Ahora ha decidido que hay que obligar a esos monos a regresar a sus granja.

Una carcajada abrupta le respondió:

—¡Tiene miedo de que no quede nadie para trabajar los campos! ¿De qué iba a vivir si le dejamos sin campesinos?

Hans aguardó a que pasara la tropa y después se volvió hacia Margarita:

—Volvemos al bosque. Trataremos de cazar algo.

La Coja asintió y ayudó a Baltasar a retroceder. A media tarde, sin embargo, continuaban hambrientos. No habían conseguido hacerse ni con un miserable conejo, cual si una plaga se hubiera llevado por delante hasta el último animal de la floresta. Avanzaron con desgana, sin fuerzas siquiera para detenerse, hasta que escucharon el rumor del agua de un regato cercano. De forma mecánica, Hans dirigió al grupo hacia allí. Al menos podrían refrescarse y saciar su sed.

Un prado de suave hierba flanqueaba el arroyo, que relucía bajo los rayos del sol vespertino. Hans se dejó caer contra un fresno. Pensaba en que de no encontrar pronto alimentos tendrían que sacrificar la mula. No le agradaba la idea, pero no se le ocurría otra solución. Suspiró, desalentado. Luego alzó la vista y contempló la ribera.

Se quedó paralizado por el estupor. Con el cansancio y la preocupación, ni se había dado cuenta, pero no le cupo ni la más mínima duda. Se hallaban muy cerca de la casa de sus padres. Una flecha de nostalgia le atravesó. De súbito olvidó hambre y cansancios y se acercó al arroyo en el que solía bañarse de niño. De algún modo, pensó mientras trataba de calmar el retumbo de su corazón, de forma impremeditada había estado guiando a sus compañeros hacia el único lugar que realmente conocía: su antigua casa, el hogar de sus padres. Ante la magnitud de los acontecimientos, ante el espectáculo de la muerte y el horror, su instinto había reaccionado dirigiendo sus pasos hacia el hogar.

—Tendremos que sacrificar la mula —Margarita le contempló con semblante inexpresivo. Había adelgazado y su rostro se había afilado.

—Todavía no —decidió Hans—. Intentaré cazar algo una vez más.

La Coja le escrutó con su impasible mirada:

—Ten cuidado —dijo.

Todavía brillaban los últimos rayos de sol cuando Hans localizó la casa. No sabía bien qué hacer. Los nuevos moradores no le conocían, pero no pudo resistirse a la tentación de ver una vez más el que fuera su hogar. Quizá se compadecieran de ellos y les dieran algo de comida.

Las fincas parecían abandonadas. A aquellas alturas de la estación, los campos deberían estar trabajados, las cosechas creciendo con fuerza. Pero en la tierra que rodeaba la vivienda solo crecían las malas hierbas. Experimentó un ramalazo de

aprensión. El aspecto de los predios era el mismo que el de todos los campos de la región, a pesar de que se hallaban a buena distancia de Frankenhäusen. No se percibía ningún ruido ni movimiento en la granja.

Con precaución, sin dejar de mirar a su alrededor para evitar ser sorprendido, atravesó un prado abandonado a la maleza y se acercó a la casa. Respiró hondo, con la espalda pegada a la pared y el oído atento al menor ruido. Nada. La alquería estaba desierta. Penetró en el interior. La vivienda había sido reconstruida tras el incendio. Disponía de dos estancias que daban la impresión de haber sido saqueadas: unos cuantos cacharros de barro rotos y tirados por el suelo, un arcón astillado, con la tapa abierta y unos lienzos arrugados en el interior y un jergón de paja.

Salió al exterior y se quedó de pie en el zaguán. Durante un instante, se dejó llevar por la melancolía. Luego decidió acercarse a la aldea por ver de encontrar a algún conocido que pudiera darles algo de comer. Se volvió en la creciente fosca hacia el bosque y echó a andar.

No había dado dos pasos cuando un objeto contundente surgió de la nada y se estrelló contra su frente con violencia. No pudo ver nada más.

—Le ha pasado algo.

Cornelius Bocanegra no se dio por enterado del comentario de Margarita. Era ya de amanecida y entre las ramas de los fresnos comenzaba a despuntar el sol. La mujer se había pasado la noche sin pegar ojo.

Cornelius se despojó de sus ropas y se zambulló en el río. Lo hacía en muy escasas ocasiones, pues procuraba hurtar la visión de su cuerpo contrahecho a los demás. Cuando salió del agua, el sol iluminaba ya la hierba de la ribera. Se tumbó en ella para secarse.

—Deberías hacer algo.

La Coja le observaba con el ceño fruncido en un gesto de recriminación. Cornelius le devolvió la mirada sin responder y luego volvió a tumbarse.

—Puede que lo hayan capturado los soldados.

Rezongando por lo bajo, el Rey Mendigo se irguió sobre la hierba. Le gruñía el estómago por el hambre. Había intentado pescar algo, pero hasta las truchas parecían escaparse de su anzuelo. Sabía que la mujer no se daría por vencida.

—Esperadme aquí —indicó, sin dejar de rezongar.

Cuando Hans despertó, tardó un buen rato en darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. La cabeza le dolía de una forma espantosa, todo su cuerpo estaba doblado y no cesaba de agitarse arriba y abajo. Un olor a polvo y sudor animal impregnaba su olfato, se introducía en sus fosas nasales y le producía un picante malestar. Su oído percibía voces destempladas, lamentos y un sonido áspero, que identificó como el que producido por muchos pies al arrastrarse.

Abrió los ojos con cuidado y vio que el suelo subía y bajaba en constante vaivén.

Lo habían atado a lomos de un asno a la manera de un fardo. Con cuidado, tratando de que nadie percibiera que estaba despierto, echó un vistazo a su alrededor.

Tras él avanzaba una hilera de prisioneros atados, similar a la que habían visto la mañana anterior. Otra ojeada le permitió comprobar que se trataba de los mismos soldados: allí estaba el tuerto con la pintura roja en el rostro y el que parecía el jefe de la partida abriendo el grupo. A su lado, un tercer hombre de armas que no reconoció. Debía de haber otro más, pero no consiguió divisarlo desde su posición. Comprendió lo sucedido al instante. Los hombres habrían acampado cerca de la casa o quizá alguno de ellos se acercó hasta la vivienda para comprobar si se ocultaba alguien en ella. Y ahora estaba prisionero.

Se acercaba el mediodía cuando el grupo se detuvo cerca de un riachuelo. Uno de los hombres de armas se acercó a la mula que cargaba con Hans y le agarró por el pelo, obligándole a alzar la cabeza. El carpintero emitió un gemido.

—Este ya está despierto.

Sin ceremonia alguna, empujó el cuerpo, que cayó al suelo como un fardo. Hans se revolvió hasta conseguir sentarse. El tuerto de la pintura esbozó una desagradable mueca.

—Parece fuerte —comentó, escrutándolo como a un potro en el mercado—. Podríamos vendérselo al conde de Mansfeld para las minas.

El jefe de la partida, un calvo de barba rubia y ojos saltones, que tenía el rostro marcado por profundos cráteres, se acercó.

—No creo que eso le agradara demasiado a nuestro amo.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, el tuerto sacó su espada y se la colocó al cuello al jefe:

—Yo no tengo amo —exclamó con furia contenida—. Me pagan por mi trabajo y punto. ¿Queda claro?

El otro tragó saliva. No movió un palmo de su cuerpo, pero tampoco desvió la mirada. Sus pupilas se afilaron hasta quedar reducidas al tamaño de una punta de clavo.

—Guarda la espada —su voz era un punzón de hielo que hizo temblar el aire.

Ambos hombres se estudiaron en silencio mientras todo el campamento estaba pendiente de ellos.

—Yo lo cacé —dijo al cabo el tuerto—. ¿Qué hay de malo en querer obtener un beneficio?

Pero bajó la espada y se alejó de allí.

—Llévalo con los demás —ordenó el jefe tras unos instantes—. Y atadlo bien.

Lo arrastraron sin miramientos y anudaron la soga que inmovilizaba sus manos a la trailla de los prisioneros, entre un joven de mirada perdida y una mujer de edad madura cuyas ropas rasgadas mostraban a las claras el tratamiento que le habían dispensado. Ninguno de sus vecinos habló. Se limitaron a echarle un vistazo y a



sumirse otra vez en sus pensamientos.

Hans estaba desesperado. Buscaba el medio de escapar de allí, pero el que lo había maniatado sabía hacer su trabajo. El retumbo de la cabeza se había convertido en una opresión más soportable, pero cada vez que hacía un movimiento brusco el dolor regresaba. El hambre y la sed le torturaban. Llevaba dos días sin probar alimento y las tripas le crujían de forma inmisericorde. Deseó que al menos se hubieran detenido para comer y que los hombres de armas les dieran algo de comida, pero pronto comprobó que no albergaban esa intención. Mientras uno de los soldados sacaba una caña para pescar, los otros desataron a una de las mujeres y la obligaron a prepararles un guiso con las provisiones que llevaban. La mujer colocó unos pichones en una cazuela y los rehogó, después de limpiarlos y trocearlos. Luego partió en cuatro una cebolla y la metió a su vez en la cazuela y esperó a que todo estuviera dorado. Para entonces, el olor era tal que Hans creyó que se iba a desmayar otra vez. Las tripas le crujían y su boca salivaba profusamente. Era incapaz de apartar la vista de las manipulaciones de la mujer.

Comprobó que al resto de los prisioneros le sucedía lo mismo. Dos docenas de miradas seguían los pasos de la cocinera mientras esta aderezaba con laurel y tomillo los pichones y pedía a uno de los hombres de armas un poco de cerveza para el guiso. Terminaba su tarea cuando el soldado pescador le arrojó cuatro truchas que aún coleaban:

—Esmérate —ordenó.

La mujer no cesaba de chuparse los dedos. Le dirigió una mirada sumisa.

—Quedamos en aguardarle junto al molino —oyó que decía el jefe de la partida, que parecía discutir por lo bajo con el tuerto no lejos de los prisioneros.

Aquello distrajo la atención de Hans. Desvió la vista hacia el río y descubrió unos pasos más abajo de donde estaban los restos de una aceña cubierta por la hiedra. Aguzó el oído, pero el tuerto se retiró otra vez de malos modos.

Los soldados estaban bebiendo mucho, probablemente se quedarían amodorrados después del almuerzo. Ese sería un buen momento para intentar escapar, pero debía librarse antes de sus ataduras. Quizá, si encontrase alguna piedra afilada... Maldijo su suerte al comprobar que lo único que se hallaba a su alcance eran cantos rodados.

Se dejó caer sobre la hierba. Le habían colocado en uno de los extremos del grupo, el más alejado del río. A sus espaldas, a pocos pies de distancia, comenzaba la floresta. ¡Parecía tan fácil correr hasta allí y perderse en el bosque! Uno de los hombres de armas cuidaba con desgana de los prisioneros, sentado algo más lejos con la escudilla en la mano. No se esforzaban demasiado por vigilarlos, y una simple mirada bastaba para entender por qué: la mayor parte de los campesinos no eran sino pellejos extenuados y famélicos, incapaces de dar dos pasos sin ayuda.

También él se sentía tremendamente fatigado y una sed corrosiva le devoraba las entrañas. Apoyó la cabeza en la hierba y, lentamente, se quedó dormido.

Le despertó el relincho de un caballo. Abrió los ojos confundido, sin saber bien

dónde se encontraba, y descubrió que la tarde comenzaba a declinar. A su alrededor, los prisioneros dormitaban o contemplaban las aguas del río con obsesiva insistencia. Dos jinetes acababan de alcanzar el campamento y en ese instante desmontaban de sus recias monturas de guerra.

Los observó con interés. Uno de ellos era un soldado, a juzgar por la estridencia y vulgaridad de las ropas y armas que portaba. El otro, que se hallaba de espaldas, debía de ser el señor del que hablaban. Un noble, se dijo Hans, al comprobar la calidad de sus avíos. Sus gestos eran imperiosos y poseía un vozarrón acostumbrado a dar órdenes. Los cuatro soldados le rodeaban solícitos y respondían con presteza a sus preguntas. Incluido el tuerto, mucho más dócil en presencia del personaje.

En ese instante, el noble se giró para examinar a los prisioneros. Se hallaba a unos quince pasos de distancia, pero sus facciones se distinguían perfectamente. A Hans le dio un vuelco el corazón. Aquel terrateniente de gruesas cadenas y ropas de seda no era otro sino el caballero imperial Mangold von Fritzlar, el violador de su madre, el asesino de su familia. Ni por un instante lo dudó. Los rasgos rubicundos, el aspecto petulante de hombre que jamás ha conocido el frío ni la piedad los llevaba grabados con hierro en el corazón. Había envejecido, su melena rubia presentaba ya hebras canosas que anunciaban el fin de la madurez y su rostro mostraba arrugas más profundas. Pero era él.

El caballero se acercó a los prisioneros para inspeccionar el botín de carne humana que sus mercenarios habían capturado. Desdeñoso y altivo, se paseó por entre los despojos de los campesinos. Su rostro se torcía en una mueca de repugnancia contenida. De vez en cuando se agachaba ante una muchacha que en algún momento debió de ser bonita. Cogía su cara y la obligaba a enfrentar su mirada. Luego le hurgaba las ropas para tocarle los pechos y palpaba su vientre, pero ninguna le convenció y las rechazó con disgusto. Cuando pasó ante Hans, el *reichsritter* percibió su intenso escrutinio y se volvió hacia él intrigado. Durante unos segundos, ambos se prendieron las miradas.

—¿Quién es? —preguntó al cabo al jefe de los soldados.

El otro se encogió de hombros:

—Gotthold lo capturó ayer cuando merodeaba por una alquería abandonada, probablemente buscando comida. Es fuerte y servirá para el trabajo.

—Nos quedaremos aquí esta noche y mañana por la mañana regresaremos —se marchaba ya—. Que monten mi tienda y que les den un poco de agua a los cautivos. No nos servirán de nada muertos.

Hans se revolvió por dentro, aturdido por la fuerza de los sentimientos, pues en verdad las cosas que se desean y no se consuman dejan un poso de amargura muy fuerte en el corazón. Y él no podía vengarse.

El graznido áspero e insistente de un ave nocturna le sacó de su agitado duermevela. Permaneció tendido sobre la hierba, envuelto por la luz de una luna menguante. Un

coro de ronquidos y ventosidades le rodeaba. En alguna parte, no lejos de él, un niño sollozaba sin fuerza, con lamentos entrecortados que se mezclaban con los chasquidos de una mortecina fogata. Todo el campamento reposaba. Cerca de las brasas, los soldados yacían envueltos en pieles. Uno de ellos murmuraba palabras en sueños y agitaba con espasmos la cabeza.

Se incorporó tratando de no atraer la atención de los guardas. Habían dejado dos hombres para velar la noche. Uno, sentado cerca de la hoguera, apoyaba la cabeza sobre las rodillas y dormitaba sin rebozo. Al otro tardó algún tiempo en localizarlo, hasta que distinguió su silueta apoyada en un árbol cerca del río. No consiguió verle el rostro.

Hans dejó vagar la vista por el espectáculo que le rodeaba. Las brasas semejaban una herida rojiza en el vientre de la noche. La tienda del *reichsritter* se perfilaba contra las aguas oscuras del río.

—¡Hans!

Fue tan débil el susurro que creyó que lo había imaginado. Escrutó la fosca a su alrededor sin distinguir nada.

—No te muevas. Soy yo, Cornelius.

Esa vez la voz sonó muy cerca de su oído. Forzó la vista en su dirección y percibió las manos del Rey Mendigo que tanteaban sus brazos buscando las ligaduras.

—¿Estás herido? —murmuró Bocanegra.

Nunca se había alegrado tanto de ver al enano. En medio de la excitación que avivó sus sentidos, le habría abrazado de pura alegría.

—No —pretendía que fuera un susurro, pero le salió perfectamente audible en el silencio de la noche. Las manos del enano, que forcejeaban tratando de liberarle de sus ataduras, se crisparon sobre las muñecas del carpintero provocándole un agudo dolor en las heridas de la soga.

—¡Silencio! ¿Quieres que nos descubran? —siseó el enano— ¡Permanece echado!

El centinela de la hoguera continuaba dormitando, pero el que se apoyaba contra el tronco de un árbol cerca de la corriente adelantó el rostro hacia el grupo de cautivos y escudriñó las tinieblas. Hans y Cornelius, tumbados, contuvieron la respiración. Pronto el soldado pareció perder interés por los prisioneros y volvió a sumirse en sus pensamientos. Se separó del árbol y comenzó a pasear por la ribera. Hans percibió el tacto del acero contra la palma de su mano derecha.

—No te muevas.

Bocanegra se concentró en cortar sus ligaduras con movimientos lentos y precisos. Pronto Hans pudo mover libremente sus manos.

—Toma este cuchillo —le dijo Cornelius al oído—. Hemos de acercarnos a los caballos, llevarnos uno y espantar al resto si queremos que no nos persigan.

Hans asintió. El rostro del enano se hallaba a no más de medio palmo del suyo. Cuando el hombrecillo vio que había comprendido, hizo ademán de apartarse, pero el

carpintero lo agarró por el brazo y lo obligó a detenerse.

—¿Qué sucede, por Dios? —susurró Cornelius.

Sabía que era el momento de cumplir su palabra. Jamás volvería a tener otra oportunidad como aquella. Una corriente de energía recorrió su cuerpo, produciéndole un doloroso espasmo. Ni siquiera se acordaba del hambre o el agotamiento de tantos días de huida. Solo una certeza invadía sus sentidos: la de que allí cerca, al alcance de su mano, dormía el hombre que había acabado con los suyos, el mismo que cazaba a los campesinos cual si de conejos de campo se tratara.

—Antes he de hacer algo.

Bocanegra le contempló con extrañeza.

—El que duerme en la tienda es Mangold von Fritzlar.

Durante unos instantes, el enano escrutó su rostro. Sabía quién era Mangold von Fritzlar. Sabía lo que le había hecho a su familia.

—Está bien. Te acompañaré.

—No. He de hacerlo yo.

Las nubes que velaban la luna comenzaron a dispersarse. Una pálida luminosidad conquistaba nuevamente la ribera.

—Date prisa. Iré desatando los caballos.

Lo haría. Cobraría al fin la deuda. Mientras se deslizaba en medio de las sombras con el cuerpo pegado al suelo y los sentidos alerta se dio cuenta de que por fin iba a vengar a su padre, a su madre, a sus hermanos y a Henrietta. Avanzó con el puñal en la mano, dando un rodeo en torno a la fogata. Sus ojos se movían de un lado a otro, tratando de captar la menor señal de alarma, pero todo parecía tranquilo. Los soldados dormían seguros de su fuerza. Cuando llegó a la tienda del *reichsritter* se detuvo un instante y buscó con la mirada al Rey Mendigo. Creyó distinguirlo cerca de los caballos, pero no estaba seguro. El enano se movía con asombrosa agilidad, tan leve y peligroso como una víbora acechando a su presa. Los años de vagar por los bosques le habían convertido en un arma letal. Y estaba en su elemento.

Tenía que decidirse. Entrar en la tienda y degollar al infame. ¿Lo despertaría? Hans deseaba hacerlo, deseaba poder decirle por qué moría. Pero sería peligroso. Podría gritar y alertar a los soldados.

Con infinitas precauciones apartó las pieles que cubrían la entrada y penetró en la tienda. Contuvo la respiración, esperando a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Distinguió la silueta de su enemigo.

Allí estaba. Después de seis años, tenía al noble al alcance de su mano. Solo tenía que alzar la mano y clavar el puñal en su corazón. Parecía fácil. Parecía ridículamente fácil. Pero él siempre había imaginado que mataría a un hombre despierto, un hombre que le miraría a los ojos y vería su destino escrito en ellos. Sin embargo, el caballero dormía ajeno a la inminencia de su muerte. Roncaba ligeramente en un sueño tranquilo, como un hombre con la conciencia bien tranquila.

El grito de una lechuza le hizo dar un respingo. El noble interrumpió sus

resoplidos, pronunció algunas palabras en sueños y siguió durmiendo como si nada. El corazón galopaba en el pecho de Hans. Sujetó el puñal con las dos manos y lo alzó sobre el pecho. La imagen de su madre tendida en el suelo terminó de decidirle.

Bajó el cuchillo con firmeza. Notó que la carne se desgarraba y que el puñal chocaba con algo duro antes de desviarse y seguir hundiéndose hasta la empuñadura. Como un resorte, el hombre se curvó sobre sí mismo y lanzó un alarido. Sus brazos se agitaron espasmódicos, tropezaron con el cuerpo de Hans y se aferraron a él. La sangre le cegó. Hans se liberó del abrazo y descargó el acero una y otra vez sobre el pecho del hombre hasta que este se quedó inmóvil, con el rostro desencajado por la sorpresa y el dolor.

A partir de ese instante, todo sucedió demasiado rápido. Los gritos del *reichsritter* habían alertado al campamento. Cuando salió al exterior, los soldados arrojaban sus pieles a un lado y se levantaban empuñando ya las armas. La más completa confusión reinó por un instante. Vio que el centinela que había estado paseando por la ribera se dirigía hacia él con la espada desenvainada y gritaba para alertar a sus compañeros y se echó a correr hacia los caballos.

Estaba a punto de alcanzarlos cuando un hombre surgió de la nada y se le echó encima. Cayó al suelo y forcejeó con desesperación, tratando de evitar el puñal del soldado. Se dio cuenta entonces de que se hallaba desarmado: había dejado la daga clavada en el pecho del *reichsritter*. Rodó sobre la hierba con el hombre pegado a él, consciente de que los otros soldados no tardarían en llegar, furioso consigo mismo por haber sido tan estúpido como para abandonar su arma. Un agudo dolor en la pierna derecha le cegó por un instante: el soldado había conseguido clavarle el acero. Iba a morir. Él no sabía luchar, solo era un carpintero. Aunque doblaba en tamaño al hombre de armas, este contaba con su experiencia como aliada. Se maldijo a sí mismo. Al final, Mangold von Fritzlär se saldría con la suya, conseguiría aniquilar a toda su familia.

De súbito, el soldado dejó de forcejear y cayó sobre él, inerte. Hans vio a Cornelius Bocanegra de pie a escasa distancia con un puñal tinto en sangre.

—¡Corre, carpintero! —le gritó el Rey Mendigo— ¡Corre si quieres contarlo!

Apartó el cuerpo de un empujón y se levantó con presteza. Los caballos estaban cerca. Montó en uno de un salto y se agachó para alzar a Cornelius, demasiado pequeño como para cabalgar solo. En ese instante, mientras el enano aún estaba en el aire, una saeta silbó en la noche y se clavó en su cuerpo. Hans notó el impacto en su brazo. Desesperado, tumbó al hombrecillo sobre la grupa y clavó las espuelas en los flancos del animal. Con un relincho de protesta, el potro se lanzó a una furiosa galopada.

Ni una lágrima brotó del rostro de Margarita la Coja para llorar a su hombre, ni una queja, ni un reproche. La mujer acogió el cuerpo con la serenidad de una *Pietá* en el Calvario. Solo la intensidad de su silencio permitió a Hans y Baltasar vislumbrar el pozo de aflicción que horadaba sus entrañas.

Se hizo cargo de todo. Con un gesto sencillo, rebosante de autoridad, se negó a que fuera otro el que cavara el hoyo o amortajara al difunto. Ella misma le extrajo el dardo asesino, ella lo lavó, lo peinó y compuso lo mejor que pudo sus ropas. Cruzó sus manitas sobre el pecho y prendió de ellas un ramo de espliego y margaritas. Luego se quedó mucho rato contemplando el cadáver, tan quieta y silenciosa que hasta el antiguo fraile terminó por preocuparse.

Lo enterraron tras una sencilla ceremonia en la que el padre Baltasar aseguró con voz temblorosa que Cornelius estaba ya al lado de los elegidos del Señor. Dijo que así había de ser con seguridad, pues el Señor sabe ver en el corazón de sus criaturas y conocería que el Rey Mendigo era bueno. Aunque la crueldad de los hombres había torcido sus primeros pasos, su fortaleza había sabido encauzar un rumbo errático, de suerte que la rama se había enderezado y daba hermosos frutos. Los ojos de Margarita la Coja resplandecían de emoción cuando la voz del fraile se extinguió. Entre los tres depositaron el pequeño cuerpo en el foso. Mientras la mujer terminaba de cubrir la sepultura, Hans clavó una cruz de madera en su cabecera.

El carpintero estaba desolado. A la tristeza por la desaparición de su amigo se unía la quemazón del remordimiento. Si él no se hubiera empeñado en una estúpida venganza, el Rey Mendigoseguiría vivo. El espectro de Mangold von Fritzlär le perseguiría hasta el final de sus días, como una carcajada burlona que no dejaría de resonar en sus oídos. Hasta después de muerto, mataba y segaba la vida de sus seres queridos. Una corrosiva sensación de vacuidad se apoderó de sus entrañas.

—No te atormentes, Hans —le dijo el fraile con ternura, posando una mano sobre su hombro—. ¿Sabes? A veces pienso que la vida es como un odre de piel henchido de agua. Al abrir la espita del nacimiento, el agua se escapa con gran energía. Luego, con el devenir de los años, el pellejo se va vaciando, disminuyen las fuerzas y se debilitan los ánimos, hasta que finalmente se consumen en un último suspiro. Pero hay ocasiones en que el odre se rompe antes de vaciarse y entonces el agua se vierte como una fuente tras una crecida. No debemos entristecernos, pues el agua derramada fertiliza los campos y alimenta la vida.

Hans callaba con la vista perdida en el río. No había sido capaz de confesar la verdad: que Cornelius había fallecido por culpa de su deseo de venganza.

Aquella noche, mientras descansaban de sus fatigas a la vera del río, Margarita la Coja desapareció.

Durante dos días la buscaron con ahínco, recorriendo la zona al acecho de la menor

señal de su paradero. Sabían que la mujer les había dejado por propia voluntad, pero temían por ella, temían por la suerte que el destino pudiera depararle en medio de una región devastada por las guerras y recorrida por partidas de bandoleros y tropas de soldados. Deambularon por los bosques, se acercaron a las aldeas despobladas y espionaron los caminos, pero Margarita no apareció. Al fin no les quedó otro remedio que darse por vencidos y asumir que no volverían a verla.

Se hallaban en lo más profundo de la espesura, descansando sobre un murete de piedra que jalonaba una trocha comida por la vegetación. A su alrededor se veían restos de paredes que apenas sobresalían del suelo, vestigios de alguna aldea tiempo atrás abandonada. Hans contempló al fraile. Aunque ya no vestía hábito, conservaba el mismo aire ascético de cuando lo conociera. El rostro, demacrado y cubierto por una barba en la que ya florecían las canas, se parecía más que nunca a aquél que seis años antes se había enfrentado al *reichsritter* con serena determinación. Una suerte de ensimismamiento resumía los rasgos del fraile.

Hans se descubrió pensando en lo similar que era su situación a la de cuando se habían conocido. También en aquella ocasión los dos vagaban sin rumbo, también a él le perseguían. No podía quejarse en justicia de su vida desde entonces. Había aprendido un oficio, había conocido gentes y ciudades que jamás imaginara conocer. Tenía veinticinco años y unas ganas inmensas de vivir. En ese instante, al igual que entonces, el peso de la culpa, de la rabia y del dolor lastraba su corazón.

La mirada de Baltasar Sachs se cruzó con la suya y Hans supo que ambos estaban recordando lo mismo. Cual si de un círculo se tratara, volvían al punto de partida.

—Adelante —murmuró el fraile—, el Buen Dios guiará nuestros pasos.

Un centelleo febril cruzó sus ojos.

## Capítulo VIII

### Madrid, reino de Castilla Otoño de 1525

#### 1

Hacía frío en aquella villa. Un frío estepario, seco e intenso, tan desabrido como los propios castellanos. Francisco Valois, rey cautivo de Francia, se acercó al fuego que crepitaba en la chimenea, pero lo pensó mejor y cogió una pelliza con la que abrigarse. Deseaba respirar aire limpio, aunque fuera frío, oteando por la ventana. Apenas comenzaba el otoño y ya el ambiente se tornaba desapacible, preludio de los meses por venir. ¿Es que en Castilla no conocían el término medio? ¡Si acababan de dejar atrás la ardentía aplastante del verano!

Por la sierra bajaba un hálito yerto, crudo, heraldo del invierno. Desde ese ala del alcázar real se divisaba la siniestra construcción que había sido su primera cárcel en Madrid, la torre de los Lujanes. El rey la contempló con el ceño fruncido. Estaba convencido de que la elección de su nueva prisión y la orientación de aquella ventana no eran casuales: alguien quería que tuviera presente las duras jornadas vividas en la torre, insalubre y lóbrega como ninguna. En ella había enfermado y en ella creyó llegada su hora postrera.

Apartó la vista de la fortaleza y se entretuvo en la contemplación de la muchedumbre. ¿Cuántas horas había perdido de similar modo, dejando resbalar los ojos cansados por las figuras que iban y venían, que entraban y salían, comerciando, limosneando..., sencillamente viviendo? ¿Cuántas veces deseó ser una de ellas, una más, una cualquiera, con tal de recuperar su libertad?

No había esperado una prisión tan austera, un aislamiento tan hondo a su llegada. Tras convencer al virrey de Nápoles, Charles de Lannoy, de que para los intereses de ambos era mejor que su prisión pasase de Italia a España, aun a riesgo de contravenir los deseos del canciller imperial Gattinara, que quería mantenerlo alejado del emperador, se convenció de que una vez en la península su situación mejoraría considerablemente. Y así había sido en un principio. El recibimiento tributado por los nobles castellanos y aragoneses al desembarcar en Valencia fue en verdad magnífico,



hasta el punto de que llegó a sentirse más invitado que cautivo. Solamente echó de menos al propio emperador. Secretamente ansiaba recibir el homenaje de Carlos de Habsburgo, reputado caballero, aceptar su reconocimiento a un rey cautivo, sí, pero derrotado con honor al frente de sus tropas. El que Carlos no acudiese no fue solo una decepción; fue un síntoma, un anticipo de lo que le aguardaba. En ese momento comenzó el cúmulo de desazones que lo habían llevado a las puertas de la muerte.

El viaje hasta Madrid había sido lento, pues muchos nobles deseaban agasajarlo a su manera un tanto ruda y primitiva. Se dejó querer, disfrutando en lo más íntimo ante el pasmo que su colosal figura despertaba en las gentes. El dominio del idioma le permitió valorar lo espartano y orgulloso del carácter español. Muchos nobles vivían peor que un burgués en Francia, anclados en los siglos oscuros cual si en su mundo no hubiera cambiado la centuria, no hubieran nacido Brunelleschi, Pico della Mirandola, Baltasar de Castiglione o Michelangelo.

La altanería y la jactancia de sus captores, al principio, le divirtieron, aunque pronto le condujeron a la reflexión. En parte, la experiencia le permitió entender la actitud de las tropas imperiales en Italia. Los españoles no eran pueblo que se desmoralizase a causa de las penalidades. ¡Bastantes sufrían ya en su propia tierra! Al descubrir la miseria de muchos villorrios por los que pasaba la comitiva, Francisco comprendió la razón por la que las tropas de los Tercios aguantaban marchas forzadas, falta de víveres, enfermedades, poca o ninguna soldada..., y aun en esas condiciones vencían a cualquier enemigo. Su captura en Pavía a manos de unas mesnadas castellanas exhaustas y famélicas, un ejército al que ya consideraban vencido, había sido la humillación más grande de su vida. En la consumación del desastre llegó a buscar la muerte, incapaz de aceptar la aniquilación de la flor y nata de la caballería francesa.

Había esperado que lo llevaran a la corte, a Toledo, pero una vez más tuvo que contener su decepción cuando la comitiva se detuvo en la pequeña villa de Madrid. La cárcel, una torre sobria, antigua morada de una noble familia castellana, no era desde luego la clase de residencia a la que estaba acostumbrado. ¡Y vive Dios que él nunca había desdeñado dormir al raso con sus tropas en campaña o en el campo con su amigo el almirante Chabot de Brion en una noche de francachela!, pero aquel tétrico caserón mermaba su dignidad, no era propio de un rey de Francia. Esa fue otra señal de que las cosas no iban a resultar fáciles.

Las semanas se sucedieron envueltas en el monótono tañer de las campanas de la villa sin que Carlos diera señales de vida. Sus emisarios planteaban exigencias imposibles de aceptar. Para su liberación, poco menos que pretendían la desintegración de Francia, con la creación de un reino para el traidor Borbón en el sur del país, la separación de la Borgoña y la renuncia al Milanésado. Eso, sin tener en cuenta los fabulosos rescates exigidos, que de satisfacerse arruinarían la hacienda francesa por una década. No, no eran condiciones admisibles.

Con el paso del tiempo, aunque su determinación se mantuvo, su ánimo y su

salud fueron minándose lentamente hasta que al fin cayó gravemente enfermo, agotado y delirando en medio de altísimas fiebres. Carlos lo encontró en uno de los raros momentos de lucidez. Supo después que el emperador había cabalgado por la posta sin descanso, desde Toledo hasta Madrid, consumido por el temor de encontrarse con un cautivo muerto. Si un rey prisionero y vivo era un tesoro, muerto era un baldón que nunca podría limpiar. ¿Cómo explicar al mundo que nada tenía que ver con aquella muerte?

Francisco Valois, asomado a la ventana, miraba sin ver. Sus ojos se llenaban con el recuerdo del emperador todavía con las ropas del camino, sin darse reposo, entrando en tromba en su cámara de enfermo y abalanzándose sobre él para abrazarle. Era la primera vez que se veían y Francisco lo caló al instante. Incorporándose a medias en el lecho, le hizo reverencia y se reiteró una y otra vez como su esclavo. El de Gante, conmovido hasta el tuétano, replicaba:

—No, sino libre amigo y hermano...

El rey cautivo se apartó de la ventana y dio unos pasos lentos por la estancia. A su rostro barbado asomaba una mueca que quería ser sonrisa. Lo cierto era que el recuerdo de aquella entrevista lo desasosegaba. Durante meses no había hecho otra cosa sino acumular odio contra el Habsburgo, pero cuando al fin se habían encontrado, la actitud del emperador lo trastornó más de lo que quería reconocer. Se preguntaba una y otra vez cómo habría actuado él si la situación fuera la inversa.

Desde entonces las cosas rodaban de otro modo. Su salud se fortalecía poco a poco, en parte por las mejores condiciones de su nueva prisión, el Alcázar Real, en parte por la mayor libertad de que gozaba. Su hermana Margarita de Angulema había llegado días atrás de Francia con numeroso séquito para atenderle. Francisco se daba cuenta de cómo iba mudando en su ánimo desdichas y sinsabores por la vitalidad necesaria para maquinarse la salida de aquella situación.

Sus divagaciones se vieron interrumpidas por su ayuda de cámara, que penetró en la estancia sin hacer ruido. Francisco dio un respingo al oír su voz.

—*Sire, madame* de Foix acaba de llegar.

Un destello iluminó la expresión del rey:

—Hacedla aguardar un rato y después dejadme a solas con ella.

Era llegada la hora de actuar.

Cuando Françoise de Foix entró al fin en la alcoba, el rey se hallaba recostado en el lecho y su rostro componía una expresión de fatiga que estaba lejos de sentir. Mantenía los ojos entrecerrados, deseoso de hacerse pasar por dormido pero, al tiempo, incapaz de resistirse a la tentación de contemplar la hermosa estampa de la mujer.

Su amante había llegado en el séquito de Margarita varios días atrás, pero el rey se había negado a recibirla hasta ese instante. Deseaba hacerla sufrir por sus devaneos con caballeros de la corte, como el maldito Bonnivent, que había conseguido hurtarse

a la venganza real dejándose matar en Pavía cual si de un héroe se tratara. A pesar de ello, ¿cuántas veces la había recordado durante los meses de cautiverio, a veces embargado por la ira, a veces por el deseo? Al verla entrar altiva y segura de sí misma, ataviada con un vestido acampanado que le oprimía el busto y tocada con una piel de armiño, Francisco sintió que a su corazón se le escapaba un pulso. No la recordaba tan deseable. El cabello trenzado formaba una corona de luz bajo la que refulgían las joyas aturquesadas de sus ojos. Una sonrisa pícara iluminó las facciones de la mujer cuando lo divisó postrado en el lecho, espiándola a través de los párpados semicerrados.

—¡Ay, mi dulce Francisco! ¿Qué os han hecho esos miserables? —exclamó siguiéndole el juego, arrojándose a su pecho.

El rey abrió entonces los ojos cual si regresara de un profundo sueño. Muy a su pesar, se le escapó una risita por la comisura de los labios.

—Aquí me veis, abatido por la vergüenza y el oprobio.

—No os angustiéis más, mi noble caballero. Dejad que vuestra dama os guarde el reposo... .

Su voz suave acariciaba los sonidos en el aire fresco de la tarde. Al rey le llamaban esos labios, le atraía sin remedio esa boca tan cercana, tan soñada.

—¡Ah, Françoise...!

Sentía el liviano peso de la mujer sobre su pecho, el tacto de terciopelo de sus yemas que se enredaban en las hebras de la barba, el aroma de su perfume travieso, sugerente, embriagador. Presentía que se deshacían los nudos de su indignación, del rencor por sus infidelidades, que se diluían los propósitos mil veces acariciados de repudiar a la mujer y buscarse otra amante.

Se abrazó Françoise al recio torso. Se perdieron sus dedos en la lucha contra las ropas y fue el tacto un ardor, una ilusión de suavidades, un calor que abrasaba. Pronto reían los ojos del rey, extasiado por la figura de libélula, agitado por la urgencia del deseo tantas noches contenido.

Poco a poco se espesaban las sombras sobre los tejados de Madrid, sobre la estancia adormecida, sobre las siluetas desnudas y vencidas que yacían separadas. Un rumor de campanas llamaba a los fieles a la oración.

—Escúchame, Françoise... —algo en la voz del rey despejó las nieblas en la mente de la mujer. Instintivamente se puso alerta—. No estás aquí para mi solaz.

Françoise se incorporó a medias en el lecho. Obligó a Francisco a volver la vista hacia ella.

—Esta ha sido la última vez. ¿Crees que no sé lo del infame Bonnivent, así se pudra en el Infierno? —su voz se encrepaba, alimentándose del coraje de los ultrajes tantas veces imaginados—. ¿Cuántos otros ha habido en estos meses? ¿Cuántos de mis cortesanos han manchado tus sábanas? Yo no comparto mis mujeres con nadie. ¡Yo soy el rey! —enardecido, Francisco se levantó y se alejó de ella, desnudo y

glorioso en su imponente majestad.

Françoise lo observó con el semblante pálido.

—¿Para qué me habéis hecho venir entonces? ¿Qué es lo que queréis de mí?

El rey se volvió hacia las llamas del hogar y perdió en ellas la rabia. Había esperado mohines y lágrimas, pero en vez de ello se encontraba con el gesto altivo que tan bien conocía. ¡Demonio de hembra!

Françoise contemplaba las nalgas caídas, las anchas espaldas reales y contenía la desazón que pugnaba por apoderarse de sus ojos. Por unos instantes, ninguno de los dos habló.

—Quiero que os convirtáis en amante del rey de España.

—No..., no os entiendo.

—No tienes nada que entender. Lo que quiero es que seas amante de Carlos de Gante. Vas a subir de categoría —una risa seca, que chocó contra la pared—. ¡De concubina de un rey a concubina de un emperador!

La cólera anegó el pecho de la mujer, erguida sobre el colchón. Aquel hombre la había arrebatado a su marido cuando apenas era una cría para convertirla en su amante. Durante años compartió su lecho sin una queja, simulando un gozo que estaba muy lejos de sentir. ¿Cómo podía reprocharle que buscara satisfacer sus deseos en otros brazos? ¡Y ahora le exigía que se convirtiera en una ramera!

—Escucha, Françoise —suavizó su tono el rey—, Carlos pone unas condiciones disparatadas para mi liberación. No puedo aceptarlas. ¡Y no puedo seguir aquí! Comienzo a recuperarme de mi enfermedad y debo regresar a Francia cuanto antes. Tú vas a ayudarme. Acércate a Carlos. Insinúate. Hazle ver que te atrae. Él no te rechazará, ¿qué hombre sano podría? —una mueca amarga rasgó su semblante—. Poseerte a ti, sabiéndote mía, contribuirá a ablandar su razón de caballero. Quizá lo empuje a compensarme rebajando sus pretensiones. Si se deja hechizar por ti, su mente no será capaz de concentrarse en las negociaciones. Bien lo sé yo...

La mujer había comenzado a vestirse para ocultar con sus movimientos las lágrimas que brillaban indecisas en sus pupilas.

—Estáis loco si creéis que voy a hacer algo así. Y, además, ¿realmente pensáis que convertirse en amante de un rey es tan fácil como comprar un caballo?

—No me importa cómo lo hagas. Pero te lo advierto: Bonnivent tuvo la fortuna de morir en Pavía como un héroe. Tú en cambio sigues viva. Si quieres conseguir mi perdón, aplícate en ser la amante del Habsburgo.

Françoise se le aproximó, erguida, furiosa, casi despectiva:

—No os creía tan ingenuo como para pensar que yo pueda influir algo en el rey de España, aun cuando consiguiese lo que pedís. ¿Os habéis dejado vos influir por mí alguna vez?

—No espero que influyáis en ese fatuo flamenco, mujer, pero sí espero información. Los hombres hablamos con nuestras amantes, Françoise, sobre todo si son tan instruidas como tú. Si me servís bien... Quizá incluso os permita seguir en

París y envíe a vuestro marido a Châteaubriant para que os deje vivir en paz.

El rey se aproximó a la ventana, desdeñando la rabia de la mujer. Las sombras invadían ya las calles de la villa. Un rosario de antorchas iluminaba el perímetro de la muralla del alcázar.

—El de Gante ha organizado una cacería en mi honor para mañana. Últimamente se esfuerza en compensar sus anteriores desaires, pero no acudiré. Le diré que no me encuentro demasiado bien, que prefiero descansar, aunque expresaré mi deseo de que no se suspenda la jornada. ¡Que mis súbditos asistan y disfruten de un día de ejercicio! Tú, por supuesto, irás.

Soplaba una brisa fresca que aligeraba los ánimos, una brisa que se deslizaba juguetona entre las ropas holgadas y que se enredaba en la mirada clara del emperador. El cielo era un inmenso azul de horizonte a horizonte, un azul que se confundía con los destellos zarcos de las pupilas de Françoise. El día les había sorprendido a todos tras los fríos pasados, como si el verano, viéndose morir, quisiera sembrar en sus mentes el anhelo de futuros estíos. En jornadas como ésa se enredaba el sol en los rostros aún morenos, en las pieles leves, y el mundo se volvía inmenso y calmo y despreocupado.

Se retiraban ya los palafreneros y piafaban las monturas, ansiosas de ejercicio. Un bullicio de pajes, escuderos, nobles y damas tocadas con amplios sombreros llenaba el patio, se confundía con los ladridos de los mastines y el picoteo indiferente de las gallinas. El emperador compuso un gesto de contrariedad cuando un ayuda de cámara le informó de que el rey de Francia no les iba a acompañar; empero, al conocer el deseo de Francisco de que la partida se mantuviese y de que su pequeña corte disfrutase de un día de asueto, mudó el semblante. Colocándose bien el tahalí, reclamó la atención de los franceses:

—Mi hermano, el Rey Cristianísimo, se encuentra indispuesto, pero es su deseo que esta jornada se celebre para solaz de sus súbditos. Así pues, ¿qué mejor que concederos el privilegio de abatir la pieza? Mientras disfrutáis de la caza, me temo —sonrió, travieso— que no me quedará otra opción que consagrarme al galanteo de las bellas damas que nos honran con su presencia.

Un coro de risas corteses saludó sus palabras. El emperador, satisfecho, ordenó partir sin más demora.

Se alzó el sol orgulloso de media mañana, haciendo brotar destellos de sedas y metales. Carlos departía ligero y ocurrente, enardecido por los mohines y visajes de las damas, por sus miradas divertidas y sus entregados aspavientos. Algo adelantada, en apariencia ajena a la charla del emperador, cabalgaba Françoise de Foix a la par de una madura amazona. De cuando en cuando, se perdía la atención del Habsburgo por los abismos de aquel cuerpo intuido, se le enroscaban las palabras en la vorágine húmeda de las venas. Desde que la había visto por primera vez en el cortejo de

Margarita de Angulema sentía la llamada de un anhelo poderoso y prohibido. Sabía quién era, por supuesto, y sabía también por ello que debía mantenerse alejado. Su honor de caballero le impedía cortejar a la amante de su cautivo. Pero aquella mañana se notaba ligero cual pluma. ¿Qué mal había en platicar amablemente con la dama? Aprovechó el coro de risas que celebraba su última agudeza para disculparse y espolear su montura.

—Hoy vuestra belleza compite con el mismo sol, *madame*.

Françoise de Foix fijó en él una mirada garza, intensa y directa, que se suavizó al reconocer a su perseguidor.

—¿Me concedéis el privilegio de disfrutar de vuestra compañía, *madame* de Foix?

—Solo de vos depende, *sire*. Mas he de advertiros que no soy demasiado buena amazona. No querría retrasaros.

—A fe que me ofrecéis un trato ventajoso: trocar una caza sin presa por vuestra compañía.

La mirada de la dama refulgió un instante:

—¿Cambiáis una presa regalada por otra inconveniente?

Se sorprendió Carlos de la espontaneidad de la mujer.

—Quizá lo que cambie sea una comparsa de aduladores por una compañía franca. Algo que resulta tan grato como escaso...

—Tened cuidado, *sire*. La franqueza solo resulta grata mientras no ofende nuestros oídos.

Le gustaron a Carlos las maneras de la mujer, su lengua suelta y desenfadada. Animado por la luz diáfana, por la sangre que ese día le bullía en las venas con mil promesas imprecisas, se enfrascó en una animada conversación. Le interesó especialmente el efecto de las tierras castellananas en la francesa. Recordaba todavía la sorpresa que él mismo se había llevado ocho años atrás, cuando desembarcó en el pequeño pueblo asturiano de Tazones procedente de Flesinga.

Poco a poco dejaron que el resto de la partida se adelantase. Una algaida de encinas viejas y robles gastados se iba espesando a su alrededor a medida que barzoneaban hacia el oeste por un terreno de lomas suaves. De vez en cuando, al alcanzar una cima, divisaban a lo lejos la serpentina abigarrada de los cazadores y escuchaban el eco de los clarines y el ladrar de los perros.

Carlos se descubrió enfrascado en la conversación, disfrutando con la compañía de la dama y con sus comentarios aislados. En verdad, era él quien hablaba. Las palabras afluían a su boca como raras veces, brotaban espontáneas dando forma a un aluvión de recuerdos que ya creía enterrados. Le venían a las mientes y se convertían en palabras sus años infantiles en Malinas, su tía Margarita, sus primeros preceptores: Luis de Vaca, Juan de Vera, el piadoso Adriano de Utrecht, que luego sería papa...

—Nunca como entonces fue más grande el mundo, más libre el espíritu. En la corte de Malinas alternaban justas y torneos con los más grandes artistas y los más

penetrantes humanistas, como el buen doctor Erasmo de Rotterdam.

—¿Echáis de menos aquella libertad?

El caballero detuvo su montura.

—Aquel chiquillo creció y se convirtió primero en rey y pronto en emperador. Descubrió que los principios que regían una pequeña corte provinciana no eran necesariamente aplicables a la cristiandad entera —Carlos describía sus nostalgias, perdía la mirada en el rastro de los años, pero de pronto sus ojos recuperaron los contornos y se volvió hacia la amazona—. Me temo que debo pedir disculpas por aburrirlos con mis recuerdos.

Por toda respuesta, Françoise echó pie a tierra:

—*Je suis fatiguée*. Preferiría andar un poco, *sire*.

Lucía un *godet*, un vestido de escote cuadrado y mangas amplias, rematadas en piel, cubierto por un corpiño ajustado de terciopelo al estilo de Italia, de moda en todas las cortes europeas desde que Carlos VIII de Francia lo introdujera en su corte. El vestido le marcaba el talle y realzaba el pecho generoso. Se cubría con una capa julieta de cuello bajo, que llevaba sin cerrar por el calor del ejercicio. Al desmontar, la capa se entreabrió, dejando a la vista del rey el escote y los hombros desnudos.

—En esta jornada no puedo negaros nada, Françoise. ¿Qué caballero en su sano juicio podría?

Deambularon un rato llevando sus monturas de las riendas. Los ecos de la partida de caza les llegaban amortiguados por el arbolado y la distancia. El emperador observó con discreción el hermoso perfil de su acompañante. Françoise, en ese momento, parecía más seria, con la mirada perdida, cual si se encontrara muy lejos de allí. Llegaron a un desgajadero que les impedía el paso e iba a morir en el lecho de un torrente por el que, pese a lo avanzado de la estación, circulaba un exiguo hilo de agua. El ribazo, de fuerte pendiente, no animaba a intentar la bajada.

Françoise se detuvo, soltó las riendas de su caballo y observó al emperador de frente, muy de cerca. No le resultaba atractivo. La barbilla prognática, apenas disimulada tras la barba, le daba un aire de chiquillo perpetuamente boquiabierto. La estatura era mediana y el carácter melancólico, poco vivaz en contraste con el de Francisco Valois. Al menos, parecía un buen hombre.

Alzó una mano y, sin dejar de mirarlo, acarició suavemente una de sus mejillas con la yema de los dedos.

—*Mon petit enfant...*

Iba el rey a retenerla cuando la mujer se separó y, con una sonrisa traviesa, corrió hacia su caballo. Montó ágilmente y arrancó en un galope suicida por el talud.

Carlos se dio cuenta de que había estado a punto de besar a la amante de su enemigo cautivo. Enfadado consigo mismo, montó a su vez e inició una furiosa persecución. Françoise se dirigía hacia los cazadores. La francesa, pese a sus anteriores aseveraciones, resultó ser una excelente amazona y pronto el emperador comprendió que no iba a poder alcanzarla. Refrenó su corcel y dejó que se alejase.

El humor del emperador se tornó sombrío durante el resto de la jornada. Françoise cabalgaba risueña, bañada por una suerte de despreocupación que se le antojó caprichosa a Carlos de Gante, siempre de un grupo a otro, siempre mezclada con damas y caballeros, de tal guisa que le resultó imposible recuperar el menor resquicio de intimidad con la dama. La ligereza de la sangre que durante toda la mañana le había dominado se volatilizó, mudando agudezas y gracejos por un ceño hosco. Y es que en verdad es el humano corazón como la flecha de la giraldilla, que con la menor brisa cambia sus sentires de modo que lo que hoy es norte mañana es sur y donde dije digo, digo Diego. Pues incluso los más racionales seres que defienden guiar su entendimiento por elevados principios y lógicos argumentos se desconciertan y pierden cuando la pasión les roza y son entonces como niños perdidos en medio de la floresta. Por momentos se sentía el emperador embelecado, presa de la embaidora mujer, por momentos le asaltaba el recuerdo de la serena conversación y refulgían sus ojos descabalados.

Pronto resultó evidente que *madame* de Foix trataba de evitar cualquier atisbo de intimidad con Carlos. Este, desairado, se arrepintió de haber ofrecido a los caballeros franceses el jabalí. Decía para sí que la bella francesa había errado al suponer que él cambiaba una presa regalada por otra inconveniente, pues al cabo allí estaba el rey de las Españas, no solo manco, sino también despernado. Al menos, la excitación, la porfía de la refriega con la bestia lo hubieran mantenido ocupado y mitigado así su creciente frustración.

El joven duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, cabalgó a su vera buena parte del resto de la jornada. Taciturno y decidido, casi un muchacho todavía, Carlos gustaba habitualmente de su discreta presencia, mas ese día no valoró su silencio. Al cabo, el de Alba decidió que su señor gastaba un humor de perros y cuando tuvo oportunidad trocó su compañía por la del caballero Garcilaso de la Vega, regidor de Toledo y antiguo protegido de su abuelo. Garcilaso gobernaba con sus chanzas y requiebros los ánimos de un grupo de españoles, también ajenos a la caza por el deseo de su emperador. Varias damas reían alborozadas los galanteos y celebraban los versos del poeta.

Iniciaban el regreso cuando Françoise de Foix se sumó al grupo de Garcilaso. Fue recibida con una venia del poeta, al que el perfil de la francesa y la perfección de los senos realzados por el *godet* inspiraron un requiebro muy celebrado entre los caballeros:

Con ansia extrema de mirar qué tienevuestro pecho escondido allá en su centro, y a ver si a lo de fuera lo de dentro en apariencia y ser igual conviene, en él puse la vista...

En esas estaba cuando sorprendió el de la Vega una mirada torcida del emperador.



Interrumpió sus versos y dedicó una reverencia a madame de Foix, a la que se dirigió en francés, la lengua de la corte:

—Vuestra belleza es más digna de los loores de un rey que de los de un mal poeta como yo. Disculpad mi atrevimiento, que quería entretener al tiempo que alabar vuestra hermosura, más en ningún caso ofenderos —dijo esto Garcilaso con voz clara, asegurándose de que el emperador lo oyese.

Una ola de guiños y miradas furtivas sacudió al grupo de damas y caballeros que festejaba al poeta. Carlos de Gante se limitó a fijar su ceño en Garcilaso antes de espolear a su caballo y adelantar a la cuadrilla. El regidor de Toledo no era hombre de excesivos cumplimientos. Con un «al diablo» murmurado entre dientes, acercó su montura a la de Françoise de Foix. No ha mucho que Garcilaso había casado por indicación real con Elena de Zúñiga, una dama de compañía de la hermana del emperador. Pero, como en tantos otros matrimonios de conveniencia entre personas de su clase, Garcilaso no sentía excesiva devoción por su esposa. Aun siendo hermosa y provista de una rica dote, no le inspiraba la pasión necesaria para sus afanes con las musas, pues el poeta era hombre que necesitaba padecer en su corazón las desdichas del amor, que se le antojaba que de esa forma se volvían más intensos los colores y más sinceras las efusiones, y poca dicha encontraba en un amor concertado. Y así vivía Garcilaso de la Vega entregado a una perpetua búsqueda del amor, presto siempre al ardor del enamoramiento. En esa melancólica porfía, entreverada con los azares de la guerra, el regidor de Toledo sentía que su pluma encontraba su mejor numen y que su existencia se tornaba de alguna manera más completa.

Entre las penas armas del sangriento Marte, do apenas hay quien su furor contraste, hurté del tiempo aquesta breve sumatomando ora la espada, ora la pluma.

—¿Sois por ventura un ángel? ¿Un diablo, tal vez? Aclaradme esta duda, confesadme vuestro origen para que huya despavorido o a vuestros pies me humille, pues bien sé que tal hermosura no es de este valle de lágrimas, *madame*.

La risa fresca de la mujer provocó miradas celosas en el grupo de cortesanos.

—Decidid vos, caballero, ya que tan seguro estáis de que no soy terrena, si queréis que se os abran las puertas del Cielo o del Infierno. Pero mientras resolvéis seré yo quien huya —y, espoleando a su caballo, dejó al poeta hirviendo desconsuelos y se acercó al emperador.

Este no perdió el tiempo en galanterías:

—Me debéis una explicación, *madame*.

A Françoise le desagradó el tono de sus palabras. «Fatuo borgoñón», le había llamado Francisco Valois. Examinó el perfil del caballero. Esa mañana, mientras paseaban juntos, había llegado a sentir cierta estima por él. Maldijo para sí su suerte.

Sabía que no le quedaban demasiadas opciones. Cuando habló, su voz sonó altiva y reservada al tiempo:

—¿Consideráis prudente que la amante del rey de Francia sea vista en frívola avenencia con el carcelero de su señor? ¿No será mejor fingiros indiferencia en público y mostraros en privado mi devoción?

Dudó Carlos ante tan sensata respuesta, reconociendo para sí lo juicioso de las palabras de la mujer. Su mal humor se desvaneció.

—Tenéis razón, por supuesto. Nuevamente he de suplicar vuestro perdón.

—Por favor, *sire* —brillaban sus ojos azules con una emoción poco definida—, me basta con el placer de vuestra compañía.

Cuando llegaron al alcázar, los dos cabalgaban enzarzados en animada charla.

Los consejeros imperiales estaban divididos. Mercurino Gattinara defendía que cualquier tratado que ratificase el francés tendría el mismo valor que el excremento de una cabra y porfiaba en su postura de invadir Francia: cautivo el rey y destrozada su caballería, la nación se rendiría a los pies del Habsburgo a poco que se forzase la situación. Francisco de los Cobos, por el contrario, advertía de la imposibilidad financiera de sostener esa guerra que, además, se toparía con la oposición de todas las cortes europeas, ya sobradamente alarmadas por el poder del emperador.

Carlos de Gante disfrutaba con las batallas verbales entre los dos hombres. Él mismo alentaba aquellas diferencias que permitían que el delicado mecanismo de la administración imperial funcionase con la precisión de un reloj. Creía conseguir así el justo equilibrio que le mantenía a salvo de favoritos en exceso poderosos, como en su día lo fuera *monsieur* de Chièvres.

Sacudió la cabeza, tratando de librarse del incómodo recuerdo del que fuera su privado. Los dos consejeros permanecían sentados en silencio, fingiendo ignorarse, pero plenamente conscientes de la presencia del otro, como dos lebreles solo retenidos por el tahalí. Le agradaba el contraste entre ellos: la elegancia y la serenidad de viejo jurista de Gattinara frente a la astucia y el sentido práctico de Cobos. Los había mandado llamar porque deseaba contrastar sus opiniones fuera de los consejos, en los que se alzaban demasiadas voces con intereses no siempre disimulados. Los tres se acomodaban en un despacho mal iluminado y peor guarnecido que no resultaba del agrado del emperador, al que los espartanos muebles castellanos no terminaban de complacer. Al menos, se dijo, el fuego del hogar caldeaba la estancia.

—Estoy seguro de que no cumplirá su palabra, no importa lo que jure. Los tratados que se firmen serán papel mojado en cuanto vuelva a Francia —Gattinara alzó nuevamente la voz tras un rato de reflexión. Llevaba insistiendo en la misma idea tanto tiempo que Carlos comenzaba a sentirse harto. Esa noche no conseguía concentrarse: la imagen de la bella Françoise cabalgando a su vera no dejaba de asediarse.

—¿Qué opináis vos, Francisco?

—A nuestro buen Mercurino le asiste algo de razón, señor, pero encerrarlo otra vez en una torre no solucionará el problema ni hará que consigamos un tratado más ventajoso. El rey francés está ya maduro; no tiene el carácter necesario para aguantar mucho más. Aunque, quién sabe —siguió en tono de chanza, para provocar al severo Gattinara—, esa guapa francesa, ¿cómo se llama, Françoise? Igual la dama consigue aliviar sus penas.

Nada más decirlo, Cobos sorprendió un rictus, un espasmo de desagrado en el semblante imperial. A Carlos de Gante no le había gustado el frívolo comentario. Se preguntó por qué.

—Continuad —indicó, tras un titubeo, el emperador.

Allí pasaba algo que se le escapaba. Y Cobos sabía bien que no podía permitirse tal cosa. Decidió dar instrucciones a sus hombres para que realizasen las oportunas averiguaciones.

—El enlace matrimonial con vuestra hermana Leonor y su intercambio por el Delfín de Francia deberían ser garantía suficiente de que cumplirá su palabra —prosiguió—. En cualquier caso, no tenemos muchas más opciones.

—No puedo aprobar ese casamiento —intervino Gattinara sin aguardar la venia de Carlos—. Es absurdo esperar cualquier clase de compromiso de ese fanfarrón. ¿Cómo va a respetar su palabra quien no tiene ninguna? Insisto una y cien veces en que la única salida de este embrollo es invadir Francia. Cualquier otra postura solo llevará al desastre...

—No debéis hablar así del rey de Francia, Mercurino. No os lo tolero.

Se endureció el semblante del canciller. Con gran seriedad, se volvió hacia el joven emperador:

—Disculpad mis modales, mi señor, mas no mi franqueza. Si no queréis que os hable con claridad, podéis prescindir de mí. Si mis años a vuestro servicio y al de vuestra familia no me han dado el derecho a expresarme como entiendo que es mi deber, quizá sea yo el errado. Buscad alguien de mejor acomodo, más joven, que os resulte de trato más llano. Si a vuestra majestad no le place oír nuevas desagradables, el mismo Cobos —miró a este sin fingir aprecio alguno— os servirá como canciller.

Carlos se sentía hastiado. El chantaje emocional del marqués le incomodaba. Bien cierto era que su tacto diplomático y su conocimiento de los mecanismos del poder le convertían en un valiosísimo instrumento de la Corona, pero en los últimos años su estrella comenzaba a declinar. Cada vez más, se dejaba llevar por arrebatos pueriles y por su animadversión hacia Cobos.

—Sosegaos, os lo ruego, Mercurino. Sois vos el que habéis perdido la compostura, no vuestro emperador.

El marqués porfió. No quería dejar pasar la ocasión de poner las cartas sobre la mesa y, pese a la incómoda presencia de Cobos, decidió continuar:

—Sé que en el fondo ya habéis tomado vuestra decisión, mi señor, y que solo esperáis a que Francisco Valois ceda y resuelva firmar los tratados. No os lo puedo

reprochar, aun cuando esté convencido del tremendo error que vais a cometer. Por ello, he de advertiros que no contaréis con mi apoyo. ¡En conciencia no podría dároslo, mi señor! Así pues, en los acuerdos que firméis con ese... —vaciló, buscando un calificativo—, ese reyezuelo sin honor, no esperéis que se estampe mi firma. No seré el bufón de Europa. Firmad vos, Cobos. ¿No queréis mi puesto? —se levantó nervioso, visiblemente alterado, y se acercó al fuego. Fijó la mirada en las llamas.

Carlos se levantó también:

—No puedo tolerar esa actitud, marqués. Ni siquiera los años que lleváis a mi servicio y al de mi familia os dispensan de mantener la consideración debida a vuestro señor natural —dudó un momento. No podía ignorar la falta de respeto de Gattinara, mas tampoco quería que un exabrupto en mala hora le privasen de su mejor diplomático. Para decepción de Cobos, decidió contemporizar—. Retiraos ambos. Mañana discutiremos de nuevo el asunto, y espero de vos otra compostura, Mercurino.

Un cielo sin luna envolvía el alcázar con el resplandor de las estrellas, cual Argos paciente y avizor. Al atardecer, tras la jornada de sol, se había levantado un viento frío que bajaba de la sierra y se estrellaba contra los muros de la fortaleza. Un rumor de soldadesca, de cambios de guardia y exabruptos lejanos bañaba los corredores, se hacía uno con el siseo del viento al atravesar las rendijas de los muros.

En la cámara de Francisco Valois, el fuego crepitaba con animación. Los tocones de encina que se consumían en el hogar caldeaban la estancia. El rey departía con su hermana Margarita. Se hallaban los dos muy juntos, cerca del fuego. El susurro de sus voces se entreveraba con el chasquear de los maderos, un murmullo ininteligible para los oídos que acecharan su conversación.

—¿Habéis conseguido caballos de fresco? —preguntaba Francisco.

—Están ya apostados unas leguas al oeste. Buscarán hacia el norte, pero jamás se les ocurrirá que huís hacia Portugal —las llamas fluctuantes no hacían justicia del aspecto de Margarita de Angulema. Se le veía mala cara; lo comprometido de su situación y el cansancio acumulado pasaban factura a su rostro.

—¿Habéis traído hoy al esclavo?

—Aguarda fuera. Ya casi nadie se fija en él. La pena es no haber encontrado a alguien de vuestra estatura, menos llamativo, en vez de ese negro. Si no fueseis tan alto, resultaría menos complicado suplantaros.

Al rey le brillaban los ojos pensando en su fuga; si lo lograba, el Habsburgo sería el hazmerreír de Europa. ¡Compensaría con creces el deshonor de su captura! Hasta el momento, el plan funcionaba a la perfección. Françoise, sin saberlo todavía, era el señuelo para distraer la atención imperial. Ella se encargaría de transmitirle al de Gante datos erróneos sobre su evasión. Le diría que pensaba escaparse en pleno día disfrazado de panadero. No sería difícil de creer, pues del alcázar entraban y salían

constantemente buhoneros y mercaderes que se encargaban de aprovisionar las reales despensas. Así, la guardia castellana relajaría la vigilancia la noche elegida.

—¿Estáis segura de que la compra de las monturas no ha despertado sospechas?

Margarita respondió con desabrimiento, cansada de las dudas de su hermano:

—Nos han costado una fortuna en sobornos, pero nadie las relaciona con nosotros.

—Bien. Entonces hay que decidirse. Mañana me fingiré de nuevo enfermo. Alegaré una indisposición, lo que justificará tus visitas con el esclavo. Los próximos días saldrás del alcázar como hoy, después de oscurecer. Hay que aparentar normalidad hasta que se acostumbren a las idas y venidas del esclavo. De ese modo, cuando ocupe su lugar nadie sospechará.

—Así se hará, no temáis. Estos castellanos se creen muy recios, pero su atención posee más agujeros que un queso de Gruyère. Se pasan todo el día jugando a las cartas o a los dados, enzarzados en disputas de vendedores de gallinas.

—Tras mi fuga continuarás viniendo a verme como si nada. Si consigues mantener la farsa al menos un día, no serán capaces de atraparme.

—Tendréis que pagar por mi rescate.

—No os preocupéis, Carlos nunca se serviría de una mujer como rehén. Y, en el peor de los casos, vuestro rescate saldrá mucho más barato que el mío.

Dos días luchó el emperador contra los recuerdos aún frescos, clavado en las reales sienes el brillo de una mirada sorprendida. Dos días de sueño esquivo, de turbulentos sentires y resoluciones contradictorias. No quería pensar, dormía mal y eran un escozor los ojos. Veía a *madame* de Foix en todas partes, siempre alegre, siempre fresca la inmensidad de sus pupilas, el rocío de su sonrisa. Departía con ella en cada ocasión, se dejaba arrastrar por la chispa de sus labios y el rubor de su desazón. Y cada vez que se decía que no, que era imposible, brotaba la visión del cuerpo rotundo y esbelto, cual leve soplo que derriba los diques de la contención.

—No merece la pena.

No, no merecía la pena, se decía su majestad, no merecía la pena arriesgar su honor por una hembra. Mas, al tiempo, meditaba en que de vez en cuando surgen seres que parecen hechos para ahormarse con nuestra piel y nuestra sangre, que despiertan el infierno y el paraíso con su sola visión. Que nos hacen sentir estúpidos y desmañados y absurdos e infantiles, que nos hacen sentir vivos y gloriosos. Jamás sospechara que podía ser tan fuerte el embrujo de una mujer. Y la sorpresa del hallazgo era tal que hasta la novedad de sus pensamientos le maravillaba.

Dos días dudó, mas al fin cedieron las carnes a la promesa que se encerraba en la sonrisa de Françoise.

Madrid era una población desgachada, un villorrio adolescente de largas arterias y delgadeces sin garbo que aún conservaba los sabores de su infancia campesina. Sus

calles bullían con un orfeón de balidos, rebuznos, cloqueos y ladridos, y sus gentes olían a estiércol y coliflor aun cuando se vistieran de sedas y brocados. Durante el día, las plazas rebosaban de petimetres que abrían los ojos al contemplar una carroza real o se paseaban con la petulancia de la poca edad. La noche regresaba a su esencia de bosque y despoblaba las calles de paseantes y libertinos. La noche, como siempre en el campo, era dama de espectrales potencias que más valía no despertar.

Garcilaso de la Vega no conocía bien la villa, por lo que tuvo que deambular por las desiertas calles hasta que logró dar con la posada en la que se alojaba Françoise. Con la prisión del francés y la corte del emperador en el alcázar, el séquito de la hermana de Francisco había tenido que ser alojado a toda prisa en hospederías distribuidas por la población. La posada de *madame* de Foix no era ni con mucho de las mejores. Las instrucciones del rey franco a ese respecto habían sido explícitas y habían dado lugar a una marea de rumores sobre la caída en desgracia de la favorita. Garcilaso colegía para sus adentros que algo más debía de esconder aquella disposición, pues, según sus informes, Françoise era la única que no compartía posada con otros franceses en un Madrid atestado.

A aquellas horas, la puerta de entrada estaba cerrada a cal y canto. «Al diablo la discreción —se dijo—. Haga lo que haga, todo Madrid sabrá mañana que la condesa salió de noche de la posada». Conocía sobradamente las artes de la corte para albergar dudas al respecto. Y, pasado mañana, que estuvo con el emperador.

Aporreó el portón con el pomo de su espada. Tras una breve pausa, repitió la llamada. Iba a insistir una tercera vez cuando la hoja de madera se entornó y dejó entrever la faz desgredada de una mujer con una candela. La posadera le interpeló con la misma frialdad que vestía la noche:

—¿Qué buscáis a estas horas?

—A la dama francesa que se aloja aquí.

La mujer no hizo ademán de apartarse:

—Caballero, la señora ya se ha retirado a sus aposentos y no ha dicho que esperase visitas. Si hubiese sabido que era una *dama* —la palabra sonó con retintín— de esa clase... .

Garcilaso contuvo su desagrado. Sacó un real de plata del bolsillo y se lo mostró a la dueña:

—Avisadla de que el caballero De la Vega la espera. Y... —empujó la puerta— servidme una jarra de vino mientras aguardo. Del mejor que tengáis. Y que la jarra esté limpia.

Penetró en una estancia mal iluminada y casi desierta. Un hombre mayor, mercader de mediano éxito por el aspecto de sus ropas, daba cuenta de su cena en una mesa. Un joven rubio de mala catadura bebía en la penumbra. Sus miradas se trabaron un instante antes de que el individuo desviara la vista. Una muchacha le acercó el vino mientras la posadera desaparecía escaleras arriba.

—Es el mejor de Castilla, caballero. De Rueda.

Trasegó con desgana un vino ácido y sin fuerza, preguntándose si aquella moza sabría distinguir el vino del agua de la colada. No le agradaba al poeta la misión que el emperador le encomendara, más propia de celestinas que de hidalgos. Máxime, pensaba, cuando los ojos de ese hidalgo no eran en absoluto inocentes. Pero, ¿qué podía hacer, salvo cumplir el mandado y conducir a la condesa hasta el lecho del Habsburgo?

La dueña bajó al poco tiempo y comunicó a Garcilaso que la dama lo esperaba en sus aposentos. Subió este pensando que su estómago agradecería la abstinencia de aquel vino y encontró a Françoise con una criada, ya preparadas ambas para salir.

—Buenas noches, condesa. Hete aquí que nuestros caminos vuelven a cruzarse — realizó una gentil reverencia.

La mujer respondió con un mohín:

—¿Continuáis preguntándoos si soy ángel o demonio, caballero De la Vega?

—Ya no, *madame*, pues bien cierto es que al corazón no le incumben consideraciones teológicas sobre la belleza. Sea gloria o infierno, ¿quién dejaría de ahogarse en el pozo de vuestros ojos?

Una indefinible expresión se apoderó por unos instantes de la francesa. La mujer examinó abiertamente las facciones finas, los ojos grises, la barba recortada y elegante del poeta. Luego la comisura de sus labios se crispó levemente:

—Mi doncella y yo estamos listas, pero he de advertiros que carezco de monturas; aquí dependo para todo de la princesa Margarita.

—Vaya —terció Garcilaso, contrariado—, no lo había previsto y he venido yo solo a caballo. Mas no hay problema, montaréis conmigo. Vuestra criada no os será necesaria esta noche.

—En ese caso, partamos ya.

Descendieron hasta la sala de la posada y se dirigieron a la puerta. El mercader seguía cenando, abstraído en sus particulares cuentas, pero el joven rubio malencarado había desaparecido.

Estaban a punto de franquear el umbral cuando Garcilaso presintió que algo no marchaba como debía. Sus años de soldado en las campañas de Italia y del Mediterráneo habían aguzado su sentido del peligro. Se detuvo ante la puerta abierta y trató de concretar la corazonada: puede que fuera el silencio de la fonda o la ausencia de la posadera, puede que una advertencia de su ángel de la guarda, pero no le cuadraban las cuentas de tanta quietud. Detuvo con un gesto a la condesa y examinó la calle desde las jambas. Con precaución, echó mano al estilete toledano y se quitó la capa. Aún tuvo tiempo de dedicarle una tranquilizadora sonrisa a Françoise.

—Vayamos pues, *madame*, que las horas vuelan —exclamó con voz fuerte y clara al tiempo que le hacía una seña cómplice.

Sin traspasar el umbral, agitó la capa por el hueco de la puerta. Al punto, alguien tiró una puñalada torcida que se enredó en el paño. Garcilaso se echó hacia delante y

lanzó una estocada al bulto. Un estertor ahogado fue su recompensa, pero no tuvo tiempo para celebrarlo. Un segundo bellaco le tanteó con un tajo que hubiera sido mortal de no estorbarle el herido, que en su caída se agarró al compinche y le hizo trastabillar.

Garcilaso aprovechó el momento para desenvainar la espada y afianzar su posición. Un vistazo le permitió hacerse una composición de lugar. Eran rufianes de navajazo traidor, de los que actúan de noche y en calles mal iluminadas, poco amigos de la pelea franca, en la que hay siempre mucho que perder y poco que ganar. Conocía bien a los de su ralea: trashumantes a la caza de víctimas de ocasión, forzados a cambiar periódicamente de villa para sustraerse a la acción de la Hermandad. Entre ellos se encontraba el que había dado el aviso, el joven rubio de mala catadura. Descontando al herido, quedaban tres. Lo tenía difícil.

Al verlo tan plantado, con la tizona en una mano y el puñal en la otra, los rufianes dudaron; no era lo mismo dar una puñalada felona que arriesgar el pellejo de frente y al descubierto, y aquel puñetero hidalgo se revolvía bien. El más cercano, un sujeto de tez olivácea y cara hervida, debía de ser más hábil con la faca que con la espada, que se le venía demasiado grande. Amagó un golpe un tanto torpe. Garcilaso descargó la tizona y, aprovechando el gesto que el bergante realizó para cubrirse, le clavó el puñal en las costillas. Saltó de nuevo hacia atrás ya solo provisto del acero, salvando una cuchillada en el estómago por centésimas de segundo.

El rictus de rabia de uno de los rufianes al ver desangrarse a su compañero le hizo comprender que no había más opción que matar o morir. No iban a salir huyendo. Su dinero y el riesgo que corrían les importaban ya menos que la venganza. Los dos asaltantes que quedaban se movieron en círculo, calculando sus posibilidades y maldiciendo por lo bajo. El corazón latía en el pecho del poeta, alerta al mínimo movimiento. Iba a lanzar un nuevo ataque cuando una sombra surgió detrás de los dos bellacos. Un tercer compinche, se dijo desalentado, comenzando a pensar que su hora se acercaba. Encomendó su alma a Dios, como tantas veces había hecho.

El recién llegado blandía sendos cuchillos en las manos. Se acercó con paso decidido y, en rápido movimiento, apuñaló por la espalda al más retrasado de los rufianes, que cayó redondo sin saber de dónde le venía la Parca. Garcilaso aprovechó la sorpresa de su compinche para lanzarle un mandoble limpio que le rebanó el pescuezo.

Todo había sucedido en escasos segundos. Respirando agitadamente, incrédulo todavía de su fortuna, el poeta examinó al recién llegado con suspicacia, dudando entre envainar su espada o aprestarse a una nueva refriega. El hombre le devolvió la mirada sin parpadear. Ahora que lo veía mejor, comprobó Garcilaso que su aspecto no era el de los caídos. El rostro curtido, el aplomo y los movimientos precisos del individuo delataban su condición de soldado profesional. También las ropas eran de mejor calidad.

—Voto al Diablo, caballero, vuestra merced es un imprudente al pasearse de



noche por esta villa sin ocultar esa bolsa bien provista —murmuró el hombre—. ¿Tenéis prisa por dar de comer a los gusanos?

—¿Por qué me habéis ayudado?

Sonrieron los labios del soldado, mas no sus ojos oscuros, extrañamente imperturbables:

—Porque sé lo que vale vuestra gratitud, caballero De la Vega —al ver que el poeta echaba mano a la bolsa, lo detuvo con un seco ademán—. No, por favor, teneos.

Garcilaso se preguntaba cómo sabía aquel individuo su nombre.

—Yo solo sirvo a un señor. Quien me paga ya os cobrará el servicio, descuidad. Pero en el futuro no os olvidéis de mí: alférez Puebla, a vuestra disposición.

Garcilaso asintió:

—No lo olvidaré. ¿Soldado, entonces?

—Como vuestra merced, cuyas hazañas son bien conocidas por todos los de nuestra condición.

—¿A quién decís que servís?

—No lo he dicho, caballero. Mas, ahora, id con Dios. La dama os espera —y, dándose media vuelta, se perdió en las tinieblas.

Solo entonces recordó Garcilaso a la condesa. Se volvió hacia ella, que había permanecido todo el rato refugiada en el zaguán de la posada.

—Disculpad mi desatención, *madame*.

Françoise observó fascinada cómo el caballero recuperaba su puñal y limpiaba las hojas de sus armas en la ropa de los muertos antes de envainarlas.

—Espero que nuestros futuros encuentros resulten menos fatigosos, señora.

Garcilaso penetró en el vestíbulo y llamó a voces a la posadera. La mujer apareció con el semblante pálido.

—Avisad a la Santa Hermandad. Decidle que el caballero De la Vega, contino del rey y regidor de Toledo, es el que ha matado a estos rufianes que intentaron asaltarle. Y decidles también que mañana estaré a su disposición en el alcázar real para lo que se precise. Otra cosa: regresaré al amanecer. Cuando vuelva, quiero que todo esté limpio y en orden —Garcilaso dirigió una dura mirada a la posadera—. No hagáis que tenga que preguntarme qué tenéis que ver vos en este negocio.

Se volvió hacia la silenciosa condesa:

—Tened cuidado de no resbalar —le tendió una mano para ayudarla a pasar entre los cadáveres.

El viaje hasta el alcázar fue rápido. Garcilaso exigió de su montura un furioso galope para descargar la excitación de la reyerta y disimular el temblor que siempre le acometía tras un lance de armas. La mujer pegaba el cuerpo al del jinete, aspiraba con fruición el olor a sudor y muerte que despedía, sintiéndose trastornada por la rapidez de los acontecimientos.

Cruzaron entre las tropas apostadas casi sin detenerse, salvo un instante para que

la guardia reconociese a la luz de un fanal el rostro del poeta, muy popular entre los soldados veteranos. Se perdieron por los pasillos que conducían a los aposentos imperiales. En la antecámara del rey, un criado les aguardaba. Hizo una reverencia y franqueó la entrada a la dama. Indecisa, Françoise se dirigió a Garcilaso:

—¿Os volveré a ver?

El caballero le dedicó una sonrisa resignada:

—Seré yo quien os conduzca de regreso a la posada.

Françoise de Foix permaneció largo rato sin conciliar el sueño. A su lado yacía dormido Carlos de Gante, un amante tosco y sin excesiva gracia. Contempló en la penumbra rojiza de las brasas su perfil: así, con la boca entreabierta y los músculos yertos, nadie diría que se trataba del monarca más poderoso que vieran los siglos. La invadió una sensación de irrealidad; ni en sus más confusos sueños pudo imaginarse alguna vez en la seca Castilla, en ese lecho espartano con dosel de terciopelo, velando el descanso del rey de las Españas.

Si hubiera podido elegir su destino... Recordó su infancia en Narbona con sus hermanos y sus padres. Casi todos habían desaparecido, arrebatados por la funesta maldición que perseguía a su familia. Solo su prima Germaine parecía libre de la desgracia. También ella había sido, años atrás y por breve tiempo, amante de Carlos. Contempló el elevado dosel, pugnando por contener las lágrimas. Su situación no tenía salida. Despechada por Francisco, casada para el mundo con el conde de Châteaubriant, amante forzosa del emperador... Maldijo para sí ese mundo de hombres ciegos y arrogantes. ¿Qué hacer? Necesitaba ser fuerte. Los años de convivencia con Francisco, las mil intrigas de la corte tenían que haberla preparado para ello. ¿Por qué entonces se sentía tan desvalida? Imaginó lo que habría sido su vida si en su camino no se hubiera cruzado el rey de Francia, pero desechó la idea con un movimiento de cabeza. No, su vida con Jean de Laval tampoco habría sido placentera. Quizá con aquel poeta, con Garcilaso... Le gustaba la reciedumbre del caballero, su mirada franca y su verbo fluido.

La relación con Carlos no podía prosperar. ¿Cómo podría permanecer en España a su lado? El Habsburgo iba a casarse en breve plazo, ya la boda estaba concertada. Además, era un hombre profundamente religioso que medía sus actos por su conciencia. ¡Qué diferencia con Francisco, al que todo lo que no fuese su satisfacción se le daba un ardite! Sin embargo, aferrarse a la corte castellana era la única baza que le quedaba. Descartaba cualquier regreso a Châteaubriant, consciente del odio que su marido llevaba años acumulando. Y en la corte francesa no sería más que una mujer despechada, un estorbo para todos, aun en el caso de que Francisco le permitiese quedarse en París. Así pues, debía planificar sus pasos cuidadosamente, hacerse imprescindible para Carlos. Un sudor frío la recorrió. No tenía otra opción.

—¿Decís que el regidor ha echado tierra sobre el asunto?

Don Francisco de los Cobos se detuvo en medio del paseo de grava y observó con interés a Francisco de Eraso, uno de sus hombres de confianza. Ambos se envolvían en gruesos embozos, pues la jornada amanecía gélida. Salvo sus dos figuras, los jardines del alcázar se hallaban desiertos: pocos eran los que sentían el capricho de pasear bajo la helada, y menos aún a aquellas horas tan tempranas. Pero Cobos era amigo de dar largos paseos y no parecía afectarle el frío reinante.

—Eso parece, don Francisco —castañeteaban los dientes de Eraso—. Aunque hay rumores, nada ha trascendido sobre quién era el caballero implicado en la lucha e incluso se discute si era francés o español. Difícilmente pueden haber llegado noticias coherentes al séquito de Francisco. A la posadera, la única que llegó a conocer el nombre de Garcilaso, la han sacado de la circulación de la forma habitual. A estas horas se pudre en una mazmorra acusada de connivencia con malhechores. Así que no queda nadie que pueda hablar.

Los jardines se abrían en la zona oeste del alcázar, a la vera de un desnivel que moría cien pies más abajo. Un formidable obstáculo natural que frenaría cualquier ataque desde esa dirección. Ese era el motivo que había llevado a los constructores de la fortaleza a ubicarla allí, por supuesto.

—¿Qué os ha contado de nuevo el alférez Puebla?

—Nada que no sepáis ya. Que el caballero De la Vega la trae todas las noches al alcázar y la devuelve al amanecer a la casa del corregidor de la villa, un amigo suyo, donde la alojó el propio Garcilaso tras la reyerta. No sé si el favor se lo hace el corregidor a Garcilaso o al propio emperador. Sea como fuere, el poeta también se ha mudado a la misma residencia.

Cobos contemplaba con aire distraído las vaharadas de vapor que expelía Eraso al hablar. El agente daba pequeños saltitos para entrar en calor.

—Es extraño. ¿Por qué mudarse ahora? Con el alcázar saturado, mejor hubiera hecho Garcilaso instalándose con el corregidor desde un principio. ¿Por qué antes no y ahora sí? ¿Habrá algo entre ellos, Eraso? ¿Estará nuestro poeta hurtándole la presa al emperador?

—De lo que sucede dentro de la residencia no tengo cuenta todavía. Ahora, respecto al lecho real, sé de cierto que la francesa no da respiro —se permitió una sonrisa cómplice—. Don Carlos tiene más aguante del que hubiéramos imaginado, don Francisco.

—La hembra no es cualquier cosa —respondió Cobos al envite—, pero no es eso lo que me preocupa. El emperador y ella... ¿solo fornican? —preguntó sin tapujos.

También Eraso fue franco:

—No consigue oírse bien la conversación, pero parece que ríen y hablan largamente.

—¿Y sigue yendo Françoise a ver al rey francés?

—Dos o tres veces por semana. Permanece allí un par de horas y se va en cuanto llega la princesa Margarita.

—¿No habéis conseguido saber qué se traen entre manos?

—No. Todavía no se ha podido sobornar al ayuda de cámara de Francisco, mas no dudéis que se hará. Si no, será la propia criada de *madame* de Foix la que nos confirme qué se trae entre manos su ama con el rey de Francia. Aunque digo yo que lo normal es que el francés haga lo que cualquier otro en su situación, después de casi un año sin catar hembra. Vamos, que lo mismo que hace con el rey de España...

—Y, quizá, también con Garcilaso —apostilló Cobos, pensativo—. Pero no tiene sentido. Si fuera cierto, esa mujer haría una fortuna en casa de Juanala Siete Dedos.

Le rio la ocurrencia Eraso. La tal Juana era la matrona del más famoso burdel sevillano, en el que el propio Cobos había dejado más de un generoso escote.

—¿Con qué objeto? —se preguntó Cobos—. ¿Qué podría buscar esa mujer que la llevase a practicar un juego tan peligroso? Algo se nos escapa, Eraso, y no me gusta esa sensación. No sé si esa mujer juega por cuenta de Francisco, por cuenta propia o, quién sabe, *tertius gaudet*, se beneficia un tercero. Necesito conocer sus intenciones. Que vuestros espías aprieten el culo, Eraso. Quiero resultados.

—Así se hará, don Francisco. Como siempre, *ad maiorem Dei gloriam*.

Era el único latín que sabía.

Como si se hubieran roto todas las amarras, Carlos de Gante asistía asombrado a la suspensión de sus más íntimas convicciones, al espectáculo de su alegría espontánea e insospechada. Daba la impresión de que todas las barreras vencían, que todas las potencias agazapadas en su interior desbordaban, entraban en ebullición apasionada e imparable. A medida que avanzaba el otoño, el emperador se volcaba en una pasión que parecía consumirlo, en una fiebre que le abrasaba. Ni siquiera las advertencias de su confesor, el obispo García de Loaysa, conseguían hacer mella en su ánimo. El prelado le reconvenía sobre lo poco apropiado de aquella coyunda que se diría propiciada por el mismo Belcebú.

De alguna forma poco precisa, Carlos intuía la fugacidad del tiempo y se negaba a renunciar a Françoise. Pasaban largas noches encerrados en los aposentos del alcázar, jugando desnudos e inconscientes, riéndose juntos, persiguiéndose por las alcobas y percibiendo cómo el universo se condensaba entre aquellas paredes. Era pasmo y maravilla la mirada del emperador, seducido por la espontaneidad de la hembra, por su ansia de placer, por su naturalidad festiva y arrasadora.

Porque Françoise era una fiesta en la cama, un querer ir más allá, una vitalidad desbordada que la hacía reír, que se desvivía en caricias y cariños, en provocaciones y deseos. Parecía hecha para darlo todo, para satisfacer las ansias ocultas en el corazón del hombre. Y así jugaba con él, excitaba sus deseos paseándose feliz por la cámara

envuelta en una sábana, acercándose cariñosa en un torrente de cosquillas y libertades, de caricias y pasiones.

De vez en cuando escapaban de la prisión de las habitaciones, se perdían por pasillos y recovecos, subían a las almenas de la fortaleza excitados por la posibilidad de que alguien vislumbrara sus figuras de sombra, pero rara vez alcanzaban su objetivo, olvidado por la premura de la carne, que les obligaba a refugiarse en lo más espeso de las tinieblas, les arrastraba al suelo y les despojaba de las ropas en una sinfonía de risas y ansiedades.

—Os encuentro muy silenciosa esta noche.

Apartaba la mirada la mujer.

—¿Qué es lo que os preocupa? Hablad, mi dulce Françoise, hablad sin temor.

Solo el rumor de la lluvia atravesaba los vanos, se mezclaba con los chasquidos de la lumbre.

—He de deciros algo, *sire*. Sabéis que dos o tres veces por semana visito a mi rey...

Se nubló el semblante del Habsburgo.

—¡Oh, no, *sire*, no temáis! —sonrió la mujer al percibir los celos que turbaban el ceño del flamenco—. No se trata de eso. A ese respecto, con Francisco me hallo más segura que con ningún otro hombre... —titubeó—, pues..., digamos que su enfermedad ha menguado su hombría.

Rió Carlos, contento por la nueva. No era cuestión baladí la desazón que le corroía. Sabiéndose sin derecho, no se había atrevido a plantearle la cuestión a la dama, mas, al tiempo, pensaba en ello sin descanso.

Françoise le devolvió la sonrisa para ocultar su zozobra. ¿Para qué decirle la verdad? ¿Para qué decirle que Francisco Valois la había repudiado? Sabía bien que los hombres son criaturas que ansían lo que a otros pertenece en la misma medida en que rechazan lo que otros no quieren. Y su futuro dependía de aquel hombre.

—No, *sire*, no es eso. Se trata de... Mas no sé si debo...

—¡Hablad, Françoise, por Dios! Me tenéis sobre ascuas.

—El rey Francisco planea fugarse.

Margarita de Angulema tiznó a Francisco con esmero, aguantando impertérrita los desplantes y las urgencias del rey, que se consumía de impaciencia por escapar del alcázar. Pese a que la oscuridad de la noche y la escasa iluminación de los pasillos favorecerían el disfraz, la princesa pretendía dejar al albur lo menos posible. Unos minutos de retraso no supondrían diferencia alguna.

Cuando le pareció que el color era suficiente, hizo entrar al esclavo que aguardaba en la antecámara. Era un negro de talla gigantesca, de proporciones similares a las del rey. Los dos hombres intercambiaron sus ropas y Margarita se dirigió por última vez al esclavo:

—Recuerda, Yusuf, permanece en la cama bien tapado todo el tiempo que puedas.

Si insisten en verte o en que un médico te examine, grítales desde debajo de las pieles que solo quieres ver a tu hermana Margarita. Cada hora que ganes será crucial.

El esclavo asintió aterrado. Su corpulenta figura no cesaba de temblequear, de pie en medio de la estancia, absurda en los ropajes reales.

—Venga, métete en la cama.

Aún se volvió Margarita a su hermano para repetirle lo que ya le había dicho cientos de veces:

—¡No miréis a los ojos a nadie! Mantened la cabeza gacha y los hombros caídos y cubríos bien con la capucha de la chilaba. ¡Estáis demasiado erguido, Francisco! ¡Recordad que ahora sois un simple esclavo!

Salieron de los aposentos y pasaron ante dos centinelas armados con picas, que despidieron a la princesa con una inclinación de cabeza. Avanzaron por el pasillo, el rey encorvado detrás, su hermana altiva y grave delante, hasta desembocar en una estancia en la que se amontonaba una veintena de hombres de armas. Penetraban en la sala cuando un alférez se encaró con un soldado. La tropa se distribuía por el amplio espacio en camarillas de cuatro o cinco que, en aquel instante, volvían su atención hacia el rifirrafe entre oficial y soldado. Al descubrir a Margarita y al esclavo, un cabo hizo un gesto y dos de los soldados se levantaron para acompañar a la hermana del rey hasta la salida del alcázar, como solían.

Los dos hombres de armas saludaron a la mujer y comenzaron a caminar delante de ella, abriendo camino. Avanzaban calmos, con desgana, comentando la trifulca en la creencia de que aquellos francos no conocían su lengua.

—El alférez Castillo es un cretino —afirmaba uno.

—Lo malo es que Mendieta tiene la lengua larga y la espada demasiado pronta. Cuando se calienta, piensa poco lo que hace.

—¿Pensar, Mendieta? Ese es un trozo de carne, te lo digo yo. Mejor estaría en el monte con las vacas. Le salva que es valiente, porque con la espada parece un ovejero metido a escribano.

Ambos soldados prorrumpieron en carcajadas. Francisco Valois avanzaba el último, el oído atento y el corazón convertido en una cabritilla. Aquella postura medio encorvada le fatigaba, pero todo lo daba por bueno si al cabo conseguían sus propósitos. ¡Por el turco que él sí se iba a reír a carcajadas! Pero todavía no, todavía no. Antes había que escapar. Los nervios podían traicionarle. Debía procurar sosegar y no cometer un solo desliz.

Llegaron al patio de armas. El arco que daba acceso al bastión exterior se abría a cincuenta pasos. Unos fanales aislados trataban sin éxito de despejar la fosca que reinaba en la plaza cercada por la mole de las edificaciones austeras, oscuras, turbadoras. El rey tenía la impresión de que mil ojos le escudriñaban. Esperaba un grito, un alto, mientras la tensión se aceleraba en el latido de sus sienes. Margarita, por el contrario, parecía asombrosamente tranquila.

Al dejar atrás la plaza de armas y pasar al bastión exterior, su agitación se

incrementó. Cada paso que daban le acercaba a la libertad. Respiró hondo al comprobar que las puertas de acceso a la fortaleza todavía no estaban cerradas. Su hermana le había comentado que aunque la guardia tenía órdenes expresas del general Alarcón de cerrar las puertas y bajar la reja al ocaso, los centinelas solían hacer oídos sordos y aguardar la salida de la princesa Margarita para evitarse el esfuerzo de manejar el pesado mecanismo. Si en algo se distinguían los soldados castellanos era en la forma de interpretar las órdenes recibidas, o mejor dicho, en cómo las acomodaban a su particular conveniencia. Sonrió el rey aliviado. Se decía en Europa que en cada pecho español se agitaba un general en potencia, de suerte que la indisciplina señoreaba por doquier. Y también la iniciativa. Se obligó a recordarse, que una batalla ganada podía perderse y una pérdida ganarse dependiendo solo de que los Tercios coincidieran o no con la intención de sus oficiales. Casos se habían dado en que los hombres vagueaban o peleaban con desidia porque les parecía que la táctica era inadecuada o sus generales poco capaces. Y al revés.

Los centinelas de las puertas exteriores presentaban un aspecto más marcial que los que se amontonaban en la fortaleza. Un oficial daba vueltas por delante del puesto. Al verlos, fijó en ellos una mirada impaciente. Francisco se dio cuenta del escrutinio y su cuerpo entero se tensó. Bajó la vista y se encomendó a Dios.

El oficial era Juan de Gaztañaga, un hidalgo segundón de Guipúzcoa. Aguardaba con inquietud por Margarita y el esclavo, pues temía que en cualquier momento apareciese un superior y le echase la bronca por mantener la reja abierta. Al verlos acercarse, respiró aliviado y se dirigió al caballero francés que aguardaba a su lado el regreso de la hermana del rey franco. En el espantoso lenguaje que se hablaba en los Tercios, mezcla de francés, castellano e italiano con vocablos alemanes y holandeses, le preguntó al caballero si consideraba prudente deshacer el camino hasta la residencia de la villa con la princesa fiando solamente en la fuerza de su brazo y el del esclavo.

El caballero, Chabot de Brion, no conseguía comprender lo que el capitán trataba de decirle. En su agitación, atento por el rabillo del ojo al grupo que se acercaba, se limitó a asentir con nerviosa sonrisa al oficial. Solo cuando este se alejó, penetró en su cerebro el significado del galimatías: el capitán consideraba prudente que les acompañase una escolta a la villa, por lo que se disponía a dar las órdenes para que se formase.

—*Ce n'est pas nécessaire* —exclamó muy agitado Brion persiguiendo al castellano—. No... necesita, no, *gracias, ce n'est pas nécessaire*.

Gaztañaga se volvió, sonriente y servicial:

—*Ce ne sera pas molto tiempo. Attendez seulement cinque minutos*.

Salieron del cuerpo de guardia una docena de soldados y un cabo que se dispusieron a ensillar las monturas. Con parsimonia, el oficial los formó y comprobó personalmente que todos estaban correctamente vestidos y provistos de espada, daga y arcabuz, y que contaban con mecha seca y munición. Mientras tanto, Margarita y

Francisco ya habían alcanzado el portón e intercambiaban nerviosos susurros con Chabot de Brion. El rey procuraba pasar desapercibido mientras maldecía su suerte por haberle tocado un oficial de guardia tan cumplidor.

De súbito, unos gritos rompieron la quietud de la plaza de armas. Dos soldados se acercaban corriendo y dando voces. El almirante Chabot de Brion, seguro de que los habían descubierto, trató de decidir si montar con Francisco y darse a la fuga a caballo, pero desechó la idea: no tendrían más que unos segundos de ventaja antes de que los guardias preparados para escoltarles saliesen tras ellos.

Uno de los soldados se dirigió al oficial:

—Capitán, Mendieta ha acuchillado al alférez Castillo.

Resonó un exabrupto.

—¿Vive?

—Malherido, pero vive todavía.

—¿Qué ha pasado?

—Una discusión por el juego, o quizá una rencilla antigua. El alférez se puso a increpar a Mendieta y hubo un momento en que lo llamó bellaco. Ahí Mendieta tiró de daga. El alférez no tuvo ni tiempo de reaccionar.

—¿Dónde tenéis a ese mentecato?

—Está preso arriba.

El capitán se dio a todos los demonios. Tendría que avisar al general Alarcón. La trifulca había tenido lugar en la sala de guardia del rey francés y este con seguridad habría oído el jaleo. El general querría disculparse por el escándalo. ¡Por todos los diablos! Aquello le iba a provocar problemas. ¡El idiota del alférez Castillo! No tenía mano con la tropa, a la que trataba con arbitrariedad y chulería. Siempre daba problemas. A ver si al menos había suerte y la espichaba el muy cabrón. Porque a Mendieta no tardarían en colgarlo. No iba a ver amanecer dos veces, eso seguro.

Volvió la vista hacia los franceses que esperaban. Dudó si dejarlos salir; las instrucciones de Alarcón eran claras: cualquier problema en la custodia del prisionero obligaba a cerrar la reja al instante —recordó que, en realidad, debía estar ya cerrada — y nadie salvo el emperador podía entrar o salir hasta que el general lo autorizase. No sería demasiado cortés para con la princesa, pero... ¡Que aguardasen! Bastante bronca iba ya a llevarse por culpa del memo del alférez Castillo.

—Sánchez, leva la puerta y baja la reja. Y envía a un hombre a por el general.

Luego se dirigió a la princesa:

—*Je suis désolé, madame, mais vous devez y attendre quelques minutos. Il y a un problème avec les soldats, et... vous ne pouvez pas aller maintenant.*

Margarita comprendió que todavía no les habían descubierto, que la algarada no tenía que ver con ellos. Suplicó al oficial que les dejase salir, obsequiándolo con su sonrisa más zalamera:

—*Mais c'est trop tard. Je vous en prie! Laissez-nous partir, monsieur.*

Gaztañaga se turbó, pero mantuvo su decisión:



—*Je ne peux pas, madame. Je suis désolé.*

Se alejó del grupo de franceses para mitigar su bochorno. Francisco Valois se acercó al almirante:

—¡Hay que salir de aquí! ¡Si cierran las puertas estamos perdidos!

—Es imposible pasar. Todavía queda una oportunidad, *sire*. Debemos ser pacientes.

El general Alarcón, vestido con coraza y perfectamente armado, llegó al patio de armas a los pocos minutos. Gaztañaga lo vio acercarse y se extrañó de su atuendo. Se suponía que el general estaba acostado. Corrió hacia él.

—¿Qué hacéis vos aquí? —preguntó Alarcón al verle.

El capitán se detuvo en seco.

—¿Cómo...?

—¡Que qué hacéis vos aquí, Gaztañaga! ¡Se suponía que hoy estaba de guardia Troncoso!

—Disculpad, excelencia, pero el capitán Troncoso no entra de servicio hasta mañana.

—¡Voto a bríos! ¿Cómo es posible?

El oficial de guardia no conseguía comprender nada.

—¿Ha salido ya la princesa Margarita?

—No, excelencia, precisamente...

Dejándolo con la palabra en la boca, el general se dirigió a paso vivo hacia la puerta. Al divisar el grupo que aguardaba allí, suspiró aliviado y moderó su paso. Se dirigió al gigantesco esclavo negro y, para estupefacción de todos los presentes, le hizo una reverencia:

—Me temo que no habéis elegido la mejor noche para dar un paseo, *sire*.

### 3

## La Alhambra, reino de Granada Otoño de 1526

Don Azevedo Coutinho, embajador en la corte española del más opulento monarca de

la cristiandad entera, don Juan III de Portugal, hijo y sucesor de don Manuel el Afortunado, observó con suspicacia al hombre moreno, barbado y lujosamente vestido que se refugiaba tras el suntuoso escritorio. El mueble, importado de Alemania, casaba bien con su poseedor. Su esencia era oscura, de maderas frías procedentes de los bosques del septentrión, pero la superficie se mostraba repleta de taraceas, vidrios pintados e incrustaciones de ámbar. También el personaje envolvía la dura sustancia de su más íntimo ser en sedas, plumas y sonrisas.

Don Azevedo no se dejaba engañar por tanta cordialidad. Conocía demasiado bien a su interlocutor como para cometer tamaño dislate. Sabía de su avaricia y su afición por el dinero, legendarias en toda Europa y tan solo ignoradas por el propio emperador. Se había reunido con él tras muchas reticencias, consciente de lo que solía suponer un llamado de tal personaje: dinero, más y más dinero para sufragar los delirios imperiales de los españoles. Pero la corte portuguesa no tenía intención de embarcarse en ninguna aventura europea, ni prestar más dinero, por mucho que la hija de don Manuel el Afortunado fuese esposa del Habsburgo desde unos meses antes. ¡Bastante habían pagado ya esa alianza con la dote en verdad fabulosa de la desposada! ¿Acaso no eran suficientes las novecientas mil doblas de oro que Isabel llevara consigo? ¿Hasta dónde llegaba la ambición de los españoles?

En la estancia flotaba el aroma de inciensos exóticos, una fragancia que a don Azevedo le retrotrajo a su residencia de Lisboa. Desechó al instante la añoranza, pues necesitaba concentrar toda su atención en la entrevista que iba a mantener. Por las celosías primorosamente labradas llegaba un rumor de fuentes, de agua doméstica y azahar. La Alhambra le había fascinado desde el mismo instante en que la vislumbró acostada al pie de Sierra Nevada, varios meses atrás, poco después de la boda real. ¡Por Dios, qué belleza, qué delicadeza de arquitecturas, qué exquisitas esencias que aturdíán los sentidos! ¡Y pensar que los constructores de tanta maravilla se la habían dejado arrebatar por aquellos toscos castellanos!

En silencio tras el escritorio aguardaba don Francisco de los Cobos, Contador Mayor, secretario de todos los Reales Consejos salvo los de Aragón, Órdenes y Guerra y, sobre todo, hombre de confianza del Habsburgo. Probablemente, el hombre más poderoso del mundo después del mismo emperador. «Un advenedizo — reflexionó el embajador de Portugal—, un ambicioso y temible advenedizo». Decidió mantener una actitud distante.

—¿De que queréis hablar? *Nao teño muito tempo.*

—He recibido noticias de Francia que creo son de interés para la corte portuguesa. Me gustaría compartirlas con vuestra merced, don Azevedo.

El embajador reprimió la ira que por un instante le acometió. ¡El muy tunante le trataba de *vuestra merced*, como si ambos fueran iguales, olvidando que, por muchos cargos que ocupara, no había ni una sola gota de sangre noble en sus venas! ¡Ni siquiera su matrimonio con una Pimentel le autorizaba a tratarle así!

Su semblante, empero, permaneció imperturbable. Fue su voz la que adquirió un

timbre más seco:

—No creo que vuestros asuntos sean de utilidad para Portugal, Cobos —utilizó a propósito el vos que se reservaba, entre las familias de lustre, para dirigirse a los de inferior categoría. El rostro de Cobos no acusó la ofensa—. Los intereses de mi rey *fican no mar*, bien lejos de Europa.

—Cierto, cierto, Portugal ha vivido siempre de cara al mar y nada quiere saber de los asuntos europeos, pero parecéis olvidar que desde marzo una hermana de vuestro rey es la esposa del monarca más grande que los siglos han visto desde los tiempos de Carlomagno.

Coutinho permaneció callado, esperando que Cobos concretase sus demandas.

—Y ahora que la emperatriz Isabel está embarazada... —perdió un instante la mirada por los tapices, pero inmediatamente volvió a fijar la atención en su interlocutor—. Los astrólogos aseguran que será varón. ¡Quién sabe si ese infante llegará algún día a ser rey de Portugal!

«¡No lo quiera Dios! —meditó Coutinho—, mal nos iba a ir al lado de estos castellanos orgullosos e inflexibles». Contempló a su interlocutor con aire de aburrimiento, indicándole así lo baldío de sus esfuerzos. Cobos prosiguió sin inmutarse:

—¡Qué oportunidad única de que un español, medio castellano, medio portugués, sea dueño del mundo! Tal cosa jamás lo vieron los siglos desde el romano Adriano. Y qué pena que esa herencia magnífica pudiese malograrse... —se levantó y alzó la tapa de un bargueño un tanto desvencijado por el mucho uso situado a su espalda. Se descolgó del cuello una llave pequeña y abrió un cajón, decorado con una taracea de origen morisco, del que extrajo un documento que entregó a Coutinho.

Con inicial desgana, don Azevedo paseó la vista por el pergamino. Cobos le observaba con interés. A medida que avanzaba la lectura, el rostro del embajador portugués fue cambiando, tornándose alerta primero, cerúleo después, cual si una improbable y extraña congestión lo colorease de añil. Uno de sus párpados comenzó a vibrar, imitando a los ojos que se deslizaban raudos por el papel. Al terminar se detuvo un brevísimo momento para reflexionar. Luego buscó la mirada de su interlocutor:

—No sé a dónde queréis llegar, Cobos. Esta *circunstancia* que relatáis es de difícil prueba y, aun siendo cierta, no sé en qué puede afectar a mi rey.

—Bien me gustaría que no fuese cierta, pero tengo la plena seguridad de que todo es tal y como habéis leído. Yo acompañé al emperador a Madrid y conocí de primera mano lo que sucedió, aunque nunca imaginé que llegara a tener trascendencia. Pero reflexionad, amigo Coutinho. Es cierto que se trata solo de un hijo natural..., pero su madre no es una cualquiera. Procede de una de las familias más nobles de Europa, emparentada con los reyes de Francia y de España. Un hijo suyo y del emperador no es un bastardo más. Sobre todo, tenedlo en cuenta, si se trata de su primogénito varón.

Coutinho se removió inquieto en la incómoda silla frailerá:

—¿Lo sabe el emperador?

—En la corte solo lo sabemos vos y yo. No es necesario que lo sepa nadie más.

—¿Qué pretendéis? —Coutinho renunció a todo intento de parecer sagaz; mientras no conociese los hechos, debía dejar que Cobos jugase sus cartas en el orden que prefiriese.

—En ese documento habéis leído que casi con plena seguridad el niño es hijo del emperador. Sin embargo, en la corte francesa se cree que es hijo del Rey Cristianísimo, pues Françoise de Foix fue su amante muchos años y estuvo en Madrid con el franco en las fechas adecuadas. A Francisco Valois se le ha ocultado ese nacimiento; al igual que a mi rey, nada se le ha dicho.

Coutinho no pudo contener su estupor:

—¿No se sabe si es hijo del rey francés o del español?

—Sí que se sabe, Coutinho. Yo sí lo sé. Y vos ahora también. Pero la actual amante del rey de Francia, Ana de Pisseleu, cree que ese niño es de Francisco. Teme que Françoise de Foix recupere su condición de favorita en la corte si llega a conocerse la existencia de la criatura. *Madame* de Foix cayó en desgracia tras el intento de fuga del rey franco y fue devuelta a Châteaubriant. Se rumoreó entonces que fue ella quien alertó al emperador de los planes del Valois y que este respetó su vida solo por exigencia del emperador. Sea como fuere, Ana de Pisseleu está dispuesta a cualquier cosa con tal de impedir el regreso de la condesa. Me han informado de que encargó a un asesino la desaparición del niño. Afortunadamente, este falló en su cometido, pero si no lo evitamos acabará derramándose sangre real —Cobos se detuvo un instante y acercó su rostro al del portugués—. El emperador jamás perdonaría tal cosa. Nuestra posición se vería comprometida si llega a enterarse... de que vos y yo conocíamos el problema.

—¿Qué queréis de mí? —barbotó el embajador portugués sin salir de su asombro.

—Ni a España ni a Portugal les conviene que en el futuro surjan problemas dinásticos. ¿Os imagináis una lucha por la sucesión? Nosotros ya estuvimos a punto de tener una guerra civil por el deseo del rey Fernando el Católico de que el trono lo heredase el hermano del emperador, criado y educado en Castilla, en vez de Carlos, al que sentía como extranjero. Al final se contuvo y confirmó al emperador como su heredero, pero mejor será que tal posibilidad no pueda repetirse. ¡Suerte que el rey Fernando tampoco tuvo éxito en procrear otro hijo con su segunda mujer, Germaine de Foix, la prima de Françoise! Algo tienen las mujeres de esa familia que hace que los reyes pierdan el sentido. Vos, Coutinho, conocisteis a Germaine en Sevilla, y según pude apreciar quedasteis deslumbrado por su hermosura. Algo comprensible —sonrió, ladino, Cobos—. ¡El mismísimo emperador mantuvo un romance con ella cuando no era sino un muchacho de 17 años! Si a Germaine la halláis bella, no hay palabras que puedan describir el encanto de Françoise...

—No puede negarse que Germaine de Foix sea una mujer hermosa —Coutinho se

sonrojó levemente. La antigua reina consorte de Fernando el Católico estaba ahora casada con el duque de Calabria, un amigo suyo, circunstancia que había aprovechado para frecuentar la compañía de la dama. Nunca pensó que pudiera resultar tan evidente, pero ese detalle daba la talla de lo peligroso que podía resultar Cobos—. Empero, ¿qué tiene que ver Portugal con los devaneos amorosos del rey de España?

—Tiene que ver, don Azevedo, tiene mucho que ver —la sonrisa de Cobos se ensanchó. El hombre transpiraba complacencia—. Es un sobrino del rey de Portugal el que puede verse afectado por esos problemas. ¿Os imagináis, el hijo no nato de la reina Isabel perdiendo su corona por culpa de un hermano bastardo? Y aunque lo mejor para el reino sería que ese hijo ilegítimo desapareciera, mi lealtad hacia el emperador no me permite ocultarle su existencia ni consentir que el niño sea asesinado —Cobos se levantó y se acercó a la ventana. Su voz se tornó en extremo persuasiva al proseguir—. Como veis, me hallo ante un dilema de difícil solución. ¿He de ser fiel al rey... o al reino? Claro que, con el estímulo adecuado y dado que los intereses de la corona así lo aconsejan, podría..., digamos que podría *traspapelar* la información de que dispongo y lavarme las manos. La maquinación de los franceses seguiría su curso y el problema desaparecería... definitivamente. De ese modo, Portugal se aseguraría de que la corona española permaneciera en manos amigas.

Coutinho trató de parecer firme:

—Supongo que vuestro olvido se mediría en buenos escudos portugueses, pero ya os he advertido de que mi rey no dará dinero para la guerra contra la liga de Cognac. Mis instrucciones al respecto son muy claras; lo que me habéis contado no hará que cambie la política portuguesa de no intervenir en las guerras entre Francia y España.

Cobos alzó las cejas.

—Coutinho, a veces lográis sorprenderme —se apartó de la ventana y se aproximó al portugués—: Yo no solicito préstamos para el emperador. Mis pretensiones son mucho más modestas y más... privadas. Gracias al comercio de especias, vuestro rey es inmensamente rico. Digamos que no me incomodaría participar de forma modesta en ese comercio.

El embajador portugués se relajó. La silla frailer, que tan dura le había estado pareciendo, ahora casi la sentía cómoda. A pesar de lo que Cobos pudiera pensar, el problema del bastardo de Carlos no le preocupaba en exceso. No creía que pudiese tener una influencia futura más que anecdótica. Don Francisco de los Cobos, como tantos otros advenedizos, daba un valor desmedido a la ascendencia, pero con sus pretensiones al descubierto, el asunto tomaba otro cariz más interesante. Cobos era un personaje poderoso. No podía dejar pasar la oportunidad de sobornarlo, máxime en un asunto en el que el secretario real se jugaba la cabeza. Coutinho lo vio claro inmediatamente: si no impedía ese asesinato, Cobos estaría traicionando al emperador. Así pues, aceptar el soborno suponía poner a Cobos en manos de Portugal

para siempre. Discutiría un poco el precio, procurando, además, asociarlo a algunas de las capitanías donatarias que se explotaban en Brasil, para de ese modo condicionar los beneficios al éxito comercial y a la voluntad real. La ocasión no podía desdeñarse. El rey de Portugal pagaría gustoso el precio; a Juan III no le vendría mal disponer de la colaboración de Cobos para manejar las complejas relaciones que mantenía con su poderoso cuñado. Decidió aventurarse:

—Creo que podríamos llegar a un acuerdo razonable para ambos, aunque ese compromiso debería extenderse algo más en el tiempo y abarcar más asuntos que el que vos habéis mencionado.

—¡No me estaréis pidiendo que traicione al emperador! —exclamó Cobos con ademán ofendido.

Fue el embajador portugués el que sonrió con sorna entonces:

—Por favor, don Francisco, vuestra lealtad no tiene por qué verse comprometida. Podréis seguir sirviendo fielmente los intereses de Castilla y del Imperio. Veámoslo desde otro ángulo: por vuestra posición, tenéis acceso a información muy útil para mi rey, que de ese modo podría entenderse mejor con el emperador.

El secretario real asintió:

—Veo que habéis comprendido el espíritu de nuestro arreglo. Os enviaré a mi sobrino Juan Vázquez de Molina, que goza de mi plena confianza. Se encargará de ultimar los detalles, pero ahora, mi buen amigo, dejemos los negocios —batió las palmas con fuerza y apareció un esclavo moro—. Ahmed, trae una botella de vino y unas salazones. Debéis probar las exquisiteces de la mesa imperial, don Azevedo.

Aunque continuaron charlando todavía un rato en tono distendido de los asuntos de la corte, don Francisco de los Cobos no se relajó sobre la silla hasta que el embajador se marchó. La operación había salido a pedir de boca. Claro que no le había dicho toda la verdad al portugués: no podía asegurar que el bastardo fuera hijo de Carlos, aunque hubiera muchas probabilidades de que así fuera. Aunque por otra parte también podía ser de Francisco o, quizá, incluso del propio Garcilaso. De las relaciones del poeta con la mujer, nunca había conseguido enterarse. Así pues, ¿quién podría certificar aquella paternidad, salvo quizá la propia madre?

Había otro detalle: sobre la mesa descansaba un correo de sus agentes en París informándole de la desaparición del niño. Al parecer, tras salir indemne de varios intentos de asesinato, su pista se había perdido. Pondría a sus hombres tras él, por supuesto... Pero por el momento, a efectos prácticos, el bastardo no existía.

Acababa de vender aire.

## Segunda parte

## Capítulo IX

### Amberes, Países Bajos 1529-1531

#### 1

Había sido un invierno inclemente, de cielos anubarrados que pesaban como una coraza de plomo sobre la tierra encharcada, de borrascas sin fin que difuminaban los contornos y licuaban los sentidos. Durante semanas la llanura costera desapareció bajo los aguaceros. Después, cuando entró el invierno, la lluvia amainó y se convirtió en una endeble mollizna, un aguaviento tozudo, eterno, que aplastaba los espíritus contra la tierra y hacía brotar agallas de los árboles. La tierra entera rezumaba vapor y las ropas húmedas se teñían de verdín. Así, durante meses y meses, que los viejos se persignaban y murmuraban que nunca como en ese *anno Domini* de 1529 se ensañaran tanto los cielos. Y todos, ancianos o niños, menestrales o burgueses, vivían con un ojo en sus asuntos y otro en la corriente crecida de los canales.

Paulette se arrebujó en su húmedo manto de lana y cruzó con paso vivo el Grote Markt de Amberes. Haciendo caso omiso de la llovizna, se dirigió hacia las mansiones que cerraban la plaza por el norte. A su derecha, elevándose sobre los tejados, asomaba la altísima torre de la catedral de Notre Dame, descomunal centinela de las almas de los creyentes. Hasta sus oídos llegaba el rechinar de las gabarras y remolcadores que se agitaban al viento en el cercano río.

Riadas de indigentes llegaban a la ciudad a pesar de las medidas del consejo municipal. Pero ni la prohibición de mendigar, ni el trabajo obligatorio para los pobres a cambio de escasas raciones, ni tan siquiera la amenaza de la cárcel lograban detener la afluencia. Se murmuraba que en todos los Países Bajos, en Alemania y Francia, y hasta en la opulenta Italia, sucedía lo mismo. Las malas cosechas y la peste se unían a los efectos de las guerras imperiales y multitudes enteras huían de sus casas buscando la seguridad imaginada de las ciudades. Los ejércitos de la Liga de Cognac eran derrotados más por la plaga que por las armas del César en Nápoles y en el norte de Italia; el turco Solimán cercaba Viena y extendía su zarpa sobre la cristiandad; Suiza se desangraba en guerras de religión y Alemania, sacudida por la



peste, se aprestaba a seguir el ejemplo suizo y ya los luteranos de Torgau y los católicos de Ratisbona velaban sus Aceros.

El mundo entero parecía haberse salido de quicio. El margrave de Brandenburgo-Ansbach, los duques de Schleswig y Brunswick y el conde de Mansfeld adoptaban la reforma luterana en sus territorios; también en Suecia triunfaba la Reforma de la mano del rey Gustavo I y de la asamblea sueca; Berna se pasaba al bando de Zwinglio, un reformador suizo... Por si fuera poco, por doquier brotaban grupos que no comulgaban ni con Lutero ni con Roma. Les apodaban anabaptistas porque practicaban el rebautismo, pero ellos nunca se llamaban a sí mismos sino hermanos y hermanas en el Señor y predicaban la llegada de un mundo de fraternidad. Las autoridades se mostraban recelosas de tan revolucionarias prédicas y preferían condenar a cien justos que dejar libre a un culpable. De ese modo crecían flores de ahorcados por caminos y plazas; el mismísimo emperador había ordenado que se colgase sin juicio a cualquier sospechoso de herejía. Más valía enviar a un hombre honesto a los Cielos, decía, que permitir que un apóstata campara a sus anchas y pudriera el cesto.

Paulette escuchaba las noticias y sentía que la angustia se le acrecía en el pecho, pero lo que en verdad desazonaba a Paulette era el miedo a que Robert no regresase.

Robert, el antiguo maestro de armas del palacio episcopal de Rennes, se ganaba la vida trabajando como custodio para los Schetz de Amberes, una de las más importantes sociedades de mercaderes de los Países Bajos. Era una familia tremendamente poderosa, con intereses en Alemania y en Suecia, poseedores de fábricas y minas, mercaderes de armas, especias y alumbres e, incluso, dueños de una *façenda* y un *engenho* azucarero en las tierras que llamaban del Brasil. Poderosa y cicatera familia, se decía la moza, pues, aunque Robert se deslomaba viajando con los convoyes de mercancías que se dirigían a Italia o a Suecia, la soldada apenas le alcanzaba para mantener a Paulette y al niño.

En esta ocasión, el viaje de Robert se estaba prolongando más de lo habitual. Debía haber regresado hacía un mes. Cada día se acercaba hasta el edificio de los Schetz para interesarse por las nuevas, pero nada se sabía de su paradero. Paulette se repetía que era normal. Con el invierno encima, solía suceder que los mercaderes hicieran un alto en cualquier posada en espera de que mejorasen los caminos. Ya en anteriores ocasiones había sucedido y esta vez no sería la excepción. Cualquier día Robert entraría por la puerta como si tal cosa y la vida se reanudaría nuevamente. Sin embargo, por más que tratara de tranquilizarse, la zozobra descuadernaba sus entrañas.

Terminó de cruzar la plaza y se apoyó en la pared del almacén general de los Schetz. A cierta distancia, un ujier de poblado mostacho la observaba con aire indeciso. Trataba de decidir si era o no una mendiga, pues en aquella zona los guardias de las poderosas gildas y de las casas de negocios imponían su ley y prohibían pedir limosna. Sintiendo que el rubor inundaba su rostro, se separó

apresuradamente de la pared y compuso el húmedo manto de lana sobre sus hombros. Luego se dirigió con andares resueltos hacia la puerta del edificio. El guarda la reconoció y distendió el semblante:

—¡Ah, eres tú, muchacha! ¡Pensé que se trataba de una de esas pordioseras!

Paulette torció el gesto ante la falta de tacto del hombrón, pero disimuló como pudo y terminó esbozando una sonrisa. No le convenía enemistarse con el guarda.

—No, es que...

—¡No pasa nada, moza! —rió el hombre mientras posaba su vista sobre los pechos de Paulette. Se retorció el rubio mostacho con aires de seductor—: ¡Ya quisieran muchas ricas hembras poseer tus encantos! ¡Ah, si tú dijese una sola palabra!

Hizo caso omiso del comentario. Estaba acostumbrada a las groserías del individuo.

—¿Hay alguna noticia? —inquirió, dejando traslucir un atisbo de ansiedad.

El guarda desvió su mirada del cuerpo de la muchacha y la dejó vagar por la calle.

—Será mejor que preguntes dentro —respondió.

Un mal presentimiento la asaltó. Sintiendo que la sangre se le retiraba del rostro, penetró en el edificio y se dirigió con decisión hacia una portezuela lateral. Ni siquiera se sintió cohibida, como le sucedía habitualmente, por el opulento recibidor que proclamaba al mundo la prosperidad de los negocios de los Schetz. Estatuas romanas, tapices de Bruselas, impostas doradas, óleos que representaban paisajes de amplios horizontes y luces casi sobrenaturales firmados por pintores de la talla de Van der Weyden, Memling o Quentin Metsys susurraban al oído de los visitantes que no encontrarían mejor lugar que aquel para invertir sus dineros.

Haciendo por una vez caso omiso de tanto lujo, Paulette se dirigió por un pasillo lateral hasta una oficina en la que se afanaban unos pocos escribientes inclinados sobre sus libros de cuentas. Buscó con la mirada a uno de ellos, un individuo cachigordo, de rostro fatigado y párpados caídos, que sabía amigo de Robert. Se llamaba Aelbert Berchem y se encargaba de la correspondencia de la compañía con Francia, razón por la que había intimado con el maestro de armas cuando este fue contratado por los Schetz. A él acudía mañana tras mañana para interesarse por el paradero de su marido.

Al verlo comprendió que algo no marchaba bien. El empleado hurtó la mirada, simuló estar concentrado en sus papeles. Paulette se asustó. La sangre le martilleó las sienes y todo su cuerpo comenzó a temblar. Respiró hondo. Siempre la recibía con sonrisas cordiales, pero en esta ocasión era evidente que trataba de eludirla. Le llamó a media voz por su nombre, levantando miradas de protesta del resto de los secretarios. Al cabo, para evitar un escándalo, Aelbert Berchem se levantó pesadamente y se acercó.

—Yo... —murmuró con aspecto contrito cuando estuvo a su lado—. No sé cómo... De veras que lo siento...

Paulette creyó que se iba a desmayar. La sangre se retiró de su rostro, incapaz de concentrarse en lo que le decían. Un puño agarrotó su corazón, tiraba de él como si quisiera arrancárselo de cuajo. Se obligó a prestar atención.

—...fue todo muy rápido —desgranó el empleado con voz insegura—. Uno de los hombres de armas consiguió escapar, pero quedó tan malherido que tuvo que refugiarse en una granja hasta recuperarse. Por eso hemos tardado tanto tiempo en enterarnos.

Muerto. Robert estaba muerto. La idea se negaba a penetrar en su mente, pero todo su cuerpo, desde las puntas de los dedos hasta el último cabello, comenzó a temblar de forma incontenible. Las palabras goteaban en sus oídos con el tacto abrasador del aceite hirviendo. Un asalto de bandidos, una emboscada en algún lugar de la Borgoña, una mala estocada...

Aturdida, estupefacta, Paulette retrocedió unos pasos hasta tropezar con la puerta de entrada. No podía ser cierto. Una espesa niebla velaba sus pensamientos. Tuvo la impresión de que aquello no estaba sucediendo, cual si se contemplara a sí misma desde fuera. Incapaz de quedarse un instante más en aquella oficina, de escuchar una sola palabra más, echó a correr desesperada hacia la calle.

Nunca supo cómo regresó hasta la habitación abuhardillada en la que vivía con Robert y el niño. Avanzó por las calles fuera de sí, ajena a las súplicas de los mendigos y al rodar de los carricoches de los burgueses, la mirada extraviada. Al cabo, subió las escaleras y penetró en la buharda respirando fatigosamente. En el suelo, enfrascado en sus juegos infantiles, localizó a Jean. El chiquillo tenía casi tres años y poseía una inteligencia despierta y un carácter tranquilo y soñador. Al verla entrar, una gran sonrisa iluminó su semblante.

—¡Mamá!

Paulette se abalanzó sobre él y lo cogió en brazos, estrechándolo con tal fuerza que la criatura, asustada, rompió a llorar.

Robert muerto. Robert, el que había sido su fiel compañero durante los últimos tres años, muerto. No conseguía apartar de sí ese pensamiento. Con el niño dormido en el camastro, Paulette permanecía sentada en la oscuridad, la mirada perdida, incapaz de conciliar el sueño. ¿Qué iba a ser de Jean? ¿Cómo sobrevivirían? Hasta ese instante no se había parado a pensar en lo importante que era el hombre de armas en su vida. Se había acostumbrado a su talante tranquilo, a la seguridad que le infundía su presencia silenciosa. Los recuerdos acudían en tropel a su mente, un chorro de imágenes inconexas que la mantenían desvelada. ¡Muerto, muerto, muerto! Repetía una y otra vez la palabra en un esfuerzo por conseguir que penetrase en su mente. Cada lugar en el que posaba la mirada le decía algo de Robert. Objetos que hasta el día anterior le parecían anodinos se le revelaban ahora cargados de evocaciones. Sobre una de las sillas colgaba el ajado sombrero del maestro de armas. ¿Cómo era posible que las cosas pervivieran más allá de la muerte de aquellos que las habían

usado en vida? Se sintió muy pequeña y desvalida. Volvió la vista hacia Jean y dejó que las lágrimas fluyeran por sus mejillas.

Cada vez que pensaba en su vida durante esos años se sentía embargada por un profundo estupor. ¿Qué había sido de la chiquilla ingenua que adoraba a la condesa de Châteaubriant cual si de una reencarnación de la Virgen María se tratara? Había cumplido ya dieciocho años, aunque a veces le parecían muchos más.

Al principio, cuando escaparon de Rennes con el bebé, se habían dirigido por indicación del arcediano Pascal a la abadía de Sélestat, en Alsacia, e incluso llegaron a instalarse en una de las granjas de los monjes simulando ser marido y mujer. Recordaba aquella época con poca precisión, cual si de un sueño ajeno se tratara. ¡Todo había sucedido tan rápido! Primero la huida de Châteaubriant con el pequeño, después el secuestro en casa de Bertrand y la traición de Alain... Y luego el ataque de aquel hombre, el inglés que mató a Brigitte y que a punto había estado de matarla a ella también. Si no hubiera sido por la aparición de Robert... .

Con el soldado se había sentido segura desde el primer momento. En medio de tanta calamidad, el maestro de armas la trató con respeto y la consoló a su manera desmañada cuando comprendió que no volvería jamás a Châteaubriant. También él se había convertido en un exiliado, una pluma arrastrada por el viento de la voluntad de los poderosos.

Durante aquel primer año, Paulette se había encerrado en un hosco mutismo. Se veía abandonada en medio del campo, alejada de los seres que más quería y todo su cuerpo bullía con la quemazón de la ira. ¿Qué había hecho ella para tener que huir como una delincuente? En tales ocasiones, cuando su cabeza comenzaba a dar demasiadas vueltas y el mundo se le venía encima, solía descargar su resentimiento con Robert. Pero el maestro de armas no respondía. La contemplaba en silencio, recibía la rociada de su furia y después, cuando Paulette caía vencida por las lágrimas, posaba una mano robusta sobre su cabeza y le acariciaba con dulzura el cabello. Así, poco a poco, la joven iba tranquilizándose hasta que se dormía.

Con el bebé la cosa fue distinta. El obispo de Rennes lo había bautizado con el nombre de Jean antes de enviarlos a la abadía.

—Legítimo o no —había comentado el prelado con una mueca—, este niño es el único heredero del conde de Châteaubriant. Es justo que lleve el nombre de sus antepasados.

Paulette, por aquel entonces, no comprendía demasiado bien lo que sucedía. Entre la huida y los intentos de asesinar al niño todo se le venía demasiado grande. No entendía los motivos que alguien pudiera tener para hacer daño a una criatura tan dulce. La idea de que aquella vida tan delicada, aquellas manitas y aquella naricilla dependían de ella para todo le llenaba de pasmo y temor. ¡Parecía tan frágil! Cuando lo acunaba entre sus brazos, cuando le daba de comer o jugaba con él, comprendía que haría cualquier cosa para evitar que lo dañaran. Sus sentimientos de admiración hacia la condesa fueron diluyéndose en un cenagal de preguntas sin respuesta. ¿Cómo

podía una madre abandonar así a su bebé?

Gradualmente, Paulette fue amoldándose a su nueva vida. El niño se convirtió en la fuente de sus alegrías. No se separaba de él y disfrutaba con cada nuevo descubrimiento, con cada gracia, con cada sonrisa. Robert trabajaba en el campo durante la jornada y, cuando regresaba al atardecer, solía coger en sus brazos a Jean y pasearse con él por la huerta, hablándole en susurros y apretándolo contra su pecho. Luego se lo entregaba a Paulette y la observaba con aire ensimismado mientras lo acunaba hasta que se dormía.

—¿Estará bien? —preguntaba ante la mínima tosecita o cuando el crío lloraba porque le salía un diente—. ¿No necesitará algo?

Paulette le respondía que sí, que no se preocupara y dejara de agobiarla, que de esas cosas no entendían los hombres. Mas, en el fondo, se sentía complacida por la solicitud y la ternura del maestro de armas.

Tampoco le pasaron desapercibidas las miradas que le lanzaba cuando creía que no lo veía. A los pocos meses de haberse instalado en Sélestat se dio cuenta de que Robert sentía por ella algo más que afán de protección. Comenzó a mirarlo con otros ojos: aunque ya no era joven, pues con sus treinta y tantos años casi le doblaba la edad, su cuerpo se conservaba firme por el ejercicio constante y su rostro no dejaba de ser atractivo. Había en él una delicadeza ruda, una áspera ternura que chocaban en un soldado. Sentirse admirada en silencio por un hombre así consiguió el milagro que sus pocos años no habían logrado: hizo que Paulette aceptase su destino y volviese a sonreír.

—¿Nunca te has casado?

Robert le contó que su mujer había fallecido por causa de unas fiebres poco después de la boda.

—¿Por qué no has vuelto a casarte?

El soldado se encogió de hombros. Paulette se dio cuenta de que no le gustaba hablar sobre el tema y lo dejó estar.

Había pasado casi un año desde que se fueran de Rennes cuando, un atardecer, el hombre le dijo que tenían que hablar. Se sentaron en un banco en el exterior de la vivienda. Dos o tres monjes paseaban por los prados disfrutando del sol mientras aguardaban a que las campanas llamaran a completas.

A Robert le costaba arrancar. Se entretenía haciéndole monerías al chiquillo, se volvía hacia la abadía y se quedaba callado, observaba a la muchacha de reojo.

—Debemos irnos de aquí.

El comentario cogió de sorpresa a Paulette, que esperaba una declaración más íntima. Acertó a preguntar qué había sucedido. Sabía que Robert se mantenía en contacto con el arcediano a través del abad del monasterio, pero, siempre que le preguntaba al respecto, se limitaba a decir que todo seguía igual. Durante los primeros meses en Alsacia, Paulette discutía con frecuencia y se aferraba a la idea de regresar a Châteaubriant. Quería creer que todo el embrollo terminaría arreglándose y

que la condesa convencería a su marido para admitir a su lado al niño.

—Mientras sigamos aquí, el niño correrá peligro. Los mismos que intentaron matarlo una vez pueden volver a intentarlo.

—¿Ha ocurrido algo?

El hombre meneó la cabeza. Le costaba hablar.

—¿Por qué entonces marcharnos ahora? ¿Y a dónde? ¡Durante todo este tiempo hemos sabido que al niño lo buscaba el conde y hasta el momento no ha sucedido nada! ¿Es que...? ¿Es que nos ha localizado?

—No es eso.

—¿Te ha pedido el obispo o el arcediano que nos saques de aquí?

Robert alzó la cabeza y enfrentó su mirada:

—No.

Cada vez entendía menos.

—Hay cosas que no sabes. No podía decírtelas porque... Bueno, ahora ya no tiene importancia —se detuvo, respiró hondo, se decidió a seguir—. El niño no es hijo de un noble cualquiera, Paulette. Nuestro Jean es... Sé que resulta difícil de creer, viéndolo así, viviendo como un simple campesino... Es hijo del mismísimo rey de Francia. —Paulette ahogó una exclamación de sorpresa, pero Robert siguió hablando—: Su madre la condesa, fue la favorita real durante muchos años, hasta que, poco después de quedarse embarazada, Francisco la echó de su lado. Ese fue el motivo por el que regresó a Châteaubriant con su marido, porque ya no pintaban nada en la corte.

Paulette era incapaz de articular palabra alguna.

—A Jean no solo lo perseguían los hombres del conde. ¿Te acuerdas del inglés, el hombre rubio que mató a Brigitte? —la muchacha asintió—. El arcediano sospecha que era un asesino a sueldo de la duquesa de Etampes, la actual favorita del rey, que temía por su posición si llegaba a saberse lo del niño. Por eso quería matarlo.

Paulette meneaba la cabeza. ¡Hijo del rey de Francia! Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral. ¡Su Jean, hijo de Francisco Valois! Comenzaba a comprender muchas cosas.

—¿Y por qué hemos de irnos ahora? ¿Qué ha cambiado?

—El arcediano Pascal nos envió aquí en nombre del obispo para proteger al niño, pero en el fondo se le da un ardite la suerte del crío. Jean no es más que un as en la manga para él, una baza con la que jugar para conseguir sus fines. Es el único que sabe dónde localizarnos. Si conviene a sus planes librarse de Jean o entregarlo a los que desean su desaparición, no lo dudará un segundo. Por eso tenemos que irnos.

—Pero todo eso ya lo sabías antes.

Robert desvió la mirada hacia los campos. La luz del sol iluminaba su rostro, revelando la desazón que le embargaba.

—Pero antes el chico y tú no erais sino un encargo que cumplir. Me ordenaron que os acompañara y os protegiera, y eso hice.

Paulette intuyó lo que iba a continuación, mas no quiso ahorrarle el esfuerzo. Una parte de su corazón le decía que se lanzase al cuello del hombre para besarlo, pero otra le animaba a abofetearlo. ¡Durante todos aquellos meses habían estado en peligro y él lo sabía!

—Ahora os quiero a los dos como si fuerais mi verdadera familia.

Se quedaron callados, perdidas las miradas en el niño que gateaba cerca. Solo pensar en la posibilidad de que alguien le hiciera daño, descomponía las entrañas de la moza. Para ella, Jean sería siempre su bebé, por mucho rey de Francia que tuviera como padre, pero la idea de tan augusta paternidad la desasosegaba. ¿Qué le había dicho la vieja de la alquería de Rennes el día de su llegada? «La sangre real te rodea, niña, y tú misma serás la esposa de un rey». Y había añadido: «Pero la tragedia y el dolor irán siempre contigo».

Meneó la cabeza. Distraída, había estado jugando con el rebozo de la falda, dejando entrever sus piernas. Al darse cuenta de que el hombre la observaba, soltó la tela y enfrentó su mirada. Mas no le salieron las palabras. Le agradaba Robert, se encontraba cómoda con sus silencios y más de una vez había fantaseado sobre lo que se sentiría dejándose acunar entre sus brazos, pero no conseguía olvidarse de que durante todo ese tiempo habían estado en peligro y él lo sabía.

—¿Querrás casarte conmigo, Paulette?

El corazón le dio un vuelco en el pecho. ¿Cómo podía decirle en un momento que ella y Jean no eran más que un encargo que cumplir y en otro pedirle en matrimonio? Sin embargo, en el fondo de su alma, sabía ya la respuesta. La profecía de la vieja bruja no se cumpliría, después de todo: ella no sería la esposa de un rey.

Unos días más tarde, el superior agustino de Sélestat les casó en la capilla de la casa abacial. A la ceremonia solo asistieron dos religiosos en calidad de testigos, pues en la villa todos los consideraban ya marido y mujer y ambos prefirieron no levantar murmuraciones. Fue una celebración sencilla, casi furtiva, que no evitó que a la novia le resbalaran lágrimas por las mejillas en el momento de dar el sí. El novio, pendiente hasta la exageración, se preocupó mucho al verla llorar.

—No seas bobo —le susurró Paulette—, es de contento.

Dos días después de la boda, de madrugada, abandonaron las tierras de la abadía de Sélestat en un carromato tirado por una mula.

Con el rostro arrasado por las lágrimas, Paulette contempló el bulto dormido del niño. Desde aquella mañana en Sélestat, las cosas no les habían ido demasiado bien, pero al menos Robert había conseguido trabajo con los Schetz y ganaba lo suficiente para ir tirando. No habían vuelto a saber nada de Rennes, ni del arcediano, ni de *madame* de Foix. Châteaubriant quedaba atrás, muy atrás, y el amor de Robert le infundía fuerzas para continuar.

Pero todo eso se había acabado. Robert ya no volvería y ella, con solo dieciocho años, se sentía vieja, demasiado vieja.

—Lo tomas o lo dejas, chiquilla.

Paulette contempló con aire ausente al comerciante, que la examinaba de arriba abajo sin ocultar su desagrado. Se trataba de un individuo ya mayor, con abundante papada y una red de arrugas alrededor de los ojos. Los dientes eran pequeños y se veían corrompidos en su interior, lo que revelaba la pasión del fulano por los dulces.

Hizo un gesto vago, tan abatida que siquiera le quedaban fuerzas para regatear. El quincallero interpretó el ademán como asentimiento, retiró el manto de lana y dejó sobre el mostrador dos monedas de cobre. Paulette se quedó mirando el dinero: el muy rufián la estaba timando a conciencia, pues solo el paño de la prenda valía diez veces más.

—Es una estafa —murmuró para sí.

Una chispa de indignación cruzó por la mirada del hombre y Paulette temió que fuera a devolverle el manto. Necesitaba aquellas monedas con urgencia, pero se le hacía cuesta arriba dejarse timar.

—¡Pero qué te habrás creído! —explotó el mercader. La papada bailó al son de los exabruptos de su dueño—. ¡Son malos tiempos para todos, por la Virgen! ¿Es que no ves a tu alrededor? ¡Cientos como tú acuden a mí para que les compre sus miserables ropas, y se supone que mi negocio es vender, no comprar! ¿Cómo quieres que viva así? ¡Fuera de aquí, maldita extranjera, lárgate antes de que avise a la guardia!

Paulette recogió las dos monedas y salió de la tienda. Al notar el viento desapacible y húmedo de la calle se estremeció. Atrajo hacia sí al niño que llevaba en el regazo en un intento de protegerlo de la lluvia y del frío. Acababa de vender la última prenda de abrigo que le quedaba. La última posesión, a decir verdad, pues se había visto obligada a desprenderse de cuanto tenía. Y el invierno no había hecho más que comenzar.

—No te preocupes, mi niño —murmuró—, saldremos adelante. Ya verás como salimos adelante —pero ni ella misma se creía sus palabras.

Desde la muerte de Robert, las cosas iban de mal en peor. Al principio había tratado de cobrar la soldada que adeudaban al maestro de armas, pero los mercaderes se negaron a recibirla. Cada vez que recordaba la escena, Paulette revivía la humillación sentida al comprobar que la trataban como a una pordiosera.

El guarda de la puerta tenía instrucciones muy estrictas. La detuvo cuando se disponía a traspasar el umbral:

—¡Fuera de aquí, pedigüeña!

Incapaz de dar crédito a sus oídos, la muchacha se volvió hacia el hombretón:

—¡Pero si soy yo, Paulette!

El cancerbero se cruzó de brazos, impidiéndole el paso. Cuando insistió, le lanzó una mirada desdeñosa:



—He dicho que te largues. Aquí no tienes ya nada que hacer.

Nunca la habían tratado con tanto desdén. Trató de explicarle que lo único que pretendía era cobrar lo que debían a su marido y que después no volvería por allí, pero no consiguió ablandar al guarda. La indignación se apoderó de ella.

—¡Ojalá tu mujer nunca tenga que pasar por lo mismo! —exclamó fuera de sí—  
¿Crees que si a ti te sucede algo van a ser más misericordiosos con ella?

Paulette creyó entrever un atisbo de compasión en los ojos del vigilante, que suavizó la expresión:

—Yo solo cumplo órdenes, muchacha. Si no lo hiciera, mi mujer no tardaría en verse como tú —se adelantó un paso hasta casi rozarla y, de improviso, acarició con su manaza los pechos de Paulette. Esta dio un brinco hacia atrás, separándose del repugnante individuo—. Si tú quisieras...

—¡Jamás! —sofocada, roja de vergüenza.

Se encogió de hombros:

—Tú verás, pero cuando estés muriéndote de hambre y descubras que nadie quiere darte trabajo, acuérdate del bueno de Rupert. Quizá me sienta generoso y consienta en yacer contigo a cambio de un mendrugo de pan.

En las semanas que siguieron, Paulette comprobó que al guarda no le faltaba razón. Los tiempos eran malos para todos y sobraban candidatos mejor preparados que ella para realizar los pocos trabajos que se ofrecían. Se dio cuenta pronto de que no sabía hacer nada. El que fuera mujer y extranjera tampoco le ayudaba. Mientras Robert vivía, su procedencia francesa no había sido más que un elemento anecdótico, incluso a pesar de que las guerras con Francia arreciaban, pues el buen talante del hombre de armas se ganaba la simpatía de las gentes. Pero ahora ese detalle se convertía en un obstáculo insalvable. Todos desconfiaban de los extranjeros y culpaban a los franceses de sus males.

Apretando las dos monedas de cobre en el puño, se dirigió hacia un almacén cercano a su casa. Caminaba pegada a la pared con Jean en los brazos, encogida sobre sí misma, en un intento por calentar el cuerpo del crío. Notaba el vacío del hambre en el estómago. ¿Cuánto tiempo hacía que no comían? Los últimos días habían sido duros de verdad: sin un solo cobre, sin nada más de que desprenderse, las horas se hacían eternas en la buharda y la cuchilla del frío se cebaba sobre sus cuerpos famélicos. Lo había intentado todo, hasta se había ofrecido por la calle como sirvienta a damas enfundadas en abrigos de pieles, pero solo gestos de asco y rechazo le respondían. Se sentía al borde mismo de la desesperación.

A punto de entrar en el almacén, se dio cuenta de que no podía comprar allí. Durante las primeras semanas, el tendero le había vendido al fiado, pues conocía a Robert y sabía que este, en ocasiones, tardaba en regresar de sus viajes, pero a medida que pasaban los días el hombre se había ido tornando progresivamente receloso hasta que, una semana antes, se negó a fiarle ni un mendrugo más hasta que saldara su deuda. Dio media vuelta y se dirigió hacia un tenducho que se abría unas

calles más lejos. Se trataba de una bodega en la que una vieja desdentada vendía unos pocos repollos mugrientos y unas frutas medio podridas. En otros tiempos ni siquiera se habría fijado en su existencia, pero en ese instante aquella mercancía era la única a la que podía aspirar.

La mujeruca le echó un vistazo cuando entró en la tienda y frunció el ceño.

—¿Tenéis algo de leche?

—Depende.

Paulette se quedó mirando a la vieja sin comprender. Esta rezongo por lo bajo y escupió:

—Enséñame primero el dinero.

Sintió ganas de abofetearla. ¿Por quién la había tomado?, pero se recordó a sí misma su situación y, con gesto retador, abrió el puño y mostró las dos monedas de cobre.

—Y una hogaza de pan —añadió.

La mujer se agachó y extrajo de un desvencijado aparador un pan mohoso y una jarra con un líquido blanquecino.

—¡Está aguada! —exclamó Paulette, incapaz de contenerse.

La vieja se encogió de hombros:

—¿Y qué esperaba la marquesa? ¿Que por ese precio fuera recién ordeñada?

También el pan estaba duro, pero el hambre le corroía las entrañas de tal manera que hasta aquella magra comida le resultaba tentadora. Echó las dos monedas sobre la mesa y se apoderó de la jarra y la hogaza. Comenzó a desmenuzar el pan y a dejar caer los trozos en la jarra. Jean contemplaba embelesado el alimento. Le fue pasando pedazos empapados en leche que el niño devoró con fruición.

—Pobrecillo... —exclamó la vieja, que observaba la escena desde su taburete. Luego examinó con detenimiento a Paulette hasta que se formó un juicio—. ¿Viuda? —preguntó.

Era algo demasiado frecuente. Si el marido fallecía, ¿qué le quedaba a la mujer, salvo pasar hambre? Asintió sin dejar de ingerir los trozos de pan.

—Sois muy joven todavía. Y muy hermosa, eso se ve a las claras. Aunque sin alimentos pronto se marchitarán esas mejillas y se vencerán esos pechos orgullosos.

Paulette se puso colorada por la desvergüenza de la mujer, pero estaba demasiado concentrada en pasarle trozos de pan a Jean y en comer ella misma. La vieja se echó a reír estridentemente:

—¡Dios mío, si sois una chiquilla que todavía se ruboriza! ¡Pues ya veréis qué pronto se os pasan los melindres en cuanto hayáis vendido ese bonito cuerpo a cuatro o cinco marineros borrachos!

La idea le pareció tan asquerosa que incrementó el sonrojo de sus mejillas. Deseó decirle algo hiriente a la vieja, pero no se le ocurrió nada, por lo que siguió comiendo de forma algo más apresurada.

—¡Ya veréis, ya! ¡Si hasta terminaréis por gozar con ello! ¿O es que el cuerpo no

se ha hecho para disfrutar? ¡Ah, quién tuviera unos años menos!

En cuanto terminaron de comer, Paulette recogió al niño y se marchó de la bodega, perseguida por las carcajadas de la vieja. Estaba furiosa por su apocamiento y su timidez. Sabía que la bruja tenía razón, pues eran muchas las mujeres que se echaban a la calle acuciadas por la necesidad. Pero ella no lo haría. ¡Sería capaz de cualquier cosa antes de eso! Saldría adelante. Y sacaría a Jean del arroyo.

Hacía frío, pero la lluvia había cesado. Por lo menos faltaba poco para oscurecer y los dos podrían volver a casa a descansar. No se atrevía a hacerlo antes, pues el casero vivía en el primer piso y Paulette temía que el hombre la detuviera para exigirle el pago del alquiler atrasado. Jakob el Tuerto, el propietario del edificio, gastaba las horas acechando desde su cubil, pegado a una jarra de cerveza tibia y atento a cuanto acontecer le sacara de su letargo. Los años le habían dejado una gruesa barriga, un ojo de menos y un carácter mezquino y encallecido. Mientras Robert vivía se deshacía en reverencias, aunque Paulette era muy consciente de las miradas que le dirigía con su único ojo cada vez que el maestro de armas no estaba delante. Pero el Tuerto comenzaba a sospechar que la ausencia de su marido se debía a algo más que a un simple retraso y no perdía ocasión de atosigarla con sus demandas. Tres días antes, cuando Paulette regresaba de una de sus búsquedas de trabajo, le cortó el paso:

—¡Vaya, si es nada menos que la marquesita del ático! —apestaba su aliento a ajos machacados y cerveza rancia. El único ojo del individuo brillaba salaz—. ¿Y vuestro caballero andante, *madame*? ¿Todavía no ha regresado?

Paulette agachó la cabeza y apretó a Jean contra su pecho. Murmuró un «Pronto vendrá, no os preocupéis por vuestro dinero» y se escabulló escaleras arriba, pero antes de que lo consiguiera, la manaza del hombre le apresó el brazo:

—Óyeme bien, francesita —escupía gotitas de saliva sobre el rostro de Paulette—. No creas que Jakob es un estúpido y que no se ha dado cuenta de que tu soldadito no regresará jamás. ¡Probablemente a estas horas está con cualquier mujer de verdad y ni se acuerda de ti! —una risa abrupta brotó de su garganta. Paulette trató de liberarse, pero el hombre la tenía bien amarrada. Jean comenzó a llorar—. Si hasta ahora he hecho la vista gorda ha sido para que comprendas que Jakob es un buen hombre, dispuesto a perdonar una deuda si se le trata con cariño.

—¡Dejadme! —se revolvió la muchacha—. ¡Tendréis vuestro dinero!

El Tuertole lanzó una mirada resentida y soltó la presa:

—¡Pues pagad, entonces! ¡Mañana mismo quiero el dinero o llamo a la guardia!

Desde entonces, Paulette se levantaba muy temprano y no regresaba hasta bien entrada la noche.

Jean tiritaba. El jubón apenas protegía su cuerpo de la fría brisa que llegaba del río. Lo cogió otra vez en brazos y lo acunó. Se sentía extremadamente fatigada.

Aelbert Berchem se detuvo un momento en el umbral de la puerta de los almacenes

Schetz, se arrebujo en su sobretodo y echó un vistazo a derecha e izquierda con gesto mecánico. Dirigió un ademán de despedida al guarda y comenzó a caminar por la travesía. Sin saber por qué, le vino a la cabeza el recuerdo de la villa de Vianden, en su Luxemburgo natal. Sacudió la cabeza, en un intento por alejar de sí la nostalgia.

—¡Esperad! —le llamó una voz desde una esquina poca iluminada. Se giró y divisó a una muchacha mal vestida que se acercaba con un crío de la mano. «Otra mendiga», pensó incomodado. Resultaba imposible avanzar dos calles sin tropezarse con un pedigüeño. Iba a darse la vuelta para alejarse, cuando la reconoció: se trataba de la francesa, la mujer del malogrado Robert. Se fijó en ella: había adelgazado y sus ropas a duras penas la defenderían del frío. Tampoco el niño presentaba mejor aspecto, con los ojos que daban la impresión de no caber en su rostro demacrado. Reprimiendo un sentimiento de lástima, esperó a que le alcanzasen.

—*Monsieur Berchem*, disculpad, si tenéis un momento...

Aelbert echó un vistazo a derecha e izquierda y permaneció callado.

—¿Sabéis algo de la soldada que se le debe a Robert? —se la veía ansiosa. Bajo los ojos se le marcaban unas bolsas moradas que acentuaban su aspecto enfermizo. El niño se aferraba a las faldas de la madre y le contemplaba con desconfianza.

Aelbert meneó la cabeza:

—Lo lamento, no puedo ayudaros —le incomodaba que le hubieran detenido tan cerca de los almacenes. Pensó en seguir caminando, pero no se sintió con valor para dejarla allí tirada sin darle al menos una somera explicación—. Comprendedlo, yo también tengo esposa e hijos que alimentar. Si me vieran con vos... —escrutó la calle nuevamente, cada vez más nervioso. Se disponía a reanudar su camino cuando la mano de la muchacha le sujetó con fuerza el brazo.

—No, no, aguardad, se trata de otro asunto... Necesito vuestra ayuda, *monsieur Berchem*. Sé que sois un buen hombre, por eso recurro a vos. El niño y yo estamos en una situación desesperada. Desde que murió mi marido he conseguido sobrevivir vendiendo nuestras pertenencias, pero ya no me queda nada.

—Ni tan siquiera una sopa caliente puedo ofrecerlos. Hay días en que yo mismo no tengo nada para calentar el estómago —mintió, sintiéndose algo avergonzado, y es que no se atrevía a enfrentarse a la cara que pondría su mujer si aparecía en su casa con dos bocas más—. Lo lamento, debo irme... —se liberó de la mano que le aferraba el brazo y echó a andar por la avenida, alejándose del almacén y de la mujer.

—Necesito que escribáis por mí una carta, *monsieur Berchem*. Os aseguro que no os lo pediría si tuviera alguien más a quien recurrir.

Aquello le intrigó lo suficiente para hacerle volver la cabeza.

—No os arrepentiréis, os lo prometo —suplicó Paulette.

—Está bien, está bien —cedió—. Seguidme y contadme de qué se trata.

Estaba decidida. Le había dado mil vueltas en la cabeza, había intentado retrasarlo, confiando en que un milagro cambiara su situación. Cada vez que contemplaba el

rostro enflaquecido de Jean, sentía que se le bajaba el alma a los infiernos. Haría cualquier cosa por él, cualquiera..., incluso si ello suponía ponerse en peligro. Escribiría a *madame* de Foix para pedirle ayuda. Cabía la posibilidad de que la carta no llegara nunca a sus manos o, peor aún, de que fuera leída por su marido, Jean de Laval, pero ya no sabía qué otra cosa hacer.

Acompañó a Aelbert Berchem hasta su casa, en uno de los barrios humildes aledaño a las murallas. Por el camino le fue explicando lo que quería de él. Como encargado de la correspondencia con Francia de los poderosos Schetz, el hombre sabía perfectamente cómo hacer llegar la carta a Châteaubriant, e incluso asegurarse de que se le entregaba personalmente a *madame* de Foix. O al menos podría intentarlo.

—¿Hijo ilegítimo de la condesa? —Aelbert no daba crédito a sus oídos, pero Paulette contaba con su asombro y con la posibilidad de una recompensa para interesar al hombre. Le explicó más o menos su situación, aunque se calló lo que le había dicho Robert sobre la paternidad del niño. Nadie le creería si contaba que aquel arripiezo famélico era hijo del rey de Francia. Bastante inverosímil sonaba ya la historia de la huida del castillo, de su secuestro y de la marcha con Robert a Sélestat —. ¿Me estáis tomando el pelo?

—Ojalá, *monsieur* Berchem. Mi vida habría sido muy distinta. Pero lo que os he contado es la pura verdad. Este niño es el único heredero del conde de Châteaubriant.

La mirada caída del hombre se deslizó hacia el crío con interés.

—Suenan difícil de creer... .

—¿Para qué iba a querer escribirle a la condesa si no fuera cierto cuanto os he dicho? ¿Me vais a ayudar o no?

El hombre se detuvo en medio de la calle. Se encontraban en una calleja sin empedrar, flanqueada por viviendas destartadas. Unos cuantos arripiezos alborotaban cerca de allí.

—Me arriesgo mucho, debéis saberlo. Si alguien se entera de que utilizo los medios de la compañía para usos particulares...

—En cuanto esa carta llegue a su destino, *madame* de Foix enviará monedas suficientes para compensaros por vuestros esfuerzos. No lo dudéis.

Aelbert suspiró:

—¡Está bien, está bien! ¡Todo sea por la amistad que me unía a vuestro marido! Pero os aseguro que jamás he hecho nada tan arriesgado.

Paulette le dedicó una sonrisa de agradecimiento. No le cabían dudas sobre las motivaciones del individuo, pero se trataba de su última esperanza.

—Hemos llegado —indicó Berchem—. Solo espero que mi mujer no me arranque los ojos de cuajo.

Una neblina lechosa envolvía el barrio, difuminando los contornos y dotándolos de una suerte de liviandad espectral. Paulette, con el niño en brazos, avanzó pegada a la

pared sin dejar de escrutar la calígene en derredor. La oscuridad de la noche solo se veía interrumpida por el mortecino resplandor de algún fanal. Aelbert Berchem había accedido a enviar la carta e incluso les había dado unos mendrugos y unas manzanas viejas para comer. No era una mala persona, aunque no podía decirse lo mismo de su esposa. La mujer no había dejado de rezongar y vigilarla como si pensara que, al menor descuido, Paulette iba a meter el cazo en la olla que humeaba sobre el fogón.

La puerta de la casa se hallaba entreabierta y el interior a oscuras. Introdujo la cabeza entre las hojas y trató de escuchar algún sonido. A esas horas el Tuerto estaría durmiendo la borrachera, pero no quería arriesgarse. Dio un paso y volvió a detenerse, atenta al menor ruido. Notaba las palpitaciones del corazón y la respiración regular de Jean en su cuello. Avanzó un poco más hasta que topó con las escaleras y comenzó a subir peldaño a peldaño, deteniéndose cada vez que un crujido de la madera rompía el silencio nocturno.

—¡Alto ahí, pequeña zorra!

El bramido llegó desde el nacimiento de las escaleras, a sus espaldas. Creyó que se le escapaba el corazón por la boca. Se precipitó hacia el ático. Subió los peldaños de dos en dos, atropellada, fuera de sí. El Tuerto. Había estado aguardándola, al acecho en su madriguera.

Con agilidad sorprendente, el hombre subió tras ella sin cesar de gritarle que se detuviera. Un alud de imprecaciones salía de su boca renegrida. Paulette, cargada con Jean, tropezó varias veces en la oscuridad. El viejo le ganaba terreno e incluso llegó a sentir su zarpa rozándole el repulgo de las faldas. Si conseguía llegar a la buhardilla... Siempre dejaba la puerta abierta para no hacer ruido por la noche.

La entrada de la buharda daba directamente al frente de las escaleras. Paulette alcanzó el descansillo y se abalanzó con un último impulso sobre la puerta. El tremendo topetazo la dejó medio aturdida. ¡Cerrada! Comprendió que el Tuerto la había cerrado con llave. Estaba cogida. Apoyándose contra la madera, jadeando, al borde de la desesperación, se volvió.

—Maldita ramera... —en la oscuridad, distinguió la sombra descollante del viejo que alcanzaba el piso. Un tufo a cerveza y sudor invadió sus fosas nasales, le provocó arcadas de repugnancia—. Así que la pequeña zorra quería darme esquinazo.

Jean comenzó a lloriquear. Paulette notó una zarpa que trataba de asir su cuello y lanzó una patada hacia delante. Escuchó una imprecación justo antes de que un puño golpeará su oído con brutal fuerza.

—¡Putá! ¡Francesa de mierda, maldita puta, me las vas a pagar! ¡Con Jakob no se juega, zorra!

—¡Dejadme en paz!

Una enorme barriga la aplastó contra la pared y el aliento fétido se hizo más intenso. Jean, atrapado en medio, gemía y se aferraba a su cuello. Las manazas del borracho revolvían sus ropas, hurgaban a tientas, trataban de alcanzar los pechos:

—Nadie se ríe de Jakob, ramera. Pagarás de una u otra manera... —una garra

alcanzó su entrepierna y escarbó con ansiedad en su sexo. El niño chillaba. Paulette se debatía al borde de la histeria.

—¡Nooo! —el grito resonó, atronador, en la oscuridad. La muchacha se abalanzó con todas sus fuerzas sobre el hombre que, cogido de sorpresa, refuló, trastabilló y, antes de que pudiera reaccionar, se desplomó de espaldas por las escaleras.

—¡Hija de...! —no llegó a decir nada más. Un topetazo y un violento crujido sajaron su imprecación.

Un silencio fúnebre, solo roto por los sollozos de Jean, se apoderó de la vivienda. Paulette trató de calmar su respiración. ¿Qué...? No se atrevía a moverse. ¿Lo habría...? La mera posibilidad la abrumaba.

El sonido de un cerrojo al descorrerse en el piso inferior la sacó de su inmovilidad. Comenzó a bajar a tientas las escaleras. Al llegar al primer descansillo, sus pies tropezaron con el cuerpo tendido de El Tuerto. Estaba inmóvil. Fuera de sí, se precipitó escaleras abajo. La luz de una linterna asomó por la puerta del segundo piso, pero antes de que alguien saliera superó el descansillo y continuó bajando.

—¡Eh! ¿Quién va? ¿Qué sucede? —Pero Paulette no se detuvo. Tenía que salir de allí cuanto antes. Si la detenían, terminaría colgada de una soga.

Una capa de mugre fue tiznando sus pieles. La grasa y la humedad mantenían los pelos pegados al cráneo y alimentaban a un ejército de piojos. Las chinches dejaban una cordillera de picaduras en la piel y las pulgas bailaban sin recato por entre las ropas. Paulette se pasaba los días de un lado para otro, indiferente a la suciedad, a la mezcla de sudor y cochambre. Solo el hambre tenía cabida en su mente, la obsesión por llevar algo de alimento a su estómago y al del pequeño. Solo el hambre y el miedo a que la detuviera la guardia del burgomaestre por ejercer el ilícito oficio de la mendicidad.

Pronto descubrió que hasta entre los pobres existían diferencias. Ciertamente, es la mezquindad la más común de las fiebres que aquejan a la humana naturaleza, capaz de provocar diarreas de engreimiento hasta en la hez de los porqueros. Pues, ¿no sucede con harta frecuencia que el que tiene dos mira por encima del hombro al que tiene uno? ¿Y no hace este lo mismo con el que tiene medio, y así sucesivamente? Paulette lo comprobó cuando, acuciada por la necesidad, decidió acercarse a una de las casas de misericordia que dependían de la Cámara de los Pobres de Amberes.

Conocía la Cámara, por supuesto. Hacía poco que había sido reorganizada a raíz de las disposiciones imperiales que prohibían la mendicidad e instituían el trabajo obligatorio para todos los pobres que no estuvieran físicamente incapacitados. En sustancia, se encargó a la Cámara la tarea de organizar brigadas de trabajadores mendigos, sacarlos de las calles y enviarlos a reparar carreteras y edificios, cultivar tierras o desecar pantanos, según se terciase, a cambio de manutención. Robert le había contado que con frecuencia mendigos y jornaleros remataban las obras a palos.

—Los mendigos se quejan de deslomarse únicamente por la comida mientras los peones cobran salario por realizar la misma tarea —le había explicado el maestro de armas— y los peones acusan a los mendigos de robarles sus puestos de trabajo.

Paulette lamentaba no haberle prestado más atención, pero en aquel entonces no podía sospechar que pronto necesitaría acudir a la Cámara de los Pobres. Esta dirigía varias casas de misericordia diseminadas por toda la ciudad que se encargaban de alojar a los necesitados y cuidar de la organización de las brigadas. Tuvo que hacer acopio de valor para dirigirse a una de ellas. La idea de recibir limosna pública se le hacía cuesta arriba. Una reticencia visceral detenía sus pasos cada vez que pensaba en recurrir a la misericordia del municipio. Al cabo, fueron las facciones demacradas de Jean las que la hicieron reaccionar.

Una masa de tullidos aguardaba la apertura de las puertas del albergue. Una multitud de ciegos, cojitrancos, ancianos cadavéricos y jóvenes paralíticos, viejas prostitutas con las huellas del mal francés, obreros textiles sin trabajo, peones tan esqueléticos que lucían sus huesos a modo de enseña, niños despernados que se deslizaban sobre plataformas de madera con ruedas, muchachas de tetas flácidas y gruesos pezones de los que colgaban criaturas famélicas... La hez de la sociedad, los excrementos de la riqueza, se daban cita en la plaza.

Una mujerona calva la sujetó por el hombro:

—¡Eh, tú, a la cola! —graznó.

Paulette sintió un estremecimiento de repugnancia. Se zafó de la garra con un movimiento espasmódico. La hembra aceró su lengua:

—¿Pero quién te crees que eres, escoria de todos los infiernos? ¡Pues anda que no me quede ciega, que a la duquesa le da asco mi mano! ¡Anda que es señoritinga la muy zorra! ¿Es que no te has visto la jeta, marquesa de las alcantarillas?

Paulette reculó entre la multitud, consciente de que muchos la observaban con irritación. Comprendió que su aspecto no se diferenciaba del de quienes la rodeaban.

—¡Tú! ¿Tienes póliza?

Dio un respingo al escuchar el vozarrón que la interpelaba. Al girarse, se topó de bruces con un individuo de escasa estatura y aspecto amazotado, cuyo rostro aparecía hendido en dos desde la frente hasta la barbilla, cual si el filo de un hachote se hubiera mellado al chocar contra su cráneo. Le faltaba la nariz, que era solo un hueco informe, y la mayor parte de los dientes. Los ojos fieros la inspeccionaron con desdén. Paulette reparó en que también le faltaba una pierna. Esgrimía una tranca como muleta.

Se quedó inmóvil, sin acertar a responder. El sujeto debía de ser alguien con autoridad, pues los que estaban cerca se apartaban para dejarle paso.

—¿No has oído a Hendrick Dos Caras? —alguien le dio un empujón por la espalda. Se vio rodeada por un círculo de miradas hoscas. Un ciego escupió en su dirección—. ¡Responde, putilla! ¿Tienes póliza?

—¿Qué... qué es eso? —balbuceó.



El cojo dio un paso al frente y acentuó la intensidad de su escrutinio. Una lengua negruzca asomó por su boca, allí donde se le partían las facciones en dos. Paulette luchó por no mostrar su repugnancia.

—No eres de aquí, ¿verdad? —preguntó al cabo el individuo, escupiendo al hablar un roción de gotitas de saliva. Resultaba difícil entenderle—. Tienes acento francés y ni siquiera sabes lo que es la póliza.

Paulette negó con la cabeza, incapaz de apartar la mirada del sujeto. El corro se estrechaba. Jean contemplaba al hombre con curiosidad.

—Únicamente los que poseen la póliza de pobres pueden recibir ayuda de la Cámara —sus palabras fueron seguidas por una ráfaga de asentimientos.

—¿Qué debo hacer para conseguirla? —aventuró la muchacha, con voz algo más firme. No se iba a dejar intimidar. Estaba harta de dejarse intimidar.

—¿Habéis oído? ¡La francesita pregunta que qué debe hacer para conseguir la póliza! —exclamó el cojo. Su rostro se deshizo en una mueca imposible y una carcajada salió de la fosa de su garganta. Las risas restallaron en torno a ella.

—¡Solo los nacidos en esta ciudad tenemos derecho a la póliza, muchacha! ¿Creías que el señor burgomaestre iba a ser tan generoso como para alimentar a cuanto muerto de hambre llegara a nuestra bonita ciudad? —se acercó hasta casi rozarla—. Aunque siempre hay formas de conseguir una. Sobre todo si tienes a Heindrick Dos Caras de tu parte. ¿Verdad, muchachos?

Otra ristra de carcajadas y asentimientos. Paulette notaba que el asco y la indignación vencían al miedo. Estaba harta de que todos buscaran lo mismo.

—¿Qué dices? —insistió Heindrick.

Se dio la vuelta antes de que el pordiosero se pegara a ella y echó a correr entre la masa de mendigos con Jean en brazos. ¡Y pensar que le había costado un tremendo esfuerzo decidirse a acudir a las casas de misericordia porque lo consideraba el último recurso! Ahora sabía que ni siquiera allí la querían. Se hallaba, ciertamente, en lo más profundo de la fosa.

Paulette aceró su mirada y sepultó bajo una losa de indiferencia su pasado. Tomó la determinación de escapar de aquel infierno cuanto antes por sus propios medios, sin depender de nadie. La mano displicente de los poderosos la había zarandeado desde que tenía consciencia, utilizándola como un peón en una partida de ajedrez. Incluso los años pasados primero en Sélestat y después en Amberes con Robert, su propia boda, no eran sino movimientos erráticos sobre el tablero, intentos desesperados por huir de aquel destino que habían trazado en su frente con hierros de marca. Mas no volvería a suceder. Jamás volvería a permitir que la utilizaran.

Se convirtió en un animalillo de las cloacas, un ser siempre alerta, siempre al acecho. Dormía donde podía y hurgaba en las basuras de las casas acomodadas para llevarse a la boca los restos putrefactos de los banquetes de los ricos. Guardaba los bocados más enteros para el niño y se quedaba con lo demás.

La primera vez que robó se dio cuenta de que nada malo había en ello. Fue en un mercado y resultó asombrosamente fácil: se limitó a esperar a que una clienta entretuviera al vendedor para salir de su escondite tras un carromato, agarrar por el pescuezo un pollo que colgaba de un gancho y echar a correr cual si todos los diablos del Infierno la acosaran. Despistó a sus perseguidores sin problemas, pues había elegido una hora de gran concurrencia y la multitud le sirvió de pantalla protectora.

Esa noche encendió un fuego y por primera vez en varias semanas el niño y ella comieron caliente. Tuvo que ahuyentar a pedradas a dos pordioseros que pretendían quedarse con parte del pastel, pero a esas alturas ya había aprendido que de nada valían los miramientos.

No sintió el más mínimo remordimiento. Desde que tenía uso de razón, la habían aleccionado contra el robo. Estaba acostumbrada a ver los cuerpos descompuestos de los ahorcados a la entrada de las ciudades: pobres hombres que cambiaban su vida por unas manzanas o un poco de carne. Los había contemplado con repugnancia y jamás dudó de la justicia de aquellas muertes. ¡Eran ladrones, forajidos, proscritos! Ni siquiera se le había ocurrido pensar en los motivos que podían haber llevado a aquellos hombres y mujeres a abandonar sus hogares y lanzarse a la delincuencia.

Progresivamente, a medida que se derribaban las contenciones, Paulette fue afianzándose en su nueva vida. Aprendió a deslizarse sigilosamente, inadvertida tras su aspecto de pobre muchacha cargada con un pequeño, y a hurtar el cuerpo a los guardias del mercado. Aprendió a pedir limosna y a sonreír mientras sus dedos cada vez más ágiles libraban las lazadas de las bolsas y aligeraban a los burgueses de la carga de sus escudos. Hubo ocasiones en que no consiguió su objetivo y se quedó con dos palmos de narices, pero poco a poco fue perfeccionando sus artes. Nadie desconfiaba de su aspecto dócil, de su expresión dulce. Rondaba los puestos de carnes y frutas con Jean en brazos y aprovechaba el menor descuido para apoderarse del botín. Aguardaba a que algún mercader descendiese de un carruaje y se hacía la encontradiza, cual si no se hubiera percatado de la presencia del burgués. Se deshacía en disculpas y zalamerías que apaciguaban al personaje y desaparecía con la bolsa por una callejuela lateral.

Se dio cuenta de que poseía un talento natural para desvalijar a los incautos, una ligereza de movimientos, un desenfado de los modales que le otorgaban la ventaja fundamental.

—Una limosna, buen señor, por caridad...

Ni siquiera le acongojaba ya la idea de mendigar. Algo dentro de ella disfrutaba con el juego, con la doblez que le llevaba a sonreír al que le negaba la limosna al tiempo que le libraba de su talega. Comenzó a darse cuenta de muchas cosas que antes le pasaban inadvertidas. ¿Por qué eran tan duras las leyes que castigaban el robo? Porque los ricos temían a los indigentes. ¿Por qué prohibían mendigar al tiempo que aliviaban sus conciencias con la sopa boba de los pobres? Porque tenían miedo. No era desprecio, no era caridad. Era miedo. Un terror atávico, un

estremecimiento de las carnes rollizas, de las pálidas pieles. Acarició esa idea con fruición. En su alma, al rencor contra los que la habían utilizado y rechazado se sumó el más hondo de los desprecios.

De vez en cuando esperaba a Aelbert Berchem a la salida del trabajo y le preguntaba si tenía noticias de Châteaubriant, pero la respuesta era invariablemente negativa. ¿Cómo era posible que la condesa rechazase ayudar a su propio hijo? El desprecio por la nobleza se reavivaba en su corazón, pero se había propuesto salir adelante y no quería darse ocasión para el desfallecimiento. ¡Por la Virgen, convertiría al hijo del rey de Francia en el más hábil de los rateros, en el príncipe de los cortabolsas! La ocurrencia le hizo reír a carcajadas, contenta por primera vez en mucho tiempo.

—No necesitamos a nadie más, pequeño —le decía—. Tú y yo nos bastamos. ¡Yo te daré la vida de un rey! ¡Pero de un rey de verdad, un rey libre y dueño de su libertad!

No se descuidaba: acechaba los rumores de los corrillos para prevenirse y adoptaba cuantas precauciones le aconsejaba el sentido común. Sabía que, de ser apresada, Jean no sobreviviría, y esa idea le bastaba para renunciar a un botín si no lo veía demasiado claro.

Cada mañana se dirigía a la catedral de Notre Dame. La empinada torre gótica rascaba el ombligo de las nubes, altiva y desafiante, señora absoluta del Imperio. A su alrededor, una efervescencia constructiva sin parangón levantaba palacios y templos al dinero. El mismo emperador Carlos, que se mostraba indiferente a las masas de mendigos, estaba empeñado en convertir la ciudad en una permanente exhibición universal, un canto de piedra de su poderío. Canteros, peones, picapedreros, escuadradores, herreros y tejadores trabajaban por doquier, pululaban de aquí para allá mezclándose con los mercaderes, los prestamistas y los empleados. Y, tras ellos, un enjambre de esposas, hijas y hermanas acudía diariamente a llevar el almuerzo a sus hombres. Paulette, en medio del gentío, pasaba completamente desapercibida.

O, al menos, eso creía la muchacha. Una mañana de finales del mes de febrero del *anno Domini* de 1531 comprobó con espanto que no era tal. Se había dirigido como todos los días a los alrededores de la plaza de la catedral para espiar el tráfico de mercaderes y buscar una víctima propicia. Desde que el emperador había instalado sus reales posaderas en Bruselas, un mes antes, Amberes hervía de excitación ante la perspectiva de la inminente visita del monarca y el dinero saltaba de las bolsas incapaz de reprimir su entusiasmo. Una visita imperial siempre abría la posibilidad de obtener prebendas, mas para ello se hacía necesario previamente vaciar la bolsa con largueza y discreción en las manos adecuadas. Muchos acudían a la ciudad con las talegas cargadas con sus últimos recursos y ponían los dientes largos a los descuidados.

Paulette bregaba por aprovechar la súbita abundancia. Unos días atrás había librado de la responsabilidad de custodiar una crecida bolsa a un recadero,

probablemente un ordenanza de alguna importante compañía. El botín le permitiría pasar con holgura el resto del invierno, pero aun así no quería desperdiciar la racha. Así que esa mañana estaba decidida a repetir el éxito. Fijó su atención en un estrambótico individuo que se paseaba de forma llamativa por la plaza de la catedral, pues más parecía dar saltitos nerviosos que caminar. Su cabeza era pequeña, dominada por unos dientes que sobresalían por encima del labio inferior y por unos ojos que no se quedaban nunca quietos. Se cubría con un gorro de fieltro adornado con plumas, a modo de casquete, que resaltaba aún más el menguado tamaño de la testuz. Su indumentaria resultaba chillona, en exceso colorida y pretenciosa, con una chaqueta roja sin mangas con aberturas para los brazos y un cuello grande, doblado hacia abajo. Los calzones de terciopelo verde holgaban cual banderas sujetas a mástiles, que a la legua se notaba que el figurín no acostumbraba lucir tales atavíos. Un petimetre provinciano, un cazador de canonjías llegado de algún remoto señorío. Debía de estar aguardando por algún personaje principal para dirigirle sus súplicas. Bajo la capa, a la altura de las caderas, se percibía la protuberancia de una talega.

Paulette esperó a que, en sus idas y venidas, el barbilindo se situara lo más alejado posible del centro de la plaza. Caminaba dándose las de gran señor, se acercaba a los grupos de paseantes, sonreía a diestro y siniestro en un ir y venir atolondrado, saludaba ampulosamente e intercambiaba comentarios que eran recibidos con desdeñosa sorpresa por los mercaderes y nobles que holgaban por la plaza. Tras una larga espera, Paulette vio llegado el momento de actuar.

El individuo se había detenido a corta distancia para sacarse una piedrecilla del zapato. Concentrado como estaba en la tarea, ni siquiera la vio acercarse. Al notar que alguien se le echaba encima soltó un gritito amedrentado, que se convirtió en risilla falsa cuando comprobó que solo se trataba de una muchacha mendiga. Trataba aún de reponerse de la sorpresa cuando Paulette, deshaciéndose en mil excusas, torció por una esquina y desapareció.

Se alejó rápido de la plaza. Todo había salido a pedir de boca. El muy tunante ni siquiera se había percatado de que le aliviaban de sus miserias. El peso de la talega en su mano le transmitía un calorillo prometedor. Se introdujo por un callejón para examinar el botín. La excitación del empeño corría por sus venas. Se sentía pletórica, segura de sí misma. Por primera vez en su vida no dependía de nadie. Aquellas monedas que tintineaban en la bolsa confirmaban su independencia. ¡El fantoche saltarín ni se había dado cuenta! No sentía ni el menor remordimiento. Lo más seguro era que aquel señoritingo, deslumbrado por la gran ciudad, dedicara sus horas de aburrimiento a forzar campesinas, tan déspota en sus dominios como acoquinado en la corte.

Abrió la talega e introdujo la mano. Se quedó estupefacta. ¿Qué era aquello? En vez de oro, su palma rebosaba de pequeños discos de metal sin valor alguno. ¡Por todos los infiernos, era un engaño, el fantoche no poseía ni un mísero cobre! ¿Qué diablos...?

Fue entonces cuando los vio: a pocos pasos, bloqueando el pasaje, dos individuos con dagas al cinto la contemplaban en actitud inconfundiblemente amenazadora. Quiso darse la vuelta para escapar, pero se topó de bruces con el figurín de la plaza. Debían de haberla seguido. Comprendió que era una trampa. Ni siquiera intentó revolverse.

—Registradla —ordenó el petimetre—. Y cuidado con que escape.

—¡No! —gritó Paulette. No soportaba que la manosearan—. ¿Buscáis esto? —alzó la bolsa—. ¡Pero si no tiene más que chatarra! —se la lanzó al fulano de los ojos saltones.

—El puñal.

Se encogió de hombros, aparentando indiferencia, pero estaba muy lejos de hallarse tranquila. Sacó un cuchillo de debajo de las ropas.

—Parece que por fin ha caído la ladronzuela... —ladró uno de ellos.

—Y a fe que es hábil la condenada.

### 3

La fonda de Klara Hätzlerin escondía sus guisos en un pasaje ciego de los alrededores de la iglesia de Saint Jakob, una zona poblada por regatonas, esportilleros, menestrales y artesanos venidos a menos por la carestía y las pestes de los últimos tiempos. Las callejuelas que rodeaban el templo habían ido enmarañándose con los años hasta convertirse en un nudo de pasadizos, angosturas y portillos tan menguados que impedían el paso de las cabalgaduras.

La explanada de la iglesia, con sus losas de piedra y sus puestos de feriantes, era territorio neutral. El resto, las gargantas y los túneles que horadaban el enjambre de viviendas, los desfiladeros a la sombra de voladizos que impedían el paso de soles y vientos, los corredores de geografías tornadizas eran territorio ganado para la causa anabaptista, laberinto de utopías, abono de herejes que alimentarían las hogueras de la recién importada Santa Inquisición si esta pudiera echarles el guante. Era esa confusión de trazados la razón por la que se había instalado allí la hermandad de los rebautizados.

Comenzaba la tarde cuando Klara Hätzlerin entró en un pequeño comedor en la trasera del figón que regentaba. La mujer bamboleaba su desmesurada humanidad y gesticulaba tan alborozada como una doncella el día de su primer baile.

—¡Ha regresado, maese Hans, el padre ha regresado, bendita sea su estampa!

Hans Gotha se incorporó de un salto, abandonando el guiso del que daba cuenta.

—¿Dónde está? ¿Se encuentra bien? —se precipitó hacia la salida. Hacía semanas que esperaban su regreso.

—Teneos, maese Hans, teneos, que el buen padre llega cansado de tanto viaje. ¡Bendito sea el Señor, que nos lo devuelve sano y salvo! —se estampaban cruces contra los pechos inmensos de la matrona—. ¿Quién sabe las penurias que habrá tenido que soportar por esos caminos? ¡Si se dejara de tanto viaje y se quedara con nosotros! ¡Ay, Señor, cada vez que pienso en un santo varón como él, así, a la buena de Dios, expuesto a los peligros del mundo! Le he preparado un barreño con agua caliente y no hace cinco minutos que lo dejé en remojo. Así que gastad antes el almuerzo, que falta os hace y el padre bien necesita unas friegas. ¡Venga, sentaos, ea! ¡Quiero ver vuestra escudilla más vacía que la bolsa de un párroco al salir de un burdel!

Hans Gotha sonrió, incapaz de resistirse al borbotón de palabras y aspavientos de la mujer, y se dejó conducir de regreso a la mesa. Tan deslenguada y enérgica como rolliza, la flamenca era una mujer de armas tomar, una viuda que ejercía de madraza de la hermandad y no consentía ni un desplante a sus guisos.

—¿No os gusta el *waterzooi*? —Klara le observó con gesto de enfado.

—No, no, mujer, bien está, tan exquisito como siempre —era cierto. Jamás había probado guisos de pescado tan deliciosos como los que salían de la cocina de la flamenca—. ¿Tenía buen aspecto el padre?

—¡Buen aspecto! —rezongó Klara, que ya se marchaba—. ¿Cuándo ha tenido buen aspecto el pobre? ¡Si no sé cómo le cabe tanta energía en ese cuerpo escuchimizado! ¡Ah, si fuera cosa mía! Un par de semanas y como me llamo Klara que lo devolvía más orondo que un arzobispo romano.

Hans dejó que saliera y siguió con el almuerzo. Ese día no conseguía apreciar la calidad del guiso. Su cabeza bullía, agitada por los rumores que corrían por la ciudad. Con el emperador en los Países Bajos, todo hacía pensar en un recrudecimiento de las persecuciones contra los anabaptistas. El burgomaestre y el jefe de policía de Amberes se sentirían en la obligación de demostrar su celo. Se hacía necesario extremar las precauciones y, al tiempo, calmar los ánimos de la comunidad.

La vida, en verdad, tallaba sus propias obras, indiferente a los bocetos de los hombres. Casi seis años llevaban en los Países Bajos Baltasar Sachs y él. Seis años de persecuciones y constante deambular. No podían quejarse, ciertamente: las congregaciones de hermanos florecían en la sombra, se multiplicaban por Flandes, Hainaut, Artois, Lieja, Brabante... También por Alemania y por el norte de los Países Bajos una red de hombres y mujeres abrazaban la nueva fe.

La masacre de Mühlhausen habían cambiado muchas cosas. Por toda Europa, las gentes comprendieron que no sería la guerra la que haría posible la instauración del Reino de Dios, que de nada valía el enfrentamiento abierto con príncipes y obispos. Thomas Müntzer había empuñado la espada, pero había olvidado el corazón. Cuantos

anhelaban una vida más justa y fraternal comenzaron a unirse en comunidades aisladas que ponían sus bienes en común y procuraban no llamar la atención. En vez de luchar, llevaban a la práctica sus creencias en silencio, a escondidas, cual si en vez de auténticos cristianos fueran malhechores.

Constituían un mundo subterráneo. No eran muchos, varios centenares en Amberes quizá, pero el número de adeptos se incrementaba sin cesar. Cada semana se celebraban ceremonias bautismales por aspersion en las riberas del Escalda. Y en Suiza y en Austria, en Holanda, en el Tirol y en la Alemania central y del sur germinaba la semilla y se constituían nuevas comunidades de hermanos de fe.

Eran en su mayoría gentes pacíficas. Comerciantes, hiladores, bataneros, campesinos, estudiantes y predicadores, un ejército invisible que luchaba con palabras de devoción. Una efervescencia de las ideas, un burbujeo de esperanza alentaba sus vidas tocadas por el soplo de la inmensidad. Se reconocían por señas y caminaban en las sombras, pero todos esperaban el día en que el Reino de Dios se hiciera universal. Y, mientras tanto, vivían en el amor fraternal. Se reunían semanalmente en casa de alguno de los hermanos para conmemorar la cena del Señor. Los anabaptistas rechazaban la presencia real, corpórea, de Cristo en los elementos del pan y del vino. El pan, decían, era solo pan y el vino era solo vino. La cena era un memorial que debían celebrar los creyentes y no una recreación del sacrificio del Hijo de Dios.

Por encima de creencias y celebraciones, lo que maravillaba a los nuevos adeptos era la experiencia diaria de la vida en común. Compartían sus bienes y jamás dejaban a uno de los suyos en la estacada, pues sabían que nada de lo que poseían les pertenecía en verdad. Como entre los primeros cristianos, entre los hermanos no había tuyo ni mío sino nuestro, de suerte que todo se distribuía según las necesidades de cada cual.

El padre Baltasar había regresado. Viajaba constantemente, llevando en la boca y en el alma la palabra de Dios. Su fama como predicador corría de boca en boca igual que un torrente subterráneo: sus sermones ablandaban los más resacos corazones y hacían brotar lágrimas de los alcornos.

El problema era que Baltasar vivía muy cerca de Dios, pero tan arriba no debían de tener mucha idea sobre cómo funcionaba la vida diaria. Así que le tocaba a él ocuparse de lo cotidiano: cosas tales como dónde comer o dormir, cómo distribuir las donaciones y mil otros pequeños detalles que pasaban desapercibidos. «Alguien tiene que hacerlo», se decía, y se encogía de hombros. ¡Si al menos el padre trajera buenas noticias! Su llegada no podía ser más oportuna. Tenía que hablar con él cuanto antes, aunque mucho se temía que lo que iba a decirle no le haría ninguna gracia.

Apuraba el guiso cuando un individuo ataviado con una chaqueta de vivo bermellón y unos calzones verdes demasiado grandes asomó por la puerta y brincó al interior de la estancia. Sus ojos se movieron inquietos hasta descubrir a Hans. Al verlo, se plantó frente a la mesa y comenzó a saltar alternativamente sobre uno y otro

pie.

—Ah, hola, Hans, estás aquí.

El carpintero contuvo la sonrisa. Jos el Pulga. Jamás había conocido a nadie al que el mote le sentara tan bien. El tipo se pasaba la vida dando saltitos, igual que si caminara sobre las ascuas de una fogata.

—Vaya, Jos, se te ve imponente, con tanto colorido.

El Pulga dejó escapar una risita de satisfacción, pero se fijó en la expresión irónica de Hans y su boca se abrió en un gesto de dignidad ofendida. Los protuberantes dientes superiores le daban un aspecto de rata disgustada.

—¿No te gusta? ¡Pues qué poco entiendes de ropa, caramba! De todos modos, solo es un disfraz —cambió de tercio mientras se sentaba en una silla—. Precisamente te buscaba para decírtelo. Me vestí así para pasearme por la plaza de la catedral, ya sabes, a ver si llamaba la atención.

Hans resistió las ganas de hacer un chiste fácil.

—¿Y? —apremió al ver que su interlocutor se quedaba callado.

—¿Y qué?

Había días en que le entraban ganas de sacudirlo para ver si espabilaba.

—Supongo que no habrás venido solo a enseñarme el disfraz.

La sonrisa acentuó el aspecto de roedor:

—Claro que no —y cerró la boca.

—¡Arranca, por Dios! ¿Qué es lo que pasa? —el Pulga era un buen tipo, Hans estaba convencido de que se dejaría arrancar la lengua por la hermandad. Lo habían encontrado un año atrás medio desangrado y cubierto por una capa de moscas en uno de los basureros del puerto, no lejos de un lupanar de ínfima categoría. Alguien había considerado que ya no necesitaba de sus servicios como burdelero y prescindió de él por el método más expeditivo. Cuando lo encontraron, llevaba dos días tirado entre los desperdicios y se hallaba al borde de la muerte. Klara lo recogió y lo puso en manos del padre Baltasar. Era un milagro que hubiera sobrevivido, pero desde entonces el Pulga había dejado atrás su antigua vida y se había convertido. Siempre estaba dispuesto a echar una mano donde se le necesitara, pero eso no evitaba que le sacara de quicio.

—Pues que llamé la atención —la sonrisa se expandió todavía más en su exiguo rostro, que quedó estancado en una mueca ratonil.

—¡Genial! ¿Y qué es lo que te hace tanta gracia, por todos los infiernos, Jos?

—¿Recuerdas el percance de la semana pasada, cuando una descuidera le birló a Marteen la talega con el dinero recién donado por el mercader?

¿Cómo no iba a acordarse? Había sido un golpe duro para sus planes, pues contaban con aquellos florines donados por un mercader que simpatizaba con ellos para aliviar la situación de muchas familias. Sin el dinero, el año se presentaba crudo. ¡Por Dios, no paraba de culparse por su estupidez! ¿Cómo se le había ocurrido enviar a un hombre solo a tal encargo?



—Pues estuve dándole al caletre y me dije que si nos había robado una vez, bien podía hacerlo otra más. Y que si me vestía así, de ricohombre, y me asomaba por el mismo lugar jactándome de bolsa bien cebada, tenía bastantes probabilidades de que la ladronzuela volviera a caer en la tentación —Jos parecía tremendamente divertido, rebosante de satisfacción—. ¡Y tenía razón, Hans, me ha robado! ¡A mí, te das cuenta! ¡Me ha birlado la bolsa tan limpiamente que no colegí lo sucedido hasta un rato después!

—Vaya. Fantástico —ese día debía de tener la mollera un tanto espesa. No atinaba a comprender tanto alborozo.

—Sí, ¿verdad? Increíble, realmente increíble. Esa muchacha es estupenda, te lo digo yo. ¡Ni siquiera sentí sus dedos!

—Emocionante, Jos.

—Pues espera a lo mejor: la hemos cogido.

—¿Cómo? ¿Qué habéis hecho?

—Pues eso, todo era una trampa, la cogimos un poco después cerca de la plaza. La tenemos ahí al lado. Es extranjera, ¿sabes? Y muy joven. ¿Por qué no hablas con ella? Quizá te diga dónde guarda el dinero, ya sabes, a ti se te dan mejor esas cosas.

¡Pardiez! Hans no sabía qué pensar. ¿Sería posible recuperar el dinero? Si lo conseguían, evitaría un disgusto al padre y, lo más importante, podrían ayudar a muchos hermanos. Estaba impresionado por la ocurrencia de Jos. Nunca volvería a minusvalorarlo. No después de eso.

Examinó al Pulga sin disimular su sorpresa. El hombre se irguió ufano y acentuó todavía más su sonrisa: dos filas interminables de dientes amarillos.

—Formidable, Jos. Ha sido una idea brillante.

El Pulga se marchó con la sonrisa a punto de desencajarle las mandíbulas.

Paulette rumiaba ansiedades y reproches, dejándose llevar por un rabioso desconcierto. Se había confiado y ahora pagaba las consecuencias. ¿Qué iba a sucederle? ¿Y a Jean? Al pensar en el chiquillo la angustia le agarrotó el estómago. ¡Qué estúpida había sido! Al menos, sus captores no eran hombres del burgomaestre. De eso estaba segura, pues en ese caso la habrían llevado directamente a los calabozos de la fortaleza del Steen. La sola idea de verse en tal lugar bastaba para aterrorizarla. Si una mínima parte de las historias que se contaban del siniestro castillo eran ciertas... .

Pero aquellos individuos ni siquiera se acercaron al Escalda. Se internaron por las callejuelas del Jakobskerk, una zona de pasajes interminables y confusos, todos idénticos, todos diferentes, tan enmarañados que Paulette comprendió que jamás saldría de allí sin ayuda. Si no pertenecían a la policía de la ciudad, ¿quiénes eran? El saltimbanqui de la chaqueta roja y las calzas verdes no tenía nada de noble, ni siquiera de provincias, como había supuesto al principio. Bastaba examinarlo con un poco de detenimiento para darse cuenta. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua? El

sujeto más semejaba espantapájaros embutido en ropajes de volatinero que hijodalgo rústico, por muy caballero que quisiera aparentar. Y si no se trataba de un noble, los otros dos tampoco eran sus hombres de armas. ¿Entonces...?

Varias veces preguntó adónde la llevaban, pero no obtuvo respuesta. Al cabo, tras mucha vuelta y revuelta, llegaron a la trasera de un edificio que en nada se diferenciaba de sus vecinos: una casa de ladrillo enfoscado sobre armazón de madera, de dos pisos, en una calleja maloliente.

—Entra. Y no intentes nada, te lo advierto.

Un fuerte olor a cerveza derramada y a guisos nuevos asaltó su olfato. Por la sala se distribuían varias mesas que habían conocido mejores tiempos, a juzgar por los manchones y las muescas de navaja en la madera. Se hallaba en el reservado de una taberna.

—Aguarda ahí.

El espantapájaros de la chaqueta roja desapareció por una puerta lateral. Los otros dos le indicaron una mesa. Se sentó donde le indicaban. La angustia inicial iba cediendo y en su lugar brotaban mil preguntas. Cada vez comprendía menos lo que sucedía, pero parecía evidente que no iban a encerrarla. Intentó alejar de su mente las otras posibilidades. Antes que prostituirse se mataría, si aquellos canallas pretendían obligarla. Algo en sus entrañas se había vuelto más duro que el pedernal en los últimos meses.

Compartía un cuchitril en una barriada con otras dos familias y solía dejar a Jean al cargo de una de las mujeres. A esas horas, ya pasado el mediodía, la mujer comenzaría a impacientarse, dejaría a Jean para atender a sus propios hijos. Tenía que escapar. Pero los dos hombres no perdían comba. El más joven, no le quitaba los ojos de encima, aunque cada vez que se cruzaban sus miradas desviaba la vista y se ponía colorado. No era más que un muchacho, quizá de dieciseis o diecisiete años.

Se abrió la puerta.

—Ven.

Siguió al fulano de ojos saltones por un pasillo en penumbra. Entraron en otra sala muy similar a la anterior. Un hombre comía sentado a una mesa adosada a la pared.

Lo primero que le llamó la atención fue su extraordinaria corpulencia. Aun sentado, el corpachón de aquel sujeto imponía con su simple presencia. A pesar de no tener mucho más de treinta años, le hizo pensar en un roble centenario, un coloso de feria como los que se exhibían en las bojigangas. Una melena del más vivo carmesí envolvía su cabeza y le prestaba la consistencia del fuego. El conjunto emanaba tal vigor que Paulette, por un instante, se descubrió aturdida. Bajo aquella apariencia salvaje brillaban unos ojos azules desconcertantes. Sonreían. Aquellos ojos sonreían, afables, cual si su dueño quisiera tranquilizarla. Y había algo más en ellos... Se obligó a sí misma a reaccionar. Fuera quien fuese aquel sujeto, era el responsable de que se hallase allí. ¡Por la Virgen, no se lo pondría fácil!

—¿Se puede saber para qué me habéis traído aquí? ¡Vais fresco, si esperáis obtener algo de mí, así que ya estáis dejándome marchar!

—Podéis iros cuando deseéis.

Paulette se quedó boquiabierta. ¿Qué decía aquel gigantón de feria? ¡Que podía irse!

—Sabéis de sobra que no encontraría el camino de vuelta yo sola. Me perdería por esas callejuelas —se obligó a mostrarse firme, pero la irritación y el miedo se diluían muy a su pesar en una corriente de desconcierto... y curiosidad.

—Os acompañará uno de mis hombres. Pero antes me gustaría hablar con vos. Y ofreceros algo de comer, por supuesto. Debéis de estar hambrienta.

Tanta amabilidad desconcertó a Paulette. No alcanzaba a comprender qué querían de ella, pero si aquel tipo creía que iba a camelarla por las buenas, estaba muy equivocado. No se fiaba. Probablemente buscaban que se relajase para que no intentara escaparse... Echó un vistazo al guiso todavía humeante que reposaba sobre la mesa y se dio cuenta de que sus jugos gástricos gruñían de impaciencia.

—No he venido aquí a comer. Y no me importaría saber qué diantres hago en esta pocilga.

Hans frunció el ceño. Cogió un trozo de madera y una navaja que descansaban en una silla cercana y se puso a tallar de forma mecánica una figura. Hacía lo mismo cada vez que se algo le desasosegaba. Los movimientos precisos de la talla le calmaban y le ayudaban a ordenar sus pensamientos. Cuando alzó la mirada, descubrió una luz de sorpresa en los ojos de la muchacha:

—¿Sois tallista? —exclamó, desconcertada— ¿Se puede saber quién sois? ¿Dónde me habéis traído?

Hans luchaba consigo mismo, trataba de concentrarse en lo que tenía que decir. Le había sorprendido el aspecto de la muchacha. Si le dieran un buen baño y unas buenas ropas, pasaría por princesa en cualquier lugar. Era hermosa de verdad, con unos ojos verdes que parecían absorber la luz. Y dura. Tenía miedo de que, si le preguntaba por el dinero directamente, se cerrara en banda. Tampoco quería contarle para qué necesitaban la talega, pues entonces terminaría por atar cabos y relacionarlos con los anabaptistas. Y podía irse de la lengua.

—Eso no os importa —¡pardiez, era hermosa de verdad! Tenía una forma de arrugar la frente que resultaba tremendamente atractiva y acentuaba el fulgor de sus ojos—. No estáis en condiciones de exigir nada, me parece.

Paulette le observó con curiosidad. Comenzaba a dudar de que aquel hombretón albergase en verdad malas intenciones.

—No se os dan bien las amenazas —sonrió, incapaz de contenerse.

Tampoco Hans fue capaz de reprimir la sonrisa. La joven se mostraba descarada y tranquila. Se preguntó si no debería tratar de asustarla un poco para guardar las apariencias.

—¿Estáis segura de que no tenéis hambre? —dijo en cambio.

El gesto de la muchacha volvió a endurecerse:

—Me habéis traído aquí por la fuerza y ahora me ofrecéis comida. Pues sabed que me defiendo muy bien yo sola y no necesito ayuda de nadie. Si es cierto que pensáis dejarme marchar, hay alguien que me espera.

—Sé que os defendéis muy bien sola, por eso estáis aquí. Hace unos días fue a parar a vuestras manos una talega que nos pertenece.

Paulette lo comprendió todo de repente. ¡Así que era eso! Querían que les devolviese el botín, claro. Probablemente se referían a la bolsa que había hurtado la semana anterior. Pero, ¿se conformarían con eso y la dejarían marchar? Su mente trabajaba a destajo, tratando de calcular sus opciones. Intentó ganar tiempo:

—¿Una talega? ¿Se puede saber de qué habláis?

Hans pasó por alto sus preguntas. Se esperaba la negación.

—¿Puedo confiar en vos? —intuía que podía hacerlo, todas sus entrañas le gritaban que sí. Mas debía asegurarse.

Paulette no respondió. Mantuvo con firmeza la mirada del hombre. Iba a desviarla cuando se abrió la puerta a sus espaldas:

—¡Bueno, bueno! ¿Qué tenemos aquí? —una rolliza mujer entró y se dirigió hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Pero si es una chiquilla! ¿Así que todo este revuelo por una niña? ¡Seguro que está hambrienta, tiene pinta de no haber probado una buena comida en años! —se volvió hacia Hans, que la contempló con gesto de resignación—. ¡Y vos sin decirme nada! ¡Ni siquiera habéis terminado vuestro guiso! ¿Se puede saber qué os pasa? ¡Por el refajo de la Virgen que una ha de estar en todas partes! ¡Ea, que no se diga, ahora mismo mando traer otro plato y a comer! Ay, chiquilla, pero si estás en los huesos... Una buena comida y unas refriegas. Esto lo arreglo yo.

La matrona era un torbellino, un chorro de palabras. Paulette experimentó una corriente de simpatía por ella. Dirigió una mirada perpleja al hombre, que se encogió de hombros.

—¿Es que todo el mundo se empeña en que coma? —balbuceó, aturdida—. ¡Por Dios que nunca me había encontrado con una gente tan peculiar!

La mujer le dedicó una mueca y, con mucho aspaviento, desapareció en dirección a las cocinas.

—Es Klara, la dueña del figón. Una mujer excelente —cambió de tercio—. Sabemos que fuisteis vos, no os vale de nada negarlo. Pero no temáis: lo único que queremos es que nos la devolváis. Después os dejaremos marchar.

—¿Cómo puedo estar segura de eso?

Klara regresó en ese instante con un plato de *waterzooi* y lo depositó sobre la mesa:

—Bueno, bueno, menos cháchara. Ahora, comed, y luego ya se verá.

Paulette no sabía qué pensar. Al percibir el aroma del plato, sintió que desfallecía de hambre. Se dijo que no pasaría nada si tomaba un poco.

Cogió un pedazo de pollo y se lo llevó a la boca, incómoda por la atención con que los otros seguían sus movimientos. ¡Por la Virgen, hacía años que no probaba nada tan exquisito! La cocinera sonrió feliz al ver que su guiso tenía éxito.

—Me parece, chiquilla, que necesitas que te echen una mano.

A Paulette le desagradaba profundamente que la trataran como a una cría, pero dicho de esa forma, por aquella mujerona que irradiaba cordialidad... Se sentía desarmada.

—Os aseguro que es muy importante para nosotros recuperar el dinero —intervino el escultor—. Esas monedas estaban destinadas a aliviar la penuria de muchas familias.

—¡Bueno, bueno, maese Hans, dejad eso ahora! ¿Es que no veis que está comiendo? ¡Ya tendréis tiempo luego de molestarla con vuestras cosas! —Paulette no daba crédito a sus oídos. Comenzaba a pensar que se había metido en una casa de locos. ¿De qué familias hablaban? ¿Y por qué la mujer se preocupaba más por su estómago que por el robo? ¡Por Dios, y ella temía que la fueran a torturar!

—Pero...

—¡Ni peros ni gaitas, hombre! —se volvió hacia Paulette—. A ver si te parece bien esto, muchacha. Tú necesitas ayuda, y yo necesito que me echen una mano en la cocina. No te creas que es un regalo, el trabajo es duro y terminarás con esas bonitas manos despellejadas, pero pienso que no está mal. ¿Qué te parece? ¿Quieres trabajar para mí? ¡Podrías vivir aquí, en el mesón!

La muchacha se quedó boquiabierta. Decididamente, aquella gente estaba chalada. Echó una mirada al escultor y, de súbito, le entraron unas ganas tremendas de reír: también el gigantón contemplaba, pasmado, a la sonriente cocinera.

## 4

Hans tardó en reaccionar tras la marcha de Paulette. Al menos todo había salido a la perfección. Había aceptado devolver el dinero. Klara era sorprendente. ¡Vaya ocurrencia, contratarla! Mas debía reconocerse que no le disgustaba la posibilidad de volver a verla.

Se levantó pesadamente, el recuerdo de una sonrisa prendida en sus labios, y se dirigió al piso superior para ver al padre.

—¿Padre?

Tardó un rato en acostumbrar sus ojos a la penumbra, cuajada de claroscuros, que

apenas aliviaban las llamas de un fuego que languidecía en el hogar. Unos cortinajes velaban los vanos de las ventanas y creaban un ambiente de sosiego invernal.

El padre Baltasar permanecía en remojo en un barreño de duelas de madera cerca de la lumbre. Sus largas guedejas canosas se pegaban al cráneo como un ajustado morrión y marcaban la delgadez de sus formas. Hans se detuvo al lado de la puerta, fascinado por la quietud de la escena. El fraile, ensimismado, dejaba traslucir una tristeza tan profunda que el carpintero se sintió conmovido. Las piernas sobresalían del agua, dos islas en un mar en calma. Se fijó en el torso: enflaquecido, exiguo, tan descarnado que hacía pensar en las cuadernas de un pecio encallado en los arrecifes. Solo la leve cadencia de su pecho transmitía un atisbo de vida, el aliento de un gorrión en un paisaje nevado.

—Padre, ¿os encontráis bien?

Se inclinó sobre el barreño e introdujo una mano en el agua. Helada. ¿Cuánto tiempo llevaría allí?

—¿Padre?

Un ligero movimiento de los ojos, un aleteo de la cabeza, el afloramiento de la consciencia.

—Padre, debéis salir del agua —los dedos arrugados, la piel de gallina. Hans cogió una toalla y sujetó al fraile por las axilas para levantarlo—. Dejadme que os ayude.

—Nos temen, Hans —la voz se quebró, un graznido roto, un carraspeo—, sienten pánico al pensar en nosotros. Les inspiramos más temor que el mismísimo Lucifer.

Hans había conseguido levantarlo y se dedicaba a frotar el cuerpo con la toalla. Al terminar de secarlo, le abrigó con un albornoz que Klara había dispuesto sobre un arcón y le acompañó hasta un sillón que encaraba la lumbre. Cuando el padre reposó en el sillón, Hans echó unos leños de roble al hogar y avivó el fuego. Luego se sentó frente a Baltasar.

Había envejecido: clareaban ya las sienes, excavaban el tiempo y las preocupaciones surcos de dolor en su rostro.

—Ese es el problema, Hans. Nos tienen demasiado miedo para dejarnos vivir —repitió el padre. Su mirada se perdía en las llamas del hogar.

Sabía de qué estaba hablando. La persecución contra la hermandad se tornaba cada día más cruel. Desde que en 1527 el archiduque Fernando de Austria, el hermano del emperador, publicara una orden imperial condenando a muerte a todos los anabaptistas, la situación no había hecho sino empeorar. Por doquier se extendía la fiebre de la intolerancia y el fanatismo. La relación de torturas, ajusticiamientos y persecuciones no cesaba.

—Por cada hermano quemado en la hoguera se convierten diez, padre —lo dijo para consolarle, pero era cierto.

—¿Cómo puede alguien cometer tales infamias en nombre del Señor? ¿No se dan cuenta de que la soberbia ciega sus corazones? ¿Cómo puede alguien arrogarse la

interpretación exclusiva de los designios divinos y condenar a sus semejantes solo por mantener creencias diferentes?

Dos mil panfletos con la proclama del archiduque contra los anabaptistas habían sido repartidos por las provincias del Imperio con la exigencia de que las autoridades extirparan la que llamaban maligna secta. En Salzburgo y en el Tirol se desencadenó una salvaje persecución. Se inflamó las mentes de los humildes con calumnias. En Salzburgo corrió el rumor de que los anabaptistas planeaban masacrar a los sacerdotes y religiosas del principado y que conspiraban con los turcos para entregar Europa a la media luna del Islam. Se escribieron libelos en los que se acusaba a los hermanos de atrocidades sin cuento y se exigía a los católicos y a los luteranos que librarán a la humanidad del azote de los anabaptistas. El infierno más negro se había apoderado de los corazones. Hombres, mujeres y jóvenes doncellas fueron quemados vivos, decapitados, ahogados. Se creó un cuerpo especial, los *täuferjäger* o «cazadores de bautizados», que recorrieron el país espionando, investigando, dando muerte a los sospechosos sin juicio ni defensa, cual si se tratara de alimañas. Hans Hut, un predicador, fue torturado en el potro durante semanas. Abandonado un día por muerto, un guardia tiró una lámpara en su celda y murió abrasado. Después ataron su cuerpo a una silla, lo sentenciaron y lo volvieron a quemar atado a un poste. Baltasar Hubmaier, otro famoso predicador, fue quemado a fuego lento después de haber sido despellejado vivo y rociado con sal y pólvora. Miguel Sattler, un antiguo monje, fue desollado, se le arrancó la lengua y se le quemó en la hoguera. Y así, uno tras otro, líderes o simples campesinos, la más brutal de las persecuciones se había desatado sobre la hermandad.

Hans se arrellanó en el sillón y dejó que su mirada se perdiese en las llamas del hogar. Conocía todas las atrocidades cometidas en nombre de la religión. En eso, católicos y luteranos no se diferenciaban demasiado: ambos sentían su primacía amenazada por quienes solo buscaban alabar en paz al Creador.

—¿Cómo ha ido vuestro viaje?

Tardó el fraile en responder. Cuando lo hizo, un fulgor iluminaba su mirada:

—Bien... La verdadera fe se extiende, Hans. Cada vez son más numerosos los círculos de oración. Flandes, Holanda, Zelanda, Brabante, Limburgo, Renania... La semilla da frutos generosos. En el norte, Melchior Hoffman posee un gran número de seguidores. Es un antiguo oficial peletero de Suavia, de imaginación y verbo osado. Centenares de hermanos le consideran un Elías redivivo. Hablé con él y me pareció un buen hombre. Ha recorrido gran parte de Escandinavia y el norte de Alemania predicando la Segunda Venida.

Hans no lo conocía, pero había oído hablar de él a hermanos de Leiden y La Haya.

—Más me preocupan algunos de sus seguidores, también profetas, como Jan Matthys, un panadero de Haarlem. Matthys se ha tomado muy en serio las profecías de Hoffman y se niega a resignarse. Recorre los Países Bajos y el norte de Alemania

rebautizando a las gentes e incitándolas a levantarse en armas. Afirma que Cristo no vendrá si los verdaderos creyentes no le allanan el camino eliminando a los malvados. Y muchos hermanos, cansados de permanecer ocultos, le siguen.

—¿Cómo podía ser de otro modo?

El fraile asintió. La preocupación marcaba largas estrías en su rostro envejecido:

—Hombres y mujeres se dirigen al martirio con la cabeza alta, seguros de encaminarse hacia el Señor. Van cantando de alegría hacia la pira y transmiten tal confianza en sí mismos que cada vez con mayor frecuencia las autoridades ordenan sujetar la lengua de los mártires con una especie de gato a rosca. Tienen miedo de que el espectáculo de unos condenados que se dirigen al suplicio cantando y alabando a Dios cause una impresión contraria a sus intereses entre el vulgo. La mayor parte de los hermanos buscamos la paz entre las gentes, pero, ¿qué pasará si las prédicas de Matthys encuentran eco en las comunidades? ¿A qué locuras podrían conducirnos?

—Pero es natural que nos defendamos. ¿Debemos dejar que nos masacren sin oponer resistencia?

Baltasar calló, indeciso. La piel desnuda de sus piernas brillaba envuelta en los claroscuros de las llamas.

—Hemos de buscar un lugar, padre. Un país en el que podamos regirnos por nuestras propias leyes.

Era una vieja discusión. Mientras se mantuvieran bajo la autoridad política de católicos y luteranos, serían perseguidos. Pero si conseguían hacerse con alguna ciudad de refugio, algún distrito donde aplicar los principios de ayuda mutua y donde no se penara con la muerte el bautismo de adultos... Hermanos de todas las naciones acudirían a esa nueva Jerusalén para convertirse en el faro que iluminaría a la humanidad.

—Es posible que tengas razón —asintió el fraile, meditabundo—. Aquí, en Flandes y en los Países Bajos, la situación se vuelve más crítica cada día. El emperador Carlos, con el decreto de Spira, acaba de desatar una nueva oleada de persecuciones. Muchos inocentes morirán. Si consiguiéramos hacernos con el poder de forma legal en una ciudad libre, las autoridades políticas y religiosas se verían obligadas a dejarnos en paz.

—Pero, ¿dónde? —clamó Hans, abatido—. ¿Dónde se esconde esa ciudad?



## Capítulo X

### Châteaubriant, Bretaña Verano de 1532

#### 1

Un sol azafranado vertía sus lamentos de moribundo sobre la verde campiña bretona. El cielo guardaba un silencio cuajado de celajes, cual si los mismos ángeles, escondidos tras las nubes, contuviesen el aliento ante la inminencia de las tinieblas.

Pero Jean de Laval, conde de Châteaubriant, no guardaba humor para tan delicadas consideraciones. Con gesto avinagrado, avanzó ante la guardia de honor alineada en el patio de armas del castillo. Los rostros de los hombres se giraron para seguirle, relucientes por el sudor bajo las barbas y los morriones tras varias horas al solazo. Muchas picas se entrecruzaban sobre las cabezas emplumadas, vencidas por la interminable espera. También él sentía que el sudor formaba regueros al bajar por sus sienes y su espalda.

Vestía sus mejores galas para recibir al soberano, una indumentaria que en ese instante se le antojaba excesiva: un jubón cerrado de terciopelo que dejaba asomar las mangas y el cuello bordados de la camisa, una sobreveste de ceremonia y un bonete bordado en seda.

Había hecho formar a sus hombres demasiado pronto. La constatación de su error no mejoraba su estado de ánimo, pero era tarde para rectificar: ya se divisaba la comitiva real aproximándose por el camino. A no tardar, el mismísimo rey de Francia, el hideputa Francisco Valois, traspasaría los muros del nuevo palacio de Châteaubriant.

Echó un último vistazo en derredor para comprobar que todo estuviera en orden. Su mirada ceñuda provocó una ráfaga de alzamientos de cabeza y estiramientos de espaldas. Sus hombres le temían. Bien. Que aguantaran un poco más. Un sentimiento de orgullo le acometió al examinar el edificio que se erguía tras él. De la antigua fortaleza ya poco quedaba. Desde que consiguiera al fin el nombramiento de gobernador de la Bretaña, la ciudadela medieval había florecido a la manera de los gusanos que se transforman en mariposas. La comparación le iba bien: donde antes

imperaban adarves, fosos, merlones y almenas se erguían ahora las esbeltas formas del nuevo palacio, construido a la manera italiana: galerías, columnatas, ventanales, molduras y cornisamentos. Una visión airosa, etérea. La manifestación pétrea de su nueva posición.

El estruendo de los clarines le sacó de su ensimismamiento. El rey de Francia se acercaba al fin, precedido por un nutrido grupo de criados, pajes de librea, soldados, clérigos y notables del reino. Con el rabillo del ojo observó que varios de sus hombres movían la cabeza y dilataban el cuello en un intento por contemplar la llegada de la comitiva. Reprimió el impulso de recriminarles su curiosidad, porque en ese instante descubrió la imponente figura del rey.

Montaba el Valois un alazán árabe de magnífica estampa y sonreía con aire aburrido a las gentes que se apostaban a la vera del camino. Nada más verlo, Jean de Laval comprendió que había metido la pata. El rey portaba cota de mallas recubierta por un peto de plata decorado con filigranas de oro con el escudo de Francia. Del talabarte colgaba una espada de enjoyada empuñadura y su cabeza se cubría con un brillante morrión adornado con plumas. Tuvo que reconocerse que, a pesar del desprecio que sentía por aquel hombre, su aspecto era imponente. Resistió la tentación de examinar sus propias ropas mientras el rey se acercaba. ¡Pardiez que el Valois se la había jugado bien! Él vestido como un petimetre de salón para recibir al acorazado monarca.

—Bienvenidos a Châteaubriant, *sire* —sintió la boca agostada, preñada del polvo levantado por las cabalgaduras.

Francisco Valois le contempló desde lo alto de su montura. Sin dignarse a responder, examinó a la guardia y recorrió la estampa del palacio con ojos críticos. Hacía ya tiempo que su juventud se había consumido, pero todavía se mantenía vigoroso. Profundas arrugas hendían su faz y la barba semejava un mar negro salpicado de espuma. La fatiga de la jornada se reflejaba en su aspecto, aunque el aire de cansancio de su rostro y de su cuerpo algo encorvado no se transmitían en la mirada. La mirada de un zorro que estudia el terreno de caza.

—Bonita choza tenéis aquí, conde. El cargo de gobernador os aprovecha.

Le recordaba que todo lo que poseía se debía a que él, su monarca, se lo había concedido. Jean de Laval tragó su rabia y sonrió. No era un buen comienzo.

—Consideraos en vuestra casa, *sire*.

El monarca desmontó con agilidad y se encaró con Laval:

—Dadlo por hecho.

Mientras hacía una genuflexión ante Francisco Valois, rey de Francia, Jean de Laval, conde de Châteaubriant y gobernador de la Bretaña, supo que los días que le esperaban iban ser muy difíciles.

Una risa estridente se elevó por encima del rumor de las conversaciones y se impuso al contrapunto que interpretaban un clavicordio, dos laúdes y una viola.

La duquesa de Etâmpes, manantial de la risotada, no poseía ciertamente la virtud de la discreción. Francisco Valois la contempló con desgano deleite mientras regaba su estómago con un caldo de Burdeos. Por lo general prefería los caldos de Borgoña, pero debía reconocer que aquel vino tenía más cuerpo, más envergadura y se ajustaba mejor a su abúlico estado de ánimo. Había dos cosas para las que tenía buen paladar, se dijo, rascándose la sotabarba, sin apartar la mirada de la duquesa: el vino y las mujeres.

Apartó la vista de la duquesa y echó un vistazo alrededor. Buena parte de los caballeros bretones que se agolpaban en torno a la mesa se esforzaban por participar en la conversación del círculo real. Empeño inútil, salvo para los más cercanos — Ana, el condestable de Francia Anne de Montmorency, su amigo el almirante Chabot de Brion, Jean de Laval y el nuevo obispo de Rennes, ¿Pascal, se llamaba?—. Los vozarrones de los nobles que se apelotonaban al otro extremo de la mesa con los dedos grasientos y los rostros colorados, los ladridos de los lebreles que corrían excitados por la sala a la caza de los huesos sobrantes, el estruendo de los criados en sus afanes por avituallar a los comensales hacían vanas las interpelaciones que le dirigían, pues el rey bien no las oía, bien fingía no hacerlo.

Francisco sobrellevaba con resignación el banquete. Aquel despliegue de vulgaridad le enfermaba. Todo resultaba tan rústico... ¿Es que no se habían enterado esos bretones de sus esfuerzos por imponer los cubiertos y la etiqueta borgoñona, mucho más distinguida? No, en París ya no tendrían cabida ni los perros, ni las risotadas, ni las estúpidas interpelaciones a su señor de aquellos palurdos.

Sus pensamientos flotaban estimulados por el vino. Sabía que debía estar ya de vuelta en París, tras su viaje por la Bretaña, pero hasta el momento no había tenido oportunidad de desplazarse a Châteaubriant para ver a Françoise. Al pensar en su antigua amante, verdadero motivo de su estancia en el castillo, un sentimiento agrídulce le embargó. No se había acordado de ella hasta que unos meses atrás recibió una sorprendente carta de la condesa. Con ella se le vinieron a las mientes recuerdos que ya creía enterrados y se descubrió añorando las veladas de su juventud, cuando Françoise y él retozaban sin pudor y vivían convencidos de que jamás envejecerían. ¡Qué tiempos aquellos, pardiez! Pero recordar a Françoise era también recordar la humillación de su captura en Pavía y los muros de la prisión madrileña. Y la traición.

Ahogó con un trago largo de vino su cólera. Trató de colocarse en el lugar de la mujer. Debía ser justo. ¿Qué podía haber hecho Françoise, cuando él mismo se había encargado de ponerla entre la espada y la pared?

Pero aquello era historia antigua. Si se había acercado hasta Châteaubriant no se debía a que añorara las caricias de Françoise, sino a lo que le comunicaba en su carta. Una noticia tan sorprendente que aún dudaba de que fuera cierta.

Dejó el vaso sobre la mesa y observó a los comensales. Ana de Pisseleu llevaba la voz cantante de la conversación, como solía, disfrutando de la admiración de los

presentes. Jean de Laval prestaba atención a la dama, pero de vez en cuando su mirada se velaba, como si alguna preocupación le distrajese. En ese instante, sus miradas se cruzaron y el rey creyó entrever en el fondo de aquellos ojos terrosos un poso de rencor. Fue solo un segundo, pues el conde desvió la vista rápidamente, pero Francisco sonrió para sí y se irguió en la silla:

—Decidme, querido conde —nada más abrir la boca, las conversaciones a su alrededor se acallaron y los rostros se volvieron a mirarle—, ¿dónde se encuentra vuestra encantadora esposa? Reconozco que ansiaba verla y me ha sorprendido que no se hallara a vuestro lado, donde toda consorte debe estar.

Un silencio embarazoso acogió sus palabras. Los ojos del conde se convirtieron en dos rendijas, dos ascuas encendidas, y su rostro adquirió una tonalidad pétreo. Ana de Pisseleu se giró bruscamente hacia el rey y comenzó a decir algo, pero se lo pensó mejor y cerró la boca. El rey sonrió beatíficamente sin apartar su mirada del conde:

—¿Y bien?

Jean de Laval tosió. Su semblante adquiría tonalidades violáceas:

—Se encontraba indispuesta y prefirió guardar reposo. Me ha pedido que os transmita sus respetos, *sire* —sonó ácida su voz, con un regusto de hiel.

Francisco Valois asintió y compuso un gesto de preocupación, cual si aquella noticia le conturbase el ánimo. Comenzaba a divertirse:

—Espero que no se trate de nada serio.

Uno de los bretones más próximos al rey, un noble de largos bigotes caídos y cabellera rubia que guardaba gran parecido con el Vercingetorix de las leyendas galas, carraspeó:

—*Sire*, ¿qué os ha parecido la hospitalidad del país?

Francisco se volvió hacia el patán que se atrevía a salir en defensa de su señor, pero se dio cuenta de que no convenía tensar demasiado aquella cuerda por el momento. Decidió contemporizar:

—Exquisita, desde luego —murmuro con escaso entusiasmo. Alzó el vaso y dio un largo trago.

El murmullo de las conversaciones cobró intensidad.

Despreciaba a Jean de Laval con toda su alma. ¡Por Dios!, ¿cómo podía un hombre permitir que le robaran la mujer sin mover un dedo? ¡Ni aunque fuera el mismo rey el que se la llevaba! No, él no se habría quedado de brazos cruzados. ¡Habría desafiado al insolente en justa lid! Y Jean no se había limitado a quedarse callado. Había acompañado a Françoise a París, había revoloteado a su alrededor año tras año, indiferente a las miradas burlonas de los cortesanos, tragándose su rabia, comiéndose el desprecio con tal de trocar a su mujer por el cargo de gobernador.

Bien, pues ya tenía lo que buscaba: era gobernador de Bretaña. ¡Si supiera que no había sido el afán de compensarle los cuernos lo que había decidido al rey! No, ni por asomo. Si años atrás hubiera mostrado el coraje de enfrentársele, habría obtenido su nombramiento mucho antes, pero el muy lerdo poseía otras cualidades que resultaban

tan valiosas como el valor, si no más: pertenecía a una de las familias con más prosapia de Bretaña. Ese detalle y la crueldad de Laval para con sus vasallos habían sido determinantes. Bretaña llevaba poco tiempo unida a Francia. Era necesario mano dura para sofocar las posibles revueltas, pero esa mano debía ser bretona. Y Jean de Laval era el candidato perfecto. Perfecto porque había demostrado ser tan despiadado con sus subordinados como sumiso con sus superiores. Despreciable, sí, un hombrecillo despreciable, abyecto, ruin.

Los pensamientos del monarca vagaron indolentes a través de los vapores del vino hasta que su atención retornó a la mesa. La duquesa de Etampes volvía a ser el centro de atención, como si nada hubiera pasado. Apuró la copa y urgió con ademán vacilante al paje que aguardaba tras él que volviese a llenarla.

Comenzaba a sentirse cansado. Se hacía tarde, el viaje le había agotado y su ánimo se tornaba lánguido por momentos.

—Françoise os habrá ayudado a reformar con tanto acierto este castillo — reflexionó en voz alta—. Alguna vez me he preguntado a qué se dedicaría en un lugar como este, alejada de París. Estaba convencido de que se aburriría lejos de la corte y de sus intrigas. Pero ahora comprendo. Una tarea como esta puede llenar muchos días —clavó sus ojos en el conde—. Es una pena que se encuentre indispuesta y no pueda acompañarnos. Deseaba verla... Pero, bueno, su ausencia hoy no es tan importante. Tiempo habrá. Seguramente permaneceremos aquí más días de los previstos. He de recuperarme de los excesos de las últimas jornadas y... ¡qué mejor lugar que este! ¿Verdad, Chabot?

El almirante asintió con energía. Francisco se levantó entonces de la mesa, lo que provocó un estruendo de bancos arrastrados y cuerpos que se yerguen con precipitación.

—Y vos, señoría —se dirigió al obispo de Rennes, Jean Baptiste Pascal, que durante la velada apenas había abierto la boca—, supongo que estaréis a punto de entregar a la corona la cantidad que prometisteis con motivo de vuestra investidura. El conde fue vuestro garante, así que no habrá ningún problema, ¿no es así?

El antiguo arcediano buscó al gobernador con la mirada en espera de una ayuda que no llegó. Tragó saliva:

—Por supuesto, *sire*, descuidad. He tenido algunas dificultades, pero ya están resueltas y pronto estaré en condiciones de satisfacer mi deuda.

El rey le examinó fríamente:

—Eso espero, señoría. Justo es que también los bretones paguen sus compromisos.

Un bostezo, un desperezarse, un crujir de huesos. Francisco abrió los ojos y tardó unos instantes en ser consciente de dónde se hallaba. Sintió las urgencias de la naturaleza y tanteó bajo la cama. El orinal. Mientras descargaba su vejiga, se le escapó un gruñido de satisfacción.

Ana ya no estaba en el lecho. ¿A dónde habría ido la mujer a tan tempranas horas? La boca pastosa le hacía ser muy consciente del vino ingerido la noche anterior. Necesitaba comer algo para atenuar la resaca.

Nuevamente en la cama, el rey remoloneó bajo las sábanas, contento de hallarse solo. Un gruñido de las tripas le recordó su apetito. Tiró de una borla que hizo sonar una campanilla. Unos segundos más tarde, mientras especulaba sobre dónde se habría metido su amante y qué se traería entre manos, un ejército de pajes y criados invadió la estancia y se dispuso a preparar la mesa para el almuerzo real.

—Que venga Chabot de Brion —ordenó a su ayuda de cámara.

Media hora después, mientras saboreaba con apetito unos muslos de faisán frío, apareció el almirante.

—¡Ah, Chabot, espero que hayáis descansado! ¿Gustáis?

Bastaba echar un vistazo al amigo del rey para comprender que ese descanso había sido violentado de improviso. Chabot entraba con las ropas desordenadas y los pelos alborotados de una noche agitada. Su semblante acunaba tormentas.

—¿Qué deseáis, *sire*? Supongo que será algo importante.

El rey le contempló divertido:

—De verdad, Chabot, no hay quién os aguante por la mañana.

—Si lo sabéis, ¿por qué me habéis hecho venir?

Francisco contuvo su ira repentina. Aquel hombre era su amigo de la infancia, pero poseía una lengua viperina cuando estaba de mal humor. Se puso serio:

—Quiero que localicéis a *madame* de Foix y que concertéis una entrevista con ella en los jardines, este mediodía. Lo de su indisposición no es más que un cuento, pero, si no lo fuera, ha de ser ella personalmente la que os diga que se encuentra mal.

—¿Qué pretendéis, *sire*? —Chabot era el único que le decía lo que pensaba. Y a pesar de eso seguía siendo su amigo—. No os conviene enemistaros con el conde, al menos en este momento, estando tan reciente la anexión de Bretaña. Recordad que yo mismo os he desaconsejado esta visita.

El rey tardó un rato en responder:

—No os preocupéis por el conde. No tiene redaños para enfrentarse con su rey.

Chabot de Brion se encogió de hombros:

—Veré qué puedo hacer —y se dispuso a abandonar la cámara.

Francisco le detuvo:

—No, Chabot, eso no es suficiente. Traédmela.

Cuando el almirante salió de los aposentos, la mirada del rey recayó sobre un

pliego doblado que había estado relejendo poco antes y que reposaba sobre la mesa: era la carta de Françoise de Foix. Se preguntó si todo aquello tendría algún sentido.

Hacía calor a pesar del rumor de fuentes, un calor húmedo que se adhería a las ropas, a las ramas vencidas de los árboles y a los rostros sudorosos de los sirvientes que se movían discretos por los jardines. El calor detenía el tiempo y ralentizaba la sangre; parecía imposible que aquella fuera tierra de lluvias y largos inviernos.

Francisco Valois paseaba en soledad. Su mirada vagaba por la belleza de los arriates, de las fuentes y las flores. Allí uno se sentía más reposado, o lo haría si no fuera por el calor. Desde que había llegado a Bretaña los días de la canícula se sucedían sin dar respiro.

Debería de haber llegado ya. Una cierta zozobra se mezclaba con el calor y contribuía a alejarlo de sí mismo, de suerte que se contemplaba con desganada ironía. «Es absurdo —se repitió una vez más—, no hay motivo para el desasosiego». Françoise pertenecía a un pasado demasiado lejano. ¿Cuántos años hacía que no se veían? Resultaba fácil el cálculo: seis. El recuerdo de la prisión castellana no era fácil de olvidar.

Un rumor de pasos en el sendero le hizo volverse.

La primera impresión fue la de que se hallaba ante un fantasma, una sombra desvaída del pasado. Le sorprendió la piel transparente, la delgadez de los miembros, la sensación de fragilidad que transmitía. Su porte, sin embargo, conservaba la elegancia que lo había cautivado años atrás. No lucía joyas, ni siquiera unos pendientes, y el cinturón que le ceñía el talle abrochaba con una lazada de burda factura. El contraste entre aquella mujer y la muchacha vivaracha que había conocido le dejó anonadado.

Llegó hasta él y le saludó con un quedo *sire*, al tiempo que hincaba las rodillas en tierra y mantenía la cabeza gacha. Un acceso de deseo flageló las venas del rey y aceleró su pulso. A pesar de lo gastado del cuerpo, la mujer despertaba en él un anhelo oscuro, la nostalgia de una juventud perdida. «No seas estúpido —se recriminó—, esta mujer te ha traicionado».

—Levantaos, Françoise.

La mujer no se movió. El rey le alzó suavemente la barbilla y sus ojos se encontraron. Una lágrima se deslizaba por la mejilla de la dama. Sin embargo, sonreía.

—¿Qué sucede, Françoise?

Así, de cerca, era más visibles los cambios de la edad. Una red de arrugas orlaba sus ojos. Los huesos de los pómulos se marcaban como cuchillas escondidas bajo una sábana de seda. Pero seguía resultando atractiva.

—He esperado tanto este momento... —la voz sonaba igual de joven que siempre—. Había perdido totalmente la esperanza de volver a veros, mi señor.

—Vamos, vamos, mujer... —le desasosegaban las escenas—. Alzaos, por lo que

más queráis. ¿Qué tal os encontráis? Os noto... distinta.

Françoise se levantó. Mantuvo la sonrisa dulce, pero sus ojos se endurecieron.

—¿Más gastada, queréis decir? —una mueca, un guiño amargo—. No debéis extrañaros, *sire*, bien sabíais vos adónde me enviabais. Os puedo asegurar que el conde ha cumplido sobradamente vuestras expectativas. Si aguardabais que me pusiera en mi lugar después de..., después de lo de Madrid... —se le quebró la voz—. He llegado a ansiar el Infierno como si se tratara de una liberación.

Francisco frunció el ceño, como solía cada vez que se sentía culpable, y permaneció callado. ¡Demonio de hembra! Se presentaba ante él con apariencia sumisa, pero bajo ese barniz acechaba su antigua altivez. Jamás había conseguido domeñarla, por mucho que en el pasado se engañara a sí mismo. Aun así, tuvo que reconocerse que no le faltaba razón: los años con el conde no debían de haber sido gratos.

La condesa de Foix se separó un tanto del monarca y fingió contemplar el panorama. «Debo ser fuerte, no dejarme llevar por los sentimientos —pensaba—, solo me queda esta oportunidad, y el rey no es amigo de que le echen las cosas en cara». Nada más verlo se había sorprendido de lo viejo que estaba, desgastado por las guerras y la vida disipada de la corte. Sin embargo, su carácter seguía siendo el mismo: recio por fuera, vacilante por dentro, un crío consentido que rechaza enfrentarse a lo que le molesta. No sabía de cuánto tiempo disponía antes de que Francisco desapareciera otra vez de su vida, así que decidió ir al grano:

—Hace ya varios meses que os escribí rogando vuestra ayuda y hasta hoy no he tenido noticias vuestras. Ya no esperaba nada..., nada de vos. Ni siquiera sabía si la carta os había llegado.

Se nubló el semblante del Valois. Comenzaba a pensar que había sido una idea absurda ir a Châteaubriant. Dudaba si darse media vuelta o quedarse cuando Françoise continuó:

—Por eso os agradezco de corazón que hayáis venido. Nunca sabréis cuán profunda es mi gratitud.

Agarró a la mujer del brazo y comenzó a pasear por los jardines, evitando enfrentarse con sus ojos.

—Recibí vuestra carta hace unos meses, pero he de confesar que me dejó desconcertado. Me hablabais de un niño..., insinuabais que era mío. No me gustan esos juegos, Françoise —aguardó una respuesta de la mujer, pero esta continuó callada. Perdía su mirada en la grava del camino; daba la impresión de estar profundamente concentrada. Ante el silencio, el rey decidió endurecer su discurso—. Ya tengo suficientes hijos legítimos y más bastardos de los convenientes. ¿Qué pruebas hay de que esa criatura sea mía? ¿Y por qué ahora, después de tantos años, recurras a mí?

El semblante de Françoise permaneció inexpresivo, una etérea albura bajo el sol del mediodía. El rey no alcanzó a ver el fulgor que le abrasó las pupilas y que



convirtió sus ojos en dos cuchillas afiladas en la piedra de la pasión.

—Sabíais muy bien a qué me condenabais entregándome a Jean. Él no perdonará jamás que su mujer fuese durante años vuestra entretenida —inspiró profundamente. Cuando habló, su voz sonó nuevamente sosegada—. Cuando regresé a Châteaubriant estaba embarazada. Mi marido se dio cuenta poco después y desde ese instante el bebé se convirtió en su obsesión. Quería dar muerte a la evidencia de su deshonra: el hijo de su enemigo, el rey de Francia, engendrado en el vientre de su mujer ante Dios.

Francisco se detuvo.

—¿Cómo podéis estar tan segura de que el hijo es mío? —en Madrid, él mismo había metido a la condesa en la cama de Carlos de Gante. ¡Pardiez, el hijo bien podría ser del emperador! Las siguientes palabras brotaron de su garganta abrasadas por las posibles implicaciones—. Y si..., ¿y si fuera del Austria?

Françoise se esperaba la pregunta. Rogó calladamente para que su voz sonara convincente:

—¿Del emperador? —compuso un gesto de desdén y enfrentó la mirada expectante del rey—. No debería deciros esto, *sire*, pero tal posibilidad es... inexistente. Digamos que Carlos de Gante posee una hombría muy mermada.

Tardó un rato el Valois en comprender:

—¡Pero eso es absurdo, mujer! ¿Me tomáis el pelo? ¿Y sus hijos, entonces? ¿Y los infantes don Felipe y doña María? ¿Y el malogrado Fernando?

—Eso es diferente, *sire*. Carlos es un hombre tremendamente religioso. Es bien cierto que se prendó de mí, pero también lo es que sus escrúpulos morales, acentuados por saberme amante de su prisionero, le corroyeron el ánimo hasta el extremo de impedirle... Ya sabéis... Cada vez que lo intentaba, había algo que desinflaba su deseo. Jamás conseguimos mantener relaciones completas.

—¿Por qué os mantuvo a su lado, entonces? —sonaba escéptica la voz del monarca.

Françoise sonrió con triste picardía y, por un instante, el rey la vio tal y como era en sus recuerdos: fresca, voluptuosa, insinuante.

—¿Es necesario que os responda a eso, *sire*? Hay muchas formas de darle placer a un hombre. Y vos me habíais ordenado que me mantuviera cerca del emperador.

Francisco soltó el brazo de la mujer y se alejó unos pasos, tratando de asimilar aquella información. ¿Debía creerlo? Era cierto que Carlos poseía un espíritu profundamente religioso. Era el tipo de hombre que se vería afectado por un escrúpulo de ese tipo, hasta el punto de que le impidiera gozar de los placeres sensuales. Si se lo hubiera contado cinco años atrás, se habría reído en las narices de la dama. Pero, por desgracia, en esos días él mismo sabía lo frustrante que podía llegar a ser la dificultad para excitarse. ¡Por Dios, lo que decía Françoise bien podía ser cierto!, lo que implicaba que aquel chiquillo era hijo suyo. «Aunque no lo fuese. En el caso de que me esté mintiendo y sea de Carlos... Sería su primogénito. Bastardo, pero engendrado en una Foix. Un niño así... ¡qué arma más formidable!».

—¿Dónde se encuentra el crío?

Françoise disimuló un suspiro de alivio. Había estado conteniendo la respiración, pero ahora veía en los ojos del rey que estaba dispuesto a ayudarle. La ansiedad que la atenazaba fluyó por sus brazos y sus piernas.

—Tuve que alejarlo de aquí.

—¿Adónde?

—Ni yo misma lo supe durante meses. Me encontraba sola, sin recursos, sin amigos... Solo tenía a Fabrice, el anterior obispo de Rennes. Se lo envié a él por medio de la partera que me atendió —rechazó el dolor que le provocaban esos recuerdos—. No tuve a mi hijo en mis brazos más que unas horas.

—¿Y qué sucedió después?

—El obispo mandó al niño fuera de la Bretaña, a Alsacia, creo. Se vio obligado a separarse de él para garantizar su seguridad, pues trataron de asesinarlo en Rennes.

Un ramalazo de cólera atravesó el semblante real. A fin de cuentas, aquel bastardo llevaba en sus venas sangre de la más alta alcurnia, fuera suya o del emperador. Estaba indignado por haber pasado tanto tiempo en la ignorancia.

—¿Quién pudo atreverse? ¿Tu marido?

—Nunca lo supe con seguridad.

—¿Por qué no me informaste de todo esto antes, mujer? ¿Por qué has dejado pasar tantos años?

Françoise bajó la cabeza. El sol fuerte del mediodía creaba un halo de luz alrededor de su cabello.

—No podéis culparme por ello, *sire*. Jean me mantenía encerrada. Además... —se le quebró la voz—, sucedió algo terrible, algo que me hizo perder toda esperanza.

Había sido cruel. Los primeros meses el conde se mostraba colérico y solía descargar en ella en forma de palizas la rabia que la atenazaba. Pero su actitud cambió tras la muerte de Fabrice, el que fuera obispo de Rennes. Durante un tiempo, a Jean se le vio inquieto y más animado. Dejó de pegarle y comenzó a martirizarle con insinuaciones y sonrisas fingidas. Françoise no sabía a qué atenerse. Pensó que la mejoría de su estado de ánimo se debía al inicio de las obras de remodelación del castillo, pero pronto pudo comprobar que no era así.

Una mañana, bien entrada la primavera, el conde entró en su gabinete con una sonrisa en el rostro. Un paje portaba un paquete envuelto en sedas y adornado con lazos. Jean hizo un gesto indicando una mesa auxiliar y aguardó a que el lacayo saliera.

—Os encuentro más hermosa que nunca, querida Françoise... —levantó las manos, enseñándole las palmas al captar la aprensión de su mujer—. ¡Oh, no, no, por favor! —se acentuó la sonrisa de su rostro—, ¡no debéis temer nada de mí! ¿Veis?, ni siquiera traigo mi bastón.

La condesa, de espaldas a una pequeña tronera, le contempló con el rostro pétreo.

—Veréis, resulta que Jean Baptiste Pascal, el arcediano, ha accedido al solio

episcopal tras la muerte de tu muy estimado Fabrice —paseaba de un lado a otro, amable, solícito. Françoise sospechaba la impostura, más no acertaba a calibrar el tiro—. El caso es que ha pensado en hacerte un regalo para celebrar su nombramiento, un presente que apreciarás en su justa medida. Me lo ha consultado, por supuesto, y yo me he mostrado plenamente de acuerdo con él. Así pues... —señaló el paquete—. ¡Voilà! ¡Acercaos sin miedo, abridlo! ¡Es para vos, querida!

Obligada por la insistencia del conde, Françoise se acercó al paquete. Jean de Laval se alejó unos pasos para que ella perdiera el miedo. Su rostro mostraba una amabilidad inaudita.

—¿Y bien?

Temiéndose cualquier burla, *madame* de Foix comenzó a desenvolver los lazos y las sedas que adornaban el supuesto regalo. Dentro había una caja de madera. Miró de reojo a su marido, que acentuó su sonrisa.

Abrió la tapa. Al ver lo que había en el interior, la sangre abandonó su rostro y cayó desmayada al suelo.

El rey la escrutaba con suma atención:

—¿Os encontráis bien, Françoise?

Respiró hondo, tratando de calmar el turbión de sentimientos que se agolpaban en su mente.

—Dentro de la caja se encontraba la cabeza de un bebé rubito de unos seis meses. Sus ojos abiertos me contemplaban con asombro —rompió en sollozos. Era como si volviera a tener ante sí aquella cabeza, cuya visión le había perseguido durante años.

Francisco Valois, profundamente turbado, se acercó a la mujer y la estrechó contra su pecho.

—Calmaos, calmaos, querida —sentía la indignación que le estallaba por dentro. Comprendió lo inhumano que había sido dejar a aquella mujer en manos del conde.

Françoise alzó la cabeza:

—Mi hijo —murmuró, sacudida aún por los sollozos—, me dijo que era mi hijo, por eso no os conté nada. ¿Qué podía hacer, salvo callar y guardarme el dolor?

El rey comenzó a acariciar sus cabellos.

—Sosegaos, por lo que más queráis, Françoise.

—Durante años, traté de hacerme a la idea de que mi niño había muerto. Jean se desinteresó de mí, enfrascado como estaba en las obras del castillo. Yo ya no le interesaba, una vez que había satisfecho su venganza.

El rey percibía el talle leve a través del vestido, la respiración agitada de la mujer. ¡Por los clavos de la Pasión, qué historia tan enrevesada! ¿Cómo podía haber sucedido todo aquello sin que le llegara un solo rumor? El calor de Françoise, su figura abandonada despertaban en él viejos apetitos. La mujer se separó y enfrentó su mirada:

—Hace dos años recibí una carta y sentí que mi esperanza renacía. Era de la doncella que envié para cuidar al niño, una moza llamada Paulette.

—¿Qué os decía la carta?

—Me contaba que estaba en Amberes. Se había casado con el soldado que el anterior obispo de Rennes envió para proteger al niño. Me dijo que se habían ido a Flandes porque temían por la suerte del bebé, pero que el soldado había muerto y se encontraba en una situación desesperada. Sin recursos, próxima a morir de hambre — cerró los ojos, recordando—. ¿Podéis imaginar cómo me sentí al comprender que mi hijo no había muerto, pero que no tardaría en hacerlo si no buscaba un modo de ayudarlo?

Francisco Valois frunció el ceño. La idea de un posible hijo suyo mendigando por las tierras de su odiado enemigo le enervaba. «Qué ironía. ¿Y si fuera hijo de Carlos? ¡Un hijo del emperador muriéndose de hambre en Amberes, en el corazón de sus dominios!». Las implicaciones del caso le abrumaron.

—Continúa —urgió.

—No hay mucho más que contar. Le envié lo que pude en tres o cuatro ocasiones, pero no he vuelto a tener noticias de ella. Ni siquiera sé si recibió el dinero. Me dio la dirección de una casa comercial holandesa y he escrito pidiendo noticias, pero ha sido en vano... —la condesa agarró con fuerza los brazos del rey—. Me resigné desde el primer día a no verlo crecer..., pero no puedo dejar que muera como un pordiosero, Francisco. No ahora que lo he recuperado cuando lo creía muerto. Necesito que me ayudéis.

Los dedos de Ana de Pisseleu se crisparon, diez garfios enjorjados sobre el alféizar de la ventana. Ningún otro indicio mostraba al exterior la furia que cocinaban las calderas de la mujer. Para cualquier observador casual, la duquesa de Etâmpes se limitaba a disfrutar de la vista de la campiña bretona protegida del sol del mediodía tras los ventanales, pero el semblante de la mujer distaba mucho de reflejar su verdadero estado de ánimo. Bajo la ventana, medio oculto por la fronda del jardín, el rey de Francia conversaba con su adversaria. Veía a Francisco y a la Foix muy juntos, en una danza de aproximaciones y miradas lánguidas de significado evidente.

—¡Zorra! —un sonido sibilante, una imprecación que no llegó a turbar su faz acostumbrada a los fingimientos cortesanos.

Darían cualquier cosa por escuchar aquella conversación. ¡Si al menos se hubieran citado en el palacio! Pero no, el rey sabía bien lo que se hacía: jamás fiaría de los criados de una casa que no fuera la suya... Y aun en la suya con reticencias.

—¿Os placen las vistas, *madame*?

Jean de Laval entró en la habitación y se dirigió hacia la dama. Caminaba con afectada despreocupación.

—Quizá os plazcan más a vos, conde. No se convierte uno todos los días en el bufón de Francia por segunda vez.

Un espasmo de ira veló la máscara de desenvoltura de Jean de Laval al localizar las dos figuras de los jardines. El rey estrechaba a la mujer contra su pecho.

—Hay algo en todo esto que no entiendo, conde —ninguno de los dos se volvía hacia el otro. Permanecían inmóviles, las miradas en el exterior, los cuerpos aparentemente relajados—. Cuando Francisco me dijo que nos dirigíamos hacia Châteaubriant, no me preocupé demasiado. Supuse que eran motivos políticos los que le impulsaban a acercarse hasta aquí. Al cabo, sois gobernador de la Bretaña, bien lo sé. Pensé en Françoise, cómo no, pero me dije a mí misma que no debía temer nada, que después de tantos años bajo vuestra protección poco quedaría de ella que pudiera excitar al rey. Pero veo que me habéis decepcionado una vez más.

Se volvió Jean hacia la dama.

—Nuestro acuerdo solo requería que Françoise no tuviera ningún contacto con el exterior de la fortaleza. Ha permanecido enterrada en vida en sus habitaciones por espacio de seis años.

—Pero no ha sido objeto de vuestra... especial solicitud. Al parecer, reserváis vuestros juegucitos para las criadas. Yo cumplí mi palabra: intrigué, presioné al rey para que os ofreciera el cargo de gobernador. Os nombró gobernador. Pero vos me habéis fallado. Françoise está pálida... y hermosa. Hasta yo me veo obligada a admitirlo.

Jean no respondió. Los primeros meses tras el parto, había disfrutado con el terror que se dibujaba en los ojos de Françoise cada vez que le pegaba. La sensación de que dominaba por la fuerza a una hembra de su estirpe y belleza excitaba las más ocultas fibras de su ser, pero tras arrojar a sus pies el cadáver del bebé... .

Jamás entendería lo que había pasado. Fue como si Françoise se venciera, como si dejase de importarle lo que hacían con ella. Desapareció el temor de sus pupilas, y con el temor se evaporó el interés de Jean. Sencillamente, se olvidó de la mujer. Se convirtió en una sombra, un incómodo recuerdo. Hasta ese instante. Porque, al verla de nuevo en brazos del rey, Jean sintió que regresaban a él los viejos odios y la antigua frustración.

—Lo que veis me gusta tan poco como a vos, conde, pero hay algo más, nos han traicionado —le pasó un pliego de papel para que lo leyera—. Acabo de encontrarla en los aposentos del rey. Francisco debió de estar releeyéndola esta mañana y se la olvidó sobre la mesa.

Jean de Laval abrió la hoja y reconoció la caligrafía de su mujer. Durante un rato, permanecieron los dos en silencio, mientras el conde luchaba por descifrar los signos escritos. Nunca había sido demasiado bueno en las artes de la lectura y la escritura, pero sus conocimientos bastaron para encender la más violenta de las rabias en su interior.

—¡No puede ser! —balbució atónito, desencajado.

—Os felicito, conde, progresáis en vuestra lectura.

—El obispo nos ha traicionado.

—Y, además, sois perspicaz.

Laval hizo caso omiso de las pullas y mantuvo la mirada clavada en el papel. El

hijo de Françoise, vivo. El bastardo del rey, la evidencia de su deshonra. ¿Es que nunca se libraría de aquella pesadilla?

—¿Es posible que se trate de un engaño? —acarició la posibilidad la mujer.

El conde lo negó:

—Todo concuerda. Esa muchacha, Paulette, era en efecto doncella de Françoise y el individuo del que habla, Robert, no puede ser otro que el hombre de confianza del obispo, el que nos dijo que se encargaría de todo.

Jean Baptiste Pascal se la había jugado bien. Tras la aparición de su escudero Alain, muerto en un campo de las afueras de Rennes, y tras el fracaso del agente que Ana había enviado para acabar con el problema del niño, ambos se habían visto obligados a recurrir al arcediano, el único que podía conocer el paradero del bastardo, pero el precio exigido por Pascal no había sido pequeño: la muerte por envenenamiento del anterior prelado, el patético Fabrice Guillaume de Lamoignon — al menos, a ese respecto no se había perdido demasiado—, y la recomendación cerca del rey para su nombramiento como nuevo obispo. Solo entonces se avino el arcediano a entregar al niño.

—Comprended que no están cerca, pero me encargaré de que os lleguen las pruebas de su desaparición —les prometió—. La doncella que cuida del bebé no está sola, la acompaña un hombre de mi confianza. Bastará con que le envíe un mensaje para que acabe con los dos.

Meses después, cuando apareció en Châteaubriant con la cabeza del infante, Jean de Laval creyó que al fin podría respirar tranquilo. Pero les había engañado.

—Pascal debió de enviarle la orden de acabar con el niño cuando ya Robert se había casado con la moza. Al no obtener respuesta, supongo que optó por matar al primer bebé que encontró para presentárnoslo como la prueba definitiva. ¡La solución perfecta! ¿Quién podría contradecirle, si ni siquiera la madre había visto jamás al pequeño?

Pero ahora Francisco Valois sabía que tenía un hijo. Jean de Laval se asomó a la balconada y echó un nuevo vistazo al jardín. Se percató de que estaba vacío. No les había visto marcharse. ¡Por Dios que Françoise y Jean Baptiste Pascal pagarían caras sus burlas! *Madame* de Pisseleu se había apartado de la ventana y paseaba por la estancia. A pesar de las preocupaciones, mostraba una apariencia arrogante, altiva, que envidiaría para sí la misma soberana de los franceses.

—Dejádmelo a mí. Yo me encargaré de que Pascal no vuelva a engañar a nadie. Y, respecto a Françoise... Esa putita no os dará nunca más la lata, os lo aseguro.

—Espero que esta vez os apliquéis a conciencia.

—Pero a cambio necesito que hagáis algo por mí.

—¿Y bien?

—Enviad un agente a Amberes. Terminad lo que habéis empezado.

Asintió la mujer, impávido el bello rostro:

—Ese bastardo no heredará vuestras posesiones, Jean, ni servirá al rey de excusa

para apartarme de su lado. Yo soy la primera interesada en que esta historia no salga jamás a la luz.

### 3

## París, Francia Otoño de 1532

El antro más servía de hura de alimañas que de reposo de cristianos. Guardaba sus vergüenzas en lo recóndito de un París renegado y desleal, un París de felones y villanos, de cortabolsas, criminales, violadores y sanguijuelas que no conocían otro rey que el dinero ni otra familia que la vileza, por más que agachasen la cabeza como buenos súbditos cada vez que divisaban una carroza palatina. Un París que vivía al acecho de aquel otro de lujos y sedas, de hembras gloriosas y dagas enjoyadas que desfilaba tan cerca, a miles de leguas de distancia.

Era apenas un cubil, a medias catacumba, a medias covacha, que hundía sus raíces en los sótanos de un lupanar de ínfima reputación. Por delante, lo mismo en las horas centrales del día que en las más cerradas de la noche, una multitud torcida, de esqueletos y miradas patibularias, asesinaba las jornadas a la caza de un mendrugo, de una bolsa desprevenida o de una cuchillada. Por encima, en los cubiles destartalados del edificio, entre ratas triponas y cucarachas insolentes, un ejército de barraganas desinfladas, campesinas escuálidas y chiquillas procaces alquilaba sus carnes para mayor beneficio de matasietes y chulapos. En el interior, la noche se vestía de humo y sudor, de deseos y ventosidades. En la penumbra de algunos tabucos se divisaban cuerpos que se arracimaban en torno a los dados. En otros, unas cortinas raídas velaban siluetas que se aliviaban las urgencias.

—¡Eh, mira qué tenemos aquí! ¿Seguro que no te has equivocado, muñeca? ¿O es que buscas un sobresueldo sin que se entere tu maridito?

Marie, la doncella de la duquesa de Etâmpes, enrojeció de furia bajo la capucha que disimulaba su condición y lanzó una mirada asesina a la moza que le hablaba. Estaba harta. Llevaba tres días recorriendo los barrios bajos de París, espantando a moscardones y buscavidas. La noche anterior había dejado desangrándose en un callejón a un fulano borracho que no quería comprender que ella no era una

cualquiera. Suerte que llevaba dos dagas bajo las mangas. Y suerte que no le costaba usarlas.

Pero *madame* de Pisseleu no admitiría fracasos, así que no le quedaba más remedio que continuar la búsqueda. De buena gana estamparía un bofetón en la cara picada de viruela de la mujeruca que le cortaba el paso, sin duda una de las maritornes del local. Pero se contuvo:

—Busco a un hombre. Quizá me podáis ayudar.

Un carcajeo abrupto, que sonó como un escupitajo, brotó de la deslenguada:

—¡No te jode, la damisela! ¡Un hombre! ¿Y quién no?

Marie inspiró profundamente bajo el capote que la cubría. En todas partes era la misma historia. Se preguntaba para qué diablos buscaría la duquesa a aquel individuo. Daba lo mismo: tarde o temprano se enteraría. Extrajo unas monedas y las hizo tintinear.

—Es un sujeto muy rubio, con la piel casi blanca y ojos azules. Inglés, aunque lleva años aquí y es posible que ya no se le note el acento.

La criada la examinó con renovado interés. Luego escrutó la sala. Nadie parecía prestarles atención.

—¿Qué queréis de ese?

—No te incumbe.

Dudaba. Marie sacó unos cuantos cobres más y los unió a los que guardaba en la palma. La otra se encogió de hombros:

—Tú verás lo que haces, pero yo de ti me andaría con ojo. Ese tipo es un mal bicho.

—Entonces, ¿está aquí?

La criada alargó la mano y Marie dejó caer en ella las monedas:

—Ahí detrás, en ese reservado. Y conste que te he advertido —y se marchó por donde había venido.

¡Por fin! Se obligó a tranquilizarse, podía ser que la mujer se equivocara, o que pretendiera quedarse con el dinero por las buenas. Algo de lo que se arrepentiría si el hombre no estaba en esa habitación. Dio unos pasos hasta el cubículo, pero antes de llegar a él unos gritos y un rumor de golpes la detuvieron.

—¡Putá! ¿Crees que me chupo el dedo? ¿Dónde has metido el dinero?

Procedía de la pieza a la que se dirigía. Se resguardó entre las sombras. En unas mesas situadas en el otro extremo de la sala distinguió la sotana de un fraile orejudo y desdentado. Sobre sus faldas remangadas cabalgaba una mujerzuela de risas estrepitosas. En el interior del cubículo, las voces se sucedían, amortiguadas por la cadencia de unos golpes. Un quejido lloroso, unos gemidos. ¿Qué estaba pasando?

«No hace falta demasiada imaginación para adivinarlo», se dijo. Fuera o no su hombre, lo mejor sería aguardar a que se tranquilizase. Se acercó a la colgadura que velaba la entrada. Una muchacha salió corriendo y se le echó encima.

—Eh...



La moza trastabilló, se apoyó en ella, sus ojos se encontraron. Un rostro vulgar, de moretones mal disimulados bajo afeites baratos y lágrimas recientes. La muchacha balbuceó una disculpa y se alejó cojeando hacia la calle. No tendría ni catorce años.

La cortina había quedado descubierta. El hombre se había dejado caer sobre una silla y apoyaba la cabeza en la pared con la vista perdida al frente. Era él. Solo lo había visto una vez, por breve tiempo, seis años atrás, pero no podía equivocarse. Jamás había conocido a nadie con aquella piel tan blanca y aquel pelo de paja desvaída. Vestía un coleteo de piel cosida, pringoso y desgastado por el uso, y unas calzas de campesino que en nada recordaban a las ropas de caballero con que lo había conocido, pero era él. Sus ojos garzos y ponzoñosos eran inolvidables.

Estaba borracho. Los brazos colgaban inertes a ambos lados del cuerpo y la expresión de la cara mostraba un total abandono, cual si la reciente discusión hubiera agotado sus energías. El pelo escaso, los restos de comida que se adherían a la barba, la desidia de los músculos hablaban de un hombre derrotado. ¿Cómo podía haber cambiado tanto? Marie conservaba en su memoria la honda impresión que le había causado años atrás: la de un depredador al acecho, un ser desprovisto de sentimientos, cual si le hubieran sido extirpados por la cuchilla de un matarife.

—¿*Monsieur* Harris?

Los ojos se orientaron hacia la puerta con dificultad.

—Dejadme en paz.

La doncella de la duquesa de Etâmpes no era mujer de falsos sosiegos. Penetró en el tabuco, corrió la cortina y se sentó frente al inglés.

—No creo que lo digáis en serio, *monsieur* Harris. Vuestro destierro ha terminado.

Frunció el ceño y trató de enfocar a su interlocutora. Hacía mucho tiempo que nadie le llamaba *monsieur*.

—¿Quién diablos sois, mala puta? ¿De qué demontres habláis?

Los músculos boqueaban por falta de ejercicio. Aquel fulano no era más que una sombra de sí mismo. Ana de Pisseleu se iba a llevar un chasco cuando lo viera.

—Hace años os vi una vez. En aquel entonces, vuestro aspecto resultaba... turbador. Ahora sois una piltrafa.

Un rescoldo de la antigua fiereza se asomó a los ojos azulinos.

—¡Por la puta de Babilonia! ¿Buscáis que os rompan el gaznate? ¿Qué coño queréis de mí?

—*Madame* de Pisseleu me envía a buscaros.

—Verpillat. El agente se llama Pierre Verpillat.

Ana de Pisseleu se volvió hacia el hombre que aguardaba en medio de la habitación y volvió a preguntarse si haría bien confiando en él. Ya le había fallado una vez, y ella no solía ser clemente con los que la decepcionaban. Además, ¡por la Virgen, cómo había cambiado! El John Harris que ella recordaba no era más que un

sueño del pasado. El tiempo había sido cruel con el inglés. Lo había convertido en un matasiete, un baladrón de barrio bajo sin más preocupación que buscar dónde beberse la siguiente jarra de cerveza. Pero no podía prescindir de él.

—Saldrá de París a caballo mañana, a más tardar pasado mañana. Lleva una bolsa bien nutrida y una letra de cambio para canjear en Amberes por orden del condestable de Francia. Y la carta de Paulette con las señas en las que se la puede localizar.

Se acercó a una de las ventanas que daban a la calle y contempló el tráfico de personas. Se hallaban en un piso de vecindad de uno de los barrios populares de París. Un escondite perfecto cuando no quería que la vigilaran.

—¿Por qué yo? ¿No podíais vivir sin mí?

La arrogancia de Harris reaparecía. Bueno, mejor así.

—No os hagáis ilusiones. Sencillamente, os doy la oportunidad de acabar lo que dejasteis a medias —lo cual quería decir que era el único que conocía a la doncella. El único que podría reconocerla sin equivocarse. Por eso se veía obligada a recurrir a él.

Harris entrecerró los párpados. Se había afeitado y puesto la ropa que le había dado Marie, pero se le notaba la falta de ejercicio. Se encogió de hombros:

—¿Y qué gano yo con esto? —Ana sintió ganas de abofetearlo.

—Quizá libraros de una denuncia anónima ante la justicia real. ¿Vais a decirme que no tenéis nada que ocultar?

Un ramalazo de ira nubló el semblante de Harris, pero su cuerpo permaneció imperturbable.

—Una vez me prometisteis interceder por mí ante vuestro rey.

Ana apartó la vista de la calle y la fijó en el hombre:

—Todavía podéis recuperarlo todo, John —necesitaba ganárselo. Insuflarle confianza—. Depende de vos. ¿Pretendéis seguir el resto de vuestra vida en esa pocilga?

Harris escrutó en silencio el semblante de la mujer.

—Nos necesitamos mutuamente. Libradme de una vez por todas de ese niño y no os arrepentiréis.

El hombre continuó con su escrutinio. La piel de su rostro era una máscara de sal.

—Si he de suprimirlo, quiero saber al menos por qué. Bastantes problemas me ha traído ya el mocosito.

La mujer contuvo un pronto de rabia. ¿Quién se creía que era? Pero la tenía en sus manos: ningún otro podría reconocer a la doncella de la Foix. Decidió que no perdía nada por decirle parte de la verdad:

—Es solo un bastardo. Un incómodo bastardo.

Creyó que iba a continuar con su interrogatorio, pero Harris se quedó examinándola con el gesto impávido. Si había comprendido quién era el padre, no lo demostró.

—Necesitaré un caballo, una tizona y una talega bien provista.

Ana de Pisseleu se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Dejó escapar el aire:

—Mi doncella se encargará de todo. Y una cosa más, Harris: ese agente del rey, Verpillat... Francisco no debe volver a saber nada de él. Como si se hubiera convertido en humo.

Una sonrisa torcida asomó a los labios del hombre.

Marie se arrebujo en la capa, alzó la capucha y salió a la calle. Echó un vistazo a derecha e izquierda, pero sus ojos no descubrieron más que la habitual procesión de pordioseros y transeúntes atareados. Comenzó a caminar con paso rápido, mezclándose con la muchedumbre y sin dejar de volver la cabeza de cuando en cuando, como si quisiera asegurarse de que nadie la seguía.

—*Madame*, por caridad, una limosna, que el Señor os bendiga...

Sus pies conocían bien el camino, pero se obligó a dar un rodeo y a internarse por callejuelas oscuras para despistar a cualquier posible perseguidor. Le había dicho a la duquesa, como siempre, que iba a visitar a su anciana madre, por lo que no temía que nadie la espíara. Aunque más valía no confiarse.

Casi media hora después alcanzó una avenida flanqueada por hileras de palacetes en la orilla norte del Sena. Se trataba de una de las zonas residenciales de París, habitada en su mayor parte por industriales, nobles de medio pelo y mercaderes adinerados. Una zona tranquila, alejada por igual de la chusma que atestaba los barrios populares y del boato y la fastuosidad de la corte. Avanzó hasta una de las últimas mansiones, una casa de menor tamaño que el resto, escondida entre la vegetación del jardín. El guardia la reconoció y la dejó pasar sin hacerle preguntas. Se dirigió a una puerta lateral:

—Busco a don Alonso de Guzmán.

Le franquearon el paso inmediatamente.

A esas alturas no debía de quedar un solo hueso en su cuerpo que no crujiera de forma escandalosa, tuvo que reconocerse Harris después de cabalgar media jornada. Sin embargo, se sentía bien. No se había dado cuenta de lo mucho que echaba en falta el ejercicio, el aire del campo, la sensación de llevar nuevamente las riendas de su vida. Por eso había aceptado aquel encargo.

Por eso y porque tenía aquel niño atravesado. Por él había perdido el favor de Ana de Pisseleu y la oportunidad de recuperar su nombre y su posición en Inglaterra. Por él llevaba seis años empantanado en los lodazales de París. ¡Nada menos que el bastardo del rey de Francia! La duquesa de Etampes no lo había explicitado, por supuesto, pero bastaba con sumar dos y dos. De ahí que la mujer demostrara tanto interés en la desaparición del niño.

El camino discurría por un paisaje ligeramente ondulado de campos de labor y pequeñas arboledas. La vía se hallaba muy transitada, pero la mayor parte de los

viajeros avanzaban en sentido contrario, hacia París.

—Ha sido una suerte encontraros, *monsieur* Harris. De ese modo ambos nos evitaremos posibles percances. Ya se sabe cómo están los caminos últimamente.

El tal Verpillat cabalgaba a su lado. Había resultado ser un tarabilla atolondrado, un charlatán como no viera hacía tiempo. Cuando le dio alcance el hombre se había mostrado con reservas, pero la cautela le duró menos que un avemaría a una beata. Simulaba ser un soldado licenciado que regresaba a su tierra normanda después de años de servicio en París, pero entre el chorro de palabras que salía de su boca no resultaba difícil descubrir deslices comprometedores sobre su verdadero destino. Quienquiera que le hubiera encargado esta misión a aquel botarate no debía de arder en deseos de que llegara a buen puerto. Casi, casi le daba lástima el sujeto. Con tiempo suficiente, él solito se encargaría de desbaratar cualquier cometido.

—No parece que os corra la prisa, *monsieur* Verpillat —llevaban toda la mañana cabalgando con tanta desgana como si se dirigieran al patíbulo, lo cual, se sonrió Harris, no dejaba de ser cierto. El soldado se tomaba las cosas con calma.

—No, ¿para qué? —respondió el muy mentecato con su voz aflautada y su pachorra, sin percatarse de la ironía—. Es lo que yo me digo, *monsieur* Harris, las cosas han de tomarse como vienen. ¿Para qué apresurarse, si al cabo todo llega? ¡Ah, pero disfrutad del paseo, pardiez! ¿Acaso no es el otoño la mejor de las estaciones? Recuerdo que cuando era pequeño, allá en los Pirine... quiero decir, en las campiñas de Normandía, mi abuelo solía levantarme con el alba para ordeñar las vacas...

Harris suspiró y dejó de prestarle atención.

—¿Ahí os parece bien?

Todo estaba saliendo de perlas. Harris había pensado que Verpillat se empeñaría en pasar la noche en una posada. Después de un interminable día escuchando sus dislates, creía haberse hecho una idea bastante exacta de su cómoda forma de ver la vida, por lo que imaginaba que sería reticente a dormir al raso cuando podía permitirse un catre y una cena decente. Para su sorpresa, Pierre se mostró de acuerdo con él:

—Tenéis razón, *monsieur* Harris. Las posadas no son nada seguras en estos tiempos, uno puede encontrarse con todo tipo de indeseables. Fijaos si no en lo que me sucedió tiempo atrás, cuando las campañas de Nápoles contra los españoles...

Buscaron un lugar para acampar. Harris se felicitó por ello. Así no habría testigos.

Verpillat le señaló un ribazo que descendía hasta un arroyo. En la zona más baja la vegetación de la ribera dejaba un alfombrado de hierba. Cuando Harris descabalgó, creyó que un ejército de avispa clavaba miríadas de agujones en sus músculos.

—Es lo que tiene la vida de ciudad —sonrió el charlatán con una mueca divertida al percatarse de su gesto de dolor—. Atrofia los músculos y seca la sangre, amigo mío.

Harris apretó los dientes. El calvario de los riñones y la musculatura le obligó a

permanecer medio agachado durante un rato, mientras su cuerpo se acostumbraba de nuevo a la posición erguida. Pierre, por el contrario, parecía tan fresco como un muchachito de quince años, a pesar de que debía de rondar los cincuenta.

—Abrevaré los caballos —gruñó Harris.

Encendieron una hoguera y ensartaron unas rodajas de venado que Verpillat llevaba en sus alforjas. El fulano sacó también una bota de un vino. Se tumbó con cara de felicidad a saborear la cena.

—¿Gustáis, Harris?

El vino resultó exquisito. Sabía cuidarse el muy sibarita, eso había que reconocérselo. Así, tumbado sobre la hierba, con la panza llena y la bota bien cerca, iluminado por los resplandores de la fogata, parecía la imagen misma de la felicidad. Llevaba un buen rato cotorreando sobre París, sobre la vida en la gran ciudad y todo eso.

—Al principio no me gustaba en absoluto, os lo digo de corazón, amigo mío, pero poco a poco la ciudad se le va metiendo a uno en las carnes, ya sabéis, es como la peste, que Dios nos coja confesados, que le domina a uno sin que se entere y un buen día amanece con el cuerpo repleto de bubas, no sé si me explico...

Qué se lo dijeran a él. Harris escuchaba solo a medias. Se había apoyado contra el tronco de un árbol a cierta distancia de la hoguera y trataba de decidir el curso de acción. «Estás perdiendo la forma, viejo loco —se decía—. Hace años no le darías tantas vueltas. Lo harías, y punto». Pero lo cierto era que aquel parlanchín indolente y vividor no le caía mal. «Si no fuera por su verborrea...». En fin, lo que debía ser, que fuera cuanto antes. Echó un vistazo a su compañero, que se apoyaba sobre su petate a no más de cinco pasos de distancia mientras daba buena cuenta de los restos del vino. Sus ojos se cruzaron en silencio. Verpillat sonrió y siguió bebiendo.

Tras el agente real, a tres pasos, pastaban los caballos atados a las ramas bajas de un árbol. La luz de las llamas arrancaba brillos de sus pieles oscuras. Nada más se veía. Fuera del círculo de la hoguera, la noche se teñía de presagios. Comenzaba la danza de las sombras. Cantaban frenéticos los grillos, en feroz competencia con el croar de las ranas. Se levantó despacio, con aparente desgana, y se dirigió hacia su caballo.

—Bueno, es tarde ya —musitó para no alarmar a Pierre—. Será mejor que coja mi manta de viaje.

El soldado asintió. Harris llegó hasta el caballo y simuló buscar algo en sus alforjas, de espaldas a la hoguera. Pero lo que hizo fue extraer un delgado bramante y enrollar un cabo en cada palma. Dio un tirón para probar la resistencia. Perfecto. Se giró hacia la hoguera...

Allí no había nadie. ¡Por todos los diablos! ¿Dónde se había metido? Sus ojos recorrieron el claro. Un segundo antes el fulano estaba recostado, bostezando y disponiéndose a dormir y ahora no se veía ni rastro de él. La sangre bombeó en sus sienas. Inmóvil, con el bramante todavía entre sus manos, escudriñó la oscuridad.

¿Habría ido a orinar?

—¿Verpillat? —susurró.

—Detrás de vos, *monsieur* Harris.

Se dio la vuelta más sobresaltado de lo que le gustaría admitir. Pierre Verpillat le apuntaba desde las sombras con una ballesta. Su rostro había perdido la expresión bobalicona. También su voz había cambiado: en ese instante sonaba más firme.

—¿Qué..., qué sucede, *monsieur* Verpillat? —trató de parecer atemorizado para ganar tiempo. Sus manos, ocultas por la grupa del caballo, dejaron caer el hilo de bramante. Le había engañado como a un mocoso, con su facha de soldadote cándido y simplón. Se dio cuenta de que el otro no había hecho sino jugar con él todo el día.

—No es necesario que finjáis, *monsieur* Harris. Sé quién sois —Verpillat, sin dejar de apuntarle, rodeó el caballo y le encaró—. Sentaos cerca de la hoguera. Y no hagáis ningún movimiento extraño, os lo advierto.

—Entonces... —mantuvo el timbre trémulo, sin moverse. Ganar tiempo, ganar tiempo. Su cabeza galopaba en busca de una solución—. ¿Por qué me admitisteis como compañero? —sabía ya la respuesta, por supuesto. Él habría hecho lo mismo en su caso: era el mejor sistema para controlar a tus enemigos. Llevarlos contigo.

—No pretendáis pasar por ingenuo. No va con vos.

—¿Cómo me habéis reconocido?

—Existía la posibilidad de que intentaran acabar conmigo, como intentaron hace años acabar con el niño. Solo necesitaba permanecer alerta. A decir verdad, hasta ahora mismo no tenía la certeza de que vos fuerais mi perseguidor. Gracias por confirmármelo.

Maldito soldado. Sonreía con aplomo, seguro de controlar la situación. Encantado de restregarle su fracaso. Verdaderamente, se dijo Harris, estaba perdiendo facultades.

—Basta de charla. Acercaos a la hoguera y sentaos —ordenó el otro.

Harris comenzó a girarse. «Ahora o nunca —pensó—. No tendré otra oportunidad». Soltó una violenta patada contra la espinilla del caballo que mediaba entre el francés y él al tiempo que hurtaba el cuerpo. El ruano se encabritó y salió a la carrera y Harris, aprovechando la confusión, se echó encima de su captor. Escuchó, muy cerca, el silbido mortal de una saeta.

Rodaron por el suelo. Una daga brotó en su mano. Un destello, un denuesto. De la garganta de Verpillat manó un chorro oscuro que roció la pechera del inglés. Luego, todo quedó inmóvil. Solo un estertor, un jadeo entrecortado.

—Maldito cabrón.

El francés yacía en el suelo con un tajo en la garganta. La ballesta descargada estaba a poca distancia.

—Ese es el problema de las ballestas: que una vez disparadas, solo sirven para estorbar.

Recuperó poco a poco el resuello. «No estás en forma, viejo amigo. Antes no habrías dejado que te sorprendieran así». Pero había tenido suerte. Registró los

bolsillos de Verpillat hasta encontrar un pliego: la carta de Paulette a Françoise de Foix. Cuando lo hubo despojado de todas sus posesiones, Harris se quedó contemplando el cadáver. «Una pena, no era un mal tipo». Pero qué se le iba a hacer, una muerte más en la cuenta del bastardo. Así eran las cosas.

Agarró al soldado por los brazos y lo arrastró hasta la hoguera. ¿Cuáles habían sido las palabras exactas de la Etâmpes? «Francisco no debe volver a saber nada de él. Como si se hubiera convertido en humo».

Harris se sonrió.

## 4

### **Amberes, Países Bajos 1533**

Una luz de leche sucia atravesaba las nubes y calaba la plaza de Saint Jacob. Sobre los andamios que velaban el costillar de la iglesia y entre las casetas de los oficios, en grupos desperdigados, se afanaban maestros canteros, peones, albañiles, yeseros y ganapanes.

Paulette salía de una calle lateral cargada con la canastilla que utilizaba para ir al mercado cuando un revuelo de gentes en el atrio del templo atrajo su atención. Normalmente prefería rodear la plaza para eludir a los obreros, más dispuestos al requiebro soez que al labrado del mineral, pero las voces y los aspavientos del grupo llamaron su atención.

—¿Qué sucede? —preguntó a una mujer que también cargaba una cesta.

—Una proclama del burgomaestre —le susurró la mujer sin volverse.

Un individuo vestido con los colores de la ciudad se dirigía a la multitud. Llevaba un pliego en la mano y procedía a su lectura:

—Item digo que se prohíbe bajo pena de cárcel y excomunión ofrecer cobijo o protección de cualquier clase a los herejes que llaman anabaptistas, pues la potencia deste malicioso enemigo es inmensa y de ella se derivan los grandes males que a todos nos aquejan...

Del corro salían exclamaciones de asentimiento acalladas por los que querían oír al pregonero. Paulette, repentinamente pálida, hizo un esfuerzo por mantener la

calma.

—...hase acordado ofrecer una gratificación de doce florines a los verdaderos cristianos que en cumplimiento de su deber ofrezcan información sobre el ocultamiento de estos paganos e infieles, pues es deseo justo y caritativo de este cabildo que sean exterminados aquellos que con sugerencias diabólicas y falsas alteran y siembran cizaña en los corazones de los buenos creyentes. Otrosí... .

Cuando el pregonero terminó de leer, se dio la vuelta para clavar el bando en la puerta de la iglesia. Las mujeres se volvían hacia sus comadres y cuchicheaban por lo bajo, los hombres juraban y maldecían. Eran gentes agotadas, hartas de tanta brega, de tanto afán. Se dirigían unos a otros comentarios de indignación. Ellos eran buenos cristianos, cumplían los preceptos de la Iglesia y pagaban los diezmos debidos. ¡Ahí estaba el señor párroco para confirmarlo! Mas incluso siendo piadosos veían que cada día menguaba el jornal y escaseaba la comida y no acertaban a comprender el porqué de tanta desventura.

Una mujer se llevó las manos al pecho y soltó un chillido de aflicción. Comenzó a gritar cual si estuviera poseída, tan afligida que ni la misma Virgen en el Calvario mostraría mayor padecimiento. Brillaron muchas pupilas, gimieron las cabezas.

—¡Es cierto, es cierto! —exclamó la mujer, dejándose llevar por un espasmo de dolor y cayendo de bruces—. ¡Son bestias, discípulos de Satanás! ¡Se llevaron a mi hijo, yo misma lo vi! ¡Entraron de noche en mi casa para llevarse a mi niño, los reconocí porque tenían garras afiladas y grandes cuernos, pero sus caras sonreían! Creyeron que me podían engañar, pero no fue así. ¡Fueron los anabaptistas! ¡Ellos enviaron las fiebres a mi niño! —rompió en lágrimas y gemidos en medio de una rociada de golpes de pecho.

Paulette no daba crédito. ¡Por Dios, vaya sarta de tonterías! ¿Es que nadie pensaba callarla? Otra voz, de hombre esta vez, se alzó de entre la multitud:

—¡Son judíos disfrazados! ¿Por qué pasamos hambre y no tenemos trabajo? —un rebullir, una andanada de rabia— ¿Por qué suben los precios sin parar? ¡Ellos atesoran las cosechas y nos roban los jornales! ¡Adoran a Belcebú en secreto, reverencian a sapos y culebras y practican la magia negra para acabar con los verdaderos creyentes!

—¡Se alimentan de carne de vírgenes!

Muchos picapedreros y albañiles se habían acercado atraídos por los alaridos y alzaban sus herramientas en medio de demostraciones de rabia. Cada vez más asustada, Paulette aferró con fuerza la cesta sin saber qué hacer. Temió de súbito que alguien la reconociese y toda aquella rabia se volviese contra ella. Se dio cuenta de que algunos miraban alrededor, buscando una víctima sobre la que descargar su ira.

Una mano se posó en su hombro. Creyó que se le salía el corazón por la garganta. Se dio la vuelta y reconoció a Jos el Pulga. Tenía un puño levantado y vociferaba como el que más.

—¡Grita tú también! —le susurró sin dejar de agitar el puño.



Comprendió que llamaba la atención al permanecer inmóvil. La turbamulta se movía en espasmos, buscaba su presa, daba rienda suelta a sus frustraciones.

—Cógeme de la mano.

Se dejó llevar por el hombre y se abrieron paso entre el gentío sin dejar de proferir gritos y maldiciones.

—¡Doce florines de gratificación! —captó una voz pasmada al pasar—. ¡El jornal de varios meses!

—¿Qué va a pasar, Jos? —poco a poco, consiguieron deslizarse hasta uno de los extremos de la multitud. Se alejaron buscando la seguridad de las callejas cercanas—. ¿Qué van a hacer?

Se detuvieron en un pasaje para calmar la respiración. El Pulga se volvió hacia ella sin dejar de mirar hacia uno y otro lado y se encogió de hombros:

—Buscarán a un infeliz en el que descargar su rabia, un mendigo o un vendedor ambulante, eso pasará. No me gustaría estar en el pellejo del fulano.

Paulette no daba crédito a lo que había visto. ¿Cómo era posible que en unos segundos unos tranquilos ciudadanos se convirtieran en aquella masa fanática?

Jean escuchaba con todo su pequeño cuerpo volcado hacia delante, temeroso de perderse una sola sílaba. Los ojos infantiles, abiertos de par en par, permanecían atentos a cada gesto, que tal parecía que bebían las palabras del fraile. Tenía la boca entreabierta, las manos abandonadas sobre el escabel en una postura de total inmovilidad, subyugado por aquel mundo fantástico que crecía ante él conjurado por la magia de las palabras.

—¡No puede ser! —explotó de pronto en un arrebato, interrumpiendo la narración del padre—. ¿Cómo va a hacer eso Penélope? ¡No puede ser!

—¿Me vas a dejar continuar?

—Disculpad, padre... ¡Pero es que no puede hacer eso! ¡No puede casarse!

Se disponía a proseguir con la narración cuando llamaron a la puerta. Paulette y Jos el Pulga penetraron en la estancia. Parecían venir muy agitados.

—Jean, es hora de que bajas a ayudar a Klara.

—¡Mamá! —exclamó el niño, desconsolado. Su mirada buscó ayuda en el fraile.

—Obedece a tu madre, Jean.

Con un mohín de decepción, el chiquillo se levantó:

—¿Me contarás después el final? Antes del almuerzo, ¿vale? ¿Me lo contarás?

—Me esperaba algo así. Tarde o temprano tenía que suceder.

Baltasar trataba de quitarle hierro al asunto, pero saltaba a la vista que las noticias lo habían desasosegado. El resplandor de las llamas doraba sus mejillas. Los ojos se le hundían en las cuencas y le otorgaban un aspecto de madera encallecida.

A su alrededor, en deferente silencio, el círculo de hermanos aguardaba. Se había avisado a toda prisa a los pastores y diáconos del distrito para transmitirles las nuevas

y decidir qué hacer. Alzó la mirada y la paseó por los rostros de los reunidos. Los conocía bien a todos. Allí estaban entre otros Bartholomeus Post y Claes Cuyp, dos de los pastores más respetados y que dirigían las comunidades más numerosas de Amberes. También divisó a Hendrick de Molijn, el hermano de más edad, decían que rondaba los ochenta años, tan solemne e imponente como un patriarca. Otros más aguardaban cabizbajos y reflexivos tras escuchar las palabras de Jos el Pulga y de Paulette, convocados para exponer lo sucedido a la asamblea. Hans, cerca de la ventana, había seguido el relato sin apartar la mirada de la moza.

—No, no nos coge desprevenidos... —habló al fin, rompiendo así la expectación—. ¿Qué podíamos esperar después de la firma de la paz religiosa de Nuremberg el pasado mes de septiembre? ¡Ahora, católicos y protestantes tienen las manos libres para volverse contra nosotros! —se le quebró la voz.

—¡Llegan los tiempos del martirio! —la voz profunda de Hendrick de Molijn se alzó de entre el círculo y retumbó en la habitación, cargada de presagios. El anciano tenía el rostro surcado de arrugas—. ¿No era eso lo que decía nuestro hermano Melchior Hoffman? ¿No afirmaba que el Reino de Dios llegaría en este anno Domini de 1533, en el decimoquinto centenario de la muerte del Redentor? —se alzó la voz cavernosa. Hoffman gozaba de gran predicamento en amplios sectores de la hermandad—. ¡El Milenio empezará después de un período de calamidades sin cuento y vendrá acompañado de multitud de signos y portentos!

Los pastores y diáconos se miraban unos a otros. Nadie osó responder al anciano.

—¿Ya no recordáis las terribles inundaciones del año pasado? ¿Los diques rotos en Holanda y Zelanda, las tierras anegadas en Frisia, en Flandes, en Over-Yssel y en la misma Amberes, las cunetas y los campos sembrados de cadáveres, hombres y animales tan hinchados como pellejos de vino? ¿Tan parca memoria tenéis que estáis ciegos a las señales? ¿No es el turco Solimán una maldición divina? ¿No son Lutero y el papa romano las dos caras del Anticristo?

—Sosegaos, hermano... —quiso calmarle la voz suave de Bartholomeus Post, a quien todos conocían por su natural sereno. Pero el anciano ya no escuchaba. Su mano derecha se alzó para acallar al pastor y pareció en verdad que el mismo Moisés guiaba su ademán. Un silencio cuajado de presagios estremeció las sombras.

—¡El mundo perverso arremete contra la verdadera Iglesia, profiere mentiras contra los auténticos seguidores del Cristo y nos amenaza con hogueras y toda suerte de ejecuciones! Somos masacrados como ovejas que han perdido a su pastor, deambulamos por un desierto sembrado de espinas, levantamos nuestros hogares en los peñascos y en las hendiduras de las rocas igual que pájaros nocturnos, nos atrapan los lazos del cazador, nos acosan con sabuesos como si fuéramos liebres... —se había levantado llevado por el ardor de su soflama, mas de súbito pareció que le abandonaban las fuerzas y se derrumbó sobre la silla. Todavía se oyó su voz, muy lejana ya, desprenderse del pecho en apagado murmullo—: Y, sin embargo, solo ansiamos vivir en paz.

Emergieron suspiros del círculo de hermanos. Los más rehuían las miradas y las olvidaban entre las llamas. Baltasar carraspeó:

—Melchior Hoffman ha sido arrestado en Estrasburgo —exclamaciones ahogadas acogieron su declaración. El profeta era querido por muchos y, hasta el momento, la ciudad de Estrasburgo gozaba de fama de tolerante. No era una buena noticia—. Nuestro hermano escribió una carta al concejo en la que explicaba que el Reino de Dios había llegado por fin y que tendría su comienzo precisamente en Estrasburgo, después de una terrible matanza de impíos. Ni siquiera le dieron opción de retractarse: lo arrestaron y lo metieron en la cárcel para impedir que sublevara a las masas.

—¡Pero si Hoffman es un hombre pacífico, incapaz de hacer daño a una mosca! —exclamó Claes Cuyp, uno de los pastores. Era muy cierto.

—Sea como fuere, debemos tomar una decisión —Bartholomeus Post trataba de calmar los ánimos y reconducir el debate—. ¿Qué proponéis, padre?

Baltasar Sachs estaba aguardando el momento. Había meditado largamente acerca de lo que convenía hacer y al fin se había decidido, pero debía convencer a los demás.

—Hans me lo ha repetido muchas veces —varias caras se volvieron hacia el carpintero, que se sonrojó de forma perceptible—. Deberíamos buscar un lugar, un país en el que podamos regirnos por nuestras propias leyes.

Una oleada de murmullos se alzó, una marea de inquietud.

—¿Hans? —invitó el padre.

El carpintero tragó saliva y asintió. Baltasar se dio cuenta del esfuerzo que suponía para él hablar en público, aun cuando ese público estuviera constituido únicamente por unos cuantos hermanos. Comprendió también que la presencia de la moza lo desasosegaba. Aquellos dos llevaban jugando al gato y al ratón demasiado tiempo, incapaces ambos de reconocer lo que sentían el uno por el otro. Tomó nota mentalmente de que debía hablar con Hans sobre esa cuestión.

—Sí..., bien, es algo que ya todos sabemos. Si encontráramos una ciudad quizá, un lugar en la que la hermandad ejerza el gobierno...

—¿Adónde queréis llegar, padre? —Claes Cuyp se volvió hacia el fraile, interrumpiendo el discurso de Hans. Claes, con su aspecto de comerciante acomodado y su barriga opulenta, era uno de los predicadores más respetados. Baltasar apreciaba su opinión, pero sabía que el instinto precavido del comerciante siempre terminaba por aflorar—. ¡Esa cuestión ya se ha debatido en otras ocasiones, y conocéis lo que pensamos!

Había llegado el momento de la verdad. Examinó el círculo de rostros y se dio cuenta de que Cuyp no estaba solo. Otros apoyaban su inmovilismo. Tenían miedo, pero Baltasar sentía que si se quedaban quietos la hermandad peligraba y los esfuerzos de tantos mártires serían baldíos. Rogó a Dios que le diera fuerzas para convencer a aquellos hombres. Y a sí mismo. También a él le corroían las dudas.

—Es bien cierto que le hemos dado muchas vueltas, pero en esta ocasión hay marcadas diferencias. La proclama del burgomaestre es la primera: ¿seguimos estando seguros aquí? ¿Estamos dispuestos a dejarnos sacrificar y a permanecer con los brazos cruzados mientras se llevan a los nuestros? —comprobó que varias cabezas negaban, apoyando sus palabras—. Hasta ahora hablábamos de buscar un lugar, pero no sabíamos adónde dirigir nuestras miradas. Bien, existe ese lugar.

Sus palabras cayeron sobre la sala con la fuerza de la detonación de una bombarda.

—He conocido a un clérigo: Bernhard Rothmann. Un hombre que busca con avidez la verdad. Mantuve con él una larga conversación en una posada de carretera. Me di cuenta de que, a pesar de declararse luterano, se sentía atraído por las doctrinas de la hermandad. Discutimos mucho sobre el bautismo infantil y sobre la verdadera Iglesia y en todo se mostró receptivo y abierto de espíritu. Cuando nos despedimos, me dio a entender que el ambiente en su ciudad era propicio para un cambio de este tipo. Las gildas rechazan al obispo católico y se sienten defraudadas por Lutero.

—¿Qué ciudad? ¿Dónde está? —preguntaron varias voces impacientes.

—Estoy hablando del burgo de Münster. Como sabéis, es la capital de uno de los más extensos principados del Imperio.

—¿Qué proponéis exactamente, padre Baltasar? —se alzó la voz del pastor Post.

—¡Acudir a Münster, convertirla en la Nueva Sión! —se transformaba el padre, se vertían calderos al rojo en la fragua del herrero. De un tiempo a esa parte sentía la urgencia que le acosaba. Percibía que los tiempos eran llegados y quería creer, necesitaba creer que Münster constituía la tabla de salvación—. Si la hermandad accede al consejo, ¿quién se nos ha de enfrentar? ¡El mundo nos dejará en paz y podremos hacer realidad el sueño de los primeros cristianos! Pues, ¿no son autónomas las ciudades imperiales? ¿No se gobiernan sin que nadie de fuera intervenga en las decisiones que toman, que aun el mismísimo emperador ha de andarse con rodeos y promesas para que se le escuche?

—¡Lo que nos pedís es que abandonemos cuanto poseemos! —terció Cuyp, indignado—. ¿Cómo pretendéis que cientos de hermanos abandonemos nuestra tierra para ir tras una quimera? ¡Yo digo que es mejor aguardar aquí y esperar a que pase la tormenta!

—¿Pensáis seguir escondiándoos por siempre, Cuyp? —replicó otro pastor.

Volaban los argumentos, se cruzaban las porfías y era un hablar desconcertante y enloquecido. Baltasar dejó que continuara la discusión durante un rato. Le flaqueaban los ánimos: no había esperado tanta oposición. ¿Y si se equivocaba?

—¡Escuchad!

Poco a poco, se apaciguaron los ánimos. Paulette se había acercado a Hans y cuchicheaba con el carpintero en voz baja. Parecía muy alterada.

—Mucho me temo —habló el fraile— que no disponemos de tiempo. Las gentes pasan hambre y una recompensa de doce florines abrirá muchas bocas y desatará

traiciones. Corremos peligro en Amberes, pero aun así, puesto que no estamos unidos, la decisión final debe salir del conjunto de los hermanos. Convoquemos una asamblea y planteémosles la cuestión.

Hubo desconcierto ante la propuesta. Baltasar detuvo la mirada en Bartholomeus Post. Este, tras un instante de indecisión, aceptó:

—Sea.

—¿Hendrick?

—Sea.

—¿Claus?

Un rebullir incómodo, un ademán de aquiescencia:

—¡Está bien, de acuerdo!

Uno tras otro fueron dando su conformidad.

—Será necesario adoptar precauciones extremas. Buscar un lugar amplio y protegido.

—Dejadlo de mi cuenta, padre.

Baltasar asintió. Se habían quedado solos, un remanso de tranquilidad tras la tormenta.

—¿Qué piensas, Hans? ¿Qué crees que decidirán?

Meneó la cabeza el carpintero:

—No lo sé. Solo espero que no nos estemos equivocando.

Baltasar dejó que las llamas atraparan el silencio. Luego se volvió hacia su viejo compañero:

—Esa muchacha... .

Una mueca, un redolor.

—Os he visto discutir.

Hans bufó:

—¡Es más terca que una mula! ¡Por todos los Infiernos, padre, que nunca he conocido a una mujer más cabezota!

Sonrió Baltasar:

—¿Solo ella, Hans?

—¿Pues no acaba de decirme que, si abandonamos Amberes, no vendrá con nosotros?

—No sé por qué te molesta, si siempre tratas de alejarla de ti.

Hans se le quedó mirando desconcertado. El rubor tiñó sus facciones:

—¿Qué dice, padre? ¡Yo no hago eso! Ella es una muchacha bonita y alegre, sería un loco si no disfrutara de su compañía.

—Pero eludes su presencia.

—¡No digáis sandeces, padre! Me parece que tanta lluvia ha afectado vuestro cerebro.

—Te niegas a ti mismo el goce de la felicidad y, lo que es peor, se lo niegas a ella,

porque crees que no eres digno de ser feliz.

—¿Queréis dejarlo? —se crispó la voz del carpintero.

—Crees que no puedes darle la seguridad de una casa y de una vida tranquila y que por eso te rechazará. Pero ella te ama. A ti, Hans, no a tu seguridad. Deberías asumir que ya no eres un simple campesino.

—¡Tonterías, padre! ¡No decís más que tonterías!

## 5

John Harris se desprendió de la capa, la dejó caer con ademán indolente en las manos de un criado y se arrellanó en un sillón tapizado con motivos florales. Había sido una buena idea adquirir aquellas prendas. Un atavío elegante, un aire de desenvuelta seguridad y una generosa propina franqueaban cualquier obstáculo y a él lo habían conducido hasta el corazón del dinero.

Contempló con disimulado desdén al rollizo secretario que se sentaba frente a él. Le desagradaba profundamente: era un tipejo pusilánime, con aspecto de medusa mórbida, un melindre de párpados caídos y grasas vencidas. Ahogó un arrebato de decepción. Se encontraba nuevamente en forma tras las jornadas de caballo y de vida al aire libre, renovado por dentro y presto para la acción. Pero aquel fulano no le iba a dar juego.

Vestía bien, con ropas de calidad, un punto llamativas. Aquel detalle le extrañó: su vestimenta destacaba entre las de sus compañeros como un traje de bodas en un cementerio de espantapájaros. Tomó nota mental del detalle: un simple secretario no podría costearse tales atavíos con su paga. Era evidente que cobraba algún sobresueldo.

El gordito se deshacía en cortesías y zalemas, más almibarado que el eunuco de un sultán. Despidió con gesto autoritario al servidor que les había traído unos dulces y esperó hasta que se quedaron solos en el gabinete.

—He de reconocer que estoy sorprendido, *monsieur* Harris —habló en francés con voz engolada—. Me tenéis desconcertado: vuestro aspecto es indudablemente parisino y vos mismo decís que venís de Francia, mas vuestro apellido es britano...

Harris le dirigió una mirada gélida, pero sus labios sonrieron:

—Vos sabéis mejor que nadie, *monsieur* Berchem, que el dinero no tiene fronteras. Mas lleváis razón: pertenezco a una noble familia inglesa, si bien hace años que vivo en París. Los franceses son mucho más comprensivos y no se escandalizan

porque un miembro de la aristocracia se dedique a actividades de carácter comercial...

—Cierto, cierto... —asentía el gordito con tanta complacencia que Harris llegó a temer por su cuello.

—Además, ¿qué os voy a decir que no sepáis? ¡Pardiez, aunque me duela admitirlo, existe un abismo entre la tosquedad inglesa y el refinamiento de la vida en París! —la imagen del fonducho en el que se había alojado durante los últimos años le hizo sonreír con amargura, pero el flamenco interpretó la sonrisa como un gesto de complicidad. Se arrellanó en su sillón, ufano por la confianza de su visitante.

—Tenéis razón, por supuesto, disculpad mi curiosidad. Bien, habéis preguntado por el agente de negocios de los Schetz en Francia, supongo que por alguna cuestión de mutuo interés. Aquí me tenéis, a vuestra completa disposición.

«No lo sabéis bien», pensó Harris, ahogando una mueca de desdén.

—Vos lo habéis dicho, *monsieur* Berchem. De mutuo interés. Deduzco que sois un hombre sagaz y precavido. Eso me gusta, sí señor. Me gusta, pues lo que me trae ante vos es... digamos que delicado.

—¡Oh, por favor, podéis contar con mi total discreción! Estoy acostumbrado a tratar este tipo de cuestiones. Consideradme una tumba, *monsieur* Harris.

El inglés evitó sonreír ante lo certero del comentario.

—Vuestra firma, la compañía Schetz, trafica con metales. Metales muy peculiares, a decir verdad. Digamos que estoy interesado en adquirir una importante cantidad de esos metales, sobre todo de los que proceden de Lieja.

Una luz de inteligencia iluminó el semblante de Aelbert Berchem. Lieja era famosa por su metalurgia y estaba especializada en armamento: cañones, falconetes, arcabuces... Comprendió la suspicacia de su visitante: pretendía comprar armas para Francia. ¡Armas imperiales para abastecer el ejército francés! La osadía del individuo le maravilló: a pesar de que Francia y el Imperio atravesaban un período de relativa calma en sus relaciones desde que en 1529 se firmara la paz que llamaban de las Damas, por la que Francia renunciaba al Milanesado y se comprometía a pagar un rescate de dos millones de ducados por los hijos de Francisco I, que reemplazaran como rehenes a su padre en Madrid, todo apuntaba a que no tardaría en estallar un nuevo conflicto. Se sabía que naves francesas hacían el corso en el canal de la Mancha y en el Cantábrico a los barcos españoles. Así pues, ¿cuánto tardaría en quebrarse la frágil paz entre las dos potencias? ¡Y aquel hombre proponía comprar armas imperiales para Francia! Sintió que le invadía la excitación. ¡La diosa Fortuna había conducido al inglés hasta él! Si manejaba con tino la situación, sacaría buen provecho del negocio.

—Creo que capto vuestro interés, *monsieur* Harris, pero me temo que lo que me proponéis entraña considerables... riesgos.

—Nada que no se pueda solucionar, espero —el inglés dejó caer indolentemente un saquete sobre la mesa y se levantó. La bolsa tintineó agradablemente—. Aceptad

este pequeño obsequio como muestra de reconocimiento. Ahora debo dejaros. Creo que nuestro negocio debería ser tratado en un ambiente más... discreto. ¿Qué os parece si os acercáis por el hospedaje donde me alojo?

—Por supuesto, por supuesto, me parece una excelente idea —Aelbert Berchem se frotaba las manos, todo sonrisas. Con un poco de tacto, imaginaba, aquel pardillo terminaría de hacerle rico. ¡Pardiez, las cosas en los últimos años no podían irle mejor!

Harris le dio la dirección de una respetable posada cerca de la catedral.

—Al anochecer, si os place. Os estaré aguardando. ¡Ah! Preguntad por *monsieur* Verpillat. A vos puedo deciros mi verdadero nombre, pero comprenderéis que, en estas circunstancias, es mejor pasar desapercibido.

Sus hojas eran similares a las del perifollo o a las del perejil, pero bastaba aproximarlas a la nariz para captar la diferencia: el olor del perifollo recordaba al anís y el del perejil era mucho menos intenso. Las que machacaba en un mortero desprendían un efluvio áspero, desagradable. Aun así, Harris no pudo evitar que una sonrisa satisfecha se le enroscara en los labios. Hacía años que no se sentía tan en forma.

Terminó de macerar las hojas y examinó el líquido viscoso que quedaba en el fondo del recipiente. ¿Sería suficiente? Decidió no correr riesgos y añadió unas cuantas hojas más que extrajo de un saquito que reposaba sobre la mesa. Procedió nuevamente a molerlas hasta que la sustancia resultante se volvió más o menos homogénea. Introdujo entonces la pasta en una cazuela de barro cocido y la colocó sobre las brasas del hogar. Vigiló la decocción hasta que el extracto se volvió espeso. Luego cogió una damajuana llena en sus tres cuartas partes de un líquido oscuro y destapó el recipiente. La fragancia del licor, procedente de la región de Cognac, invadió sus fosas nasales. Se sirvió una generosa porción en una copa de cristal y la dejó a un lado. Era una pena desperdiciarlo todo, a fin de cuentas. Con sumo cuidado, vertió el contenido de la cazuela en la damajuana y agitó el recipiente con una paleta hasta que la mezcla se diluyó.

Contempló su obra con ojo crítico: si se acercaba el licor de la copa al del frasco se evidenciaba la diferencia de tono. Pero en la penumbra del cuarto la diferencia resultaba inapreciable. Oisqueó la boca del recipiente: bajo la fragancia del licor, un regusto acre, una acidez perturbadora.

Solo le quedaba aguardar. Un vistazo a la calle le indicó que comenzaba a anochecer. El pajarillo no tardaría en caer en la red. Se acomodó en un sillón cerca de la lumbre y dio un trago de la copa. Se sentía satisfecho por el trabajo bien hecho. Siempre había considerado que su oficio era un verdadero arte, por desgracia plagado de advenedizos que creían que todo se limitaba a una mayor o menor destreza con los aceros. Él sabía que no era así: ¿dónde quedaría si no la creatividad, el talento, la imaginación? Un agradable calorcillo le invadió el estómago.



—¿*Monsieur* Verpillat? —llamaron discretamente a la puerta—. Tenéis una visita, *monsieur*. El señor Aelbert Berchem.

Se levantó para recibir a su huésped. El flamenco venía embozado en una capa de piel. Sus ojillos fatigados escudriñaron los rincones del aposento en un movimiento furtivo y nervioso. Harris tuvo ganas de echarse a reír:

—¡Por Dios, querido Berchem! ¿No os parece un poco ridículo tratar de hurtar el rostro y al tiempo dar vuestro verdadero nombre para presentaros?

El gordinflón se detuvo, azorado por su torpeza. Balbuceó una disculpa y procedió a quitarse la capa, que dejó en sus manos sin saber qué hacer con ella.

—Acomodaos, amigo mío. ¿Me permitís que os considere un amigo? ¡Ah, no sabéis cuánto se echa de menos una voz cercana cuando uno se halla en tierras extranjeras! —era todo cordialidad John Harris, una efusión que diluyó el embarazo del flamenco.

—Me sentiré muy honrado, *monsieur*.

Se sentaron frente a frente en sendos butacones que flanqueaban la chimenea. El calorcillo del hogar reconfortó a Aelbert Berchem y contribuyó a serenar su mente. Desde que recibiera la visita del inglés no había hecho otra cosa que darle vueltas al negocio. Entrañaba considerables riesgos, desde luego, aunque no era la primera vez que se hacía algo así en la firma Schetz. Su vacilación era otra: trataba de decidir hasta qué punto podría encargarse él solo del asunto. El destino de las armas encarecería los costes, pero si hacía creer a sus superiores que estas se dirigían hacia un comprador, digamos, comúnmente aceptado. En ese caso, su comisión se multiplicaría. ¡Por la Virgen, muy desesperados debían de estar los franceses para comprar armas en el Imperio! Pagarían lo que se les pidiese por ellas sin rechistar. La cabeza se le iba en cifras y cálculos. Debía hacer un esfuerzo por mantenerse frío, se dijo; manejar la situación con astucia.

—Pues sí, querido amigo, este clima me recuerda mucho al de mi tierra inglesa.

El agente francés se demoraba en los preliminares, completamente relajado en su butaca. En una mesa auxiliar reposaba una damajuana con un líquido oscuro y una copa vacía. Otra copa reposaba en las manos del inglés. Bebía con parsimonia, deleitándose con cada trago. Aelbert se preguntó qué bebida sería aquella y se sintió ligeramente molesto por la falta de tacto de su anfitrión, que no le ofrecía un trago. Pero el tal Harris seguía hablando de trivialidades y contemplándole con una sonrisa que le desasosegaba un poco. A decir verdad, había algo inquietante en él.

—Pero seguro que estáis deseando regresar a casa. No os demoraré mucho...

—No tengáis cuenta, amigo Harris —se atrevió a utilizar el tratamiento—, estoy a vuestra entera disposición.

—¿Os apetece en ese caso un trago? —bueno, al menos se había percatado de su falta de tacto. No tuvo necesidad de responder, pues el inglés procedió a llenar la otra copa que reposaba sobre la mesa y a pasársela con ademán cordial—. Es un licor francés, una delicia. Brindemos por nuestros futuros negocios, si os place.

El aroma del licor era fuerte, denso, ligeramente amargo. Apropiado para combatir el frío de la noche, se dijo. Y la copa, una delicia, un trabajo de calidad, seguramente un cristal bohemio o veneciano. Daba gusto disfrutar de aquellos lujos, para variar. Dio un trago largo y sintió que el líquido le abrasaba la garganta. Se atragantó, tosió, tuvo que dejar la copa sobre un velador cercano:

—¡Pardiez, *monsieur* Harris! ¿Qué es esto? ¿Veneno? ¡Voto a bríos que jamás probé nada tan fuerte! —le gustaba esa expresión, tan propia de caballeros.

—Debí advertiros, querido Berchem, os pido disculpas, pero es solo al principio: luego, uno le coge el gusto.

—No, no, si no está mal, pero...

—En fin, es hora de que vayamos a lo nuestro. Hacedme el favor, leed esta carta —le pasó un pliego bastante manoseado, con las dobleces muy marcadas por el uso. Aelbert Berchem contuvo un gesto de extrañeza y procedió a abrir el pliego.

Y se quedó helado al reconocer su propia grafía. ¿Qué broma era aquella? Sus ojos volaron sobre el texto, desconcertados, incapaces de comprender qué sucedía. Era la carta que había escrito años atrás a la condesa de Châteaubriant por encargo de la muchacha francesa, Paulette. No tuvo que hacer ningún esfuerzo para refrescar su mente. Ahogó el sentimiento de aprensión y dio otro trago a la copa para calmarse. ¿Qué hacía el inglés con aquella carta? ¿Qué estaba pasando? Desde la primera vez que recibió dinero de la condesa, desde que decidió quedárselo y no contarle nada a la muchacha, los remordimientos no habían parado de acosarle. ¡Su familia necesitaba el dinero tanto o más que ella! Además, Paulette no había vuelto a aparecer. Al principio acudía a él de cuando en cuando para saber si había recibido repuesta de Francia, pero desde hacía más de dos años no tenía noticias de ella. ¿Iba a devolver el dinero por ello, cuando tanto lo necesitaba? ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué quería de él? Un sudor frío, a pesar de la cercanía de las llamas y del licor, estremeció su espina dorsal. Trató de serenarse, mas su mente volaba, enredada en cábalas sobre lo que vendría a continuación. Cuando alzó el rostro para enfrentarse con Harris, su semblante estaba demudado:

—¿Qué broma es esta?

Ya no sonreía el inglés. Su expresión congelaba el ambiente.

—Podrías pasar la noche negando la evidencia, pero no disponéis de tanto tiempo y os conviene hablar con celeridad. El licor que acabáis de ingerir contiene una solución de cicuta, un veneno que acabará con vos en pocos minutos. Primero sentiréis sed y un intenso dolor de cabeza; luego se os retorcerá el estómago y comenzaréis a experimentar vértigos, delirio. Y, finalmente, un frío glacial. Después moriréis.

Aelbert Berchem solo fue capaz de balbucear unas cuantas palabras inconexas. No podía ser cierto. No, no. Su cabeza se negaba a aceptar lo que le decían. Quizá fuera aprensión, pero al instante experimentó una fortísima sed.

Harris se permitió una sonrisa y extrajo un frasco de uno de sus bolsillos. Lo agitó

ante él:

—En este frasquito guardo el contraveneno. Os queda poco tiempo, así que os lo diré una sola vez: si respondéis a todas mis preguntas, beberéis el contenido del frasco y puede que os salvéis. En caso contrario...

—¿Quién sois vos? ¿Qué queréis de mí? —gimió el flamenco desesperado.

—¿Dónde está la muchacha francesa?

—¡No lo sé! ¡Os juro que es la verdad, no tengo ni la más remota idea, hace más de dos años que no la veo! —gimió, casi gritaba. Se arrojó al suelo, fuera de sí, el rostro congestionado, las manos en actitud de súplica—. ¡Creedme, por lo que más queráis, es la pura verdad! ¡Dadme el contraveneno, os lo diré todo, pero no sé dónde está!

Un gesto de desprecio asomó al rostro de Harris:

—¿Cómo os ponéis en contacto con ella para darle el dinero que os envía la condesa?

—¡No se lo doy! ¡Soy un miserable, sí, pero desde el principio me lo quedé! Comprendedlo, vivimos tiempos difíciles, mi familia pasaba hambre... ¡No ha visto un cobre de ese dinero, ni uno! —comenzaba a dolerle la cabeza. Se echó a los pies del inglés, sollozando, balbuciente, desesperado.

Harris le contempló impávido. Aquello explicaba que tuviera dinero para comprarse ropas de calidad.

—¿Y ella no os lo ha pedido nunca? Por todos los diablos, Berchem, eso no se lo cree nadie... —dijo, sin embargo.

—¡Es la pura verdad! Al principio sí, me esperaba a la salida del trabajo, pero luego se cansó de mis negativas. ¡No sé qué es de ella, en este instante puede hallarse muerta o a mil leguas de distancia! ¡Por lo que más queráis, dadme el contraveneno!

—Todavía no. Y, por favor, ahorraos los berridos y los lloriqueos, me disgustan profundamente. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Hay una dirección, ella me la dio hace mucho tiempo: cuando la echaron de la casa que compartía con su marido se fue a vivir a una habitación de los arrabales con el niño. Pero no sé si sigue ahí... —le indicó las señas—. Es todo lo que sé, os lo juro, por lo que más queráis. ¡No quiero morir!

—Pues poco os importaba que muriesen la muchacha y el niño.

—¡Sí, sí, es cierto, pero poneos en mi lugar, mi mujer, mis hijos!

Harris le contempló con indiferencia. El tal Berchem había resultado decepcionante. Ni por un momento había dudado de su palabra, ni por un segundo se le había enfrentado. Solo lágrimas e hipidos. Un pusilánime, un calzonazos que se aprovechaba de los débiles y humillaba el espinazo ante los fuertes. Una basura. ¡Lástima desperdiciar tan ingeniosa trama con tan poco hombre! En fin, seguiría la pista que le había dado. Tendría que vender las ropas y hacerse con otras más discretas. Y abandonar la posada, claro.

—¿Seguís queriendo este frasquito?

—¡Por favor!

Se lo arrojó. El hombre se lanzó a por él, fuera de sí. Le temblaron las manos al abrirlo, vertió parte del contenido, se lo llevó a los labios con ansia. Ni asomo de dignidad. Una pena.

—¡Agua! ¡Es agua!

—Ah, agua, sí, pero bendita. ¡Agua bendita, amigo Berchem! Rezad, rezad y ya veréis... .

Harris se sonrió. Cuando a la mañana siguiente descubrieran el cadáver, él ya estaría lejos. Y todo Amberes buscaría a un misterioso francés llamado Verpillat.

## 6

Desde que la proclama del burgomaestre fuera publicada, la pestilencia de la difamación se extendía. Por doquier brotaban miserables que acusaban a sus vecinos de impiedad mientras extendían la mano para recibir las doce monedas de la delación. Vecinos contra vecinos, hijos contra padres, hermanos contra hermanos, una atmósfera de ponzoña impregnaba con su fetidez los pulmones de los ciudadanos, que nadie quedaba libre de sospecha, nadie de la maledicencia y la murmuración. Bastaba una deuda no saldada, una fortuna imaginada, una feliz posición para convertirse en blanco de calumnias, en diana de resentimientos. Procesiones de penitentes recorrían las calles con sus cruces y sus lamentos. Las iglesias rebosaban de fieles que vivían, literalmente, en el temor de Dios. Una onda de tímida espiritualidad vencía los espíritus, que se arrodillaban los orgullos ante las cruces de los caminos y era un grito su piedad.

Con la primavera aparecieron los flagelantes y las plazas se llenaron de gemidos. Se dirigían en grupos a una iglesia, se descalzaban y se desnudaban, quedándose tan solo con un camisón desde la cintura hasta los pies, y se postraban en el suelo en círculo, con los brazos en cruz. Uno de ellos entonaba un cántico y los demás le seguían. Luego, levantándose a un tiempo, comenzaban a disciplinarse con azotes de cuero y escarpías de hierro mientras proseguían los himnos al Cristo del Calvario y a la Virgen. Su sangre salpicaba las plazas y sus cuerpos se convertían en masas tumefactas. Toda la concurrencia sollozaba, pues creían que los flagelantes cargaban así con los pecados del mundo.

Los vendedores de reliquias florecieron. Aquí uno vendía falanges de santa Brígida, fetos certificados de la matanza de los Santos Inocentes o pellejos varios del

prepucio del Salvador; allá otro exaltaba la calidad de sus fragmentos de la Vera Cruz y otro más mostraba piezas de tela de calidades diversas con la huella auténtica de la primera sangre de la Virgen María; y todo era un rebullir de las almas y una desmesura de los sentidos, un estruendo de los espíritus, una adoración sin medida.

Las huestes del burgomaestre no se daban tregua. En patrullas recorrían la ciudad, entraban en las casas, arrestaban sospechosos y acusados para ponerlos en manos de la Santa Inquisición. Los dominicos, conocidos como «los perros del señor», vivían días de gloria y sus cárceles rebosaban de impíos, blasfemos, apóstatas, descreídos y sacrílegos que lo eran por gracia de la tortura y la confesión. Algunos anabaptistas cayeron, mas a fe que el Señor veló los ojos y confundió las lenguas de sus enemigos, que en su mayoría eran los reos gentes del común, cristianos de sopa y jornal cuyo pecado radicaba en una rencilla olvidada, en una felicidad en exceso pública o en un vecino resentido.

—Claes Cuyt sigue poniendo obstáculos. Convince a los hermanos para que permanezcan en sus casas y afirma que la tormenta pronto cesará. Predica que es necesario mantener la calma y orar al Señor.

Baltasar se consumía de impaciencia. Sentía la urgencia de la partida y dudaba.

—Fue esta mañana —Paulette se paseaba por plazas y mercados con un vestido de ingenuidad y acechaba las conversaciones—. La guardia del schout detuvo a dos hermanos que acudían al Vleeshuis, el edificio del gremio de carniceros.

Se preparaba una gran pira purificadora, un espectáculo de sangre y fuego aleccionador para conmover las conciencias y encaminarlas hacia el bien.

—Que el Señor les dé fuerzas en la hora de la aflicción.

—Corremos peligro, padre —urgía Hans—. Hasta ahora nos manteníamos al margen, no se atrevían con nuestro barrio —era cierto: aquellos vericuetos de inciertos destinos constituían un pantano de arenas movedizas que desalentaba a las patrullas del burgomaestre—, pero ahora, tras esas detenciones... La tortura les hará hablar. Debemos marcharnos antes de que sea demasiado tarde.

Pero el padre quería aguardar un poco más.

—Hay que convencer a Claus.

Ya se levantaban los tablados para exponer a los herejes y se apilaba la leña purgante. Se alzaban las gradas de las autoridades, se engalanaba la plaza de la catedral, pregonaban los clarines la sacra función.

—Es imposible reunir a todos y pasar desapercibidos, pero existe otra opción: pidamos que cada comunidad envíe a un grupo de hermanos y reunámonos aquí, en la fonda. Ellos serán la voz de los demás.

Aceptó al fin Baltasar:

—Que sea el día de las ejecuciones. Toda la ciudad estará contemplando el espectáculo.

—¡Eh! ¿Quién sois? ¡Fuera de aquí! ¿Qué diablos queréis?

Una escalera oscura en un edificio destartalado. De las madrigueras desventradas llegaban lloriqueos de criaturas y parloteo de comadres. Harris había trocado sus ropas de mercader por otras más humildes: unas calzas largas, un sayo de lino y una pelliza de piel de conejo. Ropas de artesano con las que pasar desapercibido.

—Disfrutar de vuestra belleza, hermosa —desplegaba sus dotes de seductor, se reía la comadre sorprendida. Un bebé colgaba de una de sus tetas, medio adormilado.

Le había costado localizar las señas que le diera Berchem: un suburbio de las afueras. Sabía que la moza había compartido alojamiento con otras dos familias.

—Veréis, busco a una muchacha, vengo de muy lejos para verla —deslizaba insinuaciones veladas—. Se llama Paulette, es francesa, me han dicho que se aloja aquí.

Un ceño fruncido, a floraba la suspicacia.

—¿Qué lleváis ahí?

Se había hecho con unos embutidos para ganarse las voluntades. El olor despertaba añoranzas en el estómago.

—Oh, nada, un detalle para Paulette.

—Hace tiempo que no vive aquí.

Diana. Así que aquella chismosa sabía quién era Paulette.

—¡Oh, vaya! —compuso un gesto desalentado, se recostó contra el marco de la puerta y se quedó contemplando el paquete en sus manos, como si no supiese muy bien qué hacer con él—. Era mi última esperanza, ya no sé dónde buscarla. Bueno, supongo que al menos esto no se desperdiciará. ¿Gustáis?

La mujer abrió los ojos, incrédula. Aquello era un tesoro en su magra dieta. Cogió el paquete con avidez y una sonrisa de agradecimiento sustituyó a su hosquedad.

—¿Venís de muy lejos, decís?

Había picado el anzuelo. Harris se encogió de hombros:

—De Châteaubriant, en la Bretaña. Ambos nos criamos juntos.

Olía en efecto a amores imposibles. La mujer no fue capaz de resistir la tentación:

—Ella me habló de ese sitio. Hace tiempo que no la veo y no sé cuál es su actual dirección, pero la última vez me dijo algo del Jacobskerk —echó un vistazo a las escaleras y se acercó un poco más a Harris. Bajó la voz—: Para mí que se lió con esos que llaman anabaptistas, ya sabéis, los herejes. Dicen que envenenan las fuentes con un preparado mágico de arañas y lagartos y que comen carne de basilisco —se santiguó—. No quiero decir que ella... A mí siempre me pareció una buena muchacha, pero ya sabéis, en estos tiempos. Quizá, si la buscáis por ese barrio...

Paulette llenó tres jarras de cerveza, le pasó una a Jean y se dirigió sorteando las mesas hacia un extremo de la sala en el que un grupo de peones aguardaba por sus bebidas. El chiquillo le fue a la zaga muy puesto en su papel de ayudante, caminando con aires desenvueltos y ojeando a su alrededor por si alguien requería de sus servicios. Su mirada se cruzó con la de un individuo que se protegía bajo una pelliza

de lana con la capucha echada sobre la cabeza y que llevaba un rato observándole desde una de las mesas. Jean, muy ufano, le hizo un gesto para indicarle que aguardara un instante.

—¿Deseáis algo? —se acercó tras librarse de la jarra que llevaba.

El sujeto se le quedó mirando de un modo que al chiquillo se le antojó extraño. Vestía como un artesano, pero no se parecía a los artesanos que Jean conocía. No sabría explicarlo muy bien. Era como si... ¿como si fuera un soldado? Sus ojos buscaron en la cintura el talabarte con la espada, pero no llevaba nada de eso. Se sintió intrigado.

El hombre posó una mano en la cabeza de Jean con intención de acariciarle, pero este se revolvió: odiaba que lo trataran como si todavía fuera un niño.

—¡Vaya, eres todo un hombrecito! —no le gustaba aquel individuo. No le gustaba nada. ¡Hombrecito! ¿Pero qué se creería?—. ¿Cómo te llamas? —preguntó el otro.

A regañadientes, y solo porque recordó a tiempo que debía ser amable con los clientes, se lo dijo:

—Jean. Bueno, ¿queréis algo o no?

La sonrisa del hombre se ensanchó:

—Vaya, vaya, quién lo iba a decir... ¿Y tu madre se llama Paulette?

Así que se trataba de eso. ¡Estaba hartos! ¿Es que siempre que a un hombre le gustaba su madre tenía que hacerse el simpático con él? ¡Todo el mundo sabía allí cómo se llamaba su madre, no necesitaba hacerle la pelota!

—¿Cerveza? —preguntó Jean a su vez.

—Muy bien, cerveza, entonces —y le puso una moneda en la mano antes de que el muchacho tuviera tiempo de darse la vuelta.

Klara Hätzlerin, desde el mostrador, observaba a Jean mientras se secaba las manos con un paño. Su habitual humor dicharachero atravesaba horas bajas, como atestiguaban las arrugas de su frente. Ni siquiera la espontaneidad y el desparpajo del pequeño, que siempre sabía hacerla reír, conseguían distraerla de sus preocupaciones.

No le gustaba lo que veía: la taberna, habitualmente bulliciosa, recordaba más a velatorio de presbítero que a bodega honrada. Ni una sola voz se alzaba por encima del murmullo de las conversaciones, ni una trifulca, ni siquiera un mal bebedor con los ánimos alterados. Nada. Hasta las partidas de dados habían desaparecido como por ensalmo. Aquí y allá, hombres solos bebían en silencio y hurtaban las miradas. Se palpaba el miedo a hablar más de la cuenta, que ya ni entre vecinos y compañeros andaba uno seguro. El compadre que se sentaba a tu lado podía revelarse mañana como un traidor e irle con el cuento de una palabra fuera de lugar a las autoridades. Raro era el que no pensase que bien podía ser él el que ardiese en la pira que se ultimaba en el Grote Markt.

Dejando el paño a un lado, la rolliza tabernera se disponía a sentarse sobre un taburete cuando vio entrar a Jos el Pulga y a maese Hans. También Jean los vio. Su carita se iluminó y se volvió hacia su madre:

—¡Mamá, es Hans!

El chiquillo, olvidada su dignidad de ayudante, corrió hacia los recién llegados y se echó al cuello del gigantón pelirrojo:

—¡Hans, mira, soy un posadero! ¡Yo también atiende a la gente!

El carpintero se echó el pequeño bulto en brazos.

—¿Y el padre? ¿Está arriba?

Jean le respondió muy serio que sí, pero que se hallaba ocupado:

—Ni siquiera estudiamos hoy —afirmó, como si ese dato indicase la magnitud del asunto que el fraile se traía entre manos—. Lleva toda la mañana hablando con el pastor Bartholomeus Post.

—Bueno, ¿y no nos vas a servir una cerveza?

—¡Al instante! —y se bajó del regazo para dirigirse al barril, pero al llegar a él tuvo que reclamar la ayuda de su madre. Paulette llenó las jarras y se las pasó al niño.

—¡Gracias, hermosa! —hizo un remedo de reverencia el Pulga—. ¡A fe que será brebaje celestial si sale de tus manos!

Paulette le agradeció el cumplido y sus ojos se posaron en Hans. El carpintero se hallaba de lado, medio vuelto hacia Jos, aparentemente ajeno a cuanto sucedía a su alrededor. La mirada de la muchacha se endureció. Siempre hacía lo mismo: la trataba como si no se percatase de su existencia. También Klara se dio cuenta del detalle y se pronunció aún más el ceño de su frente.

—¿Qué noticias traéis?

Hans dio un largo trago de la cerveza y se volvió hacia la posadera. Bajó la voz:

—Todos han confirmado su asistencia. Mañana temprano estarán aquí.

Era una buena noticia.

—Será mejor que subáis a decírselo al padre. Estaba preocupado.

Cuando los dos hombres desaparecieron escaleras arriba, Klara enfrentó a Paulette:

—No se lo tengas en cuenta. Está muy preocupado con todo este lío.

Paulette se había puesto a fregar jarras en un barreño. Se encogió de hombros:

—Me da lo mismo.

—¡Ah, pobre chiquilla! —murmuró Klara, apesadumbrada—. ¿Es que los hombres nunca se dan cuenta de nada?

Le llamaban Memento porque cuando le convidaban a un trago se le soltaban los latines, que se veía que en algún tiempo debió de ser persona de estudios, y exclamaba: «*Memento, homo, post mortem nulla voluptas*», recuerda, hombre, después de la muerte se acabaron los placeres. Con lo que toda la parroquia se quedaba *in albis*, que los más no pasaban del amén y del *Deo gratias*, y esto último por ser de común cortesía al saludar. Pero Memento no reparaba en tales detalles y engullía la bebida con gran deleite, que más que cerveza parecía trasegar de la fuente misma de la eterna juventud.



Le llamaban Memento y poco más se sabía de él, salvo que se gastaba la vida mendigando por plazas y callejuelas lo que después se le iba en tabernas y cantinas. Vivía a salto de mata, siempre a la caza de un alma caritativa que aliviase su sed, siempre rondando tabernas y mesones con sus muletas y su ojo lechoso, con sus barbas desgreñadas y sus piojos. Algunos decían que era un clérigo que había colgado los hábitos, otros que un soldado huido de alguna guerra perdida y otros, los más, que ambas cosas y aun otras que era mejor no mencionar. El mendigo nada decía, que no abría la boca salvo para implorar la bebida que calmase el ardor de sus entrañas.

Día tras día, el mendigo hacía su ronda por tascas y tugurios. Comenzaba temprano, pues ni la calle es lecho que invite a la molicie ni la bebida es dueña que conceda treguas a sus siervos. Una de las primeras tabernas que visitaba era la de Klara Hätzlerin, pues la oronda mujer siempre le convidaba a una jarra con la que calmar los rigores del frío mañanero.

Mas aquella mañana algo raro sucedía. Se había dirigido como de costumbre a la fonda de Klara, pero cuando se disponía a entrar dos mocetones le impidieron el paso:

—No se puede, Memento, hoy está cerrado.

—¡Vas a tener que buscarte la cerveza en otro lugar!

Porfió unos instantes, contrariado, pero los mozos se mantuvieron firmes.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no me dejáis pasar? —farfulló el vagabundo.

—¿No te has enterado? Hoy Klara no abre, todo el mundo se dirige a la plaza de la catedral para las ejecuciones.

Aún no había llegado al final del callejón cuando se cruzó con otros dos hombres que entraban en el pasaje. Se apartó para dejarles el paso franco y se dirigía ya a la plaza de la catedral cuando una sospecha le atravesó. ¿Adónde se dirigían aquellos dos si la taberna de Klara estaba cerrada? El callejón era un pasaje ciego que a ninguna parte conducía salvo a la fonda. Dejándose llevar por un impulso, Memento se refugió en una medianera entre dos casas. Vio cómo se acercaban hasta la taberna y cómo los mozos que le habían impedido el paso los dejaban entrar.

¿Pues no estaba cerrada? Allí sucedía algo raro. La ansiedad comenzaba a devorarlo. Tenía sed, pero una sed que no se apagaba con agua. ¿Qué hacer? Otro hombre entró en el callejón. Caminó con precaución, echando vistazos tras de sí. Alcanzó la puerta de la taberna, conversó brevemente con los cancerberos y entró.

Memento tuvo la certeza de que algo sucedía. Y se dijo al punto que, fuera lo que fuese, habría una forma de sacar tajada de ello. Trató de serenarse. ¿No se preparaban ejecuciones en la plaza? Seguramente, los hombres del *schout* se hallaban todos en el Grote Markt para contener al gentío. ¡El mejor momento para una reunión clandestina! ¿Y si fueran de esos que llamaban anabaptistas? El relumbre de doce florines brilló en su cabeza con la intensidad de un tesoro. Con doce florines podría beber hasta hartarse.

Después de todo, puede que fuera su día de suerte.

Harris observó la espalda y las muletas del mendigo tratando de decidir si lo dejaba frío o aguardaba a que se marchara. Por suerte, lo había visto a tiempo para ocultarse en lo más profundo de la medianera. Estaba seguro de que el pordiosero no se había percatado de la compañía, pues en ese caso no le daría la espalda con tanta tranquilidad.

El día anterior había tenido un golpe de suerte. Justo cuando comenzaba a desesperar, cuando se daba por vencido, sus pasos le habían llevado a aquella taberna. ¡Y allí estaban el niño y la francesita, tan tranquilos como dos pichones esperando para caer en sus redes! Por fin las cosas comenzaban a salirle bien.

Si no fuera por la mierda que acababa de pisar. Solo ese detalle ya justificaba que se cargara al pordiosero que le había obligado a retroceder por el callejón sin fijarse en dónde ponía los pies. ¿Y qué es lo que espiaba el mendigo? ¿Qué le iba a él en ese cuento? Harris se había apostado muy de mañana en el pasaje para aguardar a que Paulette saliera de la taberna. La ciudad en pleno asistiría a las ejecuciones de la catedral, seguro que la muchacha iría con el pequeño. ¿Qué mejor sitio que una multitud para cargarse a un crío?

Pero algo no iba bien. Comenzaba a sospechar que Paulette no tenía intención de acudir a presenciar las ejecuciones cuando había aparecido el mendigo. Y luego los hombres, que no paraban de llegar de dos en dos o de uno en uno a la taberna. Algo se estaba cociendo, pero maldita fuera si se le daba un ardite lo que hicieran allí dentro, fueran anabaptistas o mamelucos. Él a lo que venía era a cargarse al chiquillo y punto. Tenía que conseguir que saliera de la taberna de un modo u otro.

El cabo Pieter Pijnacker se había levantado con un tremendo dolor de muelas. Lo peor de todo era que se hallaba de servicio y ni siquiera podía pensar en aturdirse con unos tragos de aguardiente. ¡Y menudo servicio! Nada menos que encargarse del control de la multitud durante las ejecuciones. ¿No había suboficiales suficientes en Amberes que le tenía que tocar a él, precisamente a él? ¿Qué diablos pretendían que hiciera con veinte hombres si el populacho se ponía nervioso? Lanzó una mirada a sus hombres, que aguardaban bajo el estrado de las autoridades matando el tiempo con chascarrillos de soldados y pateando la explanada con sus botas para entrar en calor. De cuando en cuando alguno le echaba una mirada de reojo y se llevaba a la boca un pellejo de vino creyendo que no se daba cuenta. ¡Por todos los Infiernos si se la daba! Pero era mejor hacer la vista gorda. De buena gana le daría un repaso a los dichosos pellejos, y no solo por ver de calmar el dolor de las muelas.

Qué se le iba a hacer. Faltaban unas dos horas para que comenzara la función. El estrado permanecía vacío de autoridades. El pueblo llenaba la plaza desde el amanecer y seguían llegando gentes de todas partes. Ese día nadie trabajaría en Amberes. Nadie salvo él y sus soldados, claro. Y el verdugo. Ese iba a tener trabajo

sobrado.

Lo vio por el rabillo del ojo, a cierta distancia, tratando de llamar su atención. Era uno de los mendigos que le hacían de informantes, el que llamaban Memento. Pensó en no darse por enterado. ¡Bastante tenía ya con el dolor de muelas y con controlar a sus hombres! Pero, al cabo, pudo más el aburrimiento. Le hizo una seña para que se acercase. El pordiosero no le hizo caso. Comenzó a avanzar con sus muletas hacia una bocacalle que daba a la plaza. Pieter le siguió con la mirada. ¿Qué diablos le sucedía?

Comprendió que el hombre no deseaba ser visto hablando con él y le entraron ganas de ordenar a sus hombres que lo trajeran a rastras. ¿Adónde habían llegado, que ni un pordiosero se dignaba a dejarse ver en compañía de soldados? Ahogó su rabia, pues sabía que, de obligarlo a acercarse, no volvería a encontrar un solo confidente en toda Amberes.

—Cornelis, quedas al mando —le escupió a uno de los soldados que le flanqueaban—. Vuelvo en un instante.

No tardó en localizar al mendigo en la embocadura de un callejón.

—¿Sigue en pie la recompensa de doce florines por cada hereje?

Le desagradaba aquel tipejo. Las barbas ralas y el ojo lechoso le daban un aspecto de rata de cloaca.

—¿Para eso me molestas, Memento? ¡Por la Virgen que nos sobran anabaptistas! ¿Pues no van a servir de leña un buen número?

—Sabéis tan bien como yo que los que van a arder hoy no son sino infelices denunciados por vecinos rencorosos. Lo sabe toda la ciudad.

Pieter Pijnacker se encogió de hombros:

—¿Qué más da? —lanzó una carcajada desganada—. ¡Deja que el Señor haga su trabajo, ya reconocerá Él a los suyos y los separará de los impíos! Si en el medio van quince inocentes, ¿qué importa? ¡Mejor estarán en el Paraíso!

Memento asentía, solícito. Pero cuando el cabo terminó de hablar, insistió:

—Yo sé dónde se encuentran reunidos en este instante todos los anabaptistas de Amberes. —Era un tiro al aire, una baladronada, por supuesto, pero su instinto le decía que no andaba desencaminado—. ¿Qué os parecería ser el hombre que limpió la ciudad de herejes de una sola tacada? ¡Qué rápido subiríais, cabo! ¡Hasta el emperador en persona os felicitaría!

Pieter escrutó el rostro del mendigo. No le faltaba razón al perillán. ¿Todos los herejes reunidos? ¡Por san Jorge, qué oportunidad! ¡Sería ascendido de inmediato! Trató de no mostrar interés. Con aquellas ratas había que simular que a uno no le gustaba el queso.

—Tonterías, Memento, tonterías. ¿A quién le interesan los anabaptistas? Además, está a punto de comenzar el espectáculo y no puedo perdérmelo, aunque quisiera.

El zorro sonrió:

—¿Sigue en pie la recompensa o no?

—Es posible.

—¿Doce por cada uno? ¿Mas veinte de premio si cazáis al menos ocho herejes?

Podía funcionar. Podía llevarse a diez o doce hombres y dar el golpe antes de que comenzaran las ejecuciones. Sintió un hormigueo de excitación en la columna.

—Con eso podrías comprarte una bodega entera.

—¿Sí o no, cabo?

—¿Dónde están?

El himno fue muriendo en las gargantas y la sala se llenó con la paz del Señor. Hombres y mujeres permanecieron recogidos, con los ojos bajos. Un manto de serenidad cubría la sala y apaciguaba los corazones, expulsando muy lejos la inquietud.

Baltasar alzó la cabeza. Cogió una hogaza de pan y la partió en dos pedazos. Era una ceremonia sencilla, como todas las de la hermandad. Nada de palabras altisonantes, de lujosos ropajes ni de cálices de oro. ¿Reconocería el Cristo su Última Cena si entraba en una catedral católica? No, aquella última cena debió de ser muy parecida a la que ellos celebraban: un grupo de compañeros que comparten un poco de pan y un poco de vino. Siempre comenzaban sus reuniones con la celebración del pan eucarístico. Alzó levemente la hogaza, invadido por una peculiar sensación de placidez, y levantó la voz:

—Haced esto en conmemoración mía, dijo Jesús.

En el instante en que mostraba el pan a los hermanos, algo singular sucedió. Un rayo de sol atravesó la coraza de las nubes, se coló por una de las ventanas de la sala e iluminó con su dorado resplandor la hogaza de pan. La asamblea en pleno se dio cuenta del fenómeno y contuvo la respiración, subyugada por la belleza de aquel rayo de luz.

Un aleteo rompió el silencio y las cabezas se volvieron hacia la ventana: por ella, tan tranquila como si se dirigiera hacia su nido, penetró una paloma. Revoloteó unos instantes sobre las cabezas y se fue a posar en la mano del padre Baltasar. Una exclamación de embeleso recorrió la sala. Los ojos se abrieron como platos, pues nadie dudó de estar contemplando una señal divina y el pasmo descerrajó las bocas y maravilló los sentidos.

La paloma comenzó a picotear el pan. Baltasar bajó lentamente sus manos hasta que la hogaza reposó sobre la mesa, iluminada todavía por el rayo de sol. Luego acarició a la paloma con suavidad. También él se hallaba impresionado.

De súbito, la puerta se abrió con estruendo y uno de los hombres que vigilaban la calle entró precipitadamente. Todos se volvieron hacia él, aún con el prodigio prendido de sus ojos y de sus almas, incapaces de comprender qué era lo que turbaba tan mágico momento.

—¡La guardia! ¡Viene la guardia de la ciudad!

En un abrir y cerrar de ojos fueron gritos y lamentos. Muchos se levantaron y

comenzaron a correr de aquí para allá, sin saber bien qué hacer, buscando en el tumulto a familiares y conocidos, tratando de escapar.

—¡Por la puerta de atrás, rápido! —gritó Hans, y su vozarrón se impuso sobre la algarabía—. ¡Jos, corre, indícales el camino!

Buscó con la mirada al padre. Sus ojos se abrían desmesuradamente mientras contemplaba el pandemónium que se había formado.

—¡Padre, venid, rápido!

Consiguió atraer su atención. Mientras se movían en dirección a la puerta, buscó a Paulette y a Jean por encima de los cuerpos de los hermanos, pero no los vio por ninguna parte. ¿Dónde se habrían metido? Le dominó la angustia.

—¡Alto! ¡Teneos a la autoridad! —ordenó una voz en alguna parte.

Se oían gritos en la planta baja, carreras, golpes sordos, alaridos. Consiguió salir al pasillo arrastrando casi literalmente al padre. Las escaleras se hallaban colapsadas por la barahúnda de cuerpos que trataban de abrirse paso, pero los hombres de armas debían de estar ya en la sala inferior, de modo que los que llegaban al bajo se veían imposibilitados para huir.

Estaban metidos en una ratonera. ¿Cómo podían haber sido tan poco precavidos? Se dio cuenta de que muchos hermanos se volvían hacia él en demanda de ayuda. Otros daban vueltas sin concierto, aturdidos, los rostros aterrados. ¿Qué hacer? En eso localizó a Klara. La posadera salía de una de las habitaciones del piso con Jean en brazos, seguida de cerca de Paulette. ¡Alabado fuera el Santísimo!

—¡Por aquí! —demandó Klara, haciéndoles señas.

Un grupo de hermanos la siguieron escaleras arriba. En el piso inferior de la taberna los gritos arreciaban. La confusión era tremenda. Hans siguió a la mujer sin soltar al padre. Le dolía cada alarido que escuchaba. ¡Malditos esbirros! ¿Por qué tanto odio?

Alcanzaron el tercer piso, el último del edificio. Hans había conseguido colocarse al lado de Klara y de Paulette:

—¡Dejadme a Jean! —gritó.

Klara se lo cedió. Jean se acurrucó contra el pecho del carpintero, muy asustado, pero no habló.

—¿Y ahora qué?

La mujer señaló una trampilla en el techo. Hans la contempló sin comprender.

—Comunica por una puerta falsa con la buharda de la casa de al lado. Es un edificio abandonado, así que podremos escapar por ahí.

En ese instante, intervino Baltasar:

—No podemos dejar a nuestros hermanos aquí.

Todos se volvieron hacia él. Además de Paulette, Klara y Hans, habían conseguido subir Jos el Pulga y cuatro o cinco hombres y mujeres más. Por el momento no se oía ruido de pasos, pero los soldados no tardarían en inspeccionar los pisos. Lo harían en cuanto consiguieran deshacer el tapón de las escaleras.

—No podemos hacer nada, salvo dejar que nos arresten, y eso es una solemne estupidez. Os necesitamos.

Varias cabezas asintieron.

—¿Queréis dejar de discutir? —exclamó Paulette, muy nerviosa—. ¡Tenemos que escapar!

Su intervención rompió los titubeos. Entre tres hombres movieron una mesa de roble y se auparon a ella. En un instante, la trampilla fue desencajada.

—¡Arriba!

Uno tras otro fueron subiendo a la buhardilla. Los gritos del bajo iban acallándose, lo que quería decir que los soldados estaban haciéndose con el control de la situación. La tensión de la espera se hacía insoportable. Nadie quería pensar en lo que estaba ocurriendo en ese mismo instante con sus hermanos, pero todos tenían muy presente que su único destino sería la tortura y la muerte en la hoguera.

Primero auparon a Paulette y a Jean y después subió uno de los hombres más corpulentos para ayudar desde arriba a alzar a Klara. La buena mujer protestó, negándose a subir:

—¡Yo solo os entorpecería la huida! No os preocupéis por mí, no se atreverán a hacerme daño.

No le hicieron caso y entre tres hermanos consiguieron introducirla por el hueco de la trampilla. Se oyeron voces cercanas. Los soldados estaban a punto de llegar.

—¡Rápido! —susurró Hans. Solo quedaban él y el padre.

El fraile fue aupado en volandas desde arriba. Hans se encaramó a la mesa y subió. Terminaba de colocar la trampilla en su sitio cuando oyeron pasos en la habitación inferior.

—¡Que nadie se mueva! —susurró el carpintero. La buhardilla estaba envuelta en la penumbra, solo rota por los rayos de luz que se filtraban a través de rendijas en el techo. A su alrededor, las sombras contuvieron la respiración.

—¿Dónde se encuentra la puerta falsa? —preguntó Hans al oído de Klara.

La mujer señaló una de las paredes.

—¡Revisad todos los rincones! —oyeron una orden. Varios hombres se movían por el piso inferior con estruendo de imprecaciones y muebles apartados con violencia.

Temiendo a cada paso hacer crujir las vigas del piso, Hans se deslizó hasta la pared y tanteó la salida. Se trataba de un simple boquete en el tabique disimulado por unos tablones. Esperó a que se alejaran las voces y comenzó a mover las tablas con infinitas precauciones. Al otro lado surgió un espacio similar a aquel en el que se encontraban, aunque bastante más deteriorado. Apartó con una mano las telarañas que cegaban el paso e hizo señas al grupo. Uno tras otro fueron deslizándose a través de la abertura. Cuando hubieron pasado todos, Hans volvió a colocar los maderos en su lugar.

—Es mejor que aguardemos aquí unas horas. Probablemente dejarán a varios

soldados de guardia en la calle.

Se acomodaron como pudieron en el angosto espacio. Un tufo a humedad y excremento de ratas llenaba el ambiente. Muchas tablas del piso estaban podridas y crujían al moverse. En el callejón se escuchaban órdenes y gritos. Un niño, en alguna parte, lloraba desconsolado.

Al verse fuera de peligro, el aturdimiento venció a la urgencia de los acontecimientos. Se sumieron en un silencio denso. Unos minutos antes formaban una comunidad de hombres libres, de hermanos en el Señor. En ese instante no eran más que fugitivos.

Baltasar, con la espalda apoyada en una viga, parecía abstraído. Klara callaba y observaba con aspecto preocupado al padre. Paulette se recostaba contra la pared con Jean en brazos. El niño se acurrucaba en el regazo de su madre. Al verlos tan indefensos, Hans se sintió traspasado por la angustia. ¿Adónde conducía todo aquello? Ni siquiera sabía lo que pensaba la muchacha respecto de los anabaptistas. Nunca se le había ocurrido preguntárselo, dando por hecho que con el tiempo terminaría convirtiéndose en una más de la hermandad, pero la muchacha jamás había dado el paso de rebautizarse. Se limitaba a hacer su trabajo y a vivir su vida. Como él mismo, pensó, también él se limitaba a proteger al padre y a ayudarle.

Agitó la cabeza. Deseó tener el valor de acercarse a Paulette y protegerla entre sus brazos, pero la muchacha le apartaría. Las palabras de Baltasar respecto de sus sentimientos por Paulette le habían herido en lo más hondo, porque llevaba razón. ¿Qué moza iba a querer casarse con un hombre que no era capaz de ofrecer ni siquiera la seguridad de una casa y una vida tranquila?

En ese momento, Paulette levantó la mirada y sus ojos se cruzaron. Él se sintió turbado y apartó la mirada. ¡Por todos los santos! Habían escapado por los pelos de la tortura y la muerte y todavía estaban en peligro. ¿Iba a pasarse toda la vida dudando, como si el tiempo fuese eterno? Con cuidado, tratando de no perturbar a los demás, Hans se levantó y se acercó a la mujer. Le temblaban las piernas y se llamaba a sí mismo estúpido cuando se acuclilló a su lado.

—¿Estás bien?

Paulette sonrió y asintió.

—¿Duerme?

Volvió a asentir.

Hans temblaba. Se llamaba bobo, se decía insensato. ¿Qué momento era aquel para andarse con tonterías? ¡Si estaban escondidos en una buhardilla con toda la guardia de la ciudad tras ellos!

Dudaba, en cuclillas al lado de la muchacha, sin saber qué hacer, qué decir. Se notaba torpe. Al cabo, se levantó y regresó a su rincón, con la sensación de que todos los presentes le seguían con la mirada. Le habría gustado desaparecer en el aire. Cuando se sentó otra vez y se atrevió a mirar a Paulette, esta le devolvió una mirada triste.

—¡Eh! ¿Oís eso?

Debían de llevar varias horas en la buharda, dominados por un sopor animal, cuando el Pulga sobresaltó a los demás con sus palabras.

—¿Qué...?

Se oía un rumor de crujidos y chasquidos, un fragor lejano. Todos aguzaron el oído con inquietud. Jos el Pulga se levantó y se acercó con su peculiar manera de moverse, que tal parecía caminar sobre ascuas, a un ventanuco en la pared.

—Huele a humo —comentó otro de los hombres.

—¡Dios mío! ¡Un incendio!

Se levantaron apresuradamente. A través de la ventana se divisaba un clarear rojizo, un resplandor que parecía cubrir todo el horizonte. De algunas casas, por el lado de la catedral, se alzaban llamaradas de fuego hacia el manto de nubes.

—¡Hay que salir de aquí!

La calle era un infierno de gentes que huían y tropezaban, un hedor a carne quemada. Una lluvia de cenizas lo cubría todo y dificultaba la respiración. Las llamas todavía no alcanzaban las casas cercanas, aunque el resplandor rojizo se hacía más intenso por momentos y de cuando en cuando el viento arrastraba hasta ellos oleadas de calor. Carromatos cargados con bultos recogidos de cualquier manera, hombres y mujeres con sus pertenencias a cuestas, niños agarrados a las faldas de sus madres, todo el mundo corría en medio de un frenesí atropellado. Detuvieron a un joven y le preguntaron qué sucedía:

—¡Está ardiendo toda la ciudad! Comenzó en el Grote Markt, con las hogueras, y se ha extendido por todas partes. Miles de personas se han carbonizado en la plaza...

¡Por el Cristo! ¿En la plaza? Aquello explicaba el hedor. Se estremecieron. La mayor parte de las casas eran de madera, y aun las que se construían en piedra solían rematarse con madera en sus pisos superiores. Un incendio, si no se detenía a tiempo, podía arrasarse barrios enteros.

Fue Hans el que se hizo con la situación. Les guio a todos hasta las caballerizas de la posada, donde Klara guardaba un carromato y unas bestias de carga.

—Hay que tratar de salvar lo que podamos. Mantas, algo de comida...

Varios hermanos entraron en la taberna mientras Hans enganchara las mulas al carro. Salieron al cabo de unos minutos cargados con unos cuantos bultos, con los rostros distorsionados por el horror.

—Está repleto de cadáveres. ¡Y pensar que tenemos que dejarlos así, sin siquiera enterrarlos!

No llegaron a plantearse a dónde ir: lo único importante era moverse, huir de aquel mar de fuego. Avanzaron en silencio, las mujeres y el niño encaramadas al carro y los demás al paso. Lentamente fueron alejándose del centro.

A sus espaldas, Amberes era una lengua de fuego, una boca del Infierno.



## Barcelona, corona de Aragón Primavera de 1533

—¡Juan! Voto a bríos, ¿dónde se habrá metido ese jamelgo moro? ¡Juan!

El comendador don Francisco de los Cobos, secretario de Estado de su majestad imperial don Carlos de Austria y miembro de todos los Reales Consejos, abrió violentamente la puerta de su despacho y su voz atronó las estancias de los atareados secretarios.

—¿Se puede saber dónde se ha metido el asno de mi sobrino? ¡Id a buscarle inmediatamente, pardiez! —y cerró la puerta de un portazo, dejando a sus ayudantes temblando de ansiedad.

Barcelona relucía tras la lluvia como una perla recién extraída de su esponjoso lecho. La primavera traía aromas de lavanda y menta, de avellanos en flor y muchachas enamoradas. Días como aquel alegraban el ánimo más entumecido.

A lo lejos, sobre los tejados de la ciudad, estallaban los cohetes del festejo. El viento llevaba hasta su despacho retazos de canciones y un clamor de multitudes. Cataluña celebraba su fiesta grande, san Jorge, y el emperador cabalgaba acompañado en solemne desfile por los *concellers*. Con el emperador se lucían la emperatriz Isabel y su corte de grandes figuras. Pero Cobos había preferido quedarse trabajando en su despacho para desesperación de sus secretarios, que contaban con un día de asueto. Debía preparar las inminentes Cortes de Monzón y poner en orden los muchos asuntos de Castilla y Aragón que se había visto obligado a relegar para acompañar al rey en su viaje por tierras de Italia y del Imperio.

¡Menos mal que al cabo se hallaban de nuevo en España! El viaje había sido demasiado largo. ¡Que se divirtieran los cortesanos, que deslumbraran a los plebeyos con sus corceles enjaezados y sus cadenas de pedrería, con sus plumas y sus oropeles! A él le correspondía trabajar: manejar los hilos del Imperio mientras la aristocracia se divertía, convencida de dominar el mundo. Pero el mundo, cada vez más, pertenecía a los hombres emprendedores y decididos como él.

Llamaron a la puerta. Don Juan Vázquez de Molina, por mérito principal sobrino de don Francisco de los Cobos, asomó su emplumada testa por el umbral.

—¿Llamabais, tío?

—Pasad, sobrino, no os quedéis ahí como un pasmarote. Quiero que echéis un vistazo a estas cartas que acabo de recibir.

Don Juan se acercó a su tío y recogió los pliegos que le tendía. Se trataba de un joven elegante y bien parecido, aunque una cierta doblez en la mirada y un mentón algo retraído afeaban el conjunto. Poseía una mente lúcida y una falta de escrúpulos

tan completa que lo convertían en un instrumento precioso para don Francisco, que en él descargaba cuantos asuntos de dudosa moralidad pudieran comprometerle, razón por la que don Juan se iba convirtiendo a marchas forzadas en un experto en chantajes, sobornos, delaciones, prevaricaciones y cuantas materias requirieran de un cierto grado de venalidad.

Leyó las cartas con detenimiento, tratando de captar cuanto de importancia contuvieran. Eran informes de don Alonso de Guzmán, el hombre de confianza de su tío en París. A medida que avanzaba en la lectura, su disciplinada mente comenzó a calcular las implicaciones de lo que leía.

—¡Voto a bríos! —resopló cuando hubo terminado. Su tío, apoyado en el alféizar de la ventana, le observaba con interés—. ¿Estáis seguro de que don Alonso no se equivoca? ¿Son fiables sus fuentes?

—Su confidente es la doncella de Ana de Pisseleu, la querida del monarca francés. Lleva tiempo pasándonos información y hasta el momento no nos ha fallado.

—Eso quiere decir que, tras tantos años, hemos vuelto a encontrar la pista del bastardo. ¿Cuántos años debe de tener ahora? ¿Seis? ¿Siete?

—Cumplirá siete este verano, si es que llega a cumplirlos. Ese tal Harris del que habla falló una vez y pagó por ello. En esta ocasión hará lo imposible por no dejar el trabajo a medias. Hasta el momento lo ha hecho bien, por lo que parece. Las cartas que envía a madame de Pisseleu indican que ya ha localizado a la muchacha y al niño.

—¿Y lo del incendio? ¿Teníais noticias de él?

—Gran parte de Amberes ha quedado destruida. Una mala noticia para nuestro rey, que proyectaba convertir la ciudad en el espejo de su poder. ¡Pardiez! ¡Millones de florines que han quedado calcinados por ese incendio! ¡Monumentos, palacios, iglesias!

A Vázquez de Molina se le daba una higa lo que le pasara a la ciudad:

—¿Qué pensáis hacer ahora?

—La última carta de Harris a la querida de Francisco decía que estaba casi seguro de que la moza y el bastardo habían escapado del incendio y se dirigían a Münster en compañía de un grupo de herejes, esos que llaman anabaptistas.

—Casi seguro, lo cual quiere decir que ha vuelto a perderles la pista.

—Salvo que, en efecto, se dirigieran a Münster. Harris se disponía a partir hacia esa ciudad.

—Así que tenemos poco tiempo antes de que los localice y se cargue al chiquillo. Si es que pretendéis evitarlo, claro. ¿Sabe algo de esto el embajador portugués?

—Para él, el niño lleva muerto seis años y es mejor que siga creyéndolo. Después de todo, pagó por librarse del problema.

—No, tío, no os equivoquéis. Don Azevedo Coutinho pagó para que vos os olvidarais del asunto y no tratarais de impedir que los agentes de Ana de Pisseleu se lo cargaran. Y es lo que habéis hecho. Si los franceses son tan inútiles que no son

capaces ni de eliminar a un bebé, eso ya no es cosa vuestra.

Don Francisco de los Cobos se sonrió y contempló apreciativamente a su sobrino:

—Tenéis razón, Juan, así fue. Pero lo que me propongo ahora sí me podría poner en una situación delicada ante los portugueses: quiero enviar a un hombre para que secuestre al infante y lo traiga a España. Quiero tenerlo de mi mano, por lo que pudiera suceder. ¿Quién sabe? En el futuro, y si las cosas del príncipe don Felipe se tuercen, podría llegar a ser el único descendiente varón del emperador.

—Tengo el hombre que buscáis.

—¿Lo conozco?

—Es posible. Fue el que salvó a don Garcilaso de la Vega, en aquella encerrona en Madrid, cuando el poeta recibió el encargo de recoger a Françoise de Foix y llevarla al rey, ¿recordáis? Vos mismo lo enviasteis para que lo vigilara, con tanta fortuna que su intervención evitó que las letras patrias se vieran privadas de uno de sus más ilustres vates.

—Sí, ya recuerdo. Un soldado profesional, ¿no? ¿Cómo se llamaba? ¡El alférez Puebla!

—El mismo, solo que ya es capitán. Pero nos servirá, tío, no lo dudéis. Es hombre curtido, con aplomo y entendederas suficientes para desempeñarse con éxito en esta misión. Y, además, es ambicioso, lo que lo convierte en sobornable. Sabe arrimarse al ascua que más caliente.

—Bien pues, Juan, aprieta. Enviadle a Münster lo antes posible. En secreto.

## Capítulo XI

### Münster, Westfalia 1533 - 1534

#### 1

El rumor recorrió la columna de pies harapientos con la celeridad de un latigazo y elevó los ojos ahítos de barro hacia el horizonte. Y a medida que se alzaban surgían exclamaciones de las bocas macilentas, de los pechos hundidos bajo la coraza húmeda de los calandrajos. Las lenguas se hacían vítores ante la visión tantas jornadas ansiada. Al frente, lejos todavía, una columna de luz atravesaba el espesor de las nubes y se posaba sobre los tejados de una población.

—¡Münster!

Se extendía la palabra mágica, brotaba de las almas y de las manos encallecidas por el frío del otoño. Las madres aupaban a sus niños y les señalaban la tierra prometida, la Nueva Jerusalén.

—Bendito sea el Señor que nos guía.

También Baltasar Sachs, al frente de la columna, llenó sus ojos de aquel esplendor celestial. Los meses de deambular tocaban a su fin. El rayo de luz que envolvía las torres de las iglesias era el dedo de Dios que señalaba su nuevo hogar.

Habían llegado. Traspasado por la emoción, Baltasar Sachs cayó de rodillas y dejó que las lágrimas fluyeran por sus mejillas. Tras él, las andrajosas figuras fueron cayendo de bruces sobre el camino con las miradas cargadas de luz. De pronto, en la inmensidad de la campiña todo fue recogimiento. Solo las aspas inmensas de un molino desgranaban su canción.

Avanzaron con más ánimos lo que quedaba de tarde. La presencia lejana de Münster reanimaba los músculos agarrotados de los adultos y hacía sonreír a los mayores y a los niños encaramados a los carros. Divisaron unas cuantas viviendas en la linde del bosque y solicitaron permiso para refugiarse en un cobertizo. Los campesinos respondieron con silencios, aturdidos por el tropel de gentes que se llegaban hasta sus puertas. Se limitaron a contemplarles con ojos asombrados mientras el grupo, de unos cuarenta individuos entre ancianos, niños y adultos, se

apoderaba de sus campos con sonrisas e inclinaciones de agradecimiento.

—Mañana por la mañana dejaremos que descansen —se dirigió Baltasar a Hans—. Tú y yo nos dirigiremos a la ciudad.

Un resplandor de hogueras competía con las estrellas. Paulette se afanaba cerca de uno de los fuegos en compañía de Klara, de Jean y de un grupo de mujeres y niños. A su lado, tan dicharachera como solía, se desbocaban las palabras de Judith, una muchacha de ascendencia judía que se les había unido en una alquería perdida. Era poco más que una niña con sus dieciséis o diecisiete años. Había abandonado a su familia para unirse al grupo de baptistas sin decírselo a nadie. Apareció en la carretera una mañana y se puso a caminar al frente hasta que Klara se compadeció de ella y le dijo que podía quedarse. La reticencia general nacía de una certeza: cuando los suyos se dieran cuenta de su desaparición acusarían a los anabaptistas de secuestrar muchachas y quién sabe de qué otras maldades. Sin embargo, había razonado Klara Hätzlerin, ¿quién podía contravenir la voluntad del Todopoderoso? Si la chiquilla sentía la llamada de Dios, solo podían aceptarla como una hermana más.

Judith no había dejado de sorprenderles. Era un diablillo, una hermosa joven de cabellos negros y mirada afilada que movía su cintura con picardía. La sorpresa surgió quince días después de que se hubiera unido al grupo. Jos el Pulga, una noche, anunció que Judith y él se querían casar.

La conmoción fue general. Pero Judith y Jos se casaron en una sencilla ceremonia oficiada por el padre Baltasar. Desde ese instante, Judith se convirtió en una mujer más del grupo y Jos en el más feliz de los hombres, incrédulo todavía de su suerte. No alcanzaba a comprender qué era lo que la muchacha había visto en él.

—¿Me estás escuchando, Paulette? —se dio cuenta de que Judith se dirigía a ella. La joven, puesta en jarras y abandonada la vigilancia de las cazuelas que calentaban una sopa sobre las brasas, se mostraba ofendida. Trató de recordar sus últimas palabras:

—Decías que la señora de Adam Segers se había peleado con Frans Breenbergh...

Sorprendió Paulette una mirada furtiva de Klara, que a su lado organizaba la distribución de la comida e iba sirviendo a los hermanos que hacían cola con sus cazos. Siguió la mirada de la posadera: Hans descansaba en torno a una hoguera cercana, enfrascado en una conversación con el padre Baltasar y otros hombres. Se dejó embargar por una agridulce melancolía mientras ayudaba a la posadera a llenar los cazos y a distribuir el pan. El amor por Hans la traspasaba, pero no obnubilaba su entendimiento. Se daba cuenta de que ella misma había cambiado. Se sabía fuerte, tallada por los vientos de su vida. Hacía tiempo que habían muerto sus sueños y aceptaba las cosas como se presentaban. La vida no era fácil para nadie.

—¿Paulette?

—¿Sí?

—No sé dónde estabas, chiquilla, pero hace un buen rato que te estoy llamando.

—Disculpad, Klara.

—Decía que acercaras unos cazos y unos pedazos de borona al padre y a Hans. Si no les llevamos la comida, seguirán hablando sin darse cuenta hasta desfallecer.

Paulette se fijó en que Jean jugaba a los caballos con Judith. La muchacha estaba tumbada en el suelo y reía estridentemente las bromas y las cosquillas del arrapiezo. Jean ya tenía siete años.

Cogió dos escudillas y las llenó hasta el borde con el espeso líquido verdoso. Se dirigió con ellas hacia la hoguera y se agachó para entregarle la escudilla al fraile. También Hans recogió la suya sin saber casi qué hacía, maquinalmente, hasta que se percató de que era ella la que se la servía. Murmuró unas gracias inaudibles. Paulette se volvió hacia Klara y el niño y se sentó al calor de la fogata.

Llevaban un buen rato bajo el rumor de las conversaciones y el calor de las brasas. Las escudillas vacías yacían sobre el suelo, abandonadas. Una voz comenzó a cantar y Paulette se dio cuenta de que era Judith, que poseía una hermosa voz y que gustaba de mostrarla. Siempre estaba cantando. Otras voces se unieron a la melodía y aquí y allá brotaron los sonos de pífanos y flautas. Se incorporó y observó la hoguera del padre y de Hans. También este había sacado su flauta y se ensimismaba en las notas.

La alegría creció. El cansancio, ese día, pesaba menos que la certeza de la meta cercana. Observó la escena sumida también en una peculiar excitación. Un muchacho echó mano de una moza, un marido de su esposa e incluso Jos el Pulga sacó a bailar a su mujercita. En poco tiempo, un corro de bailarines rondaba las brasas y se enzarzaba en remolinos. Percibió que la recorría una oleada de deseo.

—¿Adónde vas?

Ni siquiera respondió a Klara. Se levantó y se dirigió hacia la hoguera junto a la que reposaba Hans. El padre la vio llegar. Permanecía sentado con los brazos rodeando las piernas y los ojos absortos. Hans tocaba la flauta.

Se agachó a su lado. Con suavidad, acercó la mano hasta la cabeza del carpintero y contuvo el deseo de acariciarle la cabeza. En su lugar, la mano se llegó hasta la flauta y se apoderó de ella. El carpintero la contempló como si tuviera enfrente una aparición. Las notas interrumpidas de su flauta se prolongaban en las de otras flautas.

—Ven.

Le cogió de la mano, se puso en pie y tiró del desconcertado hombretón.

—Vamos a bailar.

La torpeza y la desazón vistieron las mejillas de Hans de un rubor que Paulette percibió a pesar de la oscuridad. Sin hacer caso de sus reniegos, Paulette lo arrastró hacia el corro de bailarines.

Hubo murmullos cuando se incorporaron al círculo y un repunte de las palmas y las notas de las flautas les dio la bienvenida. El torbellino de sensaciones seguía invadiendo a Paulette y amenazaba con ahogarla. Se lanzaron a un alocado corretear

de círculos, de danzas y contradanzas. Era torpe, Hans, con sus enormes pies y su desconocimiento del ritmo. Era torpe, pero se dejaba guiar. Hans, sin saber ni qué hacía, disfrutaba como nunca.

Fue un momento ya tardío cuando se calmó la noche. Hans chorreaba sudor por cada poro de su piel, un sudor que empapaba sus ropas y perlaba de gotitas su rostro y su barba de azafrán. Paulette, de pie a su lado, se venció hacia él. Salvo uno o dos danzantes, nadie más parecía atento a sus figuras.

—¡Pardiez, hacía mil años que no bailaba! —jadeó el carpintero al calor de unas brasas. La noche pulsaba en sus sienes.

Paulette también creía vivir un sueño. No sabía qué era lo que la había impulsado a sacar al carpintero a bailar. Notaba una presión en las sienes que aguzaba sus sentidos. Una ráfaga de aire frío la estremeció. Se refugió instintivamente en el pecho de Hans, ajena a cuanto sucedía a su alrededor. El olor del sudor, de la piel, el calor del hombre recorrió sus venas y enardeció sus instintos. Dieron unos pasos torpes, de medio lado, advirtiendo la embriaguez de la noche. Quizá el calor proviniera de sus cuerpos fatigados.

—¿Paulette?

Se dejaron caer sobre unas mantas cercanas. La mayor parte de los hermanos se refugiaban ya en el interior del cobertizo, sumidos en un sueño feliz por primera vez en varios meses. Münster, la ansiada, estaba cerca.

—¿Sí? —Sentía intensa su respiración. Todos los poros de su piel eran pura percepción, puro sentir. Perdió la noción de la realidad. Disfrutaba de la sensación de dejarse llevar. Levantó su rostro hacia el de Hans y no dijo nada más.

Los labios del carpintero rezumaban ansiedad y ternura. Se estrecharon contra los suyos con el apremio de lo largamente ansiado. Se dejó llevar, se olvidó del mundo.

—¡Shhh! No digas nada...

Se cubrieron con una manta y ya no fueron ellos. Solo dos cuerpos traspasados por el deseo. Solo pieles enardecidas.

## 2

Se veía próspera la ciudad de Münster, con sus casas de piedra y madera desparramándose más allá de las fortificaciones, a la manera de un cuerpo que ha crecido hasta desbordar las ropas de la juventud. Debía de albergar diez o quince mil almas, quizá más. A esas horas primerizas afluían las carretas hacia las puertas de las

murallas.

El padre Baltasar avanzó dejándose llevar por el impulso del cayado del que se solía servir para caminar. Marchaba con las mangas arremangadas y la barba crecida, su cuerpo inclinándose cual si una urgencia le impulsara hacia delante. Le seguía el paso un embabiado Hans Gotha que de cuando en cuando se llevaba las manos al morral para comprobar si seguían allí el pan y el queso, las manzanas y las peras que Paulette les había preparado.

Dejaron atrás a un grupo de aldeanos que aprovechaban el regalo del sol para rellenar los baches del camino antes de que las lluvias y el invierno lo volvieran intransitable. Un poco más adelante alcanzaron una recua de mulas cargadas con sacos de lana que también se dirigía a Münster. Saludaron al arriero y le pidieron novedades de la ciudad.

—Hace un mes que salí de ella, y por entonces se hallaba muy agitada. Cuestiones de religión. ¡Mas tales asuntos no son de mi incumbencia, que lo mío es la carreta y el cuidado de las mulas, así que no puedo decir más de lo que ya os he dicho, ea! Pero yo me andaría con ojo —se les quedó mirando, temiendo haber hablado de más—. ¿No seréis de esos predicadores que andan por los caminos?

Por dentro, Münster no desmerecía la impresión que causaba al viajero al divisarla en lontananza. Se trataba de una ciudad antigua y próspera de comerciantes y artesanos orgullosos de sí mismos y de sus logros, aunque las carestías y las pestes de los últimos años habían dejado su huella en forma de un gran número de mendigos y un cierto abandono. Un terremoto de impresiones sacudió la mente del padre Baltasar mientras recorrían las estrechas avenidas que conducían a la plaza de la catedral. Lo que sabía de la ciudad se lo había contado tiempo atrás Bernhard Rothmann, el predicador, y en ese instante regresaba a su mente aquella información esencial. Como se había repetido muchas veces al analizar las palabras del párroco, era en la forma de gobierno de Münster donde radicaba su debilidad.

Su señor era un eclesiástico, obispo y príncipe del Imperio, que gobernaba a la manera de los señores feudales: siempre ausente, salvo cuando se alcanzaba la sazón de los diezmos; siempre lejano, salvo cuando le urgía exprimir la hucha de síndicos y mercaderes. A menudo, el metropolitano era solo un señor laico que ni siquiera había sido ordenado. El gobierno dependía directamente del príncipe-obispo y del capítulo de la diócesis, que elegía al prelado y que controlaba su política. Los miembros del capítulo eran eclesiásticos que pertenecían a la aristocracia local. El clero ocupaba todos los cargos del gobierno, aplicaba impuestos que ellos no pagaban a las exportaciones e importaciones y se reservaba las ricas canonjías de la catedral.

Bernhard Rothmann hervía de ira cuando le explicó a Baltasar la situación. Bajo la férula del obispo absentista y de su capítulo, otros poderes habían medrado cual manchas sobre la piel de los ancianos. Si el capítulo gobernaba el obispado, el consejo dirigía la ciudad. Era este una reunión de notables que había crecido, negociando tasas y arbitrios a cambio de privilegios, hasta conseguir un elevado



grado de autogobierno.

Mas no acababa ahí el lío. La ciudad se había convertido en la centuria anterior en un importante centro comercial y miembro de la liga hanseática, lo que había otorgado gran poder a las gildas. Una corporación que englobaba a no menos de dieciséis gremios diferentes se alzaba como contrapeso del poder del consejo, aunque hacía causa común con este para enfrentarse al capítulo del obispo.

Avanzaron por calles concurridas flanqueadas por casas de buena factura, con fachadas limpias que ascendían hasta los empinados tejados. Aquí y allá se topaban con iglesias de altas torres.

La disputa constante entre el capítulo, el consejo y la gilda, con sus equilibrios de poder y el resquemor de los ciudadanos, había creado un ambiente propicio para que floreciese el descontento entre los villanos.

—¿Sabéis a dónde hemos de dirigirnos, padre?

—Debemos preguntar por la iglesia de Bernhard Rothmann.

Hans pisaba con firmeza. Aquella mañana de otoño la vida se le antojaba increíblemente hermosa.

—No os preocupéis. Todo saldrá bien.

Detuvieron a un zagal que acarreaba unos pollos desplumados. El mancebo les examinó de arriba abajo:

—No sois de aquí, ¿verdad? Todo el mundo sabe dónde predica el padre Rothmann —comentó, rascándose la cabeza con una mano roñosa—. Si aguardáis un instante, os acompañaré hasta su iglesia. Es la de Saint Servatius, cerca de las murallas.

Siguieron al muchacho por callejuelas laterales. Por su configuración, Baltasar dedujo que estarían rodeando en círculo la plaza de la catedral, pero no tuvo demasiado tiempo para especulaciones, pues antes de que se diera cuenta se hallaban en el ángulo más obtuso de una explanada triangular. En extremo de la misma, con sus puertas abiertas de par en par, se alzaba la iglesia que buscaban.

No fue la iglesia, empero, lo que llamó su atención. En el atrio, una multitud prestaba oídos a un predicador. La mayor parte eran gentes de extracción humilde, pero a su lado, y a fe que era espectáculo insólito, atendían señoras enfundadas en abrigos de piel y comerciantes o artesanos adinerados de sombreros con plumas y tahalíes de cuero con espadas de pedrería.

Era Bernhard Rothmann el que se dirigía a los fieles. Se hallaba de pie a la puerta de la iglesia, al lado de un individuo de desconcertante estampa que bebía sus palabras con fruición de novicio: debía de ser el acompañante un mercader, y cabalmente rico, a juzgar por la forma en que vestía.

Hans y Baltasar se quedaron observando la escena desde las últimas filas del círculo. Muy cerca del mercader y del apóstol se estremecía un grupo de damas de edad que escuchaban con arrobos la prédica. Resultaba sorprendente verlas allí con sus joyas y sus pomposos trajes, atentas a un sermón sobre la necesidad de compartirlo

todo con los humildes; máxime cuando a su lado otras mujeres vestían harapos e iban descalzas. Pero la sorpresa mayor todavía estaba por llegar. Al concluir Rothmann su prédica, una de las damas, de carnes fofas y mejillas espesas por los afeites, se acercó al padre y, con la expresión extasiada del que acaba de despertar a una nueva vida, se despojó de sus joyas y las depositó en las manos del predicador. Una tras otra, las señoras que la acompañaban hicieron lo propio. Después le siguieron otros mercaderes, y aun los más humildes de entre la audiencia dejaron lo que tenían a los pies de Rothmann.

—Alabado sea el Señor —repetía este en cada ocasión, trazando la señal de la cruz sobre la frente de los oferentes.

—Repartidlo entre los necesitados, padre —murmuraban unos.

—Vos sabréis darle un destino más justo.

Y así uno tras otro. Hans observó de reojo a Baltasar:

—¿Es él Rothmann?

Asintió Baltasar. Lo que estaba viendo iba más allá de sus expectativas. ¿Sería posible que en verdad estuviese comenzando el Reino de los Justos en Münster?

—¿Padre Baltasar? ¿Sois vos, padre Baltasar?

El predicador se abría paso entre la gente, que se apartaba con deferencia.

—¡Padre Baltasar, no podíais llegar en mejor momento!

El predicador se detuvo frente al fraile y le observó con una expresión de alegría en sus ojos zarcos. Sujetó los antebrazos de Baltasar en señal de bienvenida, sin dejar de sonreír. Luego ambos se fundieron en un estrecho abrazo.

—Pues sí, Bernt, ahí donde lo veis, fue el padre Baltasar el que me abrió los ojos. De sus labios escuché por vez primera las doctrinas del bautismo de los adultos y de la comunidad de los fieles. ¡Le debo mucho, en verdad, al hombre que tenéis frente a vos!

Se habían refugiado en la sacristía de la iglesia, una pequeña cámara que contaba por todo mobiliario con una mesa, unas sillas y un armario ropero. En las paredes se abrían hornacinas desnudas. Hans, apoyado en el alféizar de una ventana, se percató del detalle. Tanto el templo como la sacristía habían sido despojados de estatuas: los hermanos rechazaban el culto a las imágenes y no consideraban a los santos sino hombres como los demás. Sobre la mesa refulgía el montón de joyas y monedas entregadas por los fieles. Hans se mantenía al margen del diálogo que se cruzaba entre los tres hombres. Su mente, aquella mañana, se hallaba perdida en placenteras ensoñaciones.

—Me alegra conoceros, padre —saludó el mercader.

Hans se fijó en él. Era pequeño y de rostro aguileño, con un aspecto anodino a pesar de sus ropas. Una barriga incipiente le afeaba la estampa. El cuerpo entero transmitía una sensación fofa, muelle, de alguien acostumbrado a las comodidades de la vida. Cuando se quitó el gorro, Hans tuvo que hacer un esfuerzo por contener las

ganas de reír, pues lo que había creído melena no era sino aparatosa peluca. La cabeza estaba completamente pelada. Mas el aspecto vulgar del mercader se desvanecía al fijarse en su expresión: entonces se percibía la vitalidad, el nervio, la energía oculta.

Se llamaba Bernhard Knipperdollinck y era un influyente patricio, un rico mercader textil, presidente de las guildas de artesanos. Solo ese detalle daba indicios ya de cuál debía de ser el carácter del hombre: no se escalaba hasta ese puesto sin méritos que avalasen la candidatura, máxime cuando los gremios, en cualquier ciudad, solían estar formados por gentes de muy variada laya, seguros de sí mismos y deseosos de hacer valer su influencia. Había un punto de incongruencia en la presencia del patricio en la estancia desnuda, en su evidente adoración por un predicador de aspecto ascético y vestido con toscas lanas.

—Estoy impresionado, padre Rothmann. Lo que he visto en el atrio me llena de esperanza... —murmuró Baltasar.

Bernt Knipperdollinck asintió, feliz y dicharachero:

—Pues eso no es nada. Los sermones del padre causan un efecto extraordinario. ¿Me creeréis si os digo que estamos viviendo tiempos asombrosos? Hay prestamistas que renuncian públicamente a la usura y cancelan las deudas que las gentes tienen con ellos. Gente acomodada decide vivir en el amor fraterno y ponen en común sus propiedades. Ahí tenéis, sin ir más lejos, el ejemplo de mi propia suegra. Es la señora que se ha adelantado en primer lugar para despojarse de sus cadenas. La buena mujer no se pierde un sermón del padre. ¡Y a fe que me parece grandioso el Señor, capaz de convertir a esa mujer en una piadosa cristiana! —rio fuerte y la risa, inesperada, resonó en la estancia con un matiz de incongruencia.

—No podemos quejarnos —intervino el predicador en un tono mucho más sosegado. La impresión que causaba era la de un hombre sometido a privaciones—. No, no podemos quejarnos. Vuestras palabras en la posada, padre Baltasar, me hicieron reflexionar mucho. Intuí entonces que de nada vale buscar la salvación personal si nos aislamos del mundo. El Señor nos pide que nos preocupemos por los demás, y para ello es necesario luchar por un mundo más justo.

Baltasar asintió algo distraído.

—Escucharos me llena de gozo, padre Rothmann. Temía... Bien, temía que hubierais olvidado la sugerencia que entonces me hicisteis acerca de venir a Münster.

—¡Oh, no debéis preocuparos! —intervino Knipperdollinck, muy ufano—. Como ya os hemos dicho, no podíais haber llegado en mejor momento.

Bernhard Rothmann se limitó a contemplar con interés a Baltasar.

—La cuestión es que os hice caso, pero no hemos venido solos —las miradas interrogativas de los dos hombres le animaron a continuar—. En una aldea situada a media legua de las murallas aguardan los hermanos y las hermanas que nos acompañan.

—¡Traedlos! —se entusiasmó el mercader—. ¿Cuántos son? Les acogeremos,

¿verdad, padre? Les buscaremos casas y les daremos lo necesario para sobrevivir. ¡Pardiez, cuantos más seamos más fácil resultará vencer la resistencia de los luteranos!

Hans captó la mirada preocupada de Rothmann. El predicador parecía meditar, como si las noticias de Baltasar supusieran un problema inesperado. También el antiguo fraile captó su preocupación.

—Unos cuarenta, me temo —le respondió a Knipperdollinck. Luego se volvió hacia Rothmann—. Probablemente ya lo sepáis, pero en las actuales circunstancias se está corriendo la voz de que esta ciudad es uno de los pocos refugios que nos quedan a los miembros de la hermandad. La situación en el resto de Alemania, en Suiza y en los Países Bajos es desesperada. La aplicación del edicto imperial está llevando a muchos de los nuestros a la hoguera sin juicio. Me temo que detrás de nosotros, otros muchos hermanos llegarán a Münster... si lo que se dice sobre ella es cierto.

Bernt Rothmann se levantó y se acercó a una ventana.

—¿Por qué no, padre? —inquirió tras unos incómodos instantes el mercader—. ¿No creéis que es un buen momento? Tras el debate de la semana pasada, ¿qué mejor ocasión? ¡Tarde o temprano tendremos que exigir el premio por nuestra victoria!

Bernhard Rothmann se volvió y clavó su mirada azulina en el mercader. Luego se enfrentó a Baltasar:

—Puede que nuestro amigo tenga razón, padre Baltasar. Disculpad mis recelos, que nacen del temor de que la obra de Dios se vea malograda, pero Bernt lleva razón: *audaces fortuna iuvat*. La llegada de vuestras gentes tensará todavía más, si cabe, la situación. Y eso es algo... necesario.

La situación, tal y como les habían explicado los dos Bernhard, Rothmann y Knipperdollinck, era delicada pero sumamente esperanzadora. El padre Rothmann contaba con gran predicamento y había sido el responsable de que la ciudad abandonara el catolicismo en febrero de ese mismo año de 1533. Habían favorecido la decisión la dimisión de un obispo, la muerte de su sucesor y la elección del actual, el conde Franz von Waldeck, ya entonces en posesión del obispado de Minder y que pronto lo estaría también del de Osnabrück. Waldeck resultó ser un hombre más preocupado por mantener sus prerrogativas y privilegios que por prestar atención a las cuestiones de dogma que se debatían en el seno de la Iglesia. Cuando ordenó a Rothmann que abandonase la ciudad por enardecer los ánimos de la plebe con sus prédicas, las gildas de artesanos presididas por Knipperdollinck decidieron defender al pastor.

—El obispo se lo tomó a la tremenda —les contó un excitado Knipperdollinck— y comenzó a actuar: secuestró los bienes de los ciudadanos prominentes y puso cadenas en las calles para evitar la comunicación entre barrios. Los gremios se armaron y el obispo trató de entretenernos con negociaciones, pero un millar de burgueses armados marchamos de noche a la ciudad de Telgte, en la que acampaban

numerosos nobles y eclesiásticos, la rodeamos, capturamos a los partidarios del obispo y los trajimos a Münster como rehenes. El 14 de febrero de 1533 la ciudad fue reconocida oficialmente como luterana y miembro de la Liga Esmalcalda. El prelado huyó de la ciudad.

—A partir de ese instante, los nudos se desataron —intervino Rothmann, que dejaba que fuera el mercader el que llevara el peso del relato—. Comprendí que tampoco el luteranismo era la solución.

—Los miembros del nuevo consejo, luteranos, le hicieron comparecer ante ellos por negarse a bautizar a niños, pero no se atrevieron a ponerle la mano encima pues hasta a ellos les resultó evidente el respaldo popular del padre. Trataron de contemporizar, pero hace dos meses el equilibrio volvió a romperse cuando Staprade, un predicador ayudante de la iglesia de Saint Lamberti, se negó también a bautizar a los hijos de los miembros luteranos del consejo que habían sido llevados a la iglesia a tal efecto. Staprade fue desterrado y amenazaron a Rothmann y a otros clérigos de nuestra cuerda. Al final cerraron las iglesias de la hermandad y solo a nuestro buen padre se le permitió permanecer en la ciudad y predicar en este templo.

A medida que escuchaba la perorata del mercader, el semblante del padre Baltasar se teñía de preocupación. Si lo que decía Knipperdollinck era cierto, la ciudad distaba mucho de ser anabaptista. El poder estaba en manos de patricios luteranos, que defenderían su preeminencia con más saña incluso que si de católicos se tratara, pues no abandonarían fácilmente los privilegios recién adquiridos.

—Pero, en ese caso, ¿este es el único templo anabaptista de Münster?

Knipperdollinck asintió sin dejar de sonreír:

—Por poco tiempo, padre. Dejad que termine de contaros lo sucedido. Como la situación se hacía cada vez más tensa, los miembros del consejo, con el magistrado Van der Wieck a la cabeza, resolvieron celebrar una disputa pública sobre el bautismo. El padre Rothmann no se negó y los luteranos trajeron a la ciudad al famoso humanista Hermann von Dem Busche, que es profesor en Marburgo. ¡Y allá debe de estar en estos instantes de regreso con el rabo entre las piernas! ¡Fijaos que hasta Van der Wieck reconoció que el resultado de la disputa no había sido el esperado!

Los ojos de Bernhard Rothmann brillaron con satisfacción contenida. Baltasar sonrió comprensivo. También él conocía el placer que produce una victoria intelectual. «Lo peligroso —se dijo— no es que un hombre disfrute con un triunfo, sino que se envanezca con ello hasta que su juicio quede anulado».

—La conferencia fue totalmente libre —prosiguió Knipperdollinck—. Hasta los católicos hubieron de acordar que Rothmann era el vencedor. La gran mayoría de los asistentes así lo decidió y el prestigio de nuestro buen padre ha alcanzado sus cotas más altas. ¡Por eso insisto en que es el mejor momento para recibirlos! La gente viene a escuchar sus sermones y él insiste en los defectos de nuestra sociedad. Yo soy solo un humilde cristiano, mas he de confesar que sus palabras me emocionan hasta el

tuétano de los huesos, y así sucede con los demás.

—Sin embargo —había concluido Rothmann antes de que se marcharan—, nuestro triunfo es también nuestro mayor peligro. Los burgueses más prósperos ni siquiera han aceptado la derrota del obispo y la imposición del luteranismo, y ven en la extensión de las ideas anabaptistas un serio peligro. Me temo que su reacción no tardará. También los luteranos están alarmados por el cariz que toman los acontecimientos. ¿Y si se unieran, como han hecho en otros lugares, en contra de la hermandad?

### 3

La llegada de los anabaptistas de Amberes sembró la ciudad de murmuraciones, pues muchos creyeron que habían sido llamados por el padre Rothmann para acelerar las reformas y obligar al consejo dominado por los luteranos a aceptar la nueva fe de la hermandad. Desde el mismo instante en que entraron en la ciudad con sus carromatos auestas, harapientos, agotados, felices las miradas al contemplar la tierra prometida, las gentes se agolparon a su paso y una corriente de excitación sacudió las conciencias.

Bernt Knipperdollinck, en su calidad de presidente de las guildas, se hizo cargo del alojamiento de los recién llegados y aun de otros que fueron llegando en días sucesivos. Pues las palabras del padre Baltasar resultaron proféticas: por toda Alemania y los Países Bajos corría la voz de que Münster acogía a los miembros de la hermandad. Gentes de muy variada condición dejaban sus tierras y se dirigían hacia la que ya llamaban la Nueva Sión, el único lugar en la tierra en el que creer en el nuevo bautismo no era un certificado de muerte en la hoguera. Y a medida que afluían los fugitivos hacia Münster aumentaba la preocupación entre los patricios católicos y los mercaderes luteranos que veían en la masa de desempleados que les invadía un peligro para su supervivencia. Sabían que mientras se mantuviese la apariencia de ciudad luterana, la Liga Esmalcalda con Felipe de Hesse al frente les protegería. Pero la instauración de una comuna anabaptista llevaría tarde o temprano a que el obispo hiciera lo imposible por recuperar el control sobre su capital y aplicar el edicto del emperador.

Cada día amanecía preñado de novedades que se debatían en plazas y mercados. La religión impregnaba las almas de los ciudadanos como si un barniz de pólvora les cubriese la piel. Pronto se hizo evidente que la ciudad estaba profundamente dividida

entre quienes apoyaban al consejo y quienes, con los gremios a la cabeza, defendían a los predicadores anabaptistas. En el medio, en la tierra de nadie de los irresolutos, una gran cantidad de ciudadanos asistía estupefacta al devenir de los acontecimientos. La inquietud, que se vestía de esperanza entre los humildes y se teñía de alarma entre los gentileshombres, dominaba la vida de las gentes.

Bernhard Rothmann y el padre Baltasar se convirtieron en las figuras más populares de la ciudad. Se les veía siempre de aquí para allá, acogiendo a los hermanos, organizando comedores públicos, discutiendo con magistrados y miembros de las guildas. Predicaban cada tarde en la iglesia de Saint Servatius, el único templo en el que el consejo les permitía dirigirse a los fieles, y día tras día el número de los fieles se incrementaba. Ambos adoptaron la costumbre de reunirse al morir el día con Knipperdollinck y Hans en la sacristía de la iglesia para tratar de las cuestiones que afectaban a la naciente hermandad.

—Cada día son más los que llegan —decía el mercader, radiante—. Es como una riada de primavera.

Baltasar asentía. Los días se le iban sin sentir, dominado por una vitalidad a la par ilusionada y medrosa. Charlaba largamente con Bernhard Rothmann. El predicador, con la confianza del trato cotidiano, se le presentaba sumido en claroscuros. Cierto que era un hombre de convicción firme y energía desbordante, pero estaba enamorado de su elocuencia. Dominar a la multitud con la fuerza de las palabras producía en él un efecto embriagador. Baltasar se reconvenía por su desconfianza: ¿acaso él mismo era perfecto? Lo importante, se decía para su coledo, era que el predicador poseía una fe profunda, que se dolía de los desafueros y que ansiaba con tanta intensidad como el propio Baltasar un mundo de justicia. Al cabo, si los hombres fueran perfectos, ¿qué sentido tendría que Dios hubiera enviado a su hijo para redimir los pecados de la humanidad?

—Debemos hacer lo posible por conseguir la mayoría en el consejo —repetía cada atardecer, cuando se reunía con los demás en la sacristía.

Aquella idea le obsesionaba.

—Pero debe hacerse de forma pacífica —declaraba Rothmann—. Si somos elegidos, ni el mismo emperador podrá objetar. Si nos hacemos con el consejo por la fuerza, enviarán sus mesnadas contra nosotros.

—Por el momento —intervenía Knipperdollinck—, nada cabe hacer salvo aguardar. Día tras día ganamos adeptos, pero los luteranos poseen todavía demasiada fuerza y los indecisos son legión. Hay que aguardar a las elecciones que se celebrarán a principios de año.

El mercader se multiplicaba. Su pequeña y estrafalaria figura parecía estar en todas partes al mismo tiempo, pues lo mismo se reunía con los representantes de las guildas que con los miembros del consejo, con los predicadores que con las gentes humildes que arribaban a la ciudad. Su prestigio no cesaba de incrementarse, pues todos veían que se preocupaba por evitar que la situación degenerase en un conflicto

abierto. Él era el que apaciguaba a los luteranos y él también el que calmaba a los más exaltados artesanos de los gremios. Había hecho buenas migas con Hans y, cuando descubrió sus habilidades con la madera y su popularidad entre los recién llegados, comenzó a recurrir a él.

Cada mañana, Hans se dirigía a la lujosa casa del mercader en la plaza de la catedral. Allí organizaban la jornada y se distribuían el trabajo, que un día se necesitaba reparar un almacén y otro construir un refugio o apuntalar un edificio en ruinas. Hans no se quejaba. ¿Cómo iba a hacerlo, cuando la vida se mostraba tan pródiga con él?

Pues Hans y Paulette se descubrían el uno al otro con ardor sediento y rendido. Hablaban sus miradas de futuros y pasados, de impulsos y venturas, y eran las noches un calor sin preguntas. Cuando se rodeaban con los brazos y les invadía la urgencia del otro, desaparecía el mundo y se tornaba virgen el universo, que tal les parecía que todo estaba aún por descubrir. Hans no cabía en sí de gozo. Paulette era una mujer tan real que sentía vértigo. Y comprendía lo ridículo que había sido su temor a no ser capaz de ofrecerle la seguridad de una casa y de una vida tranquila. Ansiaba ofrecérselas, por supuesto. Pero ahora sabía que igual podía ansiar un pájaro alcanzar las estrellas: lo que deparase el futuro, lo enfrentarían juntos. También Paulette se sentía transformada. En su rostro descubría Klara una sonrisa serena y una mirada nueva, pues al fin se hallaba exactamente donde quería estar.

Los acontecimientos de Münster se colaban de rondón en su universo, como si la vida considerara justo ofrecer a la pareja un escenario digno de su amor.

—Es como si estuviéramos sentados sobre una caldera a punto de hervir — comentaba el carpintero.

Paulette, a su lado, le acariciaba el pecho poderoso.

—No le des más vueltas. Sucederá lo que tenga que suceder.

En las postreras semanas del otoño se instaló sobre Münster una calma tensa, un silencio expectante, a la manera de esas quietudes que sobrevienen instantes antes de que la tierra abra sus carnes y se sacuda las pulgas. Las conversaciones, de un día para otro y sin que nadie pudiera explicar el motivo, se tornaron melindrosas y disimuladas. De súbito, el mundo entero pareció contener el aliento.

Madrugaba el octavo día del mes de diciembre del *anno Domini* de 1533 cuando un herrero itinerante, rompiendo la prohibición del consejo de la ciudad, comenzó a predicar en el cementerio de la iglesia de Saint Lamberti, uno de los principales templos luteranos.

El herrero se llamaba Johann Schroder y poseía una voz tan dura como sus músculos torneados por el yunque. Predicó contra el bautismo infantil y contra la usura, contra los romanistas y contra los que se decían servidores del Señor pero solo se servían a sí mismos. Ni siquiera le detuvo la proximidad del templo luterano: no ahorró reproches contra los seguidores del fraile agustino, a quien llamó exterminador de campesinos y lacayo de los príncipes. Cuando el pastor de Saint



Lamberti, Fabricius, le reconvino su actitud y quiso expulsarlo, Schroder le desafió abiertamente a una disputa.

Era más de lo que el consejo podía soportar. En una reunión de urgencia, el magistrado Van der Wieck clamó contra el peligro en que se hallaba Münster si no se expulsaba inmediatamente a los alborotadores anabaptistas. Los consejeros estaban amedrentados: todos tenían familias y propiedades que defender y temían más que a la misma peste a las hordas de desempleados que invadían la ciudad.

Se decidieron a actuar. Schroder fue arrestado y se prohibió a Rothmann que predicase, lo que equivalía a ponerlo fuera de la ley. Muy sereno, Rothmann se subió al ambón de Saint Servatius y replicó que él dependía de poderes más altos que el consejo. Y predicó.

Entonces la ciudad estalló. La guilda de los herreros se lanzó a las calles armada con mazos y cercó al consejo para exigirle que pusiera en libertad a Schroder. Van der Wieck salió a la palestra y trató de razonar, pero sus palabras fueron sepultadas por un alud de tripas podridas y se vio obligado a refugiarse en el interior del ayuntamiento con el resto de los magistrados.

Durante un día y una noche, nadie se movió. Luego, en la madrugada del doce de diciembre, Schroder fue puesto en libertad.

El júbilo se desató.

—¡Por los calzones de Lutero, chiquilla, que estás más callada que una puta en Cuaresma! ¿Se puede saber qué es lo que te pasa?

Klara Hätzlerin soltó el cucharón de madera con el que revolvía el contenido de un gran puchero y se enfrentó, los brazos en jarras, a la joven Judith. Se encontraban en las cocinas de la casa de un mercader católico que había huido de la ciudad varios meses antes y que desde su llegada ocupaban los anabaptistas.

Judith llevaba toda la mañana sin abrir la boca y con el ceño fruncido, lanzando miradas acusadoras a diestro y siniestro. Paulette trajinaba cerca de la chica y hacía tiempo que se había percatado de su mal humor, pero había decidido no intervenir. Agradecía que, por un día, la muchacha no les taladrara la cabeza con su verborrea.

—¡A ver, que yo me entere! —insistió la matrona—. ¿Es que tienes algún problema?

—¡No! —el grito brotó intempestivo—. ¡No me pasa nada! ¿Es que a alguien le importa lo que me pase o deje de pasar?

Paulette y Klara intercambiaron miradas de sorpresa.

—¡Bueno, bueno! —se le acercó la posadera, comprensiva—. Venga, tranquilízate y cuéntanoslo, ya verás como no será nada.

—Seguro que es una tontería... —quiso consolarla Paulette.

—¡Claro! ¡Una tontería! —el rencor de Judith dejó a Paulette tan turbada que fue incapaz de articular palabra—. ¡Como a ti todo te va bien! ¡Tú tienes a tu Hans y no te preocupas de nada más! ¡Ni siquiera necesitas estar casada! ¡La princesita es feliz

y hace lo que quiere, así que lo que nos pase a los demás no son sino tonterías! ¡Solo piensas en ti! ¡Pues entérate de una vez que existe más gente en el mundo que tú! — Y, dejando a las dos mujeres boquiabiertas, salió corriendo de la cocina.

Tras un momento de vacilación, Paulette hizo ademán de ir tras ella.

—Deja —la detuvo Klara—, mejor voy yo.

Paulette no alcanzaba a comprender el rencor de Judith. Ciertamente que en las últimas semanas no le prestaba demasiada atención, pero se resistía a creer que eso fuera motivo suficiente. ¿Cómo se atrevía a decir que solo pensaba en sí misma? Aquello era absurdo. Paulette no se tenía por ninguna mártir, pero sabía ver las cosas con ecuanimidad. Desde que se uniera a los anabaptistas en Amberes, su tiempo lo dedicaba a los hermanos: si no estaba cocinando o sirviendo la comida, fregaba los platos o remendaba ropas, cuidaba niños o velaba a los mayores. ¡Por Dios! Ciertamente que ahora tenía a Hans, pero... ¿es que no tenía derecho a pensar un poco en sí misma? ¿Y Judith, no tenía a Jos? Se le ocurrió entonces que quizá el problema de la chica era que no le iban bien las cosas con el Pulga. Mas, si así fuera, ¿por qué la tomaba con ella?

Acababa de ponerse a rebozar las bolas de hígado cuando se percató de que alguien entraba en la casa.

—¿Klara? —se limpió las manos al delantal y salió de la cocina para dirigirse a la puerta.

Hans, refugiándose bajo una manta a modo de capa y con el pelo y los hombros blancos por la nieve, cruzaba el zaguán con una expresión de distraída sorpresa en el rostro. Tras él, la silueta de un hombre de mediana edad se recortó contra la claridad del exterior. Paulette distinguió una corta melena de cabello pardo y lacio, que ya raleaba en la frente y que daba a su poseedor una apariencia de joven prematuramente envejecido.

—¡Hans! —exclamó—. ¿Está todo bien? ¿Qué haces tan temprano por aquí?

Al verla, se iluminó la sonrisa del carpintero. Se acercó a ella y la rodeó con sus hombros. Su acompañante se quedó contemplándolos con una expresión jocosa en el rostro.

—Estás preciosa con la cara llena de harina.

Paulette rio y trató de zafarse del abrazo de oso.

—Anda, no seas tonto. Y quítate la frazada, que te vas a resfriar con tanta nieve.

Se habían abierto las nubes dos semanas atrás y desde entonces no paraba de nevar. Münster, vestida de blanco, semejaba una ciudad fantasmal.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —cambió de tercio Hans sin soltarla—. He visto salir corriendo a Klara.

Paulette ya se había olvidado completamente de Judith.

—¿Tú sabes si va todo bien entre Jos y Judith?

—No sé, supongo que sí. La verdad es que no tengo ni idea —le acariciaba la cara al hablar—. Últimamente no estoy mucho con él, salvo para organizar el trabajo.

¿Y eso qué tiene que ver con Klara?

Paulette se aupó y le dio un rápido beso en los labios:

—Nada, cosas de mujeres —se libró del abrazo y comenzó a sacarle la manta. Su acompañante se había recostado contra la jamba de la puerta y les observaba sin disimulo. La nieve de los hombros de Hans cayó sobre los baldosines—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí a estas horas?

Iba a responder cuando el visitante se adelantó y se inclinó, sacándose el sombrero, en un amago de reverencia:

—Me temo, hermosa dama, que soy el responsable de esta invasión de vuestros dominios, aunque comprendo al veros que nuestro buen amigo Hans se olvide hasta de su nombre. En verdad es afortunado al disfrutar de vuestra belleza. Permitidme que me presente: Conrad Eisner, de los Eisner de Brunswick, para servirlos a vos y a la hermandad. Un viejo amigo de vuestro marido —y se quedó recorriéndola con la mirada.

Paulette se sintió incómoda bajo el escrutinio. Le sorprendía el porte atildado y un sí es no es relamido del individuo. Los miembros fofos y la barriga prominente confirmaban el gusto del individuo por el yantar y el beber. El conjunto, se dijo la mujer, transmitía una impresión de exceso. Debía de haber sido apuesto en sus años mozos, pero el tiempo y la intemperancia habían causado estragos en él.

Hans contemplaba a Conrad Eisner con el rescoldo de la sorpresa en la mirada. Lo último que se esperaba aquella mañana era volver a ver al antiguo estudiante. ¡Por todos los demonios, nada menos que Conrad, y llegaba acompañando a dos predicadores enviados por Jan Matthys, el profeta holandés! Pues Conrad había abrazado el anabaptismo.

—Durante mucho tiempo vagué con Carlstadt por Alemania —le había contado un poco antes—, pero el viejo cada día se tornaba más maniático e iluminado. Después recalé en Estrasburgo y ahí conocí a Melchior Hoffman, el profeta, y me convertí en su discípulo. Cuando lo apresaron en Estrasburgo, conseguí huir y me refugié en Holanda con Matthys.

—¿No has vuelto a Brunswick, con tu familia?

Conrad frunció el ceño y torció el gesto, pero acabó por responder:

—Mi padre me desheredó por enredarme con lo que él llamaba radicales, mal rayo le parta. Cuando murió, mi hermano se quedó con el negocio.

Se mostraba cordial Conrad, también sorprendido por encontrar allí a Hans. Cuando le dijo que Baltasar predicaba en la iglesia de Saint Servatius con Rothmann, insistió en verlo inmediatamente.

—Es muy conocido y respetado. El mismo Matthys ha oído hablar de él y de sus viajes, pero no teníamos ni idea de que se encontrara en Münster.

—Hemos llegado hace unos meses. Después del incendio de Amberes.

Hans se dirigió a Paulette:

—Buscamos al padre. ¿Está aquí?

—Con Jean, arriba, le está dando clase.

Paulette iba a decir que subía a avisarle cuando oyeron una voz:

—¿Qué sucede? —Baltasar bajaba las escaleras con Jean de la mano. Al divisar al antiguo estudiante, se le contrajo el ceño en un evidente esfuerzo por situar aquel rostro conocido—. ¡Conrad Eisner! ¡Vaya! —exclamó, boquiabierto.

También el semblante de Conrad, durante un fugaz momento, expresó desconcierto. Le costó reconocer a Baltasar Sachs en aquella figura esquelética y demacrada, con las guedejas de la melena y de la barba entreveradas de blanco. Se adelantó sonriendo y cogió al fraile por los hombros. Tuvo la impresión de sujetar un esqueleto:

—¡Padre Baltasar! ¡Me alegra tanto veros!

—Ha llegado con dos predicadores enviados por Matthys a la ciudad —aclaró Hans—. La gente está muy excitada.

—La gente lleva semanas excitada —se encogió de hombros Paulette.

Era cierto. Desde que el consejo libertara al herrero predicador, la influencia de los magistrados se reducía a ojos vista. El pueblo había perdido el miedo y vivía en una sazón de euforia colectiva que se manifestaba en rezos espontáneos por las calles y conversiones en masa. Nuevos predicadores, decían que enviados desde Holanda por el profeta Jan Matthys, entraban en Münster y predicaban. Día sí, día también se producían disturbios y bandas incontroladas asaltaban los comercios de mercaderes católicos y luteranos y el propio Rothmann, que veía que se le escapaba el control de la situación, trataba de ponerse al frente denunciando al consejo y a los predicadores luteranos.

—No comprendo por qué os preocupáis —le decía a Baltasar—. ¿No queríais el gobierno de Münster? ¡Pues lo estamos consiguiendo! ¡Cada hora que pasa, los luteranos pierden poder! En verdad, padre, que no os comprendo.

Baltasar asentía. No podía pretender que los luteranos abandonaran fe y posesiones por las buenas. Por fin estaban triunfando, y al precio de unos mínimos desórdenes. La cabeza le daba vueltas, embriagada: ¡había tanto por hacer! Y por fin, con un poco más de esfuerzo, podrían comenzar a edificar la Nueva Jerusalén.

—Paulette dice bien. La gente lleva semanas excitada y continuamente llegan nuevos predicadores. Se diría que Matthys quiere salvarnos a fuerza de enterrarnos bajo una montaña de apóstoles. ¿Por qué los recién llegados habrían de ser diferentes?

Con el comienzo del nuevo año de 1534 las monjas del convento de Uberwasser habían dejado boquiabierto a la población: tras congregarse en la plaza de la catedral, anunciaron su abandono del catolicismo y su conversión a la fe anabaptista. Se decidió que los creyentes debían ser rebautizados e inscritos en un censo de fieles. Bernhard Rothmann y Bernt Knipperdollinck fueron los primeros y su ejemplo fue seguido por numerosas monjas y mujeres laicas acomodadas. Luego, en un paroxismo de fervor religioso, buena parte de la población se rebautizó.

Hans escrutó el semblante del padre Baltasar. También ellos se habían rebautizado, y hasta Paulette, que no era muy dada a mostrar sus emociones religiosas, se había arrodillado para recibir el agua bautismal.

Iba a hablar cuando Conrad se le adelantó:

—Los conozco desde hace tiempo, sobre todo a uno de ellos, el que llaman Jan Bockelszoon, de Leyden. Es joven, no más de veinticinco años, pero lleva el Espíritu prendido de su lengua. Jamás he conocido a nadie con tal capacidad de fascinación.

—¿Qué sabéis de él?

—Es hombre de cierta cultura, aficionado a los libros. Hasta donde sé, trabajó como aprendiz de sastre y trató de convertirse en mercader independiente, pero los negocios no son lo suyo y se arruinó. Fue entonces cuando descubrió su verdadera vocación: representar obras teatrales. Su físico y su elocuencia le ayudaron en el empeño, pero conoció a Jan Matthys, dejó la farándula y se consagró en cuerpo y alma a predicar la Palabra. Toda la elocuencia que antes empeñaba encima de las tablas, ahora la vuelca en la hermandad. Os aseguro, padre, que sabe provocar el entusiasmo de su auditorio.

—¿Es un creyente sincero?

Conrad trabó su mirada en la del fraile. Tardó un instante en responder:

—Vive en cuerpo y alma para la hermandad.

Baltasar asintió.

—Al parecer, el Señor ha querido reunir a lo más granado de su grey para revivir en Münster la Jerusalén celestial.

Pero cada día que pasaba, la situación se tornaba más complicada. Católicos y luteranos permanecían escondidos en sus residencias sin mostrarse en público, pero todos temían que tarde o temprano reaccionasen y se produjesen tumultos violentos.

—El problema es que, con tanto predicador, Rothmann está perdiendo el control. Y él se da cuenta, me parece. Hasta a Knipperdollinck se le ve más distante, impaciente. Todos presienten que se acerca el momento.

No tuvo tiempo de continuar. De súbito, se abrió la puerta de la calle y una racha de aire frío y nieve penetró en la vivienda. Klara Hätzlerin entró soltando reniegos y tiritando.

—¡Por las ladillas del Papa! ¡Como la coja, se va a enterar! ¿La has visto? ¿Está aquí esa condenada chiquilla? —reparó en los hombres—. ¡Oh, disculpad! ¿Qué hacéis aquí a estas horas? ¿Sucede algo?

—¿No la habéis encontrado? —Paulette cogió de un arcón una manta y se la echó sobre los hombros a la cocinera.

—¡Mal rayo la parta! ¡Casi me congeló ahí fuera para nada! ¿Dónde se habrá metido esa chiquilla del infierno?

Judith lloraba lágrimas de hiel. Le comía el resquemor contra aquella estúpida cocinera que siempre se ponía de parte de la francesita, contra Paulette y sus aires de

princesa ofendida, contra el maldito día en que decidió unirse a aquella pandilla de miserables. Escapó furiosa de la cocina y se dirigió a la calle sin propósito determinado, pero al recibir el impacto del frío y de la nieve su ánimo se serenó un tanto y tomó una determinación.

Tiritando por el viento gélido que le traspasaba la blusa, rodeó la vivienda y volvió a penetrar en ella por la parte posterior, por una puerta de servicio que daba a las escaleras de los pisos superiores. Subió con cuidado, procurando que no crujieran los peldaños de madera, y se coló en el dormitorio que compartían las mujeres solteras y viudas. Allí dormía la cocinera.

Le había dado vueltas varias veces, pero hasta ese instante no se había decidido. ¡Y pensar que había estado a punto de confesarse con aquellas dos arpías! Pero no. ¡Las odiaba con todas sus fuerzas! Lo mejor sería que ella misma solucionase sus problemas. ¡Seguramente, si les dijera lo que iba a hacer, pondrían el grito en el cielo!

La habitación a aquellas horas estaba desierta. Era un antiguo salón convertido en alcoba. Un efluvio de aire rancio le llenó las narices, pero apenas fue consciente de él. Los dormitorios rara vez se aireaban, pues la gente pensaba que el aire fresco podía llevar consigo miasmas de enfermedades. Contra una de las paredes se alineaban los montones de paja que servían de lechos. Se dirigió con paso firme hacia el jergón de la cocinera. En la cabecera descubrió lo que buscaba: un petate cuidadosamente envuelto con las ropas de la mujer. Rebuscó en él con dedos nerviosos. Sí, iba a hacerlo. No le quedaba otra solución. ¡Qué estúpida había sido! ¡Y ella que creía que al escapar de su casa ya nadie le diría nunca más lo que tenía que hacer! Desde que estaba con aquellos santurriones no hacía otra cosa que trabajar como una esclava. ¡Y eso sin contar con el asco que le daba su marido!

Había sido una insensata. Había querido casarse para hacerse un lugar y demostrarles a todos que ya era adulta, pero ahora se percataba de su equivocación. Jos, al principio, le había parecido divertido e interesante. Incluso creyó que era uno de los principales de entre los hermanos, pues siempre lo veía con el padre Baltasar y con Hans. Por eso se había casado con él, porque había supuesto que, haciéndolo, los demás la respetarían.

Jos era un payaso, un fanteche sin ninguna autoridad. Ahora lo sabía. Le resultaba repulsivo. Le resultaba repulsivo. Abrirse de piernas y sentir su miembro hurgándole en lo más íntimo... ¡Y el muy cerdo aún pretendía que se desvistiera del todo porque quería verla desnuda!

El tacto frío de un objeto de metal le hizo reaccionar. Extrajo la mano del petate y contempló el objeto. ¡Sí! ¡Lo tenía! La cocinera se lo había enseñado un día, orgullosa como una gallina clueca, diciéndole que era un regalo de su difunto marido. Se trataba de un broche de plata decorado con filigrana de oro. Un trabajo bastante burdo, pero ese broche iba a ser su salvación.

Al acordarse del motivo para el que lo necesitaba, Judith notó que las lágrimas afloraban a sus ojos. Hizo un esfuerzo por contenerse. Tenía que ser fuerte.

Solucionaría sus problemas y se marcharía de allí. Estaba harta de tanta beatería y tanto trabajo. Si no fuera por Hans, haría tiempo que se habría ido.

Se le escapó un suspiro al recordar al carpintero. Había tratado de insinuársele varias veces, cuando le servía la comida o se lo encontraba por la casa, pero el muy idiota solo tenía ojos para la francesita.

No volvería a llorar. Ya tenía lo que buscaba y con ese broche comenzaría una nueva vida. Se metió el broche en un bolsillo de la saya. Salía de la habitación cuando topó con una mujer cargada con un balde de agua. La mujer se sorprendió. Judith trató de explicarse:

—Klara me ha enviado para recoger una pañoleta.

La mujer se limitó a saludar:

—Que el Señor sea con vos.

—Y con vos también, hermana.

Aguardó temblando a que desapareciera en el dormitorio. Fue a su habitación, que compartían con cuatro matrimonios más, a buscar un manto de lana. Al poco se deslizaba por las escaleras hacia la puerta. Aunque no quisiera reconocérselo, estaba muy asustada por lo que se disponía a hacer.

En el exterior, la nevada arreciaba.

Las señas que le habían dado se correspondían con una barraca de maderas destartaladas que se mantenía en pie gracias a que se apoyaba en uno de los lienzos de las murallas. Le costó ímprobos esfuerzos localizarla, pues no se atrevía a preguntar a los viandantes y no conocía bien la ciudad. Además, la casucha se hallaba entre dos calles, de modo que a ninguna daba sino a un estrecho pasadizo por el que a duras penas cabía una persona. Pero fue ese detalle el que le permitió estar segura de que no había errado la dirección.

Se dirigió a la puerta y golpeó en ella con los nudillos. Tras una eternidad, la hoja se entreabrió y una voz desabrida le preguntó qué se le ofrecía.

Habló en un susurro:

—Ya sabéis, yo... —y se cayó. No distinguir el rostro de su interlocutor y sentirse escudriñada incrementó su nerviosismo.

Se escuchó un rezongo y luego un silencio. Cuando ya creía que nadie iba a responder, quienquiera que estuviese dentro alzó la voz:

—¿Tenéis con qué pagar?

Rebuscó en un bolsillo, extrajo el broche y lo adelantó para que se pudiera ver a través de la rendija de la puerta. La hoja de la puerta se abrió un poco más y una mano le urgió a que entrase. La penumbra le impidió distinguir nada, pero poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la escasa luz que brotaba de un fogón sobre el que hervía el agua de un caldero. La estancia era mísera y maloliente. Un sinfín de objetos absurdos, frascos, hierbas, huesos y cazuelas abarrotaban el espacio. Distinguió una mesa, un arcón y, contra la pared de piedra de la muralla, un jergón de

paja húmeda. El suelo era de tierra y la nieve que se colaba por las rendijas de las maderas formaba charcos parduscos por doquier. Unas gallinas escuálidas picoteaban en un rincón, observadas de cerca por un gato de pardo pelaje.

Un viejo de ojillos brillantes y maliciosos la examinaba con descaro.

—¡Pero...! —exclamó desconcertada al verlo. El nerviosismo atenazó su garganta.

—¿Qué esperabais? ¿Al médico personal del obispo? —cloqueó el anciano con una risa áspera—. Pagadme antes —y extendió una zarpa.

—Pensé... Pensé que seríais una mujer.

Otra vez la risa acre:

—Si vuestra merced no está conforme, siempre puede salir por donde ha entrado.

—¿Sabéis a lo que vengo?

—¡Todas vienen a lo mismo a casa de Harald, muchacha! ¡Entregan sus encantos al primer zascandil que les sonrío y luego vienen llorando para que el viejo Harald les libre de problemas y les recomponga el virgo! ¡A ver el broche ese!

Judith se lo entregó. Sentía que de un momento a otro se iba a deshacer en lágrimas. El curandero se acercó a la lumbre y lo examinó sin dejar de rezongar para sí. Con un gesto rápido se lo metió en un bolsillo.

—Tumbaos sobre la mesa y alzaros la saya, muchacha. ¡Las niñas malas se abren de piernas ante el viejo Harald! —emitía unos jadeos entrecortados al hablar, secas explosiones que pretendían ser carcajadas.

Sin hacer caso de la chica, se puso a rebuscar en un haz de hierbas que colgaba del techo hasta que encontró lo que buscaba. Vertió varias hojas en el agua del caldero que se calentaba en el fogón. Luego se volvió hacia Judith:

—¿Qué hacéis ahí plantada como un pasmarote? ¡Tumbaos o largaos por donde habéis venido, ea!

Judith hizo lo que le indicaban y se dejó conducir hasta la mesa. El yerbatero la trataba sin miramiento alguno, cual si estuviera trasteando con uno más de los cachivaches que atiborraban su barraca. Cuando un poco después le ordenó que bebiera de un cuenco de arcilla que le puso ante los ojos, respondió mecánicamente y se tragó la infusión, incapaz de concentrar sus pensamientos. Reconoció el sabor de la ruda mezclada con otros aromas. Con los nervios destrozados, se venció sobre la mesa.

Su mirada pareció espesarse. Una niebla blanquecina cubrió la mayor parte de su campo visual y solo allí donde fijaba la mirada conseguía discernir algún objeto. Así fue como se descubrió atenta a las manos del viejo, de uñas largas y ennegrecidas y dedos correosos, que se movían como si tuvieran vida propia. Palpaban el vientre, hurgaban en su sexo con desfachatez. Judith, a pesar del alejamiento que la embargaba, se sintió profundamente humillada. Las lágrimas afluyeron a sus ojos.

El curandero no dejaba de rezongar. De cuando en cuando mascullaba la letra de una tonada popular. El detalle le resultó chocante. ¿Cómo podía cantar en un



momento como aquel? El humo de unas plantas que había prendido, la letanía de conjuros que intercalaba en medio de las estrofas de la canción, lo humillante de su estado aturdíán a Judith más allá de lo que nunca había imaginado. Divisó entre tinieblas un instrumento medio oxidado en las manos de su torturador: un objeto alargado, con forma de cuchara, con bordes que en su día debieron de ser cortantes. Los dedos renegridos le abrieron el sexo y el curandero introdujo violentamente la extraña cuchara en su interior. Torció la cabeza y vomitó. La traspasó un fucilazo de dolor.

—¡Por las barbas de Belcebú!

La maldición le sacó de su aturdimiento. Se sentía muy débil e indefensa. Su pensamiento voló hacia su casa y dio en recordar a sus padres y a sus hermanos, anegada por una marea de nostalgia. Trató de levantar la cabeza, pero las fuerzas no le respondieron. Una humedad desagradable le llegaba desde el bajo vientre. Apenas era consciente del asqueroso yerbatero, de sus movimientos por la habitación, de sus blasfemias. Una gran tela de araña bailaba en el techo, justo encima de su cabeza. En el centro, una araña gordísima aguardaba por sus presas.

Con un esfuerzo sobrehumano consiguió incorporarse. Sintió que le traspasaban mil agujas de dolor. Sobre la mesa, entre sus piernas, un charco de sangre grumosa crecía por momentos. Intentó balbucear una pregunta.

—¡Estaos quieta, por vuestros muertos!

La orden fue un latigazo que se deshizo en una letanía de insultos. El viejo se mostraba ahora nervioso y ya no tarareaba melodías. Se movía con impaciencia de un lado para otro, buscando algo. Encontró un lienzo inmundo, lo sacudió un poco y comenzó a introducirse en la vagina con movimientos bruscos.

Se dejó caer sobre la mesa. Se sentía débil, muy débil. Con el rabillo del ojo, descubrió que el curandero se alejaba de ella y salía renqueando de la cabaña. Aquello le sorprendió, pero su cuerpo agotado no reaccionaba. Se quedó allí, desangrándose, la mirada perdida, la cabeza a ratos despejada, a ratos sumida en una suerte de ensoñación. Una eternidad después percibió que la puerta se abría y que el viejo Harald entraba seguido por dos sujetos de mala catadura.

Su último pensamiento fue que iba a morir en pecado y que no quería ir al Infierno.

Tenía el pelo y las barbas ensortijados cual rubios vellones de hermoso cordero y las facciones tersas de una esplendorosa juventud. Pocas veces se unía tal apostura, tal perfección de las medidas en una humana criatura, que era el pecho robusto sin excesos, el talle grácil y justo, las piernas fuertes y bien torneadas y el conjunto, a pesar de las ropas ordinarias, de tanta belleza y vitalidad que aún sobraban para bañar con ellas a cuantos caían bajo el hechizo de su presencia.

Jan Bockelszoon hablaba. Y, como siempre que tal hacía, Bernt Knipperdollinck bebía sus palabras con fruición. Desde que se lo habían presentado unos días atrás, el mercader no se separaba del apóstol.

—¡El Señor está con nosotros, hermano! —declamaba en ese instante el antiguo comediante de pie en medio de la estancia, inundando el ambiente con su fogosidad—. ¿Queréis más señales? ¡Vos sois un hombre de mundo, Bernhard, un mercader que goza de respeto, y tenéis ojos para ver! Esta ciudad está deseando entregarse al Buen Dios. ¡La ira divina nos cubrirá de llagas las carnes si desperdiciamos la oportunidad!

Bernt Knipperdollinck se imaginó aquel apuesto cuerpo cubierto de llagas y se estremeció. Se hallaban en compañía de Conrad Eisner en la sala principal de su domicilio. El mercader escuchaba al apóstol traspasado por contradictorias sensaciones. Por un lado se sentía cohibido, como le sucedía siempre que se hallaba en presencia de alguien más apuesto que él, que se le hacía dolorosamente consciente en esas ocasiones su menguado talle y su insignificancia. Mas, por otro lado, experimentaba la impresión de sentirse absorbido por el halo del predicador, cual si el mero hecho de hallarse en su presencia bastara para contagiarle un poco de su encanto.

—¡Los tiempos son llegados! —el apóstol fulguraba, deslumbraban sus ademanes y la fe enérgica de sus palabras. Jan Bockelszoon, llamado Jan de Leyden, dominaba al auditorio con los modos de un actor en un soliloquio teatral—. Nuestro padre el apóstol Matthys no tardará en llegar. Él nos ha enviado para preparar el camino al igual que el Padre celestial envió a Juan para preparar el camino de Su hijo. Pues habéis de saber, Bernhard, que Jan Matthys es Enoch redivivo, que nos anuncia el Fin de los Tiempos. ¡Y está a punto de llegar! ¿Queréis cruzaros de brazos para aguardarle? ¿O haréis como el buen anfitrión, que prepara el mejor lecho para su huésped y manda preparar una gran fiesta? ¡Decídselo, Conrad! —se volvió hacia el antiguo estudiante, que seguía la escena algo apático—. ¡Decidle vos que el profeta Matthys llegará antes de fin de mes!

Mas Conrad Eisner no alcanzó a abrir la boca. Unos suspiros entrecortados llamaron la atención de los presentes, que se volvieron al unísono hacia la puerta. Medio ocultas tras el quicio, las mujeres de la casa se entregaban a un torrente de gemidos y jadeos. La suegra, la mujer y la hija de Knipperdollinck contemplaban al apóstol presas de místico arrebató. La suegra había caído de hinojos al suelo y se deshacía en llanto.

—¡Vaya! —cambió el tono profético del apóstol, que se tornó algo mundano—. ¡Pasad, señoras mías, no os quedéis ahí! ¿Acaso el Buen Dios querría que os quedarais a las puertas del Paraíso?

Solo Conrad pareció percatarse del dislate de la comparación, que colocaba a Jan Bockelszoon a la misma altura del Creador. Pero, acostumbrado como estaba a los excesos verbales del titiritero, nada comentó.

Las mujeres no sabían cómo reaccionar. Contemplaban arrobadas a Jan de Leyden, se observaban entre sí, lanzaban miradas de aprensión al hombre de la casa, temerosas de la reacción que su intromisión pudiera desatar en el mercader.

—¡A fe que tenéis suerte, amigo Bernhard! ¡De la materia de las estrellas del firmamento están hechas estas damas! ¿Pues dónde se han visto tan rutilantes bellezas en la tierra?

Las mujeres lo contemplaron embobadas. Bernt Knipperdollinck también vaciló. ¿Rutilante belleza su suegra, con el inmenso estómago como el de un cerdo antes de la matanza? ¿Estrellas del firmamento su mujer y su hija, pequeñas y secas, con más huesos que carne y menos pecho que un varón?

—¡Ah, la hermosura profunda del alma, mi querido amigo! ¡Ese sí que agrada a Nuestro Señor!

Aquello gustó al mercader. Porque ahí sí, sí, iba bien encaminado el predicador. Sus mujeres no eran bellas por fuera, pero poseían un gran corazón.

—¡Este es un gran día! —Bockelszoon estaba lanzado. Sus rizos ondulaban al moverse, destellaban como el halo de un santo. Sus ojos eran gemas traspasadas por una visión celestial. Todos los presentes, incluso el escéptico Conrad Eisner, se sintieron subyugados por la energía que emanaba de su figura—. ¡Traed cerveza y ambrosía para que celebremos al Altísimo! ¡Que bailen las gentes, que se regocijen los querubines en el Cielo, pues la Nueva Jerusalén se hará pronto realidad entre nosotros!

Bernt Knipperdollinck sentía que se desbordaban todas las barreras.

—¡Firmaremos una alianza! —exclamó de repente el profeta. Se acercó a la hija del mercader y acarició sus huesudas mejillas con el dorso de la mano mientras una sonrisa celestial asomaba a sus labios. La joven le devoró con los ojos, a punto de desmayarse. Jan de Leyden se volvió hacia Knipperdollinck—. ¡Firmaremos una alianza, Bernhard! ¡Me casaré con vuestra hija!

—¡Ahhh! —la muchacha cayó desvanecida. Un coro de exclamaciones de asombro y bendiciones llenó la sala. La suegra alababa, de rodillas, no se sabía bien si al Creador o a su profeta; la mujer se abalanzó sobre el mercader. Imposible resistir tanta felicidad.

—¡Nos casaremos! ¡Y será este matrimonio la alianza que marcará el nacimiento de la Nueva Sión!

—Sí, sí... —asentía aturcido Bernt Knipperdollinck.

—Pero antes hemos de cumplir nuestra misión. Hemos de hacer penitencia y

exhortar a nuestros hermanos para que se arrepientan de sus pecados, pues el Señor está a las puertas y quiere entrar. —Se quedó un momento inmóvil. Luego, su sonrisa fulguró, deslumbrada por una visión interior—. ¡Salgamos! ¡Salgamos a las calles y proclamemos el Reino de Dios!

—¡Bendito sea! —gritaba el mercader.

—¡Aleluya! —coreaban las mujeres.

—¡Seguidme, corred, volad en las alas de los ángeles! ¡Penitencia! ¡Penitencia! —Se dirigió a la puerta, sumido en un arrebató místico. Ni siquiera se paró a comprobar si los demás le seguían.

Pero lo hicieron. Primero Bernt Knipperdollinck y con él las mujeres se lanzaron a la calle tras el apóstol sin dejar de alabar a Dios e implorar su perdón. Solo Conrad Eisner quedó en la puerta de la casa, contemplando con sonrisa mordaz al grupo que se alejaba entre delirios de amor. Le fascinaba aquel hombre. En tantos años como llevaba de un lado para otro, siempre rodeado de iluminados y predicadores, jamás conociera a alguien como él.

Era listo el profeta. Con aquel matrimonio se aseguraba el apoyo incondicional del mercader. Y, sin embargo, ¿quién podía dudar de la veracidad de sus palabras? Jan Bockelszoon se dejaba llevar por arrebatos de exaltación, pero su corazón era transparente como un lago de montaña. Estaba iluminado por Dios.

Lo mejor que podía hacer era avisar al padre Baltasar y a Bernhard Rothmann. No querían perderse los acontecimientos que se avecinaban. Sería divertido ver en qué acababa el espectáculo cuando todos los actores estuvieran reunidos.

—¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos de vuestros pecados y recibid el aliento sagrado del Señor!

Bockelszoon y Knipperdollinck, seguidos por las mujeres, recorrían furiosamente las calles pregonando la llegada del Reino de Dios. La multitud bullanguera y colorida se quedaba estupefacta al descubrir al profeta y al juicioso mercader en pleno frenesí. Unos cuantos ricos hombres y burgueses de elevada condición torcían el gesto y cuchicheaban entre sí, pero otros muchos se postraban de hinojos al paso del apóstol.

—¡Es el tiempo de Dios! ¡El tiempo de Dios!

Y calle tras calle se unía una multitud a la procesión y los gritos se transformaban en arrebatos de místico entusiasmo.

—¡Arrepentíos!

Alzaba los brazos y sus manos acariciaban al gentío.

—¡Tú! —Se acercó a una ramera que vendía sus favores en una esquina. La mujer ya no era joven, que sobrepasaba la treintena y ofrecía un lastimoso aspecto. Al sentirse interpelada por el profeta, creyó fallecer por la impresión—. ¡Tú, mesalina, prostituta, tú, mujer de fangos y bajas pasiones! ¡Mírame!

Conminada de tal modo, la puta perdió la facultad de hablar. Solo pudo dirigir sus

ojos de cordero al rostro de Jan de Leyden.

—¿Te arrepientes de tu vida pecadora?

La multitud se detuvo y todas las miradas se dirigieron hacia la buscona. Poseía unos ojos grandes, brillantes por efecto de los afeites y los polvos. La meretriz contempló la faz del profeta y quizá se sintió tan inocente como una zagala. Cayó de rodillas y juntó las manos para impetrar perdón.

—¡Aleluya!

Jan Bockelszoon levantó a la prostituta y la besó en la mejilla. Los ojos de la mujer le contemplaron con arrobamiento.

—¡Aleluya, Dios es grande!

—¡Un milagro, un milagro!

La muchedumbre coreaba sus gritos y se contemplaba maravillada.

—¡Penitencia! ¡El Reino de Dios se acerca!

Muchas mujeres se unían a la comitiva. Otras se arrojaban al suelo, gritaban que el mismo Satán salía de las entrañas de las hembras y huía ante el Elegido de Dios.

—¡Bautízanos, profeta! —gritaban las doncellas.

—¡Bendícenos!

—Hombre para producir tales arrebatos en las gentes debe de ser muy especial —asintió Rothmann con un asomo de resquemor.

Al entrar en el Markt, se quedaron sobrecogidos. La muchedumbre atiborraba el espacio, un mar de ropas coloridas y harapos, de ojos y manos en oración. Aquí y allá grupos de mujeres parecían presas de agitación y más de una gritaba visiones del Apocalipsis en medio de convulsiones. Hans reconoció a las monjas que días antes habían abandonado la clausura. Arrodilladas sobre la nieve, vestidas todavía con sus hábitos, volvían sus rostros con embeleso hacia la figura del apóstol.

—¡Es el Amado de Dios!

—¡Profeta del Señor!

Al fondo Jan Bockelszoon se dirigía a los presentes, se alzaba irreal y magnífico sobre la multitud. A su lado, pequeño, extravagante con sus ropas lujosas y su peluca, le adoraba Bernt Knipperdollinck.

—¡Arrepentíos de vuestros pecados, hermanos, pues sois los Elegidos del Señor! ¡Esta es la ciudad de Dios! ¡La Nueva Sión del Fin de los Tiempos!

—¡Por las barbas de los profetas! —Rothmann no apartaba los ojos de Bockelszoon—. ¡Por las barbas de los profetas! ¡Ha comenzado!

Nadie le preguntó a qué se refería. Una urgencia de Dios les invadía, el convencimiento de que tocaban con la punta de los dedos sus más acendrados sueños.

—¡Acudid a mí, hermanos! ¡Acudid a la llamada del Altísimo!

—¡Virgen Santa, ten piedad de nosotros! —exclamaba una vieja.

—¡Pide a Jesús que nos socorra! —clamaba otra.

Bernhard Rothmann y Baltasar se volvieron el uno hacia el otro. Una punzadura de preocupación atravesó la mirada de Baltasar, pero Rothmann desechó sus temores:

—¡Ha comenzado, padre! ¿Es que no lo veis? —Comenzó a avanzar hacia el estrado. Las gentes le abrían paso entre muestras de respeto. Cuando llegó al pie, no se detuvo: comenzó a subir los escalones que le acercaban al de Leyden.

—¡Él va a venir! —clamaba Bockelszoon—. ¡Jan Matthys, el profeta, Enoch renacido, llegará de un momento a otro para hacerse cargo de su pueblo! ¿Cómo le recibiremos? ¿Dejaremos que pasee entre nosotros abatido y despreciado o alzaremos las manos al Cielo para agradecer al Señor su predilección?

El gentío aclamó a Matthys. La mayoría no sabía quién era, pero no dudaban de que lo enviaba el Señor para acabar con el hambre y la impiedad. Bernhard Rothmann alcanzó a Bockelszoon. Ambos se midieron a escasos pasos de distancia ante la expectación de la muchedumbre. Luego, Rothmann inclinó la cabeza y Bockelszoon, en un arrebato, se acercó a él y lo estrechó entre sus brazos. La multitud rompió en vítores.

Baltasar comprendió perfectamente el mensaje: el padre Rothmann renunciaba con ese gesto a seguir liderando el movimiento anabaptista en Münster y se ponía a disposición de los recién llegados. El detalle le honraba: Baltasar sabía bien del orgullo de Rothmann, de su vanidad y su afán por sobresalir. Humillarse ante la multitud debía de ser muy duro para él.

Entonces, el silencio se extendió a la manera de una ola sobre la arena y las miradas se dirigieron hacia algún lugar a espaldas de Jan de Leyden. El apóstol se percató de ello y se volvió.

Detrás, en la puerta del ayuntamiento, se habían agrupado los consejeros. Parecerían un rebaño amedrentado por el aullido del lobo si no fuera porque al frente, furioso y sólido como el granito, el magistrado Van der Wieck ardía en fuegos de desdén.

—¡Profetas! —aulló—. ¡Monstruos que engordan con las ilusiones de los villanos! —y se volvió hacia Bockelszoon—: ¡Ordenad que desalojen la plaza o la guardia de la ciudad lo hará por vos!

Jan de Leyden examinó al magistrado, pero la expresión de su rostro quedó oculta a la multitud. Luego se volvió hacia el gentío:

—Duros son los tiempos —habló muy bajo, pero se le escuchó claramente en el silencio cabal de la plaza—. Duros los tiempos que nos incitan a la violencia. Mas, Señor —alzó los ojos al cielo—, solo somos instrumentos en tus manos benditas. ¡Hágase en nosotros según tu voluntad!

Un segundo, dos, cinco quizá. Un grito de rabia aquí, un aleluya un poco más allá. Una voz comenzó a cantar:

Al Dios del Cielo suplicamos, kyrie eleison, que los luteranos sean castigados, kyrie eleison.

Y, de súbito, la galerna estalló y la multitud se desbordó en oleadas hacia el

ayuntamiento.

Los consejeros huyeron despavoridos.

—Con cuidado, con cuidado... —Jos el Pulga se deshacía en lamentos. Sus ojos saltones acariciaban con ternura el cuerpo postrado de Judith que transportaban dos hermanos en unas andas improvisadas—. ¡Por lo que más queráis, tened cuidado!

Se hundía el Pulga en la aflicción. Sus manos eran nudos de dedos que acariciaban cual plumas ingravidas el pálido rostro de la muchacha. La había encontrado un hermano chatarrero mientras hozaba en el pudridero de la ciudad.

—Estaba allí, como un desperdicio más, empapada en sangre, la pobrecilla... — el hombre se persignaba una y otra vez, aún traspasado por el susto—. Si tardo algo más en encontrarla...

Jos se rajaba la camisa, se enturbiaban sus ojos, se desgarraba la garganta en lamentos. Nadie se atrevía a poner en palabras lo que todos pensaban: que la muchacha había sido violada hasta desangrarse.

—Todavía respira, todavía respira.

Cuando alcanzaron la vivienda de la hermandad, Klara se hizo cargo de la situación:

—Subidla al dormitorio del mercader —era el mejor lecho de la casa—. Con cuidado, sin movimientos bruscos. No te preocupes, Jos, vivirá. Ya he mandado recado al padre. —Trataba de parecer despreocupada, pero se le escapaban los sollozos entre las palabras—. ¡Pobre chiquilla!

No tardó en llegar el padre Baltasar. Echó fuera a Jos, que no cesaba en sus brincos y sus lamentos, y pidió a Klara que le ayudase:

—Ha sido violentada por algún engendro de Satanás, padre... —La posadera había cambiado las ropas de Judith y le había dado unas friegas para hacer que la sangre volviera a circular por las extremidades amoratadas por el frío. Se culpaba una y otra vez de su estupidez por no haber encontrado a la muchacha el día anterior, cuando escapó corriendo de la cocina. Ni siquiera le importaba ya el robo del broche de su marido. Sabía que había sido obra de la chiquilla, pues se lo había dicho la mujer que la viera salir del dormitorio, pero todo aquello carecía de importancia. Cuando Judith no regresó al caer la noche, la preocupación invadió a los hermanos.

—Me temo que no, Klara.

La cocinera se volvió hacia el fraile, confusa.

—¿Entonces?

—Alguien le ha practicado un aborto.

—¡Virgen santa! —Ahora entendía el porqué del robo del broche.

—Ha perdido mucha sangre. Es un milagro que aún esté viva.

—¡Virgen santa, pobre niña!

—Preparad un cocimiento de hojas de milenrama e introducídselas en la vagina. Hay que evitar por todos los medios que se reanude la hemorragia. Y preparad

también una infusión de flores de saúco. Administradle una tacita bien caliente cada dos horas para evitar los efectos del enfriamiento.

—¿Creéis que se salvará, padre?

—Es muy pronto para decirlo. Ahora está en las manos del Señor.

## 5

La fiebre de Dios engalanó febrero con ropajes de devoción. Corrían los presagios de boca en boca. Unos decían que se habían visto tres cometas rasgar el velo de la noche y que cada cometa era el espíritu de un enviado de Dios. Otros aseguraban que un marrano había parido una criatura de dos cabezas: la primera con los rasgos del papa Clemente y la segunda con los de Lutero, y que ambas testas, al descubrirse, comenzaron a devorarse mutuamente.

Münster borboteaba cual marmita al fuego. Jan Bockelszoon, Bernhard Rothmann y Bernt Knipperdollinck eran recibidos en todas partes como santos. Los luteranos se escondían en sus casas tras la ocupación del ayuntamiento.

—¡Enviad mensajeros por todo el orbe —clamaba Bockelszoon—, pues la tierra entera está destinada a ser destruida antes de Pascua! ¡Solo Münster se salvará! ¡Que acudan a nosotros, les acogeremos con todo nuestro amor!

Knipperdollinck vio llegada la oportunidad. A finales de febrero anunció ante la muchedumbre que se celebrarían elecciones para el consejo.

—¡Por fin! —exclamó Baltasar cuando le contaron la nueva—. ¡Alabado sea el Señor! —Y es que el padre, desechadas las dudas ante la oleada de acontecimientos, daba en pensar que al punto se vestirían sus sueños con los ropajes de la legitimidad.

Dos días después se celebraron las elecciones y se formó el nuevo consejo. Resultó que una aplastante mayoría de los miembros elegidos eran anabaptistas. El propio Knipperdollinck fue escogido para uno de los dos cargos de burgomaestre. Para el otro se designó a Gerhard Kibbenbroick, un destacado mercader.

—¡Hermanos! —un Knipperdollinck eufórico salió del edificio del ayuntamiento en compañía del otro burgomaestre para dirigirse a la multitud que aguardaba el resultado de las votaciones. El mercader no cabía en sí de satisfacción—. ¡Hermanos, Dios es grande!

El bramido de la multitud ahogó sus palabras. El flamante burgomaestre pareció crecerse en su tarima. Echó un vistazo a sus espaldas, donde aguardaba el resto del recién elegido consejo, se colocó bien la peluca y gritó:



—¡Aleluya! —Con lo que agotó su capacidad retórica y se quedó allí, de pie, observando con una gran sonrisa al gentío.

Aquel instante, se decía Baltasar, bastaba para resarcirle por tantos años de persecución y sufrimiento. Se sentía impaciente por reunirse con Knipperdollinck y los demás y explicarles sus proyectos. ¡Había tanto por hacer! Era necesario abolir la propiedad privada, el dinero y los privilegios; crear una red de hospitales y de escuelas, abrir comedores gratuitos y silos municipales; organizar servicios de asistencia a los ancianos... Ya veía lo que sería Münster en unos años: una isla de dicha, una guía para los espíritus justos de este mundo. Después el ejemplo se extendería y se daría fin a las guerras que masacraban los pueblos, pues los hombres ya no tendrían por qué luchar cuando todo fuera del común. ¡Un mundo sin nobles, sin prelados, sin poderosos!

La plaza entera era un clamor, un jolgorio. Las gentes brincaban y se congratulaban en un estremecimiento de dicha.

—Algo pasa.

Un soldado de los que se encargaban de la vigilancia de las puertas se había acercado a Knipperdollinck y le susurraba algo al oído. Al escuchar lo que le decía, el burgomaestre se volvió con gran excitación hacia Jan Bockelszoon que permanecía en compañía de los nuevos consejeros. Ambos parlamentaron por un momento entre sí. Luego, Jan de Leyden avanzó hacia la multitud y su voz rotunda se extendió sobre el mar de ojos de la plaza:

—¡Hermanos! ¡En verdad, hoy es un día grande para la Nueva Sión! ¡El profeta Jan Matthys acaba de llegar a la ciudad!

—¡Hans!

Jos el Pulga se volvió hacia el lecho de la enferma y se postró al lado de la cabecera. Sus manos trémulas sujetaron con delicadeza las manos de Judith.

—Soy yo, mi amor, soy Jos.

Con la piel perlada de gotitas de sudor, la muchacha se agitó en sueños. Deliraba.

—¡Hans, Hans! —repetía una y otra vez.

El semblante de Jos se crispó, lo que marcó aún más las profundas ojeras que desfiguraban su rostro. Ya ni se acordaba del tiempo que llevaba en aquella habitación, día y noche sin dormir, ajeno a cuanto no fuera su mujer. Pero Judith se les iba. La fiebre abrasaba su cuerpo y la sangre perdida le daba una apariencia espectral. Apenas respiraba y constantemente tenía que acercar Jos su mejilla a la boca de la moribunda para convencerse de que seguía viva. Solo muy de vez en cuando Judith salía de su quietud y comenzaba a delirar y a llamar a gritos a Hans. Cada vez que oía aquel nombre en labios de su mujer, algo se rompía en las entrañas del Pulga.

—Soy yo, cariño, soy Jos.

Un espasmo, un inconsciente gesto de rechazo. El dolor más agudo sacudió al

antiguo burdelero. Estaba aturdido. Le habían contado lo del aborto. ¿Por qué, en nombre del Cielo, habría hecho aquello Judith? ¿Y por qué llamaba a Hans su mujer? El rencor se le colaba por los resquicios del entendimiento.

—¡Judith! —susurró una vez más, los labios muy cerca de la oreja de la enferma—. ¡Judith, mi amor, mi dulce niña, soy yo, soy tu Jos! —Quería que le oyese, que una sola vez pronunciara su nombre.

Una convulsión sacudió el cuerpo de la muchacha. Su cabeza comenzó a agitarse y sus manos lucharon por desasirse de las de Jos.

—¡No, no, no! —gimió, muy alterada. Los espasmos arreciaron, que se sacudía el cuerpo como si un rayo lo traspasara—. ¡Nooo!

—¡Calma, cariño, estoy aquí! —gritó Jos, fuera de sí—. ¡Estoy aquí!

Ni siquiera se dio cuenta de que Klara se acercaba y trataba de dominar el cuerpo de la muchacha. El semblante de la mujer reflejó una honda compasión.

—Hans... —Un jadeo, un estertor. Luego, la enferma quedó inmóvil.

Jos comenzó a gemir, balanceando su cabeza adelante y atrás. La mano de Klara se apoyó en su hombro:

—Debéis descansar, hermano. Necesitáis dormir.

—¡Se ha ido, se ha ido!

La cocinera acercó la mejilla a la boca de la muchacha. Con ternura, acarició el rostro rígido.

—Ahora debéis descansar.

El Pulga se volvió hacia el cuerpo inerte de Judith. ¡Era tan hermosa! Pero jamás le había amado. ¿Para qué seguir negando lo evidente? Había amado a Hans. La crispación desfiguró sus facciones.

—Ni una sola vez —masculló con la mirada perdida—, ni una sola vez ha pronunciado mi nombre.

Klara Hätzlerin les sirvió un tazón de caldo cuando regresaron del entierro.

—Pobre Jos —murmuró Paulette al ver que el hombre se sentaba, abatido, frente al fuego—. Está destrozado.

Hans contempló al Pulga en silencio. Desde el fallecimiento de Judith, Jos le rehuía. Pensó en levantarse y acercarse a él, pero la mano de Paulette le retuvo:

—Dale tiempo —también había notado su desapego.

Hans suspiró, extrajo un trozo de madera del bolsillo y se puso a trabajarla. Al instante, Jean le imitó: el chiquillo llevaba siempre sus instrumentos de talla encima. Paulette dejó que una sonrisa iluminara sus facciones. No podía evitar sentirse dichosa.

—¿Qué va a pasar ahora, padre? —preguntó de improviso.

No tuvo tiempo de responder el fraile. Les sobresaltó un vocerío procedente de la calle. Jean dejó la madera sobre la mesa y corrió a la ventana:

—¡Mamá, son soldados!

Se precipitaron hacia las ventanas. En el exterior, bajo la tormenta de nieve, distinguieron destellos de espadas desenvainadas. Una decena de hombres de armas recorría la calle gritando y aporreando algunas puertas.

—¡Salid! —escucharon la voz de un soldado—. ¡Salid de vuestras guaridas, impíos, y enfrentaos a Dios! ¡Fuera, enemigos del Padre!

Se estremecieron. Jean se refugió en las faldas de Paulette:

—¿Qué sucede? ¿Quiénes son esos hombres, mamá?

Los soldados entraban en algunas viviendas y empujaban al seno de la tormenta a hombres y mujeres, a niños y ancianos, sin importarles si llevaban o no ropas de abrigo, tal y como los encontraban en sus casas.

—¡Muerte a los impuros! —gritaban exaltados— ¡Escoria de los príncipes!

Baltasar se colocó sobre los hombros la pelliza y se dirigió a la puerta.

—Voy con vos, padre —terció Hans.

—¡Tened cuidado!

Los soldados arrojaban de las casas a las gentes. Se estremecía el aire con gritos de dolor y peticiones de clemencia. Los hombres de armas cacheaban a los desdichados y les arrancaban cualquier objeto que tratasen de ocultar, ya fuera un pedazo de pan, ya una manta, ya unas monedas.

Corrieron hacia la catedral tratando de dar algún sentido a cuanto veían. Mujeres y niños casi desnudos se agrupaban en hileras, temblando de frío como corderos llevados al matadero. Muchos vecinos se mofaban y les escupían desde las ventanas. Un diluvio de imprecaciones llovía sobre los desgraciados.

Nada más alcanzar la plaza divisaron a Conrad Eisner rodeado por un grupo de soldados. El estudiante portaba espada y sombrero de plumas y no paraba de dar órdenes. Frente a él los hombres de armas iban reuniendo a una multitud amedrentada y temblorosa.

—¿Os habéis vuelto loco, Conrad? —clamó el padre. Los soldados, al reconocerles, les franquearon el paso—. ¿Qué está pasando aquí?

Conrad Eisner, espada en mano, se volvió hacia Hans y Baltasar. Se encogió de hombros:

—Me limito a cumplir órdenes.

—¿Órdenes de quién? ¿Qué locura es esta?

—El profeta Matthys ha ordenado la purificación de la ciudad. Todos los luteranos y los papistas que no se bauticen voluntariamente probarán el filo de la espada.

Se descompuso el semblante del padre:

—¿Qué decís? —Tenía que ser una equivocación. ¡Por todos los infiernos, tenía que serlo!—. ¿Se ha vuelto loco?

—¿No queríais una revolución?

La marea de la cólera ahogó a Baltasar.

—¿Dónde está Matthys?

El estudiante señaló uno de los edificios de la plaza:

—En la residencia de Knipperdollinck le tenéis. Decidle a él lo que queráis. ¡Y a mí dejadme, pardiez, que tengo mucho trabajo que hacer!

Jan Matthys era alto, delgado, con el rostro oculto tras una barba negra que únicamente dejaba a la vista sus ojos. Y estos eran los ojos de un iluminado.

—Así que vos sois el famoso Baltasar.

No había cordialidad en su mirada, solo el interés del que mide a un posible rival.

—¿Se puede saber qué locura os ha dado? ¿Qué pretendéis?

El profeta descansaba en un sillón frente al fuego. Sus piernas se envolvían en pieles y se apoyaban sobre un escabel. A su alrededor, pendientes de sus palabras, aguardaban Knipperdollinck y su mujer, Bernhard Rothmann, Jan Bockelszoon y su reciente esposa y dos o tres más. Una joven de belleza felina se sentaba a los pies de Matthys y masajeara con indolencia las piernas del profeta.

Un ramalazo de ira surcó las pupilas de Matthys al escuchar las palabras de Baltasar. Su lengua restalló como un latigazo:

—¿Qué pretendo? ¿Y quién sois vos para pedirme explicaciones?

No se amedrentó el padre, acalorado por las escenas que acababa de contemplar:

—Ni más ni menos que vos. Un siervo de Dios.

Se examinaron en silencio. El semblante de Matthys se dulcificó un tanto:

—¿Qué otra cosa podía hacer? Sabéis tan bien como yo que no es fácil ser el instrumento del Padre —se mostraba contrito el profeta, meneaba la cabeza de un lado a otro en un gesto de extraña impotencia—. ¡Dios es un amo exigente, maldita sea!

—No culpéis a Dios de vuestros dislates.

Matthys reaccionó con violencia:

—¡Dejadme ya, Divara, por el amor de Dios! —apartó a la mujer que le masajeara las piernas, se sacudió las pieles y se levantó llevado por la furia. Los presentes le abrieron paso, pero pareció vacilar, como si hubiera olvidado el propósito que perseguía al ponerse en pie. Mas al poco fijó su atención en Baltasar y su semblante se endureció:

—¿Estáis ciego? —clamó, acercándose al fraile—. ¿Sois incapaz de comprender lo que sucederá si permitimos que el gusano de la discordia corrompa la manzana? ¡Por las barbas de los infieles, abrid los ojos! —Se le encendía la cólera, se crispaban sus manos en la violencia del discurso—. ¡Ni un solo adulto no bautizado puede quedarse con nosotros! ¡Ni una voz disonante, ni una sanguijuela dispuesta a contaminar la sangre de los verdaderos creyentes! ¡Son llegados los tiempos del Señor y es necesario liberar Jerusalén de toda impureza! Solo si somos puros resistiremos el ataque de las fuerzas de Satán. ¿O creéis acaso que los papistas y los seguidores del gusano de Wittenberg se quedarán de manos cruzadas? ¡En tiempos extremos, es necesario adoptar medidas extremas! Ningún incrédulo debe quedar en

Münster.

Dio la espalda a Baltasar y recorrió los rostros de los presentes, retándolos a llevarle la contraria. Ninguno abrió la boca.

—¡Pues expulsadlos de la ciudad, si tal pensáis! —la voz del padre creó una disonancia en el silencio de la sala—. ¡Obligadles a marcharse, pero no los asesinéis! ¿Queréis edificar el Reino de los Justos sobre un mar de sangre? ¡Por Dios, Matthys, son niños, mujeres, ancianos! Permitid que se vayan. No cometáis tan tremenda equivocación.

Todavía de espaldas, con la mirada perdida en las llamas del hogar, Matthys se lamentó. Su voz sonaba calma tras la tormenta:

—No os dais cuenta de la situación. Mi corazón sangra al ver su sufrimiento, pero no tengo otra opción. El Reino de Dios será sometido a duras pruebas y necesita hacerse fuerte para resistir. ¡Necesitaremos sus ropas, sus alimentos, sus riquezas!

Baltasar meneaba la cabeza. Sería una matanza sin sentido. Se resistía a convertirse en cómplice de tamaña barbaridad. Si se consumaba la degollina, ¿qué los diferenciaría de los príncipes, de los déspotas contra los que luchaban? Buscó la mirada de Bernhard Rothmann. El predicador humilló la cabeza, con un atisbo de sonrojo en sus mejillas. La expresión de Knipperdollinck, sin embargo, era firme.

—Vos sois el burgomaestre —se dirigió a él—. En vuestras manos está detener esta carnicería.

El mercader vivía enceguecido por el relumbre de los profetas. Al sentirse interpelado, su cabeza se giró hacia Matthys, que le contempló con curiosidad, como si hasta el momento no se le hubiera ocurrido la idea de que, en efecto, la autoridad estaba en manos del hombrecillo.

—Solo soy un instrumento en manos del Padre —murmuró Knipperdollinck mirando fijamente al suelo.

Bockelszoon era el único que permanecía sentado. Fijaba su atención en la mujer que había masajado las piernas del profeta, la que Matthys había llamado Divara, como si estuviera más interesado en ella que en la suerte de católicos y luteranos. Tras Bockelszoon, las tres mujeres de Bernt Knipperdollinck, su hija, su mujer y su suegra, cuchicheaban entre sí y examinaban al padre con desaprobación. Cerca de las piadosas hembras un individuo rubio, casi albino, sonreía para sí, que tal daba la impresión de que todo lo que veía le causara un íntimo regocijo. Su expresión se le atravesó a Baltasar como mil dagas afiladas.

—Si la compasión no es capaz de conmover vuestro corazón, que al menos sea vuestra cabeza quien gobierne —habló bajo, dirigiéndose nuevamente a Matthys. El crepitar de las llamas en el hogar vistió de presagios sus palabras—. ¡Abrid los ojos! En el momento en que se propague la noticia de lo que está a punto de suceder, el mundo entero se armará contra nosotros. Nobles, príncipes y prelados reirán satisfechos, pues les habremos dado la mejor de las justificaciones para destruirnos. Ni una sola voz se alzará contra ellos. ¡Y a fe que el mismísimo Dios Padre abrirá las

puertas para que los inocentes sean vengados!

Se dio la vuelta, impotente, y se topó con Hans, que había permanecido todo el rato tras él. Su rostro aparecía lívido por la ira.

—Vayámonos —masculló el carpintero—. Aquí no tenemos nada más que hacer.

Jan Mattys se giró para enfrentar al fraile:

—Vuestros anhelos son los míos, padre. Mi sed, mi empeño y mi codicia es ver a Münster convertida en una luz para el mundo. Pero está escrito que la mujer parirá con dolor. ¿Y no es esta ciudad una hembra que se dispone a alumbrar un nuevo mundo? ¡No nos deis la espalda, padre Baltasar! ¡Quedaos con nosotros! Quedaos y ayudadnos a amamantar al recién nacido para que crezca en sabiduría y fortaleza. ¿Vais a permitir que fallezca de inanición tras tantos sufrimientos?

La mirada del profeta expresaba súplicas. Baltasar no supo qué pensar.

Knipperdollinck intervino:

—El padre Baltasar tiene razón —pareció sorprendido de escuchar su propia voz—. Si suprimimos a los herejes, no tendrán piedad de nosotros.

El padre cogió al vuelo la oportunidad:

—Dejad que se vayan.

El profeta se quedó pensativo con el rostro vuelto hacia las llamas.

—¡Deseo tan ardientemente convertirme en un instrumento en las manos del Padre! —susurró.

Baltasar comprendió, muy a su pesar, que el corazón del profeta era sincero.

—Sea. Que se vayan de Münster —decidió el apóstol—. Será como vos queréis: dejaremos que se vayan. Mas han de hacerlo sin llevarse nada más que lo puesto.

Fue un triste espectáculo el de los cuerpos ateridos de luteranos y católicos bajo la nieve, una interminable procesión de rostros desencajados, niños llorosos y ancianos que, con toda probabilidad, no sobrevivirían una noche a los rigores invernales. Cuando los primeros desterrados alcanzaron los portones de las murallas y comenzaron a cruzarlos, muchos hermanos se encaramaron al camino de ronda para observar cómo se perdían en la campiña helada que rodeaba la ciudad.

Hans no se separó de Baltasar. Caminó a su lado, pendiente del rostro abatido del padre, preocupado por su paso vacilante. Su cabeza trataba de encontrar alguna lógica a lo que estaba sucediendo. No le gustaba aquel hombre, Matthys, pero comprendía que todos estaban en sus manos. Su pensamiento voló hacia Jean y Paulette y se preguntó si estarían seguros en Münster. Se sintió avergonzado por su vacilación y su mirada se volvió hacia el padre Baltasar.

—¿Qué estamos haciendo, Dios mío?

El fraile lanzó la pregunta al aire. Su rostro se volvió hacia la procesión que salía.

—Es duro vuestro Dios, padre. Nunca está satisfecho.

Baltasar se volvió hacia Hans y una luz de determinación se abrió paso en sus ojos:

—Hemos llegado hasta aquí. No vamos a rendirnos ahora. ¡Te lo aseguro, Hans, no vamos a rendirnos! Hay que seguir luchando.

La nevada remitía. Cuando ya los últimos desterrados cruzaban las puertas y estas comenzaban a cerrarse, una voz de alarma se extendió sobre las murallas. Desde donde se encontraban, en la explanada que se abría tras el portón de entrada, Hans y Baltasar vieron que muchos de los que habían subido al camino de ronda gesticulaban y señalaban hacia algún punto indeterminado de la campiña.

—¡El obispo, el obispo! —se escuchó gritar.

En un instante, todo fue confusión. Un hombre de armas de los que estaban encargados de la vigilancia de las puertas pasó ante ellos y se dirigió hacia el grupo de Matthys y los predicadores, que habían seguido a la columna de desterrados. El soldado divisó a Knipperdollinck y se dirigió hacia él:

—¡Señor burgomaestre, el obispo está a las puertas!

Estalló un revuelo de murmullos.

—¿Qué decís, por Dios? ¡Explicaos!

—¡Hay un ejército a las puertas, señor, con los pendones del obispo al viento! ¡Están construyendo terraplenes y parapetos, señor!

La consternación invadió el grupo.

—¡Van a poner sitio a la ciudad!

En ese instante, la mirada de Jan Matthys se cruzó con la del padre, que se había acercado para escuchar las noticias. El profeta colocó una mano sobre el hombro de Baltasar:

—¿Lo veis, padre? ¿Comprendéis lo que os decía? ¡El asedio de las huestes de Satán ha comenzado!

## Capítulo XII

### Münster, Westfalia 1534

#### 1

La noticia del asedio de Münster vistió los ánimos de perplejidad. Los vecinos se daban golpes de pecho y se miraban unos a otros, incapaces de asimilar la novedad. Pues, ¿no eran ellos los Elegidos? ¿No era Münster la Nueva Jerusalén?

Pronto resonaron las campanas de la catedral convocando al pueblo a la plaza mayor. Allí, ante la muchedumbre expectante, brilló como nunca el verbo de Jan Matthys. Las palabras del profeta sobrevolaron las cabezas compungidas, hurgaron en las conciencias, dibujaron paraísos y se vaciaron en troqueles de heroicidad que hicieron posible el milagro: el desaliento fue barrido por el soplo fresco y poderoso de la fe.

—¿Acaso creíais que bastaba extender la mano para que el Padre Eterno derramara Sus dones sobre vuestros cuerpos pecadores? ¿Es que hay alguien sin mácula entre vosotros?

De tal guisa habló que la perplejidad dejó paso al rubor en los rostros de los fieles.

—¡Pues yo os digo que ha de brillar la sangre de los inocentes antes de hacernos merecedores de la Gracia del Todopoderoso!

Y el rubor se trocó en consternación y temor de Dios.

—Mas no desfallezcáis: el Padre Eterno, en su sabiduría, quiere probar a sus hijos. ¡Los justos debemos tomar la espada contra los injustos! Me ha sido revelado que estamos llamados a limpiar la tierra de malvados. La más deliciosa de las ambrosías nos aguarda tras la prueba. ¡Se derramarán los dones del Señor sobre sus hijos! ¡Luchad y el enemigo huirá ante vuestras espadas! ¡Exterminad a los impíos y seréis bienamados del Altísimo!

Y el temor de Dios se transmutó, al cabo, en ansia justiciera. Para cuando terminó de hablar, los ciudadanos llevaban prendida de los corazones la fortaleza inmovible de la fe.



No fueron solo las palabras de Matthys las que contribuyeron a desterrar el miedo y a sembrar una nueva determinación. Como un padre bondadoso y enérgico que no pierde de vista a su rebaño, el apóstol se dejaba ver por todas partes, en cualquier rincón predicaba y repartía sus bendiciones a los muchos que se acercaban a besar su mano. Se dio cuenta de que era necesario consolidar la recién nacida Nueva Jerusalén y, tras consultar con los burgomaestres y los predicadores, ordenó que se quemaran todos los contratos y libros de cuentas de los desterrados.

No pudo haber mejor resolución: la medida espoleó las esperanzas y un ajeteo nervioso se apoderó de la ciudad, una alegría frenética, con su punto de desatino. Los expulsados se contaban entre los más prósperos mercaderes, cambistas y negociantes. Los que durante años habían estado sometidos al pago de abusivos alquileres por sus casas o sus talleres, los que adeudaban sumas a los prestamistas o los que habían contraído obligaciones con los mercaderes se encontraron de golpe liberados de cargas y yugos y felices propietarios de casas y negocios.

Carros tirados por mulas y cargados hasta los topes con ropas, camas con dosel, arcones, armas, tapices, sacos de grano y carnes en salazón fueron conducidos a los almacenes del ayuntamiento para ser repartidos entre los necesitados. Las moradas de los desterrados fueron desprovistas de cuanto de valor guardaban, de modo que las más de ellas no fueron ya sino cascarones vacíos, caparzones de caracol sin inquilinos.

Otro elemento más contribuyó a trocar desaliento en ilusión. Desde el primer día, los nuevos burgomaestres, Kibbenbroick y Knipperdollinck, asumieron la defensa de la ciudad. Bajo su guía se nombraron oficiales, se organizaron patrullas de vigilancia, se creó un servicio de extinción de incendios, se construyeron trincheras y fosos para los cañones y se erigieron parapetos y defensas puertas adentro de las murallas. Knipperdollinck trabajaba, infatigable, asignando tareas a cada hombre o mujer que estuviera en condiciones de colaborar.

La euforia de los ciudadanos se vertía en redomas de camaradería. No había un alma que escurriera el bulto. Las gentes arrimaban el hombro y se enfrentaban a las bajas temperaturas protegidas por un calor íntimo que vencía cualquier reticencia. Cuando Matthys invitó a los fieles a dar dinero y provisiones para cubrir las necesidades de los muchos que habían llegado atraídos por el mensaje de la hermandad, una lluvia de monedas y alimentos sepultó sus palabras. Y es que, realmente, ¿qué valor podría tener un simple pedazo de metal en el Reino de Dios? ¡Y qué valor, en comparación, el del desprendimiento y la generosidad!

Y así fue que la perplejidad y el desaliento quedaron arrinconados y Münster se aprestó para la defensa. Pocos días después del inicio del sitio, un ataque relámpago contra las tropas del obispo pilló por sorpresa al ejército sitiador y consiguió inutilizar dos grandes bombardas.

Bien abrigado bajo una pelliza y un gorro de piel, Jean devoraba con glotonería el

espectáculo de la ciudad en armas. En unos meses cumpliría ocho años, pero su madre no parecía darse cuenta de que ya no era un mocoso al que hubiera que vigilar constantemente. Se le había metido en la cabeza que el ambiente de la ciudad no le convenía, por lo que prácticamente vivía encerrado en la casa del mercader que ocupaban.

Sabía solo lo que conseguía entender de las conversaciones. ¡Estaban en medio de un asedio! A Jean, esa palabra se le enredaba en la cabeza con las batallas y las proezas de los caballeros de los relatos del padre Baltasar. ¡Asomarse a la ventana y ver partidas de hombres con picas, espadas y arcos que desfilaban como si fueran los amos del mundo y tener que quedarse en casa! Klara le había contado que el ejército del obispo se dedicaba a levantar parapetos e instalar grandes cañones alrededor de la ciudad y que, desde las murallas, se podían divisar en un altozano distante las carpas de vivos colores de los oficiales al mando. ¡Le habría gustado tanto verlas!

Por eso, mientras se dirigía de la mano de su madre a llevar la comida a Hans, examinaba con fruición cuanto sucedía a su alrededor. Ni siquiera le molestaba la nieve sucia que se amontonaba por las calles.

—¡Mamá, mira!

Atravesaban la plaza de la catedral. La nevisca de los últimos días comenzaba a remitir. En varios puntos ardían fogatas. Hombres y mujeres tiraban por las ventanas de las mansiones colindantes fardos de legajos y volúmenes que otros recogían para alimentar los fuegos.

—¿Qué hacen?

Paulette frunció el ceño y sujetó con más fuerza la mano del chiquillo. Los hermanos procedían al despojo de las casas de los luteranos.

—No te separes de mí.

Jean refunfuñó, pero su madre no hizo caso de sus protestas.

—¡El Señor sea con vos, Paulette!

—Y con vos.

Respondió al saludo de una hermana de forma maquinal, sin detenerse. Un poco más adelante, un predicador exhortaba a un grupo de fieles a exterminar a los impíos. Muy cerca, varios hombres cargaban un carro con alfombras y arcones que sacaban de una vivienda.

Apretó el paso. ¿Es que nadie se daba cuenta de lo que sucedía? Paulette naufragaba en un tormento de contradicciones. El asedio a la ciudad y las palabras de Jan Matthys la aturdían. El profeta hablaba de espadas y venganzas donde el padre Baltasar lo hacía de amor y comprensión. Un Dios justiciero frente a un Dios compasivo. ¿Cómo era posible que fuera el mismo Dios?

Una intensa zozobra le hacía temer la pérdida de cuanto amaba. Münster significaba para ella la dicha encontrada en los brazos de Hans. A pesar de ello, en los momentos en que dejaba que su mente divagara, se veía a sí misma viviendo muy lejos de allí, en alguna olvidada villa, dedicada a criar a sus hijos mientras Hans

trabajaba en la carpintería.

Pasaron ante el Rathaus, el edificio del consejo. De una de sus puertas laterales sobresalía una larga cola de villanos que aguardaban su turno para presentar quejas o peticiones a los burgomaestres. Un poco más adelante, cerca de una tripería, se hallaba el almacén en el que Hans y su cuadrilla trabajaban esos días.

—No se encuentra aquí —les informó un mozalbete rubio—. Dijo que se iba a acercar un momento hasta la iglesia de Saint Servatius.

Se dirigió hacia Saint Servatius con Jean de la mano. Pese a la aprensión por el asedio y la incertidumbre ante el futuro, Paulette jamás se había planteado la posibilidad de dejar Münster... hasta que, dos días atrás, los fantasmas del pasado se materializaron ante ella.

Lo había visto de repente al doblar una esquina, del brazo de Jan Matthys, absorto en la conversación que mantenía con el profeta. La impresión fue tan intensa que el corazón se le desbocó. Reculó hasta quedar protegida tras el recodo y observó con detenimiento al individuo. Sí, ¿cómo olvidarlo? El mismo hombre que había tratado de matar a Jean. El asesino de Brigitte y de Nastasia, la anciana de la alquería de las afueras de Rennes. Aquellos ojos de serpiente, aquel pelo que de tan rubio semejaba lechoso, aquella tez descolorida no podría olvidarlos en toda su vida.

Robert le había dicho que se trataba de un inglés, un asesino a sueldo de la amante del rey de Francia. Pero todo aquello había sucedido mucho tiempo atrás. El que ese hombre estuviera en Münster tenía que deberse a cualquier otro motivo. Probablemente, ya ni se acordaría de ella...

—¿Se puede saber qué te sucede?

Hans percibió aquella noche que algo andaba mal, pero Paulette no se atrevió a decirle nada. ¡Por la Virgen, si ni siquiera le había contado que Jean no era hijo suyo! Sencillamente, no lo había considerado necesario. ¿Para qué desenterrar una historia tan disparatada? Cuando recordaba el origen de Jean, ni ella misma conseguía convencerse de que fuera cierto lo que Robert le había contado. Pero el inglés no era producto de su imaginación. Y estaba en Münster. Tembló ante la sola idea de que la descubriera. Mas, ¿qué hacer? ¿Cómo pedirle a Hans que abandonara la ciudad, que dejara al padre por algo de lo que ni siquiera había oído hablar? Llevaba dos días dándole vueltas, pero no acertaba a tomar una decisión.

Nada más dejar atrás el almacén, enfilaron una callejuela secundaria que daba a Saint Servatius. Desembocaban en la plaza de la iglesia cuando Paulette lo descubrió: por el centro de la calzada, altivo y seguro de sí mismo, con la espada al cinto y un morrión en la cabeza, se acercaba Conrad Eisner al frente de un grupo de hombres de armas.

Paulette se arrebujó en su manto, tratando de pasar desapercibida. No soportaba al estudiante. Desde que Hans se lo había presentado se habían encontrado varias veces y en cada ocasión el individuo la devoraba con los ojos. Conrad Eisner se había convertido en la mano derecha de Matthys y de Bockelszoon y, como tal, se hallaba

al frente de la defensa de las murallas. Por si no fuera suficiente, Conrad frecuentaba la compañía del inglés.

Examinó a los hombres de armas que iban a la zaga del estudiante y respiró aliviada: al menos, en esa ocasión el albino no estaba presente.

—¡Vaya, vaya, mirad a quién tenemos aquí!

Paulette intentó hacerse la desentendida, pero Conrad Eisner le cerró el paso.

—¿Pretendéis darme esquinazo? ¡No me lo puedo creer!

La muchacha alzó la mirada. La mirada glotona del individuo le repugnó. No sonrió:

—Buenos días, hermano Conrad.

Una carcajada breve brotó de la garganta del sujeto. Su mano enguantada hizo presa en la barbilla de Paulette:

—¡Hermano, hermano! ¡Mujer, conmigo no hace falta que finjáis una devoción que se ve a las claras que no sentís!

Paulette se soltó de la zarpa y dio un paso atrás:

—Lo que siento o dejo de sentir no es de vuestra incumbencia, *hermano*.

Un ramalazo de furia atravesó el semblante del soldado:

—¡Pardiez, muchacha, no os entiendo! ¿Es que no os dais cuenta de lo que podría hacer por vos?

—Si tanto tenéis que ofrecer, buscad a alguien que acepte vuestros presentes de buen grado. A mí no me interesan.

Rodeó al soldado y echó a andar en dirección a la iglesia. Nada más traspasar la puerta se le vencieron los temores y comenzó a temblar. Se apoyó contra una columna, incapaz de dominar su nerviosismo.

El chiquillo se abrazó a su cintura y Paulette tuvo que reprimir las ganas de llorar. Se notaba en tensión, como si tratara de sujetar a un caballo desbocado con las manos desnudas. Era aquella maldita aprensión, la presencia siniestra del inglés, los preparativos militares que se veían por doquier. La situación se les estaba escapando de las manos, pero nadie parecía darse cuenta.

Respiró hondo, tratando de calmarse. Jean. Tenía que convencer a Hans para que la sacase de allí antes de que el cerco del obispo se completase.

Levantó la cabeza y descubrió que varios fieles la contemplaban. Tres viejas cuchicheaban no muy lejos y lanzaban miradas en su dirección. Un hombre con una sola pierna se acercó a ella apoyándose en dos muletas:

—¿Os encontráis bien, hermana?

Esbozó una sonrisa para tranquilizarlo.

—Rezaré al Señor por vos. Él os protegerá.

Doquiera que fuese encontraba la misma fe ciega, la misma seguridad. ¿Por qué a ella le costaba tanto sentir esa confianza en Dios?

Hablaría con Hans, decidió. Le contaría el origen del niño, si era necesario. De un modo u otro lo convencería para marcharse de la ciudad.

Sintiéndose más serena tras tomar esa determinación, Paulette se dirigió hacia la sacristía. Un puñado de hombres y mujeres oraban con queda letanía, dejándose embriagar por el efluvio de las velas. Iba a entrar en la sacristía cuando unos susurros airados llamaron su atención. Provenían del interior.

—¿Cómo es posible que no os deis cuenta de lo que está pasando?

Se trataba de Hans y del padre Baltasar. La sorpresa la detuvo: nunca, desde que los conocía, los había oído discutir.

—Hemos de tener paciencia —replicaba el padre con voz tensa—. El Buen Dios observa con atención a sus hijos. ¿Crees que nos va a dejar de lado?

—No pretendo decir lo contrario, padre. Me preocupa lo que está sucediendo. No sé si Matthys y Bockelszoon son unos farsantes o unos locos, pero os aseguro que se están haciendo con el control de la ciudad sin que nadie oponga la menor resistencia. ¿Acaso no lo veis? ¡Este es vuestro sueño, padre! ¡No podéis permitir que os lo arrebaten y lo conviertan en una farsa!

—Nunca ha sido mi intención encabezar nada. ¿Qué más da quién se halle al frente si es fiel al Señor? No hay autoridad fuera de Dios.

—¡Por lo que más queráis, padre! —El carpintero comenzó a recorrer a grandes trancos la sacristía—. ¡Ese ha sido siempre vuestro problema, vuestra humildad! ¡Pardiez! ¡Cuando llega el momento, siempre dejáis que sean otros los que se pongan al frente!

Aunque solo alcanzaba a distinguir el perfil de su rostro, Paulette comprendió que las palabras de Hans herían en lo más vivo al padre Baltasar. Este no respondió. Se limitó a permanecer de pie, como una estatua de sal.

—No pretendo acusaros de nada, solo quiero que abráis los ojos y reaccionéis. Hay algo en esa pareja que me saca de quicio. ¡Matthys y Bockelszoon solo saben hablar de espadas y de ajusticiar a los impíos!

—Estamos sitiados, no lo olvides... Y los dos son hombres piadosos.

—Sé que lo son. Y eso es precisamente lo que me preocupa. Mirad, padre: vos sois tolerante con las debilidades ajenas y esa es vuestra fortaleza. Dejáis que cada cual viva según sus criterios. Pero Matthys y Bockelszoon... ¿Hasta donde puede llevarnos su intransigencia?

Paulette se recostó contra la pared exterior y acarició maquinalmente la cabeza de Jean. Este le dirigió una sonrisa tranquilizadora, pero ella misma se sentía aturdida. Las palabras de Hans se clavaban en sus sienas. Comprendió que también a él le inquietaban los últimos acontecimientos.

—No pensaba deciros esto —prosiguió el carpintero—, pero ahora creo que es importante que lo sepáis. Fue Knipperdollinck quien me lo contó, y no tengo ningún motivo para desconfiar de su palabra.

Baltasar se giró para enfrentar a Hans.

—Al día siguiente de las expulsiones, los hombres de Conrad reunieron a los que se habían bautizado para evitar el destierro y los reunieron en la iglesia de Saint

Lamberti. Les dijeron que salvo que el Altísimo quisiera salvarlos, morirían bajo la espada de los Justos. Los tuvieron encerrados sin darles de comer ni de beber durante dos días, dejando que se atormentaran con la incertidumbre. ¡Niños, mujeres y ancianos; y solo porque Matthys quería dar un escarmiento! Les acusaba de que su conversión no había sido sincera, ¡cuando él mismo les había obligado a rebautizarse! —se detuvo un instante, en un esfuerzo por sosegar su ira—. Finalmente, Matthys entró en la iglesia rodeado por los soldados de Conrad. Los pobres prisioneros se humillaron al verle, se arrastraron ante él como si fuera el mismísimo Hijo de Dios y se pusieron a implorarle que intercediese ante el Señor y a darle saludos de elegido y favorito del Padre. Matthys fingió que se retiraba a orar y se arrodilló frente al altar. Tras permanecer así un buen rato, se levantó e informó a los aterrorizados infelices de que el Padre se había dirigido a él para comunicarle que los perdonaba y que se alegraba de recibirlos en el seno de la comunidad de los Justos.

Baltasar se dejó caer en un banco de madera.

—¿Cómo es posible que no me haya enterado?

—Porque tratan de apartaros. Sospechan que no aprobáis sus métodos y prefieren manteneros al margen.

El fraile meneaba la cabeza. Alzó el rostro hacia Hans:

—No lo entiendes. Me gusta tan poco como a ti lo que acabas de contar, pero no lo entiendes. Nunca creí que las cosas fueran a ir bien desde el primer momento. Somos humanos, pero Dios nos guía. ¿Quién soy yo para oponerme a Sus designios? Matthys y Bockelszoon son dos hermanos devotos. Si el Señor los ha elegido será porque ve en ellos algo que nosotros no conseguimos apreciar.

—¡Por favor, padre!

Se le veía impotente. A pesar del frío de la estancia, su rostro se mostraba sofocado por efecto de los sentimientos que se enfrentaban en su interior. Paulette comprendió que el padre Baltasar sí se daba cuenta del peligro que corrían. Sabía que Bockelszoon y Matthys eran intolerantes y comprendía que no era posible edificar un mundo de armonía e igualdad si se pretendían imponer las verdades por la fuerza de la espada, pero, al mismo tiempo, se agarraba a su última oportunidad con la desesperación de un guerrero que se aferra con las manos desnudas al filo de la espada que le acaba de atravesar. Münster era para el padre Baltasar la meta tantas noches conjurada. Si ese último cobijo ardía, ¿dónde encontraría fuerzas para continuar? Rechazó la piedad por el fraile con un movimiento de cabeza. No podían quedarse esperando a que la ciudad se derrumbara sobre sus cabezas. Dio un paso y penetró en la estancia con Jean de la mano. Hans interrumpió lo que estaba diciendo y se la quedó mirando cual si se tratara de una aparición:

—He oído vuestra conversación. Y Hans tiene razón. Esta mañana, Matthys ha nombrado a siete diáconos para dirigir los almacenes donde se guardan los víveres. Anunció que el Señor le había revelado sus nombres personalmente —se lo había comentado Klara unas horas antes—. Actúa como si no hubiera consejo. Ni siquiera

consulta ya con los burgomaestres Knipperdollinck y Kibbenbroick. Los trata como si fueran sus sirvientes. Si no hacéis algo, pronto viviremos bajo el yugo de Matthys.

—Pero, ¿qué queréis que haga yo?

—Hablad con Rothmann. O con Knipperdollinck —intervino Hans—. Ellos os respetan y os escucharán. Todavía es posible reconducir la situación, Rothmann es un buen hombre, es querido por el pueblo y comulga con vuestras ideas. Y Knipperdollinck... .

El fraile meneó la cabeza:

—No puede ser. Provocaría divisiones, la gente protestaría. —Movi6 sus manos, dos pajarillos heridos que tratan de aferrarse a una rama quebradiza—. Adoran a Matthys, le consideran un bendito del Señor. Y quizá tengan razón, quizá seamos nosotros los que nos equivocamos. Si no permanecemos unidos, alguien podría traicionarnos y entregar la ciudad a las tropas del obispo. Entonces, ¿para qué habrían servido tantos sufrimientos? No, no... Es mejor esperar.

—Cuando queráis impedir el desastre, puede ser demasiado tarde. —Hans se acercó a Paulette y le pasó un brazo por los hombros—. No me dejáis otra opción, padre. Si no habláis con Rothmann o con el burgomaestre... —vaciló—. Entendedme, ahora tengo otras responsabilidades.

Baltasar alzó la cabeza. La comprensión afloró a sus pupilas:

—Te llevarás a Jean y a Paulette. Te marcharás.

—El cerco todavía no está completo.

Asintió el padre, embargado por la tristeza:

—No te lo reprocho.

Se le vencían los ánimos. Jean se acercó a él y puso una mano en su pierna. El padre lo sentó sobre sus rodillas y el chiquillo, sin decir nada, lo abrazó.

## 2

Sumergido en las aguas sofocantes de la pileta de la más lujosa casa de baños de Münster, Conrad descansaba sus posaderas sobre un banco que bordeaba, por el interior, la piscina. Las emanaciones del vapor y el calor de la sala hacían aflorar en su piel manchas rojizas perladas de sudor. Un resuello de ballena sofocada acompañaba cada inspiración.

La sala estaba decorada con mármoles italianos y frescos que reproducían escenas procaces: muchachas desnudas perseguidas por faunos de tremendos falos y

bacanales en las que ricos hombres y prelados acariciaban a hembras en cueros. Una ornamentación, había pensado Conrad, en consonancia con la categoría del establecimiento, que solía acoger a los más ilustres burgueses de la ciudad.

—¡Más cerveza, muchacha! —bramó— ¡Mueve ese culo, pardiez, que pronto lo tendrás tan dolorido que no te servirá ni para sentarte!

Una carcajada y una sonora palmada en las nalgas de la moza que le atendía acompañó su demanda. Esta le dirigió un mohín:

—Lo que vos digáis, hermano —y se alejó para ir a satisfacer el pedido.

A su lado, también dentro del agua, una muchacha demasiado delgaducha para su gusto emitía entrecortados gemidos mientras se dedicaba a satisfacer las urgencias de su acompañante.

—¡Eh, John, parece que os están haciendo un buen trabajo!

La mano derecha de la muchacha se agitaba bajo las aguas. Sus contoneos enardecieron al antiguo estudiante. John Harris arqueó sus caderas y dejó escapar un gemido. Al poco, apartó de un manotazo a la puta.

Conrad no conseguía apartar la vista del inglés. Aturdido por los efluvios del alcohol, su atención parecía atrapada por la piel blanquecina, por el talle nervudo y el cuerpo elástico de su compañero. A pesar de que le sobrepasaba en edad, se conservaba admirablemente en forma.

Se habían topado con él en una alquería del ducado de Güeldres y, en poco tiempo, Harris se había ganado la confianza de los predicadores hasta convertirse en indispensable. Les había contado que su padre, un caballero de cortas entendederas para el que la tradición era más sagrada que la verdad, le había expulsado de su casa al descubrir sus simpatías por los movimientos de reforma religiosa. Desde Inglaterra había recalado en Amberes, donde tuvo conocimiento de la hermandad y quedó prendado de su mensaje. Tras el gran incendio de la ciudad había decidido hacer caso de los rumores que mencionaban a Münster como la Nueva Jerusalén. El encuentro con Matthys y Bockelszoon no podía ser, había afirmado, más que una señal del Señor.

Su procedencia noble contribuyó a que fuera fácilmente aceptado, aunque probablemente ni Matthys ni Bockelszoon lo reconocerían jamás. Pero era evidente que, para ellos, contar con un discípulo de elevada cuna suponía un refrendo para su mensaje. Y si, además, dicho discípulo se mostraba deferente con la palabra de Dios, diestro en las artes de la guerra y hábil para solucionar las mil complicaciones de la vida diaria, miel sobre hojuelas.

A fuer de sinceros, Conrad experimentaba por John Harris sentimientos confusos: apreciaba los comentarios certeros, la amistad que le demostraba el inglés y, sobre todo, el respiro que suponía su compañía en el devoto ambiente de la hermandad; pero envidiaba el linaje de caballeros del que procedía.

—¿Veis a lo que me refería? —le comentó el inglés tras ordenar a la prostituta que trajera más cerveza—. ¡Como suele decirse, para gozar de los placeres de la vida



con plenitud ilimitada, es bueno hacer un alegre viaje a los baños!

Conrad dio un largo trago de una jarra de peltre decorada con relieves obscenos:

—Teníais razón. Ya se me hacía largo el desahogo... —el alcohol comenzaba a entorpecer su lengua.

—¿Por qué no disfrutar de las prerrogativas de nuestra condición? —prosiguió Harris, que descansaba plácidamente con su cabeza apoyada sobre el borde de la pileta mientras contemplaba los frescos del techo—. Vuestra merced sabe tan bien como yo que no es fácil ejercer puestos de tanta responsabilidad como los que nos han tocado en suerte. Las fatigas diarias terminarían por asfixiarnos si no nos concediéramos un respiro.

Había sido idea de Harris dirigirse a los baños. E idea suya fue cerrarlos y expulsar a cuantos se solazaban en ellos cuando llegaron. Tanto el inglés como Conrad, capitanes al frente de la defensa de la ciudad, eran de sobra conocidos y nadie osó rechistar. La sensación de poder había hecho que Conrad se estremeciera de gozo. Quizá tenía razón su compañero. Quizá fuera hora de comenzar a cobrarse la paga por tantas penurias como le había tocado vivir.

A su mente vaporosa por la ingesta de alcohol se asomaron los rasgos de Paulette. Era hermosa en verdad, que pocas había visto a lo largo de su vida que comparársele pudieran. Embebido en sus urgencias, hizo un gesto a una de las muchachas, que aguardaba al lado de la pileta, indicándole que se metiera en el agua. Conrad acarició con urgencia el sexo femenino. La puso de espaldas. La mujer no tuvo más remedio que aferrarse al borde de la piscina si no quería ahogarse. Buscó con ansiedad su sexo.

Se imaginó que era Paulette.

La descarga le llegó de repente y lo derribó sobre la espalda de la prostituta. Apartó a la mujer a un lado. Esta apretó las mandíbulas y salió de la pileta.

El estudiante flotó cansinamente en el agua caliente de la pileta. Su mirada se cruzó con la de Harris. Incómodo, la desvió hacia el torso lechoso del caballero. Volvió la vista hacia su propia piel, que aparecía rojiza y repleta de granitos.

—No es esta ramera la que me inflama el deseo, podéis estar seguro.

Dudó si confiarse o no al inglés.

—¿Conocéis a Hans Gotha, el gigantón que ayuda a Knipperdollinck?

Harris asintió.

—Es su mujer la que me enerva.

Y entonces, cual presa que se libera, Conrad comenzó a hablar de Hans y de Paulette, del padre Baltasar y del rencor que guardaba en su corazón desde los viejos días de Wittenberg.

—¿Los conocíais ya?

Harris hacía pocas preguntas, dejaba que el hijo del armero se explayase. De cuando en cuando buscaba una precisión aquí, una aclaración allá, siempre mostrando adhesión y simpatía. Y fue ese apoyo silencioso el que mejor estimuló la facundia

dolida de Conrad.

—Fue Hans el que me la endosó, de eso estoy seguro. Entonces no me di cuenta, pero ahora lo sé. Fue ese maldito carpintero el que lo hizo. Siempre actúa así, por la espalda, pero yo entonces era joven y no me percaté de su doblez. Como luego, cuando hizo todo lo posible para que yo no me enterase de que Lutero estaba vivo y se disponía a regresar. Es un mal bicho, os lo aseguro, un mal bicho que solo entiende de falsedades.

El caso es que se había liado con Friedericke, la hija de su maestro, lo cual ya habla a las claras del pelaje de que está hecho, y no sabía cómo librarse de ella. Así que se las arregló para metérmela en la cama. Y yo piqué como un imbécil, ya veis, John. Por su culpa, me vi obligado a cargar con la hija histérica de un vulgar artesano durante años. Menos mal que el Buen Dios tuvo piedad de mí y permitió que se la llevara la peste de Basilea de 1529. ¡Por las barbas de los infieles, John, no sabéis lo liberado que me sentí! ¡La mala pécora se pasaba el día recriminándome nuestra situación, empeñada en que yo la había engañado y en que se merecía una vida mejor! Un suplicio, un verdadero suplicio, no os podéis ni imaginar.

—Y esa Paulette... ¿tiene un chiquillo de unos ocho o nueve años?

—Ese es, la misma. ¡Voto a bríos, estaréis conmigo en que la moza es una belleza sin par! ¡Y pensar que es precisamente el gigantón el que se la beneficia...! Pero os lo aseguro, Harris, como me llamo Conrad que ha de ser mía.

Siguió desgranando sus dislates, pero Harris ya no le escuchaba. Se sentía pletórico. Nada traslucía la máscara de mármol de su rostro, pero la cabeza del inglés bullía de excitación. El niño y la doncella eran lo de menos, aunque más valía no perderlos de vista. Si algo salía mal, siempre podría seguir el plan original y utilizarlos como moneda de cambio con Ana de Pisseleu para obtener un pasaje de vuelta a Inglaterra. En el supuesto de que aquella maldita ramera del rey se decidiera a cumplir su palabra e interceder por él ante Francisco Valois. Si no lo hacía... Bien, si no lo hacía, el cristianísimo rey de Francia tendría que ir buscándose otra barragana.

Empero, todo aquello le sonaba muy lejos. ¡Pardiez, que jamás había disfrutado tanto! Cualquier cosa que hubiera apetecido la tenía al alcance de la mano... gracias al papanatismo de una ciudad de iluminados. Harris desdeñaba profundamente la candidez de los hermanos. ¡Bien sabía él que las únicas razones capaces de ganarse adhesiones eran el oro y el acero!, pero Münster le hacía sentirse más vivo que nunca. De seguir las cosas como hasta el momento, no necesitaría a la duquesa de Etampes. Con la fortuna que estaba reuniendo gracias a la ingenuidad de aquellos santurrones, nadie se atrevería a rechazarle en Inglaterra, por mucho que le buscara la justicia real. ¡Por sus malditos antepasados, que tendría suficiente para sobornar al mismísimo rey! Recuperaría su posición y conseguiría que el meapilas de su padre se retorciera en la tumba. Por él llevaba años lejos de Inglaterra. Por él había tenido que renunciar a su condición de heredero y huir del país, acusado del asesinato de su hermano mayor.

Mas, ¡cómo se reiría cuando recuperase su posición, cuando cobrase la herencia que siempre le había correspondido!

Conrad seguía enumerando con voz lastimera sus congojas. No lo soportaba. No soportaba su debilidad, su codicia, su torpe lujuria. Conrad era un petimetre encandilado por el relumbre, ansioso de poder y honores. Un necio, sin duda, pero un necio útil. Por eso Harris procuraba tenerlo contento. ¡Por las llamas del Infierno, el tipo era tan moldeable como un pedazo de arcilla fresca! Una ligera presión aquí, un leve pinzamiento allá, y haría lo que él le sugiriese... y todavía pensaría que la idea era suya.

Ojalá su padre lo estuviera viendo desde el Paraíso. Le encantaría contemplar la cara estremecida por el espanto del viejo santurrón.

—¿Conrad?

Se habían dejado conducir hasta unos cubículos adyacentes, separados tan solo por una cortina, y reposaban sobre sendas camillas mientras dos muchachas les masajaban la espalda. La sensación era tan placentera que se había adormilado.

—¿Mm?

—He estado pensando en Matthys y en las actuales circunstancias. Creo que deberíamos tomar una determinación.

Un silencio prolongado. La cortina que separaba los cubículos se abrió y Conrad Eisner se sentó sobre la camilla y le contempló con interés.

—¿A qué os referís?

Harris sonrió para sí, aunque el hielo de sus ojos no mostró la menor emoción. Hizo un gesto a las muchachas, que recogieron los aceites y se marcharon. Se incorporó entonces y enfrentó al estudiante.

—Matthys es un hombre santo, un amado de Dios. Y también Bockelszoon y Rothmann, si a eso vamos. Eso lo sabéis tan bien como yo.

El hijo del armero asintió.

—Vuestra merced es un hombre de acción, como yo mismo, pero eso no nos impide darnos cuenta de lo que pasa.

Conrad volvió a asentir. No tenía ni idea de sobre qué le estaba hablando.

—Sí, claro... —murmuró, más que nada para no demostrar su ignorancia.

—Y lo que sucede es que los espíritus profundamente religiosos raramente son conscientes de la realidad.

—Ya.

—No se dan cuenta de lo que pasa a su alrededor. Ahora, la ciudad se vuelca con ellos. Pero, ¿qué sucederá cuando comience la escasez de alimentos, cuando el obispo lance sus primeros ataques y la gente comience a morir?

Conrad no tenía ni idea. Ni se le había ocurrido tal posibilidad.

—Tenéis razón.

Harris contuvo una mueca de desdén. ¡Por Belcebú, qué fácil resultaba manipular

a aquel majadero!

—El corazón de las gentes es veleidoso, a vos se os puede decir. Cuando empiecen las dificultades, comenzarán a murmurar y muchos tratarán de escapar. O se levantarán contra los profetas y abrirán las puertas de la ciudad a las huestes del obispo.

¡Pues claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

—Y..., ¿qué proponéis?

—Lo único que cabe para salvar la ciudad. Los villanos son como animalillos domésticos, que bendicen la mano que les da de comer pero respetan solo al amo que les castiga. —Conrad trataba de seguir el discurso del inglés. ¡Pardiez, cómo se notaba su nobleza!—. Lo que quiero decir es que debemos conseguir que los profetas muestren, digámoslo así, la mano dura del Señor. Con una disciplina estricta, nadie osará alzar la voz contra ellos cuando llegue el momento de la verdad. Hay que domeñar sus espíritus, someterlos a la voluntad de Dios. ¡Por su propio bien, os lo aseguro, pues solo así tendremos una oportunidad de derrotar al obispo! ¿Me seguís?

—Pero Bockelszoon y Matthys son muy estrictos... —se le ocurrió decir—. Fijaos si no en la expulsión de los herejes católicos y luteranos, él pretendía matarlos. O cuando me ordenó que encerrara a los recién bautizados en la catedral.

—Matthys muestra su rigor únicamente con los impíos y los herejes que no creen en el Dios verdadero. Yo hablo de extremar la disciplina con los propios hermanos. Es de entre ellos de donde surgirán los traidores en el momento de la aflicción.

El hijo del armero le observaba admirado.

—Hace falta que alguien con redaños se coloque al frente. Hombres como vos y como yo, Conrad.

El estudiante asintió, cada vez más convencido de la verdad de cuanto oía.

—Pero, ¿qué podemos hacer nosotros?

—No seáis tan templado, pardiez, que conozco bien vuestra valía. A vos, los profetas os escuchan, respetan vuestra opinión. Y la mía. Así pues, a nosotros corresponde convencerlos de que es necesario sujetar al pueblo; por el bien de Nueva Jerusalén. Dejadme a mí a Matthys: lo conozco bien y él me aprecia. Y Bockelszoon confía en vos, por lo que he podido observar. Os hará caso.

—¡Voto a bríos que tenéis razón!

—Y si además, por nuestra cuenta, mostramos a los villanos el valor de la obediencia... .

—¿Y Knipperdollinck? Es el burgomaestre... —se le ocurrió a Conrad una última objeción.

—Ese hombre es un esclavo de la voluntad de los predicadores. Si se lo ordenaran, sería capaz de beberse la orina de Matthys. Vos estáis mucho mejor preparado, tenéis criterio propio y decisión. Seríais mucho mejor burgomaestre, eso es indudable. Quién sabe, quizá deberíamos planteárnoslo, en un futuro...

### 3

Ni el cerco de las huestes del obispo ni la guerra que se avecinaba conseguían astillar el tronco vigoroso de la fe. Día tras día, hermanos procedentes de Holanda y de Zelanda, de Utrecht, de Frisia y de Güeldres, de Limburgo, de Lieja, de Turingia y aun de Baviera y Suabia llegaban a Münster, burlaban el cerco y se sumaban a los defensores de la ciudad.

Diariamente, al amanecer, los recién llegados eran recibidos por uno de los siete diáconos nombrados por Matthys. Se les proporcionaban ropas de los almacenes comunales y se les servía sopa de judías y pan negro con grasa untada, el característico *schmalz* de la zona, cebollas y tocino en los comedores que se habían levantado en torno a las murallas para que los hombres que se encargaban de la defensa pudieran comer. Luego, se bautizaba a los que todavía no pertenecían a la hermandad y se les asignaba una tarea según su experiencia y naturaleza y un lugar para dormir. Al principio se consideró apropiado alojarlos en los monasterios y las viviendas abandonadas por católicos y luteranos, pero pronto surgieron disputas que obligaron a los diáconos a recapacitar. Resultó que algunos de ellos, con ardides y socaliñas, se hicieron con las mejores casas y pretendieron luego acreditar su posesión, que hubo quien se negó a admitir en sus moradas a otros que llegaron después. De modo que pronto la posesión exclusiva de alojamiento pasó a considerarse pecaminosa y se ordenó que las puertas de las casas permanecieran abiertas día y noche, que en verdad, decían los predicadores, nada tiene el cristiano que proteger, salvo su fe.

Sin embargo, los más de los que llegaban eran hombres y mujeres de buen corazón que se integraban en aquella Jerusalén rediviva con los ojos admirados y las lenguas trabadas por la emoción. Llegaban de un mundo de fuego y miseria y traían con ellos los relatos del horror.

—No solo en la diócesis de Münster cabalga el Perro —decían, con las voces todavía conmocionadas—, también en el ducado de Clêves y en el arzobispado de Colonia. Por todas partes grupos de soldados a caballo patrullan las rutas y arrestan a los sospechosos. Hemos visto a hermanos morir decapitados, ahogados, quemados y destrozados en la rueda en los castillos.

Se endurecían los semblantes con el recuerdo aún vivo, pero al punto se maravillaban de cuanto veían en la ciudad.

A pesar de los recelos de Hans y de Paulette, el ambiente de Münster no podía ser mejor. Propios y extraños arrostraban las fatigas del asedio y las penurias de la situación con un encogimiento de hombros y se decían que pronto, Dios mediante, verían el amanecer de un mundo mejor. La mayor parte de los que llegaban eran campesinos, rabadanes, siervos de la gleba atados a la tierra y a los desafueros de su señor, acostumbrados a sentir el tormento del hambre en el estómago y la zarpa del frío en la piel. Münster era para ellos un regalo de Dios, una tangible y gloriosa

realidad. Allí no había señores ni pecheros. Cuando escuchaban a los predicadores decir que en la Nueva Jerusalén todos vivirían juntos como hermanos y que ninguno estaría sujeto al otro, se miraban sus manos encallecidas y un íntimo regocijo calentaba sus entrañas, pues este Edén, a diferencia del de los papistas, no era solo una ambigua promesa de eterna felicidad: bastaba mirar en derredor para toparse con él.

El estruendo intermitente de las bombardas marcaba las horas de la ciudad. Todos los días, al amanecer y cuando se ponía el sol, los mercenarios del Perro descargaban su ira en forma de rociones de pólvora y gruesas balas de cañón. Los primeros días había cundido el pánico y las gentes corrieron a refugiarse en la catedral. Mas pronto una voluntariosa rutina había ido imponiéndose.

El padre Baltasar salía cada mañana de casa y se dirigía a las murallas para examinar los destrozos de la noche anterior. Los chiquillos, las mujeres, los ancianos lo saludaban al pasar y rogaban su bendición. Él se dejaba hacer, echaba aquí una mano, allí examinaba un enfermo. Trataba de tomar una decisión. Las palabras de Hans resonaban en sus oídos, hurgaban en su conciencia cual brasas entre lienzos. También él veía los peligros del verbo ácido de Matthys y temía su rigidez. Siempre había creído que nadie puede imponer a otro su religión. Pero Matthys, devorado por los fuegos de su visión, olvidaba la caridad.

El profeta se dirigía todas las tardes a la multitud desde una plataforma levantada en la plaza de la catedral. Baltasar escuchaba y escrutaba el semblante de los que le rodeaban. Se daba cuenta de que las gentes se alimentaban de las palabras de Matthys, que eran estas el caldo que les daba fuerzas para continuar. Y tal constatación se confundía en su mente con las escenas cotidianas de la ciudad: las mujeres que molían el grano, las risas de los hombres que, encaramados a andamios de cañas, reponían los desperfectos ocasionados por las balas de cañón... La vida seguía su propio ritmo en Münster. No bien acababan los bombardeos salían las cuadrillas del burgomaestre a retirar los escombros y rescatar a los heridos. Se organizaban entierros, se velaba a los difuntos y la vida seguía.

Y era esa soterrada alegría, esa determinación la que refrenaba al padre Baltasar. Una y otra vez pensaba hablar con Knipperdollinck, mas en el último instante decidía que era mejor aguardar. Quizá se equivocara Hans, quizá él mismo errara en su opinión. Lo que podía ver a su alrededor era que poco a poco el Reino de Dios tomaba cuerpo y que los humildes disfrutaban por primera vez en su vida del más preciado de los bienes: de la esperanza en un futuro mejor.

—¿Estáis seguro?

—Matthys acaba de anunciarlo. Afirma que el mismísimo Dios se lo ha ordenado.

La noticia corría de boca en boca, agitando las esperanzas de la hermandad. Los profetas acababan de abolir la moneda y la propiedad privada. A partir de ese momento, nadie podría comprar o vender, trabajar por dinero, cobrar intereses o

practicar la usura. El oro y la plata habrían de ponerse en común, pues ya ningún valor tendrían en la ciudad.

Era verdad. En los días que siguieron, los predicadores se lanzaron a una campaña de propaganda contra la propiedad privada del dinero. Se decidió que los siete diáconos elegidos por Matthys para administrar los almacenes generales se encargarían también de recoger cuantos bienes les fueran entregados por los ciudadanos y la renuncia al dinero se convirtió en una prueba de fraternal cristiandad. Casa por casa, los diáconos se hacían acompañar por guardias armados para recoger cuanto hubiera de valor.

—¿Pues con qué pagaremos la comida? —les preguntaban unos.

—En los comedores públicos se os dará.

—¿Y la ropa, y las herramientas?

—Todo es de todos, que en verdad somos una sola comunidad —respondían los diáconos—. Si necesitáis una saya, si una azada, en los almacenes se os entregará.

Baltasar se mostraba radiante, tanto más cuanto que veía que las gentes aceptaban sin grandes aspavientos la novedad.

—¿No es esto lo que queríamos? ¡Un mundo sin alcancías ni pecheros!

Hans permanecía callado, sin atreverse a refrenar la alegría del padre.

—Dicen que es uno del gremio de los herreros, un oficial. Cuando los diáconos se presentaron en su casa, se negó a entregar un solo cobre porque, según afirmó, ninguna autoridad tiene el profeta y solo los burgomaestres pueden ordenarle algo semejante. ¿Os imagináis su desfachatez? ¡Afirmó que Matthys era un extranjero y que él solo obedecía las órdenes del consejo! ¡Incluso acusó a Matthys de estar poseído por el diablo! ¡Alabado sea el Señor!

Era Catherina una mozuela gordinflona, de carrillos sanguíneos y trenzas rubias que solía ayudar a Klara Hätzlerin en las cocinas. Acababa de llegar de la calle con la noticia. A su alrededor se arremolinaban lavanderas y pinches.

—Con los diáconos iba el que llaman John, ¿sabéis? Ese que dicen que es inglés, el que tiene la piel que parece la teta de una cría.

—Va siempre con Matthys —asintió una mujer de mediana edad.

—Pues resulta que cuando el herrero se negó a entregar sus ahorros y acusó a Matthys de posesión diabólica, ese John no discutió ni se enfadó. ¡Lanzó una carcajada! ¡Os lo juro, me lo contaron en el mercado, estuvo riéndose un buen rato y después se encogió de hombros y ordenó a sus hombres que lo arrestaran!

—¿Adónde lo llevaron?

—A la torre, lo llevaron a la torre.

—¿Se puede saber qué sucede aquí? —Klara Hätzlerin entró en la cocina. Al descubrir el alboroto de sayas, se dirigió hacia las muchachas muy indignada, pues la hora de la comida se acercaba y faltaba mucho por hacer—. ¡Aire, aire, por el refajo de Lutero, muchachas, que está todo a medias!

—¿No os habéis enterado, Klara?

La pusieron al corriente. La cocinera frunció el ceño:

—¡Bueno, bueno! Esas cosas no os incumben ni van a impedir que la gente tenga hambre, así que ya sabéis. ¡A trabajar!

Pero Klara se quedó preocupada. Se preguntaba qué iba a pasar.

Una urgencia de campanas sacudió la mañana primaveral.

—¿Qué sucede?

—¡Al mercado, todos al mercado!

Repicaba el aire tibio, qué bendición la del sol sobre los cuerpos invernales, la del temprano retoñar de las flores. Se respiraba en el ambiente un anticipo de primaveras.

—¡Es una orden de Matthys! ¡El profeta nos convoca!

Venteaban el aviso muchachos de escasa edad, niños que el profeta había instruido para que fueran sus ojos y su voz en la ciudad. Los zagales llevaban con orgullo tan alta misión, se les hinchaban los pechos y se les llenaban las bocas del orgullo de servir a tan prominente señor.

—¡Pero si acaba de pasar la hora de tercia!

Se extrañaban los gestos y se agitaban los murmullos camino de la plaza del mercado, muy cerca de la catedral. No era habitual una convocatoria que interrumpiera los afanes de la jornada. La multitud fue alcanzando la explanada que se abría frente al edificio del consejo. Contra la pared de la torre del Rathaus, ensangrentada y miserable en su desnudez, rodeada por cuatro guardias, se sostenía en pie con dificultad una figura encadenada.

—¡Válgame Dios!

—¡Es el herrero!

Las greñas de la cabeza se le pegaban al cráneo y el cuerpo estaba cubierto por las señales de los vergajazos, que amorataban la piel. El rostro abatido, los hombros hundidos, contemplaba sin expresión el suelo ante él.

Se cruzaban las conjeturas con las miradas de aprensión.

—¿Qué le pasa a ese hombre, mamá?

Paulette no respondió. Buscaba con la mirada a Hans, que no aparecía por ninguna parte.

—Está de guardia en las murallas —le informó Klara—. No tengas cuidado por él.

—¿Y el padre Baltasar?

—No lo he visto, pero me temo que va a sufrir cuando se entere de esto.

Jan Matthys ofrecía un aspecto imponente. Vestía una túnica blanca, de corte sencillo, que contribuía a destacar su altura y delgadez. No le acompañaban los predicadores, pero tampoco venía solo: ocho hombres de armas con espadas y alabardas salieron tras él. Al frente, Paulette reconoció al asesino de Brigitte. Se estremeció.



Una quietud ominosa se abatió sobre la plaza. El profeta avanzó en silencio hasta colocarse al lado del prisionero. El herrero ni siquiera le vio. Permaneció alelado, sacudido por intermitentes escalofríos, con los ojos perdidos. Entonces, la voz del apóstol estalló.

—¡Dios nuestro Señor ha sido ofendido! —bramó, los ojos en llamas—. ¡El Padre llora por sus hijos y se duele en su corazón, pues este hombre diabólico, este engendro de Satanás ha mancillado Su ciudad! —se detuvo y extendió el dedo acusador hacia el prisionero—. ¡Este hombre ha mancillado Nueva Sión, que hasta el momento era inmaculada a los ojos del Altísimo! Con sus palabras venenosas os ha ultrajado a cada uno de vosotros, ha escupido en el rostro de vuestros hijos y de vuestras mujeres y ha defecado en la cruz de Nuestro Señor.

Un murmullo de indignación atravesó los pechos, veían las gentes al monstruo que se ocultaba tras la carne mortal. Jan Matthys se volvió hacia uno de los hombres de armas que le acompañaban y le arrebató la alabarda.

—¿Qué suerte merece un traidor? —clamó mientras que dirigía la punta de la alabarda hacia el encadenado—. ¡Decidme! ¿Qué suerte merece?

Una duda, una vacilación de la muchedumbre.

—¡Responded! ¿Acaso no merece la muerte?

Varias voces hicieron coro al profeta:

—¡Muerte! ¡Muerte al traidor!

Matthys, fuera de sí, punteó con la pica el cuerpo del herrero. Manó la sangre y el dolor, un contraste carmesí en la piel.

—¡Es la manzana podrida que infecta a los hermanos rectos! ¿Qué se merece?

—¡Muerte, muerte! —bramaba ya la plaza. El prisionero había despertado de su letargo y contemplaba aterrorizado a la multitud.

—¡Si así lo queréis, así será! ¡El mismísimo Dios lo condena a muerte por mis manos! —arrojó la pica al suelo y se volvió hacia Harris, que observaba la escena imperturbable. El capitán desenvainó su espada, le dio la vuelta y ofreció al profeta la empuñadura. La multitud no cesaba de clamar.

—¡Virgen Santa! ¿Qué va a hacer? —Klara mantenía la mirada prendida de la escena. Se había puesto pálida.

Algo sucedía en las primeras filas. Un revuelo, un tumulto cuyos sonidos quedaban apagado por el estruendo de las gargantas que exigían justicia.

—¡Mirad, Klara, es Baltasar!

El fraile se había adelantado hacia el profeta y trataba de hacerse oír en medio del clamor. Matthys se acercó a él con la espada desenvainada. Alzó los brazos y pareció que iba a descargarla sobre el cuerpo de Baltasar. Este gesticulaba señalando al prisionero. Varios guardias se acercaron a los profetas.

El estrépito de la plaza fue cediendo a medida que la gente se daba cuenta del enfrentamiento entre los predicadores.

—¡No podéis hacerlo! —se le oyó exclamar—. ¡No podéis!

Matthys estaba furioso. Su voz resonó en la plaza:

—¿Quién más se opone a la voluntad de Dios?

Rumor de discusiones. De entre la muchedumbre surgió otra voz:

—¡Es ilegal! —gritó un hombre bien vestido al que pronto reconocieron como un artesano de Münster—: ¿No es función de los burgomaestres dictar sentencias de justicia? ¿Dónde están aquí los burgomaestres?

No aparecían por ningún lado, en verdad. Algunos de los que rodeaban al artesano, ricoshombres y sus mujeres, asintieron.

—¡El Señor ha sido ultrajado y aún hay quien habla de leyes y procedimientos! ¡Pero yo os digo que el Todopoderoso habla por mi boca y su aliento divino abrasa mi garganta! ¡Él dice que tomará venganza en toda la población a menos que arranquemos del cuerpo del Pueblo Elegido a este impío!

—¡Muerte! —clamaron muchas gargantas—. ¡Muerte al hereje!

El profeta se giró hacia el prisionero, que seguía la escena mudo de terror. Alzó la espada, avanzó dos pasos y hundió la colada en el pecho del herrero. Este gritó, pero su voz fue ahogada por los borbotones de sangre que manaron de su garganta. Los ojos desorbitados contemplaron al profeta. Luego, como un fardo, se venció sobre el pecho.

Jan Matthys encaró al gentío con la tizona ensangrentada en la mano. No se oía ni una voz, ni una tos, ni una respiración. Todos los ojos se volvían hacia el cadáver que, sostenido por las argollas que aherrojaban sus manos a la pared, semejaba la viva estampa del Jesús crucificado.

—¡Es la justicia de Dios!

El profeta buscó con la mirada a John Harris y le hizo una señal imperceptible con la cabeza. Este no se movió: se limitó a ladrar una orden a sus hombres:

—¡Detened a los alborotadores!

Los soldados se abrieron paso entre la muchedumbre y prendieron al artesano que había osado alzar su voz y a varios de sus acompañantes, hombres y mujeres por igual. Los arrastraron hasta el frente del Rathaus.

—¡También al padre Baltasar! —bramó Harris, y su orden fue obedecida al punto.

El fraile no prestó resistencia. Se dejó conducir junto al resto de los apresados.

—¡Hermanos! —la voz de Matthys sacó a las gentes de su aturdimiento—. ¡El Señor quiere que nos regocijemos, porque la pureza reina una vez más sobre Jerusalén!

Muchos ojos seguían clavados en el grupo de prisioneros, en el cadáver del herrero, en los rostros de los soldados. El apóstol se dio cuenta de la dirección de las miradas y ordenó con un gesto airado que se llevaran de allí a los prisioneros. Cuando desaparecieron por las puertas del Rathaus, prosiguió:

—Y ahora demos gracias a Dios por el ejemplo que nos brinda y que nos ayudará a mantenernos firmes en el camino recto. Entonemos un salmo de alabanza al

Creador.

Comenzó a cantar. La multitud titubeó, se le unieron, indecisas, algunas voces. Luego, a la manera de una lluvia que se hace torrencial, arreció el canto y en la plaza vibró el clamor orquestado de la multitud.

## 4

—Está muy abatido, pero no por las condiciones de la prisión. Se culpa de las muertes acaecidas. ¡Ah, querido amigo, es una pena, una verdadera pena! ¿Estáis seguro de que no tenéis apetito?

Daba buena cuenta Bernhard Knipperdollinck de unos arenques ahumados en el pequeño gabinete en el que había recibido a Hans. Sujetaba los arenques entre los garfios enjorjados de sus dedos y se los llevaba a la boca. Luego, entre aspavientos y visajes de gran deleite, se chupaba el índice y el pulgar y se limpiaba los dedos en la pelliza de piel; aferraba una copa de cerveza y la engullía de un único trago. Reposaba un instante, soltaba un regüeldo y volvía a comenzar.

Hans permanecía de pie frente al burgomaestre, contemplando al hombrecillo con creciente incomodidad. Siempre se sentía torpe en aquellos ambientes, como si las dimensiones de su cuerpo no cuadraran bien con ese mundo de maderas taraceadas, tapices y lujos. Se notaba desmañado, temía romper algo. El contraste entre el colete de piel cosida que llevaba y la pelliza del burgomaestre resultaba abrumador.

—¿Sabéis qué piensa hacer Matthys con él?

Bernt Knipperdollinck se encogió de hombros. Sin el bonete de plumas ni la peluca, su cabeza relucía a la luz de las candelas.

—No creo que debáis preocuparos. El profeta es un hombre de temperamento sanguíneo, pero sabe lo que se hace. Conoce bien el prestigio del padre Baltasar, sabe que su ajusticiamiento le atraería la animadversión de muchos hermanos. ¡Ni siquiera la liebre come la hierba que crece a la entrada de su madriguera! —Alzó la cabeza y soltó una risilla divertida, contento por su ocurrencia—. ¡Vamos, Hans! El padre es un buen hombre y me duelo como el que más de su situación, pero, ¿cómo puede haber sido tan imprudente? ¡Oponerse al profeta delante de toda la multitud! Dad gracias de que es quien es y de que nadie duda de su buena voluntad. Yo mismo intercedí por él. Si no fuera por eso, a estas alturas estaría haciéndole compañía a los otros impíos en el pudridero.

Aquella mañana, los artesanos que habían levantado la voz contra el profeta

habían sido ajusticiados. Sus trozos descuartizados servían ya de alimento a los carroñeros.

Hans contempló al hombrecillo con creciente coraje. Le enervaba verlo allí, tan tranquilo.

—¿Cómo podéis permanecer indiferente mientras ese hombre impone su voluntad? ¡Vos sois el burgomaestre, Bernt! ¡Deberíais hacer algo!

Un destello de irritación atravesó las pupilas de Knipperdollinck. Dejó sobre la mesa la copa y examinó a Hans.

—Tened cuidado con vuestras palabras. ¡Recordad con quién estáis hablando, hermano! ¡Es la voluntad de Dios, no la suya! ¿Cómo os atrevéis a dudar de que es el mismo Señor Todopoderoso el que habla por boca del profeta? ¡Es Enoch que ha vuelto entre nosotros para preparar la Segunda Venida! —se acaloraba al hablar, se hacían visibles las venillas de sus sienes—. ¿Quién soy yo para llevarle la contraria al Elegido? ¿Es que no veis que gracias a él se están haciendo realidad nuestros sueños? ¡Pronto no habrá ricos ni menesterosos en Münster, y todo se lo debemos a él!

Hans comprendió que el burgomaestre ya no era más que un títere sin voluntad, entregado al profeta hasta el punto de que ni siquiera se daba cuenta del absurdo de sus palabras. Hablaba de abolir las diferencias... mientras almorzaba en un lujoso comedor y vestía hermosas pieles. Disimuló como pudo la animosidad que le sobrevino.

—Permitidme que le visite. Dejad que le lleve algo de comida y una manta.

Dudó Knipperdollinck:

—¿Sin alharacas?

—Tenéis mi palabra.

Un efluvio de orines viejos y sudores rancios rezumaba de las paredes mohosas de la celda y ofuscaba el olfato. Pero Baltasar Sachs, sentado sobre una frazada de paja en un rincón del cubículo, ya ni siquiera lo percibía.

Leía la Biblia cuando Hans entró. Unas cuantas guedejas entrecanas colgaban grasientas de su cráneo y descubrían la arquitectura de los huesos. Enfrascado en la lectura, con solo un jubón y unas calzas para protegerse del frío, semejava un ratoncillo desamparado.

El fraile alzó la mirada y reconoció a Hans. Dejó la Biblia sobre la paja.

—¿Cómo os encontráis, padre?

—Bien, bien... —sonaba frágil su voz, le costaba hablar—. No te preocupes por mí.

Hans se sentó a su lado. Le dolía el corazón al verlo en aquella situación. Las paredes de la celda componían un cuadro de chinches aplastadas y desconchados.

—Es por Jean y por Paulette por quien debes preocuparte. Ellos son los importantes ahora... —un acceso de tos le interrumpió—. ¿Cuándo te vas?

Hans le ofreció al padre el guiso que llevaba en un cuenco. El fraile no hacía otra

cosa que insistir en que se fueran. Comprendía ya que no había futuro en Münster.

—No, todavía no lo sé.

No se iría. No podía dejarlo allí, a la buena de Dios, y marcharse cuando más lo necesitaba. Pero eso no podía decírselo.

—¿Cómo van las cosas?

Hans le relató los acontecimientos mientras Baltasar daba buena cuenta de la comida.

—Las requisas de joyas y monedas continúan. Ya nadie protesta abiertamente, aunque de vez alguno trata de esconder sus dineros. Se han dado casos de niños que delatan a sus padres y de mujeres que se enfrentan a sus maridos para que colabore con la hermandad.

—Es una cuaresma extraña.

—Matthys ha prohibido todos los libros salvo la Biblia. Ahora mismo están quemando cuantos encuentran en la plaza de la catedral.

Baltasar detuvo el movimiento de los dedos en el cuenco y se volvió hacia Hans con una expresión de pesar en la mirada. Meneó suavemente la cabeza.

—Está fuera de sí —murmuró, más para él mismo que para Hans.

El carpintero decidió cambiar de tercio:

—Jean me ha dado recuerdos para vos. Me ha pedido que os diga que está deseando continuar las clases.

Se le iluminó el semblante al fraile.

—¿De verdad?

—Conseguiré que os saquen de aquí, padre. Todavía no sé cómo, pero lo conseguiré.

Solo la penumbra de la celda le respondió.

Poco a poco fueron conociéndose los detalles de la tragedia, fueron circulando de boca en boca cual pasos de un infausto viacrucis. Sucedió que Matthys, tras pasar toda la noche recogido en oración, se había presentado al alba en una de las puertas de la ciudad. Iba descalzo, vestido tan solo con una sencilla túnica y con el pelo alborotado. Decían los que lo vieron que Matthys llevaba en el aliento el aliento de Dios. Sus ojos eran ascuas que clamaban a Dios. El dolor retorció sus rasgos, un dolor que era deleite y firmeza, admiración y pasmo, enfervorizado amor. Avanzó ajeno a los murmullos, al frío de la madrugada, tan leves sus pasos que semejaba flotar sobre invisibles aguas, hasta que se encontró en medio del grupo de soldados que guardaba las puertas de la ciudad.

Todavía no despuntaba el sol y ardían los rescoldos de las fogatas. El campamento enemigo era una bicha adormecida en la distancia. De pie, erguido en toda su estatura, sobresalía la cabeza del profeta sobre la de los asombrados hombres de armas.

Un silencio reverencial se impuso en el puesto de guardia. Matthys continuó con

la cabeza alzada hacia los cielos, las manos en ofrenda, en mudo diálogo con el Señor. Tras unos interminables instantes, pareció reparar en los que le rodeaban. En aquel momento sus ojos mostraron su determinación.

El profeta, contaban, se dirigió a los hombres con fervor. Les contó que había recibido un mandato divino y que el mismísimo Todopoderoso les contemplaba en aquel instante con atención. Les habló de que ese día los dones del Espíritu Santo colmarían Nueva Jerusalén.

Dios, explicó, quería que su profeta saliera de la ciudad al mando de un puñado de valientes para ahuyentar al ejército sitiador. Solo eso, solo un puñado, pues los propios ángeles descenderían sobre la tierra para enfrentarse a la bestia infernal y liberar la ciudad sagrada. Y ese día, que era domingo de Pascua y se conmemoraba la Resurrección, sería recordado por los siglos como aquel en el que el enemigo había sido derrotado.

El entusiasmo se apoderó de los hombres que le escuchaban. Muchos cayeron de rodillas e imploraron del apóstol su bendición, seguros de que el Buen Dios les llevaría a la victoria.

—¡Alabado sea el Señor! —se congratulaban, convencidos de que los días de penuria llegaban a su fin.

—¿Quién me acompañará?

Brotó de los pechos un rugido de aclamación. Ardían de impaciencia, como cachorrillos ante su primera presa, ansiosos por servir a Dios. Solo uno quedó atrás, un muchacho de apenas trece años, hijo de uno de los hombres de guardia y que había ido a llevarle a su padre un pedazo de borona. A él no lo quiso el profeta, que le puso la mano en la cabeza con ternura y le dijo en un susurro que el Señor estaba contento de su determinación, pero que debía quedarse para cerrar los portones en cuanto hubieran salido. Porfió el rapaz, mas el profeta se mantuvo inflexible.

El resto, unos diez que serían, empuñaron su armas y se aprestaron. Alguien depositó una espada en manos de Matthys:

—Deberéis defenderos, padre.

El apóstol asintió. A pesar de ser grande de cuerpo, el arma chocaba con su ascética figura. Pero Matthys la sujetó con fuerza y le pidió al zagal que abriera la puerta.

—¡Alabado sea el Señor! —gritó, y un coro de voces le respondió.

Luego se lanzaron al ataque contra el adormecido enemigo. El muchacho los vio alejarse por la campiña nevada, un grupo de guerreros vociferando en la mañana su determinación. Se sentía dolido por perderse tan magnífica oportunidad de ser grato al Señor y mostrar su valentía. Pensó en desobedecer al profeta y unirse a la partida, pero después le dio miedo de la ira de Matthys y decidió apostarse encima de las murallas para contemplar la lid.

Un estruendo confuso, de aleruyas y órdenes ladradas con celeridad, llegó hasta el adarve. Los hermanos se abatieron sobre el campamento enemigo con tal ímpetu que

algunos lansquenetes, cogidos de sorpresa, salieron corriendo de sus guaridas en paños menores. Por unos instantes, todo fue confusión. En la distancia, el brillo de las espadas, los gritos apagados, los movimientos frenéticos simulaban una extraña pantomima, una danza teatral. El chiquillo siguió la lucha con expectación. Sus ojos buscaban ora al profeta, ora a su padre, henchido el pecho a la par de orgullo y disgusto por no encontrarse allí.

Vio cómo se acercaba Jan Matthys, la espada al cielo, el pelo al viento, al campamento enemigo. Vio, adivinó más bien, el sobresalto inicial de la tropa del obispo, las primeras carreras, la confusión. Y vio también cómo los mercenarios, dándose cuenta de que eran atacados por un número pequeño, reaccionaban pronto y comenzaban a rechazar a aquellos locos que se atrevían a introducirse en su madriguera.

Uno tras otro fueron cayendo los hermanos, regando con su sangre la nieve del amanecer. Apenas se oían los gritos y el entrechocar de hierros, pero sí se veían las figuras rotas, los escorzos imposibles, las manchas carmesíes de la derrota.

Fue una carnicería. Los soldados trocearon los cuerpos, se los echaron a los perros y los azuzaron para que llevaran los pedazos hasta las murallas de la ciudad. Reconocieron el cuerpo sin vida del profeta. De un solo tajo, sajaron su cabeza y, entre carcajadas y gestos obscenos, la clavaron en una pica e hincaron esta en la nieve frente a las puertas de Münster para que todos supieran cuál era el destino que les esperaba.

Y así fue cómo la desolación se apoderó con garra de acero del corazón de Nueva Jerusalén. Pues Jan Matthys, el amado de Dios, el mismísimo Enoch renacido, había sido masacrado por las huestes de Satán.

## Capítulo XIII

### Münster, Westfalia 1534

#### 1

Nada más enterarse de la muerte de Matthys, Hans comprendió que había llegado el momento de actuar.

—Si alguien pregunta por mí dile que he ido a hablar con el burgomaestre —le rogó a uno de los hombres con los que trabajaba.

Abandonó el taller y apuró el paso en dirección a la torre del Rathaus. A su alrededor, los detalles de la tragedia corrían como riacho sucio de aguacero estival. Vio mujeres en corrillos con el rostro arrasado por las lágrimas y varones aturridos frente a las tabernas. Muchos acudían a las iglesias en busca de consuelo y hasta los chiquillos permanecían extrañamente graves, contagiados por la atmósfera de congoja de sus mayores. Una mujer sollozaba en la puerta de una carnicería. A su lado, su comadre trataba de tranquilizarla.

Estaba harto de predicadores y quimeras. Más ganarían todos dejando a Dios tranquilo en su Paraíso. Apuró el paso. Intentaría aprovechar el desconcierto para sacar a Baltasar de la torre. Luego ya vería cómo se las arreglaba para salir de la ciudad. Quizá de noche. El cerco todavía no era completo.

El estruendo de una explosión le sacó de sus cavilaciones. ¡Por todos los demonios! ¿Qué...? Otro estallido hizo temblar el aire. ¡Estaban bombardeando la ciudad! De súbito, a su alrededor todo era un griterío confuso, un correr alocado. Las gentes chillaban, las madres buscaban a sus hijos en medio de la batahola, los perros ladraban atemorizados. El obispo había decidido lanzar un ataque contra Münster con la esperanza de hallarla trastornada y desprevenida sin su profeta.

Y lo había conseguido. La calle era un pandemónium de alaridos y carreras, una máscara del terror. Corrió hacia la torre del Rathaus, luchando con la insidiosa vocecilla que le decía que debería dirigirse a las murallas para echar una mano en la defensa. Era sorprendente el efecto de las bombardas sobre la población. Un día antes, los más habrían continuado con sus tareas, acostumbrados al hostigamiento,



pero la falta de Matthys los convertía en corderillos asustados.

No, aquella ya no era su guerra. Y debía sacar de la cárcel a Baltasar.

Nadie le detuvo en la puerta del Rathaus.

—¡Ah, hermano Hans! ¡Menos mal que venís! ¿Se puede saber qué sucede? —El calabocero de guardia era un muchacho al que conocía de vista, un joven de Paderborn llegado a Münster dos meses atrás. Había oído las explosiones y estaba muy nervioso, pues no era la hora habitual del ataque.

Hans respiró al verlo. Había tenido suerte: el mozo era de natural ingenuo y se dejaría convencer.

—¿Desde cuándo estáis de guardia?

—Desde ayer noche. Debían haber venido a relevarme hace ya varias horas, pero no ha aparecido nadie. ¡Menos mal que habéis llegado, ya no sabía qué hacer!

—Tranquilizaos, Edgar —consiguió recordar su nombre—. Es comprensible que se hayan olvidado de vos, dadas las circunstancias...

—¿Circunstancias? ¿Qué circunstancias? ¡Ha pasado algo, entonces, como imaginaba yo!

—Han matado al profeta Matthys.

—¿Qué...?

—Fue esta madrugada. El profeta atacó las posiciones enemigas al frente de un grupo de hombres de armas. Los masacraron a todos.

—¡Dios mío! ¡Matthys! ¡Matthys muerto!

Hans comprendió que no podía dejarlo reaccionar:

—El obispo ha lanzado un ataque en masa contra Münster. Se te requiere en las murallas, así que más vale que corras y te presentes a tu jefe de grupo. Yo me quedaré aquí hasta que venga el relevo —Aguantó la respiración. Si el muchacho desconfiaba ahora...

Pero Edgar era incapaz de quedarse allí tras lo que acababa de oír:

—¿Estáis seguro, hermano? ¿No os importa?

—¡Vamos, muchacho, por supuesto que no! ¡Venga, corred, no os quedéis ahí como un pasmarote! ¡No hay tiempo que perder!

—Sí, sí, gracias, hermano Hans, muchas gracias... —y se dirigió hacia la puerta. Estaba a punto de salir cuando alguna reticencia le retuvo. Se volvió hacia Hans—. Esto... —dudó—, no sé si debería abandonar la guardia, no sé si me entendéis...

—¡Voto a Dios, Edgar, no abandonáis la guardia! ¡Acudís a defender la ciudad!

Aquel pensamiento pareció tranquilizarlo. El joven asintió:

—Claro, disculpad, maese Hans. Tenéis razón.

El carpintero respiró aliviado cuando lo perdió de vista. Aguardó todavía unos instantes, no fuera a ser que el muchacho recapacitara y decidiera volver. Como escaseaba ya la luz, se entretuvo encendiendo los hachones de las paredes. Luego recogió una palmatoria de una mesa que alguien había adosado a la pared y se dirigió hacia la celda del padre Baltasar.

Levantó la tranca que libraba la puerta del calabozo. El padre Baltasar le contempló con aire ausente. Hans frunció el ceño:

—¿Padre?

—El obispo está atacando la ciudad —sonó distante su voz, más afirmación que pregunta.

Hans asintió:

—Matthys ha muerto.

Cobró viveza la expresión del fraile:

—¿Cómo ha sido?

Nervioso por la posibilidad de que alguien irrumpiera en los calabozos y los descubriera, Hans le resumió al padre los acontecimientos de las últimas horas.

—Eso explica el ataque del obispo. Quiere aprovecharse de nuestra debilidad —se volatilizaba el aire abatido de Baltasar. Hans se descubrió pensando en lo asombroso que siempre le había resultado que tan menguado cuerpo fuera quien de contener tales reservas—. ¡Es un aviso del Señor! El Buen Dios nos advierte de que aprovechemos nuestra última oportunidad. ¿Qué otro significado puede tener la muerte de Matthys y el ataque del obispo?

Hans lo contempló a medias estupefacto, a medias preocupado.

—¡Bendito sea el Señor! Debemos actuar pronto, Hans. Hay que convencer a Knipperdollinck de que se haga con el control —se detuvo un momento, se le vino una mueca a los labios—. Válgame el cielo. Aquí estoy, alegrándome por la muerte de un hombre... Pero la razón estaba de tu parte. Tenía que haber hablado con el burgomaestre mucho antes.

Hans no daba crédito a sus oídos. ¡Pues no estaba pensando el muy loco en quedarse en la ciudad!

—Padre...

—No hay tiempo que perder. Todo puede ser salvado todavía.

—He venido a sacaros de aquí y a llevaros fuera de Münster.

En eso fue el padre el que se quedó estupefacto:

—¿Marcharnos? ¿En este momento? ¡Por Dios, Hans! ¿Es que no lo ves? —meneó la cabeza, confundido—. ¡Todo va a salir bien, ahora sí! Sin la influencia de Matthys, Münster será verdaderamente la Nueva Jerusalén. ¡Estamos tan cerca!

—Nos vamos, padre. No tendremos otra oportunidad —era necesario sacarlo de allí y ocultarlo hasta que llegara la noche.

Meneaba la cabeza el fraile:

—No puedo. No puedo abandonar ahora.

—Salgamos de aquí. Ya decidiremos después.

—¿Y qué es eso que hay que decidir, si no molesta a vuestras mercedes la osadía?

Ambos dieron un respingo al escuchar la voz procedente del pasillo. En la puerta de la celda, recostado con indolencia contra una de las jambas, se hallaba el inglés que se había convertido en la mano derecha de Matthys. La palidez de su faz ahondó

la frialdad de la penumbra.

Hans contuvo una imprecación:

—¿Qué hacéis vos aquí?

Una sonrisa leve en el rostro de mármol:

—Eso mismo me preguntaba yo de vos... —Harris permanecía imperturbable, la mano derecha apoyada en la tizona que le colgaba de la cintura—. Cualquiera diría que pensabais aprovechar la jarana con que nos obsequia el obispo para ir a presentarle vuestros respetos... y quizá, de paso, indicarle alguna poterna poco vigilada por la que colar sus tropas en la ciudad.

—¿Os habéis vuelto loco? No sé de qué estáis hablando, pero... —comenzó a decir Hans, visiblemente inquieto. Baltasar le interrumpió:

—Llevadnos ante Knipperdollinck. Hemos de hablar con el burgomaestre.

Harris enarcó una ceja:

—Vaya, esto sí que es divertido. Precisamente a eso venía.

Bernhard Knipperdollinck mesaba barbas y cabellos, zanqueaba su pequeña figura de un extremo a otro de la estancia con rumor de pieles e invectivas. También se hallaba presente el otro burgomaestre, Gerhard Kibbenbroick, que se sentaba en un sillón tapizado cerca del hogar con expresión ausente en el rostro.

—¡Ah, no me lo puedo creer, no me lo puedo creer, no de vos, padre Baltasar! ¿Traicionar así nuestra confianza, vos, que daríais la vida por el Cristo? ¡Pensar que algún día creí que erais un verdadero profeta!

Se crecía el hombre, le estallaban las furias a borbotones. Bernhard Knipperdollinck atosigaba la sala con su presencia, que ni lo menguado de su cuerpo ni lo torcido del rostro bastaban para diluir su ímpetu nervioso. El antiguo mercader se mostraba crecido, como si el cargo le hubiera moldeado las hechuras.

—Os envié a buscar para pedir os consejo en estas horas de tribulación. Mas, ¿cómo confiar en vuestra buena fe tras esta traición?

—¿Traición, burgomaestre? —saltó Hans—. ¿Quién ha sido aquí el traicionado? ¡Fue Matthys el que lo envió a la torre!

Knipperdollinck se detuvo en seco y enfrentó al carpintero. Vaciló, incómodo, y meneó la cabeza, como si el nombre de Matthys trajera otras cuitas a su caletre.

—¡Una calamidad, una verdadera calamidad! ¿Cómo es posible que el Todopoderoso abandonara de ese modo a su profeta? No lo entiendo, no me cabe en la testa... ¿Qué va a ser ahora de nosotros?

La preocupación del burgomaestre era sincera. A pesar de su aire de autoridad, el mercader se sentía desamparado sin la guía de un maestro. Había hombres que nacían para vivir a la sombra de otros, y Knipperdollinck era uno de ellos. Muerto el profeta, los acontecimientos le desbordaban.

—Ponednos al tanto de la situación —rogó el fraile.

Fue Gerhard Kibbenbroick, el otro burgomaestre, el que lo hizo. Rondaría el

hombre los cincuenta años, aunque la preocupación y su boca huérfana de dientes le daban un aspecto avejentado. Baltasar lo consideraba un buen hombre, poco dado a meterse en berenjenales, un gentilhomme algo tardo y calmoso que a buen seguro todavía se estaría preguntando qué diablos habría hecho para hallarse en medio de aquel fregado.

Lo que contó no se alejaba mucho de lo que Hans y el propio Baltasar suponían. Por el momento, el obispo se limitaba a bombardear las murallas, pero desde el adarve podía verse que los lansquenetes se aprestaban para un asalto en toda regla.

—Mañana, todo lo más pasado, se lanzarán sobre nosotros. La gente está descorazonada.

—¿Dónde se encuentran Rothmann y Bockelszoon?

—El padre Rothmann trata de reconfortar a la población. Bockelszoon se ha puesto al frente de los hombres de armas y está organizando la defensa.

Bernhard Knipperdollinck le interrumpió:

—¡Y vos, Hans, ayudando al padre a escapar! ¿Así pagáis nuestra confianza? ¡Por las barbas del Cristo que debería ajusticiaros a los dos en la plaza pública para que sirvierais de escarmiento!

Aquellas palabras hirieron a Baltasar, mas no por lo que tenían de amenaza, sino porque reflejaban a las claras el endiosamiento del mercader. Comprendió que la muerte de Matthys no cambiaba la situación. Tenía razón Hans cuando insistía en que se marcharan.

—¿Qué queréis de nosotros? —Decidió acabar cuanto antes con aquella farsa.

Dudó Knipperdollinck, se posaron sus ojos en algún punto situado tras el fraile y el carpintero. Hans volvió la cabeza y descubrió tras él al inglés. Se había acomodado en una silla algo apartada y se dedicaba a examinar la escena. La faz del hombre no transmitía el menor sentimiento, exactamente igual que si de una fría estatua se tratara.

—Pensaba proponeros que os hicierais cargo del hospital —se decidió el burgomaestre—. Sé que tenéis experiencia en esas lides, pero ya no sé si puedo confiar en vos.

—No creo que dé problemas —John Harris abrió la boca por primera vez—. Puedo colocar a un par de hombres en el hospital para que le disuadan de la tentación de ir a hacerle una visita al obispo.

—Haced lo que os plazca —sonó abatida la voz de Baltasar—, pero no será necesario. Me haré cargo del hospital.

—¡Bien, bien! —Recomenzó sus paseos Knipperdollinck—. Necesitaréis ayuda, por supuesto. Las monjas exclaustadas os servirán. Vos podréis organizarlas. Pondré a vuestra disposición también un grupo de hombres para trasladar a los heridos.

Hans reprimió una mueca de disgusto. Aquello dificultaba su determinación de escapar. El burgomaestre se volvió hacia él:

—Respecto a vos... Me habéis decepcionado, Hans. Me temo que tendré que

prescindir de...

—No será necesario, también él se portará bien —Harris se acercó a Hans y lo examinó con atención. Una mueca sarcástica frunció sus labios antes de encarar al burgomaestre—. He oído que tiene a su cargo un niño. Pondremos a ese pequeño al cargo del padre Baltasar, en el hospital, vigilado por mis hombres.

—¡Maldito seáis, inglés! —barbotó Hans, hecho una furia—. ¡No se os ocurra tocarlo!

Harris lanzó una sonrisa burlona al burgomaestre:

—¿Lo veis, Bernt? Mientras el chiquillo esté bajo nuestro control, el carpintero se portará bien.

Münster olía a primavera requemada, a sudores y arrojados, a incienso de iglesias, a sangre, a alaridos, a confusión. Pronto se vio que las fuerzas atacantes no eran suficientes para sobrepasar las defensas de la ciudad; esa constatación elevó la moral de los defensores. Pero los lansquenets, espoleados por el obispo, no se daban por vencidos. Jan Bockelszoon se reveló como un excelente estratega y un eficiente organizador y todos comenzaron a ver en él la mano de la Providencia. Las mujeres suspiraban cuando a ellas se dirigía, los hombres acataban sus instrucciones con respeto, los niños jugaban a ser como él. Jan de Leyden impartía órdenes y arrojaba el hombro. Se le podía ver ora aquí, ayudando en la demolición de una casa que amenazara ruina, ora allá, cavando fosas y trincheras desde las que defender la ciudad si un día la Bestia conseguía entrar. De cuando en cuando se dirigía a la gente en improvisadas oraciones colectivas, y sus sermones, al provenir de alguien que se dignaba a compartir con ellos trabajos y sudores, y alguien de tan apuesta estampa además, eran recibidos con entusiasmo renovado.

Hans tampoco se daba tregua: constantemente era reclamado para colaborar en el desescombro de viviendas, en el remozado de las murallas o para organizar las cuadrillas que se encargaban de la extinción de los incendios, de modo que llegó un momento en que casi no se tenía en pie. Apenas podía pensar. Se le cerraban los párpados por las pocas horas de sueño cada vez que conseguía sentarse a descansar. Siempre que podía, que eran escasas las ocasiones, escapaba hasta el hospital para interesarse por Jean y Baltasar. Fraile y chiquillo se llevaban bien y aun el muchacho se tomaba la situación como si de una aventura se tratase. Ambos se acostumbraron pronto a la presencia de los hombres de armas que vigilaban la puerta y se dedicaban a sus tareas sin hacerles mayor caso.

Cada noche, cuando se recogía bajo las sábanas con Paulette, trataba de animarla hablándole de lo bien que Jean parecía adaptarse a su situación.

Paulette no conseguía digerir la ausencia de Jean y permanecía con aire ausente. Al ver que el inglés se llevaba al chiquillo de su lado, algo dentro de ella se había roto. Y aunque se tranquilizó un poco al ver que lo dejaban en manos de Baltasar, comprendió que Harris la había reconocido. Pero no se atrevía a hablar con Hans. No

quería confundirlo más, bastante tenía con los remordimientos que le corroían. Si le contaba lo del niño, se recriminaría por haberlos metido en aquella situación. ¿Cómo reaccionaría de saber que Jean era hijo del rey de Francia? A ella misma se le antojaba increíble por momentos. Pero Harris era real. Tan real como el desdén de su mirada.

Fue una tarde, en medio de un ataque singularmente virulento, cuando se decidió. Durante horas, el estruendo de los bombardeos atronó los oídos de la población, haciendo volar astillas de los tejados y desatando incendios por doquier. Hacia el mediodía callaron los cañones y un silencio ominoso, tan intenso que casi se podía palpar, invadió la ciudad. Entonces comenzó. Estalló un griterío ensordecedor y los lansquenets en bloque se lanzaron con escalas y artefactos al asalto final. En medio del fragor demencial, mientras observaba a las tropas del obispo que se lanzaban cual alimañas hambrientas sobre las murallas, comprendió lo que debía hacer.

Se lo contaría todo al padre Baltasar.

## 2

El olor a pólvoras lejanas y el baile de estampidos no dejaban lugar a dudas: se acercaban a Münster. El capitán Nuño Puebla masculló una imprecación, mas no se dio a todos los diablos: se limitó a hacerle un gesto a su acompañante y a espolear los flancos de su yegua. El animal resopló con enojo, pero avivó ligeramente su trote.

—¿Queda mucho, Pedro? —le preguntó al joven rubio que cabalgaba junto a él. El nombre verdadero del muchacho no era ese, por supuesto, pero el capitán había desistido de pronunciar aquellos patronímicos alemanes que parecían a propósito para asfixiar a cualquier cristiano viejo. Con todas esas consonantes mal puestas, daba la impresión de que uno, antes que hablar, gargajeaba. Así que le llamaba Pedro, y santas pascuas.

—Tras ese altozano la veremos.

El tal Pedro era un joven que el capitán había contratado al pasar por el obispado de Lieja para que le hiciera los oficios de guía y traductor.

El retumbo de basiliscos y bombardas espoleó sus inquietudes: mala muerte sería haber llegado tan lejos para nada. Si no conseguía entrevistarse con el obispo antes de que la ciudad cayera, difícilmente encontraría vivo al muchacho. De sobra sabía cómo terminaban esas pendencies. Y las órdenes de don Francisco de los Cobos al respecto eran tajantes: quería al chiquillo vivo costara lo que costase. Vivo y en

Castilla. Le sobraban entendederas para imaginar las consecuencias de un traspie en esa cuestión.

El capitán Nuño Puebla era un castellano recio, de los de tez cetrina, grandes mostachos y verdugones en la piel, que según dicen es el alma de los soldados. Campaba ya por los cuarenta años bien cabales, que son muchos entre los del oficio, y últimamente se le hacían cuesta arriba las largas jornadas ahorcado a lomos de las bestias, los fríos de la tierra al anochecer y los lances del empleo. No, se había dicho una y mil veces durante el largo camino desde Valladolid, ese era la última y no más. Si todo salía bien, don Francisco de los Cobos recompensaría sus servicios con un buen retiro.

—Ahí la tiene vuestra merced.

Habían alcanzado la cima del otero y la vista abarcaba una llanura de verdes inacabables. Mas no se fijó en ellos: su atención se quedó prendida de la escena que se desarrollaba en torno a la ciudad.

—¡Por la puta de Babilonia!

Pedro, que en realidad se llamaba Einhard, lanzó una mirada de soslayo al capitán, temeroso de que aquel castellano medio enajenado pretendiera meterse en el fragor de la batalla. Todavía no había comenzado el asalto, pero ya se veían las torres y los peones esperando a que cesase el fuego para tender las escalas.

Examinó con ojo crítico el campo de batalla y luego desvió la vista hacia la ciudad. Münster presentaba las huellas del asedio: varias columnas de humo ennegrecían el cielo allá donde los incendios hacían presa de los edificios. Algunos lienzos de las murallas mostraban heridas de diversa consideración, aunque, por lo general, resistían la presión de los atacantes. Le llamó la atención al capitán el escaso movimiento de gentes que se apreciaba en el adarve: probablemente, los defensores estarían parapetados, aguardando a que terminara el bombardeo para pasar a la acción.

Apartó la vista del burgo y la paseó por la llanura. Sobre unos altozanos descubrió lo que buscaba. En la distancia no eran más que destellos de vivos colores, reflejos amarillos y carmesíes, pero el capitán tenía sobrada experiencia para saber que aquellos lienzos de color eran las tiendas de los oficiales. Allí se encontraría el obispo.

Ojalá no llegara demasiado tarde.

Cruzaron el campamento sin ser detenidos y comenzaron a subir el alcor sobre el que se asentaban las tiendas de los oficiales. Un piquero tudesco tocado con una gorguera y vestido con un brial les salió al paso a poco de adentrarse entre las tiendas y ladró algo en alemán.

—Dile que soy el capitán Puebla y que vengo de Castilla para hablar con el obispo Waldeck —ordenó Nuño al guía.

Siguió un intercambio de palabras. Al poco se dio media vuelta y comenzó a

alejarse.

—Nos llevará hasta el prelado.

El piquero que los guiaba se acercó a un grupo de nobles que pululaba en torno a una lujosa tienda. Frente a la entrada, sentados en unos sitiales adamasquinados, tres hombres todavía jóvenes interrumpieron su charla para examinar a los recién llegados. Iba Puebla a ordenarle a Pedro que abroncara al alemán por detenerse a charlar con aquellos caballeros antes de dar término a su cometido de llevarlos ante el obispo cuando el soldado se volvió y le dijo algo al guía.

—¿Qué sucede ahora? —inquirió el capitán, algo amoscado.

—Su señoría recibirá a vuestra merced inmediatamente.

—¿Su señoría? ¿Pero dónde está?

—Es el que se sienta en el medio, capitán.

Le costó a Puebla disimular su sorpresa. Había esperado encontrarse un prelado de edad tocado con los atributos propios de su condición y se encontraba con un barbilindo vestido como si de un noble se tratase. Probablemente, ni siquiera estaría ordenado: sería uno de tantos que había comprado el cargo como canonjía. Con obispos como aquel, no le extrañaba que los campesinos se les volvieran levantiscos a los alemanes. Desmontó del caballo, se acercó al grupo, echó mano al sombrero y amagó una reverencia:

—Al servicio de vuestra señoría. Soy el capitán Nuño Puebla.

El obispo ni siquiera se levantó. Se limitó a aceptar la venia con una inclinación de cabeza y a examinarle con desconfianza:

—¿Qué trae por aquí a un castellano? ¿El emperador se ha decidido a enviar la ayuda que le solicité? —se expresaba en mal español, pero lo suficiente como para que pudieran entenderse sin necesidad de traductor. Lo había esperado, pues pocos hombres de alcurnia no conocían el idioma de Castilla, pero aun así Puebla suspiró aliviado para sus adentros: aquello le permitiría tratar con el prelado sin incómodos intermediarios.

—No me envía el emperador, sino el secretario real, don Francisco de los Cobos —sacó un pliego lacrado de su faltriquera y se lo tendió al prelado—. Respecto al motivo de mi visita, es cuestión que solo a vuestra señoría atañe. Tengo instrucciones precisas de hablar en privado con vuestra señoría.

El obispo rompió el lacre del billete. Transcurrieron unos segundos incómodos mientras lo leía. Puebla, de pie, se dio cuenta de que uno de los jóvenes que rodeaban al obispo le dedicaba una media sonrisa sardónica mientras se llevaba a los labios una copa de cristal. El capitán le mantuvo la mirada, impassible, hasta que el otro aprovechó un retumbo especialmente potente de una bombardarda para desviar la vista y fingir interés por la batalla que se desarrollaba a sus pies.

Entretanto, el obispo terminó de leer la misiva. Puebla comprobó con satisfacción que cualquier resto de apatía había desaparecido de su semblante.

—Dejadnos solos —ordenó a los que le rodeaban—, he de hablar con el capitán.



Los dos petimetres se volvieron hacia el obispo como si les hubiese ordenado que se bajaran los calzones allí mismo, pero este ni siquiera les miró:

—Ordenad que se encarguen de la montura del capitán y de su sirviente.

Muy amostazados, los dos jóvenes se alejaron de la tienda del obispo.

—Me parece que vos y yo tenemos mucho de qué hablar, capitán.

### 3

Klara Hätzlerin entró en el comedor comunal deshaciéndose en cruces sobre el orondo pecho.

—¡Alabado sea el Señor! ¡El profeta ha entrado en éxtasis, alabado sea el Señor!

Celebraba la ciudad la victoria sobre el infiel y sonaban cánticos y zarabandas por doquier. Esa misma tarde, los mercenarios del Perro se habían retirado a lamer sus heridas tras las trincheras y parapetos de la llanura.

—¿Qué decís, Klara? ¿Qué profeta?

El comedor rebosaba. En una mesa, Hans daba buena cuenta de los guisos de la cocinera en compañía de un grupo de hermanos recién salidos de su guardia.

—¡Jan Bockelszoon! ¡El de Leyden ha entrado en éxtasis! —se santiguaba la mujer.

—¡Por Dios, Klara, explicaos! ¿De qué demontres habláis? —intervino un gigante de rubios cabellos que se sentaba a la diestra de Hans.

—Cuando los asaltantes se retiraron, Bockelszoon fue presa de un frenesí místico. Dicen los que lo vieron que desnudó su cuerpo de ropas y atavíos y se lanzó en cueros a correr por las calles, gritando aleluyas y alabanzas. Las gentes le siguieron, pero nadie se atrevió a detenerlo. Al final fue a dar con sus huesos en la plaza de la catedral, donde cayó al suelo con el rostro alzado hacia el cielo. Allí está desde entonces, tan desnudo como su madre lo trajo al mundo y con una expresión de arrobamiento tal que se murmura que está hablando con Dios. Nadie se atreve a interrumpir su éxtasis.

El hombrón frunció el ceño al oír el relato. Se volvió hacia Hans:

—Eso tenemos que verlo. Venid conmigo, hermano Gotha.

Salieron en dirección a la catedral. Las calles, hasta poco antes repletas de festejantes, aparecían desiertas.

—Esto no me gusta nada.

El gigantón respondía al nombre de Henry Mollenbecke. Se trataba de un maestro

herrero natural de Münster, tuerto de un ojo por causa de una esquirla brincadora. Se cubría el ojo dañado con un parche que otorgaba a su rostro una expresión impropia de un hombre de tan buen carácter. Hans y él se habían conocido durante los turnos de guardia en las murallas y desde el primer instante hicieron buenas migas.

—Espero que Gertrude esté en casa con las niñas —comentó el majahierro—. No me gusta que anden por ahí cuando hay jaleo.

—No creo que debáis preocuparos. Gertrude es mujer cabal donde las haya. Seguro que tiene a buen recaudo a las niñas.

Al desembocar en la plaza de la catedral, se toparon con el espectáculo de la multitud expectante. Hombres y mujeres tendidos de hinojos dirigían sus miradas hacia el lugar en el que, rodeado por un vacío de cuerpos, se hallaba Jan Bockelszoon, el discípulo predilecto de Matthys. El predicador estaba con la mirada perdida y los brazos alzados, tan desnudo de pellejos como el día en que nació. Su cuerpo joven destacaba poderosamente en medio de los andrajos y fatigas que le rodeaban, pues parecía un ángel del Señor. Los músculos tersos, la cintura estrecha, la barbilla barbada y orgullosa y la aureola de rubios cabellos componían una imagen tan hechicera que los suspiros de las mujeres rompían la quietud. Mas lo mismo le daría al de Leyden hallarse en medio de un desierto: su rostro transfigurado solo tenía ojos para el firmamento celestial. Hans se volvió hacia maese Mollenbecke y le sorprendió la tensión que le cruzaba el rostro habitualmente cordial:

—No os gusta lo que veis.

Siempre que entre ellos salía el tema de la hermandad, Henry Mollenbecke se mostraba cauto. La mayor parte de las veces buscaba cambiar de tercio sin ofender a su interlocutor. No había dejado de observar el carpintero esa reticencia a hablar de Münster y de la suerte que la ciudad podía correr. Su compañero era uno de los muchos que se habían visto atrapados en Münster, uno de los habitantes originarios del burgo. Y más de una vez pensó Hans que quizá no se sintiera el herrero demasiado a gusto con los cambios, pero Henry arrimaba el hombro como el que más, pues cuando no se hallaba en su forja elaborando espadas y puntas de flecha se le podía encontrar en las murallas, echando una mano donde hiciera falta.

El herrero le dirigió una mirada calculadora y luego echó un vistazo a su alrededor. Pareció tomar una determinación:

—¿Puedo confiar en vos, maese Gotha?

—Si no supierais que podéis, ¿me lo preguntaríais?

El semblante del herrador se distendió.

—Tenéis razón. Acompañadme, hacedme la merced.

Maese Mollenbecke llevó a Hans hasta su casa y allí, en una trasera y después de asegurarse que no hubiera oídos que pudieran perturbar su intimidad, le abrió las puertas de su corazón:

—Pensé en hablar con vos cuando encerraron al padre Baltasar, y aun otra vez

cuando alejaron a Jean de su madre y de vos. Pero, comprended mi indecisión, al cabo sois compañero del padre y es bien conocido su empeño anabaptista...

Hans comenzaba a intuir por dónde iban los tiros del herrador. Recordó algunas expresiones cogidas al vuelo, algunas indecisiones en el semblante del maestro a las que no había dado mayor importancia.

—Cuando murió Matthys, pensé que todo podía cambiar, pero lo que hemos visto hoy me hace sospechar que no va a ser así.

—Hablad franco. De mí no tenéis qué temer.

—Os lo agradezco, pero comprendedme, cualquier precaución es poca.

—¿Qué es lo que queréis decirme, por Dios?

El majahierro calló. Su único ojo visible escudriñó al carpintero:

—Esta locura no puede continuar. Vamos a detener a los predicadores y a entregar la ciudad al obispo.

Hans no supo qué responder. Entonces el herrador comenzó a explayarse. Resultaba que algunos otros como él y su familia se habían convertido al anabaptismo, sí, pero había sido ese una conversión sin valor, realizada bajo la amenaza de la expulsión. Aunque al principio quisieron creer en ese mundo de quimeras del que hablaban los predicadores, que sería cosa hermosa de ver una república de los iguales, lo cierto era que la realidad se alejaba mucho de aquella visión. Henry Mollenbecke y un número creciente de ciudadanos estaban preocupados por la suerte de los suyos. ¿Qué sería de su mujer y de sus hijas si la ciudad caía? ¡Hasta la última de las mujeres sería violada, hasta el último de los hombres masacrado! Y la ciudad sería tomada tarde o temprano, era solo cuestión de tiempo.

—Sé que pongo mi vida en vuestras manos al decirlo esto, pero no voy a quedarme cruzado de brazos mientras asesinan a los míos.

—¿Cuántos sois?

Una sonrisa distendió la faz de Henry Mollenbecke:

—Pocos todavía, mas no temáis, vamos creciendo. Pronto estaremos en condiciones de actuar.

Al tercer día, Bockelszoon salió de su hechizo y se dirigió a la multitud. Afirmó que el Padre Celestial le había revelado que la vieja constitución de la ciudad, obra de los hombres, debía ser sustituida por una que fuese obra de Dios. Sus palabras, pronunciadas con voz transida de debilidad, sacudieron a las gentes, que solo veían ya en la figura del profeta al enviado de Dios. Bockelszoon fascinaba al populacho.

Anunció que ni el consejo ni los burgomaestres seguirían de allí en adelante gobernando la ciudad. En su lugar, él mismo, inspirado por el aliento divino, dirigiría la República de Dios.

—¡Porque no hay autoridad fuera de Dios! —clamó, y fue su grito un estremecimiento que recorrió la multitud.

Muchos, hincados de rodillas, dieron gracias al Señor. Otros se miraban entre sí; se respiraba un ambiente de desconcierto. Knipperdollinck, Rothmann y algunos de los dirigentes de la ciudad cuchicheaban sin acabar de creerse las palabras del comediante. Mas el profeta no les dio tiempo a reaccionar. Manifestó que era voluntad divina que doce hombres, elegidos entre los más esforzados miembros de la hermandad, le ayudasen a cargar con la penosa tarea del gobierno. Y que serían esos doce dignatarios como los jueces de las doce tribus de Israel y todos debían llamarlos *los mayores*, pues los más puros entre los sabios debían de ser para agradar al Señor. Y tendrían los mayores autoridad sobre todos los asuntos de la ciudad y sobre las vidas de los habitantes.

Con voz rota por el ayuno, comenzó a desgranar la relación de los que en adelante serían llamados los Israelitas. A medida que pronunciaba su boca los nombres se puso de manifiesto su gran perspicacia, pues había entre ellos varios consejeros depuestos, representantes de los gremios, un miembro de la aristocracia local y algunos de los inmigrantes de Holanda. Fue el último Knipperdollinck, cuyo rostro se había mantenido en tensa expectación. Bockelszoon lo llamó a su lado y allí, ante la multitud entera, lo besó en ambas mejillas y le anunció que él sería el más querido entre los amados de Dios:

—Tú serás la Espada de la Justicia, la Vara del Señor.

Para lo cual le nombró Ejecutor y le entregó el mando de un cuerpo de guardias armados. El antiguo burgomaestre no cabía en sí de satisfacción.

—Doce son los Elegidos —concluyó Bockelszoon alzando las manos hacia la concurrencia—. Seis administrarán justicia cada mañana y cada tarde y yo mismo publicaré sus sentencias a todo el pueblo de Israel.

Con todo lo cual consiguió el profeta dividir a los miembros del anterior consejo y contentar a todos los sectores de la población. No hubo posibilidad de disensión. La multitud entusiasmada vitoreó a Bockelszoon. El profeta, desnudo en medio de la plaza, juntó sus manos y comenzó a musitar una oración. Las gentes se postraron y todo fue fervor de Dios.

Los Doce Israelitas emprendieron pronto su labor. Publicaron un rígido código moral y organizaron militarmente a la población, de modo que a cada cual se le asignó una función específica en la defensa de la ciudad. Bajo la batuta del profeta, que se prodigaba en prédicas y era aclamado allá por donde iba, se instauró una completa comunidad de bienes.

—¿Es que hay pobres entre nosotros? —clamaba el profeta—. ¿Hay acaso necesidad? ¡Pues nunca, desde los tiempos de los primeros cristianos, se vio sobre la faz de la tierra tanto amor y tanta fraternidad!

Había descontentos, pero se cuidaban de manifestar sus recelos allá donde pudieran oírles, que muchos ni siquiera ante sus propios hijos osaban proferir una palabra de censura por temor a la delación. Y es que la mayor parte de los hermanos vivía un sueño como jamás soñara, que los más eran venidos de míseras aldeas y

tristes feudos bajo la férula de poderosos y en toda su vida nada habían conocido sino la injusticia, el hambre y el temor. Y hete aquí que de súbito ese mundo de igualdad que tanto inflamaba las bocas de los sacerdotes se hacía, para ellos, glotona realidad. ¿No merecía la pena, acaso, llevar una vida recta en beneficio de un bien mayor?

La labor de los Israelitas fue intensa durante los meses de abril y mayo. Día sí, día también, publicaban nuevas normas que los predicadores explicaban desde el púlpito a los ciudadanos. Se redactaron nuevas leyes y se introdujo un control estricto del trabajo. Pasaron a considerarse delitos graves no solo el asesinato o el robo, sino también la mentira y la calumnia, las riñas, las disputas, la avaricia. El ajusticiamiento se convirtió en el castigo por cualquier tipo de insubordinación: la de los jóvenes contra sus padres, la de las mujeres contra sus maridos, la de los ciudadanos contra los Elegidos de Dios.

—¡Si pecáis, temed a las autoridades! —predicaba Bockelszoon, que desde su ayuno y su conversión en profeta había dado en vestirse con pieles y brocados para mayor gloria del Señor—. Los Israelitas no blanden la espada en vano: son servidores de Dios, los justicieros que castigan a los pecadores.

Pues pecado, y pecado castigado con muerte ejemplar, era la blasfemia y el lenguaje sedicioso, que nada ofendía más a los oídos de Dios que ver a los mayores calumniados. Y pecado merecedor de ajusticiamiento era también regañar a los padres o cometer adulterio, menear las caderas voluptuosamente, provocar lascivos pensamientos en los hombres, hablar maliciosamente de terceros, difundir escándalos o quejarse, que era grave ofensa criticar la generosidad del Señor.

Knipperdollinck, ataviado con su sempiterna peluca, sus plumas y la Espada de la Justicia, se pavoneaba por la ciudad tan henchido como un gallo en su ponedero. Su guardia armada se encargaba de cumplir las sentencias de los jueces. No cesaba de trabajar.

—¡Por Dios! ¿Es que ese hombre no va a detenerse nunca? —Era pura vehemencia maese Mollenbecke, un huracán—. ¡Como sigamos así, nos va a prohibir hasta respirar!

Se hallaban el herrero y Hans cumpliendo sus turnos de guardia en el adarve.

—Sosegaos, maese Mollenbecke —trataba de acallarlo Hans—, os van a oír.

El fornido hombretón lanzó un rápido vistazo en derredor: no, no había oídos inoportunos cerca. Aun así, bajó la voz:

—Es que me saca de quicio, maese Gotha. ¡Ese Bockelszoon no conoce la temperancia! ¿Pretende que nos convirtamos en ángeles de virtud? Lo que más me asombra es que la gente lo adore. ¿Se han quedado todos ciegos?

Nada podía hacer Hans, salvo darle la razón al herrero. A despecho de la rigidez de las normas, de los ajusticiamientos por un quítame allá esas pajas y de la severidad de sus jueces, el prestigio del de Leyden era cada día mayor. Bajo su autoridad, la guarnición de Münster se había convertido en una fuerza militar disciplinada y

eficiente. Cada vez que los sitiados realizaban una incursión causaban tal desorden en el enemigo que conseguían dejar inutilizados gran parte de sus cañones. Y cada victoria era un torrente de confianza, una exaltación de Dios, un reafirmarse de la voluntad. Münster vivía bajo el sueño de la gloria que se avecinaba, pues pronto, así lo proclamaba el profeta, las naciones enteras rendirían sus pendones a sus pies.

A principios de junio, tales profecías parecieron hacerse al fin realidad. Jan Bockelszoon habían mandado imprimir en una de las imprentas de la ciudad gran profusión de panfletos que, en varias lenguas, invitaban a los lansquenetes a cambiarse de bando. Fuera el efecto de las hojas volantes, fueran las dificultades del obispo para ofrecer a sus huestes una paga regular, la campaña surtió un éxito inesperado: de madrugada, doscientos mercenarios se presentaron ante las puertas de Münster y solicitaron unirse a los defensores.

Los recién llegados se hicieron lenguas de la miseria del prelado, de sus escasas pagas y de la baja moral de las tropas. Informaron de que muchos de sus compañeros, hartos de no cobrar y de dejarse la piel en una guerra con la que no comulgaban, habían desertado y regresaban a sus hogares. El júbilo fue estruendoso. Durante toda la jornada, menestrales, mujeres y niños se allegaron hasta las murallas para burlarse de los impíos. Los jóvenes orinaban hacia fuera y celebraban con burlas la situación, las mujeres se reían y hacían gestos obscenos. Münster, más que nunca, vivía firme en la predilección de Dios.

Alargó la mano y acarició la suave piel del vientre de la mujer. Paulette había madurado hasta convertirse en una hembra cabal. Su cuerpo mostraba las formas de una belleza plena. Poco a poco, la familiaridad les había hecho perder las timideces del principio y ambos jugaban a ritos privados, a besos breves y largas caricias, bebiendo el deseo por cada poro de sus pieles. Retozaban bajo las sábanas, improvisaban juegos y deseos. Luego, con las languideces satisfechas del agotamiento, cuando ambos permanecían tumbados y sudorosos en la cama tras una noche de amor, se soltaban las lenguas y nacían las confidencias.

Aquella noche, sin embargo, Paulette se mostraba ausente. La percibía inquieta, la mirada retraída. Cuando posó la mano sobre su vientre, dio un respingo y su cuerpo, que siempre respondía a sus caricias, se quedó rígido. Retiró la mano y se quedó muy quieto, escuchando su respiración. No le había dicho nada de los planes de maese Mollenbecke. No quería despertar en ella expectativas que no sabía si iba a poder satisfacer. Bastante se culpaba ya por la separación de Jean. Ciertamente que el muchacho se encontraba feliz con el padre y disfrutaba con las clases de este y echándole una mano como ayudante. Pero no dejaban de estar vigilados como si de criminales se tratara.

Paulette rebulló a su lado. Aunque no podía verle el rostro, lo sentía muy cerca. Instintivamente, alzó la mano y la deslizó por sus mejillas.

Estaba llorando. La sorpresa paralizó su caricia.

—¿Qué te sucede, amor mío? —susurró Hans al fin.

La mujer se volvió hacia él y le abrazó, apoyando su cabeza en el pecho del carpintero. Hans percibió el calor de su cuerpo desnudo, el contacto de su melena de miel. Comenzó a acariciarle la espalda.

—Shhh, no pasa nada, mi bien...

Las lágrimas de Paulette se convirtieron en sollozos ahogados. Su cuerpo entero temblaba, presa de agitación. Hans no sabía qué decir.

—Voy a tener un hijo.

La sorpresa acogotó al carpintero. ¡Un hijo! ¡Un hijo, bendito fuera el Señor! Llevaba años soñando con aquel instante. ¡Un hijo!

—¡Mi amor! —la estrechó entre sus brazos, dejándose llevar por una oleada de alegría—. ¡Un hijo, querida mía, mi bien! ¡Un hijo! ¿Por qué lloras? —se le humedecían las pupilas, eran sus lágrimas pura alegría.

Paulette se abrazaba a Hans como si le fuera en ello la vida. ¡Había deseado tanto ese momento! Pero cuando por fin se había quedado embarazada, solo la congoja despertaba en su corazón.

—¡Es maravilloso! —porfiaba el carpintero—. ¡Un hijo!

—¿Qué va a ser de él?

El lamento tuvo la virtud de sosegar a Hans. De súbito le asaltó la aprensión y compendió los temores de Paulette.

—No te preocupes, chiquilla, ya verás como todo sale bien —murmuró para tranquilizarla. Y lo decía de corazón. Aquella noticia lo cambiaba todo.

—No te preocupes, mi amor, confía en mí —repitió, besaba los cabellos, los labios, los ojos húmedos de Paulette—. Os sacaré a todos de aquí.

—¿Y el padre Baltasar?

Estaba decidido. No habría fuerza humana capaz de cercenar su determinación.

—Vendrá con nosotros lo quiera o no. Aunque tenga que atarlo de pies y manos, aunque no vuelva a dirigirme la palabra en lo que me resta de vida. ¡Un hijo, mi amor...!

Reían y lloraban, se besaban con pasión.

—¿Y nos casaremos entonces?

¡Lo habían hablado tantas veces!

—Nos casaremos, mi amor, y yo trabajaré en el taller mientras tú cuidas de Jean y del bebé más hermoso del mundo...

Una luz turbia atravesaba la niebla exterior y dejaba vagos resplandores en la sala principal del Rathaus. Oscurecía ya. Algunos criados procedían a encender los hachones de los candelabros repartidos sobre la lujosa mesa del consejo. Otros celaban los vanos de las ventanas con cortinajes, un sí es no es impresionados por el silencio de los Doce Israelitas.

Era una magnífica estancia. Las paredes, cubiertas desde el suelo hasta el techo por maderas decoradas con relieves y taraceas, reflejaban la riqueza y el gusto por la ostentación de los ricos hombres de Münster y creaban una atmósfera de intimidante solemnidad.

Desde un sitial levantado frente a la cabecera de la mesa, el profeta Jan Bockelszoon observaba en silencio a los presentes. Vestía un sobretodo de los que llamaban *aharzkappe*, con grandes aberturas para los brazos, y unos calzones de terciopelo fino bordado que armonizaban con las medias de seda y los zapatos negros con hebillas de oro. Poco en él recordaba al descortado profeta que dos meses atrás había deslumbrado a la multitud. El Bockelszoon que ahora presidía la reunión resultaba mucho más digno y, como atestiguaban las miradas de soslayo que le dirigían los presentes, mucho más inquietante.

Se había crecido el de Leyden al servicio de Dios. El actor que se agazapaba en él había salido al exterior, dominando a la persona hasta asumir el control. Convertido en la suprema autoridad, recibía las muestras de respeto, la sumisión y la obediencia con una naturalidad distante, cual si estuviera hecho a la veneración desde siempre. Las ropas y la ostentación no respondían a su gusto personal, solía repetir, sino que reflejaban la dignidad debida al mismísimo Dios.

—Ya no soy dueño de mi ser. Es el Señor que habita en mí.

Aquella tarde el profeta callaba. Llevaban los Israelitas ocho días reunidos, discutiendo sin tregua la cuestión que Jan de Leyden les había planteado. Ocho días de dimes y diretes, de argumentaciones contrapuestas. Ya no quedaban palabras, pero el profeta se mantenía en sus trece. Agotados por el encierro y la tensión, los Israelitas no sabían ya qué más decir.

Y Bockelszoon callaba. Era tan clamoroso su silencio que las voces de los consejeros habían ido amortiguándose hasta extinguirse. Una premonición de tormentas sobrevolaba la sala del consejo.

Todos estaban allí. No solo los Israelitas, que ocupaban las sillas alrededor de la mesa principal. También, en sillas en torno, asistían los predicadores y los capitanes a la reunión. Ninguno osaba intervenir.

Jan Bockelszoon se levantó. Dio dos o tres pasos alrededor de la mesa con las manos a la espalda, aparentando reflexionar. Luego se detuvo y comenzó a hablar sin dirigirse a nadie en particular.

—Podría haberos impuesto desde el primer día mi voluntad, que no es otra que la



voluntad del Señor. Mas no lo hice. Confié en vosotros, os traté como a hijos queridos. Os planteé la cuestión abiertamente, confiando en vuestra sabiduría y en vuestra comprensión. Y..., ¿qué me encontré? —Dolían sus palabras, se incrustaban en los ánimos medrosos. Paseó su mirada por los consejeros y alzó la voz—. ¡Prejuicios! ¡Prejuicios y ceguera, tozudez y obcecación!

Solo el rechinar de las maderas bajo su peso le respondió. Avanzó por la sala, examinando uno por uno a los Israelitas, el rostro una mueca de decepción.

—Os he dado todos los argumentos que necesitabais y ni siquiera así caló la comprensión en vuestras toscas mentes. ¡Os expuse claramente la situación! Mas nada ha ablandado vuestro pecho de pedernal. ¿No es cierto que hay en Nueva Jerusalén tres veces más número de mujeres que de hombres? ¿Cuántas de ellas desvalidas, sin un hombre que las proteja y las guíe? ¿Cuántas viudas, cuantas púberes que no encontrarán marido? Os dije también que el mismísimo Padre me ha revelado Su voluntad. Él vino a mí y me dijo: «Jan, hijo amado, escucha a tu Señor. Has de entender mi precepto bíblico tal y como es, en su más pura verdad. He ordenado a mis criaturas que crezcan y se multipliquen, que llenen la tierra entera para alabar a su Dios. Tú debes velar para que se haga mi voluntad».

Se estremecieron muchos de los presentes. Todos los rostros seguían los movimientos del profeta. Este recorrió con la mirada a los presentes y su vista fue a detenerse en un crucifijo que presidía la estancia:

—¡Debe reinstaurarse la poligamia, pues así lo ha ordenado el Señor! ¿Acaso no nos han legado su ejemplo los Patriarcas de Israel, a quienes vosotros decís representar? Y también san Pablo dejó dicho que los obispos fueran maridos de una sola mujer. ¿Es que no implica tal afirmación que los que no fueran obispos podían tener varias mujeres? —Se detuvo de súbito frente a Bernhard Rothmann y le señaló con un dedo acusador—. ¡Y tú, Bernhard, amado entre los amados, has sido el primero en tu negación!

Todos dirigieron sus miradas hacia Rothmann. El predicador tragó saliva y humilló la mirada. El profeta le dio la espalda, profundamente afectado por su obstinación.

—¡Se acabaron las discusiones! —rugió Bockelszoon, volviéndose bruscamente hacia la asamblea—. Cuando un padre no consigue hacerse entender por medio de la razón, debe imponer su voluntad. Y yo... ¿qué soy, sino un padre para todos vosotros? ¡Aceptaréis la voluntad divina o sufriréis el castigo de Dios! —Murmillos, rebullir de cuerpos, un estremecimiento general—. Y tú, Bernt —se giró hacia Rothmann, que no se encontraba el cuello de su camisa—, tú mismo proclamarás el decreto a la población. Harás pública una ley por la cual todas las mujeres, llegadas a la edad de la procreación, estarán obligadas a casarse, tanto si lo desean como si no. Aceptarán a aquel que primero les proponga matrimonio aunque ya esté casado y serán fieles a su nuevo señor. Segunda, tercera, cuarta esposa. ¿No es eso mejor que permitir que débiles hembras vaguen solas, sin amo ni razón? ¿Queréis que queden

sin compañía tantas hembras y que se entreguen a las perfidias propias de su débil condición? Aquella que se niegue a cumplir esta ley será reo de delito capital y el Portador de la Espada la ejecutará. Aquella que discuta o promueva altercados con las otras esposas también será ejecutada para ejemplo de las demás. ¡Ese es la voluntad de Dios!

El silencio acogió su declaración. Los consejeros arrastraban las miradas sin atreverse a enfrentar la del vecino, que más parecían niños cogidos en falta que prohombres de la ciudad. Jan de Leyden, majestuosamente, se dirigió hacia su sitial. Iba a sentarse en él cuando se giró bruscamente y enfrentó otra vez a los Israelitas:

—¿Qué hacéis todavía sentados? ¡Fuera! —ordenó—, ¡fuera todo el mundo! ¡Acudid a las plazas, reunid a las gentes delante de la catedral! ¡Predicad la Palabra, que en ella está la salvación!

Como los próceres titubeaban, se volvió hacia el primero de ellos, un anciano mercader, y lo agarró por el cuello de la camisa. Violentamente, lo arrancó de su silla y lo empujó hacia la puerta. El pobre hombre trastabilló y cayó en medio de la estancia, trató de levantarse, terminó gateando desesperado hacia las puertas de la sala. Bockelszoon, fuera de sí, aullaba, profería gritos entrecortados y risas estruendosas, daba palmadas y empujaba a los predicadores sin cesar de gritar:

—¡A predicar! ¡A predicar! ¡Queda instaurada la poligamia, ese es la voluntad de Dios!

Por fin, cuando vio desaparecer tras las puertas al último de los predicadores, se dirigió hacia su sitial y se dejó caer en él, vencido por un repentino agotamiento. Respiró hondo, tratando de serenar la agitación de su pecho. Se llevó las manos al rostro y permaneció así unos instantes. ¡Ah, qué difícil, qué difícil era ser un fiel intérprete de la voluntad divina!

—Bravo.

Dio un respingo el profeta y alzó la cabeza. Desde una de las sillas laterales le contemplaba la figura lechosa del inglés.

—¡Ah, Harris! Me habéis asustado.

Aquel sujeto le desconcertaba. Por veces se le antojaba leal servidor, por veces le daba la sensación de que seguía sus propias reglas. Pero sus indicaciones solían ser acertadas y era un hombre respetado y temido, cualidades ambas muy útiles en un capitán de la guardia.

—Bravo, Jan. Habéis estado magnífico. Una espléndida interpretación.

Un destello de ira atravesó las facciones del profeta:

—Tened cuidado con lo que decís, John. No estiréis demasiado la cuerda.

—Lo digo de corazón, Jan. Maravillosa. Sin duda, el Todopoderoso os ilumina.

El de Leyden se relajó visiblemente y se dejó caer contra el respaldo del sillón:

—Lo sé, lo sé, pero... ¡Es un amo tan exigente! Os aseguro que quedo exhausto cada vez que tengo que enfrentarme a tanto desatino. ¿Por qué les resultará tan difícil comprender lo que desea el Señor? ¡Con lo fácil que me resulta a mí!

—Por eso vos estáis donde estáis, Jan, porque poseéis el don de la interpretación.

—Tenéis razón, sí. Es evidente que el Señor me ha elegido.

Ensimismado, el profeta no se percató de la mueca irónica que asomó a la faz de Harris:

—Y ahora, atendiendo a Su mensaje, ya podréis casaros con Divara, como deseabais.

Una amplia sonrisa distendió el semblante de Bockelszoon. Divara, la viuda de Matthys, era una hembra hechicera, una deidad corpórea. ¡Había ansiado tanto refugiarse entre sus brazos!

—Ni siquiera Knipperdollinck os podrá poner el menor reparo, a pesar de que estéis casado con su hija.

Al recordar a la poco agraciada muchacha, Bockelszoon hizo un gesto de fastidio:

—La infeliz no para de llorar. ¡Como si el Elegido de Dios pudiera pertenecer a una sola hembra!

—Vuestro rostro resplandece, Jan, iluminado por el Todopoderoso.

—Supongo que tendré que dar ejemplo, ¿verdad? —rió el profeta con una mueca traviesa— ¡Me casaré con Divara y el pueblo se regocijará en mí!

Jos el Pulga se llevó a la boca un pedazo de cebolla. Sus grandes dientes mordisquearon la hortaliza con impaciencia mientras daba pequeños saltitos de un lado para otro de la callejuela en la que se ocultaba. Soltó un regüeldo, se acercó al comienzo del callejón y dirigió un nuevo vistazo hacia la puerta de la casa que vigilaba.

Todo seguía igual. La plazuela a la que se asomaba la residencia permanecía envuelta en la placidez del mediodía. Un sol tibio hermozeaba las fachadas y arrancaba reverberos del agua que gorgoteaba en una fuente instalada en un lateral. Unas cuantas mujeres parloteaban en el lavadero mientras golpeaban las telas contra la piedra. Dos hombres de armas que hacían guardia ante la fachada de la casa se mostraban más interesados por las lavanderas que por la vigilancia de la mansión. Y más de una de aquellas mujerzuelas le devolvía las sonrisas entre cuchicheos y risillas. Notó que se le encendía la cólera ante tamaña desvergüenza. ¡Descaradas, rabaneras! Seguro que muchas de ellas tenían maridos que nada desconfiaban de la desfachatez de sus hembras. ¡Víboras y rameras, así eran todas las mujeres!

Hizo un esfuerzo por concentrarse en su objetivo. Comenzaba a inquietarse. El capitán ya debía haber aparecido. A aquellas horas solía dirigirse al adarve para realizar una ronda de control. Algo pasaba. El párpado inferior del ojo derecho comenzó a latirle otra vez, provocando pequeños espasmos en su rostro. ¿Quizá ese día había salido antes? Pero no, no podía ser: llevaba apostado en el callejón desde antes del alba.

Maldijo por lo bajo mientras se frotaba el ojo con la mano mugrienta. ¡Así se los llevaran todos los demonios! Desde la muerte de su Judith no encontraba sosiego, que

se le crecían las tormentas en el caletre de tanto rencor. El tic comenzó poco después de su muerte y ya no le había abandonado. Pero no le importaba: de alguna forma, era la propia Judith la que le provocaba los espasmos desde el otro mundo para recordarle su venganza.

—¡Bastardos! —murmuró para sí.

Ellos eran los culpables de todos sus males. Sobre todo el carpintero. ¡A él no lo engañaba, no! Hans era un mal bicho, un pedo de lagartija, un excremento de rata. ¡Él conocía bien a los tipejos de su calaña! Aparecían de buenas a primeras con una sonrisa y se hacían tus amigos, te prometían el paraíso y, cuando te confiabas, mostraban su verdadera naturaleza. ¿Pues no se había confiado Jos en su amistad y no la había aprovechado el muy ladino para seducir a Judith? Porque Judith había sido seducida contra su voluntad, de eso estaba seguro. ¿Qué podía hacer su inocente mujercita contra la perfidia del carpintero?

—¡Hideputa!

Se dio cuenta de que había soltado el denuesto en voz alta, provocando que algunas de las lavanderas echaran una ojeada en su dirección. Pero no, no le habían visto. ¡Él era más rápido que nadie! ¿No llevaba toda la vida hurtando el cuerpo en los barrios bajos? No, él sabía bien qué debía hacer.

Sonrió para sí, complacido por la perfección de su plan. El bendito profeta le había dado la idea. Desde que se publicara el edicto de poligamia la población vivía alborotada, que nunca se viera tanta excitación y tanto cuchicheo por las callejuelas. Había de todo, por supuesto. Muchos recibieron la proclama con el alma regocijada y otros, él bien lo sabía, renegaban por lo bajo de lo que consideraban aberración. Antiguos burgueses y ricoshombres de moral puritana clamaban al cielo en la intimidad y se daban a todos los diablos, pero la mayor parte de los emigrantes y los humildes aceptaban la nueva de buen grado. También muchas mujeres, sabedoras de la escasez de maridos, respiraban aliviadas. Mas valía un hombre compartido que un lecho vacío, debían de pensar.

Para Jos, el decreto de poligamia era una bendición. Gracias a él podría satisfacer su venganza de forma tal como jamás imaginó. ¡El carpintero se arrastraría a sus pies y nunca, en toda su vida, dejaría de lamentar el haber seducido a su mujer!

Un rechinar de maderas atrajo su atención. Se asomó con cautela a la plaza. El capitán acababa de salir. Jos comprobó con satisfacción cómo los dos hombres de armas se estiraban ante él con deferencia. El pálido rostro del inglés examinó un segundo a los guardias y ladró una orden.

Era su oportunidad. Tenía que hablar con él. Pocos hombres más poderosos había en Münster. Rio para sí, satisfecho. Saborearía su venganza de la forma más dulce que cupiera imaginar. Animado por la perspectiva, Jos el Pulga dio un saltito y se plantó en la plazuela. Los ojos desnudos de John Harris se posaron sobre él.

—¿Ves, mamá? —Jean no cesaba de parlotear, ufano y excitado. Llevaba a su

madre de un lado para otro, mostrándole aquí unas ramas, allá unas hierbas, tratando de enseñarle a Paulette cuanto había aprendido—. Esta de las flores amarillas es árnica, que sirve para criar sangre y curar contusiones. ¡Pero no te la acerques a la nariz, que su olor hace estornudar! Y esta con las hojas partidas en hojuelas puntiagudas y con flores blancas la llaman valeriana, y la usamos para calmar los espasmos de la fiebre. El padre siempre me pide que prepare infusiones con su raíz, pues con las heridas a muchos les dan calenturas. ¡Mira, aquí está la milenrama! ¿A que no sabes para que se usa? Dime, ¿lo sabes?

Paulette lo sabía, pues era planta de uso común, pero sonreía y decía que no, animaba a Jean a seguir.

—El padre dice que es muy buena para cicatrizar las heridas. ¿Sabes que crece en las lindes de los campos y en las praderas? Pero se nos está acabando, ¡como no podemos salir a buscar más! No sé qué vamos a hacer cuando se nos acabe.

El gesto de preocupación en el rostro infantil hizo que Paulette sintiera un ramalazo de aprensión. Para disimularlo, revolvió la rubia melena de Jean y lo atrajo hacia su regazo.

—¡Mamá! —Jean trató de librarse del abrazo.

Se hallaban en una sala del hospital atestada de plantas, morteros y potingues. La mezcla de olores de las hierbas se confundía con los efluvios de los enfermos de la vecina sala comunal. En una esquina una mujer entrada en años preparaba destilados en un alambique. Paulette la conocía: era una de las monjas exclaustadas que auxiliaba al padre con los heridos.

—¡Ahora soy el ayudante del padre Baltasar, mamá! ¡No puedes tratarme como a un chiquillo!

La anciana que trajinaba ante el alambique se volvió hacia ellos y le guiñó un ojo cómplice a Paulette.

—¿Dónde te habías metido, muchacho? Llevo un rato buscándote para que me ayudes con estas tinturas.

Jean miró compungido a su madre y dudó un instante, dividido entre el deseo de seguir mostrándole el hospital y la responsabilidad de su tarea. Al cabo, compuso un gesto de resignación y se encogió de hombros:

—Disculpad, hermana Anna, yo no lo sabía... .

—Pensándolo bien, creo que podré valerme sola por esta vez —sonrió la monja. Una finísima red de arrugas aureoló sus ojos risueños—. No estaría bien que dejaras sola a tu madre entre tantos enfermos, ¿verdad? Después de todo, ella no está acostumbrada.

Jean sonrió, evidentemente aliviado:

—Claro, por supuesto. Podría marearse.

Se despidieron de la anciana y pasaron a la siguiente sala. Un hedor de sudores y sangre reseca les recibió. La estancia se hallaba abarrotada de cuerpos tendidos en camastros, un coro de ayes y gemidos entrecortados, un tufo de regüeldos y humores

malsanos: hombres y muchachos con miembros aplastados por piedras, atravesados por flechas, abrasados por la fiebre. Se estremeció.

—¿Sabes, mamá? El padre Baltasar me está enseñando latines. ¡Dice que soy rápido en aprender!

Sobre una mesa cerca de la salida reposaba el instrumental de cirugía. Sierras, cuchillos, tenazas e, incluso, un berbiquí y una barrena. Apartó la vista, harta de tanto horror.

—Vayámonos de aquí, Jean. Busquemos al padre y a Hans.

Se habían acercado al hospital aprovechando un descanso en sus tareas. Hans se mostraba esquivo esos días. Paulette lo conocía bien, sabía que algo daba vueltas en la mollera de su compañero, mas no acertaba a imaginar de qué se trataba. No le había pasado desapercibida su insistencia en que Jean la acompañara a visitar el hospital. Quería quedarse a solas con el padre Baltasar.

—¡Ah, estáis aquí!

El padre se acercaba sonriendo por el pasillo. Había envejecido. Sus ojos, se dio cuenta Paulette, habían cambiado: donde antes latía el ímpetu se agazapaba ahora una tristeza honda, un lamento del alma que la sonrisa de sus labios no conseguía disimular. Al menos, su actitud hacia Jean no había cambiado tras enterarse de su origen, cuando unos días antes se lo había contado todo. Baltasar Sachs la había escuchado con atención, haciéndole aquí y allá preguntas sueltas, mas en ningún momento mostró la menor duda de que cuanto le decía fuera cierto. Cuando terminó de relatar su historia, el fraile la había contemplado con expresión absorta largo rato. Luego, en un impulso, acarició sus mejillas:

—¡Cuánto has debido sufrir, mujer!

Ante la naturalidad del padre, Paulette comprendió que todos los temores que había albergado eran fútiles. ¿Qué mas daba que el niño fuera suyo o de una condesa y del rey de Francia? Pero tantos años guardándose para sí el secreto habían terminado por convertirlo en un negro fantasma, en una sombra torva e inquietante.

—Ese inglés, ese asesino que intentó matarle...

—Es Harris —aventuró Baltasar.

Paulette asintió.

—Solo él podía ser, con la descripción que has hecho. No es un hombre que sea fácil de olvidar, una vez se ha conocido.

—¿Creéis que... —dudaba la mujer—, creéis que está aquí por Jean?

El fraile se había quedado pensativo, con la mirada perdida en la callejuela que se abría ante el hospital.

—Es posible. Fue él el que quiso que Jean estuviera conmigo. Los hombres que nos vigilan son de su confianza... —calló un momento—. Pero yo no me preocuparía. Si hubiera querido causarle algún mal, ya lo habría hecho. Ocasiones no le han faltado.

Cuando Paulette dejó el hospital, se sentía mucho más calmada. Y había tomado

una decisión: el padre, antes de marcharse, le había preguntado si Hans conocía el origen del muchacho.

—Debes decírselo —insistió ante su negativa—. Tiene derecho a saberlo. ¿Tan poco te fías de él que ni siquiera le cuentas algo que tanto te preocupa?

Aquella misma noche, bajo el refugio de las sábanas, Paulette se confió a Hans. Durante largo rato fue su voz un susurro, su rostro una tensión que se desbordaba. Habló y habló sin parar, que en verdad fue una espita vencida su congoja. Le habló de Châteaubriant y de su admiración por Françoise de Foix, del conde Jean de Laval y de la partera Dupont, de Brigitte, de la vieja Nastasia en la alquería de Rennes, de Alain y de Pierre, de Harris, de Bertrand y de los días que había permanecido encerrada en el cuarto maloliente de la casa del sirviente. Le habló también de Robert, de sus años juntos, de la muerte del soldado y de la penuria y la escasez en Amberes. Uno tras otro salieron todos aquellos espectros de su pasado, y a medida que hablaba, vencida su cabeza sobre el brazo de Hans, comprendió que sus miedos eran solo pesadillas de un pasado lejano. A su lado, firme y sólido como una roca, se hallaba su presente. Su único presente. Y se dio cuenta de que, de no haber sido por Jean, por la condesa y por todos los tejemanejes de los poderosos que la habían arrastrado de un lado para otro, no lo habría conocido.

Cuando se vació de palabras, sus ojos enrojecidos contemplaron al carpintero, esperando su reacción.

—¿Sabes? —susurró este—. No me lo imagino como rey de Francia, pero te aseguro que como carpintero será muy bueno.

Y buscó los labios de la mujer con los suyos.

Dejaron el hospital tras despedirse del padre Baltasar y se dirigieron hacia su casa. Avanzaba la tarde, que sería entre nona y vísperas, mas se veía poca gente. Los que no estaban en sus puestos preferían refugiarse tras la protección de los muros. Solo algunos hombres charlaban frente a la puerta de las viviendas, algún perro callejero rebuscaba entre la basura que se acumulaba por los rincones. La ciudad parecía detenida, cual si sus moradores contuvieran la respiración. Apuraron el paso, desasosegados por lo opresivo de la atmósfera.

—Esta noche nos casaremos.

Paulette se detuvo en seco al oír las palabras de Hans. El carpintero le hizo un gesto para que se apresurara.

—El padre lo preparará todo para la ceremonia.

Siguió caminando. Paulette no dijo nada. Sabía lo mucho que deseaba Hans ofrecerle una hermosa boda. El carpintero seguía sintiéndose culpable por haberla arrastrado hasta allí y pensaba que así le compensaría. No se daba cuenta de que si ella había acudido a Münster había sido por su propia decisión. Pero tenía razón. Tal y como se estaban poniendo las cosas, lo mejor sería casarse discretamente cuanto antes.

Rodeaban la plaza de la catedral cuando, a través de una callejuela perpendicular, divisaron la picota erigida en un lateral de la explanada. Sobre ella se pudrían varias cabezas femeninas en medio de un enjambre de moscas y cuervos. Eran los despojos de aquellas que se habían negado a aceptar el nuevo decreto. Hans se detuvo:

—He ahí la obra del profeta, padre protector de los buenos cristianos.

—Vámonos —rogó Paulette.

Pero no llegaron a moverse. Distráídos por el horrendo espectáculo, no se percataron de que Jos el Pulga y varios hombres de armas se dirigían hacia ellos hasta que los tuvieron encima.

John Harris se divertía de lo lindo. ¡Por Lucifer, que nunca imaginara una acumulación tal de locos, beatos e iluminados! Disfrutaba, sí, disfrutaba como un jugador que se deleita moviendo las piezas sobre el tablero, seguro de su victoria. ¡Y pensar que se había pasado años enteros enfangado en los prostíbulos de París!

Nunca le agradecería lo suficiente a la duquesa de Etampes el regalo que le había hecho enviándole tras el mocoso francés. ¡Allí se sentía vivo por primera vez desde que era niño! Y su bolsa crecía sin parar. Cuando volviera a Inglaterra, sería un hombre decididamente rico.

Examinó al hombrecillo contrahecho que se agitaba a su lado, incapaz de permanecer quieto.

—¿Estás seguro de lo que afirmas?

Jos el Pulga asintió vigorosamente. Sus ojillos se movían inquietos de un lado para otro, tan agitados como dos avispa que se hubieran colado en un hormiguero.

«Un individuo sin importancia», se dijo Harris. Pero lo que le había contado le venía muy bien. Si era cierto que el carpintero y la francesita no estaban casados... En ese caso, Conrad Eisner podría satisfacer su lujuria casándose con la tal Paulette y quedaría eternamente agradecido a Harris. Después de hacerle tamaño favor, ¿qué podría negarle Conrad?

—¿Qué ganas tú con esto?

El tipejo vaciló. ¡Por todos los diablos! ¿Es que no podía dejar de mover los pies?

—Soy fiel al profeta, capitán. Soy un buen cristiano que no soporta el pecado. ¡Esos dos viven en obsceno concubinato!

Harris contuvo una carcajada. ¿Cómo se podía ser tan ingenuo?

—Hay algo más —le conminó a seguir.

Jos titubeó. Le costaba mantener la atención bajo la escrutadora atención del inglés. Pero había llegado hasta allí y no pensaba volverse atrás en el último momento.

—Según el decreto de poligamia, una mujer soltera está obligada a casarse con el primero que la pida en matrimonio. Quiero casarme con ella.

Para sorpresa de Jos, Harris prorrumpió en una risotada. Sintió que le inundaba la indignación.



—¿Casarte con ella, hombrecillo? ¡Alto aspiras, a fe! —Aquello iba a ser más divertido de lo que imaginara—. En ese caso, justo es que seas tú el Judas de esta historia. Acompaña a mis hombres y señalala para que la detengan. Luego llevadla ante el profeta. Yo estaré allí.

—Es esa, esa es la mujer.

Los soldados se adelantaron hacia Paulette. Hans la rodeó con su brazo:

—¿Se puede saber qué pasa? ¿Qué es lo que quieres, Jos? —Se había quedado de piedra al descubrir al Pulga en compañía de los soldados.

Los hombres de armas se acercaron a Paulette con las espadas desenvainadas.

—Está detenida. Es mejor que venga con nosotros por las buenas —aclaró el que parecía al frente, un hombre de mostachos rubios y ademanes tranquilos.

—¡No ha hecho nada! ¿Qué sucede aquí, Jos?

El burdelero le dirigió una mirada cargada de odio. Hans se sintió anonadado por el aborrecimiento que destilaban los ojos del que fuera su amigo.

—Esa mujer es una pecadora que vive en concubinato. Será juzgada por ello.

Paulette se quedó lívida. No ignoraba que la condena por concubinato era la muerte. Se le fue la mirada hacia las cabezas de las mujeres en la picota.

—¡Eso es absurdo! —gritó Hans, forcejeando con los soldados—. ¡Ella es mi mujer!

—¿Es cierto eso? —inquirió el soldado que mandaba la partida, volviéndose hacia Jos.

—¡Mentira, mentira! ¡Es su barragana!

El hombre de armas dudó un momento:

—Será mejor que nos los llevemos a los dos. El profeta decidirá.

Jan Bockelszoon, majestuoso y malhumorado, penetró en la enorme sala y se dirigió hacia el sitial que se erigía en medio de la estancia, seguido de cerca por John Harris y Conrad Eisner. Al verlos, Paulette se estremeció y dirigió la vista hacia Hans.

También Hans la miró. El carpintero, rodeado de guardias, semejaba una marmita a punto de entrar en ebullición. Los habían arrastrado por las calles sin apenas miramientos.

Hans desvió la mirada de Paulette y la clavó en Jos, que no dejaba de bailotear, muy nervioso, al frente de los soldados. Si en ese momento le hubieran dejado libre, se habría abalanzado sobre el antiguo burdelero para estrangularlo con sus propias manos. Ahora entendía los silencios y las suspicacias del Pulga, sus miradas cargadas de rencor. ¡Qué estúpido había sido al no darse cuenta antes! Klara le había contado que Judith, en el lecho de muerte, repetía una y otra vez su nombre, pero Hans no le había dado importancia, suponiendo que eran los desvaríos de la fiebre. El burdelero debió de pensar que Judith y él le engañaban. ¿Es que no tenía ojos el muy mentecato? ¿Es que no sabía que era hombre de una sola mujer?

La entrada del profeta extendió el silencio por la sala. Tras sentarse en el sitial, hizo una seña a John Harris para que se acercase:

—¿Para esto me molestáis, Harris? ¿Acaso no he nombrado a los Israelitas para aplicar la ley? —le susurró.

Tenía el profeta los cabellos revueltos y la mirada turbia. El inglés lo había interrumpido cuando se refocilaba con la bellísima Divara, su flamante nueva esposa. La interrupción no le había sentado nada bien.

—¿Es que nadie en esta ciudad es capaz de hacer nada sin mí?

Harris, impertérrito, insistió:

—La cuestión no es baladí. La mujer es la francesa que llegó a Münster con el padre Baltasar.

—¡El padre Baltasar, siempre el padre Baltasar! ¿Qué demontres me importa a mí ese fraile renegado? ¿No estaba confinado en el hospital?

—Y lo está, pero esa mujer ha sido denunciada por vivir en pecado con Hans Gotha, el carpintero amigo del padre Baltasar. Y vuestro capitán, Conrad Eisner, desea hacerla su mujer. Me pareció una excelente ocasión para dejar bien claro ante los seguidores del fraile dónde reside la verdadera autoridad.

Jan Bockelszoon meneó la cabeza muy disgustado:

—¡Por todos los diablos, Harris! ¿Es que no puede un esposo descansar en compañía de su mujer?

—No os molestaría si no lo considerara necesario.

—¡Oh, basta, basta, lo sé! —se volvió con dificultad hacia la sala y escrutó a Paulette—. ¡Vaya! ¡Es hermosa la moza! ¿Y decís que Conrad la quiere para sí? Y ese mequetrefe que no para de moverse, ¿quién es? —Señaló a Jos el Pulga, que observaba los cuchicheos del profeta con aprensión.

—Es el que ha denunciado a la francesa. También quiere casarse con ella.

Una mueca animó el semblante del profeta:

—Por el Cristo, esto se pone interesante.

—Por eso me pareció oportuno que os dignarais atender el caso. Una solución salomónica a tan arduo problema incrementará vuestro prestigio todavía más.

—Salomónica, ¿eh? —meditó el de Leyden.

Se levantó y se acercó a los detenidos. Observó en silencio a Paulette:

—Me dicen que esta mujer vive en pecaminoso concubinato. ¿Es así?

El Pulga, tartajeando, se apresuró a responder:

—Así es, así es.

—Bien, pues que le corten la cabeza.

Estalló un revuelo de voces y asombros. La gente que se había reunido en la entrada prorrumpió en murmullos. Jos el Pulga se quedó lívido, incapaz de pronunciar palabra. Tampoco Conrad Eisner salía de su asombro.

—¡No podéis hacer eso! —la voz de Hans restalló, indignada, acallando a la muchedumbre—. ¡No es concubinato! ¡Es mi prometida!

Bockelszoon dejó escapar una risita y encaró al carpintero:

—Vuestra prometida, ¿eh?

—Íbamos a casarnos esta misma noche.

—¡Oh, vaya, qué oportuno! —Comenzaba a disfrutar el profeta, se tornaba meliflua su voz. Se le veía magnífico con sus vestiduras frente a la masa harapienta —. Tendréis alguien que pueda dar testimonio de vuestras palabras, supongo.

—Lo hay. El padre Baltasar es nuestro testigo. Él iba a officiar la ceremonia.

Un destello de contrariedad atravesó las pupilas de Bockelszoon. Dio unos pasos por la sala, las manos a la espalda, murmurando para sí:

—¡El padre Baltasar, el padre Baltasar! ¿Es que nunca me libraré de esa pesadilla? —De súbito se le torció la sonrisa y se volvió hacia Hans—. Lástima que el padre se encuentre arrestado por traición y no pueda corroborar vuestras palabras.

Nuevos murmullos agitaron la sala. El profeta regresaba ya a su sitio, desentendiéndose de los acusados.

—¡Mandad a buscarlo! —clamó Hans, fuera de sí.

Bockelszoon se detuvo en seco y encaró al carpintero:

—Podría hacerlo, pero comprendedme, no soy quién para contravenir las decisiones del consejo.

—¿Por qué no? ¿Acaso no afirmáis ser el Enviado de Dios?

—Oh, está bien, está bien —acalló los murmullos. Todas las caras se volvieron hacia él—. Hagamos una cosa: dejaré que decidáis vos, maese Gotha. Si insistís en que el fraile testimonie a vuestro favor, haré que lo traigan a nuestra presencia. Suponiendo que lo que decís sea cierto, eso salvaría a la que llamáis vuestra prometida, pero después —se le escapó una risita traviesa—, comprendedlo, después no tendré más remedio que exigir que lo ejecuten por desobedecer la orden de confinamiento. Vuestra es la decisión.

Una oleada de exclamaciones acogió sus palabras. Hans no daba crédito a sus oídos. ¿Se había vuelto loco aquel hombre? Aturdido, desvió la mirada hacia Paulette. La mujer le dedicó una mueca triste, fatigada.

El profeta aguardaba, henchido de satisfacción por su astucia.

—¿Y bien?

—¡Sois un monstruo, Bockelszoon! ¿Y aún os atrevéis a proclamar que sois el Elegido del Señor? —tronó, angustiado.

—Tsé, tsé... cómo se nota que no lleváis sobre vuestros hombros la dura tarea de gobernar —estaba encantado consigo mismo.

John Harris se acercó al profeta y murmuró algo a sus oídos. Ambos cuchichearon entre sí un rato. Luego, el de Leyden se encogió de hombros y alzó la voz:

—Parece claro que no apreciáis demasiado a la que llamáis vuestra prometida. Una pena, con lo hermosa que parece la moza. Qué se le va a hacer. ¿Hay alguien en la sala que tenga algo más que decir antes de que dicte sentencia?

Conrad Eisner avanzó un paso hacia el profeta:

—Yo estoy dispuesto a casarme con esa mujer para salvarla del castigo.

Paulette dio un respingo al escuchar al estudiante y sintió que se le caía el mundo encima. Hans desesperó. El hijo del armero le dedicó una sonrisa triunfal.

—¡No puede ser! —el grito sobresaltó a los presentes. En medio de la estancia, olvidado de todos, Jos el Pulga se agitaba—. ¡No puede ser, capitán! Yo fui el primero en pedir su mano. ¡Ha de casarse conmigo! —se arrojó a los pies del profeta y se agarró de sus ropas, implorante—. ¡Fui yo el primero, fui yo, vos lo sabéis!

Se desató un clamor de asombros. La muchedumbre murmuraba escandalizada, que unos reían y otros se lamentaban y eran un estrépito las voces y los cuerpos. Jan Bockelszoon había vuelto a sentarse y contemplaba divertido la escena. Con un gesto, ordenó a los hombres de armas que apartaran de sí al gemebundo Jos.

—¡Basta! —estalló, de súbito, poniéndose en pie.

Se hizo el silencio. El profeta se acercó a Paulette, cogió el rostro de la mujer y lo alzó, obligándola a enfrentar su mirada:

—¿Qué tienes, mujer, que tales pasiones despiertas? —comentó, casi para sí. Luego la soltó, se alejó dos pasos y la examinó de arriba abajo con ojos nuevos—. ¡Ah! ¿Qué sería de este pueblo sin su profeta? ¿Qué sería de vosotros si no me hubiera enviado el Todopoderoso para sosegar vuestros espíritus?

Se volvió hacia un crucifijo que colgaba de la pared. Meneando la cabeza, cual si en verdad se sintiera atribulado por los acontecimientos, se postró de hinojos ante la cruz. Nadie osó moverse. Muchos comenzaron a musitar una oración. También el profeta parecía rezar, alzadas las manos en ofrenda al Señor.

Los minutos se hicieron interminables. Harris y Conrad Eisner contemplaban al profeta con expresión ausente. Jos el Pulga se movía, presa de frenética inquietud, incapaz de mantener las miradas que de cuando en cuando le lanzaba Hans.

Al cabo, el profeta se levantó y se volvió hacia los presentes. Su expresión había cambiado: mostraba en ese instante una gran serenidad.

—No es fácil lo que me pide el Padre Celestial —murmuró apenas, fue haciéndose más firme su voz—. No, no es fácil, pero así ha de ser. Una vez más, me veo obligado a sacrificarme por el bien de la comunidad.

Murmullos, susurros intrigados.

—No puedo dividir a esta mujer en dos —dirigió una mirada a Hans—. Ni en tres, si tenemos en cuenta al carpintero. ¡Ah, Salomón, qué harías tú en mi lugar! Así pues, no me queda más remedio que tomar esta nueva carga sobre mis hombros y aceptarla conmigo. ¡Me sacrificaré, pues así lo quiere el Señor! Me casaré con ella — y se quedó contemplando a los presentes con una expresión ufana en el semblante.

Hans comenzó a vociferar, pero sus gritos apenas se oían en medio de la barahúnda que se montó. El profeta lo vio y se inclinó hacia Harris:

—Encerradlo. Después decidiremos qué hacer con él.

Un rumor de voces le sacó de su ensimismamiento. Al principio pensó que resonaban únicamente en su cerebro, hijas bastardas de la desesperación. Había oscurecido ya y la noche, hedionda, aturdió sus sentidos. Pero no, allí estaban otra vez, procedentes del cuarto de guardia que se abría al principio del pasillo.

Venían a por él. Habrían decidido ajusticiarlo, acabar cuanto antes con aquella pantomima. Se había convertido en un incómodo huésped, comprendió Hans, un testigo de la impudicia del profeta. Curiosamente, la idea de que sus verdugos se aproximaban no le alteró. Se hallaba más allá del miedo. Les pondría las cosas difíciles. Lo único que lamentaba era dejar a Paulette en sus manos.

Alguien manipuló la tranca que cerraba la puerta de la celda desde el exterior. Instintivamente, se puso en pie y se agazapó tras la hoja de madera, dispuesto a saltar sobre quienquiera que entrase.

—¡Maese Gotha! Maese Gotha, ¿estáis ahí?

Detuvo el movimiento justo a tiempo. ¿Qué...? Reconoció la voz:

—¡Maese Mollenbecke!

El rostro franco del herrero surgió a través de la puerta, iluminado por la luz de una candela.

—¡Gracias sean dadas al Cielo, maese Hans! Temíamos que os hubieran torturado. ¿Os encontráis bien?

Hans no salía de su asombro. Tras la figura robusta del herrador aguardaban expectantes otras siluetas.

—Os vamos a sacar de aquí —susurró maese Mollenbecke. El parche de su ojo daba a su rostro un aspecto inquietante, pero Hans jamás se había alegrado tanto de ver a alguien—. Vamos a hacernos con la ciudad.

—¿Esta noche? —musitó, desconcertado.

—Nos enteramos de lo que os había sucedido hace unas horas y decidimos actuar. Estos canallas están tan confiados en su superioridad que ni siquiera reforzaron la guardia. Hemos amordazado al vigilante.

La mente de Hans trabajaba a toda velocidad. Habían discutido en muchas ocasiones los planes, sabía bien lo que habían de hacer. ¡Por todos los santos, que jamás le agradecería lo suficiente a aquel hombre su oportunidad!

—El decreto de poligamia fue la gota que colmó la paciencia de los nuestros. Nos dirigíamos a vuestra casa esta tarde cuando nos enteramos de vuestro apresamiento.

Reconoció a varios de los hombres que aguardaban tras el herrero y les dirigió un silencioso saludo.

—¿Cuántos somos?

—No más de cincuenta. Tal y como convinimos, nos hemos dividido en grupos para detener a la vez a todos los predicadores. A estas horas más de uno habrá caído ya, debemos apresurarnos antes de que salte la alarma.

—¿Y Knipperdollinck? —Él era la clave. Como antiguo burgomaestre y actual Portador de la Espada, los hombres de armas acatarían su voluntad. Solo él podía impedir una batalla campal.

—Iremos primero a por él. Luego prenderemos al profeta.

—No: id vos a por Knipperdollinck. Yo me encargaré de Bockelszoon —susurró Hans—. Tiene a Paulette.

Henry Mollenbecke titubeó, pero la expresión decidida de Hans acabó por disuadirle.

—Como queráis —se volvió hacia los hombres que aguardaban en el—. Marteen, Thomas y Fritz os acompañarán. ¿Será suficiente?

—Dudo mucho que el profeta nos espere.

—De acuerdo, pues. Tomad esto —le tendió una daga nueva—. ¿Habéis usado una de estas alguna vez?

A Hans le asaltó el recuerdo de otra noche lejana, casi diez años atrás, cuando se introdujo en la tienda de Mangold von Fritzlar, el asesino de su familia.

—Sé cómo usarla.

—Bien pues. Que el Señor os acompañe, hermano.

Se deslizaron sigilosos a través de las desiertas callejuelas, los puñales prestos y los corazones en un puño, mientras un cielo cubierto de nubes creaba agujeros de oscuridad que danzaban por las esquinas. Fritz iba en cabeza, seguido por Marteen y Thomas. Hans cerraba el cortejo. La tensión aguzaba sus sentidos, hacía brotar una pátina de sudor en sus manos. Divisaron luces en las ventanas de algunas de las casas próximas a la catedral. Oscuras siluetas se agazapaban aquí y allá.

—Son de los nuestros, no hay nada que temer —le informó el que llamaban Thomas.

No tardaron demasiado. En uno de los laterales de la plaza, frente por frente con la catedral, se alojaba Jan Bockelszoon. Dos hombres de armas charlaban cerca de la puerta, calentándose a la luz mortecina de una hoguera.

—Ataquémosles por detrás —propuso Hans en un susurro.

Se dividieron en dos grupos. Retrocedieron para rodear la plaza y alcanzar la residencia por los laterales. Thomas y Hans fueron los primeros en completar el recorrido. Hans se asomó con cuidado a la plaza y echó una ojeada en dirección a los hombres de armas. Se hallaban sentados en torno al fuego, arrebujados en sus capas para protegerse del frío. Solo la luz agonizante de la hoguera dejaba intuir los contornos de los edificios, sombras recortadas sobre un cielo tan denso que se diría la bocana misma de los Infiernos.

Localizó la cabeza de Fritz que asomaba por el otro extremo del edificio. Hizo un gesto breve con la mano para indicarle que comenzaran a avanzar.

—Adelante, Thomas. Vamos allá.

Apretó el cuchillo en el puño y pegó la espalda a la pared. Comenzó a deslizarse

con sumo cuidado, rogando por no hacer ningún ruido. Los dos hombres les daban la espalda, vigilaban la plaza. No se esperaban un ataque por detrás. Una pátina de irrealidad velaba los pensamientos de Hans, cual si su espíritu se desgajara del cuerpo mortal y se observara a sí mismo desde fuera: una alimaña al acecho pronta para saltar. Le asombró la sensación: unas horas antes lo daba todo por perdido y en ese instante se disponía a rescatar a Paulette. Se sintió vivo, violentamente vivo y dueño de sí.

Fritz y Marteen se hallaban ya justo detrás de uno de los guardias, dos oscuros lagartos aplastados contra la pared. Avanzó unos pasos más y se situó tras el otro guardia. Al verlo, Fritz asintió y comenzó a deslizarse hacia el hombre de armas. Hans le imitó.

—Ni se te ocurra moverte —susurró al oído del soldado, al tiempo que le tapaba la boca con una mano y con la otra le colocaba la daga en el cuello. El fulano se quedó inmóvil.

Hans percibía el galopar de la sangre en sus sienes, la euforia que vivificaba sus sentidos. ¡Lo estaban consiguiendo! En un abrir y cerrar de ojos, amordazaron a los dos hombres y los arrastraron hasta uno de los laterales.

—¿Y ahora?

—Yo iré delante. Os guiaré hasta el dormitorio de ese maldito profeta —masculló entre dientes Fritz.

—¿Conoces la casa?

—Pertenece a mi familia hasta que se apropiaron de ella.

En el interior del palacete, la oscuridad se tragaba las siluetas. Fritz encendió una linterna ciega. Era preferible mostrar algo de luz a arriesgarse a tropezar y despertar a los durmientes. Indicó por señas a Thomas que aguardara junto a la entrada e hizo un gesto a Marteen y a Hans para que le siguieran.

Se dirigieron hacia el ala sur. Las sombras que dibujaba la linterna desfilaban por los corredores. A pesar de la escasa luz, el lujo de la casa saltaba a la vista en forma de tapices, jarrones, tallas... ¡Por todos los demonios! ¿Cómo podía alguien vivir de ese modo y condenar a muerte a aquellos que se negaban a entregar sus posesiones? La indignación creció en la garganta de Hans. Gruesas alfombras orientales cubrían los suelos, que se diría que caminaban sobre un mullido colchón de plumas. «Al menos no se oirán nuestros pasos».

—Es ahí —Fritz se detuvo y señaló una puerta entreabierta al final de un corredor. Cubrió el fanal casi totalmente y se acercó a la entrada: daba a la antesala del dormitorio, una cámara repleta de gruesos cortinajes, a juzgar por las sombras. Un rumor de voces y risas llegó hasta ellos. Fritz les señaló con el dedo el dormitorio.

—Debe de estar despierto, retozando con una de sus fulanas —bisbiseó.

El rostro de Hans adquirió un matiz pétreo al escuchar a su compañero. Por lo que él sabía, la misma Paulette podía hallarse en aquel dormitorio. Empuñó con fuerza el cuchillo y penetró en la antesala. Estaba vacía, pero en el extremo opuesto de la

habitación una puerta entreabierta dejaba escapar un rayo de luz. De allí provenían las voces. Se dirigió hacia allí y asomó con cautela la cabeza.

La mandíbula se le venció por el asombro. De pie sobre un arcón, vestido tan solo con un negro bonete y una capa de agustino que dejaba al aire la mayor parte de su anatomía, el profeta Bockelszoon giraba alocadamente, danzaba y se agitaba en una parodia de un monje procaz. Su pene enhiesto sobresalía de las vestiduras al ritmo de sus frenéticos golpes de cadera:

—¡Oh, Señor, oh, Señor! —exclamaba el profeta sin dejar de menear la pelvis— ¡Comprendedme, Señor, soy un pecador! ¿Qué podía hacer, sino reformar la Iglesia? ¡Pero alégrate, Señor, ahora todos podemos joder!

Hans se dio cuenta de que se trataba de una burla de Lutero. El profeta, borracho, daba grititos entrecortados en medio de su frenesí.

—¿Me perdonarás, Señor? ¿Me perdonarás? ¡Oh, esposa mía, soy solo un hombre! ¿Qué puedo hacer sino pecar?

Sobre el lecho reposaba desnuda Divara, la nueva esposa de Bockelszoon, la que antes fuera mujer de Matthys. La joven se retorció tratando de acallar sus carcajadas entre las sábanas. Era hermosa en verdad. Una hembra capaz de robarle la razón al más pintado.

—¡Ven a mí, Martín, yo te enseñaré lo que es bueno! —decía sin dejar de reír.

Hans apartó la cabeza. Al menos no se encontraba allí Paulette.

Los otros aguardaban expectantes:

—No creo que presente mucha resistencia. Está completamente borracho.

La noche se tiñó de espadas, de intempestivos despertares e imprecaciones acalladas. Los hombres de maese Mollenbecke recorrieron la ciudad como un sigiloso mayal justiciero, amparándose en las sombras, deslizándose subrepticamente en las casas para separar el trigo de la mies.

Uno tras otro, predicadores e Israelitas fueron sacados de sus lechos y conducidos a la cárcel del Rathaus. Algunos protestaron y sus voces hubieron de ser acalladas para no perturbar la silente ciudad. Otros, creyendo que los conducían al cadalso, presentaron resistencia e hicieron uso de dagas escondidas, de suerte que tres conjurados resultaron heridos antes de que los infames fueran dominados. Uno de los consejeros fue hallado en pecado de sodomía con un muchachito y, creyéndose perdido, se arrojó por la ventana de su dormitorio, con tan mala suerte que fue a clavarse en un rastrillo que alguien había dejado apoyado contra un carro. Los gritos del desdichado atronaron al vecindario hasta que consiguieron desclavarlo, que se descorrieron algunos postigos y le brotaron ojos a la noche, mas nadie osó salir para averiguar lo que sucedía. Hubo también quien lloró y suplicó clemencia, quien renegó a voz en grito de anabaptistas y visionarios y aun de la misma fe, y quien se dejó conducir en silencio, sin alharacas ni zapatistas, del lecho a la prisión.

Knipperdollinck fue uno de los primeros en ser detenido. El Portador de la



Espada olvidó sus aires al verse preso y suplicó entre gimoteos que no le hicieran daño.

—Haré lo que digáis, haré lo que digáis... —sollozó.

—Ordenarás a tus hombres que tiren las armas.

Con él como escudo, pronto los sublevados se hicieron con el control de la ciudad. Cuando moría la noche y alboreaban las primeras luces, los juramentados fueron reuniéndose en la sala principal del Rathaus. Traían los cuerpos quebrantados por el poco sueño y la mucha brega, mas una luz de esperanza enardecía sus semblantes. La sala, a pesar de lo temprano de la hora, hervía con los relatos de lo acaecido.

Hans se hallaba algo apartado, de pie al lado de una ventana, conversando en voz baja con maese Mollenbecke. Ambos acababan de regresar de las dependencias de la prisión, en los sótanos del edificio, adonde habían ido para comprobar el estado de los prisioneros. La revuelta había sido un éxito absoluto. La mayor parte de los consejeros y todos los predicadores, incluidos el profeta y los capitanes de la guardia, estaban arrestados: Bockelszoon, Knipperdollinck, Rothmann, Harris, Conrad Eisner y los miembros del consejo lloraban en esos instantes sus desdichas tras los muros de la prisión, bajo la vigilancia de hombres de confianza. Solo uno o dos predicadores de segunda fila habían conseguido escapar por no hallarse en sus casas cuando fueron a por ellos.

La ciudad era suya. Hans no cesaba de sonreír a diestro y siniestro, repartiendo bromas y palmadas aquí y acullá. Todavía tenía grabada en la retina la expresión incrédula de Jan de Leyden cuando habían irrumpido en su habitación, el gesto descompuesto del profeta. Primero se había negado a obedecer, tan seguro de su divina condición que incluso les amenazó con descargar la ira de Dios sobre el que osara tocarle. Luego se había derrumbado y comenzó a suplicar que no le hicieran daño:

—¡No he tocado a tu mujer! —le gritó a Hans, patéticamente, una y otra vez—. ¡No la he tocado, lo juro por el Señor! ¡Tómala, te la dejo, es toda para ti! ¿Quieres a Divara? ¿Quieres acostarte con Divara? ¡Tuya es!

Se dejó conducir a prisión entre zollipos y gimoteos. Hans llegó a sentir lástima por aquel miserable y tuvo que hacer un esfuerzo para recordarse qué era capaz de hacer. Le daba la sensación de estar despertándose de un mal sueño. La noche anterior se hallaba en una celda y ahora respiraba feliz, todavía bajo los efectos de la tensión, contemplando los rostros ufanos de los conjurados.

Buscó con la mirada a Paulette. Ayudada por varias mujeres, repartía queso y cerveza entre los que iban llegando. La habían hallado en una de las habitaciones de la residencia del profeta, donde velaba la noche vigilada por la primera mujer de Bockelszoon, la poco agraciada hija de Bernhard Knipperdollinck. En eso Paulette, al notar su atención, le dedicó una sonrisa radiante.

—¿Están todos?

Maese Mollenbecke se dejó caer sobre una silla. Rompía el día, se teñía el cielo de celajes.

—Todos salvo los que guardan la prisión —respondió alguien.

El herrero se llevó una mano a las sienes. Luego afirmó el parche sobre el ojo tuerto, alzó la cabeza y aguardó a que se hiciera el silencio:

—Hemos de convocar al pueblo. Hay que seguir con el plan.

Se había decidido entregar la ciudad. No todos estaban de acuerdo, que más de uno recelaba de la actitud del obispo y temía que el prelado quisiera vengar en ellos su frustración. Las discusiones se habían recrudecido a medida que pasaban las horas, pero al final Henry Mollenbecke había conseguido que prevaleciera su parecer:

—Es el mejor momento —insistió—. Las tropas mercenarias están desmoralizadas y el obispo sabe que no conseguirá rendir la ciudad sin completar el cerco y someternos por hambre. Y eso supone demasiado tiempo y dinero para pagar a sus hombres. Cada vez que hacemos una incursión, destruimos sus bombardas y diezmamos su campamento. En este momento, lleva las de perder.

—¡Más sed de venganza tendrá! —le interrumpió un orfebre.

—Y más clemente se mostrará con los que le ahorren tanto esfuerzo —insistió Mollenbecke—. Firmaremos la rendición a condición de que respete las vidas de los ciudadanos y sus propiedades. Si no acepta, nosotros tampoco. ¿Qué podemos perder?

—¿Y si después no respeta el pacto?

—Hemos de arriesgarnos. ¿Qué queréis? ¿Prolongar esta mascarada? ¿Devolverle la ciudad a Jan Bockelszoon para que nos mande decapitar? ¡Aunque no hiciéramos nada ese hombre terminaría por decapitar a media ciudad por un quitame allá esas pajas! ¿Queréis que vuestras hijas se vean obligadas a casarse con el primero que les pida en matrimonio y que compartan hombre con cuatro o cinco mujeres?

Sus opiniones habían prevalecido. Pero el herrero no era hombre de imposiciones. Llegado el momento, volvió a preguntar:

—¿Estamos todos de acuerdo?

Un murmullo de asentimiento recorrió la estancia. En los rostros de los hombres se mezclaba el cansancio y la excitación, la esperanza y el recelo.

—Sea, pues. Convoquemos al pueblo.

El frenesí de las campanas sacó a los prisioneros del duermevela en que se hallaban sumidos. Jan Bockelszoon dio un respingo y alzó la cabeza hacia la lucerna de la celda.

—No, no, no... —gimió, los ojos extraviados, el rostro desencajado por el terror—. ¡Convocan al pueblo, esos bastardos traidores convocan al pueblo! ¡Van a ajusticiarnos!

Llevaba buena parte de la noche sumido en el desconsuelo, alternando los delirios con momentos de sopor. Ahora, desquiciado, reinició sus gimoteos.

—No quiero morir. ¡Dios mío, no quiero morir!

Temblaba su cuerpo, se le estremecían las carnes de puro terror. Vestía el profeta un hábito de agustino excesivamente corto y se tocaba la cabeza con un bonete. Ninguna otra prenda cubría su desnudez, lo que le daba un aspecto grotesco, de simio en exceso crecido.

John Harris le dedicó una mirada de desprecio, pero nada dijo. Examinó a los otros compañeros de celda: Bernhard Rothmann y tres miembros del consejo, uno de ellos el anciano que Bockelszoon tiró al suelo el día que proclamó la poligamia. El viejo se acurrucaba contra una de las esquinas del calabozo y lanzaba miradas cargadas de resentimiento hacia el profeta.

No era el único. Salvo Rothmann, que parecía sumido en la meditación, los demás no dejaban de dirigirle miradas rebosantes de desdén. Pero Bockelszoon ni se daba cuenta. Se limitaba a gimotear y a darse golpes de pecho sin dejar de balancearse monótonamente adelante y atrás.

Harris suspiró quedamente. ¡Por sus muertos! ¡Qué estúpido había sido! Se había dejado atrapar como un inexperto mozalbete. La idea de su fracaso le desazonaba más que el probable fin que les aguardaba a todos. Morir, al cabo, ¿qué era sino una liberación? Pero dejarse matar por una caterva de santurriones.

No podía darse por vencido. Debía de haber algo que pudiera hacer.

El descorrer de una tranca le sacó de sus meditaciones. Venían a por ellos.

El día era desapacible, de nubes altas y rápidas que creaban sombras gélidas. Un viento frío soplaba fuerte desde el noreste, azotando las ropas y destemplando las carnes. En la plaza, la multitud recibió a los prisioneros en silencio. Los hombres de Mollenbecke los condujeron hasta el entarimado que se alzaba frente al edificio del consejo, el mismo desde el que solían sermonear los predicadores. Allí, enfrentando a la población, aguardaba el grueso de los sublevados.

—¡Estos son los tiranos! —clamó Mollenbecke al ver aparecer la columna de Israelitas—. ¡Estos son los locos que querían obligar a vuestras hijas a casarse con el primero que las pidiera en matrimonio, los que ordenaban decapitar a todo aquel que murmuraba una queja! ¿Os parecen ahora tan fuertes?

Hans examinó a la muchedumbre. Se percibía el rebullir, el desconcierto sorprendido. Las primeras palabras del herrero informando a la población habían sido recibidas con muestras de incredulidad, razón por la que este se había decidido a exponer los prisioneros ante la multitud. Mas la visión de los cautivos, lejos de sosegar los ánimos y aliviar los semblantes, despertaba en la mayoría una suerte de compungida preocupación. Preocupación y lástima, que muchas eran las mujeres que contemplaban al profeta con el rostro herido de compasión. No lo entendía. ¿Acaso no les parecía suficiente horror el vivido hasta entonces?

El herrero señaló la hilera de prisioneros. Jan Bockelszoon, en el centro del entarimado, hecho un ovillo sobre el suelo, observaba a la multitud con los ojos

desorbitados por el más puro terror.

—Estos hombres son los responsables de nuestras desdichas. Por ellos vivimos en una ciudad cercada y por ellos mueren nuestros hijos, nuestros vecinos y nuestros padres atravesados por flechas enemigas. ¿Acaso sus promesas se han hecho realidad?

La multitud se agitaba, bullía, se debatía en la duda. Hans podía notar la perplejidad y la indecisión en el mar de rostros. Muchos asentían, pero muchos más permanecían irresolutos. Escuchaban a Henry Mollenbecke, pero sus ojos no se apartaban de los profetas. Oían sus palabras, pero no las escuchaban. Sobre todo las mujeres.

El herrero también se percató de lo que sucedía y lanzó una mirada perpleja hacia Hans. Fue lo peor que pudo hacer. Un buen número de los que le escuchaban se dieron cuenta de su vacilación y los murmullos se acrecieron.

—¡Yo os digo —alzó los brazos para hacerse oír. Pero el herrero no era un buen orador. Su voz se perdía en altibajos, se cortaba, se empantanaba en titubeos—, yo os digo que ahora somos libres de actuar! Y que... —dudó una vez más, hizo un gesto perentorio para silenciar los murmullos, trató de continuar—, ¡debemos entregar la ciudad!

El vocerío se desbordó. Las gentes ya no escuchaban; se volvían unas a otras y discutían entre sí. Un grupo de mujeres, las más cercanas al profeta, comenzó a desgañitarse cual plañideras y a tirarse de los pelos. Hans se percató de que había sido una mala idea mostrarles a los cautivos, pues su aspecto movía a la compasión. Creían que eran ellos los que le habían colocado aquellas ridículas ropas al profeta para agraviarlo y la afrenta las enervaba.

—¡Enviaremos una delegación para pactar con el obispo la rendición de la ciudad!

La voz del herrero levantó un clamor de indignaciones. ¿Entregar la ciudad? ¿Rendirse? No eran palabras bien elegidas. Para cuantos habían acudido a Münster desde sus aldeas, rendirse al prelado era regresar a lo que siempre habían sido: volver a convertirse en siervos. Muchos tenían motivos sobrados para recelar de los representantes de la Iglesia católica y, aunque no les encantara su situación, jamás se entregarían voluntariamente. Hans comprendió el error cuando oyó los primeros gritos:

—¡No! ¡Traición!

Aquellas palabras sobrevolaron la plaza, incrustándose en el ánimo de los presentes.

—¡Papistas! ¡Id a besarle el culo a la prostituta de Roma!

La multitud vacilaba, se agitaba como un animal herido, sin determinarse a actuar. Hans vio rostros hinchidos de furia que escupían improperios. Otros contemplaban a los sublevados y a los prisioneros, todavía indecisos. Volvió la vista hacia atrás y descubrió lo que veía la muchedumbre: la mayor parte de los alzados eran burgueses,

mercaderes y artesanos del metal, orfebres y cambistas. Todos cuantos el pueblo despreciaba por su riqueza y su posición. Se dio cuenta de que las gentes jamás accederían a entregar la ciudad: para ellos sería como ofrecer el cuello al verdugo voluntariamente.

No fue consciente de lo que siguió. Sencillamente, dio un paso al frente, alzó los brazos y se escuchó a sí mismo bramar:

—¡Un momento!

Su vozarrón, su corpulencia de gigante, su imperioso ademán consiguió el milagro: las gentes se apaciguaron y prestaron atención.

Tragó saliva. Por el Dios de los Profetas, ¿qué iba a decir? ¡Él no sabía hablar en público, como todos esos predicadores! La multitud aguardaba por sus palabras.

—Muchos... Muchos de vosotros me conocéis... Y conocéis al padre Baltasar... —asintieron algunas cabezas—. Sabéis que llevamos años por los caminos, perseguidos. ¡Acudimos a Münster estábamos hartos de huir! Pero... ¡esta no es la ciudad con la que soñábamos! —se detuvo, sin saber bien por dónde proseguir, y la vista se le escapó hacia el profeta Bockelszoon, que había recuperado cierta dignidad y le escuchaba con el semblante crispado. Lo señaló con el dedo y prosiguió—: ¡Tenemos fanatismo y locura en vez de un guía comprensivo y respetuoso! Tenemos...

—¡Tenemos pan! —se alzó un grito desafiante de entre la multitud—. ¡Tenemos pan y somos todos iguales! ¡Traidores!

Hans alzó las manos, muy nervioso. ¿Quién le mandaría a él meterse en camisas de once varas? ¡Si al menos estuviera allí el padre Baltasar! Con el jaleo, ni se había acordado de él. Probablemente seguiría en el hospital, sin enterarse de nada. Pero tenía que intentarlo solo. Ya era tarde para dar marcha atrás.

—¡No! ¿Quiénes son los verdaderos traidores? —gritó, tratando de hacerse oír por encima del clamor de la multitud—. ¡Ellos son los que nos han traicionado!

—¡El profeta no ha traicionado a nadie! —gritó una voz, muy cerca. Se volvió y descubrió a John Harris, que le dirigió una mirada desdeñosa mientras señalaba con una mano al caído Bockelszoon. ¿Es que nadie les había amordazado?—. ¡Él no ha traicionado a nadie! —repitió Harris—. Os ha dado lo que nunca tuvisteis. Os ha dado pan, os ha dado victorias, os ha cuidado en vuestra angustia y en vuestra desesperación. ¿Qué sería de esta ciudad sin él? ¡Los lansquenets del obispo ya la habrían saqueado!

Una oleada de asentimientos recorrió la plaza. Uno de los sublevados se dirigió hacia Harris y le propinó un golpe para hacerlo callar, pero la agresión enardeció más a la multitud.

—¡Dejadlo hablar! ¡Dice la verdad! —se oyeron varios gritos.

Hans observó al profeta. Se había levantado y se hallaba más sereno.

—¡Hermanos! —clamó—. ¡Hermanos, amados míos! ¡Ved el estado en que nos tiene la ingratitud y la traición! ¿Permitiréis que entreguen nuestra ciudad al tirano de

Roma? ¿Queréis ver cómo violan y matan a vuestras mujeres?

—¡No, no!

—¡Traidores! ¡Felones!

Un grupo de mujeres, presas del delirio, se abalanzaron hacia el profeta. La multitud se agitaba, explotaba en aullidos de rabia. Varios de los sublevados se dirigieron hacia Bockelszoon para evitar su liberación, pero se detuvieron al verlo rodeado por las mujeres y se miraron entre ellos, indecisos.

Hans comprendió que todo estaba perdido. Varios hombres subían al entarimado con los rostros desencajados por la furia. Trató de localizar a Paulette, pero no la vio por ninguna parte. Debía de haberse quedado en el Rathaus, o quizá había acudido al hospital para informar a Baltasar y ver a Jean. Desesperado, trató de abrirse paso entre la maraña de cuerpos.

—¡Detenedlos! —escuchó el grito del profeta elevándose sobre las cabezas—. ¡Detened a los traidores!

Un individuo se abalanzó sobre él aullando furiosamente. El griterío era tremendo. Una confusión de cuerpos y chillidos, de golpes y ayes le rodearon. Propinó un fuerte empujón al fulano, pero este volvió a la carga. Descargó un puñetazo sobre la mandíbula del hombre, oyó un crujido y su atacante cayó al suelo desvanecido. No se detuvo a comprobar su estado. Tenía que salir de allí como fuera. Abrirse paso hasta el hospital y rogar porque Paulette estuviera allí.

Varios más se le echaron encima. Alguien le propinó una patada en el estómago que le obligó a doblarse sobre sí mismo, boqueando por el dolor. Intentó erguirse, pero sintió un tremendo golpe en la cabeza. Lo último que vio fue la madera del estrado que ascendía veloz hacia él.

## 6

Un roción de agua helada le devolvió a la realidad. Hans abrió los ojos y se sintió traspasado por un ramalazo de dolor.

—Está despertando.

Confuso, con la mente embotada, trató de enfocar la visión. Se hallaba en un amplio sótano de piedra iluminado apenas por dos hachones en las paredes. Le habían atado una cuerda a las muñecas y colgaba del techo al modo de un ternero preparado para el sacrificio. A sus pies, un corpulento individuo con la cara picada de viruela y un cubo de madera en la mano le examinaba con calibradora indiferencia.

—¿Qué...? —Al intentar hablar, un nuevo ramalazo de dolor le atravesó el cráneo. Debían de haberle dado un tremendo golpe. Tenía la cara y la boca cubiertas por una sustancia pegajosa: su propia sangre, supuso. Trató de concentrarse, pero se hallaba demasiado aturdido para articular palabra.

Otro individuo entró en su campo de visión y susurró algo al primero. Ambos se giraron y miraron hacia algún punto situado detrás de Hans. Luego se dirigieron hacia allí, desapareciendo de su vista.

Aprovechó para examinar su situación. El olor del humo y del sudor, de los orines, de la sangre y la humedad anegaba la estancia y sofocaba la respiración. No era el único prisionero. A su derecha, también colgado del techo, reconoció a Marteen, uno de los que le habían acompañado a apresar a Bockelszoon. El joven tenía el rostro vencido sobre el pecho y los ojos cerrados, desvanecido. El pelo le colgaba en guedejas ensangrentadas sobre la frente. Los ayes apagados le confirmaron la presencia de más prisioneros. Se hallaban en una sala de tortura, probablemente en los sótanos del Rathaus.

Se le escapó un gemido. Sentía cada latido del corazón en la cabeza como si fuera un cuchillazo. La tensión de las cuerdas en sus muñecas le desgarraba la piel y un hormigueo feroz le recorría los brazos, yertos por la falta de riego. Las articulaciones de los hombros emitían agudos mensajes de dolor.

Trató de pensar con claridad, pero el sufrimiento y la confusión eran demasiado intensos. Muchas veces había oído hablar de torturas infligidas a hermanos anabaptistas y siempre se había estremecido por el horror de los relatos, pero nunca se había imaginado que un día se vería él en tal tesitura. Se dio cuenta de que no tenía escapatoria.

—Bueno, empecemos con este de una vez.

El individuo de la cara picada de viruela apareció otra vez ante él. Hans trató de articular palabra, pero solo consiguió que unos gemidos entrecortados salieran de su garganta. El verdugo alzó la vista hacia él y lo estudió con la misma indiferencia con que examinaría una res en el mercado.

—La grande —le dijo a alguien que estaba detrás de Hans—. Parece resistente.

Alguien manipuló un objeto pesado a sus pies. Sintió que le ataban una cuerda en torno a los tobillos y un acceso de comprensión anegó su cerebro: le iban a aplicar el tormento que llamaban de la garrocha, que consistía en colgar al reo de una polea en el techo y amarrar un peso a sus pies. Se le alzaba lentamente y luego se le soltaba de súbito. Las articulaciones se salían de su sitio y provocaban un intensísimo dolor.

Comenzó a transpirar de puro miedo. Una mezcla de rabia y ansiedad, de impotencia y humillación le invadió. ¿Qué iban a hacer con ellos? ¿No les llegaba con ajusticiarlos? Porque los iban a ajusticiar, de eso estaba seguro. ¿Para qué entonces tanto sufrimiento? ¿Era eso lo que les pedía su maldito Dios?

Sintió el tirón y creyó que se le desgarraban las carnes. El peso de la piedra era tremendo, suficiente para desgajarle brazos y piernas. Las cuerdas se hincaron en sus

carnes. El dolor fue a partir de ese momento la única realidad.

—¡Son unos bastardos hijos de mil padres, unos pedos de lagartija! Los están torturando, padre, los están torturando sin compasión.

Klara Hätzlerin respiraba agitadamente, se bamboleaba al compás de la indignación, desbordaban las lágrimas sus mejillas. Frente a ella, hundido en una desvencijada silla de una de las salas del hospital, los ojos enajenados, se hallaba el padre Baltasar.

—La ciudad entera está llena de guardias. Entran en las casas y lo revuelven todo, arrestan a quien les viene en gana y se lo llevan al Rathaus. Han prohibido echar el cerrojo de las puertas y la gente se refugia en sus casas sin saber qué hacer. Bockelszoon y los Israelitas se pasean rodeados de guardias, furiosos como plagas bíblicas. ¡Se han vuelto locos, padre, malditos excrementos de rata! ¡Y aún hay quien les aclama al pasar!

Baltasar no acertaba a responder. Ni siquiera se preocupaba por decirle a la buena mujer que bajara la voz, no fueran a oírle los hombres de armas que guardaban las puertas del hospital. La noticia de la sublevación y del arresto de Hans lo había traspasado con la intensidad de una lanza hincada en el corazón. Su mente se retorció, chirriaba, incapaz de asumir la realidad. ¡Malditos fueran todos los profetas, malditos todos los dioses! La culpa la tenía él. Él y sus malditos sueños, sus estúpidas ansias de perfección. ¿Es que no había comprendido, después de tantos años, que el hombre no era más que un animal salvaje? Había arrastrado a Hans a aquel infierno. Le había fallado. A él y a todos cuantos confiaban en él, cuantos se pusieron en sus manos.

—¿Y Paulette? —fue su voz un gemido, un lastimoso chirrido.

—Ha sido recluida en la residencia de Bockelszoon, vigilada por varios guardias. Nadie la puede ver y no la dejan salir. Se dice que el profeta piensa casarse con ella a pesar de todo, para vengarse de Hans.

—He de hacer algo —susurró el padre, la mirada extraviada—. He de hacer algo...

—¡Nada podéis hacer, padre, maldita sea! ¡Ni vos ni nadie! Los accesos al Rathaus están fuertemente vigilados y si os cogen fuera de aquí os ajusticiarán como a los demás. ¡Nada! ¡No se puede hacer nada!

El fraile no respondió. Sus ojos bailaban alucinados, ya no veían a la cocinera. Solo movía la cabeza a un lado y a otro, como el badajo roto de una campana.

Había perdido la noción del tiempo. ¿Cuántos días llevaba allí? Las horas se sucedían en espantosa procesión, interminables, solo marcadas por el temor a que en cualquier momento se abriera la puerta de la celda y el tormento volviera a comenzar. El dolor era su única constante. Un dolor intenso, lacerante, que le provocaba espasmos y le hacía perder la consciencia. El dolor y los gritos desgarrados de los que sufrían el suplicio. Gritos que no cesaban nunca, hora tras hora, día y noche. Gritos de angustia,



alaridos infernales. Se colaban en el aturdimiento causado por el dolor y le provocaban delirios de terror que tiznaban de muerte sus sueños. Ni siquiera era capaz de moverse. Cuando venían a buscarlo para llevárselo a la sala de tortura, tenían que alzarlo en volandas, incapaz ya de sostenerse con sus propias piernas, como un espantapájaros quebrantado. Tenía los brazos y las piernas descoyuntados. Había perdido mucha sangre y ya no le quedaba nada, salvo el dolor. Ni siquiera era capaz de pensar. Solo sentir. El mundo entero era una sombra carmesí.

—Debes comer algo, mujer. Si no lo haces, enfermarás, y Jan me echará la culpa a mí. ¡Es que no te entiendo! ¿Quieres estar fea para la boda? ¡Deberías estar saltando de alegría! ¿Tú crees que el profeta elige a la primera que se le cruza por delante para casarse?

Bárbara era una hembra simplona y supersticiosa, una alfaguara de palabras, una lengua estúpida y sin freno. De carnes entecas y huesos prominentes, tenía el pecho más plano que el de una niña de siete años y unas entendederas aun menos prominentes. En su calidad de primera mujer de Bockelszoon, se sentía en la obligación de cuidar de Paulette y aconsejarla.

—Ya verás, chiquilla. ¡Ah, qué hombre! Cuando me enteré de lo de la poligamia esa me agarré una rabieta de las buenas, pero después él habló conmigo y me lo explicó. Me contó todo eso de los profetas y de lo malo que es que haya tantas mujeres solas y que él tenía que dar ejemplo, ya sabes, por algo es el principal de aquí. ¡Solo ver su rostro me derretí! Y es que no te haces una idea de lo considerado que es. ¡Y tan hermoso como un Adonis! —ponía los ojos en blanco, arrastrada por un arrebató de grotesca lujuria—. ¡Cada vez que se dirige a mí me aturullo y me quedo callada como una boba! ¿Te lo imaginas? Pero bueno, ya verás como tú y yo nos llevamos muy bien. ¡Ah, es tan encantador...!

Atosigaba a Paulette con sus monólogos interminables, con su estulticia y su dedicación. Desde hacía tres días, era el único ser humano al que veía. Acudía puntualmente a traerle las comidas y se quedaba un rato con ella haciéndole compañía, en absoluto desalentada por los desaires de la francesa, saltando sin cesar de un tema a otro igual que una rana borracha. Paulette no le hacía caso. Ni siquiera se molestaba en responder a sus saludos. Solo pensaba en Hans. En Hans y en lo que debía de estar pasando en los sótanos del Rathaus. Cada vez que lo imaginaba se le subía la angustia a la garganta y amenazaba con ahogarla. La desesperación se fue apoderando de ella a medida que pasaban los días. No podía dar un paso. La ventana había sido atrancada y la puerta se hallaba vigilada día y noche. Y, aunque pudiera escapar, ¿qué iba a hacer ella, sola, una vez fuera?

—Dicen que será un espectáculo ejemplar —proseguía infatigable el chorro de palabras de Bárbara—. ¿Te lo imaginas? ¡Cincuenta condenados de una vez! Y los van a decapitar a todos para que nadie olvide las consecuencias de enfrentarse al profeta.

El corazón de Paulette dio un vuelco:

—¿Qué estás diciendo?

Bárbara dio un respingo:

—Pues eso, mujer. Mañana al amanecer ejecutarán a los rebeldes. ¡Se lo tienen muy merecido, sí señor! ¡Así aprenderán!

¡Al día siguiente! Paulette sintió que un pozo de negrura se abría bajo sus pies.

—Pues lo que te decía, yo no hago caso, pero la gente dice que Divara le tiene sorbido el seso. ¡A mí no me importa! Yo sé que no soy muy hermosa, pero al final se cansará de ella y volverá a mí. ¿Pues no se casó conmigo primero, no dijo que poseía una profunda hermosura interior?

—¡Fuera!

La rabia estalló como una gigantesca burbuja de lava que llega al cráter del volcán. Paulette se levantó de la silla y se lanzó sobre Bárbara.

—¡Fuera, largo de aquí, márchate! ¡Fuera!

Ni siquiera era consciente de lo que hacía. Agarró a la mujer por las ropas y los cabellos y la arrastró hasta la puerta a empellones, sin dejar de insultarla. Bárbara chillaba como un cochinito ante el matarife y trataba de zafarse del chaparrón de golpes que caía sobre su cuerpo.

—¡Socorro! ¡Se ha vuelto loca, socorro! —luchaba por alejarse de Paulette, corría también hacia la puerta. Logró alcanzar el picaporte y abrir.

—¡Largo de aquí!

En el corredor, dos guardias las miraron estupefactos. Paulette cerró la puerta de golpe, respirando violentamente.

Al día siguiente. La desesperación la asfixió.

Al día siguiente.

Se dejó caer sobre el suelo como un guiñapo sin voluntad.

Al día siguiente.

El repicar de las campanas se filtró a través de sus delirios y le retrotrajo a su infancia, cuando acudía con toda su familia a la iglesia para el servicio dominical. Fue una visión nada más, y dejó flotando tras de sí el olor de los panecillos recién hechos y la amargura de la nostalgia. Entonces volvió el dolor, y con él los espasmos febriles que le atormentaban desde hacía una eternidad.

La noche anterior, si es que era ya de día, no lo habían llevado a la sala de torturas. Lo habían dejado reposar. ¿Cuánto tiempo hacía que no comía? El hambre agujereaba sus entrañas, un suplicio más que unir al tormento en que se había convertido su cuerpo.

Campanas. Comprendió que no solo sonaban en su sueño. Eran reales, flotaban en el aire distante, a su alrededor. «¿Será domingo?», pensó, aturdido, sin darse cuenta de su situación. Trató de alzar la cabeza, pero mil clavos de dolor martillaron sus sienes y le hicieron desistir. Se desvaneció.

El retumbo de los tambores le sacó de su sopor. Sonaban muy cerca, atronadores, resonaban en su cerebro causándole lanzazos de dolor. Algo estaba sucediendo. Se percató de que ya no se oían gritos de tormento. ¿Se habría acabado todo ya?

El descorrerse de la tranca de la puerta despertó su aprensión. Había aprendido a temer aquel sonido, preludio de nuevas sesiones de suplicio. Un instante después, la puerta se abrió.

Apenas podía articular un pensamiento coherente. Notó que varios hombres se inclinaban sobre él y luego recibió un chorro de agua fría sobre el rostro. Sacó la lengua, sediento, incapaz de concentrarse en nada que no fuera calmar su sed.

—Está en las últimas. Llévalo entre los dos —alguien hablaba muy lejos.

Cuando lo cogieron de los brazos para levantarlo, el dolor regresó con agónica intensidad. Trató de decir algo, pero su lengua estaba hinchada y tumefacta. Se dio cuenta de que lo arrastraban por un largo pasadizo y se preparó para lo peor.

La luz le cegó. No comprendía qué estaba sucediendo. ¿A dónde lo llevaban? La luz y un sordo clamor, el bramido exaltado de... de una multitud. Trató de abrir los ojos. Sombras borrosas se movían ante él, espectros torvos, amenazadores. Gritaban. Gritaban sin cesar.

Hizo un esfuerzo titánico por despejarse. Ya ni siquiera sentía el dolor. Abrió los ojos y entonces, como un fucilazo, comprendió la verdad. Se hallaba en la plaza del Rathaus. Los gritos que escuchaba eran los de la muchedumbre que había acudido a contemplar su ejecución.

Se dejó arrastrar, incapaz de hacer otra cosa salvo seguir respirando. «Qué absurdo —atinó a pensar—, morir por un Dios que siempre me ha resultado indiferente». Nunca se había ocupado de Dios. ¿Dónde se hallaría Paulette? Ya nunca vería a su hijo. «Le he fallado. A los dos». Un olor incongruente le vino a la memoria: el de la madera recién trabajada. Añoró el taller de maese Otto, allá en Wittenberg, y se dijo que al final no había conseguido montar su propio taller.

Se dio cuenta de que alguien se dirigía a la multitud. Algunas palabras llegaron hasta él, pero no consiguió discernir su significado. Sus ojos, ahora más acostumbrados a la claridad, acababan de divisar los cuerpos ensangrentados que llenaban el cadalso. Le parecieron estrambóticos con sus forzadas posturas y sus troncos descabezados, como árboles a medio desmochar.

Iba a morir. De la forma más absurda, ajusticiado por aquellos que se decían sus hermanos. Iba a morir. La indiferencia lo invadió.

Notó que lo dejaban caer al suelo. Alguien agarró su cabeza y se la colocó bruscamente sobre un tocón. Percibió el olor de la sangre fresca. Bajo él, débil pero todavía perceptible, latía el aroma familiar de la madera. Le vino a la cabeza la imagen de Paulette. «¿Qué será de ella?»

Un dolor lacerante, salvaje. El alarido de la multitud.

Luego, nada.

## Capítulo XIV

### Münster, Westfalia 1534-1535

#### 1

Se despertó en mitad de la noche, con el cuerpo bañado en sudor y una sensación de apremio galopando en su pecho. Se quedó muy quieto, un ovillo de carne, escrutando las siluetas imprecisas de la habitación mientras luchaba por desprenderse de los últimos jirones de la pesadilla. «Se trata solo de un mal sueño —se dijo—. Uno más». Pero la congoja le oprimía el corazón y sofocaba su respiración.

Unas lágrimas mansas humedecieron las mejillas de Jean. Se sentía mal, muy mal. No lograba descansar. Por el día se distraía ocupándose de los enfermos y cuidando del padre Baltasar. Pero, por las noches...

Se removió bajo la sábana. Debía de ser pasada la medianoche, pero todavía hacía calor, un calor viscoso que le pegaba el áspero lienzo a la piel. El verano estaba resultando bochornoso. Se secó las lágrimas con la sábana y examinó la habitación. La luz de las estrellas bañaba las sombras, dotaba a los objetos de un halo de plata. Todo parecía tan tranquilo... .

El padre Baltasar dormía en el camastro cercano. Podía oír su liviana respiración, tan tenue como la de un pajarillo herido. No entendía lo que le pasaba. Desde..., desde que Hans ya no estaba con ellos, era como si el fraile también se hubiera ido. Seguía allí, a su lado, pero ya no estaba. Se pasaba los días sentado en una silla con la mirada perdida. De vez en cuando, Jean le oía murmurar algunas palabras, que se diría que hablaba con algún espíritu que solo él veía.

Aunque no se lo había dicho a nadie, Jean había descubierto un ventanuco en la parte posterior del hospital al que le faltaba uno de los barrotes. De vez en cuando salía por él y se escabullía hasta la residencia del profeta, con la esperanza de ver a su madre. Hasta el momento no lo había conseguido, pero no perdía la esperanza. No había visto a su madre, pero sí había visto algo que preferiría no ver jamás.

Un escalofrío recorrió su columna vertebral al recordarlo. Porque aquella tarde Jean se había dirigido hacia la plaza del mercado, justo frente al Rathaus de la ciudad.

No sabía bien por qué lo había hecho, salvo que una fuerza más grande que él le impelió a acercarse hasta allí. Aquel era el lugar en el que Hans había sido ajusticiado y sentía un oscuro deseo de contemplarlo. Quizá fuera todo una mentira. Quizá, si se llegaba hasta la plaza, descubriría al carpintero sentado en un rincón, charlando tranquilamente con sus compañeros.

Se deslizó por las calles tratando de pasar desapercibido. Las gentes con las que se cruzó no le prestaban atención. Se limitaban a seguir su camino, indiferentes, con un aire de resignación abatida en sus cuerpos mal vestidos. Se dio cuenta de que algo había cambiado en la ciudad, aunque tardó tiempo en comprender de qué se trataba: ya no se oían risas.

Le costó llegar al Rathaus. Cada vez que veía soldados daba un rodeo por otras calles, temeroso de que alguno le reconociera. Al final consiguió deslizarse por una callejuela que daba a la plaza y guarecerse tras una esquina.

Entonces las vio, y su pequeño corazón dio un vuelco, pues en el centro de la plaza del mercado, clavadas en unas picas, dos cabezas contemplaban desde sus cuencas vacías la ciudad.

Le sobrevino una tremenda arcada que le obligó a doblarse sobre sí mismo y se le vaciaron las entrañas en una oleada de espasmos tan fuertes que creyó morir. No se reconocían ya los rostros. Los cuervos les habían arrancado los ojos y las moscas pululaban sobre la podrida piel, pero una de las cabezas conservaba todavía jirones de cabellos rojos. Era Hans.

—¿Los conocías, muchacho?

Desde un portal cercano, una anciana le observaba con tristeza. Su cuerpo permanecía semioculto en las tinieblas del zaguán.

Asintió. Se sentía tan mal, tan mal...

—El profeta los ha mandado clavar ahí para que todos recordemos cómo acaban los que levantan su mano contra él. Ordenó que se excavara una tumba en el centro de la plaza y que fueran enterrados en ella los cincuenta traidores, para que sus cuerpos fueran pisoteados por cuantos entren en el Rathaus.

Aquel día habían comenzado las pesadillas. Nunca conseguía recordarlas, pero se despertaba con la sensación de no haber descansado, bañado en sudor, estremecido por la angustia. No podía olvidar la imagen de la cabeza de Hans.

Jos el Pulga llenó su escudilla y buscó con la mirada un sitio vacío en los bancos del comedor comunal. Muchos fingían no verle, pero él sabía que le espiaban. No dejaban de hacerlo. Lo perseguían con sus miradas acusadoras, lo señalaban a hurtadillas y se reían de él. Sí, lo hacían. Se reían de él como se habían reído John Harris y el mismísimo profeta. Y lo despreciaban.

Aquellas miradas lo agobiaban. Se sentía vigilado, censurado, despreciado. Le perseguían día y noche, una y otra vez. Se despertaba al alba con la sensación de que cientos de ojos lo escudriñaban. Cumplía sus turnos de guardia en las murallas como

el que más, pero sus compañeros actuaban como si no existiera: se limitaban a escupir al suelo cuando pasaba por su lado. Nadie le respetaba. Apreciaban al carpintero y le acusaban de su muerte. ¡Maldito fuera, ojalá se pudriera en el Infierno para toda la eternidad! ¿Es que ni siquiera muerto se iba a librar de él?

Nerviosamente, dio unos pasitos hacia un banco en el que quedaba un lugar vacío, sabiendo de antemano lo que iba a pasar. En la mesa almorzaban varios hombres que habían venido de Amberes en el mismo grupo que Hans, él mismo y el padre Baltasar.

No llegó a aproximarse demasiado. Al comprender que se dirigía hacia su mesa, los hombres se acomodaron en el banco de modo que no quedara ningún sitio libre. Nadie le miró. Se limitaron a moverse y a seguir comiendo de sus escudillas, como si nada hubiera sucedido.

Algo se rompió en su interior. Un remolino profundo, un azote que desató las últimas hebras de cordura. Alzó la cabeza, desafiante, y paseó la mirada en derredor. Nadie le hizo caso. Como si no existiera.

Supo entonces lo que iba a hacer. Dejó la escudilla sobre la mesa más cercana. El individuo que se sentaba allí le dirigió una mirada de fastidio, pero Jos se dirigió a saltitos hacia la puerta.

No lo aguantaría más. Demostraría al mundo quién era Jos el Pulga. Haría que los que ahora le menospreciaban se arrepintieran de sus burlas. Avanzó bajo el sol fuerte de la canícula en dirección a las murallas. Sería lo mejor, la única manera de acabar de una vez por todas con las murmuraciones, con las miradas acusadoras, con la repulsa y el desdén. Era injusto, pero así debía ser. De ese modo daría fin no solo a las críticas: también al sentimiento de culpa que enraizaba en su corazón. ¡Por el Cristo en la cruz, él solo pretendía vengarse! ¿Es que nadie lo podía entender?

El sol pegaba duro en lo alto del paseo de ronda. Una placidez somnolienta se extendía por la campiña, envolviéndola en un aire de ensueño. A lo lejos, tras las atalayas y parapetos del enemigo, tras las bocas de los cañones y los cuerpos adormilados de los centinelas, fulguraban los lienzos multicolores del campamento del obispo.

Era cada vez más grande. Daba la impresión de que una nueva ciudad, a espejo y semejanza de la antigua, comenzaba a levantarse frente a Münster, cual si el prelado hubiera decidido levantar un nuevo burgo para sustituir al perdido.

Se fijó en un jinete que cabalgaba por la tierra de nadie: un hombre moreno, de poblados mostachos, que recorría el perímetro de la ciudad sin apartar la mirada de las fortificaciones. Había oído hablar de él a los compañeros de guardia. Llevaba semanas haciendo lo mismo: se acercaba cabalgando hasta la ciudad y la rodeaba lentamente, escudriñando el adarve. Le llamó la atención el aire desenvuelto y la pericia que revelaban sus movimientos. Fuera quien fuese, sabía lo que se traía entre manos: avanzaba justo en el límite de la línea de tiro, allá donde ni balas de arcabuz ni flechas perdidas podían alcanzarle. Por un breve instante, cuando el caballero

cruzó por delante de donde se hallaba, sus ojos se encontraron en la distancia.

Retrocedió de un salto y se puso a examinar la pared interior de la muralla. Encontró enseguida lo que buscaba: una de las cuerdas que los centinelas usaban para subir desde la calle las cestas con piedras y municiones.

Lo mejor sería hacer lo que tenía que hacer cuanto antes. Lo único que lamentaba era saber que no iba a estar presente cuando los que ahora le criticaban lo descubrieran.

¡Rediós! No soportaba ese maldito calor pegajoso, que se le metía a uno bajo la piel y le amostazaba las carnes. Si alguien le hubiera dicho en Castilla que su principal enemigo iba a ser esa ardentía de soles desquiciados, le habría tomado por chiflado. Pero así era.

El capitán Nuño Puebla refrenó un instante a la yegua y se quitó el morrión para secarse el sudor que goteaba por su frente. Demasiado tarde se acordó de la herida que tenía en el dorso de la mano, un corte causado por la cuchilla de una moharra y que se le había infectado. El contacto con el sudor de la frente le hizo soltar una imprecación.

Se le colmaba la paciencia. Las semanas se sucedían y el sitio de la ciudad se prolongaba. Su relación con el obispo fluctuaba, meciéndose al compás del tornadizo humor del joven prelado: ora le trataba con cortesía, ora le ninguneaba públicamente hasta bordear la ofensa. Nuño tragaba bilis y aguardaba. Sabía que el obispo esperaba ayuda militar del emperador, pero don Carlos se hallaba en Castilla y no daba señales de interesarse por la rebelión de tan lejano burgo. En su lugar, el prelado se encontraba con un capitán de los Tercios al que no se atrevía a desairar abiertamente y una orden insólita y perentoria: facilitar la captura de un niño.

El obispo Waldeck desconocía el origen del chiquillo. Para él se trataba del vástago de una familia francesa al que, por razones que se le escapaban, don Francisco de los Cobos quería llevar a España.

Al menos, el prelado se había dado cuenta del absurdo de lanzar un ataque tras otro contra una ciudad que mantenía incólumes sus defensas y había aceptado su sugerencia: lo importante era vencerlos por el hambre y la sed, por lo que se imponía la necesidad de completar el cerco y aislar totalmente a los herejes para evitar que infectaran el resto del cuerpo. Ya se habían producido algaradas anabaptistas en las comarcas vecinas. Los muy bastardos estaban enviando emisarios cargados de panfletos a otras ciudades, en un intento de extender su herejía. ¡Si al menos consiguiera descubrir el lugar por el que salían de la ciudad! En ese caso, podrían introducir tropas y acabar de una vez por todas con aquella locura. La entrada tenía que estar en alguna parte: quizá fuera un portillo, un túnel, quizá unas piedras sueltas ocultas tras un matorral. Pero, por más vueltas que daba, no conseguía localizarla. ¡Si pudiera acercarse más!

Mientras tanto, lo importante era aherrojar el cerco. Convertir la ciudad en un

sarcófago bien sellado. Y para eso hacían falta tropas.

Y para reclutar tropas era necesario dinero, mucho dinero. Los consejos municipales de algunos burgos, alarmados ante los brotes de herejía en sus términos, comenzaban a enviar mesnadas a Münster. Él mismo había despachado un correo a Castilla, recomendándole a don Francisco de los Cobos el envío de una compañía de los Tercios, o al menos una coronelía, para aplastar a los apóstatas. El secretario real debía estar informado de lo que se cocía en aquellas aguas, aunque Nuño sabía que no entraba en sus planes intervenir.

Espoleó a la yegua para que avanzase al paso en torno a las murallas. Necesitaba un golpe de suerte. Después de tantas semanas, seguía sin resolver el problema principal: ¿cómo reconocer al muchacho? Solo sabía de él que era rubio, que tenía unos ocho años y que lo acompañaba una muchacha francesa. No era mucho. ¡En esas tierras todos eran rubios! El otro problema era sacarlo de la ciudad. Si esperaba hasta el ataque final —y mucho se temía que dicho ataque todavía se postergaría por largo tiempo—, el muchacho podría perecer.

La indecisión lo enervaba. ¡Demontres, él era un hombre de acción, no valía para estar rascándose el ombligo mientras se devanaba los sesos!

Una figura escuálida, de movimientos nerviosos y breves, llamó su atención en lo alto de la muralla. En la distancia, su mirada se cruzó con la de la figura, pero Puebla no hizo caso y siguió avanzando. Otro maldito diablo, uno de aquellos miserables herejes que defendían que todos eran iguales. ¡Por la puta de Babilonia, todos iguales! Dejó escapar una carcajada amarga. ¿Cómo se podía ser tan inocente?

Quedaba otra opción. Los informes de los espías hablaban de un capitán, un inglés de piel de leche que se había convertido en la mano derecha del profeta. Con esa descripción, tenía que ser el agente de la duquesa de Etâmpes, John Harris.

Y John Harris era el único que podía identificar al niño.

Un estertor le sobresaltó. Volvió la vista hacia el adarve.

—¡Rediós!

Un cuerpo brincaba por la parte exterior del lienzo de la muralla, estremeciéndose como una pulga histérica, al extremo de una soga.

¿Es que estaban todos locos en aquella ciudad maldita? ¿Pues no se había ahorcado el bastardo?



Paulette alzó la cabeza y contempló a través de la ventana la plaza de la catedral. Comenzaba a oscurecer y la explanada se hallaba casi desierta. Un grupo de arrapiezos jugaba cerca de la residencia con espadas de madera. Corrían uno tras otro y se enfrentaban en simulados duelos, enfrascados en sus guerras de cachorros. Hasta ella llegaban sus gritos alborozados e inconscientes, levemente amortiguados por la distancia.

Contuvo una lágrima traicionera y trató de concentrarse en el bordado que tenía entre manos. Todas las tardes se sentaba en el poyo de la ventana para bordar, con la esperanza de ver aparecer a Jean por la plaza. Sabía que aquello no era posible. Sabía que no le dejaban salir del hospital, pero incluso así no podía evitar permanecer allí, vigilante, examinando desde su ventana a los chiquillos.

Klara había ido a visitarla en varias ocasiones y le había asegurado hasta la saciedad que Jean se encontraba bien. Cuidaba del padre Baltasar y de los heridos y se comportaba con gran sensatez. Saberlo aliviaba la opresión de su pecho, pero no disminuía el anhelo de verlo.

Dejó el bastidor a un lado y posó la mano sobre su vientre, tratando de sentir la vida que crecía en ella. Iba ya para tres meses y su cuerpo comenzaba a engordar. ¡Era tan extraño, tan fascinante! Durante años se había creído estéril. Había sufrido primero por no poder darle un hijo a Robert, y luego por no dárselo a Hans. Y ahora que se había producido el milagro, se hallaba totalmente sola.

Un cuchillo de dolor le robó el aliento, como siempre que pensaba en el carpintero. Trató de alejar de sí el recuerdo. Todavía era demasiado pronto, poco más de mes y medio... Todavía se le hacían sangre las entrañas al convocar su memoria. Tenía que esforzarse por continuar. Lo único que importaba era aquella vida que le brotaba de lo más hondo, aquella criatura que era ella y era Hans.

Cada vez le costaba más creer que hubiera una realidad fuera de su cuerpo. Ya ni la cháchara interminable de Bárbara Kniperdollinck, tan persistente como el zumbido de las moscas en verano, conseguía sacarla de sí. La mujer se había encaprichado de ella a pesar de sus desplantes y solía visitarla con frecuencia. Bárbara se sentía sola, pues Bockelszoon vivía únicamente para Divara. Pero a Paulette aquellas cuitas le parecían llegar de muy lejos, como si una fosca tenebrosa la mantuviera alejada de los demás. Se limitaba a dejarla hablar mientras bordaba y atendía las señales de su interior. ¡Deseaba tanto sentir la primera patada del bebé!

Si seguía viva era por aquella criatura. Por ella y por Jean. ¿Cómo soportar, si no, el dolor, cómo hacer frente a las humillaciones de las últimas semanas? Frunció el ceño. Los recuerdos iban y venían, teñidos de una pátina de irrealidad. Percibía el frío de su corazón, el dolor sordo, la apatía con la que se había dejado conducir a la estrambótica ceremonia de matrimonio.

El profeta lo tenía todo preparado. Aún estaba fresca la sangre de los amotinados cuando Bockelszoon irrumpió en su habitación. Vestía ricas sedas y brocados y un ridículo gorro tocado con grandes plumas, que más se diría cortesano engolado que

predicador. Se le había acercado hasta acariciar su barbilla. El recuerdo del tacto de aquella mano todavía le provocaba escalofríos.

—¡Ah, querida! Me temo que he de daros mi más sincero pésame... y mi enhorabuena —chispeaban sus ojos de satisfacción, se perdía su voz en meandros de desdén—. Pésame por la muerte de vuestro prometido y enhorabuena por vuestros próximos esponsales. Conmigo, claro.

—Jamás me casaré con vos.

Bockelszoon se había reído:

—¡Oh, querida! Sí que lo haréis, y de buena gana, si queréis que vuestro muchacho, ¿Jean, se llama?, siga con vida.

Varios hombres de armas la llevaron a la catedral. Allí, en presencia de Divara, Bárbara y unos pocos Israelitas, Bernhard Rothmann ofició una breve ceremonia. Todo fue tan rápido que apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que sucedía. Ni siquiera recordaba haber dado el sí.

Pero lo había hecho. ¿Qué otra opción le quedaba?

—Dicen que el obispo planea lanzar un nuevo ataque contra Münster. ¿Es que no aprenderá, el muy bobo? ¡Como si se pudiera derrotar al profeta, que tiene de su parte al Señor! ¿Es que no sabe ese obispucho que si Jan quiere puede convocar a una legión de ángeles para defendernos? —Bárbara bordaba sin dejar de parlotear—. ¿Vos creéis que nos atacará, Paulette? ¿Y si al obispo también le ayudan los ángeles? No, pero eso no puede ser, claro, no iban a pelear unos ángeles contra otros, qué tonta soy. Aunque por otra parte ya lo hicieron, ¿verdad? ¿No era Lucifer un ángel que se rebeló? ¡Ay, hermana, con razón dice nuestro marido que eses son cosas de hombres! Porque la verdad yo no entiendo de tales sutilezas.

La noche de la boda, Bockelszoon había hecho uso de sus derechos como marido. Había sido más una confirmación de su dominio que un acto de placer. Entró en el dormitorio con evidentes muestras de ebriedad, la arrojó sobre la cama y comenzó a arrancarle las ropas. Paulette se dejó hacer. Apenas se movió mientras el profeta vencía la resistencia de las sayas y la ensartaba con su miembro y se agitaba sobre ella. Solo recordaba el olor de su piel sudorosa, tan distinto del de Hans. Un olor ácido que se escondía bajo una capa de perfume dulzón. El olor y la mirada grosera, triunfal, que le dedicó al terminar. Luego compuso sus prendas y, sin pronunciar palabra, salió de la habitación.

No había vuelto a aparecer. Las primeras noches, Paulette se refugiaba en el lecho temblorosa, agotada por el calvario de sus sentimientos, temiendo oír en cualquier instante el sonido de la puerta al abrirse para dar paso al profeta. Pero no se repitió. Evidentemente, comprendió Paulette con la distancia, lo único que buscaba Bockelszoon con aquella boda era mostrar ante todos su poder. Su nueva esposa no era más que un trofeo, la evidencia de su triunfo sobre los sublevados. Mas era Divara la que le sorbía el seso, la que enervaba su deseo y acaparaba su atención. Divara, la viuda de Matthys, que le había usurpado a Bárbara el puesto de primera

esposa y que se pavoneaba orgullosa de su preeminencia por toda la ciudad. Paulette la había visto pocas veces. Las suficientes para calarla... y para procurar no meterse en su camino: se trataba de una hembra artera, que no tenía reparos en usar los encantos con que la naturaleza la había adornado. Una mujer capaz de las más viles bajezas con tal de medrar. Bockelszoon, con todo su poder, no era más que un pelele sin urdimbre en sus manos.

—No sé cómo podéis estar tanto tiempo callada, Paulette. ¿Se puede saber qué os pasa? ¡Ah, lo que daría yo por hallarme en vuestro estado! ¿Os imagináis? ¡Un bebecito hermoso y glotón, un Jan Bockelszoon en miniatura! Seguro que si me quedara embarazada, se olvidaba de esa Divara.

Unos golpes discretos en la puerta interrumpieron la cháchara de Bárbara. La mujer, presa de un súbito nerviosismo, se acercó a Paulette:

—¿Habéis oído? ¡Tenemos visita! ¡Seguro que es Conrad, hermana mía! ¡Ah, qué emocionante! ¿Y si llegara a enterarse nuestro marido?

Paulette alzó la cabeza y contempló en silencio a Bárbara. Conrad. Conrad Eisner. El antiguo estudiante la confundía. Había adquirido la costumbre de pasarse a visitarla casi todas las tardes, cuando se lo permitían sus ocupaciones como capitán de la guardia. Llegaba, saludaba tímidamente y se sentaba en el poyo de la ventana, frente a frente, tan turbado y medroso como un mozo de cuadra enamorado de una princesa.

¿Qué podía hacer ella, prisionera sin rejas, salvo callar? Pero no comprendía qué era lo que buscaba viniendo allí todas las tardes. Paulette ni siquiera le daba conversación. ¡Por Dios! ¿En qué hura había escondido toda su arrogancia y su insolencia? Apenas reconocía en aquel Conrad al que meses atrás la atemorizaba.

Había cambiado. Por fuera seguía igual, vestido con sus ridículas calzas de colores y sus capas de piel, sus barbas recortadas y su barriga prominente. Pero había cambiado. Su altanería y su arrogancia parecían haberse esfumado como por ensalmo. Le desconcertaba. Una tarde se había puesto a recordar sus tiempos en Wittenberg, cuando él y Hans todavía eran amigos... y Paulette, para su sorpresa, se descubrió bebiendo aquellas palabras que le abrían las carnes, sí, pero que le hablaban de un tiempo en el que todo estaba por venir.

Le daba lo mismo. Si Conrad quería pasarse las tardes sentado a su lado, que lo hiciera. Lo único que le importaba era aquella vida que llevaba en las entrañas. Lo único que quería era escapar de aquella ciudad de locos con Jean y con el bebé.

La ansiedad se apoderó de Conrad Eisner a medida que se acercaba a la habitación de Paulette. En el confuso torbellino en que se había convertido su mente en las últimas semanas, la idea de que la francesa se negara a recibirle le desazonaba hasta lo indecible. Cada tarde sufría la misma zozobra hasta que conseguía traspasar la puerta de su cámara, una desazón que lo dejaba perplejo e incomodaba hasta la última fibra de su ser.

¡Era tan hermosa! Al principio había deseado poseerla, saciarse con su piel tersa y con la miel de sus labios. Poco a poco, sin embargo, todo había cambiado: ya no era solo el deseo. Le hervía la sangre, se agolpaba una sed extraña en sus huesos y en sus ojos al ver a Paulette. Comprendió que no había otra hembra para él que la francesa, que hasta cuando yacía con otra se le venía a las mientes el perfil de su rostro y el verdor de su mirada. Se la merecía. ¿Quién mejor que él para apreciar sus encantos?

Pero se la habían arrebatado. La bilis se le subía a la garganta cada vez que pensaba en ello. Se la habían arrebatado Harris y Bockelszoon con una maniobra tan artera como vil. ¡Pensar que había confiado en ellos, que los que tenía por sus hermanos de sangre y razón, que incluso llegó a admirar al inglés por su noble linaje! Un caballero de verdad jamás se comportaría de modo tan vil. ¡Y el profeta! ¿Pues no se conocían desde los tiempos en que Bockelszoon era un simple farandulero? ¿No le había auxiliado, él, Conrad, en tantas ocasiones, librándole de maridos celosos y novios ultrajados cuando juntos recorrían los pueblos predicando la nueva fe? ¡Así le pagaban su buen corazón!

Los dos le habían traicionado. Le hicieron creer que Paulette ya era suya y, cuando alargaba la mano, el zarpazo del profeta le desgarró la carne y le arrebató la presa. ¿Y para qué? Todavía debían de estar carcajeándose a su costa. Pues Bockelszoon, le confesó Bárbara tras muchos titubeos, se había limitado a tomarla una sola vez, como un perro que marca su territorio, antes de abandonarla en un rincón.

¿Qué hacer? No acertaba a aclararse. Mil veces se decía que era ridículo tanto fervor, mil más que haría bien si se hacía por la fuerza con lo que le correspondía por derecho. Mas al instante le sobrevenían las dudas al acordarse de la imagen de su amor. ¡Ah, cruel Cupido, tanto más cruel cuanto que le alcanzaba con sus flechas cuando le quedaba ya tan lejos la edad de la pasión! Anhelaba conquistar a Paulette, vencer su resistencia con la fuerza del amor. Ya no le bastaba satisfacer sus deseos. Necesitaba saberse objeto del deseo de la mujer. Debería haber nacido noble, que nunca mayor error cometiera la fortuna al repartir condición. ¿Pues no era noble el sentir tanta devoción? ¿Dónde se viera burgués con tales pasiones? Ese amor probaba más allá de toda duda la naturaleza patricia de su carácter.

Paulette sería suya algún día, cuando las cicatrices de su ridículo amor por Hans se hubieran cerrado. No tenía prisa. En cierta forma, disfrutaba con aquel juego, con aquel ir y venir de los sentimientos, con la proximidad y la silenciosa adoración. ¡Ah, qué dulce desazón! Solo necesitaba tiempo para franquear los muros que encastillaban su amor... y tiempo sobrado tenía, gracias a su embarazo. Ni siquiera le importaba que estuviera en estado. De alguna forma, eso le permitía tejer con calma su tela de araña, ir venciendo lentamente sus defensas. Sería un hijo de Hans, naturalmente.

Agitó la cabeza, incómodo ante el recuerdo del carpintero. No era momento de pensar en Hans. Paulette aguardaba por él. ¿Le dejaría disfrutar de su compañía esa

tarde? La posibilidad de no verla aceleró los latidos de su corazón. No, no, seguro que le permitía entrar en la habitación. Se deleitó mentalmente con el anticipo de la plácida conversación, la presencia tan adorable de su amor.

Un hombre de armas que hacía guardia frente a los aposentos de Paulette le saludó. Conrad depositó discretamente en su mano algunas monedas, que el cancerbero se guardó con gesto veloz. Podía no circular el dinero en Münster, mas el deseo del metal estaba bien arraigado en el alma de los hombres.

Llamó con suavidad a la puerta y aguardó pacientemente a que le franquearan el paso. Todo iría bien.

### 3

Nació el mes de septiembre del año del Señor de 1534 cuando un orfebre de una ciudad vecina que, atraído por las doctrinas anabaptistas, se había instalado en Münster antes del cerco, se erigió en profeta y comenzó a predicar frente al Rathaus. Respondía el nuevo apóstol al nombre de Dusentschur y era enteco de cuerpo, con miembros finos y quebradizos que hablaban de una vida de encierro en su taller. Llevaba las barbas crecidas y las palabras sueltas y se cubría con un colete de piel cosida que le venía grande y le daba un aspecto de rabadán.

El hombre apareció una mañana en la plaza del mercado. Había bullicio de hembras vocingleras y mozos descarados que holgaban al sol del estío. Frente al Rathaus, bajo la presencia olvidada de las cabezas de los sublevados, varios hombres de armas paseaban su condición. Una cola de peticionarios aguardaba su turno a las puertas del edificio del consejo. El orfebre dejó atrás las picas que soportaban los macabros restos, pasó ante la fila de suplicantes y se subió a un carromato. Con fuertes voces, exigió atención del populacho y declaró que había recibido una revelación del Padre Celestial. Las gentes se congregaron a su alrededor.

—El Dios de los Cielos ha posado su mirada sobre mí —proclamó, muy ufano—. Habéis de saber que Sus palabras son miel para los oídos, maná para el cuerpo fatigado, tan sabias que aturden los sentidos del creyente y estremecen hasta el último de los cabellos del que le escucha con el alma pura. ¡El Señor ha hablado a través de mí!

Fue acreciéndose la multitud. El orfebre poseía una voz fuerte que se imponía sin dificultad a la algarabía de la plaza. Habló de la bondad y de la sabiduría de Dios y de la inminente Segunda Venida, cuando los puros serían respetados y la Espada de la

Justicia caería sobre los cuellos de los malvados. Muchos de los oyentes portaban vendajes, secuelas de las recientes batallas, y vieron que lo que decía era verdad. El fervor se fue apoderando del gentío, atrayendo a cuantos pasaban en ese momento por la plaza.

En eso, la puerta del Rathaus se abrió y en ella apareció Jan Bockelszoon en compañía de Knipperdollinck, el Portador de la Espada, y varios dignatarios más. Todas las cabezas se volvieron hacia el grupo y una oleada de excitación sacudió la plaza. Muchos se preguntaron qué iba a pasar.

—¡Ahí está nuestro Mesías! —gritó el orfebre Dusentschur, señalando hacia el profeta. ¡Ahí está el Ungido de Dios!

Brotaron murmullos desconcertados aquí y acullá, pues nunca antes osara alguien pronunciar tales palabras. Unas mujeres, al ver que Jan de Leyden se acercaba, se postraron de hinojos para implorar su bendición. También el orfebre cayó de rodillas sobre el carromato y humilló la mirada. Durante unos instantes, mientras Bockelszoon se aproximaba, todo fue turbación y fervor de Dios.

—Prosigue, hijo mío —concedió Bockelszoon con un gesto paternal cuando estuvo al lado del carromato—. Cuéntanos lo que el Buen Dios te ha confiado.

Dusentschur alzó la cabeza y se levantó. En su mirada se enardecía la emoción.

—El Padre Celestial me ha revelado que Jan de Leyden va a ser rey de la tierra entera —creció su voz a medida que hablaba, dominando los murmullos de la muchedumbre—. ¡Bockelszoon dominará a todos los reyes, príncipes y grandes de la tierra, pues es el heredero del cetro y el trono de su predecesor David!

Ya no contemplaba al profeta. Sus palabras se hundían en las mentes del gentío.

—¡Así me ha hablado el Padre Celestial!

De un salto, Dusentschur se bajó del carro y se dirigió hacia Knipperdollinck, que contemplaba la escena con una expresión de bobalicona maravilla. Antes de que nadie pudiera reaccionar, el orfebre se hizo con la Espada de la Justicia que colgaba siempre del talabarte del Portador. Un murmullo estremeció a la concurrencia. Pero el nuevo profeta no hizo caso: regresó al carromato y ordenó a Bockelszoon que se aproximara.

Todos callaron. ¿Cómo se atrevía a alzar la voz y a portar un hierro desnudo en presencia del profeta? No había ojos que no se clavaran en la extraña figura del orfebre, en el traspuesto Jan de Leyden, que obedientemente se acercó al carro y humilló la cabeza. La consternación sacudió las entrañas de la plaza. Habían sido testigos de la sublevación, dos meses atrás. Sabían que desde entonces el profeta se guardaba de pasear sin hombres de armas por la ciudad. ¿Cómo es que humillaba la testa desnuda ante el filo de una espada? Algo de gran trascendencia estaba a punto de suceder.

Dusentschur alzó la espada sobre sí, elevándola con las dos manos, y la presentó al gentío:

—¡Esta es la Espada de la Justicia! —proclamó.

Ungió a Leyden y lo proclamó rey de Nueva Sión:

—¡Tú reinarás con el nombre de Mesías de los Últimos Días!

Nadie reaccionó. Las bocas abiertas se volvían hacia Bockelszoon, que contemplaba la espada con expresión afligida. El profeta se dejó caer al suelo y comenzó a retorcerse y a gemir a voz en grito, lamentándose de sus defectos y declarándose impuro. Bernhard Knipperdollinck se echó a su lado y comenzó a vocear:

—¡Debéis aceptar, oh magnífico rey! ¡Asumid vuestra responsabilidad, guiadnos hacia la Tierra Prometida!

—Soy impuro, soy impuro... —gimoteaba el profeta, los ojos extraviados, echándose tierra sobre sí.

—¡Es el Altísimo el que os lo ordena!

Bockelszoon se retorció en espasmos de mística indecisión.

—¡Padre Celestial! —tronó su voz desde el suelo, las manos alzadas en ofrenda— ¡Guía a tu hijo en esta nueva tarea que cargas sobre sus hombros!

Su rostro se había transfigurado, relucía con febril resplandor bajo la luz de la mañana. A su alrededor, las gentes se arrodillaban en señal de sumisión. Bockelszoon se puso en pie y se subió de un salto al carromato. Cuando se dirigió a la multitud, su voz reveló la emoción que le embargaba:

—De la misma manera David, un humilde pastor, fue por orden de Dios ungido por el profeta y proclamado rey de Israel. Dios actúa así a menudo, y quien se resiste a Su voluntad atrae sobre sí la ira divina. Se me ha dado poder sobre todas las naciones y potestad para utilizar la Espada para aturdir a los débiles y defender a los justos. ¡Que nadie en esta ciudad se manche con el crimen o se oponga a la voluntad de Dios, pues será sin tardanza muerto con la Espada! ¡Yo soy el Mesías redivivo y así lo proclamo!

De la muchedumbre brotó un murmullo de protesta que fue creciendo en intensidad. Jan de Leyden empuñó la espada y describió un arco con ella sobre las cabezas de los congregados. Dominando con grandes tragos su furia, exclamó:

—¡Qué vergüenza! Murmuráis de las órdenes del Padre Celestial... ¡Aunque os unieseis todos para oponeros a mí, aun así y a pesar vuestro, yo reinaré no solo sobre esta ciudad, sino sobre todo el orbe, pues el Padre así lo ha querido! Y mi reinado, que ahora empieza, perdurará y no conocerá fin.

Nadie osó responder.

—¡Y ahora marchaos! ¡Marchaos y proclamad la nueva a las gentes de buena voluntad!

Un estupor cauteloso acogió sus declaraciones. Las cabezas se volvían unas a otras, se rehuían los ojos desconcertados. Brotó un rumor de pies y de ansiedades. La gente se dispersó hacia sus casas, con el corazón encogido por la opresión.

—Vaya, vaya, mirad a quién tenemos aquí... Últimamente os hacéis muy caro de

ver, querido Conrad...

El estudiante se dirigía a ver a Paulette. Al verse interpelado, dio un respingo y alzó la vista. Del zaguán del palacio emergió John Harris. Su rostro lucía una sonrisa.

—¿Venís a ver al rey? —preguntó con aparente afabilidad.

Conrad se detuvo, azorado. Lo último que esperaba era encontrarse al inglés allí.

—¿Al rey? Oh, bueno, yo...

—Porque en ese caso habréis hecho el viaje en vano. El rey no se encuentra aquí.

—Ah —en el incómodo silencio que siguió, Conrad fue muy consciente de la escrutadora mirada de Harris.

—Hace tiempo que no hacemos una visita a la casa de baños. Ya que el rey no está, ¿qué os parece si nos tomamos un descanso de nuestras ocupaciones y nos relajamos un poco?

Conrad titubeó, tentado de aceptar la invitación. ¡Olvidarse de todo, disfrutar como dos viejos camaradas, solazar el cuerpo y el espíritu con una hembra solícita y terminar la madrugada con una cogorza descomunal! Pero al punto se acordó de la traición del inglés, principal causante de que le hubiesen hurtado a Paulette: acompañar a Harris significaría perdonar la afrenta, algo que no estaba dispuesto a hacer.

—Bueno, yo... Quizá en otra ocasión... .

John Harris asintió, sin dejar de observarle:

—Como queráis, por supuesto. En otra ocasión será.

Conrad dejó escapar una risilla:

—Sí, eso, en otra ocasión —y atravesó el zaguán hacia el interior de la residencia. ¿Por qué no había insistido el inglés? ¿Es que ya no lo consideraban uno de los suyos? No le habían advertido de lo de la proclamación del de Leyden como Mesías ni le requerían con la frecuencia de antes. Unos días atrás, Bockelszoon había estado repartiendo marquesados, ducados y condados como un auténtico rey, pero a él no le había otorgado ninguna dignidad. Cada vez que lo pensaba, sentía que algo rechinaba en su interior. Las cosas no iban bien. No, no iban bien.

Harris le siguió con la mirada hasta que desapareció. Luego se volvió hacia los hombres que hacían la guardia en la puerta:

—¿Adónde se dirige?

Uno de los soldados le mostró una sonrisa desdentada:

—Oh, señor, viene todas las tardes a... —compuso una guiñada salaz— a *hacer compañía* a la esposa francesa del rey, si me entendéis... .

Harris no dijo nada. Claro. El muy necio estaba prendado de aquella mujercita.

—¿Se queda mucho rato?

—Oh, bueno, señor, normalmente hasta la puesta de sol.

Dudaba mucho de que Bockelszoon estuviera enterado de aquello. ¿Qué diría el rey si llegaba a saber que uno de sus capitanes le ponía los cuernos con una de sus esposas?



«No es más que un pobre diablo». Pero había algo que no le cuadraba. Hiciera lo que hiciese con la francesa, eso no justificaba el alejamiento que había percibido en él. Quizá no fuera mala idea vigilarle.

Paulette no alzó la mirada del bastidor cuando Bárbara abrió la puerta y dejó pasar a Conrad. El antiguo estudiante se había convertido en una presencia cotidiana. Llegaba a media tarde, se sentaba en el poyo de la ventana y permanecía allí, por ratos en silencio, por ratos conversando sin esperar respuesta de su parte. Tanto él como Bárbara eran dos constantes en su vida de encierro. Ni siquiera sentía ya por él la animadversión que tiempo atrás le provocaba su presencia. Ahora que lo conocía algo mejor, se daba cuenta de que no era más que un pobre diablo. Si se escarbaba bajo su altanería, no se encontraba más que una cáscara inflada y vacía.

En cierta forma, le daba lástima. Al menos, sus visitas servían para mantenerla informada de lo que sucedía en la ciudad. Por él se había enterado de la proclamación de Bockelszoon como rey y Mesías y del recelo con que tal proclama había sido recibida por el pueblo.

—Supongo que ahora debo llamaros mi reina, Paulette.

Un estremecimiento sacudió sus entrañas al escuchar tales palabras. Tan clara como si fuera pronunciada en aquel mismo instante, le vino a la mente la profecía de la vieja Nastasia, la campesina de la alquería de Rennes. «La sangre real te rodea, niña, y tú misma serás la esposa de un rey —había dicho—, pero la tragedia y el dolor irán siempre contigo».

Había más. Algo sobre afrontar el destino y... No conseguía recordarlo con exactitud. Pero aquello fue suficiente para despertar su perplejidad. ¡Por la Virgen, se había convertido en efecto en la esposa de un rey! Le agradara o no, el matrimonio con Jan de Leyden era una realidad... Y Leyden ahora era el rey.

Turbada, profundamente conmovida, Paulette reconoció la verdad de aquella profecía tanto tiempo atrás pronunciada. La sangre real la rodeaba... por medio de Jean; ella era la esposa de un rey. Y la tragedia y el dolor eran sus compañeras de camino, tan tenaces como sanguijuelas de pantano. Se acarició instintivamente el vientre que comenzaba a abultarse. Tenía la sensación de ser una hoja arrastrada por vientos que escapaban a su comprensión.

Pero sobreviviría. Lo único que le importaba era sobrevivir. Burlaría al destino, cualquiera que este fuese. Alzó la vista, todavía con la mano en el vientre, y observó de soslayo a Conrad. El antiguo estudiante contemplaba la plaza a través de la ventana con un rictus de amargura en su rostro. Paulette tragó saliva. No le gustaba lo que se disponía a hacer, pero no veía otra salida.

—Estáis muy callado hoy.

El soldado dio un respingo. Era la primera vez en varios días que Paulette le hablaba.

—No, no, es solo que acabo de encontrarme con John Harris, ya sabéis, el capitán

de la guardia de vuestro marido... —se detuvo en seco al advertir que se endurecía el ceño de la mujer.

—No es santo de mi devoción —explicó Paulette.

Aquello dio alas a Conrad:

—Hasta el momento lo consideraba mi amigo, pero ya no sé qué pensar.

Sorprendieron tales palabras a Paulette. El hijo del armero de Brunswick siempre se comportaba como un rústico deslumbrado por la pedrería palaciega. Su boca se volvía bombástica cuando hablaba del inglés, que se le escapaban los elogios admirados sin que pudiera remediarlo. ¿Qué había cambiado en la relación de aquellos dos? Comprendió que no podía dejar escapar la ocasión:

—¿Confiáis en mí, Conrad?

Casi se cae del banco el estudiante en su intento por parecer sincero:

—¡Por supuesto, mi señora! ¿Cómo podéis dudarle siquiera?

Resultaba patético. Algo se acoró en el corazón de Paulette.

—Contadme qué os hace dudar de Harris.

Vacilando al principio, progresivamente más firme, Conrad Eisner comenzó un largo repertorio de agravios reales o imaginarios.

—Hemos perdido una magnífica oportunidad de romper el cerco, mi señora. ¿Cómo es posible que un noble como él, educado desde la infancia en el arte de la guerra, no lo haya visto? ¡Qué impropio de su condición! Si me hubieran hecho caso, a estas horas la ciudad habría sido liberada. Pero no, el rey solo tiene oídos para él. Comienzo a pensar que he equivocado mi juicio. Hay una sombra en ese hombre que me pone nervioso. Me pregunto si no será un farsante.

Paulette asintió. Necesitaba ganarse la confianza del estudiante para que la ayudara en sus propósitos, comprobar hasta dónde llegaba su lealtad. Lanzó una mirada al otro extremo de la habitación, en el que Bárbara, por una vez en silencio, bordaba aparentemente ajena a la conversación. Tenía que intentarlo. Era hora de poner en práctica su plan. Bajó la voz, esbozó una súplica premiosa:

—Vos, Conrad, ¿haríais algo por mí?

El hijo del armero solo acertó a asentir con precipitación. Paulette sintió náuseas. Le repugnaba el servilismo de Conrad. Casi lo prefería altanero y prepotente. Pero también se aborrecía a sí misma por jugar con aquel infeliz al gato y al ratón:

—No os será fácil, pero sois el único en quien puedo confiar —bajó la voz hasta que no fue más que un susurro—. Necesito que me traigáis a Jean.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Examinó el rostro del estudiante, buscando un gesto de rechazo o una ira escondida... y aguantando la respiración.

—Pero vos sabéis tan bien como yo que Jean está prisionero.

—Solo os pido que lo traigáis de cuando en cuando hasta mí. Lo único que quiero es verlo, saber que está bien. ¿Qué mal hay en eso? Vos estaréis siempre presente, claro, y si viene con vos nadie lo detendrá.

Verlo, abrazarlo. Y conseguir que Conrad quebrantara una orden de Bockelszoon.

Paulette lo sabía bien desde sus años en Amberes: cuesta mucho transgredir la ley... la primera vez. Si conseguía que el estudiante desobedeciera al rey una sola vez, después sería fácil empujarlo por la pendiente de la traición. Era su única oportunidad para salir de aquel infierno.

—Haré lo que pueda.

## 4

La proclamación de Jan Bockelszoon como rey de Nueva Sión fue recibida con estupor por la mayor parte de los miembros de la hermandad. Un clamor de indignación sacudió las vísceras de la Nueva Jerusalén. Pocos días después de la entronización de Jan Bockelszoon, el nuevo profeta Dusentschur apareció en la plaza del mercado rodeado por hombres de armas y adornado con ricas vestiduras. Su barba había sido recortada y sus cabellos perfumados, y de su cuello pendían collares de hermosa factura, pues así correspondía a su recién estrenada dignidad de apóstol personal del rey. Con ademanes solemnes, convocó a los presentes y les instó a escuchar la Palabra del Hijo de Dios.

Su alocución fue breve: anunció que todos aquellos que pecasen contra la verdad reconocida debían ser presentados al rey y condenados a muerte. Serían extirpados del Pueblo Elegido y borrada su memoria de los anales de la humanidad, pues no hallarían perdón ni siquiera más allá de la tumba. Luego, con revuelo de capas, desapareció por donde había venido.

La población entera se echó a temblar. Un panadero, denunciado por sus vecinos, fue arrastrado al cadalso y desmembrado en el potro bajo delito de traición. Tres muchachos que se emborracharon y profirieron palabras poco afectas al rey fueron delatados por el tabernero y decapitados al amanecer.

A las calles y puertas de la ciudad se le dieron nuevos nombres. Se abolieron los domingos y los días de fiesta, y los días de la semana cambiaron sus nombres por otros basados en un sistema alfabético. Aunque el dinero no tenía ninguna función, se acuñó una moneda ornamental de oro y otra de plata con inscripciones que hacían referencia a la divinidad del rey.

El Mesías lucía magníficas ropas y se adornaba con anillos, cadenas y espuelas elaboradas en los metales más preciosos por los mejores orfebres de la ciudad. En el pecho, acuñado en oro y colgado de una cadena alrededor de su cuello, refulgía un globo coronado por una cruz y atravesado por dos espadas que simbolizaban el

derecho de Leyden al dominio absoluto sobre el orbe, tanto espiritual como terrenal. El mismo emblema se bordó en estandartes y oriflamas, y aun en las mangas de sus servidores, coronado por la leyenda: «Un rey de virtud por encima de todo».

Se designaron caballeros de armas y gran número de oficiales de la corte. Allá donde se dirigiera, un enjambre de dignatarios acompañaba a su majestad. En el centro de la plaza del Rathaus se levantó un trono, tapizado con hilos de oro, que se alzaba sobre los bancos que lo rodeaban y que estaban destinados a los consejeros reales y a los predicadores. De cuando en cuando, el rey acudía a la plaza para dictar sentencias en los juicios o para presenciar la proclamación de las nuevas leyes. Llegaba montado a caballo, con corona y cetro, precedido por una fanfarria de trompetas. Ante él caminaban los oficiales de la corte y tras él avanzaba el primer ministro Knipperdollinck, el orador real Bernhard Rothmann y una hilera de ministros, cortesanos y sirvientes. La guardia real acompañaba a la comitiva y formaba un cordón de seguridad alrededor de la plaza. A ambos lados del trono, un paje niño sostenía una copia del Viejo Testamento y otro un sable desenvainado.

—En verdad somos todos iguales, hijos míos, a los ojos del Señor.

El contraste entre la magnificencia de la corte y la penuria de la población se incrementaba de día en día. Nada más divulgarse la noticia del advenimiento del Mesías muchos vasallos del obispo volvieron grupas y regresaron a poner cerco a la ciudad, de suerte que la situación de Münster se agravó. De pronto ya no fue posible entrar o salir, siquiera subrepticamente, de la ciudad. Desde las murallas se divisaba un ejército de peones y mercenarios que trabajaba día y noche erigiendo fortificaciones, cavando fosos y estrechando el acoso contra el burgo hereje con la precisión de un barbero que se dispusiera a sajar un bubón. Todo contacto con el exterior se interrumpió y, por primera vez desde el inicio del asedio, la población quedó abandonada a su suerte.

Se impuso una rigurosa austeridad en el vestir y en el comer. El apóstol real Dusentschur anunció que el Padre Celestial le había manifestado su desagrado por la superficialidad en el vestir:

—¿Qué necesidad tenéis de lucir prendas lujosas y mullidas pieles? —proclamó, ajeno al boato de sus propias vestiduras—. ¿Pues los adornos qué son, sino fatua vacuidad que perturba y ofende al Señor?

Se racionaron las prendas de vestir y de abrigo y se ordenó entregar todos los excedentes. Se registraron las casas y se hallaron ochenta y tres carretas de ropas y mantas que fueron consideradas sobrantes por los oficiales del rey y llevadas a los almacenes comunales.

—¡Observáis mis ropajes y os decís que yo no quiero para vosotros lo que busco para mí! —clamaba el Mesías—. ¡Ah, mezquinos! Yo puedo permitirme lujos y atavíos porque estoy completamente muerto para el mundo y para la carne. No soy más que la cáscara que habita el Señor. Así os digo que también vosotros, en breve plazo, estaréis en la misma situación, sentados en sillas de plata y comiendo en platos

de oro, sí, pero considerando estas cosas tan despreciables como el barro y las piedras. ¡El tiempo de Dios se acerca y hemos de prepararnos para recibirle!

Por si acaso, Bockelszoon tuvo buen cuidado en formar su guardia personal con inmigrados, hombres desnudos de posesiones y lealtades y que, por tanto, dependían por entero de él. Les dio ropas magníficas y les alojó en buenas mansiones. Pronto una corte lujosa, de no más de doscientas personas, floreció en las residencias que abrazaban la catedral. El rey requisó todos los caballos y se los entregó a sus custodios para que se adiestrasen a la vista de las gentes y despertaran en ellos el temor de Dios.

—Vos, Harris, sois la coraza que protege mi majestad... —pues el inglés fue confirmado en el cargo de capitán de la guardia real.

Se veía exultante al rey Bockelszoon, soberbio en su apostura, gentil y magnánimo con los que bien le servían. Dejó de visitar la ciudad y solo en ocasiones especiales predicaba desde el trono. Se limitaba a instruir a sus apóstoles para que sermonearan a la población y alentaran la debida lealtad. Solía pasar las veladas en su residencia, rodeado de lo más granado de la sociedad. Músicos, saltimbanquis, bufones y juglares campaban a sus anchas por las mansiones de la catedral, disputados por consejeros y oficiales deseosos de festejar a su rey. Orfebres, pintores y escultores competían entre sí por ofrecer las más bellas joyas, los más elogiosos retratos y las más hermosas esculturas al Mesías de Nueva Sión. El rey alentaba las competiciones y los torneos de caballería y hacía enfrentarse a los miembros de su guardia en duelos de espadas, en los que el ganador recibía como premio el derecho a sentarse en los banquetes a la diestra del monarca, pero lo que más deleitaba a Bockelszoon eran las representaciones teatrales. Si alguien quería ganarse su favor, organizaba una función. Con frecuencia, el propio rey salía a escena, feliz como un cachorro, para recordar su pasado de histrión.

Bockelszoon lucía en magnífico esplendor. El rey era un hombre vital y apasionado, capaz de los más locos excesos y de los más exaltados arrebatos. Pasaba de la embriaguez al delirio místico con pasmosa celeridad. Disfrutaba de los placeres carnales con sed antigua, apremiante, como si fuera consciente cada segundo de la brevedad de la existencia. Sus fiestas se prolongaban en bacanales interminables. Obligaba a los cortesanos a disfrazarse de los más estrambóticos animales y exigía que cada cual adoptase la personalidad de su bestia. «¡Balad, mugid, cacaread, queridos hijos!», gritaba en un desenfreno de alcohol, mientras él mismo, completamente desnudo, guiaba con el cetro real a tan peculiar rebaño y danzaba alocadamente de aquí para allá.

De súbito, en mitad de una velada, se dejaba caer sobre las mullidas alfombras y su rostro se transfiguraba, que semejava traspasado por una beatífica visión:

—¡Contemplad a Divara, mi reina, la más pura entre las puras, que ni la mismísima Virgen María puede hacerle sombra y a cuyo lado se sentará en el reino de los Cielos! —arrancaba de un tirón las ropas de la mujer para mejor mostrar su

pureza y exigía luego que todos los presentes se humillaran para besar los pies de tan excelsa soberana.

En otras ocasiones, un rictus de dolor retorció sus facciones:

—¿Por qué son remisos los herejes? ¿Es que no comprenden la grandeza del poder de Dios? —Y ordenaba a sus capitanes que lanzasen un ataque por sorpresa contra el enemigo.

De vez en cuando, Bockelszoon se encerraba en sus aposentos y tardaba varios días en salir. Cuando lo hacía, emaciado su rostro por el ayuno, transfigurado por alguna oculta conmoción, se dirigía a la plaza del mercado y convocaba de urgencia a la multitud:

—Escribid, Rothmann, que la posteridad sea testigo de las revelaciones que el Buen Dios ofrece a la humanidad a través de su humilde Hijo —y comenzaba a predicar.

Le gustaba especialmente el sermón de las Tres Edades. Afirmaba que la Primera Edad había sido la del pecado, que duró hasta el Diluvio; la Segunda, decía, fue la edad de la persecución y la cruz, cuya duración se extendía hasta los tiempos en que les había tocado vivir; la Tercera Edad comenzaba con él y era la de la venganza y el triunfo de los santos:

—¡Ahora el sufrimiento llega a su fin! ¿Pues no es cierto que en este mi reino ya se han realizado y sobrepasado todas las profecías del Viejo Testamento y se ha cumplido la restauración de todas las cosas?

Y Bernhard Rothmann tomaba buena nota de tan inspirada prédica.

—El Padre celestial me ha encomendado una misión: debo preparar la Segunda Venida. Por ello no debéis tenerme rencor si os hiero con la espada. ¿Acaso un padre no hiere a sus hijos, y lo hace por amor? La gloria de los santos es tomar venganza.

Las gentes asistían a los sermones del Mesías en medroso silencio.

—Alabado sea el Señor —murmuraban las ancianas, meneando la cabeza sin saber qué pensar.

—Tiene la locura de Dios. ¡La tierra se teñirá de sangre y los muertos saldrán de sus tumbas antes de que llegue el fin! —y se persignaban con temor.

Seguían acudiendo a las plazas cuando eran convocados, pero era ya un pueblo derrotado y cabizbajo el que escuchaba al Mesías en plena majestad.

—Dicen que un arcángel ha orinado sobre la catedral.

—Quizá fuera un demonio.

—¿Qué somos nosotros, qué podemos frente al poder del Señor?

—¡Hemos pecado de orgullo al creernos los predilectos de Dios!

—Ojalá supiéramos hacia dónde mira Dios.

Ya no salían risas de las tabernas ni había cháchara de comadres que alegrase las veladas. Muchos escuchaban las palabras del Mesías y no sabían qué pensar, pues era el verbo de Bockelszoon una fuente fresca en medio del estío. ¿Acaso serían ciertas sus proclamas? Contemplaban su majestuosidad, los ricos collares que adornaban su

cuerpo grácil y escuchaban las palabras de vida que pronunciaban sus labios llenos de sensualidad. ¿Qué sabían ellos, simples labriegos, la hez de la tierra, de las cosas de Dios?

Mediado el mes de octubre, el apóstol Dusentschur convocó a la población en la plaza del Rathaus. Anunció que la Trompeta del Señor sonaría tres veces y que, al tercer toque, todos los habitantes de la ciudad deberían congregarse en Monte Sión, que no era otro sino la plaza de la catedral.

—Los hombres acudiréis armados y llevaréis de la mano a vuestras mujeres y niños. Juntos, los Hijos de Dios marcharemos fuera de la ciudad.

El Señor, continuó Dusentschur, dotaría a sus Hijos de una fuerza sobrenatural, pues cinco de ellos podrían dar muerte a cien y diez acabarían con mil. El enemigo huiría despavorido ante las huestes invencibles de los santos de Dios.

—¡Marcharemos victoriosos hacia la Tierra Prometida y el Altísimo velará para que no padezcamos hambre ni sed!

Un silencio estupefacto acogió esta declaración. El apóstol dio la espalda a las gentes y se marchó rodeado de su guardia de seguridad. Tras él, con el alma sobrecogida, fue dispersándose la multitud.

Al día siguiente, al alba, la primera trompeta despertó a la población.

—¡Bendito sea el Señor! ¿De dónde los has sacado?

Anna, la anciana monja que ayudaba al padre Baltasar en las tareas del hospital, contempló a Jean con el pasmo reflejado en su rostro arrugado. La mujer sostenía en las manos dos hermosos pollos que el muchacho acababa de entregarle.

Jean se encogió de hombros y compuso una mirada angelical. Tenía el pelo muy crecido y le caía sobre los hombros en rubios mechones desordenados. Su cara de pillastre, muy sucia, contrastaba fuertemente con el azul cristalino de sus pupilas:

—Los encontré por ahí.

Sonreían sus ojos, aunque trataba de mantener la compostura de la expresión. La mujer lo escrutó con un asombro teñido de severidad, pero su mirada la traicionó y se le escapó una sonrisa:

—¡Alabado sea el Señor! ¡Lo que daría por saber cómo lo haces! ¿Será posible? Un día apareces con una hogaza de pan, el otro con un trozo de carne y al siguiente con un cargamento de cebollas, y siempre te lo encuentras por ahí. ¡Si no puedes salir del hospital!

El cerco de la ciudad era ya una barrera infranqueable y los ministros del rey habían impuesto un severo racionamiento de alimentos. Cada semana eran más escasas las provisiones y el hambre comenzaba a dejarse sentir. Aquellos pollos, tal y como andaban las cosas, eran un tesoro inapreciable.

—Pensándolo bien, prefiero que no me lo digas. ¡Ea, prepararé un sabroso caldo para ti y para el padre Baltasar!

—Pero debéis jurarme que también vos tomaréis un tazón, hermana.

La mujer, enternecida, fingió enfadarse:

—¡Venga, mocoso, fuera de aquí, y ve a lavarte esa cara de briboncete!

Jean salió de las cocinas y se fue en busca del padre. Aquella vez había estado en un tris de ser descubierto: dos soldados habían entrado en los corrales de palacio cuando él procedía a retorcerle el cuello a los pollos. Por suerte, los hombres caminaban enfrascados en una discusión y tuvo tiempo de esconderse tras unas barricas hasta que salieron. Jean todavía podía sentir el corazón palpitándole como una manada de caballos desbocados y el sudor gélido que bañó su cuerpo.

Pero debía hacerlo. Las raciones que les entregaban los soldados apenas alcanzaban: el rey había decidido que era más útil alimentar a un hombre sano que a uno descalabrado, así que partían por dos lo que correspondía a los que se recuperaban en el hospital. Tanto la hermana Anna como Klara Hätzlerin, que se habían casado con el padre para que nadie las requiriera y vivían también en el hospital, apenas comían, pues todo lo dejaban para los enfermos. Así que a Jean no le quedaba más remedio que conseguir provisiones extra. Además, disfrutaba sobremanera con sus escapadas. Se deslizaba por los callejones, hurtaba el cuerpo a la guardia y se sentía libre de ir y venir, cada vez más osado y seguro de sí. Una o dos veces había tenido encontronazos con chiquillos que jugaban en la calle, pero siempre conseguía zafarse. La mayoría se quedaban de piedra al oírle hablar en latín. Para ellos, se dio cuenta Jean, el latín era la lengua mágica de los predicadores, y alguien que hablara de tan peculiar modo, aunque fuera un chiquillo como ellos, debía de estar de algún modo vinculado con las fuerzas celestiales. Así que, por si acaso, lo dejaban en paz.

—¿Padre?

El fraile se hallaba sentado en una silla con la mirada perdida. La mayor parte del tiempo se la pasaba así, embabiado. Había vuelto a dedicarse al cuidado de los heridos, pero había algo ausente en él, como si fuese uno de esos títeres que manejan los cómicos de las bojigangas. Ya nunca hablaba de Dios. Jean tardó en darse cuenta, pero cuando lo hizo le dio mucho que pensar. Desde que tenía uso de razón, el fraile le recitaba fragmentos de la vida de los santos y le contaba historias del Viejo y del Nuevo Testamento con tal vivacidad que a Jean, muchas veces, le parecía que esas hazañas tenían lugar ante sus ojos. Pero no había vuelto a hacerlo. Apenas abría la boca, a decir verdad.

—Dusentschur ha ordenado que todos se reúnan en la plaza cuando suene la tercera trompeta —se sentó en una silla. Solía contarle a Baltasar aquello de lo que se enteraba, aunque el fraile pocas veces daba muestras de interés—. Dijo que todos los hermanos deberían salir de la ciudad y que serían invencibles. ¿Creéis que será así? ¿Y nosotros, también deberemos acudir?

Klara Hätzlerin apareció en el umbral, visiblemente nerviosa:

—¿Jean?

El muchacho se dio cuenta de que no venía sola. Medio oculta por la figura de la



posadera distinguió una silueta. Se puso en pie, intranquilo, dispuesto a echar a correr.

—Hay alguien que quiere verte, Jean. Creo que ya le conoces.

Al apartarse, el chiquillo distinguió el rostro del visitante y retrocedió hasta la ventana. Era el capitán que molestaba a su madre antes de que se la llevaran a vivir con el profeta, ¿cómo se llamaba? Conrad. No le gustaba. ¿Qué querría de él?

El recién llegado vestía pomposas vestiduras que desentonaban con las del resto de los presentes. Dio un paso inseguro hacia el interior de la habitación y sonrió inseguro:

—Me alegro de veros, padre Baltasar —El fraile ni siquiera le miró—. Así que tú eres Jean, querido niño...

¿A qué venía aquello? Klara aguardaba en la puerta sin disimular su nerviosismo.

—¿Qué queréis de mí?

—Vengo a llevarte a ver a tu madre.

La sorpresa lo desarmó. ¡Ver a su madre! ¡Hacía tanto tiempo!

—No puedo salir del hospital.

También Conrad estaba nervioso, percibió Jean debatiéndose entre la cautela y la esperanza.

—Ella me ha enviado a por ti.

¿Su madre enviaba a buscarle? Su corazón galopaba con fuerza en el pecho.

—¿Y cómo sé que no es una trampa?

Conrad Eisner bufó:

—No seas necio, muchachito. ¿Quieres verla o no?

Se sentía aturdido, no acababa de entender lo que sucedía. ¿Así, tan fácil, ver a su madre después de tantos meses?

—Me estoy jugando el pellejo al hacer esto, así que ya puedes dejar de comportarte como un mocoso y venir conmigo.

—¿Y por qué me van a dejar verla ahora si hasta el momento no lo hicieron?

—Porque irás conmigo. Nadie te detendrá.

No sabía qué hacer. ¡Lo deseaba tanto! Buscó con la mirada a Klara. La mujer le hizo un gesto de asentimiento.

—Iré con vos.

La segunda trompeta desgarró el silencio de la madrugada quince días después, elevándose sobre los tejados con premonitorio lamento. Durante una pulsación interminable, mientras resonaba su llamada metálica, la ciudad en pleno contuvo la respiración, que se olvidaron los corazones de latir y los pechos de respirar. Luego regresó el silencio y con él se llenaron los hogares de aprensión. Quienes se decían para sus adentros que no volvería a sonar; quienes, a medida que pasaban los días y la trompeta permanecía callada, comenzaban a pensar que el profeta mudara de opinión, vieron en el aciago canto su error y comprendieron que su fin se acercaba. ¿Pues qué

otra cosa, sino el fin, les aguardaba si salían de la ciudad?

Nada más acallarse la trompeta celestial, cual si por su sonido fueran convocadas, varias explosiones estremecieron el aire frío de la mañana.

—¡Malditos bastardos! —murmuró Conrad Eisner, que se hallaba en el adarve al frente de la guardia.

Las bombardas papistas despedían lenguas de fuego desde sus posiciones, más allá del alcance de las culebrinas de la hermandad. Se trataba de un bombardeo de castigo, uno más, destinado a minar la moral de los defensores.

Contempló la tierra de nadie con desaliento. Las fortificaciones enemigas formaban un lúgubre telón de fondo. El campamento del obispo medraba sin cesar, un mar de tiendas y chozos que ceñía cual gigantesco anillo la ciudad. Desde la distancia, las tropas papistas semejaban hormigas de un interminable hormiguero. ¿Cuántos miles de soldados pululaban por él?

Era una locura. Nada más enterarse del anuncio de Dusentschur, Conrad se había dirigido al rey para preguntarle si en verdad pensaba abandonar la ciudad. Jan Bockelszoon se hallaba almorzando en su gabinete cuando le interrumpió. La afabilidad de su rostro se diluyó al escuchar la pregunta del estudiante:

—¡Tú entre todos, tú que estás a mi lado desde el principio! ¿Osas dudar de la ayuda de Dios? ¿Insinúas que, si yo convoco a las huestes angelicales, estas no acudirán?

No se había atrevido a contradecirle. Pero en ese instante, examinando las fortificaciones mercenarias en la llanura, Conrad tuvo la certeza de que ni uno solo quedaría con vida si abandonaban la protección del adarve.

¡Por Dios! Se sentía atrapado. Y no le gustaba nada la sensación.

Paulette escuchó la segunda trompeta mientras almorzaba y sintió que le daba un vuelco el corazón. También Bárbara lo oyó y de su garganta escapó un gemido ahogado:

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué va ser de nosotras?

La infeliz no cesaba de lloriquear desde que, unos días antes, Divara les informó de que las mujeres del Mesías acompañarían a la población en su lucha final.

—Daréis ejemplo de valor y animaréis los esfuerzos de nuestras huestes. Portaréis cuchillos y espero que ni una sola de vosotras se resista a utilizarlos.

Eran doce muchachas, además de Divara, Bárbara y Paulette, las esposas del profeta. Doce chiquillas que se miraban entre sí y luchaban por contener las lágrimas.

Paulette regresó a sus habitaciones acongojada por la perspectiva. ¿Qué iba a ser de Jean? ¿Le obligarían a salir, también, con los heridos del hospital? Tragó saliva. Un miedo repentino estremeció su espinazo y le secó la garganta. ¿Qué sabía ella de guerras y cuchillos? Maldijo por lo bajo. ¡Justo en el momento en que conseguía volver a ver a Jean tras tantos meses de separación!

Conrad Eisner había cumplido su palabra, aun a riesgo de caer en desgracia ante

el rey. Había esperado a que la guardia de la residencia estuviera formada por conocidos suyos para que no le hicieran demasiadas preguntas. ¡Por la Virgen, que demostró un valor que Paulette ni siquiera sospechaba que pudiera poseer! Fuera cual fuese su comportamiento en el pasado, era de justicia reconocerle el mérito. La mujer se descubrió observando al antiguo estudiante con ojos nuevos. ¿Se habría equivocado con él? ¡Parecía tan sincero su afecto!

Cuando tuvo delante a Jean, Paulette creyó que se le detenía el corazón. El chiquillo se abalanzó sobre ella y se fundieron en un abrazo tan estrecho que ambos se quedaron sin resuello. Solo después, más sosegados, fueron capaces de hablar, y entonces descubrió la mujer con sorpresa teñida de orgullo y amargura los cambios que se habían producido en su niño.

Ya no era un mocoso. Aunque solo tuviera ocho años, las experiencias de los últimos meses habían dejado huella en su porte y en su mirada, cual si se hubiera tragado varios años de un solo bocado. Se movía con seguridad y decisión y sus ojos no cesaban de escrutar en derredor, desconfiado, como un animal salvaje que oliscara el acecho de un predador. Pero sonreía, a pesar de todo, sonreía con una boca llena y generosa. El cuerpo se mostraba atlético y fibroso, aunque estaba terriblemente delgado. Sus extremidades ya no conservaban las redondeces de la infancia, comenzaban a endurecerse y estirarse.

El encuentro había durado poco. Conrad se lo llevó minutos después con la promesa de regresar en cuanto hubiera ocasión.

—Os lo agradezco de corazón, Conrad.

El semblante tenso del estudiante mudó en dicha al escuchar aquellas palabras. Paulette, confundida, desvió la vista.

Ojalá Hans estuviera a su lado. Lo echaba tanto de menos...

La tercera trompeta elevó su llanto dos semanas después, al alba, sobre una ciudad que contenía la respiración. Muy pocos dormían. Desde las últimas horas de la tarde anterior, las gentes habían ido concentrándose en capillas y templos, que se inundaron la iglesia de Saint Servatius y la de Saint Lamberti, la Johanniskapelle y la Liebfrauenkirche y aun la misma catedral, en un goteo interminable. Fue una marea espontánea que desbordó los templos y anegó de astillas la ciudad. Llegaban familias enteras, el padre, las varias madres, los hijos y los abuelos, todos callados y en tensión, buscando en los demás el consuelo que no sabían dar. Aguardaban la alborada con el ánimo despellejada por la ansiedad.

No bien el primer rayo traspasó las nubes y desveló el día, resonó la llamada. Un espasmo colectivo sacudió la piel de la ciudad. Luego, miles de cuerpos cabizbajos se arrastraron hasta la plaza de la catedral. El silencio era estremecedor.

Durante largo rato, mientras la alborada cedía ante la luz turbia del otoño, nada sucedió. Una mollizna comenzó a caer, empapando los gallardetes y estandartes que engalanaban la residencia de su majestad. Algunos bebés lloraban de hambre y de

frío. La multitud llenaba la plaza, se extendía por las avenidas que a ella confluían, un mar de cuerpos inmóviles, yertos, despojados de corazón.

Pasaron las horas. Era bien entrada la mañana cuando una fanfarria de trompetas rompió la quietud de Monte Sión. La guardia real, abriéndose paso a golpes de látigo, despejó el camino hasta un trono que se había levantado frente a la residencia real. Resonaron nuevamente las trompetas. En la puerta de palacio apareció la gallarda figura del rey. Montaba un corcel empavesado con gualdrapas de raso y oro y portaba peto, espaldar y espada al cinto. Sobre su cabeza relucía la corona gualda de Nueva Sión.

La corte del Mesías, presidida por Divara y el resto de las esposas, rodeó al monarca y le acompañó hasta su sitial. Bockelszoon examinaba a la muchedumbre y repartía sus bendiciones, magnánimo y gentil.

—¡Ah, mi pueblo, mi amado pueblo! —se le oyó murmurar, como si un peso afligiera su corazón.

Los capitanes de la guardia se distribuyeron entre la concurrencia y comenzaron a organizar la expedición. Se nombraron oficiales, se revisaron armas, se aprestaron los pertrechos para el combate. Muchos recordaron la muerte de Matthys y se prepararon para lo peor. Se apartó a las mujeres de sus hombres, a los niños de sus padres y se cargó en carretas las provisiones para el ejército. La mañana fue transcurriendo en esos menesteres mientras Bockelszoon aguardaba pacientemente en su trono, indiferente a la lluvia que no cesaba. Un velo abstraía su mirada.

Cuando todo estuvo preparado, el apóstol Dusentschur se acercó al rey y se postró ante él para rogarle que se pusiera al frente de su ejército de Elegidos. En ese instante, el paje que guardaba la siniestra del Mesías, un muchachito que sostenía un voluminoso ejemplar de la Biblia envuelto en un paño impermeable, se dejó vencer por el cansancio y el libro sagrado cayó al suelo.

Un gemido sacudió a la concurrencia. El Mesías se irguió cual si un rayo le hubiera fulminado. Se acercó al chiquillo y levantó su mano, pero algo le detuvo a medio camino y el golpe justiciero se convirtió en caricia sobre la cabeza del zagal. El chiquillo solo atinó a recoger el libro y regresar a su posición.

La mirada del Mesías enfrentó el mar de rostros que tenía ante él. Meneó la cabeza, se mesó los cabellos e hizo ademán de hablar, pero volvió a detenerse. Suspiró. Las gentes comenzaron a murmurar. Bockelszoon alzó nuevamente la cabeza. Una risilla traviesa rodó por las comisuras de sus labios antes de aclararse la voz:

—¡Bienamados súbditos, arrodillaos! —ordenó.

Un movimiento de cuerpos, un gemir de huesos ateridos.

—Mi intención al convocaros en este Monte Sión no era otra que comprobar hasta dónde llegaba vuestra lealtad. Y estoy complacido, pues en vuestros corazones se aloja la sabiduría de la gratitud. ¡No habrá expedición! ¿Para qué abandonar Nueva Jerusalén, cuando tan hermosa es la ciudad de Dios? ¡Alegraos conmigo!

¡Festejaremos este día con un banquete de confraternización! —y se dejó caer pesadamente sobre el trono, cerrando los ojos al embarazado pasmo de la multitud.

Fue una fiesta en verdad singular. El rey ordenó abrir los almacenes y sacar bancos y mesas a las calles, y ni la lluvia ni el frío le hicieron cambiar de opinión. Se colocaron marmitas en las plazas, se sacrificaron cerdos, lechones, gallinas y pavos, se destaparon barriles y pronto la cerveza y la música circuló por doquier, templando los espíritus fatigados tras la noche de oración. Un rumor de conversaciones aliviadas lo inundaba todo. Quien no comía, cantaba; quien no cantaba, danzaba, y muchos lo hacían todo a la vez. El hambre y las privaciones de las últimas semanas parecían un sueño difuso, un desmayo de la razón. Los chiquillos corrían de un lado para otro, reían las madres y se volvía rabisalsera la cháchara de las doncellas, que más de uno se detenía en medio de un bocado y se le pasmaba el gesto al parar mientes en lo mucho que le recordaba aquel banquete a las fiestas de su localidad.

El rey y la reina se instalaron en dos grandes tronos. No participaron del festín, pero se mantuvieron atentos al discurrir del agasajo, sonriendo con benevolencia. Caía ya la tarde cuando se amortiguó el bullicio, vencido por la somnolencia de los estómagos ahítos. El rey y la reina se retiraban. Traspasado por una iluminación repentina, Bockelszoon se detuvo.

—¡Que traigan a un perro papista! —ordenó.

Eran varios los prisioneros capturados durante las incursiones en el campamento enemigo. Dos soldados se dirigieron prestos hacia la cárcel del Rathaus. Los comensales se fueron agolpando en torno a los monarcas, movidos por la curiosidad.

Pronto regresaron los hombres de armas arrastrando a un infeliz. Se llegaron hasta el rey y obligaron al mercenario a postrarse ante él:

—¿Ordenáis algo, majestad?

—Sujetadlo.

Así lo hicieron. En derredor, todo era expectación.

Bockelszoon desenvainó su espada y dejó escapar una sonrisa torcida. Descargó el acero sobre el cuello del desdichado que gemía ante él. No fue suficiente el tajo, que quedó la cabeza colgando y tuvo el rey que descargar varios mandobles más antes de que rodara por el suelo.

Luego se dirigió hacia su residencia como si tal cosa.

El Padre Invierno llegó, y con él un manto de gélido silencio se abatió sobre la faz terrena de la ciudad celestial. De cuando en cuando se difundían noticias del exterior. Se supo de la reunión que representantes de los estados del alto y bajo Rin mantuvieron a fines de año en Coblenza y de la que salió un acuerdo para suministrar tropas, equipo y apoyo económico para hacer efectivo el cerco a la ciudad hereje. Münster fue rodeada por trincheras, fortines y una doble línea de infantería y caballería. La ciudad quedó completamente aislada del exterior. El bloqueo se hizo sentir casi inmediatamente en forma de hambre, de fuego, de pólvora y escasez. Por orden del Mesías, los diáconos recorrieron otra vez las casas y requisaron los últimos alimentos. Se procedió al sacrificio de todos los caballos y solo el corcel real se libró. Gran parte del alimento requisado se reservó para la corte real.

—¡Recordad al Cristo! —clamaban los predicadores—. ¡También él ayunó en el desierto!

Mas la casa del rey disponía de carne y de vino, de trigo y de cerveza.

—En Groninga fue —zumbaban los rumores, se escabullían las esperanzas por las rendijas de las paredes—. Más de mil hermanos se han levantado en armas bajo la dirección de un profeta que se hace llamar a sí mismo Cristo. Se dirigían hacia aquí para liberar Münster cuando fueron interceptados por el duque de Gelderland.

Cada día menguaban las raciones que se distribuían entre la población. Jean se las veía y se las deseaba para encontrar un mendrugo, un cuenco de grano, una cebolla para el hospital. Los almacenes comunales estaban muy vigilados y ya no había dónde hallar algo para llevarse a la boca. Visitó a su madre dos veces más y se maravilló de ver cómo esta iba poco a poco engordando, a medida que su embarazo avanzaba y el niño crecía en su interior, pero los riesgos eran grandes y Conrad se mostraba remiso a llevarlo a la residencia real:

—Cada vez es más difícil —se excusaba—. El rey comienza a desconfiar de mí.

De cuando en cuando, sin embargo, el antiguo estudiante se presentaba en el hospital con un saco de alimentos sustraído de la despensa del Mesías.

—Sois un buen hombre, Conrad, aunque tratéis de disimularlo... —se lo agradecía Klara Hätzlerin para embarazo del soldado.

—Agradecédselo a Paulette —respondía este—. Es ella la que os lo envía.

A principios de enero del nuevo año del Señor de 1535, Paulette comenzó a sentir fuertes dolores en el vientre.

—¡Ay, Dios mío! —gemía una atribulada Bárbara al contemplar el rictus de dolor de la francesa—. ¿Será ya el momento? ¡Ah, lo que daría por encontrarme en vuestro estado! —y no cesaba de agitar las manos y mesarse los cabellos, incapaz de hacer otra cosa que no fuera sollozar.

—Faltan todavía dos meses, Bárbara, tranquilizaos —trataba de acallarla Paulette.

Pero ella misma difícilmente podía disimular su aprensión. Estaba decidida a tener aquel hijo sola, temía que de enterarse el rey la apartaran del bebé.

—Debéis prometérmelo, Bárbara: mantendréis la boca cerrada.

La mujer asentía entre zollipos y pucheros, demasiado acongojada para hacer otra cosa que llorar.

Una semana más tarde, de madrugada, Paulette se despertó traspasada por un violento espasmo de dolor. En el silencio del alba, sola en la habitación, comprendió que había llegado el momento y sintió un pánico cerval.

—¡Oh, Dios mío, ayúdame! —rezó para sí mientras una nueva convulsión la traspasaba.

Bárbara se la encontró de buena mañana, en medio de un charco de sangre y vísceras, con la mirada perdida y la expresión fugitiva. En sus brazos sostenía el bulto frío e inerte de un bebé. Era tan diminuto como grande había sido su padre, un delgado cuerpecillo apenas formado, con una finísima red de venitas que se transparentaban a través de su piel.

—¡Ay, virgencita!

Como pudo, la mujer se hizo cargo de aquel desaguizado: envolvió el cadáver en una frazada, lavó y abrigó a Paulette y le obligó a beber una tisana reconstituyente. La francesa se dejó hacer, extenuada, incapaz de reaccionar.

—¡Ay, chiquilla! ¡Ay, chiquilla!

Nunca se viera en tal tesitura Bárbara. Contemplaba las facciones exangües de Paulette y se le encogía el corazón; desviaba la vista hacia el pequeño y rompía en sollozos. Para colmo, la piel de Paulette rezumaba ardores malignos. La calentura hacía presa en su organismo.

—No os preocupéis, muchacha —musitó Bárbara, más para tranquilizarse a sí misma que a Paulette—. Yo os cuidaré, ya veréis, yo os cuidaré y os pondréis bien.

Aquella misma tarde, mientras la francesa se debatía en medio de fuertes delirios, Bárbara le rogó a Conrad que enterrase el cuerpecito en tierra consagrada. Luego le pidió que buscara al físico del rey y regresó junto al lecho, dispuesta a no moverse de allí hasta que Paulette se recuperase.

—¡Ah, chiquilla! ¡Y yo que te envidiaba por estar embarazada!

Paulette, ajena a todo, se debatía entre la vida y la muerte.

Las profecías apocalípticas se multiplicaron. No había semana que no predicaran los diáconos la inmediatez de la Segunda Venida, el auxilio celestial. Ya no hacían alusión a la fraternidad universal, pues poco importaban tales cuestiones a quienes solo frío y hambre llevaban en los huesos. Sus visiones dibujaban un mundo de abundancia, un futuro inmediato en el que ríos de leche y miel saciarían los estómagos de quienes se hubieran mantenido fieles al Señor.

En marzo, varias noticias sacudieron la modorra invernal. Se corrió la voz de que cientos de anabaptistas habían capturado un monasterio en la parte oriental de Frisia; tres barcos cargados de hermanos ascendía por el río Ijsel; en Minden, un profeta enardecía a los pobres y trataba de instaurar otra Nueva Jerusalén.

—¡Es la fuerza de Dios, que se extiende inexorable! —alababan los predicadores, convencidos de que pronto el mundo entero ardería en las hogueras justicieras de la hermandad.

Pero luego se comprobó que hasta el Padre Celestial podía ser derrotado: los ocupantes del monasterio fueron exterminados por una fuerza de lansquenets a las órdenes del estatúder imperial; los barcos anabaptistas fueron hundidos con sus tripulantes dentro; en Minden, el consejo municipal volvió los cañones hacia el interior de la ciudad para aplacar la sublevación.

En abril se reunió una Dieta en Worms y todos los estados del Imperio acordaron contribuir con nuevos fondos al cerco de Münster para sajar de una vez por todas la pústula que envenenaba el organismo de Alemania. El obispo Waldeck brindó con el capitán Puebla por el pronto éxito de su campaña.

Largas semanas se debatió Paulette entre la vida y la muerte, estremecida por violentos espasmos producidos por la calentura. Sus mejillas, habitualmente sonrosadas, mostraban una palidez cadavérica, y los días se le iban en un duermevela teñido de pesadillas y dolor.

—Pobrecita —murmuraba Bárbara, que no se apartaba de su lado—. No tiene ánimos para luchar.

La hija del antiguo burgomaestre y actual Portador de la Espada y ministro real veló a la enferma y le prodigó todo tipo de cuidados.

—Debéis descansar, Bárbara —la animaba Conrad, que cada vez que tenía un momento libre se pasaba por la residencia real—. Vos misma vais a caer enferma si no os cuidáis.

—¡Oh, no os preocupéis por mí! —Y en verdad, incongruentemente, se la veía casi alegre, con aspecto saludable y sonrosado—. Cuidándola me siento bien. ¿Sabéis? Es la primera vez en mi vida que hago algo de utilidad. ¡Ah, qué pena que mi marido esté tan ocupado! Estaría tan orgulloso de mí.

Primero Divara y luego el propio Mesías tuvieron noticia de lo sucedido, pero ninguno de los dos se inmutó.

—Es justo que ese bastardo naciera muerto —exclamó el profeta, interrumpido en plena bacanal—. ¿Cómo podría competir la semilla de un simple carpintero con la del Hijo de Dios? ¡Tendré que volver a sembrar ese campo, sí señor!

Aunque, afortunadamente, sus muchas esposas y las dificultades por las que atravesaba la población lo mantenían en exceso atareado.

Finalmente, las fiebres remitieron y Paulette pudo dar breves paseos por la habitación. Su cuerpo reaccionaba, exigía actividad. Pero su espíritu permanecía oculto tras un velo de dolor.

—¿Y Jean, Conrad? —preguntaba una y otra vez al capitán de la guardia— ¿Cómo se encuentra Jean?

Conrad observaba la piel casi translúcida de la mujer y contenía el impulso de



besarla. Jamás lo había pasado peor que en esas semanas de incertidumbre, mientras la fiebre porfiaba por llevársela.

—¡Debéis ayudarnos! —insistía Paulette, que desde que el comienzo de su convalecencia solo pensaba en sacar a Jean de la ciudad y ya hablaba abiertamente de ello con el soldado—. ¡Abrid los ojos, Conrad! ¿Qué futuro os aguarda aquí?

En esos momentos, el hijo del armero solo ansiaba regresar a su Brünswick natal y formar una familia con Paulette. Estaba convencido de que la mujer acabaría por abrir los ojos a su constancia y a su amor y que con el tiempo se enamoraría de él. ¡No era demasiado tarde! ¿Por qué había de serlo? Su hermano mayor le ayudaría a instalarse, contento de que la oveja descarriada volviera al redil.

Aguijoneado por tales pensamientos, Conrad Eisner dejó que una idea fuera afianzándose en su interior. Quizá hubiera una vía de escape: la que utilizaban los mensajeros del rey para difundir las doctrinas anabaptistas por la región. Pocos conocían su existencia. Se trataba de un túnel disimulado en el interior de un chamizo adosado a uno de los lienzos de las murallas. En las últimas semanas había dejado de usarse, por cuanto la salida daba a la tierra de nadie que mediaba entre la ciudad y el enemigo y aquellos que lo utilizaran debían salvar todavía el cerco, algo que ya resultaba poco menos que imposible. Pero quizá no fuera necesario burlar la vigilancia del enemigo. Quizá hubiera otra opción.

—Tened paciencia, mi querida Paulette. Solo un poco más.

El hambre se incrustó en los ojos y en las vísceras de la ciudad. Los hermanos se arrastraban de un lado para otro, espantajos desgachados en busca de algo que comer. Cualquier animal, ya fuera perro, gato, rata, ratón, erizo o gusano era recibido como un festín. Estallaban disputas por una cebolla podrida o por un caldo de musgo. Un poco de hierba, unos zapatos viejos o el encalado de las paredes, todo valía para engañar al hambre, para sobrevivir un día más. Y los predicadores se abrigaban bajo sus gruesas pellizas mientras alimentaban su espíritu con guisos de caballo.

Jan de Leyden se refugió en las alturas de su proclamada divinidad. Hizo saber que el mismísimo Padre Celestial le había revelado que Nueva Sión sería liberada en Pascua, fecha en la que todos los Elegidos alcanzarían la salvación.

—Yo os lo prometo; habéis de saber que solo la verdad brota de mi boca. ¡De cumplirse la Pascua sin que nada cambie, me quemaréis vivo en la plaza del mercado!

Fue tan persuasivo que los hermanos comenzaron a contar el tiempo que faltaba para el fin de la pesadilla. Llegó la Pascua y nada sucedió.

—¡Ah, amados hijos! —se excusó Bockelszoon ante la multitud—. ¡El tiempo del Señor se ha cumplido! ¿Sois tan ciegos que no comprendéis lo evidente? Ciertamente la Pascua ha llegado y con ella ha venido la salvación, mas es la salvación de las almas la que ha llegado, la salvación espiritual. ¡Gracias a la bondad de Dios, todos vosotros alcanzaréis el Paraíso celestial! Pues ese, y no otra, es la verdadera

salvación.

Prometió entonces que el Padre no dejaría que sus hijos murieran de hambre. Antes de permitirlo, haría que las piedras se convirtieran en pan. Muchos lo creyeron y se llenaron los bolsillos de guijarros que continuamente palpaban esperando su transformación. Cuando comprendieron que nada sucedería, el desconsuelo se agarró de los pechos y lloraron de frustración.

Estallaron algunos tumultos, pero la guardia real, mejor alimentada gracias a las reservas de la despensa del Mesías, sofocó sin problemas las algaradas. Leyden prohibió entonces que las gentes se reunieran en grupos. Declaró que el Señor le obligaba a ser implacable, pues veía que flaqueaba la fe: cualquiera que fuera descubierto conspirando para abandonar la ciudad o que ayudara a otro a escapar sería inmediatamente decapitado.

Perfeccionaba día tras día sus técnicas del terror. Él mismo se convirtió en verdugo: descuartizaba los cuerpos de las víctimas y exigía que los restos fueran clavados en picas por toda la ciudad.

A principios de mayo, las muertes por desnutrición se hicieron tan habituales que los cuerpos tuvieron que ser arrojados a fosas comunes.

—¡Menos bocas! ¡Necesitamos menos bocas! ¿Es que nunca se cansarán de comer?

Jan de Leyden clamaba su frustración ante el espanto de criados y cortesanos, que agachaban la cabeza y trataban de pasar desapercibidos.

—¿Por qué, Señor? ¿Por qué se retrasa tanto tu ayuda? ¿Hay alguien impuro entre nosotros que te hace dudar?

Cuando la mayor parte de la población llevaba más de ocho semanas sin un mendrugo de pan para llevarse a la boca, el rey capituló:

—¡Abrid las puertas, abrid las puertas! ¡Que se marchen los impíos, que los infieles abandonen la ciudad santa de Monte Sión!

Pues decidió para sí el Mesías que no se salvaría Nueva Jerusalén mientras un solo descreído se cobijara tras sus murallas. Ante el estupor de la famélica multitud, los predicadores informaron de que se abrirían las puertas para que todo el que lo deseara abandonase Münster al amanecer.

—¡Podéis salir, ingratos, podéis correr a reuniros con los papistas! ¿Qué me importa? ¡Cuantos abandonen esta Ciudad de Dios verán recompensada su infidelidad con la perdición eterna!

Las gentes ya no escuchaban.

—¡Alabado sea el Señor!

—¿Será una celada?

Escasas eran las fuerzas, siquiera para murmurar. Los más recelaban de las verdaderas intenciones del profeta, pero la esperanza de verse libres era demasiado grande como para dudar. ¿Qué futuro les aguardaba si se mantenían en la ciudad? Sesenta días llevaban sin probar el pan. Muchos yacían por las calles muertos de

desnutrición. Y aquellos que no mataba el hambre, caían bajo la espada del Mesías. ¿Podía haber algo peor?

Llegó el amanecer. Una muchedumbre de ojos inmensos y andrajos pestilentes se congregaba ante las puertas de Münster, contemplando de soslayo las hojas de madera que les separaban de la libertad. A medida que transcurrían los minutos sin que nada sucediera, iba medrando la desconfianza, comenzaban los rostros a volverse unos hacia los otros. ¿Sería un nuevo ardid del Mesías?

—No abrirán —decían los más para sí, en vilo sus esperanzas.

De una caseta de vigilancia salió la guardia de la ciudad y la multitud contuvo el aliento. El capitán Harris dio un paso al frente y contempló impávido al gentío. Extrajo una llave, la puso en manos de uno de sus hombres y ladró una orden:

—Abrid.

Cuando las puertas se descerrojaron, la tierra de nadie brotó llena de promesas ante la multitud. Al fondo, las fortificaciones y parapetos de los asediadores semejabán una acuarela de suaves colores. En el aire calmo de la mañana se elevaban las columnas de humo de las cocinas del ejército mercenario, en el que los soldados se disponían a almorzar. Hacía meses que no se elevaba el humo de los fogones sobre los tejados de Monte Sión.

—¿A qué esperáis? ¡Podéis salir!

Una mujer de mediana edad que llevaba dos críos de la mano dio un paso adelante. Todos se volvieron hacia ella. Se detuvo, resintiéndose por el peso de tantas miradas, pero no se volvió. Agarró con firmeza a los dos críos y caminó hasta salir de la ciudad.

Nadie la frenó. Varias mujeres se desgajaron de la multitud y avanzaron hacia la puerta.

Nadie las detuvo. Entonces, cual presa que se desborda, una riada de gente embocó las puertas abiertas de Monte Sión.

Fueron varios miles los que dejaron atrás la pesadilla igualitaria de Nueva Jerusalén. Quedaron en Münster no más de ochocientos hermanos: aquellos más allegados al Mesías, los que todavía confiaban en la intervención de las huestes celestiales, los que no tenían ningún sitio adonde ir. El resto huyó de la ciudad. Era un ejército de desharrapados, una falange de cuerpos consumidos que se desbordó por la tierra de nadie que cercaba la Jerusalén Celestial. Avanzaron en grupos, incapaces de asumir que remataba para ellos la pesadilla de la hermandad. Sin pertenencias, sin dinero, desnutridos y enfermos, se desparramaron por el territorio cercado como un rebaño que se ha quedado sin pastor. Frente a ellos, desde el círculo de parapetos que abrazaba Münster, los soldados del ejército episcopal contemplaron los espantajos desgalichados que se les venían encima sin dar crédito a lo que veían.

Klara Hätzlerin fue una de las últimas en salir. Aun cruzando las puertas buscaba a Jean y a Baltasar con la mirada, rogando al Señor por un milagro que sabía no se

iba a producir. Pues Klara había porfiado toda la noche intentando convencer al padre:

—¿Qué futuro os aguarda aquí? ¡Dejad al menos que me lleve a Jean! —se le desgarraba el alma a la buena mujer ante la idea de la separación.

Baltasar se había mantenido inflexible:

—No nos iremos sin Paulette.

Nadie de la casa real tenía permiso para marchar.

—Entonces, yo también me quedaré.

No se lo había permitido el padre. Las lágrimas bañaban sus ojos mientras se iba alejando de las murallas de Münster. Lloraba por Jean y por Paulette, por Baltasar y por Hans, sí, mas lloraba también por la vida que se le había escapado entre los dedos. ¿Qué iba a hacer ella sin su Jean?

Al cabo, tras los últimos fugitivos, se cerraron las puertas de la ciudad. Klara echó una postrera mirada al interior. ¿Y si al final hubiera el padre cambiado de opinión? Mas solo unos cuantos hombres de la guardia la contemplaban con aire de desdén. Entonces, abrumada por el dolor, se volvió al frente.

Y lo que vio despertó en ella el horror.

No hubo piedad, pero tampoco ensañamiento. Cuando los primeros fugitivos llegaron a los parapetos del ejército episcopal, una barrera de picas los recibió. Las órdenes de los soldados, transmitidas con urgencia desde la tienda del obispo, eran precisas: habían de dar muerte a los varones y dejar en paz a los demás, aunque nadie, mujer, niño o anciano, debía traspasar la línea de las fortificaciones.

—¿Pues qué queréis que haga con ellos? —clamó el prelado cuando uno de sus hombres le insinuó que los dejaran pasar—. ¿Acaso queréis que los acoja en mis tierras para que mañana tengamos que sofocar una nueva rebelión? ¿Creéis que alguien que ha compartido tan heréticas doctrinas las olvida alguna vez?

Fue una matanza fría, desganada. Los lansquenets sajaron las gargantas de los hermanos con la indiferencia del segador. No hubo en ellos encarnizamiento, sino tan solo despego y frialdad. ¡Ellos eran soldados, a fe, no matarifes ni tablajeros! Si cumplían la orden era por no desairar al prelado, pues les adeudaba varias soldadas y no era cuestión de ofender al pagador. Por ello emplearon la violencia justa para terminar cuanto antes y ni un ápice más. Tampoco hacía falta: se les vencían los cuerpos de los herejes al primer embate, se dejaban caer hembras y niños al suelo con una apatía sobrenatural. Un joven que quiso hurtar su cuerpo a las lanzas fue el primero en ser ensartado. Brotaron algunos alaridos y varios hombres intentaron defenderse, pero la mayor parte llevaba ocho semanas sin probar bocado. El joven se desangró en el suelo, como un animal sacrificado, ante la mirada indiferente de los mercenarios.

Hora tras hora deambularon los huidos por la tierra de nadie, buscando un lugar por el que esquivar el cerco. A un lado se alzaban las murallas de Nueva Sión, al otro

el mar de picas y parapetos de ejército episcopal. Solo al caer la luz comprendieron que deberían dormir allí, a la intemperie, atrapados entre los muros y las picas, en una pesadilla más negra que la que habían dejado atrás.

Los días que siguieron fueron una repetición del primero. Hubo muchos muertos, pues la desesperación los empujaba a tratar de romper la barrera de hierro que los aprisionaba. Durante cinco interminables semanas, la masa de fugitivos deambuló de un extremo a otro, un enjambre moribundo, arrastrándose al borde de la consunción. Comían hierba y bebían barro cual si fueran animales y morían en tal número que el campo quedó sembrado de cadáveres. Muchos suplicaban a los lansquenets que les diesen muerte, que acabasen de una vez por todas con aquella pesadilla. Pero los soldados se limitaban a bajar las picas y rechazarlos con un empujón.

Cientos de cuervos cubrieron día y noche la tierra, ensordeciendo el aire con sus graznidos, volviendo locos a sitiados y sitiadores. Cuando se cumplían las cinco semanas y ya solo quedaban unos centenares de supervivientes, el prelado cambió de parecer: aquellos que renegasen de su apostasía serían readmitidos en el seno bondadoso de la Iglesia del Señor. Y es que temía el obispo Waldeck que tanto cadáver desatara la pestilencia con la llegada del calor. Ordenó agrupar a los supervivientes, dividirlos en pequeños grupos y repartirlos por las aldeas más alejadas de su diócesis:

—Que se les vigile día y noche y se les ajusticie a la menor sospecha de contumacia.

Klara Hätzlerin fue conducida a Emsdetten, un mísero lugar en el que se habían refugiado muchos de los primitivos habitantes de Münster. Fue acogida por una familia que lo había perdido todo en Nueva Sión. Cuando se enteraron de su procedencia flamenca, la inicial amabilidad se trocó en un odio recio, pues ciertamente culpaban a los flamencos de las desdichas de su ciudad.

No tardaron en denunciarla a las autoridades, afirmando que trataba de convertirlos al rebautismo. La simple acusación bastó. La antigua posadera fue condenada a muerte y sumergida hasta ahogarse en las frías aguas del Ems, en una ceremonia bautismal similar a las que habían llevado a la tumba a muchos anabaptistas antes que ella.

## Capítulo XV

### Münster, Westfalia Junio de 1535

#### 1

Conrad Eisner avanzó por las desiertas callejas de Münster mientras se encendían las iras en su interior. Sufría en lo más hondo el desprecio con que Bockelszoon lo trataba. ¡Voto a bríos, que cada desaire era una bofetada, cada desdén un insulto mortal! ¿Pues no lo había ayudado cuando no era más que un predicador errante, un desconocido discípulo de Matthys?

No sentía remordimientos por lo que se disponía a hacer. ¡Él no era ningún traidor! Muy al contrario, no toleraba a los traidores. Y Bockelszoon y Harris le habían traicionado. Ambos le despreciaban. Estaba seguro de que le despreciaban. Unas semanas atrás, Jan de Leyden había dividido la ciudad en doce secciones y colocado al frente de cada una a un oficial real con el título de duque y una fuerza armada de veinticuatro hombres.

—Cuando la ciudad sea liberada —les había prometido a los duques—, vuestra autoridad se extenderá sobre vastos territorios.

Aunque, por si acaso, les prohibió abandonar sus sectores o conversar entre ellos, no fueran a coligarse contra su divina majestad.

¡Si al menos hubiese sido él uno de los duques! ¿Es que no se lo merecía? Mas no. Jan de Leyden disfrutaba ninguneándolo. Había abrigado la esperanza de que el rey se acordaría por fin de premiar sus méritos. ¡Por todos los diablos, incluso había llegado a pensar que si todavía no le había otorgado ningún título era únicamente porque lo reservaba para los verdaderamente importantes!

Pero se había vuelto a equivocar. Bockelszoon prefería para duques a los patanes que le reían las ocurrencias. ¡Cuanto más serviles y aduladores fueran, mejor! Con la ciudad en manos de tales advenedizos, no quedaba esperanza.

Lo peor era que el muy majadero los llevaba derechos a la perdición. El espectáculo de los cuervos arracimados sobre los cadáveres de los fugitivos había provocado comentarios triunfales en el Mesías:

—¡El Señor castiga a los que se le oponen! —había gritado al contemplar la matanza desde lo alto del adarve—. ¡Dios Todopoderoso castiga su deslealtad! —Y se había echado a reír cual si llevara en la cabeza mil demonios enjaulados.

Pero Conrad se daba perfecta cuenta de que lo sucedido no era sino una prueba más de que si la ciudad caía —se corrigió: *cuando* la ciudad cayese— el obispo sería implacable. Cuantos tuvieran la fortuna de sucumbir en la batalla obtendrían al menos una muerte rápida; el resto padecería horribles tormentos.

Estaba junio bien entrado. Unas nubes hinchadas, ahítas de agua, se habían mantenido todo el día sobre la ciudad, envolviéndola en una luz del color de la tierra muerta. Pero ya hacía rato que había anochecido. Las calles permanecían vacías. Los pocos moradores que quedaban pasaban las horas en las iglesias o en el adarve, rezando al Dios de los Cielos u observando el crecimiento de los parapetos y fortines enemigos. Un silencio de camposanto pesaba sobre las casas desnudas, sobre las yermas avenidas. Ya no ladraban los perros ni chillaban las ratas en Münster.

Respiró hondo, tratando de controlar su indignación, y se detuvo justo antes de desembocar en una calle que circunvalaba las murallas. Paulette tenía razón. ¿Qué futuro podían esperar allí? Debía salvarla. Alejarla de aquella ciudad maldita. Si conseguía sacarla de Münster, se casaría con ella. ¡Por todos los cielos, se casaría con una auténtica reina! Porque, al cabo, Paulette era ahora reina... y eso le convertiría a él en una especie de rey consorte. Ya se veía en Brunswick, relatándole a los íntimos los detalles más gloriosos de la gesta de Nueva Sión. La idea hormigueó placentera en su cerebro y terminó de decidirle.

Aguzó la vista en la penumbra. Rudolf se hallaba sobre el adarve, solo, como había supuesto. Ya no quedaban defensores suficientes para doblar las guardias. La mayor parte de los hombres capaces de sostener un arma se dedicaban a proteger al rey... de sus propios súbditos. Se aproximó a la muralla y ascendió por unos escalones de respeto. El centinela le saludó:

—Buenas noches, capitán.

«Un capitán sin soldados», pensó Conrad con una mueca de amargura. Sus hombres habían sido puestos bajo las órdenes de los nuevos duques.

—¿Cómo va la guardia?

Rudolf, un bávaro de trenzas rubias y expresión bovina, se encogió de hombros:

—Todo está tranquilo.

Conrad Eisner asintió y ambos contemplaron el panorama de las fogatas enemigas. El centinela había sido uno de sus hombres hasta la reciente reestructuración de las defensas de la ciudad. Por eso lo había elegido. Por eso y porque Rudolf era incapaz de relacionar la yesca con el fuego.

—He pensado que estarías aburrido y me he dicho: vamos a darle una sorpresa al bueno de Rudolf.

El soldado le contempló con expresión un tanto desconcertada. Conrad sonrió y metió la mano en su zurrón. Cuando la extrajo, sujetaba un mendrugo de pan y una

tira de carne de caballo. Los ojos del soldado se abrieron por el asombro y su boca comenzó a salivar. Aquello era un verdadero tesoro, digno de la mesa del mismísimo Mesías. El hombre hacía muchas semanas que no se llevaba a la boca algo semejante.

—Seguro que tienes hambre —ofreció Conrad, alargándole la comida.

—¿De...?, ¿de verdad es para mí?

—Te lo mereces. Tantas horas de guardia por delante mientras tus compañeros descansan.

—¡En el nombre del cielo, capitán, tenéis razón! —cogió la carne y se la llevó a la boca. Antes de que llegara a dar el primer bocado, Conrad detuvo su mano—: ¡No, no, Rudolf! ¡Por Dios! ¿Quieres que te vea alguien y comprometerme? ¡Imagina lo que pasaría si te descubren con esa carne! Comenzarían a hacer preguntas, y tú dirías que te la di yo y... ¿Así me agradeces la atención? Lo mejor será que te guardes la comida en el bolsillo hasta que salgas de guardia.

El rostro del soldado se mostró desolado, aunque separó, con gran renuencia, la comida de la boca:

—¡Pero faltan todavía tres horas! ¿Cómo voy a esperar tanto?

—Me pondrías en un aprieto si te cogen con esto, Rudolf, compréndelo... —se detuvo, contempló el semblante atormentado del bávaro, compuso un gesto de resignación—: Está bien, haremos una cosa; si no puedes esperar, ¿por qué no vas a comértelo a tu casa? No te preocupes por la guardia, yo te reemplazaré.

Conrad aguardó en la oscuridad hasta cerciorarse de que el soldado no regresaba y de que nadie más se acercaba por allí. Solo entonces descendió del adarve y se acercó a una construcción adosada a la muralla. Tras encender una bujía, examinó el interior.

Pronto la encontró: una abertura disimulada en el suelo, junto al paramento de la muralla. Daba acceso a una gatera por la que, con dificultad, podía deslizarse un hombre. Se trataba de una salida de fortuna, un viejo pasadizo utilizado para librar los asedios y que daba, por el otro extremo, a una hondonada situada a escasa distancia del baluarte, donde la salida se disimulaba tras unas rocas y unos matorrales. Aquella había sido la vía de escape habitual de los agentes del rey hasta que la culminación del cerco complicó considerablemente cualquier intento de traspasar las líneas enemigas. Espías y mensajeros lo habían utilizado para llevar al mundo noticias de la gesta de Monte Sión, pero solo unos cuantos lo conocían: aunque el acceso estaba siempre custodiado desde el adarve, los centinelas no tenían idea de lo que se escondía bajo sus pies.

Se aseguró su tizona al muslo y se introdujo en el hoyo. Una boca negra, poco más ancha que un hombre de mediana estatura, se abría en un lateral. Se encomendó a todos los santos. Lo iba a hacer. Por Paulette.

Reptó como pudo por un túnel angosto, por el que apenas pasaban sus hombros. El olor de la tierra muerta inundaba su olfato, se mezclaba con el husmo a humedad. Tras una eternidad de reniegos y aprensiones, salió al exterior a una veintena de pasos



de los muros. Unas matas ocultaban la entrada del acceso, tan estrecho que solo podía franquearse impunemente si nadie lo defendía desde el interior. Se apoyó en una roca y trató de recuperar el resuello. Se dio cuenta de lo vulnerable de su posición: en ese instante estaba al alcance tanto de los sitiados como de los sitiadores. Y ambos bandos, si le descubrían, le considerarían un enemigo.

Alejó con ansiedad tales pensamientos. La noche no podía ser más propicia: el manto de nubes velaba las estrellas, dificultando la visión de los centinelas de uno y otro lado. Sus ropas eran oscuras. Y estaba fuera.

A un tiro de piedra, un cerco de fuegos señalaba la posición de los parapetos mercenarios. Comenzó a avanzar en su dirección, pero no había dado ni diez pasos cuando tropezó con un bulto. Al adelantar sus manos para evitar caer al suelo, estas se apoyaron en algo que tardó un instante en reconocer. Retrocedió, asqueado, incapaz de contener una imprecación. A su alrededor yacían los huesos mondos de aquellos que creyeron poder escapar de Nueva Sión. Los cuervos habían dado buena cuenta de ellos.

Tenía que continuar adelante. Se encaminó hacia el cerco enemigo. Tanteaba con los pies, el cuerpo a medias agachado, evitando los restos desperdigados de los muertos. Era un milagro que no se hubiera desatado una pestilencia. Si no hubiera sido por la rapidez con la que habían actuado los carroñeros...

Pronto estuvo a pocos pasos de una de las hogueras. Media docena de lansquenets dormitaban, echados alrededor del fuego. Tardó un momento en darse cuenta de las implicaciones de lo que veía. ¡Estaban todos dormidos! Mas no le faltaba su lógica: tras la muerte de los miles de fugitivos, ¿quién podría esperar que todavía quedara alguien con ganas de huir... o de atacar? Los mercenarios dormían confiados de su superioridad. Para ellos, la caída de Münster no era más que una cuestión de tiempo.

De ahí que las guardias se relajasen. Conrad advirtió que, si procuraba no hacer ruido, no le costaría demasiado franquearse el paso a través de los parapetos y escapar. La idea rondó tentadora por su mente. ¡Escapar! ¡Dejar atrás toda aquella sinrazón! No tendría otra oportunidad como la que se le presentaba. ¿Qué le impedía perderse en la noche, dejar atrás aquella maldita ciudad? ¡Pardiez, sería tan fácil! Pero, ¿qué iba a ser de Paulette si él se iba? La indecisión le atenazó. Confuso, sin saber qué hacer, avanzó dando un rodeo hasta que dejó atrás la línea de fogatas. Su mente bullía tratando de tomar una decisión. Siguió por un espacio que se le antojó desierto hasta que comenzó a ascender por un alcor. El resplandor de algunas hogueras dispersas, que permitían vislumbrar la silueta de los pendones y gallardetes, le hizo comprender que se estaba internando en la zona reservada a la oficialidad del campamento enemigo.

Se detuvo. Había pensado que le detendrían al acercarse a la línea de cerco y que exigiría que le llevaran ante el obispo, pero ni por un instante se le había ocurrido la posibilidad de pasar inadvertido hasta verse en el corazón del campo mercenario.

—¡Eh, tú! ¿Qué haces? —el grito a su espalda le hizo dar un brinco. Se volvió con rapidez. A poca distancia, dos hombres lo examinaban con desconfianza mientras sus manos se apoyaban sobre la empuñadura de sus tizonas. Por lo que pudo colegir a la luz de una hoguera cercana, los dos vestían bien y parecían acostumbrados a mandar. Conrad supuso que se trataba de dos oficiales.

Suspiró. Ya no había posibilidad de escapar. Se irguió completamente y, con cierta resignación, soltó las frases que llevaba preparadas:

—Soy Conrad Eisner, capitán de la guardia de Münster. Sé cómo franquearos la entrada en la ciudad.

El capitán Nuño Puebla se atusó el mostacho mientras trataba de tomar una decisión. Se habían refugiado en una de las tiendas que hacían las veces de almacén, pues la noche era ya avanzada y tanto él como el capitán Weckmann, uno de los hombres de confianza del obispo con el que había hecho buenas migas, habían decidido que era mejor sustraerse a las miradas indiscretas.

Contempló con una mezcla de expectación y desconfianza al individuo que tenía ante sí. Aunque Puebla todavía no dominaba el alemán, se defendía lo suficiente para entender lo que estaba diciendo aquel mamarracho. Y a fe que debía de ser cierto. ¿Cómo, si no, habría podido escapar de la ciudad?

—¿Estáis cierto en lo que decís? —preguntó en un dificultoso alemán.

Un año bien cumplido hacía que había abandonado Castilla y continuaba sin ponerle la vista encima al mocoso. Comenzaba a dudar de que siguiera con vida. ¿Quién le decía que el chiquillo no se encontraba entre los centenares fallecidos pocas semanas antes, al intentar escapar de la ciudad? Había interrogado a todos los supervivientes, pero nadie supo darle razón del muchacho. Por lo que sabía, a esas alturas podía estar pudriendo sus huesos al sol.

La perspectiva de regresar a España tras tan larga ausencia sin llevar consigo al maldito arrapiezo le desasosegaba. Don Francisco de los Cobos no era hombre que admitiera de buen talante un fracaso... y bien sabía Dios que su sobrino, don Juan Vázquez de Molina, le había encarecido lo mucho que le importaba a Cobos que llevara a término aquella misión.

De ahí el hormigueo que le recorría el cuerpo. Si lo que decía aquel patán de ademanos serviles era cierto, pronto saldría de dudas. El fulano no podía haber aparecido en mejor momento. En los últimos meses, el obispo Franz von Waldeck había recibido generosas donaciones: del rey Fernando, hermano del emperador; de los príncipes electores de Mainz, Trier, Sajonia y Brandenburgo; de los duques de Braunschweig, Luneburg y Sajonia; e, incluso, del obispo de Lieja. Con ello, el ejército mercenario que cercaba la ciudad alcanzaba ya los tres mil hombres. Suficientes para aplastar a los herejes de Münster como si de una boñiga de vaca se tratara. Solo faltaba vencer las defensas para que la ciudad cayese cual fruta madura.

Y, con la información suministrada por aquel infeliz, las defensas ya no les

detendrían por más tiempo. ¡Al cabo, tenía razón él! Meses llevaba buscando la salida que utilizaban los herejes para enviar sus emisarios a otras ciudades. Sabía que se ocultaba en alguna parte: un portillo, un túnel disimulado...

—No tiene más que seguirme y vuestra merced lo podrá comprobar con sus propios ojos, capitán...

Así que era un túnel. Puebla acarició el pomo de la toledana.

—¿Y qué es lo que queréis a cambio de vuestra colaboración?

Titubeó el muy falso, como si le costase entender su alemán, aunque el temor por el propio pellejo debió de afilarle el entendimiento, pues respondió al cabo:

—Nada que su señoría no pueda graciosamente conceder: un salvoconducto para mí y otro para una mujer —dudó un momento, pareció acordarse de algo, continuó al fin—: Y un niño.

Ambos capitanes escudriñaron el rostro de Conrad con desconfianza. Antes de que Puebla pudiera abrir la boca, el capitán Weckmann se le adelantó:

—¿De dónde sois? No seréis flamenco, ¿verdad?

—No, no, vuestra merced, desde luego que no, soy alemán, de Brunswick.

—Más os vale que sea cierto. A su señoría el obispo Waldeck se le da un ardite que seáis hereje o capitán de la guardia, si al cabo le entregáis la ciudad. Mas dudo mucho que estuviera dispuesto a ser tan... condescendiente con vos si sois uno de esos perros venidos de Flandes. Está convencido de que fueron los anabaptistas flamencos los que soliviantaron a las gentes de su ciudad.

—¡Oh, no, no, por Dios! ¡Cuánta razón tiene su señoría, capitán! Fue la ponzoña de los flamencos la que corrompió a las buenas gentes alemanas. Mas no debéis preocuparos, soy alemán, alemán de pura cepa, a decir verdad...

El capitán Puebla apartó la vista, asqueado del servilismo del renegado. ¡No tenían esos tudescos dignidad alguna! ¿No les bastaba caer en tan herética perversión que, además, renegaban de la misma a la primera de cambio?

—¿Y esa mujer a la que queréis salvar es también alemana? —preguntó el capitán Weckmann.

—No, no, vuestra merced, es francesa. Se vio atrapada en la ciudad cuando...

No acabó la frase, pues Puebla se había vuelto violentamente hacia él:

—¿Una mujer francesa habéis dicho? ¿De dónde?

Tanto Conrad Eisner como Weckmann contemplaron con extrañeza al capitán.

—No estoy seguro... Creo que de Bretaña.

¡Bretaña! Vázquez de Molina, el sobrino de Cobos, le había dicho que el chiquillo viajaba en compañía de una muchacha bretona. ¿Podría ser que...?

—¿El niño es hijo vuestro?

—Eh... No, pero...

Nuño Puebla reprimió una exclamación de asombro. Si no era hijo de aquel patán, tenía que ser el que buscaba. ¡Por todos los mártires de Roma! ¿Sería posible que estuviese todavía vivo? ¡Ave María Purísima, sí, ese era su día de suerte! No creía

que hubiera muchos muchachos en Münster que tuvieran una acompañante bretona.

El traidor escrutaba su rostro, entre intrigado y receloso:

—Vuestras mercedes deben decidirse pronto, he de regresar ya, si no lo hago, la ronda descubrirá que no hay guardia en el acceso.

—Entonces vayamos al grano —decidió Weckmann—. Franquearéis el acceso a nuestros soldados para que puedan abrir las puertas de la ciudad. ¿Cuándo?

Conrad lo tenía bien pensado. Dos días después, por la tarde, estaba prevista una comparecencia pública del Mesías. Acudiría a la plaza del Rathaus con toda la pompa para dirigirse al pueblo..., lo que quería decir que Paulette, en su calidad de consorte, se vería obligada a asistir. Ese sería su oportunidad para ayudarla a escapar.

—Dentro de dos días, de madrugada, yo mismo estaré de guardia en la zona del adarve que custodia la entrada del túnel.

—Será al alba del día veinticuatro, entonces —calculó Weckmann—. Informaré al obispo. Aguardaréis en la entrada del pasadizo con la mujer y el niño. Si todo es como decís, obtendréis vuestros salvoconductos.

Conrad aceptó. Se marchaba ya cuando el castellano intervino:

—Un momento. Entraré con vos en la ciudad.

Weckmann ahogó una exclamación de sorpresa:

—¿Os habéis vuelto loco, Nuño?

Tampoco el antiguo estudiante daba crédito a sus oídos:

—¿Vos...? Pero, ¿a vos qué...?

Puebla, tajante, le cortó:

—No os incumben los motivos. Necesito que me ocultéis en alguna parte y que me mostréis a ese muchacho y a la mujer que queréis que os acompañe. Vuestra libertad y la de esa mujer a cambio del muchacho, si es quien pienso. ¿Estáis de acuerdo?

Conrad vaciló. ¿Qué diablos sucedía? No entendía qué interés podía tener Jean para aquel español. Acuciado por las prisas, comprendió que no tenía otra opción:

—Podréis guardaros en mi propia residencia.

Puebla se volvió hacia el otro capitán:

—No os preocupéis por mí, Weckmann. Sé cuidarme solo. Estaré en la boca del pasadizo en la madrugada del veinticuatro. Hacedme la merced de informar a su señoría.

Su colega se encogió de hombros:

—Vos sabréis qué se os ha perdido ahí.

—Que pase.

John Harris despidió al criado e hincó el diente a un muslo de pollo. Estaba correoso, más que muslo semejaba anca de mulo viejo. Con una mueca de fastidio, lo arrojó sobre la escudilla, dio un trago largo de cerveza del pichel que reposaba sobre la mesa y se arrellanó en la silla.

La situación comenzaba a incomodarle. Cada día resultaba más difícil conseguir algo decente para llevarse a la boca. Incluso la despensa del Mesías mostraba carencias preocupantes. Harris era consciente de que poco quedaba por extraer de aquella fruta ya en exceso exprimida que era la ciudad. Se acercaba la hora de levantar el vuelo.

—¿Da su permiso, capitán?

Alzó la vista con desgana. En el quicio de la puerta, un cadáver de mirada fatigada le contemplaba con aprensiva solicitud. Contuvo un bufido de hastío:

—Espero que tengáis una buena razón para incomodarme tan de mañana, Adam.

El visitante vestía unos harapos que en alguna ocasión debieron de ser de buena factura, pero el mucho uso y la falta de cuidados los habían convertido en poco más que unos colgajos. Se trataba de un letrado de edad ya sobrada, alguna vez próspero, al que Harris solía recurrir para asuntos de diverso jaez. Tenía el rostro macilento y descarnado por la mucha necesidad, con huesos de aristas prominentes y colgajos de piel donde debió de abundar la carne. Al descubrir la escudilla de la mesa entreabrió la boca y comenzó a salivar.

—¿Y bien?

Fue perfectamente visible el esfuerzo de Adam para concentrarse en lo que tenía que decir. El pobre diablo no había visto comida semejante en muchos meses:

—Se trata del capitán Eisner. Ha sucedido algo muy raro con él.

¿Conrad? Recordó que le había pedido que vigilara al estudiante. Estuvo tentado de despedirlo. No tenía humor esa mañana para aguantar chascarrillos sobre el majadero de Conrad. Algo en el semblante de Adam, no obstante, le hizo dudar. Dio un nuevo trago a la cerveza y cortó un buen trozo de queso de una pieza que descansaba a un lado de la escudilla.

—¿Y bien? —inquirió, llevándose el queso a la boca.

Con dificultad, divididas sus ansias entre el deseo de agradar y el imán de la comida, Adam le contó que había seguido a Conrad hasta un cobertizo adosado al lienzo de la muralla en el sector sur de la ciudad.

—Tardaba tanto en salir que me acerqué a curiosear, capitán. Y os juro por lo más sagrado que no había nadie en el interior. ¡Que el Mesías nos socorra, capitán! ¡No había nadie, el capitán Eisner se había esfumado como un fantasma en la niebla!

Harris comprendió al momento lo sucedido y masculló una imprecación. ¡Maldito bastardo, sarnoso pedo de asno! Tenía que haberlo previsto. ¡Conrad se había fugado!

Por supuesto, el pobre diablo de Adam no tenía ni idea, pero Harris también conocía el túnel cuya boca ocultaba el cobertizo. Su mirada se aceró. El letrado se dio cuenta del cambio de humor, pues su voz sonó más insegura al proseguir:

—Aguardé oculto en el exterior mucho rato, capitán, aunque no entendía dónde demontres podía haberse metido. Cuando me disponía a marcharme, oí un ruido en el interior del cobertizo...

John Harris alzó levemente una ceja.

—No os lo vais a creer, pero salió el capitán Eisner... ¡seguido de otro hombre! ¡No había nadie, por todos los espectros malignos, pero salieron dos, que bien se diría que el capitán regresaba del mismísimo Infierno con un compañero de fechorías! — se persignó, tratando de espantar de sí tan funestas imágenes.

La sorpresa no alteró el rostro del inglés, pero su mente trabajaba a toda velocidad. Algo se le hurtaba en aquella historia. Podía admitir la fuga de Conrad, pero que el estudiante se arriesgara a salir de la ciudad para regresar al poco, y acompañado de otro individuo para más inri, le dejaba perplejo. ¿Quién demontres sería el fulano? ¿Y qué se proponían? Si algo odiaba, era sentir que la situación se le escapaba de las manos.

—¿Los has seguido?

Asintió el pobre diablo. La baba resbalaba por su mentón, se le perdían los ojos por la escudilla donde reposaba el muslo de pollo abandonado:

—Fueron a la casa del capitán Eisner. Poco después, el capitán volvió a salir, esta vez solo, y se dirigió hacia la residencia de nuestro amado Mesías. Allí lo dejé hace unos minutos, capitán. Creí que debíais saberlo cuanto antes.

Harris, con gesto ausente, empujó la escudilla con los restos de su almuerzo hacia Adam, que se lanzó sobre ella con apetito voraz. El inglés se levantó y se acercó a una de las ventanas de la sala.

Contempló ensimismado el exterior. El sol del verano despuntaba ya sobre los tejados anunciando un día caluroso. La plaza se mostraba tranquila, solo de tanto en tanto atravesada por sombras medrosas: eran los últimos defensores de Monte Sión, que apuraban el paso al cruzar ante la residencia de su sublime Mesías, no fuera el diablo que se fijara el Salvador en sus súbditos y se le antojara acelerar su entrada en el Paraíso. A la izquierda de la ventana, justo frente a la basílica, se hallaba en efecto el palacete de Bockelszoon. Seis hombres armados guardaban la entrada.

¿Qué iría a hacer Conrad allí? Paulette, claro. El botarate del estudiante no tenía ojos para otra mujer desde que la francesa se le había cruzado en el camino. Pero, ¿a qué vendría aquel juego de entradas y salidas? Tenía que averiguar quién era el hombre que el estudiante guardaba en su casa.

—¿Qué aspecto tenía el que acompañaba a Conrad?

Mientras Adam se lo describía, fue forjándose un plan en su cabeza. La excursión del estudiante le había abierto los ojos. Aquella fiesta se acababa, y a Harris nunca le habían gustado los convidados que se quedaban hasta el final.

Tendría que hacerle una visita de despedida al Mesías. No sería propio de caballeros marcharse sin agradecer los servicios prestados.

Se volvió hacia Adam:

—Apóstate frente a la residencia del capitán Eisner. Si el hombre que has visto sale, síguelo. No le pierdas de vista hasta que llegue yo.

El hombre se inclinó sumisamente ante él:

—Como ordenéis, capitán.

¿Qué quedaba de la obra de Dios? ¿Qué quedaba de la hermandad? Münster agonizaba y Baltasar no conseguía aferrarse a la realidad. Los meses se sucedían y eran una niebla, un redolor que no se consume.

—¿Padre?

Apenas era consciente de cuanto sucedía a su alrededor. Veía las formas, oía las palabras pero estas no penetraban en su cerebro, solo tinieblas y ruidos. Nada había fuera que le interesase. El hospital ya no albergaba enfermos, pues nadie tenía fuerzas suficientes para enfermar. Münster era un fosal en el que ochocientas almas aguardaban su fin. Únicamente Jean conseguía de tanto en tanto sacarle de su ensimismamiento. Pobre muchacho, ¿qué iba a ser de él?

—Padre, ¿os encontráis bien?

Se dio cuenta de que era Jean el que le interpelaba. Jean que le observaba con la preocupación pintada en su rostro infantil. Había crecido. Se había endurecido.

Asintió, la mirada perdida. Bien. ¿Qué era sentirse bien?

El gusano de la inquietud se le metió en las entrañas al capitán Nuño Puebla al atravesar las calles desiertas. Avanzó a la zaga de su guía hasta una residencia en la zona noble, no demasiado lejos de la catedral, sin dejar de tomar nota de cuanto veía. Solo el hedor de la ciudad bastaría para obnubilar al más pintado. Donde fuera que mirase veía los estragos de los bombardeos. Muchos inmuebles habían sido presa de las llamas y otros, en ruinas, habían cedido sus piedras para formar barricadas.

Era una ciudad fantasma. Los pocos habitantes que consiguió vislumbrar más semejaban peleles furtivos y medrosos que seres humanos. Comprendió que ya no tenían esperanza. Aguardaban su fin con la indiferencia de los corderos que esperan al matarife.

Puebla avanzó tras Conrad con el desconcierto pugnando por apoderarse de sus pensamientos. No alcanzaba a comprender cómo aquellos espectros sin apenas carnes podían seguir resistiéndose a las tropas del obispo. Solo cerca de la catedral, al cruzarse con una pareja de hombres fuertemente armados, vislumbró algo de la esperada altivez en sus rostros.

—Son hombres del Mesías —le informó su guía—. Patrullan la ciudad para evitar que alguien critique al rey. La pena es la muerte por descuartizamiento.

Conrad Eisner se mantuvo en silencio el resto del trayecto. Le condujo hasta su

casa, un edificio de dos plantas que debió de albergar, en su día, a algún burgués adinerado. El contraste entre los lujosos muebles y tapices y la miseria del exterior dejó a Puebla meditabundo.

—Aguardad aquí. Volveré en cuanto pueda.

Pero pasaban las horas y no regresaba. Y el castellano comenzaba a preguntarse si no le habría sucedido algo a su anfitrión.

John Harris cruzó la plaza de la catedral y penetró en el palacete del Mesías sin que nadie osara detenerle. Guardias y criados se apartaban a su paso, humillando las testas en señal de respeto y consideración.

Podía leer el miedo en aquellos rostros enflaquecidos. Había sido una temporada harto divertida y provechosa, pero el juego ya no le agradaba. Era hora de marcharse.

Comenzó a tararear una melodía de su infancia. Se sentía bien, una vez tomada la decisión de abandonar la ciudad. Ya no necesitaba de la duquesa de Etâmpes. ¡Por Belcebú que no! Con el fruto de Münster tenía suficiente. Algún día le mandaría un billete a la duquesa, agradeciéndole que le hubiera enviado tras el bastardo.

Sonrió, absorto, mientras atravesaba la antecámara del rey sin siquiera ver a las doncellas y camareras que se arremolinaban en espera de que se levantase su majestad. Tenía el de Leyden la costumbre de guardar cama hasta bien entrada la mañana, por lo que Harris no dudaba de que se encontraría en la alcoba real.

Abrió la puerta sin llamar y le asaltaron unos gemidos procedentes del lecho del rey. La cámara se hallaba iluminada por el sol de la mañana. Unas colgaduras velaban a los ocupantes del lecho, mas no lo suficiente para entorpecer la visión de varios cuerpos desnudos que se retorcían en su interior sin dejar de gemir. Se acercó a la cama y descorrió los velos.

Cuatro pares de ojos le contemplaron estupefactos. En el centro, el Mesías besaba el culo de una de sus esposas, una muchachita de no más de dieciséis años que inclinaba su boca sobre los genitales del rey. La moza se le quedó mirando con sus ojos grises, pasmada, con el pene real todavía entre sus labios entreabiertos. Las otras dos mujeres eran Divara, la primera esposa, y otra que respondía al nombre de Margarita, hija de un antiguo prohombre de la ciudad y también casada con el rey. Ambas se acariciaban mutuamente para deleite del de Leyden, que les propinaba golpecitos en el trasero con la mano derecha.

Jan de Leyden, tras un momento de estupor, consiguió balbucear:

—Ha... Harris, sois vos...

El inglés se sentó en el lecho y apartó con un brusco ademán las piernas de la reina Divara, que entorpecían su visión. Esta le lanzó una mirada furibunda.

—Continuad, si os place —concedió Harris, dirigiéndose a Bockelszoon—, mas daos prisa en terminar, que tengo nuevas que comentaros, majestad.

El rey se sonrió, algo confuso. Apartó a la muchacha que tenía sobre él y se acarició el falo, que se alzaba enhiesto hacia el dosel:



—Sería una pena desperdiciar una belleza semejante... —murmuró, contemplando su miembro. Y, lanzando una risita traviesa, volteó a la jovencita de forma que esta terminó ofreciéndole su trasero. El Mesías hurgó en el sexo de la muchacha hasta conseguir ensartar su verga en él. Comenzó a bombear.

Harris paseó su mirada por Divara y Margarita. Luego, como quien no quiere la cosa, comentó:

—Os traicionan en vuestras propias narices y ni siquiera os enteráis.

El rey detuvo el rítmico vaivén de sus caderas. La muchacha gimió, agitó la melena y se volvió para contemplar a Harris con mudo reproche. El inglés le guiñó un ojo.

—¿No afirmabais que mientras quedara un solo pecador en la ciudad el Buen Dios nos daría la espalda?

Jan Bockelszoon todavía mantenía el pene dentro de la muchacha.

—¡Por Dios, Harris! ¿De qué..., de qué habláis? —jadeó—. ¿No podéis... esperar?

El inglés se encogió de hombros:

—Como vos queráis.

Volvió entonces el rey su atención al cometido que le urgía. Embestia rítmicamente el trasero de la mujer con golpes de cadera mientras sus manos estrujaban los pechos bamboleantes. Al poco, de su boca comenzaron a salir gemidos entrecortados.

—Una de vuestras esposas os pone los cuernos, majestad.

El rey soltó un bufido, detuvo bruscamente su movimiento y se volvió hacia el inglés:

—¿Qué habéis dicho?

—He venido a avisaros tan pronto como lo he sabido.

Las esposas reales le contemplaban con asombro. Harris observó que la muchachita que en ese momento yacía con el rey se había quedado pálida al oír sus palabras. Refrenó la carcajada que se le venía a los labios. ¡Así que la mala pécora también traicionaba al rey, a pesar de su aspecto angelical!

—¡Pardiez, John, explicaos! —clamó su majestad, totalmente desinflado ya. Se apartó de la muchacha y, de un salto, se puso de pie sobre el lecho. Caminó entre los cuerpos de sus mujeres hasta saltar al suelo de la habitación. Luego se agachó y extrajo de debajo de la cama un orinal de oro trabajado con relieves—. ¿Se puede saber de qué diablos habláis? —comenzó a orinar. Rezumaba mal humor.

—Vuestro fiel Conrad os engaña con vuestra esposa bretona, majestad. Todos los días desde hace un año acude a sus aposentos.

El semblante real pasó de la perplejidad a la indignación y de ahí nuevamente a la perplejidad:

—¡Conrad! ¡Larva de rata, miserable traidor! —dejó caer el bacín, que fue a chocar con estrépito contra el suelo, derramando su contenido—. ¿Con mi esposa

bretona? ¿Tengo alguna esposa bretona?

—Paulette, majestad. La muchacha que vivía en pecado con el carpintero que mandasteis ajusticiar, Hans.

Se acordó el rey de su consorte, se le prendieron las rabias de las mejillas:

—¡Mujer impura! ¿Así agradece mi generosidad? ¡Por todos los profetas del Cielo, John, yo le salvé la vida, incluso me desposé con ella! ¿Es ese su pago?

Exigió el rey desnudo, con ademanes imperiosos, que le fueran narrados hasta los más ínfimos detalles de la felonía. Harris procedió a ello. La más joven de las esposas, aliviada al ver que no hacía alusión a sus deslices, componía gestos de asombro y se indignaba de forma ostensible.

—¡No puede ser! ¡Ahora comprendo el abandono del Señor! ¿Cómo iba Él a concedernos Su ayuda? —dijo una patada el Mesías a un pedestal que sostenía la talla de un santo, que se desplomó con estrépito—. ¿Cómo iba a enviar a una legión de arcángeles con espadas de fuego si se ocultaba la ponzoña y el pecado entre nosotros?

Se le inflamaba la vergüenza en arrebatos de santísima cólera.

—Ahora mismo se hallan juntos los infames, majestad.

—¿Qué? ¡Bajo mi propio techo! ¡Venid, venid conmigo, John, amigo del alma, acompañadme! ¡Por el mismísimo Dios de las alturas que antes de que caiga la noche arderán sus almas en el Infierno!

Se dirigió a un arcón sobre el que reposaban sus armas y se hizo con una espada pequeña, con una hoja ancha y de unos setenta centímetros de longitud, que llamaban en las tierras de Alemania la *katzbalger*, la «destripagatos». Era la que solía utilizar para descabezar traidores cuando recorría la ciudad. Con ella en la mano y sin preocuparse de su desnudez salió de la habitación y atravesó a grandes trancos el revuelo de camareras que guardaban la antecámara. John Harris fue tras él, seguido a su vez por las tres esposas reales, algo demoradas por la necesidad de cubrir sus vergüenzas.

Un hombre de armas guardaba la puerta de las habitaciones de Paulette. Al ver aparecer al Mesías desnudo, con la destripagatos desenfundada y los ojos inyectados en cólera, el pobre diablo se echó a temblar.

No tuvo tiempo de recuperarse: Jan Bockelszoon llegó hasta él y descargó un golpe de espada sobre su vientre. El soldado abrió la boca, barbotó una exclamación de sorpresa y cayó al suelo, doblado sobre sí mismo, en medio de un charco de sangre y vísceras. El rey ni siquiera lo miró. Abrió de una patada la puerta de la habitación.

—¡Traición!

En el extremo opuesto a la entrada, en un poyal de piedra adosado a la pared exterior, charlaban plácidamente Conrad y Paulette. Al ver llegar al Mesías ambos se levantaron, incapaces de dar crédito a aquella aparición. Mas la ira del Hijo de Dios no se detuvo: avanzó hacia la pareja con la espada en alto, una tormenta de justicia divina cuya garganta destripaba obscenidades. Conrad y Paulette no atinaron a moverse de donde estaban.

—¡Deteneos, majestad!

Fue John Harris el que se lanzó sobre el brazo del rey. Y así resultó que se detuvo el arma justiciera y brotó el estupor en el rostro del Mesías, que trastabilló ante la acometida de su más fiel guardián:

—¡John! ¿Qué...?

—Por Dios, majestad, utilizad la cabeza. ¿Queréis reflexionar siquiera un momento sobre lo que os proponéis? Es comprensible que ansiéis tomaros venganza cuanto antes, mas no podéis olvidar quién sois... —hablaba con calma, un rictus irónico en la comisura de los labios.

Se volvieron todos hacia el inglés. En la puerta, medio desnudas y fascinadas por el espectáculo, gemían de emoción Divara y las dos esposas reales. También Bárbara Kniperdollinck seguía la escena con el horror tallado en su poco agraciado semblante. La mujer bordaba una tela cuando el Mesías entró y ahora trataba de pasar desapercibida.

—No podéis descuidar una oportunidad como esta de ganaros el favor de vuestro pueblo —salían frías las palabras del sajón, tan indiferentes que rechinaban en el ambiente cargado de la estancia—. Vengad la felonía, sí, pero hacedlo públicamente, para que todos vean que ni el amor ni la amistad detienen el brazo del Mesías.

—Proseguid.

—Abrid los ojos, maldita sea: el pueblo está al borde de la desesperación y ya no confía en vuestras promesas de salvación. —Hizo caso omiso del gesto ofendido que emergió en el rostro de Bockelszoon y prosiguió—: Mañana habréis de dirigiros a las gentes y no tenéis nada nuevo que ofrecerles. Pero si les regaláis el ajusticiamiento público de estos dos traidores —señaló a Conrad y a Paulette con un ademán displicente. Los aludidos, todavía conmocionados, no atinaron a defenderse—, y afirmáis que eran los últimos impíos..., ¿no será más fácil entonces conseguir que la hermandad confíe nuevamente en vos? ¿Pues no afirmáis que, muerto el último pecador, descenderá sobre Monte Sión una legión de ángeles para salvar a los Elegidos?

—¡Sí, sí, sí! ¡Por supuesto, John, claro que sí! —Sin transición, el Mesías no cabía en sí de gozo. Dejó caer la espada y, desnudo como estaba, se acercó a Harris, lo abrazó y lo alzó en volandas sin parar de reír—. ¡Por supuesto que sí, John, cómo no se me ha ocurrido antes! ¡Tenéis razón, tenéis razón! ¿Pues quiénes sino estos dos ingratos tienen la culpa de todos los males que nos aquejan? ¡Por ellos padecemos desde hace meses hambre y privaciones, por ellos se nos niega el auxilio celestial!

Reía el Mesías, brincaba de alegría ante la general estupefacción.

—¡Aleluya! ¡Arrodillaos, hijos míos, pues acabo de tener una revelación! ¡Dios Padre se ha dirigido a mí y me ha ordenado ajusticiar públicamente a los impíos! ¡Aleluya!

Harris le dirigió una mirada de desdén. ¿Una revelación? Solo le faltaba convertirse en el nuevo Dios del Mesías.

Acudían criadas y sirvientes de las estancias cercanas y unos y otros sonreían al ver tan feliz a su rey.

—¡Encerradlos, John, encerradlos! —gritaba, enardecido, tan risueño como un chiquillo con un caramelo inesperado—. ¡Encerradlos! ¡Mañana al atardecer pagarán sus crímenes y redimirán la ciudad! ¡Seremos salvados al fin!

Y se le soltaba una risa tan estridente, tan contagiosa que al poco todo el mundo reía a mandíbula batiente en la habitación.

—¡Ah, mi querido amigo, cuánto lamento veros en esta tesitura! Pero ya veis, nada más pude hacer, y bastante fue lograr que ese loco no os ajusticiase allí mismo.

Conrad apenas escuchaba a Harris: examinaba la hedionda celda mientras su mente caminaba por el filo de la navaja, incapaz de asumir el giro que había dado su suerte en solo unos minutos. ¿Pues no estaba a punto de escapar de aquella pesadilla? ¿No le decía a su amada, cuando fueron sorprendidos por el maldito Mesías, que al fin iba a sacarla de allí? Y, de súbito, trocaba la esperanza por la certeza de su pronta ejecución.

—Habéis de ser fuerte, querido amigo —el inglés le ofreció una mueca sarcástica al alelado baladrón—. En cierta forma, ¿no es mejor acabar así que caer en manos del obispo? ¡A fe que no ha de tardar en vencer la resistencia de la ciudad! Así pues, ¿qué más os da? Miradlo desde este lado: con una rápida ejecución, os ahorráis los esfuerzos de la tortura a la que nos someterá el prelado cuando nos tenga en sus manos.

Palideció el semblante de Conrad, ya de por sí demudado: sus ojos erraron desorientados, al borde de la desesperación. Harris reprimió el desdén.

—Claro que podría haber una solución... —insinuó.

La mirada de Conrad cobró vida súbitamente.

—¿A qué os referís? —era apremiante su tono.

—Quizá podría poner mi cuello en peligro y liberaros... —simuló el inglés hallarse absorto meditando tal posibilidad.

—¿Lo haríais? ¿En verdad haríais eso por mí, John? —se acercó Conrad a Harris incrédulo, las manos tendidas, los ojos suplicantes abiertos de par en par—. ¡Oh, Harris, siempre os consideraré un amigo de verdad! ¿Me dejaríais escapar?

Harris sacudió una mano como quien espanta un pensamiento molesto:

—Oh, sí, podría hacerlo, por supuesto, pero no valdría de nada. Me jugaría el gaznate y, aunque os ayudara a huir, no podríais salir de la ciudad. Así pues... .

Conrad Eisner dejó escapar un suspiro frustrado. Se llevó el pulgar a los labios, en ademán reflexivo, y se volvió hacia la pared, ocultando así su rostro. Permaneció unos segundos reconcentrado antes de volverse nuevamente:

—Vos, John, ¿no habéis pensado nunca en escapar? —sonó cautelosa su voz.

Harris se apoyó con calma en el quicio de la puerta. El pez había mordido el anzuelo. ¡Por todos los demonios que resultaba fácil en demasía! Ahora bastaba con

un suave tirón y...

—Eso es imposible, bien lo sabéis.

Por un momento, Conrad se debatió, indeciso, sin apartar la mirada de su interlocutor. Tan transparente como el aire limpio que sigue a la tormenta. Explotó:

—Yo puedo sacaros de aquí. He firmado un pacto con los hombres del obispo.

Harris no sonrió. Se limitó a enarcar una ceja de incredulidad.

—¿Os acordáis del túnel por el que el Mesías enviaba a sus emisarios?

Se acercaba un mediodía de soles vivos cuando John Harris abandonó los calabozos del Rathaus. Se dirigió sin prisas hacia la residencia de Conrad, disfrutando del paseo a través de la ciudad. Las revelaciones de Conrad le habían sorprendido. El fulano que había mostrado tanto interés por el bastardo real no podía ser sino otro agente de la duquesa de Etâmpes. Lo más probable era que la duquesa se hartara de esperar por él y hubiera decidido enviar un nuevo hombre tras el chiquillo. ¡Por la puta de Babilonia que era persistente la ramera!

Había pensado en matar al niño antes de marcharse, aunque solo fuera por no dejar a medias el encargo, pero las palabras de Conrad habían sido muy claras: solo obtendría un salvoconducto a cambio del bastardo. En el fondo se le daba una higa lo que le sucediera al muchacho, pero no dejaba de ser sorprendente que se cruzara en su camino una y otra vez. Quizá pudiera utilizarlo para salir de la ciudad y cargárselo después.

Cada cosa a su tiempo. Y en ese instante el agente francés debía de hallarse muy preocupado por la tardanza de Conrad. Lástima que este no fuera a presentarse a la cita. El muy estúpido lo había soltado todo del tirón, convencido de que Harris le ayudaría a escapar. ¡Pardiez, que todavía le costaba contener la risa ante el recuerdo de su pasmo cuando comprendió que no lo iba a liberar!

En el fondo, le estaba agradecido al estudiante: si no fuera por su necedad, a Harris no le resultaría tan fácil salir de la ciudad... justo cuando esta iba a ser conquistada. Brindaría por sus huesos desde Inglaterra.

El capitán Nuño Puebla se daba a todos los diablos. Las horas se sucedían sin que el mamarracho que le había llevado hasta el corazón de Münster diera señales de vida. Daba ya en pensar si el tudesco le habría traicionado, que bien podía ser que en el último momento hubiera cambiado de opinión. ¡Nunca se podía saber con aquellos germanos, tan veletas como cigarras en verano!

Si el hereje no regresaba, o si le sucedía algo, tendría que arriesgarse a salir solo de la ciudad. No creía que se le presentaran demasiadas complicaciones, pero ello significaría dejar pasar la última oportunidad de encontrar al maldito chiquillo con vida. Una vez hubieran entrado los lansquenetes, ni una rata se salvaría.

Se le amostazaban las entrañas solo de pensar en regresar a Castilla con las manos vacías. Don Francisco de los Cobos no era señor que pasara por alto un fracaso como

aquel. Y Puebla entendía perfectamente el porqué. No era ningún memo, el capitán. Sabía sumar dos y dos y todavía recordaba el encuentro que había tenido con don Garcilaso de la Vega en Madrid, en aquella ocasión en que le había brindado su ayuda en un lance de rufianes. Durante un mes y por encargo de Cobos, había vigilado al poeta y regidor de Toledo cuando llevaba a *madame* de Foix a reunirse con el rey don Carlos.

Sí, Puebla sabía sumar dos y dos. Entre lo que había visto y lo que deducía de las palabras de Juan Vázquez de Molina, no le resultaba difícil sacar sus propias conclusiones. Unas conclusiones que le hablaban de la importancia del chiquillo y le animaban a poner el máximo empeño en hacerse con él.

Mas el tudesco no regresaba, y sin él no había crío que valiera. ¿Qué hacer? Se le comía la indecisión, que se le hinchaban las horas sin dejar de pasear de un lado a otro de la casona. Cerca ya del mediodía, se asomó a una de las ventanas del piso alto, por ver si atisbaba algún rastro de Conrad.

Fue en eso cuando vio aproximarse al inglés. Nunca en toda su vida lo había tenido delante, pero el reconocimiento fue instantáneo. Dudaba mucho que hubiera dos hombres en Münster que respondieran a su descripción: un individuo de pieles albas, pelo casi blanco y andares de animal de presa. Un sujeto inquietante, tan sinuoso como un áspid. Retrocedió instintivamente hacia la seguridad de la estancia mientras ponía en orden sus pensamientos. ¡John Harris! Así que se hallaba en Münster, después de todo... Los informes que hablaban de que se había convertido en la mano derecha del profeta debían de ser ciertos, a tenor de la calidad de sus ropas y el aire de seguridad que desprendían sus andares. Mediaba un abismo entre su aspecto lozano y el desaliño de los escasos ciudadanos que había podido entrever.

Harris podía conducirlo hasta el niño. Aunque Conrad no volviera a dar señales de vida, el inglés podía identificar al chiquillo. Se asomó con precaución a la ventana mientras trataba de decidir qué hacer. Un individuo pobremente vestido se había acercado al inglés y le comentaba algo con ademán sumiso. Ambos se volvieron hacia la residencia y el pordiosero hizo un gesto vago hacia la puerta.

Harris se aproximó. Puebla se movió con rapidez: su cuerpo acostumbrado a infinitas escaramuzas actuó por él. Descendió corriendo al piso bajo, se agazapó tras la entrada y su mano sujetó con firmeza el pomo de la tizona. Aguardó.

—No os mováis.

Acababa el inglés de entrar cuando sintió el mordisco del acero en su costado. Debía de esperarse algo similar, pues el muy ribaldo ni se inmutó.

—¿Qué ganaréis matándome, francés? —espetó mientras se giraba para ver a su agresor. Mantenía los brazos apartados del cuerpo, en actitud tranquilizadora— ¿O acaso *madame* de Pisseleu os ha solicitado que os deshagáis también de mí?

Aquellas palabras confundieron a Puebla, sobre todo porque fueron pronunciadas en el idioma de la Francia, que el castellano desconocía. En mal alemán inquirió:

—¿Se puede saber qué diablos decís?

—¿No sois francés?

—¿Por qué había de serlo?

Aquel acento solo podía ser castellano. Harris luchó contra su desconcierto:

—Pero buscáis al chiquillo. ¿No os envía la duquesa de Etâmpes?

—Tenía entendido que la duquesa os había enviado a vos, Harris.

El inglés acusó el inesperado reconocimiento, un leve fruncir de ceños. Ambos se midieron en silencio.

—Bajad el acero —sugirió Harris—. Vuestro guía se pudre a estas horas en los calabozos del Mesías, así que soy el único que puede llevaros hasta el chiquillo. Y vos me podéis sacar sin percance de esta maldita ciudad.

No respondió Puebla.

—No sé quién sois ni qué interés tenéis en el crío, pero a mí ya no me incumbe lo que le suceda. Y nos necesitamos el uno al otro.

Lentamente, el castellano venció su espada:

—Convencedme de que tenéis razón.

### 3

El estruendo de una explosión rompió la quietud de la mañana y echó las cornejas a volar. Amanecía un nuevo día, otra jornada más en el paraíso cercado de Monte Sión, cuando Bárbara Knipperdollinck salió envuelta en una toquilla del palacete real.

—¡Ay, Virgen santa!

Se sobresaltó la mujer ante el zambombazo, un quiebro de pasos, pero continuó adelante con decisión. Un nuevo bombardeo comenzaba. Los inmensos basiliscos mercenarios machacaban Nueva Jerusalén, oraciones papistas sobre las almas impías de los herejes. Ya la mayor parte de las torres habían caído y las que resistían se hallaban atravesadas por cien agujeros que mostraban al mundo las carnes desnudas de la piedad. Las calles eran un escombros, una montantada de cascotes, se sorprendía la mujer al avanzar con dificultad por los irreconocibles pasajes. Hacía varios meses que no salía del círculo de casas que encastillaba la catedral y en ese instante, al internarse por los barrios menos favorecidos, se le manifestaba una geografía que no sospechaba: por doquier veía los vientres abiertos de las casas, las cabezas destejadas, las fosas y los escombros, como huesos en el potro de tortura.

Avanzó Bárbara en medio del fragor de bombardas, la mano en rápidas cruces sobre el alma, luchando por orientarse en una ciudad que ya no reconocía como la

misma que la había visto crecer. De cuando en cuando se le abrían los ojos al prenderse su mirada de un rostro descarnado, de un disimulo medroso, de unos andrajos que tiempo atrás lucían hermosos en fiestas de sociedad.

—¡Alabado sea el Señor!

Se le desvanecían las certezas a la parlanchina hembra, se le caían muchas cegueras. ¿Pues no velaba su esposo por el bienestar y la felicidad? Una gruesa bala de cañón impactó contra el lienzo de una casa cercana y Bárbara se vio arrastrada contra una pared por la fuerza de la explosión, en medio de una lluvia de cascajos. Una nube de polvo la envolvió, provocándole un acceso de tos. Varias esquirlas de piedra se le incrustaron en brazos y piernas y comenzó a sangrar. Aturdida, luchó por ponerse en pie.

—Corred, hermana —la ayudó alguien—, va a desplomarse.

La pared en la que había golpeado el proyectil oscilaba peligrosamente. Frente a ella, un hombre gemía pidiendo socorro. Una piedra le había aprisionado la pierna derecha. Se le había caído el zapato, una gastada bota de trapo, que había ido a parar unos pasos más allá. Varias personas trataban de ayudar al infeliz. Bárbara, sin saber qué hacer, fue a recoger la bota.

Iba a acercársela al herido cuando algo llamó su atención. La bota pesaba demasiado para estar hecha de trapo. Echó un vistazo al calzado.

—¡Ah!

La bota de aquel infeliz todavía calzaba un pie: una masa de carne sangrante, un hueso sobresaliendo de entre unos jirones de piel. Bárbara la arrojó al suelo y se alejó corriendo de allí.

—¡Ay, Virgen santísima!

Recorrió el esqueleto de Münster bajo los efectos de la impresión. ¡Y ella que había pensado que todo marchaba bien en la ciudad! ¿Sería posible que tuviera el Perro tanto poder, que estuviera el Maligno a punto de vencer a los elegidos del Señor?

—¡Ay, Dios mío! ¡Padre Baltasar!

Alcanzó el hospital, un torrente de lágrimas y confusión. Se le mezclaban las angustias, la prisión de Paulette con las escenas de hambre y duelo de la ciudad, los escombros y el redolor por el abandono de su esposo que ya no podía seguir disimulando. Toda la noche llevaba la mujer sin dormir, las sábanas empapadas por las lágrimas, angustiada por la suerte de Paulette. Cuando ya amanecía había tomado una determinación.

—¡Padre Baltasar!

Fue una tromba la que rompió la quietud del hospital, una Bárbara desglichada y llena de polvo, con el rostro surcado por las huellas de las lágrimas. Al verla creyó Jean que acudía a ellos para que le curasen las heridas que sangraban en sus piernas y en sus brazos.

—Venid, yo os atenderé —alejó a la mujer del padre, que se sentaba en un



taburete. Este dejó que huyera de sí la mirada—. ¿Qué os ha pasado?

Actuaba el muchacho a pesar de su corta edad con firmeza, con la confianza del que ha realizado muchas veces la misma tarea, pero Bárbara notó que cedían los diques que represaban su aflicción. Brotó entonces una alfaguara de palabras de su garganta, un fontanar de gemidos entreverados con la narración de lo sucedido el día anterior. Jean fue comprendiendo. Y a medida que lo hacía se endurecía su rostro infantil.

—¡Esta noche, Dios mío, esta noche, al atardecer, cuando el Mesías se dirija al pueblo, los va a ajusticiar! ¡Ay, mi niña, ay, ay, Paulette!

Baltasar permanecía ido en su taburete.

—¿Dónde está? ¿Dónde la han llevado?

—Ese horrible Harris los arrastró a los calabozos y no permite que nadie los visite. ¡Yo misma lo intenté, pero no me permitieron pasar! ¡A mí, que soy la mujer del Mesías! Incluso ha reforzado la guardia.

Jean se encaró con el padre Baltasar:

—¿Vais a hacer algo? —demandó, apremiante—. Decidme, ¿vais a hacer algo u os vais a quedar sentados como hicisteis con Hans?

El padre le contempló y en sus ojos se reflejó la impotencia.

—¿Qué puedo hacer yo?

—¡Maldita sea, padre, no podemos quedarnos parados, algo tenemos que hacer! ¡Es mi madre! —chillaba ya Jean, golpeaba de rabia al padre Baltasar, que se dejaba hacer con una mueca de pesar en su semblante—. ¿Es que no os dais cuenta? ¡Es mi madre y la van a matar! ¡La van a matar!

El fraile trató de calmarlo, pero el muchacho se revolvió y salió corriendo de la habitación.

—¿Qué puedo hacer? —murmuró, abatido, Baltasar.

Pues sabía ya que de nada valdría rezar.

Unos pasos recios le sacaron de su ensimismamiento. Debían de haber pasado varias horas, el sol se alzaba ya cerca de su cenit. Una luz cegadora diluía los matices de la habitación. Bárbara se había ido poco después de Jean, dejándolo solo en el hospital. Ya no quedaban monjas ni enfermos, solo salas desiertas, agujeros en la memoria. Ya no quedaba nada. Era la vida ausente la que le rasgaba el corazón.

—¿Dónde está?

Baltasar escuchó la demanda, pero no hizo caso. Permaneció sentado, la mirada fija en la pared, sin fuerzas casi para respirar. Quienquiera que fuese terminaría yéndose y dejándole flotar en el vacío. Pobre Jean. Pobre Paulette, prisionera de la estupidez. ¿De dónde brotaba tanta crueldad?

—¡Maldita sea, padre! ¿Es que no me oís?

Alguien le agarró por los hombros y le zarandeó como si fuera un paño en el batán. Enfocó la visión y distinguió al capitán inglés, en compañía de otro hombre de

grandes mostachos al que no reconoció. ¿Qué querían de él?

—¡Despertad, tarado! ¿Dónde se ha escondido el muchacho?

Tragó saliva. ¡Harris! Recordó la historia que le había contado Paulette.

—Vos ya quisisteis matarlo una vez.

—¿Qué diablos? —detuvo sus sacudidas Harris, se le extrañó el semblante, sonrió levemente a medida que comprendía las palabras del fraile—. Así que la muchacha me reconoció.

—No sois fácil de olvidar —le costaba hablar al padre.

El otro hombre se ocultaba bajo una capa de pobre factura, pero, al moverse, Baltasar tuvo un atisbo de las ropas que vestía. Le extrañó el buen estado de las prendas y el aspecto saludable de su tez.

—¿Sabéis dónde está? —preguntó el desconocido. Su alemán era muy deficiente y sonaba con un marcado deje. Baltasar reconoció con sorpresa el mismo acento de su madre. ¿Qué hacía un castellano en el infierno de Nueva Jerusalén? ¿Y por qué buscaban ambos a Jean?

—¿Sois español? —inquirió en ese idioma. Hacía muchos años que no lo hablaba, por lo que las palabras acudieron con dificultad a sus labios.

—No pretendo hacerle daño al chiquillo, padre —respondió el hombre, sorprendido, también en español—. Solo quiero sacarlo de aquí.

Poco a poco se despejaban las nieblas de la mente de Baltasar.

—¿Por qué? ¿Qué buscáis en él? ¿Quién os envía?

Era una pregunta al aire. Le costaba creer lo que sucedía. No había dudado de Paulette cuando la mujer le contó de quién era hijo Jean en realidad, pero aquella información había quedado relegada a un segundo plano por la situación de Nueva Jerusalén. Ahora se daba cuenta de los hilos que se movían tras el muchacho. ¿Podía ser que también los castellanos buscaran al chiquillo? ¡Era tan descabellado, tan fuera de lugar! ¿Por qué iban a querer hacer tal cosa?

Puebla, por su parte, contemplaba al fraile con mirada calculadora. Harris no comprendía el castellano y, aunque maldito fuera si entendía por qué lo hablaba aquel hereje, lo cierto era que no perdía nada con decirle la verdad. En unas pocas horas el pobre diablo estaría muerto. Y los muertos no hablan. Y él necesitaba desesperadamente encontrar al chiquillo.

—Confiad en mí —dijo en español—. El chiquillo es hijo bastardo del emperador don Carlos, que lo quiere en España para que reciba la educación que como tal le corresponde. Si apreciáis al muchacho, decidme dónde está. He venido de muy lejos para sacarlo sano y salvo de aquí.

—¿Hijo de...? —Baltasar no era capaz de dar crédito a lo que acababa de oír. ¿Cómo iba Jean a ser al mismo tiempo hijo del emperador y del rey de Francia? ¿Pues no lo buscaba Harris para matarlo por encargo de la amante del monarca francés? ¡Así se lo había contado Robert a Paulette!

—¡Basta de cháchara! —exclamó Harris, muy amostazado por aquella jerigonza

que no conseguía entender—. Vais a decirnos al punto dónde ocultáis al chiquillo, padre, si tenéis aprecio a vuestro cuello.

Un cuchillo brotó en su mano, pero Puebla se interpuso entre el fraile y el inglés:

—¿Sabéis dónde está, padre? —preguntó, esta vez en alemán.

Baltasar negó con la cabeza:

—Esta mañana nos informaron de que su madre sería ajusticiada al anochecer. Salió corriendo y desde entonces no sé nada de él.

Decía la verdad, comprendió Puebla, fijándose en el semblante turbado del fraile.

—Escuchadme. Si queréis salvar al chiquillo, buscadlo y llevadlo antes de medianoche a... —se volvió hacia Harris, interrogante.

—A la caseta que hay pegada a la muralla, al sur de la iglesia de Saint Ludgeri.

—Eso es —continuó Puebla, apremiante—. Allí hay un túnel que atraviesa las defensas. Si apreciáis al niño tanto como creo, haréis lo que os digo. Recordadlo: antes de medianoche, si queréis que salga con vida de la ciudad. Luego será demasiado tarde.

## 4

A primera hora de la tarde callaron las bombardas y el silencio se extendió por Monte Sión. Fue un sosiego inesperado, una quietud de las piedras que ensordeció los oídos. Al poco, en desmañada procesión, comenzaron las gentes a salir de sus refugios y a agruparse en las inmediaciones de la plaza del Rathaus. Era una multitud rota, sin alma ni brío, de rostros de espinas y sarmientos resecos, una masa de miradas famélicas, desmadejadas.

Lucía el sol. Un sol de verano primerizo y entusiasta que desnudaba los rescoldos de los incendios, las paredes derruidas y las montañas de cascotes que jalonaban la ciudad. Sus rayos retozaban por las calles, se reían de las almas y de los escombros y exhibían sin pudor las tristezas de Nueva Jerusalén. Ni una sola nube mostraba su misericordia, pues era el cielo un limpio azul de confín a confín.

—Alabado sea el Mesías.

—Alabado sea su santo nombre.

Pasaba la guardia de la ciudad urgiendo a los remisos y saludaban los hermanos, espoleadas sus devociones por la presencia de picas y aceros. A medida que transcurrían las horas y se vencía el sol, la plaza fue llenándose hasta que una muchedumbre callada y guiñaposa colmó las costuras del Rathaus. Hombres y

mujeres aguardaron pacientemente, perdidas sus miradas, en archipiélagos de silencio. Apenas quedaban niños que alborotaran en Monte Sión.

—¿Lo veis, Harris? ¿Conseguís verlo?

El capitán Nuño Puebla, oculto bajo un sayo raído, contenía con dificultad sus impaciencias. El tiempo se agotaba. Se acercaba la anochecida y todavía no habían conseguido hacerse con el chiquillo.

—Tened paciencia, pardiez —lo calmó Harris por centésima vez con fastidio. Sus ojos hurgaban entre el gentío—. A buen seguro ha de estar en la plaza, en algún lugar.

El castellano rezongó para sí. El hedor de la miseria le asfixiaba. La miseria y la fetidez de aquellos espantajos, un verdadero ejército de almas en pena. ¡Y aquella pestilencia! La hedentina inundaba cada rincón.

Un clamor de fanfarrias rompió el silencio de camposanto del Rathaus. Puebla alzó la mirada, pero a su alrededor nadie pareció sorprenderse. Los rostros se volvieron mecánicamente hacia una de las calles que desembocaba en la plaza. Al cabo de un momento, surgió por ella la comitiva real.

Puebla contempló la escena con estupefacta incredulidad. El Mesías de los Últimos Días avanzaba sobre un soberbio corcel, rodeado por un ejército de lacayos que cuidaban de componer su espléndido manto. Todo en la figura del profeta irradiaba majestad: la corona de rubíes que ceñía su frente y lanzaba destellos cegadores a su alrededor; el cetro real, sostenido con indolencia con la mano derecha; el manto de armiño que cubría las ancas del corcel... Jan Bockelszoon se mostraba en plenitud de su señorío y autoridad.

A su alrededor se agolpaba la corte soberana: una abigarrada masa de reales consortes, duques, condes y marqueses, oficiales, ministros, gentileshombres, predicadores, hombres de armas, pajes y servidores que se afanaban por complacer sus más nimios deseos. Una hueste de fieles bien alimentados que enarbolaban sus ropajes y sus grasas para mantener alejada a la multitud.

El contraste entre tanta fastuosidad y la indigencia de cuantos aguardaban en el Rathaus dejó perplejo al capitán Puebla. ¿Cómo era posible que nadie protestara? Al punto le vino a la mente la única ocasión en que había estado cerca del católico emperador, con ocasión de un desfile triunfal en Italia, tras la conquista de no recordaba qué localidad.

La comitiva avanzó en medio del estruendo de clarines hasta un estrado en medio de la plaza sobre el que se había colocado el trono. Al llegar al pie del estrado, Jan Bockelszoon paseó la mirada sobre las cabezas humilladas de la población. Desmontó y se dirigió a su sitio. A sus espaldas, el corcel rebufó nervioso mientras los palafreneros se hacían cargo de las riendas.

—Ahí tenéis a vuestro guía —interrumpió el inglés las reflexiones de Puebla.

De un lateral del Rathaus salió un grupo de soldados tocados con grandes sombreros de fieltro y armados con espadas cortas. Escoltaban a una figura desmadejada, que no cesaba de mirar a su alrededor con movimientos asustados.

Era el mismo individuo con el que había cerrado el trato, pero tardó un instante en reconocerlo: cualquier rastro de arrogancia había desaparecido de su expresión. El sujeto que avanzaba custodiado por los hombres de armas era un andrajo aterrado. Le habían despojado de plumas y terciopelos y llevaba por toda vestimenta unos calzones raídos. El torso descubierto mostraba huellas de magulladuras y desgarros ensangrentados.

El carcelero se había empleado a fondo. La altanería habitual de la expresión del estudiante ya no existía: en su lugar, unos ojos despavoridos recorrían la muchedumbre con movimientos espasmódicos. A medida que avanzaba hacia el estrado, muchos de entre el gentío lo reconocían.

—¡Satanás! ¡Putañero!

Arreciaron golpes y escupitajos. Conrad se retorció, tratando de refugiarse tras los cuerpos de los hombres de armas que, espada en mano, contenían a la multitud.

—Mirad detrás —le indicó Harris a Puebla.

De la prisión del Rathaus salió otro grupo de soldados custodiando a una hermosa mujer. Vestía un traje sencillo y caminaba erguida, con expresión resuelta en su rostro. Parecía buscar a alguien con la mirada, pues no cesaba de escudriñar el gentío a su alrededor. Muchos al verla extrañaban el gesto y se apartaban, impresionados por la sencillez y la dignidad de la figura.

—Es la que buscabais.

—¿La muchacha bretona?

Harris asintió sin apartar los ojos de Paulette.

—No la han torturado.

—Por mucho que haya traicionado al Mesías, no deja de ser una de las consortes reales. Bockelszoon jamás consentiría que alguien que no fuera él le pusiera la mano encima.

—¿Qué les van a hacer?

—¿Vos qué creéis?

Puebla apartó la mirada del inglés. No le gustaba aquel individuo. A lo largo de su carrera había tenido cumplidas oportunidades de contemplar degollinas y crueldades, pero que estuviera acostumbrado no quería decir que le gustasen. Y aunque siempre había alguno entre la tropa que disfrutaba con aquellos espectáculos, la mayor parte de los soldados los consideraban una parte más de su trabajo: un deber que se cumple o se observa, pero nada más. Pero el inglés era de los que disfrutaban con el dolor ajeno.

—Decídmelo vos.

—El Mesías se está volviendo imaginativo. Ha ordenado que Conrad sea castrado y desollado vivo: ni una sola parte de su cuerpo que haya podido estar en contacto con la francesa debe quedar sin castigo.

Puebla apartó la vista, asqueado por la sonrisa del inglés.

—¿Y la mujer?

—Ella tiene suerte. Será el propio rey quien la decapite.

El primer clamor de trompetas estremeció su cuerpo, sacándolo del aturdimiento en que se había sumido buena parte de la tarde. Tras huir del hospital, Jean había vagado sin rumbo por las calles hasta que su mente comprendió que corría un doble peligro: ser alcanzado por algún proyectil, pues el bombardeo continuaba, y ser reconocido por algún hombre de armas, en cuyo caso le obligarían a regresar al hospital. Se dirigió entonces hacia el sótano abandonado de una de las viviendas que rodeaban el Rathaus. Solía refugiarse en él cuando echaba de menos a Hans, enterrado muy cerca, en la plaza. Además, desde allí se veía la puerta de la prisión.

No comprendía que el fraile se quedara de brazos cruzados sin tratar de salvar a Paulette. ¿Iba a dejar que la mataran como hicieron con Hans? Fueron pasando las horas mientras el chiquillo, aovillado en un rincón, se sumía en el abatimiento. Cuando estallaron los clarines anunciando la llegada del Mesías al Rathaus, Jean se incorporó con presteza y se asomó de puntillas al ventanuco.

La plaza estaba llena, la gente rodeaba la tarima construida en uno de los extremos. La hermandad en pleno, lo que quedaba de ella, debía de hallarse allí. Por una de las calles que desembocaban en la plaza, la que procedía de la catedral, apareció el séquito del Mesías. Jean aguzó la vista.

En algún momento de la tarde había tomado una determinación. No iba a consentir que hicieran con su madre lo que habían hecho con Hans. Si el padre Baltasar no lo impedía, tendría que hacerlo él. Aunque para ello tuviera que matar al Mesías. Tenía un cuchillo. Siempre lo llevaba consigo. Se acercaría al profeta y se lo clavaría. Después quizá lo cogieran y lo mataran, pero al menos su madre se salvaría. Nadie repararía en él hasta que fuera demasiado tarde. Nadie solía reparar en los niños.

Vio salir a Paulette de la prisión rodeada de hombres de armas. En el otro extremo del mercado, el Mesías avanzaba a caballo repartiendo bendiciones a diestro y siniestro. El puño de Jean se cerró con fuerza sobre el mango del cuchillo.

Sentía la multitud a su alrededor, apiñándose gimiente y estremecida como un animal herido. ¿O era él el que gemía? El padre Baltasar se abrió paso entre el gentío que colmaba la plaza del Rathaus. Muchos le reconocían y se hacían a un lado, la sorpresa pintada en sus rostros demacrados. En otros se crispaba el semblante al ver al predicador. Eran sus palabras, y las de otros como él, las que los habían abocado a aquella situación.

Mas el padre solo tenía ojos para su determinación: Paulette. La había visto pasar rodeada de soldados. ¡Era tan increíble la historia de la muchacha! No podía morir. Tampoco Conrad, un cuerpo desgarrado por la tortura.

Su pequeño Jean. Necesitaba encontrarlo, pedirle que regresara con él. ¿Qué iba a ser del muchacho sin nadie que le cuidara? Pero Jean se sentía dolido y solo. No se lo

reprochaba. Todavía era un chiquillo, aunque hubiese vivido las experiencias de toda una vida. Debía ganarse nuevamente su confianza. Mostrarse digno de su amor.

El silencio, una oleada, la voz seductora del Mesías dirigiéndose a la multitud. Trató de enfocar la imagen, pero era demasiado grande el desconcierto. ¿Qué decía? Debía llegar hasta él, sí, debía llegar hasta él...

—¿Por qué? —clamaba el Mesías al cielo, se estremecía su voz en ráfagas de santa indignación—. ¿Por qué tanto sufrimiento? ¡El Padre sabía que la perfidia y la traición se escondían en su granero! ¡Él contemplaba el corazón impío de nuestros hermanos y abominaba de tanta deslealtad!

Se volvían los rostros de los presentes hacia Conrad y Paulette, que aguardaban sobre el estrado rodeados de hombres de armas.

—¡Contemplad a los culpables de vuestras desdichas! ¿Cómo iba el Todopoderoso a salvar a su pueblo mientras un solo impuro habitara entre nosotros?

Se estremecían los harapos de la multitud.

—¡Ellos, con su deslealtad, han impedido que el auxilio del Señor descendiera sobre su amado pueblo en forma de maná y abundancia! ¿Pues no está escrito que ni un solo impío debe morar tras los muros de Jerusalén?

La corte en pleno jaleaba sus palabras con exclamaciones de asombro e indignación. Una corte de sedas y gorduras que deslumbraba a la famélica multitud. El antiguo estudiante gemía, los ojos despavoridos bailando al son de su ansiedad. De cuando en cuando se volvía hacia Paulette y en su semblante se dibujaba el estupor.

—¡Hoy será el día de nuestra liberación! —clamaba el Mesías—. ¡Los culpables pagarán por sus crímenes, y el Altísimo enviará sus legiones para combatir al impío! ¿Queréis ver a los ángeles del Señor combatir a vuestro lado?

Se agitó la esperanza de los elegidos. ¿Y si esta vez fuera verdad? Paulette examinaba las cabezas, rogando por no encontrar a Jean. No quería que el chiquillo la viera.

—¡Yo mismo seré la mano justiciera de Dios! ¿Creíais acaso que temblaría mi puño por tratarse de mi hombre de confianza o de una de mis mujeres? Es grande el dolor que sofoca mi alma, pero la justicia del Señor ha de ser la misma para todos — desenvainó la espada y, con gesto teatral, la presentó a la multitud—. ¡No temblará mi hierro, pues de su filo manará el bien del pueblo de Dios!

Muchos apenas conseguían mantenerse en pie, tal era su debilidad. ¿Sería verdad que el Señor enviaría a sus huestes y llovería maná sobre la ciudad? ¡Era tan insidiosa la esperanza!

—¡Traedme a la impura!

—Es aquel.

Puebla se volvió en la dirección que le señalaba Harris y descubrió a un muchacho de unos nueve años, de cabello rubio y cuerpo menudo. Se hallaba cerca

del estrado, en medio de la multitud, no lejos de donde ellos se encontraban. Vestía unos harapos y parecía encontrarse muy agitado.

—¿Estáis seguro?

Harris le devolvió una mirada socarrona:

—Aunque no lo estuviera, no os queda otra que fiaros.

No respondió Puebla a la provocación. Por más que le disgustara, era consciente de que se hallaba en manos del inglés. «Hasta que salgamos de la ciudad», pensó. Entonces la situación se invertiría.

—Iré a por él, aguardad aquí —indicó Harris—. Va siendo hora de acabar con esta mascarada.

Jean se hallaba, en efecto, al borde de la desesperación mientras observaba cómo llevaban a su madre ante el profeta. No había podido acercarse al Mesías antes de que este subiera al estrado, y en ese momento se hallaba fuera de su alcance. Tenía que hacer algo. Lo que fuera, con tal de impedir lo que estaba a punto de suceder. Pero, ¿qué? Quizá, si conseguía burlar a los hombres de armas que rodeaban la tarima, podría subirse antes de que lo detuvieran. Entonces solo tendría que correr hacia el profeta y clavarle el cuchillo. Todo el mundo le vería, pero, ¿qué importaba? Con el profeta muerto nadie se acordaría de su madre.

Uno de los guardias vigilaba la multitud a pocos pasos de Jean. Lo conocía de vista, pues era uno de los que hacían guardia a la puerta del hospital. Por un instante, sus miradas se cruzaron, pero en ese instante el profeta reclamó la atención de la multitud y el hombre se volvió para ver qué sucedía sobre el estrado.

Sin pensárselo dos veces, el chiquillo echó a correr.

—¡Deteneos!

La voz se alzó con insólita potencia sobre la plaza estremecida. Jan Bockelszoon frunció el ceño y detuvo el descenso de su espada. ¿Quién osaba interrumpir al Mesías?

—¡Deteneos, en nombre de Dios!

Un espasmo incrédulo, un murmullo como un latigazo sobre el costillar de la multitud. Cientos de rostros atónitos se volvieron hacia el origen de la voz. El mismo Mesías, con la espada todavía en alto, pareció desconcertado. Echó un vistazo a Paulette, que yacía indefensa a sus pies, y buscó al insensato que osaba interrumpir su justicia mientras se le crecían las iras. ¿Quién le arrebataba la atención de sus hijos bienamados?

—¿Es que no han muerto suficientes inocentes? ¿Hasta dónde pretendéis llegar?

Tardó en reconocer al espectro descarnado que subía a la tarima y se acercaba a él vestido con harapos. Solo vio los brazos esqueléticos y las barbas desmadejadas, albas guedejas que creaban la ilusión de una aureola alrededor de su cabeza. Extrañó el gesto ante la aparición, que semejava un profeta del Antiguo Testamento: ¿acaso el



Todopoderoso le enviaba a Abraham para enseñarle el camino? ¡Pero si él era el Mesías, el Hijo de Dios! ¿Quién estaba sobre él? Entonces lo reconoció: no se trataba de un profeta redivivo, sino del predicador confinado en el hospital. La indignación brotó recia, tanto más cuanto se alimentaba de la decepción. ¡Cómo se atrevía! ¡Pensar que había creído tener ante sí la señal del Señor que llevaba tanto tiempo aguardando!

—¿Cómo...? ¿Cómo osáis? —balbució, todavía desconcertado.

—¿Es que nunca vais a deteneros? ¿Hasta cuándo seguiréis derramando sangre inocente? —era una furia, un ángel justiciero el que se abatía sobre él. Baltasar dejaba escapar las amarras de su locura, se reafirmaba su voz y su brío al contemplar la resignación de la hermandad. Ver a Paulette bajo el filo de la espada era más de lo que su estupor podía soportar.

Jan Bockelszoon reculó, buscando apartarse del camino del fraile. Echó un vistazo a su alrededor. La plaza entera guardaba ahora un silencio cuajado de aprensión. Hasta la corte real callaba, las bocas entreabiertas, prendidas todas las miradas del padre Baltasar. Los hombres de armas que vigilaban a Conrad y a Paulette permanecían indecisos, sin atreverse a intervenir. El prestigio del fraile era todavía grande: su aislamiento le había servido para mantenerse al margen de rencillas y discordias y muchos debían la curación de sus heridas a sus desvelos. Se dio cuenta de que no podía descargar sin más la espada sobre él.

—¡Tened cuidado! —amenazó Bockelszoon—. ¡No atraigáis la ira de Dios sobre los elegidos justo en el momento en que el Todopoderoso se dispone a enviar sus huestes para salvarnos!

El padre Baltasar hizo caso omiso del Mesías. Pasó ante él y se dirigió a la estupefacta multitud:

—¡Abrid los ojos! ¿Es este el paraíso de justicia con el que soñabais?

Un silencio medroso se abatió sobre la plaza. Hacía muchos meses que nadie osaba enfrentarse abiertamente al Mesías.

—¡Callad, hereje! ¿Queréis atraer la maldición de mi Padre? —reclamó Jan de Leyden. Pero muchos no le oyeron, solo fueron conscientes de la turbación que dominaba al hasta ese momento omnipotente rey. El contraste entre sus terciopelos y los trapajos del fraile incrementó en muchos la turbación.

—¡Contemplaos! ¿Cuánto tiempo hace que no tenéis ni un mendrugo con el que alimentar a vuestros hijos? —Baltasar se giró y señaló con un dedo acusador a la corte del rey de Monte Sión—. ¡Miradlos a ellos! ¡Visten sedas y brocados y se alimentan con el pan que vosotros no comeréis! ¿Acaso sois menos que ellos?

Se extendieron los murmullos como pulgas sobre un perro callejero. Los dignatarios y predicadores del séquito real barbotaron tímidas protestas, reclamando del Mesías que pusiera fin a aquella ignominia. Rothmann, Knipperdollinck, Kibbenbroick y demás gentileshombres cacarearon su indignación. ¿Quién se creía que era aquel espantajo famélico para decirles a ellos, que eran marqueses, duques y

condes, cómo habían de comportarse? En la plaza, la gente se cruzaba las miradas, caían los ojos al suelo quizá por vergüenza, quizá por debilidad. Brotaron gritos aislados de apoyo. El Mesías estaba perplejo. Observaba al fraile y luego torcía la cabeza hacia los suyos, como si no acabara de creerse cuanto sucedía. En un momento determinado, volvió la mirada hacia su mano y descubrió con ojos indecisos la espada que todavía sujetaba.

—¡Muerte al rey de Sión!

El grito brotó de algún rincón de la plaza, arrancando ecos de la multitud. Algunos hermanos se adelantaron y forcejearon con los hombres de armas que guardaban el estrado. La plaza se agitó ante los ojos incrédulos de la corte real.

—¡Traición!

El Mesías alzó la espada y se acercó al padre Baltasar. El rugido de la muchedumbre le hizo vacilar. Un estremecimiento de los cuerpos sacudió la plaza del Rathaus. Bockelszoon dio un paso más, se aprestó para descargar su espada sobre el fraile. Al percatarse de ello, varios hermanos trataron de subirse al entarimado. Se desencadenaron refriegas aisladas, una turbación de cuerpos y golpes. La plaza entera temblaba ya, un mar de rabias y esperanza. El padre Baltasar estaba fuera de sí. Una vez abiertas las espigas de la frustración, el silencio de meses brotaba como una erupción de su pecho. Encaró a Bockelszoon, que se le venía encima, y lo contempló con infinito desprecio. Se quedó inmóvil, erguido el cuerpo sobre la tarima, las barbas canas meciéndose en la brisa. Sin moverse, esperó el golpe del rey.

Mas este no llegó. El estruendo de la pólvora rompió el aire del atardecer. Un silbido, un impacto, un temblor de piedras sobre la fachada del edificio del consejo. Cientos de bocas asombradas se volvieron hacia el Rathaus. Nuevas explosiones sacudieron la plaza. Se oyeron alaridos aquí y acullá y un pánico ensangrentado se desató. Un hombre recibió el impacto de un proyectil en pleno rostro y se desplomó en un charco de sangre, sesos y esquirlas de piedra. Los que estaban a su alrededor comenzaron a gritar, a empujarse, a correr en busca de refugio. Otros, los que trataban de subirse al entarimado, se abalanzaron sobre la guardia real. Las gentes corrían, se atropellaban, se vencían los cuerpos debilitados por la necesidad.

Los cañones papistas bombardeaban, por última vez, el reino hereje de Monte Sión.

—¡Mamá!

Jean braceaba entre los cuerpos que se espantaban a su alrededor, buscaba una salida de aquel turbión. Había oído a Baltasar ordenar al Mesías que se detuviera y había sido testigo del milagro que paralizó el brazo de Bockelszoon cuando ya se abatía sobre su madre. También él se había quedado paralizado, contemplando al padre con lágrimas de gratitud en los ojos. Al padre que se enfrentaba al mismísimo Mesías para salvar a Paulette. ¡Y pensar que había creído que ni él ni su madre le importaban! En aquel momento todo había estallado a su alrededor. Las bombardas y

los basiliscos mercenarios comenzaron a escupir piedras, las gentes corrieron, tropezaron, desesperados. Antes de que pudiera reaccionar, se vio arrastrado por un grupo de hermanos que trataba de alcanzar una de las bocas de la plaza del Rathaus.

—¡Mamá!

Podía verla aún sobre el entarimado, buscándole entre la multitud, trastornado el semblante por la rapidez de los acontecimientos. Alzó el brazo y gritó con todas sus fuerzas, tratando de llamar su atención, pero el estruendo era demasiado grande y su grito se perdió entre los de los demás. Varios hermanos alcanzaron el estrado y la ocultaron de su vista.

—¡Mamá, mamá!

Ni siquiera podía saber hacia dónde se dirigía. La turbamulta le arrastraba, llevaba en volandas su menudo cuerpo. De repente, notó que una mano le sujetaba por detrás, frenando su avance:

—Mira quién tenemos aquí.

Jean se asustó: la mano pertenecía a John Harris, el capitán de la guardia real.

—¡Soltadme! —se revolvió el chiquillo, luchó por librarse de la zarpa que le retenía—. ¡Soltadme!

El inglés le estampó un tremendo guantazo en el rostro. Jean acusó el impacto y quedó medio atontado, sin comprender a carta cabal qué sucedía.

—Y ahora, muchachito, vas a venir conmigo sin rechistar.

Una confusión de gentes, unos alaridos desgarrados. ¿Qué estaba pasando? Conrad Eisner era un guiñapo, un cuerpo destrozado por la pericia del carnicero. Sentía un dolor agudo allá donde los trebejos del torturador le habían horadado la carne. La espalda era una tajadura ensangrentada, las articulaciones le escocían por los cepos y la cabeza amenazaba con estallarle al menor movimiento. Un miedo agudo se incrustaba en su cerviz y se extendía en espasmos de aprensión a lo largo de su columna vertebral. No quería morir. ¡Justo cuando estaba a punto de regresar a Brunswick! A punto de mandar al infierno a profetas e iluminados. A punto de conseguir a Paulette...

No podía dejar de llorar. Maldito fuera el inglés. ¡Maldita fuera su sombra! Acuclillado sobre la tarima, ajeno a lo que le rodeaba, Conrad se dejó llevar por la compasión hacía sí mismo. ¡Y pensar que había considerado a Harris un amigo, que había rendido pleitesía a su noble cuna! Pero le había traicionado. Qué estúpido había sido, por Dios, qué estúpido.

Algo sucedía. Percibía sombras a su alrededor, espectros que corrían de un lado para otro. El clamor de la multitud era ahora una profusión de chillidos, un griterío confuso. Percibió un silbido sobre su cabeza y al instante un impacto de piedras. Una luz iluminó su ofuscada mente. Estaban bombardeando la plaza. El ejército papista se preparaba para invadir la ciudad y castigaba a los sitiados con un último cañoneo para minar la voluntad de los defensores. ¿Sería ya medianoche? No, todavía había luz.

Ojalá le cayera una bala encima. Así se ahorraría el suplicio. El propio Mesías se había acercado por la prisión para informarle de que iba a ser despellejado.

Luchó por aclarar la vista. Comprendió que era la sangre que manaba de algún corte en su cabeza lo que le dificultaba la visión. Alzó el brazo desnudo y se lo pasó por delante de los ojos, esperando recibir de un momento a otro un golpe ordenándole que no se moviera.

No quedaba ningún guardia custodiándole. A su alrededor todo eran cuerpos que corrían, alaridos, hombres de armas que trataban de contener a la multitud. Echó un vistazo en torno y comprobó que nadie le prestaba atención.

No tenía nada que perder. Se deslizó hacia el extremo del entarimado y descendió al suelo de la plaza, tratando de no llamar la atención con movimientos bruscos. Le dolía el cuerpo entero a cada movimiento, pero se tragó su rabia y su dolor. Un vistazo le confirmó que nadie se fijaba en él: la algarada se extendía, se mezclaba con las urgencias de cuantos buscaban huir del Rathaus. Luchó contra los cuerpos que le rodeaban, buscando alejarse del estrado. Sentía que le estallaba el pecho por la aprensión, esperaba que en cualquier momento alguien le detuviera. Pero el tumulto iba en aumento y ya nadie reparaba en los demás.

Lo estaba consiguiendo. A cada paso que daba se le ensanchaba el pecho. Un segundo antes le aguardaba la muerte más cruel de cuantas pudiera imaginar, pero en ese instante... ¡Alabado fuera el Señor, lo estaba consiguiendo! Siguió avanzando, deslizándose por entre el gentío que escapaba del Rathaus como el aire de una vejiga demasiado inflada y sintiéndose más seguro por momentos. Procuraba no pensar. Solo continuar adelante, a través del mar de rostros y terrores. De cuando en cuando su mirada se cruzaba con la de algún hermano, mas nadie reparaba realmente en él.

Estaba a punto de alcanzar una de las bocacalles que salían de la plaza cuando algo delante de él llamó su atención. Fue solo un destello de telas, un tornasol inesperado en medio del gentío. Conocía al dueño de aquel jubón.

John Harris. Una oleada de odio le sacudió con tal fuerza que se sintió como una brizna de hierba en la escarpa de un acantilado. John Harris. Por su culpa se hallaba en esa situación. Por su felonía y su deslealtad. Demasiado recientes tenía las tenazas del verdugo. ¡John Harris, el maldito inglés, el causante de todos sus males!

Sintió que el aborrecimiento le cegaba. Cogió un cascote del suelo y se abalanzó por la espalda sobre el inglés, dispuesto a vengarse por todo el dolor sufrido.

—¡Eh!

Quizá fue el grito sorprendido de un hermano al que Conrad, en su precipitación, empujó para que se hiciera a un lado, quizá el instinto del peligro. Harris se giró a tiempo de percatarse de que algo se le venía encima. Trató de zafarse de su asaltante, pero no lo consiguió del todo: el golpe le alcanzó de refilón en la sien, con fuerza suficiente para aturdirle.

—¡Voto a...!

Conrad fue incapaz de frenar. Se abalanzó sobre el inglés y ambos se precipitaron

al suelo.

—¡Hijo de Satanás!

Era una furia, un odio sin límites. Se revolvió como pudo, una oleada de golpes, de patadas, un vapuleo desesperado, haciendo caso omiso de su propio dolor. Rodaron por el suelo, el uno golpeando frenéticamente, el otro tratando de frenar el castigo. Una daga brotó en la mano de Harris.

—¡Qué...!

Un tajo amplio, certero, una maldición. Conrad dejó de golpear y se quedó inmóvil, el rostro vuelto hacia su abdomen, contraído en una mueca de incredulidad. Harris se lo quitó de encima de un empujón y el estudiante rodó hasta quedar tumbado de medio lado. Sus manos se sujetaron el vientre, tratando de contener las vísceras que se desbordaban por el suelo. Jadeando, el capitán de la guardia real se puso en pie:

—Maldito cabrón.

Un gemido apagado, unos ojos estupefactos. El estudiante se desangraba. Harris lo observó con una mueca de desdén. Luego le lanzó un escupitajo y se dio la vuelta. Se llevó la mano a la sien. También él sangraba profusamente.

Entonces se acordó de Jean y lo buscó con la mirada. Había desaparecido.

Jean no necesitaba estímulos para escapar. El guantazo de Harris le había persuadido de la conveniencia de simular obediencia, pero no dejó de buscar su oportunidad. Nada más capturarlo, Harris se demoró tratando de localizar a alguien entre el gentío. Pero la multitud era una bicha de cien tentáculos que no cesaban de agitarse. El inglés dejó escapar un juramento y lo empujó hacia Prinzipalmarkt, la avenida que bordeaba el Rathaus por el oeste. Fue en ese momento cuando Conrad se les echó encima y Jean se encontró libre.

Echó a correr. Comprendió instintivamente que si quería alejarse del capitán debía dirigirse hacia el interior del Rathaus, en sentido opuesto al que seguían la mayor parte de los que escapaban del bombardeo mercenario. Si Harris le buscaba, no se le ocurriría pensar que regresaba a la plaza. Además, su pequeño tamaño le permitía escabullirse entre los hermanos que huían con facilidad.

Y estaba su madre. La última vez que la había visto se hallaba en lo alto del estrado, así que hacia allí se dirigió. A su alrededor, la plaza estaba sumida en el caos. Muchos hermanos trataban de escapar, pero otros se enfrentaban a los hombres del Mesías. Se detuvo cuando se acercaba al estrado. En aquella zona había menos gente ya. No quedaba ni rastro del rey ni de su séquito, ni tampoco de Paulette. Desesperado, Jean miró en derredor, tratando de imaginar qué podía haber sido de su madre.

Entonces lo vio. Caminaba con pasos breves, irresolutos, con las ropas hechas jirones y una mirada de desesperación, ajeno a las bombas que arrancaban esquirlas de piedra del edificio del Rathaus.

—¡Padre Baltasar!

El fraile alzó la mirada y su rostro se iluminó con el alivio.

—¡Jean! —Se acercó y se agachó junto a él para abrazarlo—. ¿Estás bien? ¿Estás herido? —lo examinó con intranquilidad.

—¿Y mi madre?

—Yo... No pude... —se le entrecortaron las palabras—, traté de alcanzarla, pero la multitud...

—¿Está...?

—No, no, creo que está bien... Intenté llegar hasta ella cuando comenzaron las explosiones, pero el gentío la arrastró lejos.

—Tenemos que encontrarla —no cesaba de escrutar a su alrededor. Su mirada se detuvo en algún punto lejano—. ¡Allí! ¡Allí padre!

—¿Qué? —siguió Baltasar la dirección de su dedo. Jean señalaba la torre de la iglesia de Saint Lamberti, que se alzaba herida al final de Prinzipalmarkt, no lejos del Rathaus—. ¿Qué quieres...?

—¡Hemos de subir al campanario, padre! ¡Desde allí podremos encontrarla!

No le faltaba razón. La torre gótica de Saint Lamberti había sido alcanzada por varios proyectiles, pero todavía se mantenía erguida, dominando con sus agujas los tejados de la ciudad. Desde su cima se divisaba la plaza del mercado, la Domplatz y las calles que mediaban entre ambas. Si había algún sitio desde el que pudieran localizar a Paulette, aquel era la torre de Saint Lamberti. Se dirigieron hacia allí.

Las cosas no estaban saliendo como debieran. Primero el castellano desaparecía entre el gentío y luego aquel maldito muchacho se escapaba en sus narices. El golpe de la cabeza era más serio de lo que había pensado en un principio. No cesaba de sangrar y, con cada latido, mil agujas se le clavaban en la sien.

Maldijo su suerte. Lo último que había esperado era que el pusilánime de Conrad tuviera redaños para atacarle. Aunque no lo volvería a hacer, las entrañas del estudiante servían ya de alimento a los cuervos. Pero todavía tenía que localizar al chiquillo... y a Puebla. ¿Dónde se habría metido el condenado español?

Comenzaba a oscurecer. En unas horas, las hordas papistas entrarían a saco en la ciudad y darían rienda suelta a las ansias acumuladas durante los meses de cerco. Iba a ser una auténtica escabechina. Tenía que darse prisa.

Avanzaba sin rumbo, escrutando los rostros de la multitud, cuando divisó unas guedejas blancas entre la cáfila de hermanos que entraba en la iglesia de Saint Lamberti. Fue solo un vislumbre, pero Harris tuvo la certeza de que pertenecían al padre Baltasar. ¿Qué iría a hacer el fraile en la iglesia? Muchos se dirigían hacia el edificio en busca de protección, pero no imaginaba al padre preocupándose por su seguridad. Una corazonada le hizo cambiar de parecer. Quizá el fraile había quedado en encontrarse con el muchacho en su interior. Volvió a examinar la puerta de la iglesia y, tras un instante de vacilación, se dirigió hacia allí.

Un husmo a humedad, a espacio cerrado. Las escaleras que llevaban al campanario se hallaban en buen estado, solo de cuando en cuando salpicadas por cascotes caídos de la parte superior de la torre, que había sido alcanzada por varios proyectiles. Jean y Baltasar ascendieron con rapidez, conscientes de que el día declinaba y de que en unos minutos no tendrían suficiente visibilidad. Cuando alcanzaron el campanil, ambos resollaban por el esfuerzo.

El espectáculo que se contemplaba desde la altura les sobrecogió. Al sur de las murallas, los inmensos basiliscos papistas escupían fuego y piedras sobre la ciudad. En la distancia, sus servidores parecían ajetreadas hormigas de brillantes colores. Tras ellos, a lo largo de la línea de fosos, empalizadas y terraplenes que protegía la artillería, se apreciaba una inusual actividad. Por doquier, lansquenetes con picas y espadas cortas se apresuraban a las órdenes de sus tenientes. En un segundo plano distinguieron hileras de hombres armados con largas espadas de las que llamaban *sweihänder*, algunas de ellas de hoja sinuosa, como llamas vivas que brotaran de la empuñadura. Eran los temidos *doppelsöldner*, los doble soldada, los más experimentados y diestros de entre los lansquenetes.

Todo indicaba que el ejército papista se preparaba para entrar en acción. Baltasar tragó saliva y contempló de reojo a Jean. Se le vino a las mientes la propuesta del soldado castellano. ¿Y si después de todo dijera la verdad? ¿Y si Jean fuera ciertamente el hijo bastardo del emperador? En ese caso, ¿quién era él para impedir que el chiquillo fuera llevado a España? ¡La idea resultaba tan inconcebible! Si ya le había parecido disparatado pensar en él como hijo del rey de Francia, ¡suponer ahora que lo era del Habsburgo! ¿Acaso la rivalidad entre ambos monarcas, que tantas guerras había provocado, se dirimía también entre las sábanas?

Meneó la cabeza. Se sentía tremendamente cansado. Aquel castellano bien podía ser un asesino como Harris. ¿Qué hacía si no en su compañía? ¿Por qué iba un agente del emperador a aliarse con el hombre que había intentado asesinar a Jean? Eran demasiados interrogantes. No podía fiarse de él, llevarle a Jean. Mas, ¿qué hacer? El ataque papista era inminente, a juzgar por la actividad del campamento enemigo. ¿Qué le había dicho el castellano? «Antes de medianoche, si queréis que salga con vida de la ciudad». ¡Atacarían esa misma noche! Sí, eso tenía que ser. En unas pocas horas, el infierno se haría realidad en Nueva Jerusalén. Y en él ardería su vida entera. ¡Si al menos consiguiera salvar a Jean y a Paulette!

A sus pies, la ciudad parecía borbotear como un caldo demasiado cocido. En los alrededores de las plazas del Rathaus y de la catedral las gentes luchaban, enfrentándose a los miembros de la guardia en un combate desesperado que amenazaba con convertirse en una auténtica degollina. Era como si se presintiese en el aire la inminencia del fin, como si una insania colectiva se hubiera apoderado de la población.

Muchos buscaban refugio en las iglesias que todavía quedaban en pie. Hombres y mujeres se agitaban sin saber qué hacer para escapar de la pesadilla de Monte Sión.

—¿La veis, padre? ¿La veis?

Había ansiedad en el tono de Jean, que se asomaba al borde del campanario y escrutaba las calles bajo él. Baltasar temió que un traspié le jugara una mala pasada al muchacho.

—Es posible que se haya refugiado en alguna de las iglesias —no quería desanimarlo. Sabía que les iba a resultar difícil localizar a la mujer.

El chiquillo continuó examinando las calles en busca de su madre, a pesar de que las sombras que proyectaba el sol declinante dificultaban la visión. Baltasar observó también la plaza, pero no tardó mucho en desistir. Su vista se volvía borrosa en las horas del crepúsculo. Se apartó del borde y dio unos pasos por el campanario. La cabeza no cesaba de darle vueltas. ¿Cómo localizar a Paulette y escapar de la ciudad?

Un ruido de pasos procedente de las escaleras le distrajo. Se disponía a acercarse a la abertura para comprobar quién subía cuando una cabeza asomó por ella. La tensión de las últimas horas regresó de sopetón.

—Jean —urgió al chiquillo, que seguía examinando las calles sin percatarse de nada—, Jean, ven aquí.

John Harris terminó de subir y se plantó en medio del campanario. Examinó la escena con aire distraído. Su rostro habitualmente pálido mostraba las huellas del esfuerzo que acababa de realizar.

—Quién lo iba a decir. Así que no sabíais dónde se encontraba el muchacho, fraile.

Jean reconoció la voz y se volvió precipitadamente hacia el inglés.

—Parece que al mocoso no le agrada demasiado volver a verme. ¡Ah, qué ingrata es la juventud!

Sonreía mientras jugaba al gato y al ratón. Ni siquiera vigilaba los movimientos de sus presas: la única salida posible era la que se hallaba a sus espaldas.

—Dejadnos en paz. No tenemos nada con vos.

Enarcó una ceja el sajón.

—Yo diría que sí lo tenéis, ese mocoso lo tiene. Pasé muchos años pagando esa cuenta.

Jean contempló al inglés con un gesto de extrañeza. Luego se volvió hacia el fraile:

—¿Qué quiere decir?

Baltasar se dirigió a Harris:

—Dejad que nos vayamos —sonó firme su voz—. Apartaos de las escaleras.

En ese momento, el sol se ocultó tras el horizonte y una brisa fresca comenzó a soplar desde el septentrión. Harris echó un vistazo en derredor. Su mirada se detuvo unos instantes en el cerco mercenario. Desde la altura, aquella guerra parecía muy lejana.

—Voy a llevarme al chiquillo. Lo que vos hagáis me importa un ardite.

Jean se acercó instintivamente al fraile, buscando su protección. Quizá fue ese



movimiento, quizá la determinación que el fraile percibió en las palabras del inglés. Baltasar sintió en sus entrañas un río de carbones encendidos. Jean le necesitaba. Se irguió cuan alto era y enfrentó al inglés.

—No os lo vais a llevar.

Era una locura. Una voz lejana le susurró que nada podía él contra el inglés, pero la voz apenas resultaba audible. También John Harris se percató del cambio operado en el fraile. Dio un paso adelante:

—Apartaos.

Jean se aferró a las calzas de Baltasar. El gesto acreció la determinación del padre.

—No os lo vais a llevar.

Un ramalazo de ira nubló al inglés. Lanzó un zarpazo hacia delante, en un intento de aferrar la sayuela del fraile. Este se apartó, pero los dedos de Harris alcanzaron a prenderse de su camisa. Baltasar empujó a Jean hacia el interior del campanario y, en el mismo movimiento, se echó al frente para desestabilizar a su atacante y librarse de él.

Harris no se lo esperaba. El empujón le hizo recular, trastabillando, hasta el borde del campanario. El suelo estaba cubierto por una capa de plumas y excrementos de paloma. Sus botas pisaron fiemo fresco. Resbaló y, al perder el equilibrio, desgarró el gastado sayo del padre Baltasar.

Dejó escapar una exclamación de sorpresa cuando comprendió lo que iba a suceder. Por un instante, sus ojos mostraron una expresión de terror. Sus manos aletearon, un avechucho sin maña, en el vacío.

Tardó varios segundos en alcanzar el suelo de Prinzipalmarkt. Baltasar lo vio rebotar, allá abajo, como un muñeco grotesco y desgachado.

## 5

La ansiedad era un gusano hambriento en las entrañas de Paulette, un garfio en la garganta, una completa irresolución. Había conseguido escapar del Rathaus gracias a Bárbara Knipperdollinck. Cuando comenzó el bombardeo, la mujer se hallaba en la tribuna, envuelta en lágrimas y rodeada del resto de las esposas reales. Reaccionó instintivamente: se acercó a Paulette, la liberó de sus ataduras y la ayudó a descender del estrado. Luego, ambas escaparon de la plaza aprovechando la confusión.

—Al hospital, vayamos al hospital.

Hacia él se habían dirigido con la esperanza de que también a Jean se le ocurriera refugiarse allí. Mas las horas pasaban y el chiquillo no daba señales de vida.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay!

Gemía Bárbara acuclillada en un rincón, alternaba los pucheros con la algaida de su verborrea. La buena mujer se sentía confundida, sin saber qué iba a ser ahora de su vida, pero también se sentía traicionada en lo más profundo de su corazón.

—¡Yo no sabía lo que pasaba en la ciudad! ¡Ay, Paulette! ¡Ay! ¿Qué he hecho? ¿Pues no te iban a matar? ¿No iba nuestro esposo a traer a los ángeles?

No comprendía nada la infeliz. Horas llevaba así, saltando de un asombro a un rencor, de un miedo a un lamento, postrada, incapaz de aceptar que su mundo se desmoronaba. Paulette sentía lástima y trataba de consolarla, pero la angustia por la suerte de Jean podía más que ella y despertaba sus impacencias. Todavía no acababa de creerse su suerte. En cuanto se calmasen las cosas, el Mesías enviaría a sus hombres a por ella, y entonces ya no habría escapatoria.

Por eso tenía que encontrar a Jean cuanto antes y conseguir salir como fuese de la ciudad. Echó un vistazo a Bárbara, que continuaba desgranando su letanía de lamentos.

—¡Por Dios, Bárbara, callaos un poco!

Se dio la vuelta y atisbó el exterior a través de la ventana. La noche ya era cerrada y las calles parecían haber recobrado una suerte de tranquilidad. Hasta el hospital no llegaban los ecos de la refriega. Lo más probable era que la guardia hubiera conseguido dominar el conato de rebelión y a esas horas estuvieran buscándola los hombres del rey. No entendía lo que sucedía con Jean y con el padre. ¿Dónde se habrían metido? ¿Y si les había sucedido algo en el tumulto? La preocupación borraba cualquier otra consideración. Tomó una decisión:

—Aguardad aquí, Bárbara. Voy a buscarlo.

No soportaba un segundo más aquel ver pasar las horas. Quizá en aquel instante Jean la necesitaba. Si estuviera bien ya habría aparecido. ¿Dónde podía hallarse, si no?

—¿Qué? ¿Vais a dejarme aquí sola? —gimió Bárbara—. ¡No, Paulette, por favor!

Se le rompía el corazón, pero no podía hacer otra cosa. Bastante peligroso era salir a aquellas horas, con media guardia buscándola, para exponer también a Bárbara. Y debía salir. Lo más importante, por encima de la gratitud que le debía a aquella mujer, era su querido Jean.

Jean.

—No os pasará nada. Aguardadme aquí, yo vendré por vos.

Aquello pareció tranquilizar momentáneamente a Bárbara. Paulette aprovechó la tregua para salir.

Se deslizó con mil precauciones por calles teñidas de un blanco lunar. La noche dominaba la ciudad. Una brisa fría soplaba desde el norte y despejaba el cielo de

nubes. Miles de estrellas refulgían allá donde no alcanzaba la luz de la luna menguante. Avanzó en dirección al centro. Prestaba atención al menor movimiento, al más mínimo ruido. No tenía idea de dónde podía encontrarse el chiquillo. Quizá se hubiera refugiado en casa de algún hermano, quizá incluso en la vivienda que habían utilizado hasta la muerte de Hans. Fuera como fuese, le encontraría, aunque tuviera que recorrer casa por casa la ciudad.

A medida que avanzaba, el silencio de la noche se vestía de ecos y susurros. De cuando en cuando le parecía percibir el rumor apagado de un grito, un gemido, el fragor ahogado de un enfrentamiento. Se detenía y prestaba atención, indecisa, y luego continuaba avanzando, cada vez más insegura. Quizá habría sido mejor idea aguardar en el hospital. Tarde o temprano el chiquillo acabaría apareciendo por allí.

No había luces por las calles. La ciudad contenía la respiración, como un animal acosado en el interior de su guarida. Al desembocar en una calle le asaltó un murmullo ahogado y persistente. Provenía de la Johanniskapelle, un antiguo oratorio utilizado por los giovanitas. La luz de varias bujías rasgaba las tinieblas en su interior.

Se acercó a la puerta. El murmullo era producido por decenas de hermanos que rezaban en la única nave del templo. Buscó a Jean y al padre Baltasar entre los presentes, sin éxito. Salió otra vez al exterior y continuó hacia el centro. A cada instante temía encontrarse con una patrulla de hombres del rey. Se deslizaba de sombra en sombra, pegada a las paredes, dos ojos atentos a cualquier acontecer. Así fue que divisó dos siluetas que se le acercaban, avanzando con grandes precauciones, antes de que estas la localizaran a ella. El corazón le dio un vuelco al pensar que se trataba de Jean y de Baltasar, pero comprendió que era imposible: ambas figuras eran demasiado corpulentas. Se refugió en un portal.

Un acero brilló repentinamente. Dos hombres armados con espadas pasaron a escasos pasos de su escondite. Apenas tuvo tiempo de verlos, unos jubones oscuros, unas sombras imprecisas. Aguardó hasta que hubieron desaparecido y continuó adelante. La lucha debía de continuar cerca de donde se hallaba, pues ahora llegaban hasta ella sus ecos con mayor claridad. Un choque de espadas, gritos confusos, ruido de pasos precipitados. La aprensión anegó su pecho. ¿Estaría bien Jean?

Sin previo aviso, el clamor de mil gargantas hizo pedazos la quietud de Monte Sión. Paulette iba a cruzar una plazuela cuando estalló el vocerío, un rugir de pechos, un bramido salvaje que estremeció la ciudad de punta a punta. Se detuvo. El bramido se desgajó en gritos particulares, en fragor de armas y carreras. La noche se diluía en alaridos, golpes, imprecaciones. No sabía qué hacer. El corazón se le enroscaba en la garganta. ¡Debía encontrar a Jean!

Recordó a los dos hombres que había esquivado unos minutos antes. Llevaban grandes sombreros. Sombreros de fieltro... como los que usaban los lansquenets. Comprendió lo que estaba pasando. Alguien acababa de abrir las puertas de Münster. Lo que oía era el estruendo de los mercenarios que entraban a saco en la ciudad.

—¿Qué es eso?

El miedo se reflejó en la cara de Jean. El griterío había estallado de improviso, sobresaltándoles cuando embocaban una avenida. Baltasar no respondió: se limitó a sujetar al chiquillo y a indicarle por señas que retrocediera hasta un portal cercano. Tras la caída de Harris, Jean y él habían permanecido un rato en el campanario, temiéndose que en cualquier momento subieran guardias a indagar por la muerte de su capitán. Mas nadie subió: la suerte del inglés no despertaba demasiadas inquietudes entre sus hombres y la refriega se acrecía en las plazas próximas al Rathaus. Varios grupos de hermanos se habían unido a los sublevados y una batalla campal se desarrollaba en los alrededores de la plaza del mercado, una degollina sin sentido en la que los hombres del Mesías abrían brechas en la carne escuálida de sus hermanos como si de cuchillos sobre molletes de pan se tratara.

Al cabo, ambos descendieron de la torre de Saint Lamberti y se aventuraron al exterior. Localizaron el cuerpo de Harris no lejos de la base de la torre. Yacía boca arriba, con el cráneo fracturado y una expresión de terror congelado en su semblante. Una mancha de sangre oscura empapaba sus ropas.

—Anda, vamos. Busquemos a tu madre.

Recorrieron la zona próxima a la catedral, siempre en tensión, procurando no ser vistos, pero no hallaron rastro alguno de Paulette. Jean dio en pensar que su madre había sido llevada de regreso a la cárcel del Rathaus e insistió en acercarse a la plaza, que a aquellas horas comenzaba a recuperar la tranquilidad. Se apostaron en el sótano que el muchacho conocía por ver de vigilar la entrada de la prisión y hallar alguna señal, mas las horas pasaban y nada sucedía. Al fin, desesperado, el chiquillo había insistido en salir nuevamente a buscarla por las calles.

Baltasar no se opuso: llevaba horas debatiéndose en la indecisión, consciente de que el tiempo se les escapaba y se acercaba la medianoche. Por momentos resolvía que lo mejor sería llevar al muchacho hasta el lugar indicado por el castellano y confiar en que este hubiera dicho la verdad; mas al instante siguiente se acordaba de Harris y se echaba para atrás. ¿Y si Puebla buscaba también la muerte de Jean? No podía arriesgarse. No podía ponerlo en peligro, aunque era bien consciente de la suerte que correrían todos cuando la ciudad fuera tomada por los mercenarios.

Se sentía impotente. La fuerza de la costumbre le impelía a rezar, pero rechazó la idea. ¿De qué le había servido la oración en tantas otras ocasiones? Al Dios de los Cielos, si existía alguno, le importaba bien poco la suerte de sus criaturas. No, no alzaría plegarias a ningún Señor celestial. Lo único que quedaba era buscar a Paulette y tratar de ocultarse en algún lugar.

—¿Qué sucede? ¿Por qué gritan?

Jean le contempló inquieto. El griterío se hacía más fuerte por segundos, se extendía por las calles de Nueva Jerusalén como una barrera de fuego sobre un campo reseco. De un momento a otro verían aparecer a los primeros lansquenetes.

—Los papistas acaban de entrar en la ciudad.

Pronunciar aquellas palabras fue dar cuerpo a los terrores que le acogotaban. Se estremeció ante lo que se avecinaba. Jean no dijo nada, pero sus ojos abiertos como platos delataban su asombro. Al percibir el pavor del muchacho, Baltasar tomó una determinación.

—Vamos, Jean. No te preocupes, saldremos de aquí —apoyó una mano en su hombro y lo empujó con suavidad fuera del portal.

La ciudad entera era un infierno. Los incendios restallaban en el aire seco de la medianoche. Los mercenarios papistas se desparramaban como un ejército de langostas hambrientas por las calles de la ciudad hereje. Grupos de hermanos mal armados les hacían frente en una lucha desigual. Mujeres a medio vestir, niños y ancianos huían de la furia católica, corrían de un lado para otro sin saber dónde refugiarse. El mundo entero era un alarido, un vocerío de terror.

Paulette llevaba un buen rato tratando de regresar al hospital, pero constantemente se veía obligada a esconderse para evitar a los mercenarios. Su cabeza daba vueltas pensando en la suerte que podían correr Jean, Bárbara y Baltasar. Deseó con todas sus fuerzas que el muchacho hubiera regresado mientras ella estaba fuera. Prefería no plantearse siquiera cualquier otra posibilidad.

Iba a cruzar un callejón cuando oyó muy cerca el grito apagado de una mujer. Se ocultó entre las sombras, muy agitada, y prestó atención.

—No, no...

Era un lamento apenas audible. Paulette sintió que se le retorcían las tripas. Varias carcajadas gruesas le confirmaron sus sospechas. Se asomó con grandes precauciones y divisó a varios lansquenetes a diez o quince pasos de distancia. Tres de ellos sujetaban contra el suelo a una muchacha de no más de catorce años mientras otro, con los calzones bajados, la montaba.

Paulette comprendió que no podía hacer nada. Ojalá todo terminara pronto para aquella infeliz. En eso escuchó una voz a sus espaldas:

—¡Eh, tú! ¡Eh, puta!

El corazón le dio un vuelco. Dos mercenarios se dirigían hacia ella. ¡Qué estúpida había sido! Los lansquenetes que estaban violando a la chiquilla la habían visto.

—¡Cógela, Jost, que no escape! —gritó uno de ellos.

Echó a correr, pero un joven rubio se lanzó tras ella. Era rápido y le espoleaba el deseo. No había dado diez zancadas cuando Paulette notó que una zarpa la frenaba:

—¡So, ramera!

Antes de que pudiera revolverse, un formidable puñetazo la tumbó.

Avanzaron por calles poco frecuentadas. Gritos de desesperación resonaban en la panza de la ciudad a medida que los mercenarios se internaban en ella. El resplandor de los fuegos acechaba sobre los tejados, iluminando con su siniestra luz a atacantes y

defensores. Se combatía en las calles y en las casas. La guardia real trataba de agruparse alrededor de la plaza de la catedral. Muchos hermanos se les unían, aunque los más se hallaban tan debilitados por la desnutrición que apenas conseguían mantener en alto la espada. El entrecocar de los aceros se mezclaba con los gritos de los heridos y el eco de las carreras. Por doquier, la ciudad era pura confusión, puro lamento.

«La caseta que hay pegada a la muralla, al sur de la iglesia de Saint Ludgeri», había indicado el castellano. Era una esperanza débil, pero era la única que les quedaba. Un túnel. Si Puebla no había mentido, en aquella caseta se abría un túnel que les sacaría del infierno.

Cruzaban la boca de una calleja cuando algo llamó la atención de Baltasar. Fue muy breve, un reflejo, la sombra de un bulto. Se fijó en el interior del callejón y comprobó que se trataba de los cuerpos inertes de dos mujeres. Reconoció la cabellera de una de ellas. Se detuvo conmocionado, negándose a dar crédito a lo que veía.

Jean avanzaba delante de él. Al notar que se detenía se volvió para urgirle, pero no llegó a pronunciar palabra. El rostro del fraile le alarmó. Retrocedió hasta la boca del callejón.

—No, no...

Corrió hacia los cuerpos semidesnudos, dos muñecos desmadejados, grotescos en su forzada inmovilidad. Ambos reposaban en un charco de sangre y tenían un tajo en la garganta.

—Jean...

No respondió el muchacho. Se dejó caer al lado del cadáver de su madre, incapaz de reaccionar.

## 6

Tres días duró la masacre de Monte Sión. Al principio, durante unas breves horas, los defensores se hicieron fuertes en los alrededores de la plaza de la catedral. Bajo la dirección de Bernt Kniperdollinck resistieron los ataques de los mercenarios y protegieron al Mesías que imploraba el auxilio divino en la catedral.

Mas el Dios de los Cielos no hizo caso de sus ruegos esa vez. Uno tras otro, hombres de armas, guardias y devotos fueron cayendo ante el embate de los mercenarios. Al alba, cuando ya la defensa se tornaba desesperada y todo hacía

presagiar la inminencia de la derrota, los papistas ofrecieron un salvoconducto a cuantos depusieran las armas.

La oferta fue aceptada y los supervivientes se retiraron a sus casas, mas no hubo piedad. Los lansquenetes se lanzaron a una orgía de sangre y exterminio. Calle por calle, casa por casa, el ejército católico buscó y masacró a los anabaptistas. Uno tras otro, los defensores fueron acuchillados, sus casas saqueadas y sus restos tirados a los perros para que no quedara recuerdo sobre la faz de la tierra de tanta abominación. Cuando tres días después el jefe del ejército episcopal, el conde Wirich von Dhaun, ordenó que cesase la matanza, la orden ya era inútil: solo aquellos herejes por los que se ofrecía una recompensa vivían todavía, y aun estos pronto preferirían haber perecido.

El capitán Nuño Puebla no participó en la carnicería de Monte Sión. Durante los días que duró, el castellano recorrió la ciudad de punta a punta examinando cada cuerpo, cada cadáver, temiendo y ansiando a un tiempo encontrar al chiquillo.

—¿Qué os pasa, maldita sea? —le preguntaba su compadre Weckmann al ver el ceño fruncido de su frente—. ¿Os desagrada el hedor de la herejía?

Hedía, en verdad. Una pestilencia de cuerpos en descomposición y carne quemada flotaba, espesa, sobre las calles de Münster. Bandadas de grajos graznaban en los tejados, desquiciando los nervios más templados.

Puebla callaba. Quizá el muchacho hubiera sido descuartizado, quizá se lo habían comido los perros. Los canes del campamento mercenario holgaban a sus anchas por las calles, disfrutando de un festín nunca soñado. Quizá, sencillamente, yacía muerto en algún rincón. Era imposible que hubiera sobrevivido a la matanza. ¡Y pensar que lo había tenido tan cerca!

Se encogió de hombros. El comendador don Francisco de los Cobos no iba a agradecer sus esfuerzos, pero tenía la conciencia tranquila: había hecho cuanto era posible. Al menos, regresaría a España y vería a su querida hija Alba, que ya debía de ser una linda moza...

Tres días duró, en efecto, la masacre de Monte Sión. Solo un puñado de defensores consiguió sobrevivir. Solo un puñado de una ciudad cuya población se contaba por miles, de todas partes llegados para adorar a ese nuevo Dios que les hablaba con un lenguaje de esperanza. Mas los nuevos dioses, al fin, ¿qué pueden frente al embate de los antiguos? Pues vio la Iglesia de Roma en aquellos miserables un peligro cierto a su primacía, un menoscabo de su divina autoridad, y decidió escarmentar en la piel de tan esforzados herejes a cuantos dudaran del poder de su Dios.

Baltasar Sachs y Jean se contaron entre los pocos que consiguieron sobrevivir. Durante tres días y tres noches permanecieron agazapados en el túnel que había servido a los lansquenetes para introducirse en Münster y librar las puertas de la ciudad. Una vez utilizado, nadie, ni siquiera Puebla, se acordó del pasadizo, de suerte que pudo el padre Baltasar refugiarse allí con Jean en tanto continuaba la masacre.

Lo que vino después fue, si cabe, mucho peor. Durante meses, fraile y muchacho deambularon sin rumbo por las tierras del Imperio, viviendo a salto de mata, famélicos y extenuados, huyendo siempre de la persecución que se desató, pues la humillación de Münster sirvió de acicate a nobles y prelados, que vieron llegado el momento de arrancar de cuajo la hierba de la herejía que afeaba sus jardines. Católicos y protestantes, cada cual en sus tierras y con idéntico empeño, persiguieron a aquellos visionarios que hablaban de igualdad y bautizaban a los adultos. Por campos y ciudades florecieron las horcas con el ímpetu de las setas en la estación otoñal.

Y así fue que allá donde iban Baltasar y Jean les recibía el recelo. Viajaron con el miedo en el cuerpo, temerosos de un encuentro que diera con sus huesos en la hoguera. A medida que el invierno avanzaba y se desperezaba la primavera, fueron acercándose a Flandes. Un día del mes de abril alcanzaron Amberes.

—¡Dios mío, padre Baltasar!

No daba crédito a sus ojos Bartholomeus Post, uno de los pastores anabaptistas de la ciudad. Se negaba a creer que aquel esqueleto demacrado fuera el mismísimo padre Baltasar.

—Todos los hermanos os dábamos por muerto.

Eran malos tiempos, como los recién llegados pronto pudieron comprobar. La persecución se extendía también a las tierras de Flandes y aun a la misma capital. Las noticias de lo sucedido en Münster volaban en las alas del viento, se extendían con la fuerza de un tifón.

—Bernhard Rothmann murió luchando, pero la reina Divara fue apresada, al igual que Knipperdollinck y Bockelszoon —les informó Post, que conocía las nuevas por unos hermanos llegados de Amsterdam que, a su vez, lo sabían por otros procedentes de Osnabrück—. Dicen que la reina Divara no apostató de su fe y murió decapitada.

—¿Y el Mesías?

Bartholomeus Post negó con la cabeza, apesadumbrado:

—No sé qué fue lo que vivisteis en Monte Sión, pero su suerte no se la deseo ni al peor de los enemigos. El obispo ordenó que se le colgara una cadena del cuello y fue exhibido de pueblo en pueblo durante meses, cual si de un oso amaestrado se tratara. En enero lo llevaron de vuelta a Münster. Él, Knipperdollinck y un tal Bernt Krechting fueron torturados en la plaza de la catedral, con hierros al rojo, hasta la muerte. Dicen que mientras duró su agonía, el que llamabais rey no profirió ninguna queja ni hizo movimiento alguno.

Varios hermanos escrutaban el rostro de Baltasar, vigilando su reacción. ¡Habían oído tantos rumores, y tan contradictorios entre sí! ¿Había sido Jan de Leyden el Mesías o solo un loco más? Quizá el padre, que había vivido en sus carnes la tragedia de Münster, podría iluminarles con la verdad.

Mas Baltasar nada decía.

—Tras la ejecución, metieron los tres cuerpos en jaulas y los colgaron de la torre



de la iglesia de Saint Lamberti para que nadie olvide nunca lo sucedido. Dicen que cada mañana, cuando amanece, el primer rayo ilumina la corona del Mesías...

Hizo un gesto de rechazo Baltasar. Iba a decir algo, pero el peso de la culpa lo silenció. ¿Quién era él para dictaminar sentencias? Comprendió que, dijera lo que dijese, cada cual viviría su propia Sión. Los hermanos les trataban con respeto rayano en la devoción, cual si hubieran sido compañeros del mismísimo Jesús de Nazaret.

Por eso, cuando Bartholomeus Post le comentó, varios días después de su llegada, que no era prudente que permanecieran mucho tiempo en Amberes, Baltasar no lo dudó:

—Embarcaremos hacia el sur.

Marcharían a Sevilla. Y, ¿quién sabe? Quizá, desde aquella ciudad, pudieran encontrar pasaje para las tierras que decían de Indias. Un lugar todavía virgen.

Un lugar para olvidar.

# Epílogo

## Toledo, reino de Castilla Invierno de 1537

La débil luz de la tarde apenas iluminaba la estancia. Ya estaba bien entrado el invierno y los días se esfumaban prestos, llevándose con ellos la fría luz de la meseta. Un fuego generoso crepitaba en la chimenea, ayudaba a los candiles a despejar las sombras que bailaban sobre los cientos de legajos de los anaqueles.

La pluma se deslizaba con suavidad sobre el papel, sin hacer apenas ruido. Concentrado en su tarea, don Francisco de los Cobos casi no advirtió la entrada de su sobrino, el único que podía hacerlo sin anunciarse; y este, conocedor de los hábitos de su poderoso tío, se acomodó en un butacón un poco apartado y aguardó.

Al fin, el secretario real dejó la pluma. Levantó la vista del papel e indicó con gesto cansado a su sobrino que se acercase. Don Juan Vázquez de Molina extrajo de su cartera un grueso legajo:

—Es un informe de Francia, del embajador don Alonso de Guzmán. ¿Queréis leerlo o preferís que os lo resuma?

—Contádmelo vos, Juan. Ya lo leeré después si fuera menester.

—François de Foix ha muerto —Cobos enarcó las cejas.

—¿Cómo sucedió?

—Apuñalada, al parecer por el propio conde. Son solo rumores, pero se dice que desde que la condesa regresó a Châteaubriant, Jean de Laval la mantenía encerrada en el castillo. Ella era una mujer de armas tomar, como recordaréis, tío, una mujer que no se arredraba ante nadie. Eso no debió de ayudarla mucho.

—Una mujer de armas tomar... y muy hermosa —recordó Cobos.

—Muy hermosa, sí, de una belleza muy española. El rey de Francia montó en cólera al enterarse de su muerte. Su primera reacción fue ordenar que detuviesen al conde y lo llevasen a París para colgarlo, pero la duquesa de Etampes lo convenció de que no sería lo más conveniente.

—La duquesa de Etampes —Cobos reflexionó unos instantes, haciendo memoria—. Es lógico, si tenemos en cuenta sus relaciones con el conde. No le interesaría lo más mínimo que Jean de Laval fuera preso a París, donde podría hablar más de la cuenta.

Vázquez de Molina no pudo evitar que en su rostro se reflejase la admiración por su tío. Pese a que la administración del reino descansaba sobre sus espaldas, no olvidaba nunca un detalle, incluso pasados los años, como era el caso. Nada escapaba a su prodigiosa memoria.

—A pesar de todo, en la corte francesa se tiene por seguro que a Jean de Laval se le procesará en Bretaña.

—Laval es el gobernador de Bretaña —recordó Cobos—. ¿Lo ha destituido el rey de su cargo?

—Todavía no. El conde es nieto de Ana de Bretaña, la última duquesa bretona independiente, lo que le confiere legitimidad ante la población pese a su notoria crueldad. El rey de Francia no quiere arriesgarse a provocar un levantamiento. En realidad, en mi opinión ese es el verdadero motivo por el que no lo ha colgado todavía.

Cobos se levantó y se acercó a la chimenea, buscando calentarse. Contempló un rato en silencio el crepitar de las llamas mientras se frotaba las manos. Después se volvió hacia su sobrino:

—¿Qué se sabe del niño en la corte francesa?

—Aquella corte es como la nuestra: un hervidero de rumores e historias inverosímiles, aunque algunas de ellas fueran ciertas, resulta imposible distinguirlas de las fantásticas.

Cobos cogió un tocón de encina y lo añadió a la lumbre.

—No soy yo el único que ata cabos, y tengo poderosos enemigos, Juan. Si el emperador se enterase de la existencia del niño y de nuestra participación en esta historia, nuestra posición se podría ver muy comprometida.

—Nadie, salvo vos o yo, podría reconstruir todo lo sucedido.

—Y el capitán Puebla.

Vázquez de Molina asintió:

—¿Queréis que me ocupe de él?

Cobos se acarició la perilla y valoró la opción unos segundos antes de responder:

—No es necesario. El niño y su madre han muerto. La duquesa de Etampes se olvidará pronto del asunto, especialmente ahora que ha encontrado en Diana de Poitiers una nueva rival. El conde de Châteaubriant, de una manera u otra, también está acabado, y el antiguo embajador portugués, Coutinho, ya no goza de influencia en la corte portuguesa. Todos los peones del juego se han eclipsado. Solo queda el capitán Puebla, pero nos ha servido siempre con lealtad. No merecería ese pago por sus servicios. ¿No pretendía un cargo de corregidor en el norte?

—Sí, pero vuestra excelencia se lo negó hace unos meses.

—Cierto. No estaba entonces satisfecho con él. Pensaba que ya que no pudo sacar vivo al niño de Münster, al menos podría haber encontrado su cadáver. Pero el niño está muerto, eso es indudable: en Münster no se salvaron ni las ratas.

—¿Qué hacemos con Puebla, pues? .

—Le daremos el cargo que pide. Preparad el nombramiento para que se haga efectivo en el próximo Consejo de Cámara de Castilla. Pero buscad un puesto que esté bien lejos de aquí. Y dejadle claro que es el pago por sus servicios... y por su silencio.

Cobos despidió a su sobrino con un gesto y se quedó contemplando las llamas del hogar. Era curioso cómo en ocasiones se enlazaban los acontecimientos. La verdad tenía la mala costumbre de aparecer del modo más inesperado, como una amante despechada.

Regresó a su mesa y extrajo de un cajón un atado. Contenía viejos papeles de Garcilaso de la Vega, correspondencia en su mayoría, que le habían sido enviados cuando el caballero cayó abatido por una piedra en un asedio en el sur de Francia. Al recibirlos ni los había ojeado y habían permanecido, con muchos otros escritos, extraviados de su memoria, pero su viuda, Elena de Zúñiga, había solicitado que se autorizase el traslado desde Niza a Toledo del cadáver del caballero, y aquello había rescatado el legajo del olvido. .

Eran sobre todo cartas de Catalina Sanseverino, su amante napolitana, y algunos poemas sueltos. Pero una de las cartas estaba manchada de sangre y de polvo y quién sabe de qué otras cosas. No se podían leer más que unos fragmentos. Si su vista no se hubiese tropezado casualmente con la firma la hubiese ignorado. Aquella rúbrica le había llamado poderosamente la atención.

Recurro a vuestra merced porque ya no sé a quién implorar. [...] nuestro hijo corre un grave peligro y necesito vuestra ayuda [...] Sé que vuestra merced no goza ya de la protección del Emperador, pero no cuento con nadie más...

La carta la firmaba Françoise de Foix, condesa de Châteaubriant. Poco más se leía; pero era suficiente para Cobos. No le restaba duda alguna: el poeta también había sido amante de la francesa. La mujer había compartido el lecho con los dos reyes y con Garcilaso al mismo tiempo. ¿De quién sería hijo el chiquillo? ¿Del rey de Francia? ¿Del Emperador? ¿De Garcilaso de la Vega?

Ya no había forma de saberlo; la tumba sepultaba para siempre la verdad. El viejo secretario sonrió al darse cuenta repentinamente de que quizá ni siquiera Françoise de Foix había sabido cuál de los tres era el padre.

Emperador, rey, hidalgo; ya no importaba. La condesa y su hijo estaban muertos. Cobos permaneció abstraído unos minutos. Al cabo se levantó, se acercó a la lumbre y arrojó a las llamas la carta de Françoise de Foix junto con el resto de los papeles de Garcilaso.

Desaparecieron casi de inmediato, generando una llama brillante y generosa que duró apenas un instante. .

**Fin.**

## NOTA DE LOS AUTORES

No hemos pretendido escribir un libro de historia, sino novelar la historia. Y por ello, sin tergiversar la esencia de los acontecimientos, nos hemos permitido algunas licencias. Los hechos históricos narrados se reflejan con fidelidad, por sorprendentes que puedan parecer en ocasiones; pero respecto a la veracidad de los personajes hay que hacer algunas salvedades. Quizá la más importante concierne a Françoise de Foix: aunque cuentan que muchos fueron los que pasaron por su lecho, entre ellos, que se sepa, no estuvo Carlos V. Sí que es cierto que fue después de la prisión de Francisco Valois en España cuando este cambió de amante y substituyó a Françoise de Foix por Ana de Pisseleu, más tarde duquesa de Etâmpes. Ambas mujeres se profesaron un odio venenoso, como refleja el que, antes las repetidas exigencias de Ana de Pisseleu de que su predecesora en el tálamo real devolviese las joyas que el rey le había regalado, Françoise las entregase... fundidas.

Françoise tenía fama de dispensar sus favores con largueza, y no es descabellado pensar que pudo haber participado en el séquito de la hermana del rey francés cuando este estaba prisionero en Toledo tras la derrota de Pavía. Evidentemente, sus amores con Carlos son el producto de nuestra imaginación, pero visto el carácter de los personajes y la complejidad de sus relaciones la idea no nos parece tan descabellada. Respecto a los malos tratos dispensados a Françoise por su marido, las informaciones son contradictorias, pero la leyenda afirma que en efecto estuvo recluida varios años en una habitación del castillo de Châteaubriant y que murió violentamente a manos de su esposo en 1537.

Como es fácil deducir, los personajes de Harris y Conrad son inventados. Pero tanto los sucesos de Leipzig, Wittenberg, Mühlhausen o Amberes como las persecuciones sufridas por los anabaptistas y los acontecimientos del reino mesiánico de Münster se han reflejado con la mayor fidelidad posible. Bockelszoon, Mathyss, Rothman, Hoffmann, etc., sí son personajes históricos, aunque resulten desconocidos para la mayor parte del público español, debido al anatema que durante siglos ha pesado sobre cuanto *oliera a herejía*.

La peregrinación de Baltasar, un personaje de ficción construido a semejanza de personajes reales de principios del siglo XVI, es un viaje por la locura de la religión. Poder, creencias y conflictos sociales se mezclaron entonces formando una combinación explosiva que dejó, al estallar, muerte, miseria y dolor. Europa pagó un alto precio hasta conseguir encontrar el equilibrio religioso; el social quedó dormido hasta la Revolución Francesa, señal de partida para otro sinfín de conflictos en los que la religión ya había pasado a segundo plano y cuyo colofón parece haber sido la Segunda Guerra Mundial.

Nuestra intención al escribir el libro era refrescar la memoria de la locura. Solo el recuerdo de lo que fuimos puede evitar que, una vez más, sangre, dolor y destrucción sean generosamente derramados en nombre de Dios.

# ALGUNOS PERSONAJES HISTÓRICOS

## **FRANCISCO I de Francia (1494-1547)**

Rey de Francia desde 1515 hasta 1547, noveno de la dinastía Valois, recordado por su rivalidad con Carlos I de España y V de Alemania, que le llevó a aliarse incluso con el Gran Sultán turco. Bajo su mecenazgo florecieron las artes y las letras.

## **CARLOS I de España y V de Alemania (1500-1558)**

Rey de España de 1516 a 1556 y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico de 1519 a 1556, una de las principales figuras de la edad moderna. Intentó toda su vida mantener la unidad europea en torno al catolicismo. Implicó a España en la política centroeuropea y en los intereses imperiales y de la familia Habsburgo, que al cabo terminaron por agotar económica y moralmente a Castilla a finales del siglo XVII.

## **CLEMENTE VII (1478-1534)**

Papa de 1523 a 1534. Su pontificado estuvo marcado por el intento fallido de acabar con la reforma protestante en Alemania y por la rivalidad entre Francisco I de Francia y el emperador Carlos V, en la que en muchas veces se puso de parte de Francisco I aunque así perjudicase los intereses de la Cristiandad.

## **FOIX, Françoise de (1495-1537)**

Casada con Jean de Laval, bella, altanera y espiritual. Fue amante del rey de Francia Francisco I desde 1518 hasta 1526. Sustituida por Anne de Pisseleu, Françoise abandonó la corte con su marido, instalándose en Châteaubriant, Bretaña. Murió en 1537, supuestamente a manos de su esposo.

## **LAVAL, Jean de Montmorency (1485-1542)**

Señor de Châteaubriant, Candé, Vioreau, Derval et Chanceaux. Gobernador y almirante de Bretaña desde 1531. La leyenda dice que mató a su mujer después de haberla tenido confinada varios años en su estancia.

## **PISSELEU, Ana, duquesa de Etampes (1508-1580)**

Amante del rey de Francia desde 1526. Casada por orden del rey con Jean de Broses. A este le recompensó su aquiescencia con el ducado de Etampes y con el cargo de gobernador de Bretaña. Fue aliada del almirante Philippe Chabot de Brion y enemiga de Anne de Montmorency, condestable de Francia y la figura más importante del reino después de la batalla de Pavía. Ambos personajes eran amigos de la infancia del rey. Una vez desterrada Françoise de Foix, Ana de Pisseleu volcó su odio sobre Diana de Poitiers, amante del Delfín y también supuesta amante de Francisco I. Mantuvo una gran influencia sobre el rey hasta su muerte.

### **COBOS, Francisco de los** (1477-1547)

Secretario de Carlos I, rival del gran canciller Mercurio Arborio de Gattinara. Actuó desde la muerte de este en 1530, y junto con Nicolás Perrenot de Granvela, como el principal consejero regio hasta 1533. Desde entonces sus discrepancias con Granvela le hicieron perder influencia en las grandes decisiones imperiales, ya que Cobos era partidario de una política mediterránea para España. Sin embargo, el emperador nunca le retiró su confianza, ni en los asuntos financieros ni en la administración interior de España, que organizó y gestionó con gran habilidad. Murió cargado de honores y riquezas.

### **VEGA, Garcilaso de la** (1498-1536)

Poeta y militar español. Junto con Boscán, introdujo en la poesía española la métrica endecasílabo y el estilo petrarquista. Amigo del emperador, murió en el asalto a una torre provenzal en la tercera guerra entre Francisco I y Carlos V al ser alcanzado por una gran piedra.

### **LUTERO, Martín** (1484-1546)

Monje agustino y sacerdote. La venta de las indulgencias en Alemania le llevó a criticar a la teología y la Iglesia oficial, hasta su ruptura completa con Roma. Fue excomulgado y desterrado del Imperio en 1521. Organizó su propia iglesia, la luterana.

### **MELANCTON, Felipe** (1497-1560) .

Sistematizador y pensador del luteranismo. En 1521 publicó en latín la primera síntesis de la doctrina de la Reforma: *Loci communes rerum theologicarum*, que hizo penetrar en Europa las ideas de Lutero. En 1530, y para intentar conciliar las posiciones de los reformados y las de Carlos V, Melanchthon leyó ante la Dieta la *Confesión de Augsburgo*, una formulación de la doctrina luterana que suavizaba los dogmas protestantes; pero los teólogos católicos y Lutero se pusieron de acuerdo para frustrar todo compromiso. La *Confesión de Augsburgo* ha permanecido como el principal formulario de fe de las Iglesias luteranas.

### **MÜNTZER, Thomas** (1490?—1525)

Reformador mesiánico alemán, antiguo discípulo de Lutero. Promovió una gigantesca y sangrienta revuelta de los campesinos alemanes hasta que fue derrotado en la batalla de Frankenhausen, donde pereció junto con millares de sus seguidores. Las represiones fueron terribles: en los meses siguientes murieron más de cien mil campesinos.

### **HOFFMANN Melchior** (150?—1543)

Luterano y más tarde seguidor de Thomas Müntzer. En Augsburgo se hizo



anabaptista. Profetizaba el Apocalipsis para 1533. Sus doctrinas se extendieron rápidamente por los Países Bajos, donde sus seguidores se denominaron melchoritas. En 1533 fue arrestado y encarcelado en Estrasburgo. Murió en prisión.

**MATTHYS, Jan** (14??—1534)

Tras la prisión de Hoffmann en Estrasburgo en 1533, Matthys, de profesión sastre, se convirtió en el líder de los melchoritas. Sus ideas revolucionarias y las persecuciones a las que fueron sometidos los anabaptistas en los Países Bajos les hicieron desplazarse hacia Münster, donde tomaron el control de la ciudad. Mathys se denominó a sí mismo el nuevo Enoch. Estableció el comunismo de bienes y la conversión obligatoria al anabaptismo bajo pena de muerte, lo que expulsó a católicos y luteranos de la ciudad. Murió a los tres meses de llegar a Münster en una escaramuza con las tropas del obispo Von Waldeck.

**ROHTMAN, Bernhard** (1500?—1535?)

Principal reformador de Münster hasta la llegada de los anabaptistas. Sus prédicas allanaron el camino de los melchoritas, a los que se unió con entusiasmo, para hacerse con el control de la villa. Su cadáver nunca fue encontrado, aunque se cree que pereció en la toma de la ciudad por los mercenarios de Von Waldeck.

**BOCKELSZOON Jan (Jan de Leyden)** 1508-1536)

Discípulo predilecto de Jan Matthys. Dotado de una gran belleza, se hizo con el gobierno de Münster al morir Matthys. Se proclamó rey y gobernó bajo el terror más absoluto hasta la caída de la ciudad en junio de 1535. Fue ajusticiado entre grandes torturas en 1536, tras varios meses de interrogatorios.

Muchos otros personajes mencionados en el texto, como Bernt Knipperdollinck o Henry Mollenbecke, son también históricos.



FRAN ZABALETA (Vigo, España, 1964). Licenciado en Geografía e Historia por la Universidad de Santiago de Compostela, especialista en Historia Moderna. Tras unos años como profesor de enseñanza secundaria y bachillerato, se orientó profesionalmente hacia el mundo editorial. Ha trabajado como redactor, corrector, editor de texto, documentalista y adaptador de clásicos con un buen puñado de editoriales. Además, lleva escribiendo guiones de documentales para instituciones, empresas y televisión y es autor de unos cuantos libros y manuales de formación y divulgación.

En 2005 publica su primera novela histórica *La cruz de ceniza*, escrita en colaboración con Luis Astorga. Tras ella vinieron *Medievalario* (2011), *99 libros para ser más culto* (2011, escrito en colaboración con Juan Ignacio Alonso), *Xoán Branco e a gran revolta irmandiña* (2012) y *En tiempo de halcones* (2016).

<http://www.franzabaleta.com>